

Prismas

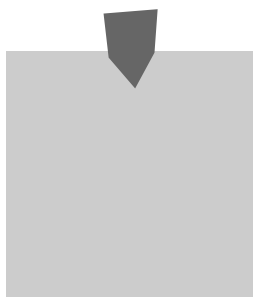
Revista de historia intelectual

6

2002



Anuario del grupo Prismas
Programa de Historia Intelectual
Centro de Estudios e Investigaciones
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 6 / 2002

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Ing. Julio M. Villar

Vicerrector de Gestión y Planeamiento: Julián Echave

Vicerrector de Asuntos Académicos: Luis Wall

Vicerrector de Investigaciones: Mariano Narodowski

Vicerrector de Posgrado: Daniel Gómez

Vicerrector de Relaciones Institucionales: Mario Greco

Centro de Estudios e Investigaciones

Director: Alberto Díaz

Programa de Historia Intelectual

Director: Oscar Terán

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 6, No. 6, 2002

Consejo de dirección

Carlos Altamirano

Adrián Gorelik

Jorge Myers

Elías Palti

Oscar Terán

Secretario general

Alejandro Blanco

Comité Asesor

José Emilio Burucúa, Universidad de Buenos Aires

Roger Chartier, École de Hautes Études en Sciences Sociales

François-Xavier Guerra, Université de Paris I

Charles Hale, Iowa University

Tulio Halperin Donghi, University of California at Berkeley

Martin Jay, University of California at Berkeley

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto, Universidad Nacional de Rosario/University of Florida

José Sazbón, Universidad de Buenos Aires

Gregorio Weinberg, Universidad de Buenos Aires

Este número contó con el apoyo de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.

Diseño original: Pablo Barragán

Realización de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Precio del ejemplar: 15\$

Suscripción internacional: 2 años, 40\$

A los colaboradores: los artículos recibidos que no hayan sido encargados serán considerados por el Consejo de dirección y por evaluadores externos.

La revista *Prismas* recibe la correspondencia,

las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:

Roque Sáenz Peña 180 (1876) Bernal, Provincia de Buenos Aires.

Tel.: (01) 365 7100 int. 155. Fax: (01) 365 7101

Correo electrónico: historia@unq.edu.ar

Índice

Artículos

- 9 La crisis de la experiencia en la era pos-subjetiva, *Martin Jay*
- 21 Conciencia histórica y memoria electiva, *José Szabón*
- 45 Literatura y política. La Librería Schmidt y la génesis de una oposición elemental en la cultura brasileña (1930-1935), *Gustavo Sorá*
- 65 Ciudades traducidas: Nueva York en Victoria Ocampo, *Sylvia Molloy*
- 79 Jeremy Bentham y la “Feliz Experiencia”: presencia del utilitarismo en Buenos Aires 1821-1824, *Klaus Gallo*
- 97 Del éxito popular a la canonización estatal del Martín Fierro: tradiciones en pugna (1870-1940), *Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian*

Argumentos

- 123 Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo),
Pierre Rosanvallon

Lecturas

- 137 *Sufragio, representación y soberanía en la democracia contemporánea*,
por Darío Roldán

Dossier

*Cultura y política: nuevas aproximaciones a la historia
de la izquierda en la Argentina*

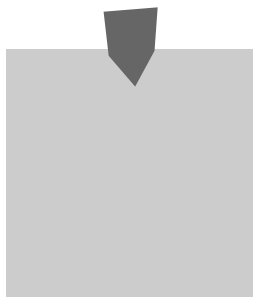
- 151 Presentación, *Carlos Altamirano*
- 153 Entre Lucifer y Prometeo. Primera recepción de Marx en la prensa argentina (*La Nación*, 1871-1872, 1883), *Horacio Tarcus*
- 167 En defensa de los oprimidos. El anarquismo y la formación de una cultura de izquierda en la Argentina, *Juan Suriano*
- 179 Lecturas anarquistas de la revolución rusa, *Roberto Pittaluga*

- 189 La experiencia comunista en el *mundo de los trabajadores*, 1925-1935, *Hernán Camarero*
- 205 Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930, *Mirta Zaida Lobato*
- 217 Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de *Argumentos*, *Jorge Myers*
- 231 Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930, *Juan Carlos Portantiero*
- 243 De la revisión de la táctica al Frente Popular. El socialismo argentino a través de *Claridad*, 1930-1936, *Mariana Luzzi*
- 257 De *Acción Argentina* a la *Unión Democrática*: el civismo antifascista como prédica política y estrategia partidaria del Socialismo Argentino (1940-1946), *Andrés Bisso*
- 265 Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondizismo, *María Cristina Tortti*
- 275 Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973), *Ana M. Barletta*

Reseñas

- 289 Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, por Oscar Terán
- 291 Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, por Ana Longoni
- 297 Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, por Luis Alberto Romero
- 303 Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, por José Luis de Diego
- 306 Eduardo P. Archetti, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino y Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, por Pablo Alabarces
- 310 Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, por Ricardo H. Martínez Mazzola
- 316 Carmen Mc Evoy (ed.), Juan Espinosa, *Diccionario para el pueblo: republicano democrático, moral, político y filosófico*, por Jorge Myers
- 319 Sergio Visacovsky, *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*, por Mariano Plotkin

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 6 / 2002

*La crisis de la experiencia en la era pos-subjetiva**

Martin Jay

University of California

“El desvanecimiento de la experiencia”, como lo denominó Theodor Adorno, “en última instancia se remonta al atemporal proceso tecnificado de la producción de bienes materiales”.¹ En otro lugar agrega: “podría decirse que la experiencia es la unión de la tradición con un expreso anhelo de lo que es ajeno. Sin embargo, es la misma posibilidad de la experiencia la que está en peligro”.² El lamento de Adorno sobre la amenazadora atrofia de la experiencia fue compartido por muchos intelectuales de su generación. Lo que su amigo Walter Benjamin definió como “la pobreza de la experiencia”³ pareció asolar a muchos pensadores que sufrieron los shocks traumáticos de la historia del convulsionado siglo XX. En el año 1978 el filósofo italiano Giorgio Agamben escribía: “La cuestión de la experiencia sólo puede ser abordada en la actualidad si se reconoce que ya no es accesible para nosotros. En la medida en que el hombre moderno ha sido privado de su biografía, también le fue expropiada su experiencia y de hecho, su incapacidad para tener experiencias y comunicarlas es acaso una de las pocas certezas que pueden afirmarse”.⁴

No resulta nada sorprendente entonces que se haya dedicado una gran cantidad de energía creativa a seguir buscando la manera de recapturar aquello supuestamente perdido o en crisis. En los escritos de pensadores tan disímiles como Martin Buber, Ernst Jünger, Hermann Hesse, Georg Simmel, Georges Bataille, Michel Foucault, Michael Oakeshott y Raymond Williams puede discernirse con claridad el anhelo de poder volver a vivir experiencias auténticas o genuinas. Lo que se dio en llamar un verdadero culto de la experiencia emergió como un antídoto para las vidas supuestamente estériles o alienadas de los hombres y mujeres modernos y para la no menos extenuada conciencia de sí, mayormente teórica, que acompaña dicha alienación.

* Conferencia del autor en el Goethe Institut, Buenos Aires, 12 de noviembre de 2001. Traducción de Silvia Fehrmann.

¹ Theodor W. Adorno, *Notes to Literature*, 2 vols. (ed. Rolf Tiedemann, trad. de Shierry Weber Nicholsen), Nueva York, 1992, vol. 2, p. 101.

² *Ibid.*, vol. 1, p. 55.

³ Walter Benjamin, “Erfahrung und Armut”, *Gesammelte Schriften*, II (eds. Rolf Tiedemann and Hermann Schweppenhäuser), Frankfurt, 1957, p. 218.

⁴ Giorgio Agamben, *Infancy and History: Essays on the Destruction of Experience* [1978] (trad. de Liz Heron), Londres, 1993.

Nadie familiarizado con la historia cultural del siglo pasado puede dejar de sentirse impresionado por el alcance de esa ansiedad por aquello llamado experiencia, ansiedad que superó las fronteras políticas y nacionales. Dicha ansiedad incluso influyó, tal como lo definió el crítico norteamericano Philip Rahv, en gran parte de la literatura norteamericana.⁵ Sin embargo, resulta menos evidente que no solamente la experiencia atraviesa una crisis, sino también el concepto mismo de “experiencia”; con justa razón, Hans-Georg Gadamer señala que este concepto es “uno de los más oscuros que tenemos”.⁶ No queda claro, por lo tanto, si el término significa algo específico o si llegó a significar tantas cosas diferentes que virtualmente se ha vuelto ininteligible.

En este análisis habré de referirme a la crisis de la “experiencia”, al concepto o la palabra, y no a la experiencia misma, lo que el concepto o la palabra putativamente significan. Es que si no comenzamos por desenredar la maraña de denotaciones y connotaciones a menudo contradictorias e incompatibles que vienen adheridas sobre el término “experiencia”, no cabe esperar que lleguemos a comprender a qué se debe la crisis, supuestamente tan profunda, ni podemos determinar si se justifica hablar incluso de una crisis como tal. Más que un mero ejercicio semántico, revelar los múltiples niveles de significado y rastrear los diferentes usos que fueron dados a esta palabra permite apreciar aspectos fundamentales de la ansiedad del siglo XX (y de nuestro incipiente siglo XXI) ante la supuesta declinación de la experiencia. Al hacerlo, nos enfrentamos inmediatamente con una aparente paradoja. Hete aquí que la palabra “experiencia” ha sido usada con frecuencia para apuntar precisamente a aquello que excede los conceptos y el lenguaje mismo, para designar aquello que de tan inefable e individual, no puede ser referido en términos meramente comunicativos. Se argumenta entonces que a pesar de que podemos intentar comunicar las experiencias que vivimos, sólo el sujeto sabe realmente en qué consiste su experiencia. Dicho en otros términos, la “experiencia” no puede ser definida, puesto que hacerlo sería reducirla a otras palabras o términos conmensurables –precisamente lo que se busca impedir cuando se invoca el término en cuestión–.

Después de lo que se dio en llamar el “giro lingüístico”, que se volvió cada vez más predominante en la filosofía del siglo XX, también apareció, sin embargo, el planteo contrario. Dado que nada significativo puede aparecer fuera de las fronteras de la mediación lingüística, ningún término puede escapar a la fuerza de gravedad de su contexto semántico. Para algunos defensores extremos de esta posición, la “experiencia” no es sino una palabra, un producto de un sistema discursivo que le da lugar, que no refiere a nada real fuera de su posición diacrítica en dicho sistema.⁷ En este enfoque, más que fundacional o previa a la reflexión, la “experiencia” misma es una función de contraconceptos que se le oponen, como por ejemplo “reflexión”, “teoría” o “inocencia”.

En mi opinión, ninguna de estas alternativas puede ser compartida plenamente. En su lugar sería mejor conservar la tensión creada por la paradoja. Es decir que tenemos que ser conscientes de las maneras en que la palabra “experiencia” es a la vez un concepto lingüístico colectivo, un significante que se refiere a una clase de significados que comparten algo en común, y un recordatorio de que tales conceptos siempre dejan un excedente que escapa a su

⁵ Philip Rahv, “The Cult of Experience in American Writing”, en *Literature and the Sixth Sense*, Nueva York, 1969.

⁶ Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method*, Nueva York, 1975, p. 310.

⁷ Para un ejemplo de este planteo, véase Joan W. Scott, “The Evidence of Experience”, *Critical Inquiry*, 17, 1, verano de 1991.

dominio homogeneizador. Podríamos decir entonces que la “experiencia” es el punto nodal en la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre la dimensión compartida que se expresa a través de la cultura y lo inefable de la interioridad individual. A pesar de ser algo que debe ser atravesado o sufrido en lugar de adquirido de una manera indirecta, no obstante puede volverse accesible para otros a través de un relato ex post facto, una suerte de elaboración secundaria en el sentido freudiano, que la transforme en una narrativa llena de sentido.

Para desentrañar entonces los múltiples sentidos de este término quisiera comenzar por un rastreo etimológico, por más que la etimología nunca alcance para dar cuenta de un sentido original o primero. Aparentemente hay antecedentes griegos de la palabra “experiencia”, que se remontan a la “empíria”. Existen otras palabras griegas, como “pathos”, que funcionan para expresar ciertos significados que luego se agregaron al término, en el sentido de aquello que nos sucede cuando estamos en estado de pasividad.⁸ En este sentido, “experiencia” tiene que ver con algo que sucede cuando uno no lo espera, cuando uno no lo planifica, cuando uno se ve sorprendido por los hechos. Fue el término latino “experientia” el que constituye el antecedente más directo, un término que no solamente anticipa “experimento” sino que también, a través de sus afinidades con “peirā” y “experiri”, puede estar vinculado con la palabra moderna “peligro”.⁹

Las variantes alemanas para “experiencia” tienen ricas connotaciones etimológicas que merecieron considerable atención incluso fuera del ámbito germanoparlante. La más antigua, “*Erfahrung*”, contiene la palabra viaje, “*Fahrt*”, lo que sugiere una duración temporal con posibilidades narrativas, permitiendo la connotación de la acumulación histórica o tradicional de sabiduría. Es decir que emprendemos un viaje que nos da una continuidad lineal, que da lugar a una narrativa. La segunda palabra, “*Erlebnis*”, viene de “*Leben*” (vida), y sugiere una inmediatez vital, una unidad primitiva que precede a la reflexión intelectual y a la diferenciación conceptual. Única e incommensurable, “*Erlebnis*” resiste la dominación de la cantidad sobre la calidad. En el vocabulario de teóricos tan diferentes como Wilhelm Dilthey, Martin Buber y naturalmente Walter Benjamin, la distinción crucial entre “*Erfahrung*” y “*Erlebnis*” ha sido planteada temáticamente, aunque con connotaciones muy diferentes e incluso opuestas entre sí.

Para resumir entonces lo que nos ha enseñado la evidencia etimológica, la “experiencia” puede implicar conocimiento empírico y experimentación; puede sugerir lo que nos sucede cuando somos pasivos y cuando estamos abiertos a nuevos estímulos y lo que obtenemos cuando integramos esos estímulos en el conocimiento acumulado que nos ha dado el pasado; también puede connotar un viaje, a veces una travesía peligrosa y difícil, con obstáculos y riesgos, que acaso lleve a un resultado al final del día; al mismo tiempo puede connotar una interrupción dramática en el curso normal de nuestras vidas, cuando sucede algo más vital, algo más intenso, no mediado.

No todos estos sentidos sedimentados están presentes en los usos del lenguaje ordinario; sólo algunos han sido privilegiados por los teóricos, que tratan de hacer que el término funcione de una manera u otra en su sistema conceptual. Algunos de estos sentidos han cobrado autoridad por ejemplo cuando se distinguen diferentes “modos de experiencia”, como el es-

⁸ Entrada léxica para “*Erfahrung*” en el diccionario histórico de filosofía *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, p. 610, y F. E. Peters, *Greek Philosophical Terms: A Historical Lexicon*, Nueva York, 1967.

⁹ Jean-Luc Nancy, *The Experience of Freedom* (trad. de Bridget McDonald), Stanford, Ca., 1993, p. 20.

tético, el histórico, el práctico, el científico o el religioso.¹⁰ Como habremos de ver, sólo algunos de estos sentidos tienen un papel en el discurso del siglo XX acerca de la crisis de la experiencia. Pero todas estas dimensiones en su momento contribuyeron a darle al término su efecto tan poderoso y sobredeterminado.

Por cierto ese efecto no siempre fue de signo positivo. Los griegos, por lo menos a partir de Platón, solían preferir la certeza del conocimiento racional y deductivo a la incierta “empiría”. De acuerdo con John Dewey, quien fue un vigoroso defensor de una noción pragmática de la experiencia, la filosofía clásica había atacado la experiencia señalando tres fallas principales:

Por lo pronto, el contraste entre el conocimiento empírico (en sentido estricto, creencia y opinión, más que conocimiento) y la ciencia; luego, la naturaleza restringida y dependiente de la praxis en contraste con el carácter libre del pensamiento racional; por último, la base metafísica de ambos defectos de la experiencia: el hecho de que los sentidos y la acción física estén confinados al ámbito de los fenómenos, mientras que la razón por su naturaleza inherente se asimila a la realidad última. El triple contraste implica por lo tanto una devaluación metafísica de la experiencia, una desvalorización epistemológica y una depreciación que se extiende a las otras dos y les confiere su valor humano, siendo de índole moral. La diferencia de valor entre una actividad que se limita al cuerpo y los objetos físicos, que se origina y depende de fines próximos, y otra que aspira y se eleva a valores ideales y eternos.¹¹

Superar el desprecio que suscitaba esta falla tomó siglos, hasta que aparecieron Francis Bacon y la revolución científica. Mientras Platón pensaba que la experiencia significa ser esclavo del pasado y de los hábitos más que de la razón y Aristóteles limitaba su uso a la confirmación de leyes universales, Bacon consideró la razón deductiva como una forma de esclavitud que nos impide comprobar las conclusiones en el presente y en el futuro. Pero al reemplazar la razón por la experiencia, Bacon introdujo una importante innovación que supuso desconfiar de aquello que hasta entonces había sido considerado experiencia (su mejor defensor quizás haya sido Montaigne, cuya noción humanista de la experiencia –ahora eclipsada– se basaba en el cuerpo y en el sentido común).¹² Para Bacon, la experiencia va más allá de registrar de manera pasiva lo que nos sucede o incluso de tratar de prestar atención a la percepción sensorial del mundo exterior. En su lugar, la experiencia implica una confrontación más activa e incluso agresiva con el mundo, que de esta manera activa el vínculo entre experiencia y experimento que siempre constituyó la base del método científico. Como señala Agamben, la experiencia sin apoyatura era considerada en la ciencia de Bacon como fuente de probable error o al menos de incertidumbre, lo que llevaba a desplazar la experiencia “lo más lejos posible del individuo y trasladarla a los instrumentos y a los números”.¹³

Cabe señalar una segunda implicación importante que se deriva de la variante científica de la experiencia y que concierne la devaluación del conocimiento histórico. En lugar de per-

¹⁰ Véase por ejemplo Michael Oakeshott, *Experience and its Modes*, Cambridge, 1933.

¹¹ John Dewey, “An Empirical Survey of Empiricisms”, en *John Dewey: The Later Works, 1925-1953*, vol. II, 1935-1937 (ed. Jo An Boydston), Carbondale, Ill., 1987, p. 74. Véase también el capítulo “Changed Conceptions of Experience and Reason”, en *Reconstruction in Philosophy*, Nueva York, 1920.

¹² Michel Montaigne, “Of Experience”, en *Essays* (trad. de D. M. Frame), Nueva York, 1957; para un contraste entre Bacon y Montaigne como dos senderos hacia la modernidad, véase Stephen Toulmin, *Cosmopolis: The Hidden Agenda of Modernity*, Chicago, 1990.

¹³ Agamben, *Infancy and History*, cit., p. 17.

mitir que el pasado determinara el presente y el futuro, la nueva concepción de la experiencia como experimentación implicaba que el pasado nos enfrenta con problemas a resolver y con falsas soluciones a evitar. La experiencia se volvía tanto más valiosa no cuando confirmaba las hipótesis del pasado, sino cuando las refutaba, abriendo así la posibilidad de un nuevo conocimiento sin precedentes.

Si Dewey tiene razón, esta implicación práctica y activa cayó en el olvido cuando el empirismo de Locke y de sus sucesores ocupó el centro de la escena en el siglo XVII y en el siglo XVIII. Para estos autores, la experiencia significaba simplemente el *input* sensorial de algo llamado sensación o percepción, fuente de todo conocimiento y no de las ideas innatas. Aquí la mente era entendida como la repetición pasiva y habitual fuente de conocimiento en las inscripciones acumuladas en una suerte de pizarra en blanco. En este sentido, la experiencia podía ser defendida por conservadores como Edmund Burke, quien subrayaba el carácter vinculante de la tradición contra la fuerza corrosiva de la teoría deductiva, pero también como fuente de la fe liberal en la infinita maleabilidad de la naturaleza humana.

La crítica de Kant a las sensaciones y al innatismo fue celebrada e influyente y produjo una noción de la experiencia mucho más sofisticada, que combinaba las facultades mentales activas, a priori, con las pasivas, a posteriori. A pesar de que los juicios sintéticos a priori dependían de las facultades trascendentales de la mente, podían producir no obstante nuevo conocimiento sobre el mundo, en lugar de confirmar únicamente las presunciones ya dadas. Es más, ese conocimiento era universal en su implicación y no únicamente expresión de la idiosincracia individual.

La segunda y tercera crítica de Kant exploraron ámbitos de la experiencia humana que no podían ser subsumidos bajo el título de experimentación científica o de juicios a priori sintéticos. A través de ese planteo, Kant sentó las bases para futuras elaboraciones de esos modos de la experiencia, como lo es la experiencia estética. Sin embargo, hubo dos respuestas genéricas a lo que se percibió como las limitaciones de su concepción, posturas que anticipan las tendencias filosóficas más importantes del siglo XX. La primera respuesta afirmaba el estatus de aquellas experiencias excluidas o denigradas por Kant. La segunda respuesta era aquella que buscaba dar forma a una noción más abarcativa, restauradora de la totalidad que Kant había hecho estallar. La primera anticipaba en ciertos aspectos el culto del “*Erlebnis*” tan importante en la “*Lebensphilosophie*” de los siglos XIX y XX. La segunda puede ser vista como el origen del concepto dialéctico de “*Erfahrung*” que animó a marxistas como Adorno y Benjamin y a hermenéuticos como Gadamer.

El intento de rescatar ámbitos denigrados de la existencia humana fue planteado con particular vehemencia por ciertos teóricos en tiempos de Kant como Hamann y Schleiermacher, que buscaban defender la especificidad de una experiencia religiosa única. En *Sokratische Denkwürdigkeiten* de 1759 Hamann había criticado el fetiche iluminista de la razón y la ciencia y había argumentado que la fe religiosa era una experiencia sin mediación, como una sensación que producía su propio tipo de conocimiento válido.¹⁴ El carácter íntimo, no mediado

¹⁴ Johann Georg Hamann, *Sokratische Denkwürdigkeiten* (ed., Sven-Aage Jørgensen), Stuttgart, 1968. Para una reflexión sobre este texto y otros debates poskantianos sobre la experiencia, véase Frederick C. Beiser, *The Fate of Reason: German Philosophy from Kant to Fichte*, Cambridge, Mass., 1987. Demuestra que también en Alemania había discípulos de Locke que se quejaban de que Kant hubiera vuelto a la escolástica por su confianza en un momento a priori en el conocimiento que permitía que la metafísica volviera por la puerta trasera.

y en última instancia inefable de la fe es anterior a los sistemas de creencia y al dogma; es tan primario como la sensación de ver colores. Críticos posteriores recurrieron a un panteísmo spinoziano; planteaban que la luz de la experiencia interior es una fuente de revelación a la misma altura de la Biblia porque Dios está en todos nosotros.

Acaso hubo que esperar hasta que apareciera el teólogo berlinés Friedrich Schleiermacher, en 1799, para que se llegara entonces a una defensa plenamente elaborada de la especificidad de algo llamado “experiencia religiosa”.¹⁵ Schleiermacher buscaba determinar los fundamentos de la religión como algo más que un conjunto de creencias doctrinarias o de prácticas rituales. En este sentido se diferenciaba de Kant y no subordinaba la religión a los imperativos morales. “La verdadera religión –insistía– es sentir el gusto por el infinito”,¹⁶ algo que no puede ser reducido a ningún modo de conocimiento o de entendimiento y que implica un estado de unidad que precede la diferenciación de sujeto y objeto, o la diferenciación de pensamiento, emoción y percepción. Schleiermacher luego reformuló su definición como un sentimiento de “absoluta dependencia”, pero dejó el argumento clave, es decir que la religión es irreductible a otros modos de experiencia y previa a la reflexión.

A pesar de que ha sido fácil criticar a Schleiermacher por hacer entrar de contrabando mediaciones conceptuales que precisamente buscaba excluir, su intento de proteger una religión irreductible de experiencia pre-reflexiva y llamarla religión, tuvo un fuerte impacto que duró hasta el período romántico, tan proclive a la propagación de estas ideas. No solamente se escuchan ecos de esta posición en estudiosos de cuestiones específicamente religiosas, como Rudolf Otto, Martin Buber o William James, sino que también se puede escuchar en los sacerdotes seculares de la *Erlebnis* como Dilthey o Georg Simmel. Lo que puede ser llamado una noción redentora de la experiencia, como un antídoto para todas las desilusiones e incertidumbres del mundo cada vez más desencantado, mantuvo gran parte de su atractivo mucho después de los tiempos de Schleiermacher.

Pero también existía una segunda alternativa a los límites de Kant a la experiencia, que buscaba otra clase de solución. Siguiendo a Gadamer, la noción dialéctica de experiencia fue desarrollada por Hegel, a pesar de que ya había antecedentes en el *Fausto* de Goethe, por ejemplo. Hoy en día puede parecer excesiva la hostilidad de Hegel hacia lo que consideraba implicaciones subjetivas, irracionales y autoritarias de las ideas de Schleiermacher; pero lo que buscaba Hegel era una noción más abarcativa de la experiencia que superara la distinción misma entre la variante científica defendida por Kant y la variante religiosa apoyada por Schleiermacher. Incluso la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel llevaba como subtítulo *Ciencia de la experiencia del consciente*.

Éste no es el ámbito para explorar todas las implicaciones de lo que Hegel pensaba cuando se refería a las *Wissenschaft*, a la ciencia –Martin Heidegger llegó a dedicarle todo un libro a la cuestión–,¹⁷ pero sí podemos plantear un par de observaciones generales. En su *Fenomenología* Hegel escribe que el “movimiento dialéctico que la conciencia ejerce sobre sí misma y que afecta tanto su conocimiento como su objeto, es precisamente lo que se llama experiencia”.

¹⁵ Friedrich Schleiermacher, *On Religion: Speeches to its Cultured Despisers* (trad. de J. Oman), Nueva York, 1958. Un aporte muy útil al debate y una crítica contundente en Wayne Proudfoot, *Religious Experience*, Berkeley, 1985. Véase también George P. Schnier, “The Appeal to Experience”, *Theological Studies*, 53, 1992.

¹⁶ *Ibid.*, p. 39.

¹⁷ Martin Heidegger, *Hegel's Concept of Experience*, Nueva York, 1970.

Recurriendo a esta idea de la experiencia como un viaje en el tiempo, como proceso de aprendizaje que debe extenderse más allá de todo momento singular de iluminación, Hegel emplea el término para implicar un proceso que supera la distinción misma entre activo y pasivo, entre sujeto y objeto. La experiencia es saber acumulado, en el sentido de juicio sagaz, en lugar de mero conocimiento de cómo son las cosas, generado por la mediación dialéctica que desacomoda las posiciones iniciales. En este sentido el concepto hegeliano va más allá de la distinción entre entendimiento reflexivo, los juicios sintéticos a priori y la aprehensión prerreflexiva, intuitiva, de verdades más profundas que privilegiaba Schleiermacher. El telos último de esta concepción es la reunificación de lo que ha sido dividido. “La experiencia en sí”, escribe Hegel, “que atraviesa la conciencia puede, en concordancia con su noción, abarcar nada menos que el sistema entero de la conciencia, o el ámbito entero de la verdad del espíritu”.¹⁸

Gadamer apunta a la fundamental diferencia entre las nociones dialéctica y científica de la experiencia, entre Hegel y Bacon.¹⁹ La ciencia busca lo que puede ser confirmado a través de la repetibilidad, lo que en última instancia supone abolir la prehistoria de los experimentos como meros esfuerzos fallidos para encontrar la solución correcta, como prejuicios obsoletos que deben ser superados. En cambio, la dialéctica incluye la prehistoria como una parte valiosa de la experiencia misma, entendiendo la importancia de la tradición, del error y del obstáculo. En ese sentido, Gadamer señala:

La negatividad de la experiencia tiene un curioso sentido productivo; no solamente hay una decepción que nos lleva a la corrección sino un conocimiento abarcador que vamos adquiriendo. La negación por la que llegamos a este conocimiento es una negación determinada. Llamamos a este tipo de experiencia una experiencia dialéctica.²⁰

Como argumenta Gadamer, Hegel confiaba demasiado en que la experiencia pudiera negar toda negación y generar un conocimiento universal que sería el autoconocimiento del espíritu absoluto. Lo que Hegel logró fomentar fue un concepto post-científico de la experiencia como *Erfahrung* que incluía el tiempo histórico, la importancia de aprender de ejemplos negativos y finalmente la conciencia del grado de intrincada interdependencia entre la reflexión y sus otros, conceptos como intuición, sensación, percepción, etcétera.

El legado de la noción hegeliana de experiencia fue formidable y extraordinario, especialmente si recordamos cuán importante resultó para la teoría y la práctica marxista.²¹ Pero el movimiento de retorno a Kant, que tuvo tanta importancia en la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en Alemania, y la diseminación del pensamiento positivista en otras regiones, significó la emergencia de una noción de experiencia más limitada y menos totalizadora que se transformó en el mayor obstáculo para aquellos que favorecían las alternativas desarrolladas

¹⁸ G. W. F. Hegel, *Phenomenology of Spirit* (trad. de A. V. Miller), Oxford, 1979, p. 56.

¹⁹ Gadamer, *Truth and Method*, cit., p. 311.

²⁰ *Ibid.*, p. 317. Para una observación similar véase Theodor W. Adorno, *Minima Moralia: From Damaged Life* (trad. de E. F. N. Jephcott), Londres, 1974: “El conocimiento nos llega a través de una red de prejuicios, opiniones, invenciones, autocorrecciones, presuposiciones y exageraciones, en suma, a través del medio de la experiencia, denso, firmemente fundado pero en absoluto uniformemente transparente” (p. 80).

²¹ Incluso marxistas como Louis Althusser, que a menudo criticaron las nociones ingenuas de experiencia, no podían prescindir de ellas. Véase esta discusión en Ted Benton, *The Rise and Fall of Structural Marxism: Althusser and his Influence*, Londres, 1984, p. 203f.

por Schleiermacher y Hegel. Estas alternativas no tuvieron que esperar demasiado para gozar de un *revival* a principios del siglo XX, cuando *Erlebnis* y *Erfahrung* desarrollaron resonancias aún más venerables. Claramente, estas palabras significaban algo que era entendido como una fuerte necesidad, algo que las nociones científicas de experiencia o los sistemas tradicionales de creencias no llegaban a cumplir.

Pero ahora había una diferencia crucial. Mientras que los correctivos anteriores de los conceptos de experiencia, de las sensaciones y de Kant, podían basar sus posiciones en una noción relativamente fuerte del sujeto, los nuevos conceptos, los más recientes, no podían basarse en esta fuerte subjetividad. Estamos hablando, claro está, de la crisis del sujeto cartesiano, del sujeto de la Ilustración, del sujeto burgués o liberal, una crisis cuyas múltiples causas sería imposible enumerar en este contexto, pero que significó que ya no quedaba claro quién, si acaso había alguien, podía vivir las experiencias. Los nombres de Nietzsche, Kafka y Freud representan un decisivo clima de opinión que registra la erosión del yo, del sujeto o del agente centrado, cuya formación o cuyo cultivo de sí podía plantearse como objetivo de la experiencia. Incluso el sujeto romántico, tan importante para la tradición inaugurada por Schleiermacher, había sido subvertido por la aparición del modernismo estético.²² Podríamos decir que el *Fausto* de Goethe,²³ que buscaba ansiosamente pasar por alguna experiencia, se transformó en el *Hombre sin atributos* de Musil, que tenía problemas en experimentar nada.

Sin embargo, la experiencia seguía siendo un concepto venerado y a la vez continuaba beneficiándose del aura redentora que la rodeaba desde los tiempos de Schleiermacher. De hecho, se podría afirmar que la elaboración de una noción de “experiencia sin sujeto” se convertiría en una de las tareas paradójicas de buena parte del pensamiento del siglo XX. Las soluciones para esta experiencia sin sujeto tomaron diferentes formas. Un intento destacado fue el realizado por aquellos que buscaron extrapolar la noción de la *Erlebnis* y llevarla a una noción comunitaria en lugar de individual. Martin Buber por ejemplo estaba entusiasmado por los esfuerzos de una fraternidad llamada “Neue Gemeinschaft” en la Universidad de Berlín, donde había estudiado entre 1899 y 1901, que intentaba promover una noción mística de la experiencia colectiva, que fuera más allá de lo que Schopenhauer había condenado como *principium individuationis*.²⁴ Al atacar la mera *Erfahrung* que identificaba con la dimensión neokantiana y no con el modelo hegeliano de experiencia, Martin Buber por el contrario buscó desarrollar una mística de la *Erlebnis* que le permitiera hacer realidad la vida comunitaria plena que veía en los *shtetl*, pequeñas ciudades judías de Europa Oriental.

A pesar de que Buber más adelante abandonó su misticismo de la *Erlebnis* comunitaria en favor de una noción más modesta y dialógica de la interacción subjetiva, otros siguieron buscando la verdadera experiencia a través de alguna forma de éxtasis colectivo. El caso más notorio fue celebrado como *Fronterlebnis*, la experiencia límite, es decir el vínculo atávico entre los varones en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Hasta un personaje tan improbable como Siegfried Kracauer, quien más adelante se burlaría de sus pretensiones, su-

²² Véase Judith Ryan, *The Vanishing Subject: Early Psychology and Literary Modernism*, Chicago, 1991.

²³ Goethe mismo se transformó en un modelo de experiencia realizada, de exitosa transformación del caos de la vida en una forma con sentido. Para una reflexión sobre esta imagen en escritores como Dilthey, Simmel, Meinecke y Lukács, véase Massimo Cacciari, *Architecture and Nihilism: On the Philosophy of Modern Architecture* (trad. de Stephen Sartarelli), New Haven, 1993, p. 70f.

²⁴ Véase Paul Mendes-Flohr, *From Mysticism to Dialogue: Martin Buber's Transformation of German Social Thought*, Detroit, 1989, cap. 3.

cumbió brevemente a esta concepción.²⁵ El exponente más importante de la posguerra fue el novelista conservador Ernst Jünger, que en novelas como *Tormentas de acero* (1920) y *La lucha como vivencia interior* (1922) glorificaba el autosacrificio bélico como una manera de llegar a una existencia más elevada e intensa. Aquí la *Lebensphilosophie*, la filosofía de la vida, llegaba a la paradójica conclusión de que enfrentar el peligro y la muerte era el camino hacia una vida con mayor sentido. A pesar de que Jünger más adelante pareció preferir ser testigo de un espectáculo estético a participar del riesgo violento, postulaba que la muerte del sujeto individual, literal o metafórica, no significaba el fin de la experiencia. En muchos casos la guerra sirvió como una experiencia generacional que implicaba compartir algo mucho más intenso que lo que ocurría en tiempos de paz. En el período de entreguerras esto incluso llevó a alimentar muchas políticas fascistas.

Otros observadores del siglo XX, entre los cuales están los que mencioné al principio de mi trabajo, no fueron seducidos tan fácilmente por estas concepciones. Walter Benjamin por ejemplo en su ensayo de 1936 sobre el narrador protestó sobre la posibilidad de recuperar una experiencia llena de sentido: “¿Acaso no es notable que hacia el fin de la guerra los hombres volvieron del campo de batalla en silencio, no más ricos sino más pobres en experiencias comunicables?... Nunca la experiencia ha sido contradecida de manera más contundente que la experiencia estratégica por la inflación, la experiencia física por la maquinaria bélica, la experiencia moral por los hombres en el poder”.²⁶

De hecho, tanto Benjamin como sus amigos Theodor Adorno y Siegfried Kracauer coincidían en ver que las posibilidades de la genuina experiencia estaban en franco peligro. En uno de sus primeros ensayos, “Sobre el programa de la filosofía futura” (1918), Benjamin había rechazado el intento de Hermann Cohen de salvar una noción neokantiana de la experiencia.²⁷ En busca de una alternativa unificadora, absoluta, francamente metafísica, Benjamin afirmaba que “la gran reestructuración y corrección que debe ser lograda en el concepto de experiencia sólo puede ser lograda a través del lenguaje, tal como lo intentó Hamann en tiempos de Kant”.²⁸ A pesar de que Benjamin no logró presentar una teoría del lenguaje que fuera capaz de apuntar hacia un concepto renovado de experiencia, un lenguaje de nombres miméticos más que de meros signos comunicativos, llegó a darse cuenta de cuán imposible era su propósito si no ocurrían cambios sociales y políticos fundamentales.

Es que en el mundo moderno se enfrentaba una versión disecada, “matemático-mecánica” de la experiencia científica con una concepción no menos problemática, la celebración vitalista de la *Erlebnis* en crudo como su complemento irracional. Esa clase de experiencias eran shocks aislados que no se dejaban asimilar en una narrativa dotada de sentido. Es que se había vuelto irrealizable una noción más dialéctica de *Erfahrung* basada en la continuidad y

²⁵ Siegfried Kracauer, “Vom Erleben des Krieges”, *Schriften*, 5,1, Frankfurt, 1990; original en *Preussische Jahrbücher*, 1915.

²⁶ Walter Benjamin, “The Storyteller”, *Illuminations: Essays and Reflections* (ed. Hannah Arendt), Nueva York, 1969, p. 84. Para una comparación de Jünger y Benjamin con respecto a este tema, véase Andreas Huyssen, “Fortifying the Heart-Totally: Ernst Jünger’s Armored Texts”, *New German Critique*, 59, primavera/verano de 1993.

²⁷ Hermann Cohen, *Kants Theorie der Erfahrung*, 3a. ed., Marburgo, 1918. Para conocer las discusiones de Cohen con Benjamin, véase Gershom Scholem, *Walter Benjamin: The Story of a Friendship* (trad. de Harry Zohn), Nueva York, 1981, pp. 58-60.

²⁸ Walter Benjamin, “Sobre el programa de la filosofía futura”, en *Benjamin: Philosophy, Aesthetics, History* (ed. Gary Smith), Chicago, 1989, p. 9.

el desarrollo históricos, en la integración del individuo en una comunidad de sentidos y en un lenguaje compartido que permite a los narradores transmitir los “relatos de la tribu” de generación en generación. “El reemplazo de la antigua narración por la información, de la información por la sensación, refleja la creciente atrofia de la experiencia”, se lamentaba Benjamin en “Sobre algunos motivos en Baudelaire”.²⁹

Aunque Benjamin en muchos momentos pareció lamentar la pérdida del orden social integrado que permitía el florecimiento de la experiencia dialéctica, también llegó a desconfiar de todos los esfuerzos, incluso los de Jünger, de recuperar el encantamiento en el mundo moderno.³⁰ A falta de una interrupción apocalíptica en el curso indetenible de la historia moderna, sólo quedaban tenues restos de la *Erfahrung* genuina, o acaso sólo prefiguraciones utópicas de sus futuras posibilidades.³¹ Algo similar determinaba las reflexiones de Adorno sobre las posibilidades de la experiencia en las vidas dañadas de los hombres modernos.³²

Un pesimismo comparable aparece en la obra de pensadores franceses como Georges Bataille y Michel Foucault, que buscaron realizar las “experiencias límite” o las “experiencias internas”.³³ A pesar de que proponían la transgresión de las fronteras de la subjetividad convencional (y Foucault lo experimentó él mismo), terminaron reconociendo cuán imposible era su búsqueda de intensidad transgresora. Al mismo tiempo que se resistían a lo que suele ser visto como la disolución posestructuralista de toda noción de experiencia en una red de relaciones discursivas, tanto Bataille como Foucault sospechaban de todo concepto dialéctico de sabiduría acumulada a lo largo del tiempo en el sentido hegeliano. Tampoco creían en la supuesta inmediatez de una *Erlebnis* empírica o fenomenológica. Aunque Bataille y Foucault no estaban dispuestos a abandonar su búsqueda de una alternativa no dialéctica, no brindaron una guía concreta acerca de cómo llegar.

Como resultado, para muchos pensadores y comentaristas recientes se ha vuelto tentador abandonar la búsqueda de toda realización de aquello llamado experiencia, e incluso burlarse de ese afán como de la búsqueda imposible de una totalidad perdida.³⁴ Entre los pensadores contemporáneos tal vez el análisis más desesperanzado de las posibilidades de recuperar algo llamado experiencia se encuentre en la obra del filósofo italiano Giorgio Agamben, quien radicalizó las lecciones de Walter Benjamin y Adorno sobre la “destrucción de la experiencia”. En su libro *Infancia e Historia* Agamben afirma lisa y llanamente que la búsqueda de la experiencia genuina, sea cual fuere su definición, siempre está condenada al fracaso, no únicamente en la modernidad sino por todos los tiempos.

²⁹ Benjamin, “On Some Motifs in Baudelaire”, *Illuminations*, cit., p. 161.

³⁰ Un análisis de este rechazo puede ser leído en Axel Honneth, “A Communicative Disclosure of the Past: On the Relation between Anthropology and Philosophy of History in Walter Benjamin”, *New Formations*, 20, enero de 1993. Para una discusión de algunos de estos temas en el contexto de la literatura, véase Martin Jay, “Experience Without a Subject: Benjamin and the Novel”, en *Rediscovering History: Culture, Politics, and the Psyche* (ed. Michael S. Roth), Stanford, 1994.

³¹ Un intento de discutir estas tesis en el contexto de la literatura puede ser leído en Martin Jay, “Experience Without a Subject: Benjamin and the Novel”, en Michael S. Roth (ed.), *Rediscovering History: Culture, Politics, and the Psyche*, Stanford, 1994.

³² El subtítulo de *Minima Moralia* de Adorno es *Reflexiones sobre la vida dañada*.

³³ Para un análisis de este tema, véase Martin Jay, “The Limits of Limit Experience: Georges Bataille and Michel Foucault”, *Constellations*, en prensa.

³⁴ Véase por ejemplo Leo Bersani, *The Culture of Redemption*, Cambridge, Mass., 1990, p. 49f, donde Benjamin es el objetivo del análisis.

La experiencia –sostiene Agamben– es otra manera de referirse a la condición imaginaria de una infancia feliz previa a la adquisición del lenguaje. La ilusión de superar la fisura entre el sujeto y el objeto, de entrar en contacto con la realidad vivida sin que medie la reflexión, no es sino una nostalgia de un paraíso perdido que nunca se podrá recuperar, porque nunca existió verdaderamente [...]. Vivir una experiencia necesariamente significa volver a acceder a la infancia como el origen trascendental de la historia. El enigma que la infancia plantea a los hombres sólo puede ser resuelto en la historia, en la medida en que la experiencia, que es infancia y lugar de origen, siempre es un lugar del cual el hombre corre el riesgo de caerse, de caer en el lenguaje y en el discurso”.³⁵

En suma, la historia puede llegar a ser un viaje peligroso, un experimento para darse forma, puede ser la búsqueda del saber, pero al menos para Agamben, la historia no puede generar una experiencia consciente en el sentido de una inmediatez o de una presencia plena, puesto que éstas son impedidas por definición por la caída en el lenguaje. Un sistema por siempre ajeno a quienes lo hablan. En consecuencia Agamben considera irrealizable la esperanza de Benjamin de que la experiencia genuina pudiera ser recuperada en un lenguaje redimido, en el que los nombres y las cosas constituyeran una unidad. Para Agamben, esto es imposible e irrealizable.

Como parece haber entendido Montaigne en su gran libro sobre la experiencia, escrito cuando despuntaba la modernidad, sólo cuando dejamos atrás la experiencia, esa experiencia límite, última, que es la muerte, es cuando nos podemos aproximar a algo similar a nuestra infancia perdida. Hay algunas experiencias, especula Agamben, que “no nos pertenecen, que no podemos llamar ‘nuestras’ pero que por alguna razón, precisamente porque son experiencias de lo inexperimentable, constituyen el límite extremo contra el cual nos empuja nuestra experiencia, y nos hace ir hacia la muerte”.³⁶ Lo que diferencia la posición de Agamben de la celebración de Jünger de la experiencia límite es la comprobación de que ninguna autoinmolación puede producir el éxtasis de la unidad prelingüística con el universo. La experiencia en este sentido maximalista es inevitablemente una causa perdida.

Pero como hemos visto, el término “experiencia” no puede ser identificado siempre con una búsqueda tan grandiosa e irrealizable. De hecho, una de las ironías de esta identificación es que el concepto de Agamben de la experiencia como restauración de la perfecta felicidad pre-lingüística infantil no se diferencia virtualmente de lo que normalmente es construido como su término opuesto, la inocencia. Una vez que ambos se fusionan, ¿acaso resulta sorprendente que toda valorización de la experiencia sea condenada como ejercicio de una nostalgia de una totalidad perdida? Si recorremos las múltiples denotaciones y connotaciones que se han acumulado en torno del término experiencia no podemos sino comprobar que no existe una definición que logre capturar su significado preciso de una vez y para siempre. Por lo tanto, no podemos permitir que Agamben nos intimide con su idea de que la experiencia no es sino nostalgia de esta infancia.

Pero quizás la crisis de la “experiencia”, la conciencia de este término, sea todo menos inocente; tal vez se trate de una oportunidad para una respuesta creativa, en lugar de un llamado a la desesperación saturnina. Es que una vez que reconocemos que el concepto apunta

³⁵ Agamben, *Infancy and History*, cit., p. 53.

³⁶ *Ibid.*, p. 39

a diferentes formas de ser y que funciona en tensión con una multitud de contra-conceptos, que incluyen variantes de la “experiencia” misma, acaso entonces sea posible revelar y ponderar los costos y beneficios de cada definición. En lugar de contrastar aquello simplemente llamado experiencia con la teoría o la reflexión, o incluso con el lenguaje, quizás sea más sabio reconocer su intrincada dependencia de sus aparentes opuestos. En lugar del culto o del mito de la experiencia, que proyecta sobre el término una plétora de deseos no cumplidos o quizás irrealizables, reconocer sus múltiples significados y diferentes funciones acaso brinde una suerte de guía prudente en tiempos convulsionados en los que parece demasiado fuerte el deslumbramiento de cultos y mitos. Como nos recordó recientemente el filósofo inglés Stuart Hampshire en su pequeño libro *Experience and Innocence*, “la idea de la experiencia es la idea del conocimiento culpable, la expectativa de la mugre y de la imperfección inconfesables, de las necesarias decepciones y de los resultados inciertos, de los éxitos y de los fracasos a medias. Una persona de experiencia ha llegado al punto en que espera que lo usual sea elegir entre el menor de dos o más males”.³⁷ A pesar de que esta definición pueda resultar también inadecuada, sería recomendable atenerse a la lección que contiene. Tal vez la “experiencia” no sea el lugar de una posible redención cuya supuesta pérdida es causa de lamento, sino una advertencia contra los desastres que nos esperan si buscamos hacer realidad ese lugar de manera literal. Nuestra experiencia con el concepto de “experiencia” tal vez nos deje alguna enseñanza, después de todo. □

³⁷ Stuart Hampshire, *Innocence and Experience*, Cambridge, Mass., 1989, p. 170.

Conciencia histórica y memoria electiva

José Szabón

UBA / CONICET

La rápida acumulación de estudios sobre la memoria y de trabajos que ponen a ésta en tándem con la “historia” –en una conjunción de contenido flotante, pues el nexo es a veces con las *res gestae*, a veces con una *historia rerum gestarum*– ha convertido a la temática en una zona familiar del paisaje intelectual. No es difícil, sin embargo, advertir tanto la novedad de este interés (y del consenso en su designación) como el hecho de que la “memoria” diseña, en la actualidad, un campo extenso de problemas que admite un tratamiento diseminado de sus contenidos o incitaciones. En cuanto a lo primero, la concentración en el término y la noción, baste notar que aunque *ahora* “memoria” aparezca corrientemente en los estudios culturales, esta habituación es de muy reciente data. Por ejemplo, la palabra no figuraba como voz singular, acreedora de la correspondiente entrada, en el “vocabulario de cultura y sociedad” que Raymond Williams elaboró en 1976 y amplió en 1983,¹ si bien fue en torno a esta última fecha cuando se inició el boom académico² de la memoria, con la publicación –en

¹ Raymond Williams, *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1976; íd., revised edition, 1983. Es conveniente agregar que si bien la influyente obra general de Williams, con sus conocidos énfasis en la recuperación (y conceptualización) de la “experiencia”, es obviamente relevante en el marco de algunas direcciones de estudio sobre la memoria, el propio Williams manifestó en varias oportunidades su reticencia en cuanto a la validez de ciertas apelaciones al pasado que estarían en esa línea. Así, por ejemplo, en una entrevista de marzo de 1984 advirtió sobre los equívocos de “esa modalidad retrospectiva” de apelación: “Esta interminable reconstitución nostálgica [da por sentado] que hay algo que, si puede ser grabado, es una esencia del pueblo, una esencia del mundo popular que de algún modo se ha perdido pero que se puede reconstituir si se la reconecta con su pasado. [...] El mayor peligro es hacerse fantasías respecto a una conciencia del pasado que, si sólo pudiese ser revivida y provista de algunos ajustes contemporáneos, transformaría el presente”. Cf. Stephen Heath y Gillian Skirrow, “Interview with Raymond Williams”, en Christopher Prendergast (ed.), *Cultural Materialism. On Raymond Williams*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, p. 367. Por otro lado, en el mismo medio intelectual de Williams surgió un ambicioso proyecto, lamentablemente frustrado por la muerte del autor, que buscaba ilustrar, en múltiples cuadros, los “teatros de la memoria” hoy vigentes en la vida social inglesa, proyecto –concebido con la extensión de una trilogía– que respondía a una “idea de historia como forma orgánica de conocimiento, forma cuyas fuentes son promiscuas, basadas no sólo en la experiencia de la vida real sino también en la memoria y en el mito, en la fantasía y en el deseo; no sólo el pasado cronológico del registro documental sino también el intemporal de la ‘tradición’”. Cf. Raphael Samuel, *Theatres of Memory. Volume 1: Past and Present in Contemporary Culture*, Londres, Verso, 1994 (cf. p. x); y el volumen póstumo *Island Stories. Unravelling Britain. Theatres of Memory, Volume II* (ed. de Alison Light, Sally Alexander y Gareth Stedman Jones), Londres, Verso, 1998.

² *Scholarly boom* define K. L. Klein la referida profusión y data sus inicios justamente de la aparición de las obras de Yerushalmi y Nora (véanse n. 3 y 4). El texto de Klein es una aguda y concisa evaluación de la rápida aclima-

1982 y 1984– de dos libros emblemáticos: *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory*, de Yosef H. Yerushalmi³ y el primer tomo de *Les Lieux de Mémoire*,⁴ obra colectiva que su director, Pierre Nora, encabezara con un texto programático: “Entre Mémoire et Histoire”; la relativa discontinuidad, hasta años recientes, de ese léxico convocante, podría también documentarse con la consulta de algunas obras indicativas.⁵

El segundo aspecto, es decir la diseminación de problemáticas bajo el prisma de la memoria, puede ser ilustrado con una sucinta compulsa de media docena de obras de muy diversos contenidos y perspectivas disciplinarias, todas ellas publicadas entre 1993 y 1999. Sólo en el primero de esos años aparecen *Philosophical Imagination and Cultural Memory*, donde bajo el rótulo abarcativo de “memoria cultural” se inscriben los transitados problemas de la relación de la filosofía con su pasado;⁶ *Modernity and the Memory Crisis*, un examen de las figuras del recuerdo en la literatura y el psicoanálisis;⁷ *History as an Art of Memory*, un in-

tación del término en los estudios históricos y crítico-culturales del presente, así como una sobria apreciación de las interpretaciones alternativas que se han dado de un fenómeno cuyas dimensiones justifican la fórmula inicial de su artículo: “Welcome to the memory industry”. Cf. Kerwin Lee Klein, “On the Emergence of Memory in Historical Discourse”, *Representations*, No. 69, invierno de 2000, pp. 127-150 (la cita es de p. 127).

³ Yosef Hayim Yerushalmi, *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1996. Esta edición registra, en los sucesivos prefacios, momentos significativos de la irradiación de la obra y de algunas inesperadas concomitancias. Situado por el autor en continuidad con los trabajos emprendidos por Maurice Halbwachs desde la década de 1920 en el sentido de establecer que “aun la memoria individual está estructurada por marcos sociales y, sobre todo, que la memoria colectiva es... una realidad social transmitida y sostenida por los esfuerzos conscientes y las instituciones del grupo” (“Prologue to the Original Edition [1982]”, p. XXXIV), *Zakhor* es visto por Yerushalmi unos años después como emergente de un “clima cultural” que, en cuanto a “la problemática de la memoria colectiva y la escritura de la historia”, suscitó coincidentemente el proyecto de Pierre Nora sobre los “lugares de la memoria” (“Preface to the 1989 Edition”, p. XXIX), en tanto el último prefacio, más breve, consigna algunas discusiones a que dio lugar el libro e incluso acepta una corrección fáctica puntual debida a un doctorando del mismo Yerushalmi (“Preface to the 1996 Edition”, pp. XXVII-XXVIII). Por lo demás, desde la edición de 1989, *Zakhor* se enriqueció con un reflexivo prólogo de Harold Bloom (“Foreword”, pp. XIII-XXV).

⁴ Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1997, 3 vols. Reedición, en la colección Quarto, de los siete volúmenes originales publicados por Gallimard en su “Bibliothèque illustrée des histoires” entre 1984 y 1992. La nueva presentación de la obra abarca en su integridad los textos de la primera edición, aunque limitando considerablemente la iconografía entonces incluida. En un conciso prefacio a esta edición, Nora deja en claro que el estado definitivo de la obra excede en mucho la concepción inicial, ya que “de una etapa a otra, la empresa pasó de una simple ilustración de aquellos lugares portadores de una memoria particularmente significativa al proyecto mucho más ambicioso de una historia de Francia por la memoria” (vol. 1, p. 7). *Les lieux de mémoire* fue objeto de atención y exámenes críticos, por parte de la crítica especializada, en la última década. Para limitarnos a una sola publicación del área, el *Journal of Modern History*, cabe consignar el amplio comentario de Steven Englund: “The Ghost of Nation Past” (vol. 64, No. 2, junio de 1992, pp. 299-320) y la recapitulación reciente de Peter Fritzsche, “The Case of Modern Memory” (vol. 73, No. 1, marzo de 2001, pp. 87-117).

⁵ En efecto, la problemática de la memoria en su articulación con los estudios históricos y culturales o con la teoría social está ausente, por ejemplo, en Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Los Angeles, University of California Press, 1989; Paul Rabinow y William M. Sullivan (eds.), *Interpretive Social Science. A Second Look*, Berkeley, University of California Press, 1987; Bryan S. Turner (ed.), *The Blackwell Companion to Social Theory*, Oxford, Blackwell, 1999. Esta última obra, publicada originalmente en 1996, contiene fugaces alusiones al tema de la memoria, pero refiriéndolo a Bergson y Bachelard, no a Halbwachs, como ahora es corriente.

⁶ Patricia Cook (ed.), *Philosophical Imagination and Cultural Memory. Appropriating Historical Traditions*, Durham, Duke University Press, 1993. La colección comprende tanto estudios más convencionalmente situables en la inextinguible agenda de la historia de la filosofía (aunque denotando la reciente conciencia autocrítica de esta disciplina) como otros, moderadamente exploratorios de un continente de tan indefinidos contornos como la “memoria cultural”, el cual en la mayoría de los casos parece indiscernible de lo que siempre se llamó “tradición”.

⁷ Richard Terdiman, *Present Past. Modernity and the Memory Crisis*, Ithaca, Cornell University Press, 1993. Luego de un capítulo inicial sobre la historización de la memoria y las modalidades de teorización del recuerdo, el autor analiza algunas representaciones significativas de la reminiscencia en la literatura del siglo XIX (la novela autobiográfica de Alfred de Musset *Confession d'un enfant du siècle* y el poema de Baudelaire “Le Cygne”) y,

novador enfoque de la disciplina histórica examinada desde una perspectiva desencantada que acompaña la relativización de la certeza con una conciencia del decisivo papel de la memoria en la práctica historiográfica.⁸ En 1996, *The Memory of the Modern* aspiró a unir diversos escenarios y momentos en la Francia del siglo XIX (cuerpos, espectáculos, monumentos, identidades, etc.) como otras tantas articulaciones de una función general;⁹ en 1998, *History and Memory after Auschwitz* situó su elaboración conceptual –como ya el título sugería– en la muy sensible área de los problemas teóricos y éticos que plantea al historiador el tratamiento del Holocausto¹⁰ (en este caso con una consecuente adopción de nociones psicoanalíticas incorporadas por el autor, para análogas cuestiones, antes y después de este texto);¹¹ por último en esta muestra, *Acts of Memory*, en 1999, agrupó una variada e interesante colección de indagaciones cuyo común denominador es su inscripción en la visiblemente ensanchada y flexible dimensión de la memoria cultural.¹²

Entre las varias direcciones de análisis que parece posible adoptar ante esta eclosión del interés por la memoria y, en particular, por un reflexivo cotejo de su índole y la de la historia

finalmente y con mayor extensión, la función de la memoria en la ficción de Proust y en las elaboraciones conceptuales de Freud. A diferencia de otras descripciones meramente panorámicas, las incluidas en el libro de Terdiman tienen la virtud de enriquecer la percepción del *corpus* examinado a través del prisma de la noción y sus extensiones (“hipermnesia” en Proust, “mnemoanálisis” en Freud).

⁸ Patrick H. Hutton, *History as an Art of Memory*, Hanover, University Press of New England, 1993. Ésta es una de las primeras contribuciones sistemáticas a la conceptualización contemporánea de la conexión historia/memoria. Mediante incisivas recapitulaciones de los modos en que ese nexos fue pensado por historiadores (y aun filósofos de la historia) de siglos anteriores, el autor fija un umbral significativo a las innovaciones de perspectiva que introducirán historiadores, científicos sociales y filósofos en el siglo XX. Hutton no aspira a establecer un compendio exhaustivo de esas posiciones, pero sí a situar a aquellas que elige en torno de algunos ejes, de los cuales el que distingue entre la memoria como repetición y la memoria como recuerdo es el más pregnante. En este marco distributivo, el desarrollo del libro pone el énfasis en la emergencia y articulación de una perspectiva “posmoderna” esbozada en Halbwachs y desplegada en nuestro tiempo por Foucault, Pierre Nora y otros.

⁹ Matt K. Matsuda, *The Memory of the Modern*, Nueva York, Oxford University Press, 1996. Los ensayos que integran este volumen se ocupan de una variedad de temas (políticos, culturales, criminológicos, etc.) que tienen en común el ser desprendimientos posibles de la gran trama constituida por la historia francesa en el período que va de 1879 a 1914. Ese itinerario, a primera vista errático, estaría soldado –piensa el autor– por un haz de problemáticas (relativas a “ausencia, distancia, testimonio, tradición, nostalgia, huella, primitivo/moderno y olvido”: cf. p. 7) vinculadas con la plasticidad de la memoria. Dada la vivacidad de los cuadros presentados –desde el derribo de los monumentos napoleónicos por la Comuna hasta la fascinación por el tango argentino en vísperas de la Gran Guerra–, el lector no se siente obligado a seguir a Matsuda también en su aspiración a leer esos hechos en función de aquellas problemáticas.

¹⁰ Dominick LaCapra, *History and Memory after Auschwitz*, Ithaca, Cornell University Press, 1998. Interesado sobre todo por “las interacciones entre la historia, la memoria y las preocupaciones eticopolíticas surgidas luego de la Shoah” (p. 2), el enfoque de LaCapra se singulariza –dentro de la amplia red de encuadres y perspectivas que también tienen por objeto esas interacciones– por una adopción firme y, al mismo tiempo, libre, de nociones y cuestiones psicoanalíticas (transferencia, duelo, repetición-compulsión, trauma, etc.). Se trata, por eso, de una apropiación selectiva de la reserva freudiana que el autor ha practicado también en otros trabajos no vinculados con la temática del presente volumen y que responde a su concepción de una teoría crítica en la que el psicoanálisis exhibe su fecundidad al articularse con el marxismo y algunas corrientes postestructuralistas (cf., por ejemplo, también de LaCapra, *Soundings in Critical Theory*, Ithaca, Cornell University Press, 1989).

¹¹ Antes, en *Representing the Holocaust. History, Theory, Trauma*, Ithaca, Cornell University Press, 1994; después, en *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2001.

¹² Mieke Bal, Jonathan Crewe y Leo Spitzer (eds.), *Acts of Memory. Cultural Recall in the Present*, Hanover, University Press of New England, 1999. Los autores, casi todos académicos del Dartmouth College, consideran la acción de la memoria por su incidencia en tipos de experiencia, formas de nostalgia, efectos de trauma y represión, y lo hacen analizando prácticas literarias, tipos de conciencia política, crisis de identidad nacional, formas arquitectónicas y monumentales, etc. También es amplia la selección de países estudiados: Alemania, Sudáfrica, Chile, Francia, comunidades de Medio Oriente, etcétera.

(término bajo el cual, como sugerimos, se entiende en muchos casos la historiografía), mi propósito en este trabajo es el de indicar la génesis de un influyente desarrollo y esbozar algunas consideraciones sobre los desemboques de ese curso en el presente. Tratándose, por tanto, de un enfoque selectivo, no se toman aquí en cuenta, por ejemplo, las disquisiciones sobre la noción de “memoria colectiva” (que han conducido, entre otras cosas, a un renovado examen del estudio de Halbwachs de 1925 y de otros textos posteriores del mismo autor) o los estimulantes estudios de Yerushalmi a propósito de la secular exclusividad de la memoria por sobre la historia en la tradición de autoconocimiento del pueblo judío, o el problemático recubrimiento o coordinación de la memoria en cuanto reserva experiencial y la historia como reconstrucción documentable (algunos, entre varios otros importantes núcleos de atención en la actualidad).

Es, más bien, la creciente notoriedad de la empresa de Pierre Nora mi punto de partida, una notoriedad y una influencia de la que pueden encontrarse testimonios incluso en la mínima selección de trabajos que hace un momento citábamos. El panorama historiográfico de Hutton, por ejemplo, da amplio relieve a *Les lieux de mémoire*, obra que el autor considera “el proyecto más ambicioso de la nueva historia de la política de la memoria y el logro definitivo del género hasta la fecha”, juicio introductorio que más adelante encuentra su respaldo en la sección de *History as an Art of Memory* consagrada a Nora como creador de una “arqueología de la memoria nacional francesa”.¹³ En cuanto a Dominick LaCapra, éste mueve algunas de sus nociones psicoanalíticas más estratégicas hasta situarlas en proximidad dialógica con el sintagma fundador de Nora: postula, en efecto, que los *lieux de mémoire*, además de sitios de conmemoración, “pueden ser también *lieux de trauma* y la cuestión es si y cómo podrían convertirse en *lieux de deuil*”.¹⁴ Y en la introducción a *The Memory of the Modern*, Matsuda declara inspirarse en el proyecto de los *Lieux* de Nora para el diseño de su propio campo de la “memoria”, aunque modificando la configuración del objeto de estudio.¹⁵ Una similar conjunción de inspiración asumida e independencia de tratamiento respecto de la idea de los *Lieux* encontramos en otro estudio, hasta ahora no aludido: el de Robert Gildea sobre *The Past in French History*, cuya estructura organizativa sugiere un verdadero contrapunto de la concepción de *Les lieux de mémoire*.¹⁶

Ahora bien, consideraremos aquí la empresa de Nora no tanto en su admirable expansión —originalmente siete volúmenes a los que contribuyeron varias decenas de especialistas— cuanto más bien en su principio fundador. Éste se expone en el artículo del mismo Nora que encabeza la serie¹⁷ y en el prefacio del autor a la edición inglesa de la obra (edición, de todos

¹³ P. Hutton, *op. cit.* en n. 8, pp. 8-10 y 147-153.

¹⁴ D. LaCapra, *op. cit.* en n. 10, p. 44.

¹⁵ M. Matsuda, *op. cit.* en n. 9, pp. 7 y 14. Esa diferente perspectiva de acceso sería la que va de “las memorias preservadas de la aceleración de la historia”, en Nora, a las “historias de acelerada memoria, sometidas a los ritmos dramáticos de una época”, en el propio Matsuda.

¹⁶ Robert Gildea, *The Past in French History*, New Haven, Yale University Press, 1994. El propósito de este alternativo tratamiento de la memoria del pasado francés es explorar la relación entre la cultura política y la memoria colectiva bajo la doble premisa de la existencia de memorias colectivas paralelas en competencia y de la conexión de esas diferentes recuperaciones con postulaciones políticas diferenciales por parte de las comunidades en cuestión. El contrapunto indicado con la obra de Nora deriva de que la “profunda deuda” hacia ésta no le impide a Gildea desplazar su atención hacia un estudio global que asume “como punto de partida y tema general la rivalidad entre culturas políticas paralelas y la elaboración de las memorias colectivas que las definen” (pp. 10-11).

¹⁷ Pierre Nora, “Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux”, en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire* (cit. en n. 4), vol. 1, pp. 23-43.

modos, abreviada, apenas “un microcosmos” del original, pero representativo de su “espíritu y estilo”).¹⁸ Es conveniente tener presente que entre uno y otro *incipit* han transcurrido doce años, pero asimismo –y sobre todo– que en un caso se trata de la fundamentación programática que acompaña el primer conjunto de materiales y en otro caso del balance de la obra realizada y ya concluida: de allí la importancia de ciertos énfasis y los contextos en que ellos aparecen. De todos modos, su lectura conjunta permite reconstruir una serie de asunciones, planteos metódicos y convicciones teóricas que pueden leerse como una opción caracterizada (hay otras convergentes), tendiente a la remoción de la conciencia histórica como nudo de enlace entre la actividad del historiador, la ilustración reflexiva de la sociedad y la proyección política de un saber crítico. De hecho, si se tiene en cuenta la paulatina acumulación de impulsos disolutorios y de marginamientos tenaces a que fue sometida la coordinación solidaria de conocimiento histórico y praxis emancipatoria en el último medio siglo, la presentación razonada que hace Nora de su empresa –en la cual esa decantación gradual se trasluce en sus efectos activos y funciona como un a priori incuestionado–, ese discurso de la memoria y el olvido, de la discontinuidad y la dispersión, de la huella evanescente y el sentido aleatorio, es un verdadero réquiem de la conciencia histórica del que se pueden reconstruir algunas estaciones previas, justamente las que contribuyeron a perfeccionar las apariencias de una figura difunta.

No hay, desde luego, un solo itinerario, pautado y normativo, sino múltiples instancias de convalidación¹⁹ de una tendencia por último prevaleciente. Nos atenderemos, por eso, a algunos momentos significativos tomados sobre todo del medio intelectual francés y de otros a él receptivos. Utilizando términos que la moda favorece, podemos decir que basta apelar a una narrativa del estructuralismo y el post-estructuralismo para situar suficientemente las premisas de Nora como ideador de un proyecto que se edifica sobre las ruinas de la conciencia histórica.

No se trata de recrear los avatares de la corriente ni de contar de nuevo el balanceo de sus componentes sistemáticos: la complementariedad, desigualmente repartida en cada autor entre una *pars destruens* y una *pars construens*; alcanza con indicar que el objetivo de esta *pars destruens* era desmontar tanto los privilegios de la conciencia como los de la historia y que, cuando ellos se adicionaban –como en este caso–, el rechazo era tanto más enfático: la

¹⁸ Pierre Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, prefacio a la edición en inglés, en P. Nora (dir.), *Realms of Memory. Rethinking the French Past*, Nueva York, Columbia University Press, 3 vols., 1996; vol. I: *Conflicts and Divisions*, pp. xv-xxiv (cf. p. xix). Se puede observar cómo el subtítulo de la obra –inexistente en el original francés– tiende a aclimatar la perspectiva de Nora en el ámbito de las revisiones historiográficas. El “Rethinking” es una expresión codificada de connotación paradigmática y fácil de asociar con enfoques críticos de similar vocación (verbigracia George C. Comminel, *Rethinking the French Revolution. Marxism and the Revisionist Challenge*, Londres, Verso, 1987; Dominick LaCapra, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, Ithaca, Cornell University Press, 1983; desde 1997, circula la revista *Rethinking History* (editada por Routledge); etc. Otra remisión, más patentemente intencional e igualmente paradigmática, es la del prólogo del introductor norteamericano, cuyo título vincula directamente la empresa de Nora con la de Proust: cf. Lawrence D. Kritzman, “In Remembrance of Things French”, pp. ix-xiv. *Remembrances of Things Past* es el título inglés, resistido en su momento por Proust, de su *À la recherche du temps perdu*, una obra en la que el mismo Nora redescubre los objetos de su propia búsqueda cuando alude a la posibilidad de “to enumerate the many *lieux de mémoire* that appear in his text” (p. xx).
¹⁹ Pensemos, por ejemplo, en los diferentes linajes (teóricos y políticos) de estas pocas obras: Hannah Arendt, *On Revolution* (Nueva York, The Viking Press, 1963); Michel Foucault, *Les mots et les choses, une archéologie des sciences humaines* (París, Gallimard, 1966); Hayden V. White, “The Burden of History” (en *History and Theory*, vol. v, No. 2, 1966); Agnes Heller y Ferenc Feher, *Anatomía de la izquierda occidental* (Barcelona, Península, 1985); Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo* (Madrid, Siglo XXI de España, 1988). Etcétera.

conciencia histórica, en esa época, fue vista como una facultad languideciente; con Nora, será una pieza de museo. Es conveniente seguir el decurso argumentativo de un importante pensador que, siendo la encarnación emblemática del estructuralismo, puede ser considerado también el responsable del post-estructuralismo como esbozo luego desplegado;²⁰ en efecto, si este “post” es sólo módicamente descriptivo cuando indica una secuencia temporal, en cambio cuando se lo entiende como enlace de sentido entre canon científico y expansión filosófica expresa más adecuadamente su índole conectiva. En Lévi-Strauss (de él se trata) podemos asistir al remate de un método y a su discreta conversión en doctrina y, para lo que aquí interesa, a la devaluación de la conciencia, la relativización de la historia y –como corolario– el adelgazamiento irrisorio de la conciencia histórica, posteriormente convertida en reliquia de la modernidad en el planteo inflexible de Pierre Nora.

En lo que se refiere a la conciencia, Lévi-Strauss la convierte en blanco de un recelo sistemático. En el caso de las ciencias humanas, que ya tenían dificultades para resguardar el dualismo del observador y su objeto, ella es una “enemiga secreta” que desbarata el rigor de la observación, pues se presenta como conciencia espontánea en el objeto y como conciencia reflexiva, “conciencia de la conciencia”, en el científico.²¹ En cuanto a los modelos conscientes mediante los cuales un grupo humano da cuenta de sí mismo, ellos son también desechables ya que perpetúan costumbres y creencias sin revelar los resortes profundos que las explican. Sólo bordeando esa instancia insegura e instalándose en el terreno del inconsciente es posible acceder a un conocimiento válido,²² pero entonces ya no estamos en el nivel de la acción sino en el de la significación, el cual en principio escapa a los interesados y se inscribe en una dimensión constructiva: comparatista, formal, codificada; en el límite, hay “sistemas de verdades” que el científico puede volver “mutuamente convertibles” una vez que encuentra las condiciones abarcativas pertinentes, condiciones que constituyen “una realidad propia e independiente de todo sujeto”.²³ Es este relegamiento de la conciencia y la primacía de las estructuras inconscientes lo que explica la subordinación epistemológica de la historia a la etnología. Para Lévi-Strauss, la primera estudia los fenómenos conscientes y la segunda, las estructuras inconscientes y esta mera asignación distributiva²⁴ es ya una jerarquización de la mayor o menor realidad de los objetos a los que, en cada caso, acceden. Pero además, su misma concepción de la disciplina histórica debilita la posibilidad de una articulación entre sus hallazgos y el autoconocimiento de la sociedad. La historia, en efecto, es para él una disciplina clasificatoria que agrupa franjas del pasado de desigual amplitud poniéndolas entre sí en una conexión lógica de inclusión de acuerdo con las escalas en que hayan sido concebidas (milenios, siglos, etc.).²⁵ Es una historia que no supone historicidad ni conduce a ella: sólo

²⁰ Esta tesis está desarrollada en José Szabón, “Razón y método, del estructuralismo al post-estructuralismo”, en Oscar Nudler y Gregorio Klimovsky (comps.), *La racionalidad en debate*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, t. II, pp. 230-254.

²¹ Claude Lévi-Strauss, “Critères scientifiques dans les disciplines sociales et humaines”, en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, París, Unesco, vol. XVI, No. 4, 1964, p. 583.

²² Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, París, Plon, 1966, pp. 30-33, 224-225, 308-309; íd.: “Introduction à l’oeuvre de Marcel Mauss”, en Marcel Mauss, *Sociologie et Anthropologie*, París, Presses Universitaires de France, 1966, pp. XXX-XXXI.

²³ Claude Lévi-Strauss, *Mythologiques I. Le cru et le cuit*, París, Plon, 1964, p. 19.

²⁴ Formulada con vigor particularmente en “Histoire et ethnologie”, capítulo introductorio de *Anthropologie structurale*, citado.

²⁵ Cf., a este respecto, el cap. IX de *El pensamiento salvaje*, citado.

clases de fechas imponen la latitud de la interpretación, de acuerdo con los rangos envueltos, pero no hay en este esquema un pasaje a la densidad de una experiencia o a la significación singular del acontecimiento para quienes lo vivieron o lo produjeron.

Estas significaciones poseen el mismo estatus que los “modelos” conscientes de que se ocupa el antropólogo y su ilusoriedad no autoriza ninguna atribución de sentido al propio curso histórico: en los términos de Sartre (con quien discute), sólo habría “totalizaciones” parciales²⁶ y no una de conjunto, correlativa de la verdad de la historia. Disminuida en su alcance epistemológico; particularizada como, apenas, una ciencia clasificatoria; situada a la sombra de la etnología, cuyo saber del inconsciente la relega a la función instrumental de proveer materiales que ella recompondrá “conforme a otro plan”,²⁷ la historia, en la concepción de Lévi-Strauss, tiene pocas posibilidades de instruir válidamente a la conciencia histórica. Esta misma, de hecho, y dada la vasta relativización de todos los procesos mentales que forman la base de las culturas de antiguos y modernos, primitivos y civilizados, sobrelleva el destino común de las efusiones míticas: el de ser expansiones de un sentido local, interno a esas formaciones contingentes y sin pretensión alguna de detentar certidumbres y saberes que las volvieran inherentes a las articulaciones objetivas de una historia en curso.

La gran enseñanza de la antropología estructural, inferida sin indulgencia por Lévi-Strauss a las filosofías de la historia para erosionar su aplomo, era la parificación del saber que ellas ofrecían al saber que contienen los mitos indígenas: contra toda alegación en contrario (de Sartre o de Paul Ricoeur,²⁸ por ejemplo), sostuvo la equivalencia de principio de las elaboraciones del pensamiento “salvaje” y las del pensamiento “civilizado”, particularmente en sus versiones más ambiciosas y abarcativas. De allí que, para él, la idea de historia, en su función de soporte de la conciencia moderna y de habilitadora del autoconocimiento de nuestras sociedades, es estructuralmente simétrica del mito en las sociedades “primitivas” y confiere la misma plenitud de significado, sin ser entonces, respecto del mito, un recurso de mayor consistencia conceptual o un instrumento de control fáctico desprovisto de fantasía ideadora. Respecto de la posterior demolición de la historia como “gran relato”, o de la consistencia del proyecto *annaliste* de una “historia global”, y también respecto del escepticismo nihilizante sobre las adquisiciones de la modernidad, Lévi-Strauss es responsable de estas innovadoras certezas: antes que mediante la historia, el acceso conveniente a las sociedades modernas lo da la antropología, ya que ésta evita las ilusiones de la interioridad; la historia misma, como tipo de conocimiento sintético y totalizador, debe ser entendida propiamente como

²⁶ Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, París, Gallimard, 1960, t. I, p. 142. Cf. también Jean Pouillon, “Sartre et Lévi-Strauss. Analyse dialectique d’une relation dialectique analytique”, en *L’Arc*, No. 26, Aix-en-Provence, 1967, pp. 60-65.

²⁷ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit., p. 362.

²⁸ Las posiciones polémicas de Sartre respecto a Lévi-Strauss y –con una aspereza mayor– respecto al estructuralismo figuran en “L’écrivain et sa langue”, *Revue d’Esthétique*, t. XVIII, fasc. 3-4, París, 1965, pp. 306-334; “Entretien sur l’Anthropologie”, *Cahiers de Philosophie*, No. 2-3, París, febrero de 1966, pp. 3-12, y “Jean-Paul Sartre répond”, *L’Arc*, No. 30, Aix-en-Provence, 1966, pp. 87-96. En cuanto a Ricoeur, más abierto al intercambio dialógico (sin resignar una actitud cautelosa), su posición ante la antropología lévi-straussiana se expresó en distintas oportunidades, incluyendo la interlocución directa con Lévi-Strauss en ocasión del encuentro con este último organizado por la revista *Esprit*. Cf. Paul Ricoeur, “Symbole et temporalité”, *Archivio di Filosofia*, No. 1-2, Roma, 1963; íd., “Structure et herméneutique”, *Esprit*, año 31, No. 322, París, 1963, pp. 596-627 y las contiguas “Réponses à quelques questions”, de Lévi-Strauss, cuya transcripción incluye las intervenciones de Ricoeur (y de otros), pp. 628-653.

un mito occidental; la normal dimensión imaginaria de los mitos cumple, en nuestras sociedades, un papel integrador. Hasta tal punto hicieron su camino estos postulados (y otros conexos) que, luego de su prolongada decantación en vulgata, Pierre Nora puede tranquilamente ahora (1996) informar a sus lectores de habla inglesa que “Francia es una realidad enteramente simbólica” y también, en cuanto al proyecto de los lugares de memoria, que “su inspiración es casi etnográfica”.²⁹

La subsunción de lo vívidamente cercano en un horizonte de brumosa lejanía, la conversión de lo propio en ajeno, el extrañamiento de la identidad a los que impulsa la mirada etnológica (en este caso aplicada a demarcar “lugares de memoria”) ya habían sido practicados por Lévi-Strauss en función polémica contra el historicismo sartreano y, más allá de éste, contra los filósofos que encumbran a la historia por sobre las demás ciencias humanas (llegando a hacerse de ella “una concepción casi mística”).³⁰ Lo que Lévi-Strauss veía como necesaria nivelación de la cultura histórica y la cultura indígena (a propósito de Sartre, quien, según él, “se situa[ba] ante la historia como los primitivos ante el eterno pasado”) se expresaba egregiamente en la apelación de la primera al “mito de la Revolución Francesa”.³¹ Todo el desarrollo que dedica a este tema en *El pensamiento salvaje* tiende a cancelar las iluminaciones de la conciencia histórica, para la cual la Revolución es un acontecimiento fundador. Esa abolición, que afecta a sus premisas teórico-cognoscitivas, deja en cambio a salvo su funcionalidad político-práctica: “para que el hombre contemporáneo pueda desempeñar plenamente el papel de agente histórico, tiene que creer en este mito”.³² Pero el reverso de ese gesto concesivo era un severo veto a la coordinación de saber histórico e intervención política, de intelección y praxis: esa articulación, para él, no era sino un espejismo que demoraba en disiparse, ya que las condiciones de su existencia estaban en trance de extinción.

Éste es un punto crucial del texto de Lévi-Strauss, en el cual, aunque con fórmulas elusivas que prescinden de una fundamentación en regla, se marca un antes y un después a la conciencia histórica, afectada, según el diagnóstico, de una sobrevida efímera: dos y tres décadas más tarde (épocas de aparición de *Les lieux de mémoire* y de *Realms of memory*), su postulada desaparición será la tácita premisa de la iniciativa “etnográfica” de Pierre Nora, quien puede transitar imperturbable el trayecto “entre memoria e historia”. El tramo en cuestión asevera que “el hombre de izquierda se aferra todavía a un período de la historia contemporánea que le dispensaba el privilegio de una congruencia entre los imperativos prácticos y los esquemas de interpretación. Quizá esta edad de oro de la conciencia histórica ya ha terminado”,³³ donde los índices temporales –“período” (*période*), “todavía” (*encore*), “terminado” (*révolu*)– son puramente asertivos, sin ilustración empírica. Tampoco la posterior convicción que expresa el autor en cuanto a que la Revolución Francesa “dejará pronto de ofrecernos una imagen coherente conforme a la cual podamos modelar nuestra acción”³⁴ es algo más que una advertencia ominosa que, sin embargo, otros –en este caso, historiadores con vocación doctrinaria– convertirán, años después, en liquidación triunfal: Furet afirmará, en efecto (1978),

²⁹ P. Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, cit. en n. 18, pp. XVIII y XX.

³⁰ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit. p. 371.

³¹ *Ibid.*, p. 368.

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*, pp. 368-369.

³⁴ *Ibid.*, p. 369.

que es la propia Revolución, es decir su memoria movilizadora, la que ha “terminado” (*terminée*).³⁵

Pero antes de ocuparnos de él, no es ocioso señalar que a partir de estas páginas de acerrada polémica de *El pensamiento salvaje* se dirime no sólo la pérdida de convocatoria de la dialéctica sartreana –es decir, de la mutua fecundación de existencialismo y marxismo (y, en grados variables, de la apelación de uno y otro componente)– sino, más sutilmente, de un modo conceptualizable a posteriori, la transición del estructuralismo al post-estructuralismo. Pues esta última mutación, a despecho de una lectura linealmente consecutiva del “post”, está inscrita ya en la extrapolación teórica que el más brillante exponente del estructuralismo se autoriza a efectuar en sus años de apogeo como tal. Fórmulas como “la lengua es una razón humana que tiene sus razones, y que el hombre no conoce”, o “el pensamiento comienza antes que los hombres”, o “los mitos se piensan entre ellos”, escalonadas entre 1962 y 1964,³⁶ son indicativas de un sesgo extracientífico, conscientemente irónico, con latencias agnósticas y lúdicas que preceden bastante el momento del giro hacia el post-estructuralismo que los comentaristas suelen fechar en la decantación consecutiva a los desemboques de mayo del 68.³⁷ Para lo que aquí importa –es decir, la génesis del desplazamiento de la conciencia histórica que da lugar al nuevo objeto memoria en la fundamentación de Pierre Nora–, el giro post-estructuralista interno a la obra de Lévi-Strauss es el antecedente más firme y especiosamente argumentado de la denegación de una figura de la razón en la historia que arrastra consigo tanto las certidumbres del conocimiento histórico como los conatos de un saber que en él se apoya para trasvasarse en intervención política reflexiva y racional.

El encarnizamiento iconoclasta de Lévi-Strauss con la Revolución Francesa en su doble carácter de cuna de la conciencia histórica moderna y paradigma motivador de las empresas del “hombre de izquierda” en el presente era el gesto provocador de un no historiador que, con un fulgurante esquema epistemológico armado para la ocasión, se atrevió a dictaminar que “la Revolución Francesa, tal como se la conoce, no ha existido”.³⁸ François Furet, en cambio, es un practicante del oficio que pone en juego sus recursos para aseverar lo mismo que el etnólogo y lo hace con el fin de expandir y, al mismo tiempo, especificar aquel juicio desalentador. Dado que la historiografía de la Revolución Francesa es una especialidad con un frondoso *dossier* y cualquier contribución a este último adquiere automáticamente un valor de posición en el continuo conflicto de interpretaciones, Furet es considerado habitualmente un historiador de la escuela “revisionista” que, prolongando en Francia las tesis de fuente anglosajona (Cobban, Taylor, Eisenstein, etc.), enfrenta las certezas de la “ortodoxia”

³⁵ François Furet, “La Révolution française est terminée”, primera parte de *Penser la Révolution française* (1978), París, Gallimard, 1999.

³⁶ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit., p. 365; íd., “Réponses à quelques questions”, cit., p. 646; íd., *Mythologiques I. Le cru et le cuit*, cit., p. 20. Un cotejo de estas fórmulas con otras, científicamente programáticas, puede encontrarse en J. Szabón, “Razón y método: del estructuralismo al post-estructuralismo”, cit. en n. 20.

³⁷ “El postestructuralismo fue producto de esa mezcla de euforia y desilusión, liberación y disipación, carnaval y catástrofe de 1968” dice, por ejemplo, Terry Eagleton en *Una introducción a la teoría literaria* [orig. ingl. 1983], México, FCE, 1988, p. 172. En el mismo año en que se difundía este juicio, sin embargo, Perry Anderson mostraba una actitud más escéptica sobre tal transición: “structuralism proper, contrary to every expectation, passed through the ordeal of May and re-emerged phoenix-like on the other side [...] where structuralism once had been, now post-structuralism was”. Cf. P. Anderson, *In the tracks of historical materialism*, Londres, Verso, 1983, p. 39.

³⁸ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit., p. 374.

marxista y socava su legitimidad.³⁹ Pero esta descripción, aunque correcta, es limitada si no conectamos esta práctica disciplinaria con una iniciativa más amplia de reconfiguración de la escena intelectual francesa⁴⁰ que, además de cuestionar las pretensiones teóricas de la izquierda política, desestabiliza en el mismo impulso las coordenadas más arraigadas de la izquierda intelectual. En uno y otro nivel, la dinámica histórica (cuyo emblema epocal es la Revolución Francesa) y el involucramiento subjetivo en una praxis transformadora tienen el valor de axiomas y son ellos precisamente los que aparecerán devaluados con la serie de operaciones reductivas que autorizan la antropología estructural, la “nueva historia”, la arqueología del saber y el nuevo sentido común que asigna la conciencia histórica a los implausibles “grandes relatos” que se trata de deconstruir. Las posiciones de Furet son un eslabón importante en esta trama porque, además de expresarse individualmente en marcos influyentes, también propagan sus efectos a través de los múltiples relevos –personas, instituciones, medios de difusión– que, en vida del historiador (desaparecido en 1997), constituyeron la llamada “galaxia Furet”;⁴¹ precisamente Nora fue –y continuó siendo– un astro de esa galaxia, y no sólo por su adscripción personal a la red de conexiones académico-publicísticas furetiana,⁴² sino por aplicar creativamente las enseñanzas de Furet hasta el punto de crear una especialidad: la arqueología de la memoria, una perspectiva imposible de sustentar sin la *pars destruens* de la historiografía del autor de *Penser la Révolution française*.

Son varios los puntos cruciales de esta obra en los que el autor recupera o convalida las tesis lévi-straussianas sin aludir a ellas, pero sí en consonancia con el espíritu y, en algunos

³⁹ El primer texto significativo del revisionismo historiográfico de Furet fue el que éste compuso en colaboración con Denis Richet en 1965 y reeditó con modificaciones en 1973, *La Révolution française*: cf. su reimpresión por Marabout, París, 1979.

⁴⁰ Esa reconfiguración lo contó, además, como cronista. Cf., por ejemplo, F. Furet, *L'Atelier de l'histoire*, París, Flammarion, 1982, especialmente el primer artículo allí compilado: “Les intellectuels français et le structuralisme”, publicado originalmente en *Preuves* de febrero de 1967. En lo que se refiere a las tendencias de cambio en la práctica de los historiadores franceses, cf. en este volumen: “De l'histoire-récit à l'histoire-problème” (originalmente en *Diogenès* de enero-marzo de 1975) y asimismo el “Préface”.

⁴¹ La descripción más completa, expresiva y chispeante de esta galaxia se encuentra en el monumental estudio (unas 900 páginas) que el norteamericano Steven L. Kaplan, especialista en la historia francesa con varias obras en su haber, dedicó a la organización, avatares y realización de la celebración del Bicentenario en su *Adieu 89*. Bajo este título –suficientemente elocuente respecto de la tendencia que prevaleció durante el evento–, el autor describe los antecedentes de la celebración (particularmente las alternativas institucionales, la rotación de responsables, las incertidumbres y vaivenes sobre el carácter deseable de los festejos, etc.), presenta semblanzas pregnantes de los historiadores involucrados y cuadros explicativos de las estrategias en juego y, sobre todo, evalúa, con equilibrio y humor ecuánime, el crédito intelectual que cabría asignarle a las principales tendencias historiográficas concurrentes. Dada la considerable gravitación de la figura de Furet en la orientación interpretativa dominante sobre la Revolución Francesa –es decir, su irresistible hegemonía–, este historiador, su obra, su influencia y su firme comando de la galaxia ocupan varios extensos capítulos. En cuanto a la denominación de “galaxia” para la vasta red de acólitos, instituciones universitarias, editoriales, revistas, etc. en los que pesan con fuerza las opciones personales de Furet, Kaplan la toma de un colaborador de *Le Monde*, Pierre Lepape, quien inicialmente la había adjudicado a los redactores del *Dictionnaire critique de la Révolution française* convocados por Furet (la obra, dirigida por éste y por Mona Ozouf, fue publicada por Flammarion, París, 1988). Cf. Steven L. Kaplan, *Adieu 89*, París, 1993 (la referencia a Lepape figura en p. 678).

⁴² Sobre la que hay varias referencias en la *summa* de Kaplan, quien juzga, entre otras cosas, y a propósito del agresivo revisionismo historiográfico de Furet, que hacia la época del Bicentenario Pierre Nora “había contribuido personalmente durante diez años a orquestrar la campaña de Furet” (p. 81), algo para lo cual estaba en una inmejorable posición como “gran ‘archipámpano’” en el ámbito de la edición de obras de ciencias humanas (p. 295). Este lugar de excepción ocupado por Nora y que se ve reforzado por sus simultáneas funciones de director de *Le Débat* y “pilar de la prestigiosa Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales”, es comentado también por Steven Englund en su artículo sobre *Les lieux de mémoire* (cf. n. 4), p. 301.

casos, con la letra de la refutación antihistoricista de Lévi-Strauss. Algunos son filosóficos o epistemológicos: Furet copia la figuración irónica que le inspira a Lévi-Strauss el apriorismo eurocéntrico de Sartre, quien –decía– “cautivo de su Cogito”, al poner a la sociedad histórica como sujeto, no hace más que “socializar el Cogito [y así] cambia solamente de prisión”;⁴³ Furet aplica esa figura a la burguesía revolucionaria en la versión de Mazauric: “el cogito, expulsado de las conciencias individuales, se refugia en los sujetos colectivos”;⁴⁴ asimismo, retoma la tesis de la discontinuidad entre cronología e interpretación y entre discurso historiográfico y experiencia histórica: así como la “verdad vivida” por los actores revolucionarios no es un criterio pertinente para el historiador, según Lévi-Strauss,⁴⁵ así para Furet sólo conduce a “aporías” el intento de fundar la historia de la Revolución “en la vivencia interna de los actores de esa historia”.⁴⁶ Otros prolongan la decisión epistemológica en reflexión política disuasiva: para ambos autores, el estudio de la Revolución y su legado impone de entrada un desplazamiento categorial antropologizante. Lévi-Strauss entiende que la *Critique de la raison dialectique* se ocupa de las “condiciones [en que] es posible el mito de la Revolución Francesa”; más aún: “para el etnólogo”, la filosofía sartreana representaría “un documento etnográfico de primer orden”, apto para “comprender la mitología de nuestro tiempo”;⁴⁷ Furet, quien todo el tiempo considera la versión consensual, ortodoxa, de la Revolución Francesa como un “mito”,⁴⁸ es en algunos lugares aún más específico sobre la Revolución misma, la cual, dice, “al igual que el pensamiento mítico, inviste el universo objetivo de voluntades subjetivas”.⁴⁹ Pero la mayor normalización historiográfica del hecho, con la consiguiente neutralización de su sedimento activador, está dada por la prolongación lógica del planteo: el anti-comprehensivismo (uno y otro autor rechazan la “interiorización” de las ideas revolucionarias; Furet llega a sugerir sarcásticamente a Soboul que titule su próximo libro “Recuerdos de un revolucionario”)⁵⁰ y la representación irónica, desacralizadora, de la Revolución como “mito”, es decir como una fabulación más de las que asedian a las comunidades como memorias ficticias, culminan en el gesto conceptual que morigera la historicidad del acontecimiento al subsumirlo en escalas aleatorias: Lévi-Strauss acota su significación a un “dominio de historia” cuya elección contingente no autoriza el acceso a una inteligibilidad privilegiada que, en cambio, es más factible de alcanzar fuera de la propia dimensión histórica: “la historia lleva a todo, pero a condición de salir de ella”.⁵¹ Furet, por su parte, sobreactúa su decepción ante lo que ve como “identificación del historiador con sus héroes y con ‘su’ acontecimiento” y reclama estentóreamente una “etnología” que emancipe al estudioso de “un paisaje tan familiar”:⁵² el ideal sería, lisa y llanamente, asumir una actitud de *extrañamiento* ante el fenómeno (es decir, dirigir “[un] regard *étranger* sur la Révolution française”).⁵³ Años después, y ya

⁴³ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit., p. 361.

⁴⁴ F. Furet, “Le catéchisme révolutionnaire” (1971), en *Penser la Révolution française*, cit. (en n. 35), p. 192.

⁴⁵ En *op. cit.*, p. 368.

⁴⁶ F. Furet, “La Révolution française est terminée”, cit., p. 32.

⁴⁷ C. Lévi-Strauss, *op. cit.*, pp. 361 y 368.

⁴⁸ F. Furet, art. cit., pp. 22, 27, 31, 34, 60, 62.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 50.

⁵⁰ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit., p. 370; F. Furet, “Le catéchisme révolutionnaire”, cit., p. 184.

⁵¹ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit., p. 380.

⁵² F. Furet, “La Révolution française est terminée”, cit., pp. 25-26.

⁵³ *Ibid.*, p. 26. Aún podría continuar la lista de paralelismos entre la argumentación de *El pensamiento salvaje* y la de *Penser la Révolution Française*. Dos ejemplos: uno, sobre la legitimidad del pluralismo narrativo (es decir, con-

aclimatado el reclamo furetiano (con todo lo que éste ideológicamente implica),⁵⁴ será un miembro de su escuela, Pierre Nora, quien, disolviendo el aura de la Revolución al adjudicar a ésta el mismo tipo de atención que a muchos otros “objetos históricos” y “representaciones”, explicará, como razón de esa conjunción heteróclita, que la inspiración de *Les lieux de mémoire* “es casi etnográfica”.⁵⁵

Finalmente, la conciencia histórica, ya devaluada polémicamente por el antropólogo del pensamiento salvaje, que le adjudicaba una vigencia limitada y languideciente, es objeto aún de mayor severidad por parte del historiador, quien la acecha en su mismo origen, como “una especie de hipertrofia” que agobió a los actores del acontecimiento.⁵⁶ Furet se hizo un lugar en la historiografía contemporánea como el demolidor más tenaz de la explicación de la radicalización revolucionaria en virtud de la resistencia opuesta al nuevo orden social por la aristocracia y el *establishment* europeo, explicación a la que opuso su tesis de la deriva de una producción imaginaria que instala la “simbólica”, el lenguaje, el discurso desorbitado como “árbitro”⁵⁷ de la dinámica del proceso de tal modo que, en definitiva, “el circuito semiótico [será] el amo absoluto de la política”.⁵⁸

Este dispositivo heurístico tiene el doble efecto reductivo de extinguir tanto las justificaciones de los protagonistas de la Revolución como las razones de quienes reivindican su herencia: en los dos extremos de ese desarrollo bicentenario, la conciencia histórica no habría sido sino un espejismo, una recidiva moderna de la pulsión mitologizante que en todas las sociedades segrega la contradicción entre la realidad y el deseo, entre la opacidad de la inmediatez y la plenitud de un sentido por venir; la conciencia histórica sería el saber vicario de una reconciliación postergada. Furet ha sido elocuente en el rechazo de lo que considera una carga exorbitante sobre el espíritu del francés de nuestros días: la Revolución cumple una fun-

tra la unicidad del “mito de los orígenes”, *PRF*, p. 34, o del “eterno pasado”, *PS*, p. 368). Como el historiador, según Lévi-Strauss, debe “renunciar a buscar en la historia una totalización de conjunto”, está constreñido a admitir que las totalizaciones respectivas “del jacobino” o “del aristócrata” o cualquier otra, “porque hay una infinidad”, son “igualmente verdaderas”: *PS*, p. 374. Del mismo modo, para Furet, que la Revolución Francesa haya inspirado historias realistas, liberales, jacobinas, anarquistas, en una lista “ni excluyente... ni, sobre todo, limitativa”, se explica porque la Revolución misma “permite todas las búsquedas de filiación”: *PRF*, pp.25-26. El otro ejemplo tiene que ver con una temporalización relativista de la propia comprensión histórica: cuanto más “la historia se aleja de nosotros en la duración”, dice Lévi-Strauss, ella “pierde su inteligibilidad”, es decir, se diluye su componente normativo, esa “imagen coherente conforme a la cual podemos modelar nuestra acción”: eso ya pasa con la Fronda del siglo XVII y pronto pasará con la propia Revolución Francesa (*PS*, pp. 369-370); Furet piensa, de modo similar, que el mismo estupor que sentimos ante la inagotable variedad y violencia de los conflictos religiosos europeos entre los siglos XV y XVII lo experimentaremos seguramente en cuanto a las creencias políticas que desde la época de la Revolución siguen alimentando los debates en detrimento de una deseada “actividad gratuita de conocimiento del pasado” (*PRF*, pp. 26-27).

⁵⁴ Por ejemplo, una exhortación disuasiva a quienes persisten en considerar a la Revolución en términos de herencia articulable con la política contemporánea. Aun un comentarista receptivo a la posición de Furet como Claude Lefort hizo notar en su momento que el “enfriamiento” del objeto ‘Revolución francesa’, para hablar en términos lévi-straussianos” al que se refería Furet (en *op. cit.*, p. 27) iba acompañado también de un “enfriamiento” del sujeto” y que la ciencia histórica así orientada se hacía “cada vez más reticente a la reflexión política al tratar de ocupar una situación en la que podría eludir la prueba de su implicación recíproca”. Cf. “Penser la révolution dans la Révolution française” (1980), en Claude Lefort, *Essais sur le politique, XIXe-XXe siècles*, París, Seuil, 2001, pp. 120-152 (véase p. 129).

⁵⁵ Pierre Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, *cit.*, p. XXI.

⁵⁶ F. Furet, “La Révolution française est terminée”, *cit.*, p. 48.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 88.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 84.

ción “tan tiránica en la conciencia política contemporánea” que es hora, piensa, de desembarazarse de ella para liberar el potencial de asombro desinteresado que sería propio del historiador, es decir, algo así como su “*primum movens*... la curiosidad intelectual y la actividad gratuita de conocimiento del pasado”.⁵⁹

Poco tiempo después de escrita esta requisitoria, Pierre Nora pondría en práctica esa línea lúdica de gratuidad y exploración, iniciando lo que en una recapitulación posterior llamaría “intento experimental, casi jugueteo [*an experimental, almost playful attempt*], de rastrear *lieux de mémoire*”, empresa que le permitiría obtener “excitantes panoramas novedosos”.⁶⁰ Resulta evidente la concatenación lógica, metodológica e ideológica entre el despejamiento de la conciencia histórica, su inducida vacancia, su olvido⁶¹ y el nuevo diseño de la indagación en historia, donde la antigua agenda de causas estructurales, articulación de determinaciones y diagnósticos de conflictos –que constituirían un saber regulador de la acción práctica y los programas políticos– ceden su lugar a una recolección de imágenes, representaciones y costumbres heredadas para constituir el nuevo territorio del historiador:⁶² la memoria, en la versión de Nora y de la nueva historia cultural. El terreno abonado por la antropología estructural (que degrada a ilusión las empresas de la razón civilizada) y el revisionismo historiográfico (que equipara la invención revolucionaria a recidiva mitológica), reforzado a su vez por el giro culturalista de los estudios sociales y el vuelco semiótico de la historia de las ideas –que, en conjunto, recomiendan atender más al juego riguroso de las apariencias que a los soportes de una configuración objetiva sobre la que puedan predicarse juicios veritativos– establecerán, mediante una torsión léxica luego perdurable, a *l’imaginaire* como el campo de borrosos confines en que se dirimen la eficacia y la misma pertinencia histórica de las conductas.

Entendido como una fusión de representaciones cuya ley de organización ejerce sus efectos a espaldas de la razón oficial (la del pensamiento autocentrado y dueño de sí) y aun prescribiéndole sus funciones, “el imaginario” conquista en la segunda mitad de la década de 1960 una amplia autoridad y un vasto dominio: nada más expresivo de ese estatus alcanzado que una ilustración (dada a conocer por *La Quinzaine littéraire* de julio 1967) en la que el dibujante Maurice Henry representa a Foucault, Lévi-Strauss, Barthes y Lacan como indios platicando animadamente en la foresta. La consigna del momento es abrirse a las voces anóni-

⁵⁹ F. Furet, “La Révolution française est terminée”, cit., p. 26.

⁶⁰ P. Nora, *op. cit.*, p. XVIII.

⁶¹ Los años de preparación de *Les lieux de mémoire* son también los iniciales de la revista *Le Débat*, otro de los resonantes emprendimientos de Nora y cuya creación, opina François Dosse, mostró “la reconciliación de los intelectuales con los valores de la sociedad occidental, una reevaluación de la democracia, de las Luces y una conversión progresiva al aronismo”, es decir al pensamiento político liberal de Raymond Aron. La plena conciencia de esta significación por parte del mismo Nora está presente en la fórmula emblemática que escogió para definir su iniciativa: “*Le Débat* es lo contrario de *Les temps modernes* y de su filosofía del compromiso”. Cf., respectivamente, François Dosse, *Histoire du structuralisme*, París, La Découverte, 1995, t. II, p. 323 y, del mismo autor, *L’histoire en miettes. Des “Annales” à la “nouvelle histoire”*, París, La Découverte, 1987, p. 216, donde Dosse cita una declaración de Nora a *Le Monde* en mayo de 1980, época de lanzamiento de la revista. (“La guerra de treinta años” entre las dos figuras-símbolo aludidas puede seguirse en Jean-François Sirinelli, *Sartre et Aron, deux intellectuels dans le siècle*, París, Hachette, 1999, cuya tercera parte lleva el título aquí entrecomillado).

⁶² “Vivimos una historia destrizada, ecléctica, dilatada hacia curiosidades a las que no hay que negarse” había dicho Nora en 1974, en concordancia con su texto de presentación de la “Bibliothèque des histoires”, poco antes creada por él, donde justificaba el plural enunciado –historias, y no la Historia– con la fórmula: “Vivimos el astillamiento de la historia”. Cf. F. Dosse, *Histoire du structuralisme*, cit., t. II, p. 303, y *L’histoire en miettes*, cit., p. 179, libro este último cuyo título está inspirado precisamente en la idea de *histoire en miettes* sugerida en aquel año por Nora.

mas que murmuran detrás de los lenguajes canónicos y aceptar la ficcionalidad de los saberes instituidos. Pero conquistar esa disponibilidad implica abstraerse de las identidades heredadas y, particularmente, de los esquemas inteligibles que provee la historia: de allí la unanimidad del gesto proscriptor y el consenso en presentar a la conciencia histórica bajo las especies de una tiranía obsolescente. Lévi-Strauss y Furet la denuncian sobre todo en la pregnancia de la Revolución Francesa, Althusser la reniega como culpable “historicismo”, Foucault y Derrida la neutralizan anteponiéndole una mirada arqueológica o una desfundamentación antimetafísica,⁶³ todo ello en nombre de una iniciativa liberadora que ya en esa década trasvasará su impulso, sus recursos y su inspiración “deconstructiva” al medio intelectual anglosajón:⁶⁴ en 1966, Hayden White publica en *History and Theory* un incisivo artículo-programa, orientado desde el título mismo a desembarazarse de “The Burden of History”.⁶⁵ *Burden* es, en ese texto, carga, peso, lastre, incómodo gravamen que es preciso liquidar a toda costa: a ese objetivo emancipador de “liberar al hombre occidental de la tiranía de la conciencia histórica”⁶⁶ dedica White una argumentación laboriosa astutamente centrada en la dependencia literaria de la historiografía y en la consiguiente atención que debería prestarse a la tónica dominante en la literatura moderna. Ésta sería la de un decidido rechazo de la conciencia histórica en cuanto falseadora de la índole auténtica de la experiencia moderna, repudio que en la óptica del autor aparece como un *topos* notorio en todos los escritores modernistas del siglo, desde Ibsen hasta Sartre y que tendría su formulación emblemática en la convicción del protagonista del *Ulysses* joyciano, según la cual la historia es una pesadilla de la que es preciso despertar.⁶⁷ El planteo era tanto teórico-epistemológico como ético-político⁶⁸ y puede verse en él la forma embrionaria de lo que luego sería el narrativismo en la versión del mismo White y de su creativo seguidor Frank Ankersmit: se trata de una requisitoria contra una

⁶³ En el caso de los dos últimos filósofos, con una significativa inspiración nietzscheana. Cf. a este respecto, entre muchos otros estudios, Alan D. Schrift, *Nietzsche's French Legacy. A Genealogy of Poststructuralism*, Nueva York, Routledge, 1995.

⁶⁴ Una fecha clave en la instalación perdurable del pensamiento francés moderno en los Estados Unidos es octubre de 1966: durante este mes se realiza en la John Hopkins University un coloquio donde, junto a colegas norteamericanos, disertan Jacques Derrida, Jacques Lacan, Roland Barthes, Gérard Genette, Tzvetan Todorov, etc. y otra universidad de ese país, la de Yale, da a conocer, en un órgano especializado, el número “Structuralism” con textos de y sobre Lacan, Lévi-Strauss, Martinet, etc. Cf. Richard Macksey y Eugenio Donato (eds.), *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre. Controversia estructuralista* [orig. ing. 1970], Barcelona, Barral, 1972; el importante trabajo de Derrida, presentado en Baltimore, “La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines”, incluido en *L'écriture et la différence*, París, Seuil, 1967; *Yale French Studies*, No. 36-37, octubre de 1966.

⁶⁵ Hayden V. White, “The Burden of History”, *History and Theory*, vol. v, No. 2, 1966, pp. 111-134. El título del artículo y parte de su desarrollo evocan el gesto similar –e influyente– de Nietzsche en la segunda de sus *Consideraciones intempestivas*, “De la utilidad y del inconveniente de la historia para la vida” (1874).

⁶⁶ H. V. White, art. cit., p. 123.

⁶⁷ En un amplio ademán comprensivo que abarca a un nutrido contingente de novelistas, dramaturgos y ensayistas europeos del siglo XX, Hayden White descubre que todos ellos “han condenado implícitamente la conciencia histórica” y, de ese modo, comparten “la convicción expresada por el Stephen Dedalus de Joyce en el sentido de que la historia es la ‘pesadilla’ de la que el hombre occidental debe despertar” para poner a salvo a la humanidad (art. cit., p. 115). White no especifica lo “implícito” en quienes integran ese vasto censo y, por otro lado, une la apelación arquetípica (“el hombre occidental”) a una extrapolación no fundada. La frase en cuestión –“History, Stephen said, is a nightmare from which I am trying to awake”– es la reflexión del personaje ante la abrumadora insensatez de un discurso nacionalista más bien paródico. Cf. James Joyce, *Ulysses* (1922), Harmondsworth, Penguin, 1979, pp. 35-42 (especialmente p. 40).

⁶⁸ Este último aspecto tendrá, más adelante, un desarrollo característico en el artículo de White “The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation”, en W. J. T. Mitchell, *The Politics of Interpretation*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983, pp. 119-143.

concepción de objetividad ya superada (*outmoded*) en virtud de la cual el historiador no asume plenamente la índole “construida” y no “dada” de los hechos que maneja: y la dependencia en que esto lo sitúa respecto al positivismo ochocentista le impediría incorporar con audacia, en su relato, técnicas de representación literaria más actualizadas (surrealistas o expresionistas, por ejemplo).⁶⁹ Que los hechos no están dados y que su constitución figurativa es aleatoria son corolarios gemelos de varias importantes postulaciones: a) la historia no vehiculiza significados constituidos; b) el historiador, por consiguiente, debe aprovechar la resultante “ambigüedad metodológica de la historia”; c) como no hay una única visión correcta del pasado, sino varias posibles, no se puede requerir una imposible “objetividad comprensiva”; d) la “casta conciencia histórica” así obtenida implica el abandono de la “especiosa continuidad entre el mundo actual y el precedente” que hasta ahora agobió la agenda moral del historiador. La nueva agenda, en cambio, debe tomar muy en cuenta tanto el efecto liberador de la adjudicación de sentido al pasado como las exigencias de nuestra propia época, y éstas obligan a advertir que el presente está afectado por fuerzas disruptivas y dinámicas; por tanto, la historia debe “educarnos para la discontinuidad, ya que lo que nos ha tocado en suerte es discontinuidad, disrupción y caos”.⁷⁰

Ahora bien, lo que Lévi-Strauss debía argumentar en 1962 (*La pensée sauvage*), Hayden White en 1966 (“The Burden of History”) y François Furet en 1971 y 1978 (“Le catéchisme révolutionnaire”, “La Révolution française est terminée”), es ya una premisa adquirida en 1984. El historicismo humanista, la dialéctica histórica, el asedio del pasado, han quedado atrás y Pierre Nora puede iniciar la fundamentación de “su” objeto memoria con la simple comprobación de una aceleración de la historia que arrastra a todas las cosas a “un pasado definitivamente muerto”; de hecho –afirma– si, en el presente, “se habla tanto de memoria es porque ya no la hay”.⁷¹ Éste es el comienzo, sólo en apariencia paradójico, de una meditación sobre la naturaleza elusiva de una forma de conciencia que sólo se deja apresar por su antónimo: si la historia es reconstrucción de lo que fue y la memoria, en cambio, captación viva de una permanencia, el lenguaje convencional es engañoso y requiere un correctivo: “todo lo que hoy se llama memoria no es memoria, sino ya historia”, asunción voluntaria y consciente de una mediación instruida: es el historiador quien define –demarca y prescribe– la memoria. Extinguida ya la fuerza viva que en otras épocas ligaba a las generaciones y apremiados, no obstante, a la instauración de un sucedáneo, habría que concluir que “la necesidad de memoria es una necesidad de historia”.⁷² En la firme estela de las adquisiciones desacralizadas del nietzscheísmo francés y del conceptualismo historiográfico adverso a la reconducción de las promesas del pasado, el *incipit* de Nora asume plenamente los funerales de la conciencia histórica. Ciertamente, esas exequias están lejos de regocijarlo (como sí ocurre con Hayden White, para quien ellas abren amplios horizontes de autorrealización): su tónica es más la del duelo por *the world we have lost* y, de hecho, su descripción de las transiciones entre un mundo y otro –el de la inmediatez histórica y el del pasado reconstruido– podría colocarse en paralelo con la clásica metamorfosis vista por Tönnies como el paso de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft*. Ya “memoria” es, para él, un término problemático para rotular el tipo de

⁶⁹ H. V. White, “The Burden of History”, cit., p. 127.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 131-134.

⁷¹ Pierre Nora, “Entre Mémoire et Histoire”, cit. (en n. 17), p. 23.

⁷² *Ibid.*, p. 30.

experiencia al que cabría adjudicarle “lugares”. Pero, dice, como es imposible eludir la palabra, deberíamos tener clara la diferencia entre “la memoria verdadera” por un lado y, por el otro, “la memoria transformada por su conversión (*passage*) en historia, que es casi su contrario”: la analogía con los atributos opuestos que indicaba el sociólogo alemán es perceptible, ya que la segunda memoria, como la “asociación” *tönniesiana*, es “voluntaria... individual y subjetiva, y no ya social, colectiva, englobante”.⁷³ Aún podrían citarse otras consonancias con esa sociología alemana aprensiva ante el avance de la modernización, por ejemplo en la *weberiana* fórmula de la “desacralización” a la que recurre Nora⁷⁴ para mostrar, también aquí, el paso de lo auténtico a lo impostado, de lo permanente a lo efímero. La constancia de esta tonalidad nostálgica, melancólica, a veces lúgubre, en el texto de Nora no debe hacernos olvidar su premisa general: la extinción de la conciencia histórica, que transfigura lo antes interiorizado en actual objeto extraño, ya que la otra cara de esa extinción es la consolidación del espíritu autocrítico de la historia como actividad académica.

La memoria “verdadera”, indiscernible de la conciencia nacional, había legado a la disciplina (bastaría pensar en Michelet o en Lavissee) sagas compactas que fomentaban una continuidad identitaria, un saber de reconocimiento y permanencia, pero, agotada esa reserva de espontaneidad en la conciencia colectiva, el desencanto revierte sobre la índole de la disciplina. Así debe entenderse, quizás, la alusión de Nora a una “preocupación historiográfica” que conduce a la historia a algo muy similar a una autodepuración de marcas obsoletas; en el presente, ella busca expulsar de sí lo que le es ajeno, por lo cual “al descubrirse víctima de la memoria, se esfuerza por liberarse de ella”.⁷⁵ Pero hablar de estas cuestiones en Francia es convocar sobre todo lo que Furet había llamado “mito de los orígenes”,⁷⁶ escena central de la historia moderna y pesadilla de la que se trata de despertar. En perfecta sintonía con el reciente linaje de conspicuos archivadores de la Revolución –Lévi-Strauss, Furet, Ozouf, etc.–, Nora no puede menos que ilustrar su perspectiva de esta manera: “Hacer la historiografía de la Revolución Francesa, reconstituir sus mitos y sus interpretaciones, significa que ya no nos identificamos completamente con su legado”.⁷⁷ Y entre las condiciones formales de esa no identificación reencontramos, bajo las especies de una “memoria-distancia”, el mismo recurso de método que Lévi-Strauss había antepuesto a la conciencia histórica sartreana: mientras esta última se legitimaría por la pseudocontinuidad de la dimensión temporal (calco, a su vez, de “la pretendida continuidad totalizadora del yo”), en cambio una sobria inspección epistemológica indicaba, decía el antropólogo, que “la historia es un conjunto discontinuo” al que sería vano demandar una plenitud de sentido.⁷⁸ Nora presentará su problemática de la memoria-distancia, la que señala la transición cumplida entre la anterior “continuidad de la memoria” y la presente “discontinuidad de una historia”, en los mismos términos.

⁷³ *Ibid.*, Cf. también la alusión al paso de “un mundo en el que teníamos antepasados a un mundo de la relación contingente con lo que nos ha hecho” (p. 29).

⁷⁴ *Ibid.*, p. 29. Los lugares de memoria son un índice de “la desritualización de nuestro mundo”. Museos, archivos, monumentos, etc., “son los rituales de una sociedad sin ritual; sacralidades pasajeras en una sociedad que desacraliza”, de tal modo que la memoria que nos asedia encuentra su lugar “entre la desacralización rápida y la sacralidad provisoriamente reconducida” (pp. 28-29).

⁷⁵ *Ibid.*, p. 26.

⁷⁶ F. Furet, “La Révolution française est terminée”, cit., p. 34.

⁷⁷ P. Nora, “Entre Mémoire et Histoire”, cit., p. 26.

⁷⁸ C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, cit., pp. 372 y 376.

La relación con el pasado no supone, como en otra época (aquella que Lévi-Strauss nombraba “la edad de oro de la conciencia histórica”), “una continuidad retrospectiva”, sino la puesta en evidencia de la discontinuidad. Instalados como estamos en una época ajena a los mitos reconfortantes de la tradición y al confiado saber de una inalterada conciencia nacional, el pasado se nos presenta “como radicalmente otro”, “un mundo del que estamos distanciados para siempre”.⁷⁹ Hay así un “sentimiento de la discontinuidad” y “un régimen de discontinuidad”, cuya definitiva asunción está, entonces, en la génesis del interés por los lugares de memoria y en la misma fuente de esta novedosa noción. Este encumbramiento de la discontinuidad⁸⁰ como principio descriptivo del tipo de acercamiento al pasado que nos está permitido y razón de fondo de la disipación de las imágenes fuertes que en otro tiempo marcaban los estadios de la conciencia colectiva, encontrará, en el prefacio de la versión inglesa del libro, un marco dilatado y una secuencia compleja en la que la discontinuidad figurará como avatar recurrente en un doble plano de incidencia: la propia realidad histórica y el (correlativo) tipo de conocimiento que el historiador tiene de ella. Cada modificación decisiva en este último estaría asociada a un importante viraje histórico de resultados del cual la aprehensión del pasado cambia de carácter. La derrota de Francia ante Prusia en 1870 impulsó una reconsideración de la tradición nacional en términos de evidencia documental probatoria: así, los historiadores positivistas suscitaron una discontinuidad crítica en la disciplina; la Gran Guerra y el “crash” de 1929 revelaron la importancia de las tendencias económicas y demográficas, impulsando en el grupo de *Annales* un énfasis en la discontinuidad estructural; ésta, a su vez, propuso a la atención la disparidad de tiempos (o “duraciones” braudelianas) que, unidas a las de espacio y ritmo de desarrollo (descolonización, “despegue”, etc.), indujeron una discontinuidad etnológica, etc. En el presente, cree el autor, se experimenta “una expansión y profundización del mecanismo de la discontinuidad”⁸¹ que, en el caso de Francia, lleva a un cuestionamiento de toda la tradición histórica. Se trata, así, de una discontinuidad historiográfica que reflejaría la convergencia de varios fenómenos: Nora indica tres, uno de los cuales no es posible entender sin la insistente prédica revisionista de la escuela furetiana: “las consecuencias de la muerte (*demise*) de la idea revolucionaria”,⁸² en efecto, representan un fenómeno emergente que, en el plano de la nación, se corresponde con la redefinición que ésta requiere como consecuencia del “marchitamiento de la ecuación nacional-revolucionaria de 1789”,⁸³ todo lo cual nos sitúa ante una nítida alteración de la percepción del pasado de la que surgirá la nueva predisposición a la “memoria”. Está en juego, otra vez, la conciencia histórica y sus figuraciones: el hecho de asistir a la “transición de un tipo de conciencia nacional a otro”⁸⁴ suscita una mirada extrañada sobre modos de vida extinguidos y tradiciones perdidas. En síntesis: la productividad de la nueva perspectiva se rige por la conciencia de estar viviendo un

⁷⁹ P. Nora, *op. cit.*, pp. 34-35.

⁸⁰ Tributario, por lo demás, de la orientación antijuridista y antifenomenológica de una considerable franja del pensamiento francés en las décadas de 1960 y 1970: se puede recordar la *coupure* althusseriana –inspirada en la epistemología e historia de la ciencia de Bachelard y Canguilhem (quien, por su parte, denunció el “agotamiento del Cogito”)–, la dislocación de las *epistemes* de Foucault, el constructivismo antiempírico de los modelos en Lévi-Strauss, etcétera.

⁸¹ P. Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, cit. (en n. 18), p. XXII.

⁸² *Ibid.*

⁸³ *Ibid.*, p. XXIII.

⁸⁴ *Ibid.*

“nuevo viraje histórico”:⁸⁵ los *lieux de mémoire* son configuraciones que sólo pueden aparecer como tales en una óptica desencantada cuyas premisas –indica Nora en una infrecuente alusión a fechas concretas– se gestaron en la década de 1970.

Esta última precisión (que Nora defiende concisa y alusivamente invocando tanto una cierta periodización de la sociedad y el Estado franceses como la incidencia en éstos de orientaciones mundiales) pone en evidencia –junto con otros componentes discursivos– la existencia, en los análisis del autor, de una amalgama de perspectivas cuya desintrincación ayuda a percibir las claves de su fuerza retórica y, en ese marco, el cúmulo de sentido que sobrelleva la preposición en el *incipit* evocativo de la obra (“*Entre* memoria e historia”). Pues Nora hace converger, sin decirlo, dos planos muy disímiles en naturaleza y en escala: uno, dilatado y omnicomprensivo, remite a la transición epocal, *topos* de la reflexión histórica y filosófica (de Marx y Weber a Blumenberg y Koselleck),⁸⁶ que da cuenta de la alteración y reconfiguración de los marcos mentales que la modernidad decanta y establece. Otro, acotado y coyuntural, describe apenas el cambio de humor y de convicciones que afectó a la sociedad, la política y la cultura del “Hexágono” –como los franceses llaman a su país– en los decenios anteriores a la composición de la obra (cambio que el autor lee a través de la grilla local del post-estructuralismo⁸⁷ y la historiografía revisionista). El resultado es que el vuelo de antropología histórica que fomenta el primer nivel, de respiro multiseccular, se aplica sin mediaciones al segundo nivel, de un discurrir decenal, potenciando y realzando el cuadro de la nueva escena político-cultural francesa con tonalidades e iluminaciones panorámicas que encuentran su mayor adecuación descriptiva en la otra mutación, histórico-mundial y de índole civilizatoria. “La calidez de la tradición”, “el silencio de la costumbre”, “la repetición de lo ancestral”, “la aceleración de la historia”, “la desritualización de nuestro mundo”, etc. son, todos ellos, tropos y sintagmas que convienen a un fresco verbal del dislocamiento de edades históricas pero que aquí aparecen, sin garantía de congruencia, en una vecindad no mediada con la crónica de la Francia post-gaullista.

Ahora bien, este telescopamiento, que inscribe los contornos de una experiencia reciente sobre el escorzo de un horizonte lejano (por lo demás, tipológico) y transfiere los rasgos del desencantamiento del mundo de la temprana modernidad al desencanto de la política de izquierda de la modernidad tardía (“la extenuación reciente de la idea revolucionaria”),⁸⁸ permite que en el mismo cauce argumental y figurativo fluyan indistintamente, como cuadros parejamente desertados de vida, los saberes y creencias de un pasado remoto y las convicciones y expectativas del inmediato ayer. Nora arqueologiza la historia inmediata cuando ésta recupera un legado movilizador, pero la exhibe prístina, en cambio, cuando ella discierne en tal herencia un objeto de museo: al prestar “el mismo tipo de atención al Bicentenario de la Re-

⁸⁵ “This transition from one type of national consciousness to another, this shift from one model of the nation to another, is what underlies this project and gives it meaning. [...] This polyphonic study of *lieux de mémoire* is intended to be a response to this new historical turning point” (*ibid.*).

⁸⁶ Cf. Hans Blumenberg, *The Legitimacy of the Modern Age* [orig. alemán 1976], Cambridge, Mass., The MIT Press, 5a. reimp. 1993; Reinhart Koselleck, *Futuro passato. Per una semantica dei tempi storici* [orig. alemán 1979], Génova, Marietti, 1986.

⁸⁷ Particularmente es de destacar la afinidad de Nora con la orientación de Foucault, sobre todo en la concepción y programa de la “Bibliothèque des histoires” (cf. n. 62). Esa proximidad, ya esbozada en 1966 cuando Nora publica *Les mots et les choses* para iniciar su “Bibliothèque des sciences humaines” –en la misma Gallimard– es aludida y comentada por François Dosse en *Histoire du structuralisme*, cit., t. I, cap. 34 y t. II, cap. 24.

⁸⁸ Pierre Nora, “La nation-mémoire” (1986), en *Les lieux de mémoire*, cit., t. 2, pp. 2207-2216 (cf. p. 2215).

volución Francesa que a la Revolución misma”⁸⁹ no pone sólo en juego una discontinuidad historiográfica, sino también otra de percepción política: juzga, así, que la celebración “tranquila y casi unánime” del Bicentenario se debió a que “Francia había salido globalmente de la ecuación revolucionaria”.⁹⁰ No otra cosa figuraba en la puesta a distancia de Lévi-Strauss cuando sugería la caducidad de “la edad de oro de la conciencia histórica” que había entronizado a la Revolución como mandato permanente, o François Furet en el acta de extinción que la declaraba “terminada”, o Mona Ozouf en su dubitación irónica sobre la posibilidad misma de conmemorarla. Este último antecedente es, de hecho, el más consonante con el espíritu de Nora y, en cierto modo, prefigura algunas de sus elaboraciones iniciales respecto de la construcción del objeto “memoria” en el sentido operativo y programático que él le dará en el diseño de los *Lieux*.

El año anterior a la publicación del primero de los volúmenes de la serie (justamente el encabezado por las reflexiones fundadoras de “Entre Mémoire et Histoire”), Mona Ozouf había distinguido –a propósito de la organización del Bicentenario– entre la conmemoración identificatoria (y, por eso, abismalmente problemática) y la rememoración neutra, alejada de su referente por la objetivación descomprometida. Es decir, efectuaba una discriminación entre la inevitablemente fallida conjunción del culto y la siempre disponible disyunción de la memoria. Leídas después de Nora, sus formulaciones son un buen resumen del encuadre de este último y vale la pena citarlas. En un comentario ácidamente irónico a propósito de las múltiples e inconciliables valencias de la Revolución Francesa –artículo, por lo demás, difundido en *Le Débat*, la revista de Nora–, la historiadora hacía notar que la conmemoración, “afirmación obsesiva de lo mismo”, se oponía a la rememoración, definida como “una secuencia de pasado elaborada en forma de relato” y, sobre todo, a diferencia de la primera, “una alteridad por comprender y por evaluar”.⁹¹ En tanto la conmemoración anhelaba la proximidad, la rememoración mantenía las distancias. En tanto una fomentaba la adherencia, la otra promovía el desapego, ya que, al fin de cuentas, la rememoración “separa y se arriesga a descubrir lo extraño y lo impensable”. Las dos formas de orientarse al pasado suponían, por tanto, “dos memorias” distintas y la admonición de Ozouf se dirigía a desmontar y, en definitiva, a escarnecer el tipo de convocatoria que suponía “la memoria eufórica y fusional de la conmemoración” –en el caso de la que formalmente evocaba la Revolución Francesa–, ya que “sólo se celebra un acontecimiento cuando éste nos habla todavía, es decir, se integra de algún modo al tejido de nuestras existencias y a nuestros proyectos”.⁹² Y esto era justamente lo que todo el aliento de ese artículo de *Le Débat* tácitamente descartaba tanto por sus figuraciones categoriales –celebrar la Revolución era recaer, parasitariamente, en “la lógica de lo mismo”– como por su retórica invitación a “elegir entre amar la Revolución o conocerla”. Esta última opción era, desde luego, la única congruente con “la memoria desapegada y recelosa del trabajo histórico”,⁹³ fórmula que nos conduce de lleno a la vocación “epistemológica”, a

⁸⁹ Pierre Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, cit., p. XXI.

⁹⁰ Pierre Nora, “L’ère de la commémoration” (1992), en *Les lieux de mémoire*, cit., t. 3, pp. 4687-4719 (cf. p. 4698). (Se trata del artículo de cierre de la compilación.)

⁹¹ Mona Ozouf, “Peut-on commémorer la Révolution française?” (1983), en *L’école de la France. Essais sur la Révolution, l’utopie et l’enseignement*, París, Gallimard, 1984, pp. 142-157; cf. pp. 143 y 155.

⁹² *Ibid.*, pp. 155-156 y 153.

⁹³ *Ibid.*, pp. 143 y 156.

la “discontinuidad historiográfica”⁹⁴ que constituyen, para Nora, las aceptadas condiciones de su proyecto de los *Lieux*. Dado que “el marchitamiento de la ecuación nacional-revolucionaria de 1789” constituía un elemento decisivo de la “transición de un tipo de conciencia nacional a otro”, la memoria sólo podía ser museal, inerte, residual, apenas “el capital agotado de nuestra memoria colectiva”.⁹⁵

Este rodeo por algunas páginas de Ozouf resulta servicial para poner en perspectiva la empresa de Nora, en varios sentidos: 1) hace visible, con bastante nitidez, las correspondencias internas de la “galaxia Furet”;⁹⁶ 2) exhibe la conexión estratégica entre la marginación histórica de la Revolución Francesa y un presentismo desencantado que desactiva los conatos emancipatorios del pasado;⁹⁷ 3) muestra el compartido énfasis de los furetianos en memorializar para neutralizar, en inscribir a la historia en un metalenguaje, en fabricar –como dice el mismo Nora– “una historia de Francia, pero de segundo grado”;⁹⁸ 4) finalmente, permite advertir una convergencia significativa en las actitudes de Nora y de Ozouf ante el Bicentenario (extensible, a fortiori, a otros miembros de la “galaxia”, empezando por quien le presta su nombre).⁹⁹ Pues no sólo Nora, en la apertura de los *Lieux* (1984), justifica su diseño conceptual de la memoria en virtud del hiato que el historiador percibe entre sus contenidos y las voces del pasado, es decir en cuanto “memoria desaparegada” y ajena “al tejido de nuestras existencias” (fórmula de Ozouf en 1983), sino que, en su artículo de cierre (1992), coincide nuevamente con Ozouf, esta vez de forma explícita, elogiando la “lucidez” con que ella anticipara la dinámica del Bicentenario. Contribución final del editor a su recopilación, “La era de la conmemoración” presenta ese evento (de 1989) como un caso ejemplar de las tesis generales sobre la memoria en cuanto deriva emancipada del peso vinculante de la historia. Lejos, por tanto, de lo que Ozouf rechazaba, al igual que Nora, como viciosa identidad, como “afirmación obsesiva de lo mismo”, el Bicentenario debió continuamente “perseguir su propia significación”, un resultado previsible (como también había anticipado Ozouf) si se tiene en cuenta lo que distingue a 1989 de 1889 y de 1939, los grandes aniversarios anteriores. En el presente, piensa Nora, el “modelo memorial” predomina sobre el histórico, la remisión al

⁹⁴ P. Nora, “Entre Mémoire et Histoire”, cit., p. 37; íd., “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, cit., p. XXII.

⁹⁵ P. Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, cit., p. XXIII; íd., “Entre Mémoire et Histoire”, cit., p. 43.

⁹⁶ El mencionado artículo de Ozouf refrendaba su alegato anti-conmemorativo consignando una inspiración: “ya es hora de que terminemos con nuestra manía celebratoria: es lo que reclama François Furet con un talento muy estimulante” (*op. cit.*, p. 155). Publicado en *Le Débat* de Nora, al año siguiente lo incluyó en un volumen que (al igual que otro de 1976: *La fête révolutionnaire 1789-1799*) apareció en la “Bibliothèque des Histoires” del mismo Nora. Por lo demás, el volumen mismo, como figura en la presentación de la autora, fue concebido “en respuesta a un pedido amistoso de Pierre Nora” (*L'école de la France*, cit., p. 8).

⁹⁷ Después de haber sentenciado, con particular referencia al aniversario de 1939, que “toda memoria no sostenida por un proyecto está condenada a la asfixia y a la muerte”, Ozouf asegura, hablando en 1983 del Bicentenario próximo, que “no estamos muy dispuestos a celebrarla [a la Revolución] como una promesa” (art. cit., pp. 152 y 154).

⁹⁸ En “Comment écrire l'histoire de France” (1992), Nora deja en claro que al definir a Francia, como él lo hace, “en cuanto realidad simbólica [...] queda abierta la vía a una historia muy diferente: ya no los determinantes, sino sus efectos [...] no los acontecimientos por sí mismos, sino su construcción en el tiempo [...] no el pasado tal como ocurrió, sino sus reemplazos permanentes [...]”. Es decir, una historia de Francia, pero de segundo grado”. Cf. art. cit. en *Les lieux de mémoire*, t. 2, pp. 2229-2230.

⁹⁹ La actitud de Furet ante el Bicentenario, no obstante, posee una complejidad mayor en razón de que su gran exposición pública como jefe de la corriente revisionista lo obligó a ciertos acomodamientos ante la opinión para no convalidar las posiciones agresivamente contrarrevolucionarias que, en la época de la celebración, se sentían fortalecidas por su enseñanza. Para todo esto, cf. el libro de Kaplan, cit. (en n. 41), cuarta parte, especialmente cap. V.

pasado es “caprichosa”, ese pasado “ha perdido su carácter orgánico, perentorio y constrictivo”.¹⁰⁰ Y, como decía lapidariamente Ozouf, la Revolución Francesa ya no se integra con “nuestros proyectos”.¹⁰¹

Ahora bien, si –de acuerdo con la lectura anterior– el Bicentenario se afaná por adquirir una significación que finalmente no obtuvo sino en el desdoblamiento que lo transformó, sobre la marcha, en objeto de investigación (“curioso destino de este Bicentenario al que la historia convertirá, para la historia, en el acontecimiento que no fue”),¹⁰² es quizá porque los hechos conmemorados carecieron de lo que Nora, en su artículo de apertura, había considerado la primera condición de existencia de los “lugares de memoria”: que estén sostenidos por una intención configuradora. Pues tal texto deja claro que sólo una “sobredeterminación recíproca” de la memoria y la historia hace de ciertos referentes lugares de memoria. “Lo que hace falta de entrada es que exista voluntad de memoria [...] intención de memoria”, había remarcado Nora,¹⁰³ pero sólo después de especificar, unas líneas antes, que era el historiador quien detenía esa función mediadora: “es él... quien da sentido y vida a lo que, en sí y sin él, no tendría ni sentido ni vida [...] el historiador es aquel que impide que la historia no sea otra cosa que historia”.¹⁰⁴ Por tanto, es legítimo cuestionar, sobre la base de las propias postulaciones del autor, si es sólo un general clima de época el que vuelve “caprichosa” la evocación del pasado y suscita desafección hacia el objeto conmemorado en el Bicentenario, o si también los historiadores, o una parte de ellos (Nora, por ejemplo), han fomentado “el trabajo del olvido”¹⁰⁵ sobre el acontecimiento y, por tanto, decretado la caducidad de sus “promesas”. En las diversas contribuciones de las que es autor en los *Lieux*, Nora ha insistido en componer sus diagnósticos a la altura de una “conciencia nacional” que, si bien sufre mutaciones en cuanto portadora de una “conciencia colectiva”, tácitamente representaría la vía real de la memoria, respecto de la cual otras elaboraciones aparecerían como “contra-memorias”.¹⁰⁶ Pero ni el criterio de la discriminación entre una y otras es hecho explícito (un atisbo, sin embargo, figura en la oposición, apenas sugerida, entre “lugares dominantes y lugares dominados”)¹⁰⁷ ni tampoco la propia nación a la que remite la “conciencia nacional” es objeto del trabajo teórico que la preservaría de aparecer –así la han visto algunos– como una entidad “demasiado mística”.¹⁰⁸

Que esto no era inevitable, aun tratándose de la captación de configuraciones de la conciencia colectiva tan sujetas a la alteración en el tiempo y la refiguración en el sentido como las asociadas con la memoria social, lo prueba el enfoque, muy diferente pero afín al de No-

¹⁰⁰ Pierre Nora, “L’ère de la commémoration”, cit. (en n. 90), pp. 4690, 4696.

¹⁰¹ Justamente la distribución contradictoria, incongruente o, en todo caso, no unificable de lo abarcado por “nuestros proyectos” es lo que Nora describe en la transición “de lo nacional a lo patrimonial”, desplazamiento este último que muestra, en el caso característico de las conmemoraciones, una “conmoción en profundidad” del sustento de la conciencia colectiva. Cf. P. Nora, “L’ère de la commémoration”, cit., p. 4699.

¹⁰² P. Nora, “L’ère de la commémoration”, cit., p. 4691. Nora se refiere a las encuestas y estudios que tuvieron por objeto de investigación la preparación y realización de las celebraciones; concluye que “sin duda” los resultados de ese trabajo “darán retrospectivamente [al Bicentenario] la compacidad y el espesor histórico que, en su momento, le faltaron”, cit., pp. 37-38.

¹⁰³ P. Nora, “Entre Mémoire et Histoire”, cit., pp. 37-38.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 36.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 38.

¹⁰⁶ P. Nora, *Les lieux de mémoire*, t. 1, sección “Contre-mémoire”.

¹⁰⁷ P. Nora, “Entre Mémoire et Histoire”, cit., p. 42.

¹⁰⁸ Steven Englund, en el art. cit. (en n. 4), lamenta la carencia, en los *Lieux*, de una elaboración crítica sobre “this otherwise all-too-mystical ‘Nation’” (p. 316).

ra en escala comprensiva, que dio a la cuestión Raphael Samuel en su ambiciosa restitución de los “teatros de la memoria”.¹⁰⁹ No sólo en este aspecto es cotejable el proyecto (que la muerte del autor condenó a la inconclusión) de este historiador. Lejos de complacerse en una deriva nostálgica de las imágenes del pasado nacional o de las constelaciones míticas frecuentadas acríticamente aún por intelectuales e historiadores, Samuel –recuerdan los exhumadores de su obra– no sólo tuvo en cuenta “la complementariedad de mito e historia”, sino también el riesgo de que “aún el historiador más adherido a lo empírico puede verse atrapado en las profundas estructuras del mito”.¹¹⁰ Es oportuno tener a la vista la empresa de Samuel –paralela a la de Nora en la exploración de las articulaciones de historia y memoria, pero diferente de ella en encuadre, motivación, premisas políticas, ámbitos de circulación y destinos de recepción– para advertir que existen modos de eludir los efectos más parasitarios de la “memory industry”¹¹¹ y el sedimento de autocomplacencia cultural que en muchos casos –incluyendo el de Nora– fomenta, en los gustos del público lector y en las agendas de los historiadores *à la page*, el nuevo culto de la memoria.

Como Nora, Samuel fue un productivo organizador cultural en ámbitos que una mera indicación descriptiva muestra análogos a los del historiador francés: impulsor de revistas, editor de colecciones y de compilaciones, animador de departamentos universitarios, profesor, investigador, figura pública.¹¹² Pero cada una de esas intervenciones se ejerció en un marco de interacción y con un horizonte social muy divergentes de los que activaba la “galaxia Furet”; su idea misma del eventual aporte de la profesión y de la práctica de los especialistas en el Ruskin College de Oxford poco tenía que ver con la que regía en la Ecole des Hautes Etudes de París; y sus *history workshops* eran de muy distinta índole que aquellos *ateliers de l’histoire*, así como su impulso de una práctica intelectual participativa y de una política socialista¹¹³ estaban en las antípodas del *entre-nous* furetiano y del liberalismo aroniano cultivado en *Le Débat*. ¿No deberían incidir todas estas marcas en su concepción de la memoria como reserva de sentido una y otra vez cribada para derivar de ella recursos emancipatorios (y no estímulos conformistas, “patrimonialmente” dispersos y autocelebratorios)? Ya los títulos iniciales de su texto introductorio (“Unofficial Knowledge. 1. Popular Memory”, etc.) nos orientan en esa opción diferencial que, a su vez, se apoya en una definición de la historia como una actividad que “no es la prerrogativa del historiador ni tampoco –como pretende el posmodernismo– una ‘invención’ del historiador sino, más bien, una forma social de conocimiento; la obra, siempre, de mil manos diferentes”.¹¹⁴ Igualmente la memoria, lejos de estar “ineluctablemente asaltada por la

¹⁰⁹ Cf. el texto (inconcluso) “Epical History: The Idea of Nation”, en Raphael Samuel, *Island Stories*, cit. (en n. 1), pp. 3-20.

¹¹⁰ Alison Light, Sally Alexander, Gareth Stedman Jones, “Editors’ Preface” a *Island Stories*, cit., p. XI.

¹¹¹ Iniciado con esta fórmula irónica, el art. de K. L. Klein cit. (en n. 2) concluye afirmando que en una época de “crisis historiográfica” la memoria adquiere realce “precisamente porque figura como una alternativa terapéutica al discurso histórico” (p. 145).

¹¹² Referencias a estas actividades en el contexto de una evaluación del marxismo cultural inglés pueden encontrarse en Dennis Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain. History, the New Left, and the Origins of Cultural Studies*, Durham, Duke University Press, 1997, especialmente cap. 5.

¹¹³ Además del cit. libro de Dworkin, puede consultarse para un desarrollo de estos aspectos de la actividad de Samuel el estudio de Michael Kenny, *The First New Left. British Intellectuals After Stalin*, Londres, Lawrence & Wishart, 1995.

¹¹⁴ Raphael Samuel, “Introduction. Unofficial Knowledge”, en *Theatres of Memory*, vol. 1, cit. (en n. 1), pp. 1-48 (cf. p. 8).

historia” cuando ésta ha entrado en su “edad epistemológica”,¹¹⁵ es vista por Samuel como una dinámica fuerza activa que “está relacionada dialécticamente con el pensamiento histórico y no es, por tanto, algo así como su alteridad negativa”.¹¹⁶ Cualquier visión crítica actual de las variedades de conexión entre la memoria y la historia debería tener en cuenta que aun en un período de “discontinuidad historiográfica”¹¹⁷ –como define el presente Pierre Nora– existen recursos, intelectuales y políticos, para oponerse a aquellos “ajustes de cuenta posmodernos con la historia” que designan inflexiblemente a “la conciencia histórica como una ficción opresiva”.¹¹⁸ En esa dirección, los *Theatres of Memory* de Samuel –así como otros textos últimos del mismo autor–¹¹⁹ resultan serviciales y estimulantes. □

¹¹⁵ P. Nora, “Entre Mémoire et Histoire”, cit., p. 37.

¹¹⁶ R. Samuel, “Preface: Memory Work”, en *Theatres of Memory*, vol. 1, cit., p. x.

¹¹⁷ P. Nora, “From *Lieux de mémoire* to *Realms of Memory*”, cit., p. xxii.

¹¹⁸ K. L. Klein, art. cit., p. 145.

¹¹⁹ Raphael Samuel, “Reading the Signs”, *History Workshop Journal*, No. 32, otoño de 1991, pp. 88-109; “Reading the Signs: II. Fact-grubbers and mind-readers”, *History Workshop Journal*, No. 33, primavera de 1992, pp. 220-251.

Literatura y política.

*La Librería Schmidt y la génesis de una oposición elemental en la cultura brasileña (1930-1935)**

Gustavo Sorá

CONICET / Universidad Nacional de Córdoba

En el Brasil actual, el sentido común literario deja poco margen para dudar de que Augusto Frederico Schmidt, Rachel de Queiróz, Jorge Amado y José Lins do Rego representan eminencias de la *literatura nacional*, o que Plinio Salgado y Gustavo Barroso caracterizan el llamado *pensamiento autoritario*. Los primeros autores son periódicamente revalorizados a través de los mecanismos de consagración que instituyen las publicaciones periódicas, las exposiciones de libros, las bibliotecas, las colecciones de clásicos, que los instalan ante un público masivo. La producción del restante par de autores, en cambio, sólo es recuperable en alguna oscura biblioteca o librería de viejo y mayormente en los textos de corte más literario que político. Sin embargo, a comienzos de la década de 1930, cuando Barroso y Salgado tenían un éxito masivo, Schmidt se afirmaba como valor *modernista*¹ y Amado, Queiróz y do Rego apenas empezaban a ser editados, era posible hallarlos reunidos en un mismo catálogo, el de la Livraria Schmidt editora, junto a otros nombres esenciales del actual panteón litera-

* Parte de este trabajo es desarrollada en mi tesis de doctorado (Sorá, 1998). Su evolución se debe a las discusiones con mis directores Afrânio Garcia y Luiz de Castro Faria y con los profesores Federico Neiburg y Moacir Palmeira del Museu Nacional de Río de Janeiro. Agradezco la lectura y comentarios de Carolina Sancholuz.

¹ A diferencia del mundo hispanoamericano, en el Brasil la palabra *modernismo* fue usada para designar las vanguardias estético-políticas que desde fines de la década de 1910 afirmaron valores “nacionales” contra el orden político-cultural de la Primera República, caracterizado como aristocrático, galómano, decadente. La historia literaria habitualmente cede al mito fundador de un “período” originado con la Semana de Arte Moderno de 1922, desarrollada en el Teatro Municipal de San Pablo. Las referencias para lecturas sobre el modernismo en el Brasil son innumerables. El lector de lengua española puede encontrar someras apreciaciones en Afrânio Coutinho, *La moderna literatura brasileña*, Buenos Aires, Macondo, 1980. Pese a su esquematismo, este autor presenta interesantes datos sobre las progresiones en el uso de la palabra “moderno”, “modernismo” entre los intelectuales. Otros clasificadores consagrados de la historia literaria brasileña, como Otto Maria Carpeaux (por ejemplo, *Pequena Bibliografia Crítica da Literatura Brasileira*, Río de Janeiro, Serviço de Documentação, Ministério de Educação e Cultura, 1955, 2ª ed.), diferencian “dos fases” del modernismo: la primera caracterizaría casi exclusivamente la producción de aquellos escritores y artistas activos en el espacio cultural paulista de la década de 1920: Mário de Andrade, Anita Malfati, Oswald de Andrade, Menotti del Pichia, etc. La segunda desplaza el centro geográfico hacia Río de Janeiro, donde recalieron numerosos escritores de otros estados, y tendría inicio hacia 1928 con los poetas y *romancistas sociais* o *realistas* mencionados con diferente énfasis en el presente artículo. Como pretendo mostrar, lejos estaba el modernismo brasileño de caracterizar una comunidad homogénea, apenas caracterizable por sus proyectos de “concientización sobre la brasilianidad”. Como análisis ejemplares sobre la diferenciación interna y las determinaciones políticas y sociales de las élites intelectuales brasileñas entre las décadas de 1910 y 1960, véase Miceli, 1979, 1996, y Garcia, 1993.

rio brasileño, como Octavio de Faria, Gilberto Freyre, Amando Fontes, Afonso Arinos, entre otros. ¿Cómo se compuso esta reunión? ¿Qué implicaba tal proximidad?

Tal como enseñan Durkheim y Mauss (1971), para explicar cómo el mundo llega hoy en día a ser como es resulta imperativo comprender los procesos a través de los cuales la historia cultural dispersa universos que alguna vez estuvieron genéticamente imbricados. Al componer estados precedentes de las configuraciones sociales y culturales, la antropología histórica recupera relaciones entre unidades de significación que, con el pasar del tiempo, se bifurcan hasta ofuscar cualquier rastro de su génesis común. El estudio de las relaciones entre literatura y política como géneros editoriales permite iluminar las características y razones de las distancias y aproximaciones de dos universos naturalizados al extremo, ya que representan fuerzas de imposición del orden del mundo en las culturas nacionales.²

Propongo analizar aquí la difusa superposición entre lo que hoy distinguimos como obras literarias y obras de política en el interior de un catálogo editorial de comienzos de la década de 1930. Esta unidad de análisis representa un objeto tipográfico de extraña³ potencia para inducir la comprensión de los sistemas de autores y obras de un tiempo y espacio cultural determinado. Sin embargo, el catálogo es un punto de llegada que sólo recobra significados una vez que se enfoca a los agentes que intervienen en los procesos de selección que autorizan la publicación de un texto. El catálogo de la Librería Schmidt es la obra de su fundador-propietario, Augusto Frederico Schmidt, cuyo rol resulta indispensable para comprender, por ejemplo, la proximidad en tiempo y espacio de la publicación de obras literarias y de política claves en la historia cultural brasileña y que hoy no dejan vestigios de tal vecindad. ¿Quién fue Schmidt? ¿Qué condiciones reunió para jugar el papel de articulador y difusor de intelectuales de peso en la construcción de la esfera pública brasileña? ¿Cuáles eran las características del campo de producción, circulación y consumo de obras impresas en el cual se diferenció su obra de editor?

El tiempo de la crítica

Para apreciar los principios de clasificación y valoración de libros en aquel tiempo, podemos seguir los avatares del lanzamiento de *O Quinze* y *Menino de engenho*, títulos de debut de Rachel de Queiróz y José Lins do Rego. A través de ellos vemos hasta qué punto en el pasaje de la década de 1920 a la de 1930 la crítica como institución era el tamiz determinante del sistema de producción, edición, propaganda, circulación y aprehensión de las ideas impresas. Según el testimonio de Rachel de Queiróz:

² Razón por la cual los campos político e intelectual periódicamente se contraponen o invaden los principios de funcionamiento del otro. Como estudios ejemplares en este dominio véase, por ejemplo, Almeida, 1979; Neiburg, 1997; Sapiro, 1999.

³ “Extraña” en la medida en que pocos análisis históricos o sociológicos toman los catálogos como fuente de información. Como estructura de unificación de un sistema de autores y títulos, un catálogo ofrece evidencias materiales contundentes sobre las acciones de los editores como fuerza de imposición de obras en un espacio y tiempo determinados, como fuerza de invención de posiciones y disposiciones. Como artefacto que condensa las marcas de la “obra” de una editorial y sus editores, a lo largo de mis investigaciones me he valido de este recurso como “documento de identidad” (por ejemplo, Sorá, 1997, p. 165) que permite extraer datos relacionales difícilmente recuperables cuando los estudios se circunscriben al análisis de la obra de un autor (sin sistema) y sus discursos (sin soportes).

Nessa época existia uma coisa que desapareceu, que era o crítico oficial da imprensa: Tristão de Athayde no *Jornal do Brasil*; Agrippino Grieco, Gastão Cruls que escrevia romances mas também fazia crítica; o Gilberto Amado também fazia crítica, o Odílio Costa Filho. Então, a gente escrevia um livro e saíam cinco, dez artigos. Em São Paulo tinha os críticos de São Paulo... a gente tinha uma porção. Era a chamada fortuna crítica. Hoje não tem mais. Acabou-se a crítica no jornal. Os livros saem e você sabe se o livro é bom se esta na lista dos dez mais vendidos. A minha *Maria Moura* ficou trinta e seis meses!!⁴ Naquele tempo, todo mundo morria de medo dos críticos. Agrippino então! Quando Agripino falou bem de min! Uhsh! Por que Agripino era muito irônico, muito sarcástico. Ele gostou muito de min e depois... foi amizade. Alceu Amoroso Lima me recebeu também clamorosamente. Mas quem me descobriu foi Schmidt. Quando saiu *O Quinze* ele escreveu uma resenha titulada “Romancista ao Norte”, e ali o livro ganhou prêmios, etc. (entrevista con la autora, febrero de 1997).

En el caso de *Menino de Engenho*, el amplio tratamiento que le dio la crítica llevó a que se agotara en tres meses. Pero la tarea de los críticos no se limitaba a la escritura de reseñas para suplementos de periódicos. Para la acumulación del tipo de autoridad que elevaba a la crítica como centro de la cultura en el cambio de décadas, esta clase de agentes se distinguía a través de la fundación y/o dirección de revistas literarias. Más aún, ante la escasez de casas editoras dispuestas a correr riesgos con nuevos autores, fundaron librerías-editoriales. La crítica en la época sólo se comprende teniendo en cuenta este sistema difuso de prácticas a través de las cuales los jueces del gusto y la acción cultural se aliaban, se distanciaban, competían entre sí. Una evidencia de esta dinámica es el cambio de editorial entre los dos primeros libros de José Lins do Rego: Aizen y Hersen, dueños de Adersen, editorial que arriesgó con *Menino de Engenho*, pertenecían al medio periodístico pero no gozaban de renombre como críticos. Gastão Cruls y Agripino Grieco, en cambio, eran jueces temidos que a partir de 1931 fundaron la revista y editorial Ariel. Después del eco de la crítica, estos “activistas” literarios capturaron la edición del segundo título de do Rego, *Doidinho* (1932).

La posición de los críticos como editores fue un precipitado más de las crisis del mundo del libro en el Brasil entre 1925 y 1930, capítulo del sistema de transformaciones que marcó la mutación de la aristocrática esfera literaria de la República Velha hacia otra público-burguesa (Miceli, 1979, cap. 3). Para comprender la diversidad de acciones y estrategias editoriales posibles en esta fase, es preciso remitirse a las repercusiones del cierre de la gráfica-editora Monteiro Lobato en 1925, considerada como primer modelo de empresa especializada en la *producción* de libros,⁵ que hasta ese momento había realizado lanzamientos de riesgo en favor de una *literatura nacional* (García, 1993, p. 27). Su rápida falencia puso al desnudo las dependencias de la edición con el mundo de la librería y de las élites, sus limitaciones como actividad institucionalizada o de alcance supra-regional, la falta de autonomía del editor como corporación. Esta crisis se arrastró hasta el crash financiero y del sistema de exportación-

⁴ Editada por Siciliano en 1992, el éxito de ventas de este título estuvo asociado con la producción de una telenovela por la TV Globo. En la actualidad la obra de Rachel de Queiróz está depositada al cuidado de una agente literaria. Por contraste histórico, la referencia de la televisión o de la especialización del agente literario advierten sobre la relegación progresiva de la “crítica” hacia el cerrado circuito académico y sobre la diversificación de las fuentes de autoridad y publicidad que intervienen en el mundo del libro.

⁵ A diferencia de las librerías-editoras, modelo de asociación que subsumía los factores productivos al motor *comercial* y *social* de la demanda librera, la editorial-gráfica marcaba un primer intento por ordenar un mercado a partir del riesgo con la *producción cultural* de ofertas y de públicos.

importación de 1929, que alcanzó a los comercios librereros del país, sostenidos por amplios stocks de libros importados, y la producción de libros, dependiente de papeles e insumos del exterior. Escasos sellos editores traspasaron la década. Sin embargo, un puñado, como la Companhia Editora Nacional de San Pablo o la Livraria do Globo de Porto Alegre, surgió fortalecido de la crisis: estas empresas se consolidaron e hicieron evolucionar la edición como industria, al restringir sus apuestas a la publicación de libros con altas tiradas y de rápida rotación: libros escolares, literatura de autores brasileños ya consagrados y extranjeros de éxito efímero. Lo que aquí interesa resaltar es que este ajuste produjo una inflación de textos de escritores pretendientes sin alternativas para publicar en editoriales capaces de arriesgar en ellos. A comienzos de la década de 1930 esta fuerza acumulada fue capitalizada por un conjunto de críticos de renombre que fundaron editoriales. Entre éstas sobresalió la fundación de Schmidt y Ariel, dos sellos de Río de Janeiro insertos en la misma lógica de diferenciación de la crítica como autoridad central en el sistema de producción simbólica.⁶

Alrededor de los sellos que balizan el triunfo del tiempo de la crítica, se observa un profundo cambio en las relaciones de concurrencia editorial-cultural. Los críticos monopolizaron todas las instancias necesarias de un sistema de legitimación de las apreciaciones a través de las cuales *echaban luz* sobre un conjunto de escritores nuevos que, como José Lins do Rego, Rachel de Queiróz o Jorge Amado, fueron presentados en el escenario cultural como una “revelación”⁷ de que la *literatura brasileña* era posible. Aun cuando esta clase de editoriales duró apenas un par de años, es preciso detenernos en sus experiencias, ya que compusieron un estado evolutivo en el sistema de producción y circulación de ideas y obras de los autores de vanguardia del período. Es decir, produjeron un efecto de campo al punto tal que es posible afirmar que la mayoría de los autores de renombre consagrados en la década de 1930, época seminal en la consolidación del canon de escritores brasileños del siglo XX, fue catapultada a través de tales sellos.

El caso de la Livraria Schmidt es paradigmático de la clase de principios de producción editorial que aquí vinculo; expone los elementos necesarios para comprender hasta qué punto la literatura y la política como géneros editoriales, lejos de existir como realidades diferenciadas, mezclaban sus contornos. Su elección se impone al considerar que Ariel, el otro sello de esta clase que podría servir de referencia, ganó renombre al capitalizar ciertos “segundos libros” de autores que se fugaron de Schmidt, antes de que los autores de ambas marcas fluyeran hacia la Livraria José Olympio.⁸ Schmidt implantó un catálogo modelar con los géne-

⁶ Es necesario insistir en las relaciones genéticas con la producción cultural durante la República Velha, en la medida en que la idea de Revolución del 30 (qué llevó a Getúlio Vargas al poder como líder de una Alianza Liberal cívico-militar) opaca (a excepción de Pontes –1988–) los análisis de la historia editorial de este período, al montar afirmaciones del tipo: “Ninguém naquela época punha em dúvida uma realidade: a de que uma indústria editorial brasileira, viável, havia surgido praticamente *do nada* no período que se seguira à revolução” (Hallewell, 1985, p. 337 –cursivas mías–).

⁷ Luiz de Castro Faria (2002) llama la atención sobre el lenguaje religioso que imperó en la primera mitad de la década de 1930 en las apreciaciones literarias y políticas sobre la *revelación* de una cultura brasileña. Otra palabra redundante en los discursos era *milagro*.

⁸ Al hilvanar las historias y concurrencias de estas editoriales, se comprende cómo José Olympio, principal sello de literatura nacional entre 1935 y 1950 (una Gallimard brasileña, podríamos decir, si esta analogía ayuda a nuestro intento expresivo), generó su catálogo como en un movimiento de monopolización de vanguardias ya consagradas por sellos “de riesgo”, propios del tiempo de la crítica. Para una demostración completa de este cuadro de concurrencias editoriales, véase Sorá, 1998 y 1999.

ros y autores que marcaron todos los catálogos “culturales” del período, inclusive el de la editorial José Olympio. Por el hecho de tratarse de una pequeña empresa, las características de la librería-editorial se presentan indisolublemente unidas a la trayectoria de su mentor.

Historia de un aprendizaje de comercio

En enero de 1922 un joven de Río de Janeiro consiguió realizar el sueño de muchos adolescentes sin recursos: entrar en la *vida prática* a través de la Casa Costa, Pereira & Companhia.⁹ Augusto Frederico Schmidt tenía 16 años y ya había pasado por una breve experiencia comercial en la Casa Barbosa Freitas de la Avenida Rio Branco. Situada en la Rua da Quitanda,¹⁰ la Casa Costa, Pereira & Cia era un poderoso comercio de *fazendas e armarinhos por atacado* que poseía sucursales en las principales capitales. En la tienda, Augusto enfrentó tres años de iniciación comercial. Comenzó por el tercer piso, armando abanicos con un japonés; pasó por el departamento de ventas, donde se fogueó con el maestro Coutinho; siguió hacia el depósito de tejidos, toallas y manteles, hasta llegar a la planta baja como auxiliar de acomodación. Los empleados como Augusto permanecían todo el día en pie. Subían las escaleras rodantes para acomodar y retirar telas, botones, perfumes franceses, *pó-de-arroz*, lustraban los estantes con paños húmedos. El máximo escalafón dentro de las tiendas estaba señalado por los antiguos empleados, que ya no usaban corbata.¹¹

Todas las mañanas a las seis, Augusto salía de su casa, ubicada en Botafogo, y tomaba el tranvía hacia la Galería Cruzeiro, epicentro de la ciudad. Al llegar a este sitio, hacía tiempo para esperar a un colega que arribaba desde otro punto de la *zona sul*. El trabajo comenzaba a las siete de la mañana y cubría medio *expediente*. Al mediodía subía de nuevo a los tranvías para aterrizar en lo de tía Julia Schmidt, viuda de su tío Frederico, quien le daba de almorzar y ayudaba en la manutención del pariente pobre (Miceli, 1979, pp. 26 y ss.).

⁹ “Entrar para a Casa Costa, Pereira & Cia. significava ter futuro garantido e mesmo riqueza, se a sorte ajudasse. Foram numerosos os interessados: saíram ricos e foram contentes e rápidos morrer na terra, depois de longas penas nas seções diversas e no balcão. Muitos empregados envelheceram com o pão seguro, embora pouco” (Schmidt, 1959, p. 71). Si sumamos esta generalización a idénticos anhelos registrados en el estudio del editor José Olympio (Sorá, 1998, pp. 20-24), podemos afirmar que este empleo era un modelo de ascenso para jóvenes de escasos recursos como José Olympio Pereira o desclasados como Schmidt. Si bien los orígenes sociales de este agente son trabajados más adelante, es preciso anticipar que el poeta-editor-empresario Augusto Frederico Schmidt provenía de una familia de comerciantes y empresarios de origen alemán. La muerte prematura del padre acarrió la falencia material de la familia y la socialización de Augusto fue tortuosa. Esta condición lo alinea con las características típicas de las trayectorias de la mayoría de “los modernistas” y los agentes que, a partir de sus experiencias de reconversión de capitales, protagonizaron las “cruzadas” de construcción de una cultura y Estado nacionales en Brasil. Como estudio modelar de estos procesos, véase García, 1993.

¹⁰ El inmenso local tenía frente hacia la Rua da Quitanda, entre Sete de Setembro y rua do Ouvidor, y por los fondos salía hacia la rua Sachtel.

¹¹ La autobiografía, género que aquí tomo como punto de partida descriptivo, es casi un tipo ideal de lo que Lévi-Strauss llama modelo consciente. Alertado para no asumir como verdad absoluta el interés o punto de vista del autor, me “dejo llevar” por trechos de su relato que revelan la reconversión de dramas en obras. El discurso orientador es luego canalizado analíticamente al interpretar las razones de los claroscurios autobiográficos producidos por el protagonista y al verificar una posición social particular asentada en la multiplicidad de funciones desarrolladas por Schmidt en la tensión entre el mundo de los negocios y de la literatura. Vemos así las particularidades de esta trayectoria que puede ser clasificada entre aquella de agentes liminares, protagonistas de invenciones decisivas en el mundo editorial.

Para el resto de los empleados, Augusto era raro *rapaz*; un lector compulsivo. Viajaba en el vagón de remolque y consumía sin parar traducciones de novelas francesas, ediciones populares portuguesas que compraba en una librería del Largo de Machado de la que ya no hay vestigios. Entraba a la tienda con libros bajo el brazo, postura que lo excluía de lo común.¹² Por las rejas del fondo del negocio el joven aprendiz de comerciante espiaba a intervalos hacia la Livraria Briguiet, donde se reunían celebridades de la Acadêmia Brasileira de Letras, juristas, políticos:

Não serei exagerado se afirmar que o paraíso perdido era para mim essa livraria, com os seus freqüentadores. Falar-lhes, comprar livros em língua estrangeira com um cigarro na bôca, era sonho que me parecia inatingível. Com o nariz para a Rua Sachet, os olhos pregados na casa do Briguiet, espreitando pelas frinchas das portas fechadas da loja, não raro me esquecia onde estava. Mas sempre os gritos do Sr. Pinto Vieira, da seção de encaixotamento ou de algum outro interessado, tiravam-me da contemplação beatífica do meu sonho, que a livraria vizinha configurava, “Lá está o Senhor Schmidt na vagabundagem! Ande, homem, para o trabalho! O gajo não dá mesmo para esta vida!...” (Schmidt, 1959, p. 70).

En sus primeros años de iniciación en la vida de comercio, Augusto sufrió en extremo la contradicción entre hacer carrera, mantener puestos, arribar a un futuro estable y “a sedução de sair também daquela espécie de colégio, onde não se estudava, de trocar pela aventura, pelo negócio incerto, o futuro repousado e gordo...” (*ibid.*, p. 72). Al cerrar el día, Schmidt volvía hacia la Galeria Cruzeiro, donde se encontraba con Cornélio Pena, periodista del *Jornal de Comércio* con quien alimentaba valores culturales *modernistas*.

Aprendiz de artista

Cornélio Pena participaba del círculo de intelectuales católicos y producía cierta fascinación en Augusto. Al salir de la tienda, Schmidt iba al Café Gaúcho de la Rua Rodrigo Silva. Allí se sumaba a una rueda de artistas donde Pena lo había introducido, y esperaba por el periodista que salía al atardecer del *Jornal de Comércio*, también situado en la Rua da Quitanda. Aunque Pena era diez años mayor que Schmidt, ciertos imperativos biográficos aproximaban a estos agentes. Pena sufrió una trayectoria crítica. Su padre, médico, murió cuando tenía dos años. Fue criado con parientes por línea materna, desplazando la residencia entre Petrópolis, Campinas y San Pablo. Aquí se inició en la pintura, cursó derecho y se formó como *bacharel*.¹³ En la década de 1920 se mudó a Niterói, ciudad vecina a Río de Janeiro (cf. Lima, 1966, p. 328).

¹² “Êsses livros causavam estranheza e mesmo certa irritação nos colegas, na sua maioria portugueses, trabalhadores sérios, dedicados inteiramente à conquista do pão e da tranqüilidade futura [...] O amor do livro sempre me acompanhou, e bem intenso, desde essa época, e principalmente nessa época” (Schmidt, 1959, p. 70).

¹³ *Bachareis* se denominaba a los egresados de la Academia de Derecho, máxima institución cultural de San Pablo, locus de formación de las élites dirigentes hasta la fundación de la USP en 1934. Pero antes que nada esa categoría expresaba un conjunto de prácticas entre las que se destacaban el estudio de oratoria y retórica junto a un uso emblemático del latín. En literatura exigía la aproximación del *parnasse*, del simbolismo. Anatole France era una vara de autoridad y estilo (cf. Miceli, 1975). Durante la República Velha, el *habitus* que engendraban estas elecciones aportaba las herramientas imprescindibles para asistir a los salones literarios, las reuniones de comensales y las ruedas de librería donde un intelectual pretendiente moldeaba su nombre.

Para Schmidt, Cornélio Pena era un modelo de intelectual puro: “travalhava pintando e desenhando, exercia com extrema facilidade o jornalismo, discutia política, lia e encontrava tempo para saber muitas coisas da vida dos outros, e examinar o tecido da sociedade em que viviamos” (Schmidt, 1959, p. 228). Esta multiplicidad de disposiciones prácticas evidencia el estado de indiferenciación de los campos artístico e intelectual (cf. Miceli, 1996; 1979, p. 95), en un momento inicial de la expansión de un Estado central que progresivamente propició la diferenciación de posiciones intelectuales y políticas (cf. Miceli, 1979, cap. 3). A comienzos de la década de 1930 Pena consiguió un puesto como *oficial-amanuense* en el Ministerio de Justicia. A diferencia de Schmidt, esta “dependencia” dio a Pena condiciones para una dedicación mayor a la formación de una carrera literaria, hasta autonomizarse a mediados de la década gracias a una herencia familiar. Finalmente, cuando se inauguró la Universidade do Distrito Federal, en 1935, ocupó el cargo de director del Instituto de Artes.

Cuando conoció a Cornelio Pena, Augusto tenía dieciséis años y ya no estudiaba. La decisión de enfrentar el mundo del trabajo había sido tomada por “los suyos” como último recurso para encarrilar al joven en la vida, luego de que hubiera fracasado en diversos colegios secundarios “sin progresar ni aprender nada”. Construyendo una imagen de autodidacta, Schmidt en sus memorias valoró la tienda de *fazendas e armarinhos* como su universidad, su escuela superior (Schmidt, 1959, p. 70) ¿Cómo puede ser que al mismo tiempo haya pensado que allí fue un “gran infeliz”, un “triste prisionero”, un “rotundo fracasado” donde el tiempo fue “perdido”?:

Entrei, pois, para o comércio, mocinho, como quem se considera e é considerado vencido, incapaz para as altas coisas da vida, para as profissões liberais [...] Enquanto os conhecidos da minha idade estudavam ou faziam que estudavam, eu aprendia as marcas dos perfumes da França e a diferença entre botão de osso e de marfim. E tudo quanto nessa época me parecia o fim da esperança, a escravidão ao medíocre pelo tempo todo que o destino me reservara, tôda essa confinção no mundo comercial, constituí afinal o que possuo de melhor no pouco que tenho de meu, e que há em mim de mais humano: essa incapacidade de ser livresco [...] (Schmidt, 1959, p. 70).

Para Schmidt, tiempo de oro fue el que transcurrió en Lausana, entre 1911 y 1917. Allí vivía con sus tres hermanos, tres hermanas, sus padres y una abuela que ya había vivido en Rio Grande do Sul. Rodeados de compañeros de variadas nacionalidades, los niños estudiaban como internos en el distinguido colegio Champs-Soleil. Para cuidarlos la familia contaba con una *babá* (niñera) brasileña y la formación se depositaba al abrigo del británico preceptor Abrahms y su señora, con quienes vivieron por 10 meses. Fue un tiempo de felicidad y tragedia. Su padre Gustavo murió en Montreux-Territé cuando Augusto tenía 10 años.

En las memorias, Schmidt sólo escribe breves notas sobre parientes maternos con los que pasó a criarse en Río de Janeiro. Primero vivió con los abuelos en la rua Araújo Leitão, en Vila Isabel. Su abuelo materno realizaba *escrituração comercial*, oficio que ya les había permitido mudarse a la calle das Marrecas en los tiempos de vacas gordas, cuando había numerosas criadas. La madre, quien había transmitido a sus hijos una intensa devoción católica, murió al poco tiempo de llegar a Río. Augusto pasó a vivir entre tías, mudándose de un lado al otro de la ciudad. En un comienzo la formación secundaria parecía asegurada en el tradicional colegio São Bento de los monjes benedictinos. Pero Augusto interrumpió ésta y otras opciones escolares y parece haber vivido una larga fase depresiva:

Revejo-me a ler as *Mémoires d'Outre-Tombe* na casa da Rua Hilário de Gouveia, aos dezoito anos não estudava, nem tampouco suportava a monotonia do emprego no comércio. Sem dinheiro e sem passeios, secretamente ambicioso de glória, pus-me a ler infatigavelmente os livros de uma velha mala, herança de minha mãe (materialmente falando, foi tudo o que herdei). Voltado contra a parede do quarto exíguo eu lia por dias inteiros [...] tudo encontrava socorro e prêmio no vício da leitura. Eu podia ler em francês, língua que principiei a estudar em menino, num colégio na Suíça, em 1914. Foi o que me valeu (Schmidt, 1959, p. 129).¹⁴

Desde pequeño Augusto usaba anteojos y de joven ya era obeso como su padre. Sus hermanas también sufrían la convivencia con mozas de la alta sociedad de Copacabana. Buscando un mundo propio, el joven emigró en 1924 a la región de San Pablo, donde probó suerte como *caixeiro-viajante*, representando a una fábrica de aguardiente de Minas Gerais. La ambigüedad entre devenir un ser de cultura y un gran agente de comercio no lo abandonaba:

À noite, no meu quarto do Hotel de France [en Santos], lia eu Dostoievski, diante da lâmpada triste. Libertava-me da aguardente, do Senhor Pimenta, da vida comercial, e mergulhava no mundo desconhecido do *Crime e Castigo*, dos *Irmãos Karamazov*. A minha vida já então começara a revestir-se de duplo aspecto: luta pela manutenção, por meio do trabalho mais comum no comércio, e refúgio em outros mundos, no deserto literário, na crueldade da desamparada vida das letras brasileiras” (Schmidt, 1959, p. 86).

En el período paulista, entre 1924 y 1928, Augusto llevó a un límite esta dualidad. Como viajante conoció gente de influencia, obtuvo apadrinamiento, destreza, hasta fijarse como empleado en un comercio de la capital que “importaba”¹⁵ maderas de Paraná. En este negocio sintió de un modo concreto la posibilidad de tornarse gran hombre de negocios. Al terminar el expediente, sin embargo, realizaba el circuito de cafés y librerías del *triângulo*, barrio “académico”, “social” y político del centro paulista. Obligatorio era pasar por la vieja y monumental librería Garraux,¹⁶ ver de lejos a los ilustres, juzgarlos en silencio con sensibilidad modernista, hojear las ediciones francesas y salir sin comprar nada rumbo a la librería de libros viejos (*sebo*) de Monsieur Gazeau:

[...] lá ia deliciar-me ao encontrar volumes de teatro de Ibsen a preços convenientes, ou romances famosos que eu devorava nas noites desertas e infortáveis, passadas numa pensão da Rua Rêgo Freitas [...] Tôda a minha segurança diurna desaparecia no quarto minúsculo da pensão. O dinheiro era mais do que curto. Quase nada sobrava para os livros. Sofria muito (Schmidt, 1959, p. 75).

¹⁴ Leer en francés era un requisito obligatorio para transitar “el mundo de la cultura”. El significado para Schmidt de este único capital de lengua y libros resalta al observar cómo en las memorias recordó la recuperación de este capital “inicial” en conexión con un viaje de peregrinación literaria que realizó por Francia en la década de 1940, una vez que acumuló fortuna y consiguió viajar a Europa con regularidad. Visitó el Castillo de Chateaubriand en la Bretagne, la casa de la abuela de este mismo autor, la casa de Renan, el túmulo de Péguy, etcétera.

¹⁵ Téngase en cuenta que hasta entrada la década de 1930 cada Estado regulaba su propia legislación económica y financiera. Por ende existían barreras aduaneras, fiscales y en algunos casos para transitar entre provincias eran precisos permisos especiales.

¹⁶ Sobresaliendo en el mundo del libro paulista hasta fines de la década de 1920, Garraux era un verdadero salón social, literario, político. Como teatro de representación, establecía una jerarquía de valores culturales dominantes (véase Sorá, 1998, cap. 1).

Solo, en una pensión de trabajadores y estudiantes, Augusto parecía alcanzar el estado típico-ideal para la conversión poética. Allí escribió los primeros sonetos: “poetava eu como um estúpido que era. Dava a impressão de um pedante, de um caixeiro inconformado, mas na realidade era um desamparado, um pobre de Deus, tímido e com aparências de ousado. As águas do destino começavam a levar-me para onde queriam” (Schmidt, 1959, p. 76).

Poeta-editor-librero-empresario: Schmidt y el dilema típico del editor cultural

A partir de 1926 aparecieron sus primeros artículos en diarios y revistas,¹⁷ hasta que en 1928 consiguió publicar *Canto do Brasileiro*,¹⁸ libro que en la época obtuvo gran repercusión y le abrió las puertas del reconocimiento modernista.¹⁹ A fines de la década de 1920 la ambigüedad entre el mundo literario y el de los negocios era extrema. Por un lado la posición de Schmidt en el mundo del comercio había mejorado sensiblemente. Por otro, el año de su debut literario regresó a Río de Janeiro y comenzó a frecuentar el Centro Dom Vital, que congregaba a la intelectualidad católica detrás de Jackson de Figueiredo y, a partir de ese año, de Alceu Amoroso Lima.²⁰ En este círculo Schmidt promovió y dirigió la revista *Literatura*. Esta plataforma le otorgó nombre y relaciones. Ya en 1930 una segunda condición de renombre cultural fue promovida cuando invirtió recursos en la fundación de su propio comercio de libros en la rua Sachet N° 27, a pocos metros de la deseada Brigueit.

La librería comenzó con el nombre de Católica; acaparó funciones de integración del centro Dom Vital y diversificó sus proyectos de acción cultural. Allí pasó a congregarse el llamado “Círculo Católico”, del cual también participaron Manuel Bandeira, Hamilton Nogueira, Afonso Arinos de Melo Franco, Sobral Pinto, Jayme Ovalle, además de Schmidt y Lima. Antes que una intención doctrinaria-religiosa, unía a este grupo un rechazo visceral a la República Velha y una intención de introducir “lo social” en la producción intelectual. El renombre acumulado por el conjunto de los integrantes formó una red de relaciones utilizada para promover, entre otras cosas, actividades de edición. Entre 1930 y 1933 Schmidt formó un catálogo modelar para la década de 1930, década decisiva en la formación del Estado y, correlativamente, del canon literario nacional.

¹⁷ Por ejemplo A. F. Schmidt, “Carta aberta” (*Revista do Brasil* 1 (5), pp. 33-34, noviembre de 1926, 2ª fase), apreciación del resonante romance *O Estrangeiro* de Plínio Salgado.

¹⁸ Otros libros de poesías del período fueron *Canto do Liberto* (1928), *Navio Perdido* (1929), *Pássaro Cego* (1930), *Desaparição da Armada* (1931), *Canto da Noite* (1934), *Estrela Solitária* (1940).

¹⁹ En consonancia con el tipo de visión que los críticos profesionales pasaron a aplicar sobre “lo nuevo”, a comienzos de la década de 1930 las obras de Schmidt fueron juzgadas como directas y realistas: “como poeta, foi acentuada sua importância na segunda fase do Modernismo, quando se voltou contra o pitoresco e o malabarismo, buscando uma poesia quase direta, espontânea e espiritualista, de aparente simplicidade, que exerceu grande influência no decênio de 1930 e parte do de 1940” (Cândido, Antonio y J. Aderaldo Castello, *Presença da Literatura Brasileira*, citado en Lima, 1966, p. 340).

²⁰ El movimiento intelectual católico creció en la década de 1920 alrededor de Jackson de Figueiredo, como un refugio de parientes pobres de grandes familias en declinación, como una de las variantes de reacción al poder oligárquico de la república. Su crecimiento está balizado por la fundación de la revista *A Ordem* en 1921, el Centro Dom Vital en 1922, la Ação Católica Universitária en 1929 y la Ação Católica en 1932 (cf. Miceli, 1979, pp. 51-53). Uno de sus triunfos, en la década de 1920, fue la introducción de la enseñanza católica en las escuelas y capellanías militares de Minas Gerais. La confirmación del movimiento se dinamizó con el suicidio del líder en 1928 y la asunción del liderazgo por el crítico Alceu Amoroso Lima (Hallewell, 1985, p. 339).

La acción innovadora de Schmidt se manifestó cuando lanzó y unificó a una diversidad de autores que, en esencia, abarcó el universo de las elecciones estéticas y editoriales posibles desarrolladas a lo largo de la década de 1930, y fue condensada en el sistema de géneros, problemas, temas, estilos editoriales que gravitó en su catálogo.²¹ Es por ello que, como ya expresé, es indispensable recuperar algunos puntos de apoyo del catálogo para comprender el significado cultural y político de este sello. En la publicidad de sus libros se observa una diferenciación progresiva de la literatura y la política como géneros de aceptación pública. En este período, la oposición complementaria entre literatura brasileña y política fue modelar para todos los catálogos de aquellas empresas que pretendieron luchar por la edición de la cultura nacional legítima.

El primer lanzamiento de la Livraria Schmidt fue *Oscarina*, novela debut de Marques Rebêlo: “a obra não era exatamente modernista, mas empregava um português simples, brasileiro, com expressões típicas de seus personagens e foi aplaudida pelos críticos. Em seguida Schmidt lançou o primeiro livro de Octávio de Faria (23 anos). Seu pequeno livro, *Maquiavel e o Brasil*, associava uma apreciação de Niccolò Machiavelli aos chavões políticos populares de então: difamação da República Velha positivista, louvor ao bom governo de D. Pedro II e admiração por Benito Mussolini”²² (Hallewell, 1985, p. 340).

El trayecto hasta el primer libro de cualquier escritor de la época demostraría que, dadas las condiciones de la vida intelectual, en realidad ningún editado era un verdadero desconocido o llegaba al librero-intelectual por vías indirectas. Faria era hijo de Alberto de Faria, miembro de la Academia Brasileira de Letras. Fue criado entre Río de Janeiro y Petrópolis, donde “pasaba los veranos”. Como todo joven varón de buena familia, en la época siguió derecho y se recibió con distinción (Lima, 1966, p. 298).²³ En la facultad fundó, junto con los compañeros Gilson Amado, Américo Lacombe, Thiers Martins Moreira y San Tiago Dantas, el Centro Acadêmico Cajú. En 1927 publicó sus primeros escritos en la revista católica *A Ordem* y en *Literatura*, a través de la cual trabajó relación con Schmidt y el círculo católico.

El carnaval fue el tema central de los dos lanzamientos que siguieron: *A mulher que fugiu*, del escritor José Geraldo Vieira, y *O paiz do carnaval*, de Jorge Amado, joven *bahiano* de 19 años. La librería era el motor de la edición, el foro de discusión y calibre de los principios de selección, el nudo de las alianzas. Los escritores se promocionaban unos a otros hasta que un texto inédito entraba en la librería y se depositaba en los famosos cajones de Schmidt. El primer título de Amado llegó por intermedio de Octavio de Faria. Según Hallewell (*op. cit.*), los originales fueron hallados en el cajón de Schmidt por el crítico Tristão da Cunha, quien lo

²¹ Al menos en lo que toca a un polo de producción restringida, que así comenzaba a diferenciarse en el incipiente campo editorial nacional.

²² Lúcia Lippi de Oliveira (1982) demuestra cómo este libro de Faria fue pionero en la aplicación de comparaciones entre las variantes europeas del fascismo y la realidad brasileña post-revolución del ‘30. El tema fue reapropiado e impuesto como problemática obligatoria de la época con *Introdução à realidade brasileira* (1933) de Afonso Arinos de Melo Franco; *O Estado Moderno* (1935), de Miguel Reale e *Introdução à política moderna*, de Cândido Mota Filho (Oliveira, 1982).

²³ Tanto el no haber ejercido su profesión, como el refugio en la literatura, el catolicismo y una crítica sistemática a la burguesía son la manifestación de la declinación que sufrió su familia en la época. La expresión literaria radicalizada hizo que los críticos reunieran su obra como un proyecto premeditado: “Octavio de Faria é autor de uma obra programada, a princípio, em 20 volumes, numero mais tarde reduzido para 15. Nela, conforme indica seu título geral de *Tragédia Burguesa*, se propôs a levar a cabo a história da burguesia e de sua crise”, en la primera mitad del siglo en Río de Janeiro (Adonias Filho, citado en Lima, 1966, p. 298).

sentenció con un comentario favorable. El libro salió en septiembre de 1931, tiempo en que Amado emigró hacia la capital.²⁴

Cuatro títulos en un año evidencian que la edición era una práctica más, no dissociada de la crítica y la librería. La publicación de libros de ninguna manera fue pensada por estos intelectuales como oficio de dedicación especializada. Otra evidencia era el volumen de las tiradas: 1.000 ejemplares. Como en el caso de los libros del concurrente Adersen (por ejemplo, *Menino de Engenho* de J. Lins do Rego, *Poemas*, de Jorge de Lima), las ventas dependían de la crítica y la posibilidad de que los comentarios repercutieran en cascada. Así sucedió con los libros de Amado, que en junio de 1932 tuvo una segunda edición de 2.000 ejemplares, y con Vieira, que en 1933 ya iba por su tercera edición. En 1931 el catálogo de Schmidt balanceó la literatura con títulos de política como *Outubro de 1930*, de Virgilio de Melo, líder revolucionario de Minas Gerais, publicado con prefacio de su homólogo *gaúcho* Oswaldo Aranha. El mismo año apareció un libro de su hermano Caio de Mello: *O inconfidente Cláudio Manuel da Costa, o parnaso obsequioso e as 'Cartas Chilenas'*.

La cohesión del círculo católico parece no haber durado mucho tiempo. La conjunción de la posición como crítico-editor-librero puso a Schmidt en la cumbre cultural de su penoso trayecto. Al año de abierta la librería “católica”, cambió el nombre y estampó el de Schmidt en el frente del comercio y de los libros editados. Asimismo, la presencia selectora del círculo católico disminuyó al tiempo que el catálogo balanceó la “nueva literatura brasileña” con la publicación de escritos políticos. Este cambio estuvo estrechamente vinculado con la toma de posición de Schmidt en apoyo a las propuestas fascistas que comenzaba a divulgar Plinio Salgado; una alternativa entre otras provocadas por los ecos de la abortada contrarrevolución paulista de 1932. Si la Revolución del '30 congregó un abanico muy diverso de fracciones de élite estancadas durante la República Velha, no todas fueron contempladas con las nuevas posibilidades de ascenso. Desencanto, radicalización, nuevos esfuerzos de diferenciación.

Salgado-Schmidt y la política como género

La *Legião Revolucionária* de San Pablo fue uno de los grupos políticos organizados por “tenentes”, después de la Revolución de octubre de 1930. Ese mes Plinio Salgado había regresado de un viaje de seis meses por oriente próximo y Europa, que realizó como tutor del hijo del empresario Sousa Aranha, primo del líder revolucionario Oswaldo Aranha. Durante el viaje

²⁴ Jorge Amado nació en Itabuna, Bahía, en 1912. Fue el primero de los tres hijos varones de un *fazendeiro* de cacao. Desarrollando la típica trayectoria tortuosa de los herederos de élites tradicionales en declinación, en 1930 se mudó a Río de Janeiro para tentar mejor suerte con los irregulares estudios secundarios. En Río vivía en una pensión de Copacabana y fue introducido por su primo Gilson Amado en los círculos estudiantiles de la Facultad de derecho, a la que ingresó un año más tarde. Allí trabó amistad con otros jóvenes filo-católicos como Faria, Santiago Dantas, Américo Jacobina Lacombe y Almir de Andrade (Martins, 1961, p. 30). Según el testimonio de Amado, “Otávio de Faria leu os originais, neste tempo havia aparecido uma editora chamada Schmidt Editor [...] Então ele pegou o livro e levou pra Raquel, e levou para a Schmidt” (Amado, citado en Almeida, 1979, p. 41). Rachel de Queiróz también “descubrió” *Cahetés*, primer libro de Graciliano Ramos, en los cajones de Schmidt. Como afirmé, la escritora había sido “revelada” por este crítico-editor a través del artículo “Romancista ao Norte”. Desde entonces y principalmente a partir de la publicación de su segundo libro, *João Miguel*, ella fue una importante mediadora de otros títulos. El crítico recibía originales pero sólo los largaba por incentivo de su círculo de consulta literario en un trabajo colectivo de promoción cultural.

Salgado sufrió una experiencia “profética” de revelación motivada por el fascismo de Mussolini, con quien llegó a entrevistarse. En París, al final del viaje, había escrito el esbozo de un manifiesto que más tarde divulgó a través de la Legión (cf. Beloch, 1984, pp. 3051 y ss).²⁵

Otros intelectuales que junto a Schmidt se tornaron portavoces de las ideas de Salgado fueron San Tiago Dantas, Raimundo Padilha, José Madeira de Freitas, Antônio Gallotti y Lourival Fontes. En un primer congreso de grupos políticos que apoyaban al gobierno provisorio de Vargas, Salgado fue expulsado por su actuación como diputado *estadual* por el PRP de San Pablo, al igual que otros modernistas del grupo verde-amarelo, como Menotti del Picchia. Desplazado, Salgado fundó el diario *A Razão* financiado por su padrino Souza Aranha. Allí se consolidó el núcleo de colaboradores a su causa y se formó una plataforma de apoyo a un poder unipersonal de Vargas y de oposición a la convocatoria de una asamblea constituyente, como proponían las élites de San Pablo. Paralelamente, Salgado fue tejiendo alianzas con otros pequeños grupos fascistas como la *Liga Cearense do Trabalho*, liderada por el teniente Severino Sombra, la *Ação Imperial Patrionovista* y el *Partido Nacional Sindical*, liderado por Olbiano de Melo.

Decepcionado con la indefinición política del régimen de Vargas, a comienzos de 1932 Salgado orientó su política hacia acciones culturales canalizadas por núcleos de intelectuales dispuestos a colaborar en la *Sociedade de Estudos Políticos* (SEP). Schmidt y los intelectuales mencionados se destacaron entre los 148 miembros que congregó esta organización con sedes regionales. En estos centros, las diatribas anticospopolitas y anticomunistas de Salgado fueron normatizadas en una doctrina que exaltaba el corporativismo y la instauración de un “Estado Integral”. El objetivo explícito de esta entidad fue divulgar la literatura fascista producida en el exterior y en el país. Como resultado del primer año de actividades, estas sociedades de *estudos brasileiros* divulgaron el *Manifesto Integralista*, base programática y fundacional de la *Ação Integralista Brasileira* –AIB– (cf. Beloch y Abreu, p. 1309). La campaña nacional de divulgación de la nueva doctrina se realizó bajo el clima de incertidumbre provocado por el fracaso de la contrarrevolución constitucionalista de San Pablo. En Recife, por ejemplo, hubo buena recepción entre estudiantes de derecho, académicos como Álvaro Lins y por el padre Helder Câmara. En abril de 1933 fue creada la sede de Río de Janeiro, donde hubo un apoyo inicial de la Liga Eleitoral Católica conducida por Alceu Amoroso Lima. La AIB tuvo un crecimiento sostenido hasta 1937. Su organización se apoyaba en una jerarquía de mandos que incluía segmentos de inteligencia, militares, de propaganda, etc. La adhesión era incentivada a través de rituales típicamente fascistas, como los desfiles uniformados y el culto a Salgado como jefe supremo. El saludo entre miembros y otras formas de comunica-

²⁵ Plinio Salgado nació en São Bento do Sapucaí, estado de San Pablo, en 1895. Fue el primogénito de una familia de raíces *quatrocentonas*, de tradición católica y de marcada presencia en las alianzas conservadoras de la política imperial. Su educación primaria transcurrió con su madre. La secundaria se inició en el Externato São José de su ciudad, prosiguió en el Ginásio Diocesano de Pouso Alegre (interior de Minas Gerais) hasta ser interrumpida por la muerte de su padre en 1911. A partir de entonces pasó a sufrir la típica y tortuosa trayectoria de declinación: continuo pasaje entre instituciones de enseñanza, cambios abruptos en las experiencias de socialización y migración entre varias ciudades antes de la radicación en San Pablo. Escribiendo columnas literarias y políticas en el *Correio de São Bento*, fue “descubierto” por Monteiro Lobato, quien le abrió las puertas para ser editado por la *Revista do Brasil*. Su radicalización católica se produjo en 1918 cuando quedó viudo después de un año de casado y su única hija apenas tenía 16 días. Durante la década de 1920 tuvo una actuación centrada en la literatura y el periodismo, participando de manera activa en la fracción *verde-amarela* del movimiento modernista (Beloch, Abreu, 1984, p. 3051).

ción oral e impresa eran cifrados con palabras en lengua tupí. Un denso espiritualismo católico armaba los discursos: el lema del movimiento era *Deus, Pátria e Família*.²⁶

Empujado por un inédito éxito de crítica y público por su romance *O Estrangeiro* de 1926, Salgado debutó como ensayista político en 1927, cuando se publicó *Literatura e Política*. Él, Miguel Reale y Gustavo Barroso, joven académico aclamado por *Brasil, terra de banqueiros*, fueron los encargados de escribir una profusa literatura doctrinaria cuya difusión fue encaminada por un sistema de periódicos especialmente fundados por la AIB y por editoriales comerciales de intelectuales aliados, como Schmidt u otros, que aprovecharon el mercado asegurado por una institución que o financiaba ediciones o compraba gran parte de las tiradas para divulgación como propaganda (Beloch y Abreu, *op. cit.*).²⁷

El vínculo entre Plínio Salgado y Augusto Frederico Schmidt provenía de los círculos del “renascimento católico” de la década de 1920 y la intensidad del mismo es puesta en evidencia cuando se comprueba que Schmidt fue uno de los primeros intelectuales de Río de Janeiro que a mediados de 1931 adhirió a la corriente de opinión y divulgación del *Manifesto*



²⁶ Para un análisis interno de la producción ideológica y literaria de P. Salgado, véase Araújo, 1987.

²⁷ Esta mezcla de aporte a la causa y pragmatismo comercial no fue exclusiva de Schmidt, según comprobamos al estudiar la edición de libros sobre política en los primeros años de la Livraria José Olympio y de la sociedad editorial formada entre la Companhia Editora Nacional y Civilização Brasileira (Sorá, 1998).

da *Legião Revolucionária* de San Pablo, escrito por Salgado. La influencia de este movimiento sobre el catálogo de Schmidt fue nítida en títulos como *Alberto Torres e o tema da nossa geração*, de Cândido Mota Filho y con prefacio de Plinio Salgado. La difusión de este proyecto colectivo se acentuó hacia 1932, cuando Schmidt lanzó la *Coleção Azul*. Allí aparecieron títulos de Virgílio de Santa Rosa, Martins de Almeida y Plinio Salgado, contrabalanceados por otros de Alcindo Sodr e y Est ev o Leitão de Carvalho.²⁸

En un estudio del proyecto ideológico condensado en la *Coleção Azul*, Edgard Carone concluye que la misma fue una manifestación de los cambios de rumbo que tomó el *tenentismo* y otras fracciones desencantadas con los avatares de la Revolución de octubre de 1930. Antes que un alineamiento programático hacia alguna tendencia definida, esta colección expresaba la ambivalencia de orientaciones que posteriormente irían a desarrollar movimientos radicalizados a la izquierda y a la derecha:

[...] a Coleção Azul, tentativa única na época, que pretende ser, nesse clima de decep o e incertezas posterior   Revolui o de 1930, um instrumento de análise e orienta o ideológica da pequena burguesia. Obra de elementos desta classe, refllete seus problemas e defici ncias. Todos os ensaios surgidos, mesmo o de Afonso Arinos de Melo Franco (que pertence a velha fam lia da oligarquia mineira), est o dentro desta linha (Carone, 1969, p. 252).²⁹

Interesa en la apreciación de Carone la recuperación de un estado de incertidumbre y ambivalencia de elecciones, en medio de las cuales se trazaba el perfil de Schmidt, editor y editorial imposibles de ser encuadrados en un par de categorías fijas lanzadas desde la actualidad.

Si bien hoy las marcas de la portada de este libro de Barroso no dejan duda sobre la fuerza del fascismo en las elecciones de la publicación, el anuncio contiguo de la solapa del libro (“En prensa, *Casa Grande & Senzala* de Gilberto Freyre”) dispara la interrogación sobre las unidades que en aquella época se yuxtapon an para formar significados político-literarios. Este panorama se torna más complejo aún si, en sincronía, completamos las características literarias del catálogo de Schmidt, hasta descubrir una lista de títulos que, plasmados en la contrapapa del mismo libro, tensiona al extremo los criterios de clasificación posibles en el presente.

Contigüidad de la literatura

La edición de literatura expresaba una clara apuesta al *modernismo*. Schmidt sólo editó autores brasileños legitimados por los juicios sobre “la vanguardia” que sancionaba la crítica: en 1932 lanzó *João Miguel*, el segundo libro de Rachel de Queiroz; en 1933 el primer libro del

²⁸ Los libros de estos dos autores fueron *A g nese da desordem*, donde Sodré atacaba la presencia de los militares en el gobierno, y *Na Revolui o de 1930*, donde Carvalho legitimaba la defensa armada del derrocado gobierno de Washington Luís. Como se ve en el estudio de otros catálogos, la revolución y las respuestas constitucionalistas de las élites de San Pablo marcaron una problemática obligatoria del pensamiento político de la época.

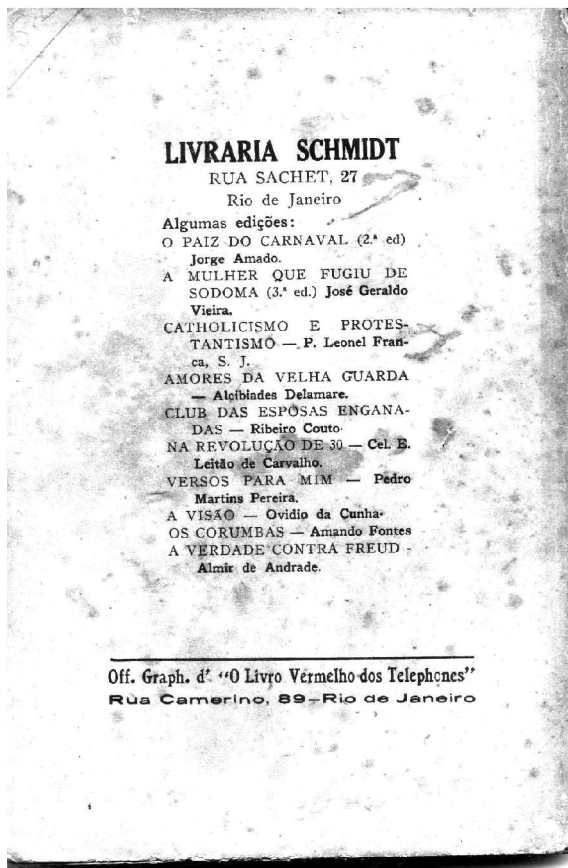
²⁹ El primer título que apareció fue, según el orden cronológico trazado por Carone, *Brasil Errado*, de Martins de Almeida, lanzado en octubre de 1932, inmediatamente después de la Revolui o Constitucionalista. Los restantes habrían salido entre febrero y junio de 1933: *Introdu o   realidade brasileira*, de A. Arinos de Melo Franco, *O sentido do tenentismo*, Virg lio Santa Rosa, *A g nese da desordem*, de Alcindo Sodré, *A Psicologia da Revolui o*, de P. Salgado. Según Carone, en esa época ya se anunciaba la publicación de *O Norte*, de Lauro Palhano, *Para al m da Revolui o*, de Martinho Nobre de Melo y *Machiavel e o Brasil*, de Octavio de Faria.



poeta Vinicius de Moraes, *O Caminho para distância*, y el primero de Amando Fontes, *Os Corumbas*.³⁰ En 1934 Schmidt publicó *Maleita*, el primer libro de Lúcio Cardoso, y *Cahetés*, de Graciliano Ramos. El único ensayo que en el catálogo ocupó la sección “antropología” fue *Casa Grande & Senzala*, de Gilberto Freyre, un libro publicado en 1933 que se tornó un relativo *best-seller*, gracias a la batahola de opiniones públicas que provocó con el “nuevo lenguaje” que proponía para interpretar al Brasil (Sorá, 2001).

En virtud de la consagración posterior de los autores de literatura editados por Schmidt y de la reprobación internacional al fascismo durante la década de 1940, resultaría sencillo afirmar que cada “línea editorial” de este sello se generaba de manera autónoma. Cuando se observan las fuentes diferenciales de selección de los títulos de política y literatura, los indicios que aportamos pueden reafirmar esta visión. Pero es preciso concluir que tanto aquella clase de libros de política como éstos de literatura contribuían a la sensibilización colectiva sobre “el despertar del Brasil real en su *zero hora*” y no contaban con soportes diferenciados de divulgación. La extensión de este estudio hacia otras esferas de sociabilidad de la intelectualidad agregaría evidencias sobre la proximidad social y física de todas las fracciones estéticas y políticas de la época. Se verificaría, además, el frecuente “tránsito” entre posturas, un tiempo hacia la izquierda, otro hacia la derecha, de numerosos autores posteriormente apre-

³⁰ Según Carpeaux, Fontes (nacido en Santos en 1899 en el seno de una familia de inmigrantes sergipanos) “é, entre os nordestinos, o primeiro romancista da vida urbana. Daí a importância histórica de *Os Corumbas*” (1955, p. 282).



ciados como abanderados de “una posición”.³¹ La sincronización entre los esquemas de percepción del editor, sus autores y lectores, posibilitaba la reunión de dos mundos que la historia separó con la rigidez tajante de una división de obras sacralizadas y otras desplazadas hacia las antípodas de lo profano. La reconstrucción de estos sistemas de elecciones es fundamental para recuperar significados de época que la historia cultural nacional desdibujó. Si la solapa del libro *O Integralismo* de Gustavo Barroso era buena para divulgar *Casa Grande & Senzala*, libro de un joven prometedor, la contratapa agregaba un conjunto de ediciones disímiles en géneros (novela, poesía, actualidad y doctrina política, ensayo, religión), temas y autores (Ribeiro Couto, Jorge Amado, Almir de Andrade, Coronel Leitão Carvalho, Padre Leonel Franca, Amando Fontes, José Geraldo Vieira, etc.) pero unificadas alrededor de las acciones para sensibilizar sobre la brasileñidad.

³¹ La simbiosis entre los géneros aquí considerados podría ser demostrada de manera completa con el análisis del consumo de libros y sus usos, tal como permite realizar el estudio de bibliotecas particulares.

Conclusión

La opacidad de los límites entre literatura y política en el catálogo se correspondía con la angustiada situación de Schmidt entre ser poeta y arribar a alguna posición sólida en el mundo de los negocios (comerciales, políticos). En *Florestas*, segundo libro de memorias escrito por Augusto Schmidt que tomé como descriptor de su trayectoria, la iniciación en la vida comercial es ampliamente retratada: “As minhas recordações da fase de trabalho passadas na Casa Costa, Pereira & Cia., as observações, os conhecimentos hauridos, tôda a riqueza dessa experiência que tanto me beneficiou, encheriam páginas de um livro de memórias, que naturalmente nunca escreverei” (Schmidt, 1959, p. 70). A fines de la década de 1950, cuando salió *Florestas*, Schmidt, ya retirado del medio literario, gozaba de una sólida posición como empresario de arenas monacáticas y disfrutaba del reconocimiento retrospectivo como pionero del modernismo en poesía. Una vez recuperado el orden del mundo y asumida su herencia simbólica de hijo de una buena familia de la Primera República, la experiencia como editor, por contraste, no dejó rasgos en sus memorias, ni, por ende, en los estudios literarios. La aventura editorial de Schmidt marca el clímax de su dilema entre una buena posición temporal y la cultura, entre las presiones de un mundo de los negocios y otro del arte en el momento exacto en que, en el Brasil, éstos acentuaron la mutua diferenciación de sus contornos.

Como pocos objetos, el catálogo de esta librería condensó un tiempo breve e intenso de la historia cultural brasileña, cuando la combinación entre vanguardia literaria y vanguardia política fue, más allá de las pretensiones individuales de los autores de uno y otro género, una fatalidad.³² El catálogo, como toda otra elección en el campo editorial (o literario, o político), se entiende no como el resultado de acciones racionales de sus mentores, sino como una manifestación diferencial entre las otras posibles en los espacios estéticos y políticos. No sólo para Schmidt los límites entre el modernismo y el fascismo, la vanguardia y el comunismo eran difusos. El tránsito entre posturas era la norma. En el pasaje de décadas esta clase de experiencias manifestaba las búsquedas de herederos sin herencia ni posiciones estables, para quienes sólo restaba la reconversión de sus historias. En los mejores casos, el resultado contribuyó a la invención de la cultura nacional auténtica. Ya al promediar la década de 1930, la diferenciación del Estado y de las diversas esferas de producción cultural permitió asentar carreras que, al estilo Cornelio Pena, no dejaban trazos del turbio panorama de antaño; se afirmaban como vocación. No fue el caso de Schmidt. Sus vacilaciones como editor ahuyentaron a los pares intelectuales, que pasaron a valorar el trato profesional en la producción cultural: pagos de derechos de autor, concursos docentes, premios, etc. Desprestigiado, sólo a comienzos de la década de 1940, apostó todo en el mundo empresarial. La edición de las memorias tal vez marcó, en la vida de Schmidt, la resolución de las tensiones de juventud. Al menos las domesticó con la rigidez de los documentos impresos. A su tiempo, las historias literarias ajustaron,

³² La observación del campo de poder desde el punto de vista editorial permite recuperar relaciones negadas o que pasan desapercibidas cuando se piensa desde los tradicionales mundos *de la política* o *de la literatura*. Así este trabajo se inspira y se suma a perspectivas como, por ejemplo, las que aborda Anne Simonin para el caso francés: en la posguerra, la comprensión de la imposición de un género decisivo en la reinención de la literatura nacional como el *Nouvelle Roman* (Alain Robbe-Grillet, Claude Simon, Henri Alleg, etc.) sólo es comprendido en su simbiosis con la imposición de una colección de política (*Documents*) que cristalizó el problema de Argelia: “C’est aussi parce qu’elle mêle subversion politique et révolution romanesque que la stratégie éditoriale des Éditions de Minuit est d’avant-garde” (Simonin, 1996, p. 68).

como instrumentos de normalización, el valor histórico del poeta entre la vanguardia de una segunda fase del modernismo (por ejemplo, Carpeaux, 1955). De la edición, mejor no hablar.

La iluminación de los contrastes entre lo recordado y lo silenciado en la historia de Augusto F. Schmidt revela las dificultades de los actores de cualquier presente para predecir los destinos en la recepción u olvido de toda obra. Para este caso, la arbitraria cualidad de la historia cultural se tornó más nítida a partir de observaciones sistemáticas del actual mundo del libro. Si, por ejemplo, Amando Fontes, Jorge Amado y Gilberto Freyre parecen agraciados con la reedición ininterrumpida y la consagración periódica ritualizada, la literatura del catálogo de Schmidt que se puede rotular como *fascista* desapareció del mapa. Raros *sebos* o bibliotecas especializadas podrán contener algún volumen.³³ Pero estos libros salieron, “naturalmente”, de toda antología o comentario. Después de años de intentar adquirir alguno de esos volúmenes, descubrí un par en un puesto del mercado de pulgas del centro de Río de Janeiro. En un puesto atendido por dos jóvenes encontré el Manifiesto Integralista de 1932, al lado de Mafaldas y publicaciones “inconexas”. Pasos más allá otro joven cuidaba de un tablero con pocos libros, unificados por un sesgo fascista que sólo podía ser revelado después de observar debajo de libros encuadernados o de temas de mayor “generalidad” visibles al público. Cuando los descubrí, el feriante me testó: “Ah, na Argentina tem muito mais objetos do nazismo que no Brasil. Um amigo meu acaba de trazer um capacete SS que lá adquiriu por 500 dólares!”. Las centenas de ediciones integralistas y fascistas en general son resguardadas en un oscuro circuito internacional de admiradores y coleccionadores. La derrota simbólica del fascismo y la continua vigilancia internacional sobre su resurgimiento actualizan permanentemente un principio de división que en la época que aquí observamos no estaba vigente.

Una vez que los diversos grupos y proyectos colectivos de acción literaria y política “revelados” por Schmidt ganaron nuevos umbrales de diferenciación, los escritores procuraron encaminar “segundos” libros para su publicación por editores mejor organizados que el polifacético Schmidt. Sin embargo, la Librería Schmidt estableció, en un par de años decisivos, el espectro de géneros y estilos impresos que revelaron la edición brasileña como una fuerza central para lo que fue sentido como una década de descubrimiento de la “auténtica” cultura nacional. Al igual que Schmidt, José Olympio,³⁴ la Companhia Editora Nacional, Civilização Brasileira también explotaron la edición y difusión de “obras” y “propaganda” del movimiento integralista y de las doctrinas políticas dominantes de períodos posteriores, como el corporativismo varguista. A partir de Schmidt se comprenden las cualidades que debía contemplar un catálogo que pretendiera participar de las luchas de legitimación cultural de la primera mitad de la década de 1930: literatura nacional y ensayos de interpretación del Brasil (colecciones brasileñas) eran los géneros en posición superior. La literatura clásica y de moda extranjera seguían a continuación, con igual peso que las colecciones de debate político doctrinario. Libros infantiles, para mujeres, jóvenes y didácticos eran apuestas para un público cada vez más numeroso. Los libros religiosos, técnicos, de “auto-ayuda” (entre los cuales sexología y

³³ Esta censura histórica, la imposibilidad de conocer un mundo impreso moralmente deplorado, es denunciada por Alfredo Wagner de Almeida quien junto a Luiz de Castro Faria reconstruyó la constelación de publicaciones editadas o financiadas por el Departamento de Imprensa e Propaganda del Estado Novo. Para ello recorrieron insólitos depósitos de libros de todo el país (Almeida, 1981).

³⁴ Para un análisis de la *Coleção Política Contemporânea* de la livraria José Olympio y su posición jerárquica en relación con otros géneros y colecciones (por ejemplo, *Documentos Brasileiros, Romances da Bahia, Ciclo da Cana-de-Assúcar*), véase Sorá, 1998, cap. 3.

psicanálise) ganaban contornos cada vez más nítidos. Sólo a fines de la década la literatura y la política separaron definitivamente sus polos de diferenciación. La librería Schmidt hizo marca; marcó el espacio de lo posible; hizo el tiempo editorial en un momento definitivo para la cultura brasileña.

Por detrás de los casos, nos topamos con una diversidad de agentes activos que se unen en la reconversión de trayectorias tortuosas. Tanto en las experiencias de declinación como en Schmidt y los “autores” modernistas en todas sus variantes, como en las rupturas de ascenso provocadas por personas como José Olympio Pereira, se combinan las alternativas que a lo largo de la década de 1930 desparramaron un abanico de innovaciones intelectuales y profesionales decisivas en la formación de los contornos de los actuales esquemas de sensibilidad sobre lo que es la legítima cultura brasileña. El estado difuso de la expresividad de los géneros y la proximidad de obras y agentes en aquella época desgarran creencias cristalizadas que en la actualidad impiden una clara comprensión de aquellos mundos del pasado, a menos que nuevas formas de objetivación iluminen inéditos cuadros de referencia. □

Bibliografía

- Almeida, Alfredo Wagner B. de (1979), *Jorge Amado: política e literatura. Um estudo sobre a trajetória intelectual de Jorge Amado*, Río de Janeiro, Campus.
- — — (1981), “Uma biblioteca do ‘impossível’. Trabalho de recuperação e ordenação de fontes (livros, folhetos e eriódicos) necessárias e imprescindíveis à análise das relações entre os produtores intelectuais do denominado Estado Novo”, mimeo, PPGAS-Museu Nacional.
- Araújo, Ricardo Benzaquém de (1987), *O integralismo de Plínio Salgado*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Beloch, Israel y Alzira Abreu (coords.) (1984), *Dicionário Histórico Bibliográfico Brasileiro*, Río de Janeiro, Fofense Universitaria.
- Carpeaux, Otto Maria (1955), *Pequena Bibliografia Crítica da Literatura Brasileira*, Río de Janeiro, Serviço de Documentação, Ministério de Educação e Cultura, 2ª ed.
- Carone, Edgard (1969), “Coleção Azul. Crítica pequeno-burguesa à crise brasileira depois de 1930”, *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, 25/26, julio de 1968/enero de 1969, Belo Horizonte, UFMG, pp. 249-295.
- Durkheim, E. y Marcel Mauss (1971) [1903], “De ciertas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas”; Marcel Mauss, *Institución y Culto. Obras II*, Barcelona, Barral, pp. 13-74.
- Faria, Luiz de Castro (2002), *Oliveira Viana: de Saquarema à Alameda São Boaventura 41. O autor, os livros, a obra*, Río de Janeiro, Relume & Dumará.
- Garcia, Afrânio (1993), “Les intellectuels et la conscience nationale au Brésil”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, No. 98, pp. 20-33.
- Hallewell, Laurence (1985), *O livro no Brasil. Sua História*, San Pablo, Edusp-Queiróz.
- Lima, Alceu Amoroso (1966), “A literatura brasileira”. *Quem é quem nas artes e nas letras do Brasil (artistas e escritores contemporâneos ou falecidos depois de 1945)*, Ministério das Relações Exteriores, Departamento Cultural e de informações, pp. 253-349.
- Martins Livraria Editora (1961), *Jorge Amado: 30 anos de literatura*, San Pablo.
- Miceli, Sérgio (1979), *Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-1945)*, San Pablo, Difel.
- — — (1996), *Imagens Negociadas. Retratos da elite brasileira (1920-1940)*, San Pablo, Companhia das Letras.
- Neiburg, Federico (1997), *Os intelectuais e a invenção do peronismo*, San Pablo, Edusp.
- Oliveira, Lúcia Lippi (1982), “Introdução”. *Estado Novo. Ideologia e Poder*, Río de Janeiro, Zahar.
- Pontes, Heloísa (1988), “Retratos do Brasil: um estudo dos editores, das editoras e das ‘Coleções Brasilianas’, nas décadas de 1930, 40 e 50”, *Boletim Informativo e Bibliográfico de Ciências Sociais*, No. 26, pp. 56-89.
- Sapiro, Gisèle (1999), *La guerre des écrivains (1940-1953)*, París, Fayard.
- Schmidt, Augusto Frederico (1959), *As Florestas. Páginas de memórias*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora.
- Simonin, Anne (1996), “La littérature saisie par l’histoire. Nouveau Roman et guerre d’Algerie aux Éditions de Minuit”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, No. 111-112, pp. 59-75.
- Sorá, Gustavo (1997), “Tempo e distâncias na produção editorial de literatura”, *Mana. Estudos de Antropologia Social* (3) 2, pp. 151-181.
- — — (1998), “Brasilianas. A Casa José Olympio e a instituição do livro nacional”, mimeo, tesis de doctorado, Río de Janeiro, PPGAS-Museu Nacional-UFRJ.
- — — (1999), “La maison et l’entreprise. José Olympio et l’évolution de l’édition brésilienne”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 126-127, pp. 90-102.
- — — (2001), “Una batalla por lo Universal. Sociología y literatura en la edición y recepción de *Casa Grande & Senzala*”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, No. 5, pp. 233-254.

Ciudades traducidas: Nueva York en Victoria Ocampo

Sylvia Molloy

New York University

No poder orientarse en una ciudad no significa gran cosa. Pero perderse en una ciudad, como quien se pierde en una selva, requiere toda una educación.
Walter Benjamin, *Sentido único*

Este trabajo es parte de una reflexión más amplia sobre cómo se construye la ciudad de Nueva York en el imaginario latinoamericano. Más específicamente: cómo transmite –es decir, cómo traduce– el viajero latinoamericano la ciudad extranjera para consumo local y qué valor simbólico le da a ese trabajo de traducción, qué representatividad le adjudica al objeto traducido.

No pretendo postular *un* modelo de viaje latinoamericano porque tal cosa no existe. Elijo trabajar con Victoria Ocampo porque la composición de lugar que hace de Nueva York, entusiasta pero sobre todo ansiosa, me parece particularmente rica en sentidos.

Una observación más: Ocampo viaja a Nueva York por primera vez en 1930, para continuar discusiones sobre la revista *interamericana* que habría de ser *Sur* y asentar un diálogo tanto entre culturas como entre ciudades. Pero cabe señalar además que este viaje ocurre justo después de las conversaciones de Ocampo con Le Corbusier, quien viajó a Buenos Aires en 1929, sobre cómo “arreglar” la ciudad de Buenos Aires.

1930: An American Place

Victoria Ocampo viaja a Nueva York en 1930, a pedido de Waldo Frank. El viaje es resultado de una deliberada elección cultural pero no por eso resulta menos difícil, incluso perturbador. De hecho, al hablar de él en su autobiografía, Victoria Ocampo lo presenta más como desarraigo que como promesa de aventura: “En la primavera de 1930 me arranqué de París para desembarcar, una mañana, de acuerdo con lo prometido, en Nueva York y hablar allí de la revista con Frank” (*Testimonios 7a, serie*, p. 179). A pesar de esa promesa, el viaje se le hace cuesta arriba y es postergado varias veces: “Estaba adherida a París sin decidirme a dar ese salto sobre el Atlántico en dirección opuesta a la de mi país. Me sentía condenada a ese salto, mucho más que deseosa de hacerlo” (*Autobiografía VI*, p. 64). En su ensayo sobre Waldo Frank, Ocampo es aún más tajante, presenta el viaje como sacrificio, ruptura desquiciadora.

Recuerda cómo en París, luego de organizar una exposición de dibujos de Rabindranath Tagore, debe rechazar la invitación de éste de viajar con él a la India y visitar Santiniketan:

La idea de viajar con él me seducía no poco. Le expliqué los inconvenientes, mi viaje a Nueva York, Frank, la revista a que aspiraban jóvenes argentinos. Él comprendió [...]. Antes de decidirme a sacrificar una cosa a la otra, lo pasé muy mal. Hubiese deseado siempre lo imposible: no sacrificar nada a nada. Frank estaba lejos, Tagore cerca: lo veía diariamente. Él era incapaz de intentar convencerme de que la India podía interesarme más que los Estados Unidos y una hipotética revista. [...] Éste fue mi primer gran sacrificio a la revista aún nonata (*Testimonios 10a. serie*, pp. 93-94).

“Me arranqué de París”; “adherida a París”; “condenada a ese salto”; “Lo pasé muy mal”; “los inconvenientes”; “sacrificar una cosa a la otra”: a primera vista esta retórica de violencia y renunciamiento, apenas mitigada por el deber patriótico y continental que le impone Waldo Frank, es poco apropiada para hablar de un nuevo espacio y de una nueva aventura cultural,¹ corresponde más a la obligación engorrosa que al descubrimiento feliz. Refleja, eso sí, una característica importante de la imagen de Nueva York en Ocampo, su recurso a una lógica de reemplazo. Nueva York, a través de su obra, sustituye otro espacio de producción cultural, mejor conocido por Ocampo, París, pero nunca pierde (será uno de los argumentos de este trabajo) su carácter inasible, indefinible. Como Trac, aquel cocinero vietnamita de Gertrude Stein que al nombrar frutas y verduras, llamaba por ejemplo a la manzana “no una pera” y a la frutilla “una guinda no guinda”, Ocampo construye Nueva York por aproximación y exclusión, acudiendo a lo familiar para obliterarlo pero no suprimirlo del todo, de manera que quede, como en un negativo fotográfico, la imagen de lo contradicho en potencia, contaminando la perspectiva. Resumiendo esa lógica, puede decirse que Nueva York, para Ocampo –además de ser “no Santiniketan”– es París-no-París. Y también es Buenos Aires-no-Buenos Aires. O, como ella misma escribe, en letras mayúsculas: es OTRA COSA.²

No es mi propósito analizar aquí en detalle el lugar y el modo de representación de Nueva York dentro del imaginario cultural argentino. Sólo quiero señalar algunas características de esa representación que encuentran eco, o acaso origen, en el texto de Ocampo. Nueva York es la ciudad que queda fuera del itinerario, ritualizado y provechoso, que sancionan años de dependencia cultural. En notable contraste con otros latinoamericanos, provenientes sobre todo de México y del Caribe, el argentino (pese al viaje pedagógico de Sarmiento) no viajaba con frecuencia a Nueva York o, por lo menos, no viajaba a Nueva York *directamente*. Aún en los años cincuenta del siglo pasado (es decir cien años después del viaje de Sarmiento) el viaje directo entre las dos ciudades era la excepción y no la regla. Se iba a Nueva York de vuelta de Europa, es decir, Nueva York no era meta sino escala del *otro* viaje cultural, el verdadero; era como una *yapa*. En el famoso boleto de avión “triangular”, Buenos Aires/París/Nueva York/Buenos Aires que se precipitaban a comprar intrépidos viajeros, Nueva York era el vértice menos prestigioso del triángulo, no tanto desvío cultural como ventaja económica: a Nue-

¹ En la autobiografía, Ocampo no sólo recalca el “sacrificio” que constituye el viaje sino la ordalía del viaje en sí, tan incómodo por el mar revuelto que tuvo que pasar la mayor parte del tiempo en cama, aun cuando “rara vez me ataca el mal de mar” (*Autobiografía VI*, p. 65). Todo, en este viaje, *incomoda*.

² Imposible no asociar este “OTRA COSA” con el intento de autodefinición de Ocampo en su autobiografía, igualmente dificultoso: “Soy lo *otro*. ¿Pero qué?” (*Autobiografía I*, p. 61).

va York se iba de compras, pero no se compraba cultura. La propia Ocampo reconoce esa tradicional falta de interés por Nueva York, de la que los salva, dice, a ella y a sus compatriotas, la oportuna intervención de Waldo Frank: “Algunos (entre los que me cuento) le debemos a Frank el haber vuelto la mirada hacia el Norte de nuestro Nuevo Continente. Hasta entonces –salvo raras excepciones, y pienso en Sarmiento– la teníamos continuamente fija en Europa” (“Postdata a Waldo Frank”, *Testimonios 7a. serie*, p. 178).³

Nueva York, en el primer viaje de Ocampo en la primavera de 1930, es por cierta *terra incognita*, el tan anunciado perfil de la ciudad obliterado por la neblina a medida que el Aquitaine entra en dársena. La llegada, en más de un aspecto molesta, queda resumida, como a menudo en Ocampo, en el detalle frívolo pero significativo: “Hacía calor y el calor siempre me ha incomodado. Me ahogaba con un *tailleur* de lana (el más lindo *tailleur* de la colección Chanel 1930, que debí dejar casi abandonado a causa de la temperatura” (*Autobiografía VI*, p. 65). El traje francés, superlativamente elegante, *no sirve* en Nueva York, hay que abandonarlo. A Nueva York no se la puede *prever*, ni hay guión que permita descifrarla:

Nueva York no era para mí más que una nueva, inmensa gran ciudad desconocida. No me siento atraída sino por las ciudades jalonadas de recuerdos o de sueños personales. Y todavía no había soñado con Nueva York. Había conocido París, Londres, Roma, desde mi infancia. Y jamás he hecho otra cosa que *retornar* a ellas, donde viví –por lo demás– continuamente (París y Londres) a través de los libros. Había conocido Madrid cuando tenía 18 años sin que dejara rastros en mí. Nueva York era absolutamente nueva (*Autobiografía VI*, p. 64).

Pese a Waldo Frank, por cierto empeñado en hacerle ver este viaje a Nueva York como *retorno* a “Our America”,⁴ la ciudad resulta completamente nueva y completamente extraña, menos espacio de reflexión (Ocampo ha ido para continuar sus conversaciones con Frank) que espacio de incorporación: “la ciudad, lo inédito de su grandeza (a partir de la entrada en su puerto) me asombró a tal punto que olvidé casi el resto [...] Mi apetito de Nueva York era omnívoro. Iba desde un rascacielos hasta un *griddle cake*” (*Testimonios 7a. serie*, p. 179).

Significativamente, para cifrar su desconcierto ante la ciudad, Ocampo recurre a una suerte de exotismo a la inversa. A la bruma inicial que le esconde el perfil urbano de Nueva York sigue la percepción, desde su ventana sobre Central Park, de un desorden primordial, donde el ruido del tráfico y las sirenas de los autobombas se mezclan con los rugidos de leones y tigres del zoológico de Central Park, particularmente de madrugada, cuando le impide dormir “el antediluviano y lejano rugir de alguna fiera enjaulada” (*Testimonios 7a. serie*, p. 180). Años más tarde, en su segundo viaje, recurrirá una vez más a la nota exótica al describirle a Caillois las grandes mansiones neoyorkinas:

En todas las grandes casas (suerte de palacios de estilo híbrido) y en todos los museos, hay siempre grandes patios cubiertos con fuentes y plantas que recuerdan el trópico. Imagínate

³ Señala agudamente Cristina Iglesia el carácter iniciático de este viaje, “americano” en su sentido más amplio: “El primer viaje americano de Victoria Ocampo arranca en Europa, hace escala en Nueva York, atraviesa el canal de Panamá y toca puertos del Pacífico hasta llegar a Valparaíso” (p. 117).

⁴ “Estoy viviendo en tu América, esperando tu regreso (parece ser un regreso después de todo, esta primera visita tuya a Nueva York)” (Frank a Ocampo, enero 24 de 1930, citado en *Autobiografía VI*, p. 94).

que por momentos tengo la impresión de estar en Río aquí. Cosa que no me ocurre nunca en B. A. (*Correspondance*, p. 198).⁵

La jungla urbana atravesada por rugidos de fieras y los patios de Nueva York que remiten a Río de Janeiro (ciudad que apenas conoce): propongo que este insólito exotismo, que desplaza a Nueva York hacia el trópico, no es un mero acercamiento del tipo de las *Lettres persanes* de Montesquieu sino una manera de manejar la extrañeza fundamental de una nueva ciudad *americana*, más *americana* (en el sentido de no europea) que la propia Buenos Aires donde nunca se tiene la impresión de estar en Río pero sí de estar en París. “¿Estábamos en la selva o en la metrópoli más moderna del planeta? –añade–. Todo era inverosímil” (*Testimonios 7a. serie*, 180). Desde esa *inverosimilitud* describe Ocampo el grupo humano que más le llama la atención; no la muchedumbre neoyorkina que a menudo llama la atención del viajero (piénsese en “Coney Island” de Martí), sino la colectividad negra:

En ese primer breve viaje a Nueva York, fueron los negros los que me interesaron en primer lugar, porque les encontré más sabor que a los blancos. El americano del Norte me parecía un inglés deslavado, como después de haber estado en España, el americano del Sur me pareció un español desteñido. Ingleses y españoles, al atravesar el Atlántico y remojados en el crisol, habían perdido el color (*Autobiografía VI*, p. 70).

Los negros neoyorquinos encarnan la diferencia *norteamericana*. Antes bien, la representan, en el sentido teatral del término. Esto literalmente: Ocampo queda deslumbrada con la representación de *Green Pastures* de Marc Connelly en el Mansfield Theatre.⁶ Pero también asiste a otro tipo de *performance*, va en compañía de Waldo Frank y Emmanuel Taylor Gordon al Cotton Club, donde la orquesta de Duke Ellington la lleva a declarar que “La violencia rítmica del *jazz* de Duke Ellington es única. Me haría volver a Nueva York, aunque no fuese más que para sumergirme en ella de nuevo” (p. 125). Con los mismos acompañantes va también al Savoy, y, con ellos y Sergei Eisenstein, a un servicio en una iglesia evangélica negra. Harlem, obligación turística entonces como ahora, se ve como “un gran teatro” (p. 71) y los negros como “actor[es] nato[s]”: pasaría horas, dice Ocampo, escuchándolos cantar, viéndolos bailar, o simplemente caminar, “como gatos”, por la calle (p. 71). El espectáculo de Nueva York negra causa impresión, y Ocampo le dedica más de un texto. Envía una descripción de su visita a Harlem, en francés, y en prosa resueltamente “artista,” a su familia (*Cartas a Angélica*, pp. 42-46). Retoma la misma descripción, ampliándola, en una conferencia que da en Madrid al año siguiente en la Residencia de Señoritas y que luego publica como ensayo en su primer tomo de *Testimonios*. Por fin, dedica varias páginas a los negros de Nueva York en el tomo sexto de su autobiografía. En todos estos ejercicios se observa la misma entusiasmada negrofilia, para usar el acertado término de Petrine Archer-Straw, la misma objetivación del sujeto negro (tiene “sabor”, tiene “color”), la misma simpatía paternalista (los negros le recuerdan los criados y criadas de su infancia y los juegos que compartía con los hijos de ellos)

⁵ Salvo indicación, las traducciones del inglés y francés son mías.

⁶ Inexplicablemente, al describir la obra, declara que “El papel de Jehová es encarnado por un blanco. Los demás actores son negros” (*Testimonios 1a serie*, p. 121). El actor que representaba a Dios era un conocido actor negro, especialista en Shakespeare, Richard Harrison, quien a su muerte, en 1935, había representado el papel 1.657 veces.

y el mismo desaprensivo racismo. En todos, el negro funciona como fetiche, para significar, en términos de una alteridad vigorosa y a la vez estéticamente persuasiva, una diferencia norteamericana que sólo más tarde formulará Ocampo en términos distintos.⁷ Cuando procura formularla, sin embargo, volverá a recurrir al estilo “guinda-no-guinda” del cocinero de Stein: “[C]ambié de opinión. El americano no me pareció más un inglés deslavado o un español desteñido, sino OTRA COSA, un nuevo producto en elaboración” (*Autobiografía VI*, p. 70). El americano –ya sea del norte o del sur– no es copia inferior del metropolitano sino lo otro del metropolitano.⁸

Ocampo usa el término *testimonio*, género en que escribe su obra entera, como título del capítulo que cierra su primera colección de escritos (también titulada, desde luego, *Testimonios*). El ensayo está dedicado a Alfred Stieglitz y a su galería neoyorquina, *An American Place*. Por su lugar al final del volumen y por su título redundante, “Testimonio” sirve por un lado de epílogo y por otro de manifiesto programático, extensivo a los lectores que comprenden su americanismo. Cito el último párrafo de ese texto:

Hombres y mujeres que sufrimos del desierto de América porque llevamos todavía en nosotros Europa, y que sufrimos del ahogo de Europa porque llevamos ya en nosotros América. Desterrados de Europa en América; desterrados de América en Europa. Grupito diseminado del Norte al Sur de un inmenso continente y afligido del mismo mal, de la misma nostalgia, ningún *cambio de lugar* podría definitivamente curarnos. De continuo amenazados por el temor a ver la tierra –en que queríamos echar raíces– dejar de ser tierra, esto es: alimento, para convertirse en trampolín que nos invita al salto, a la partida hacia la otra ribera.

An American Place... Jamás se me habría ocurrido que un oasis pudiera tener este nombre (*Testimonio*, p. 300).

Esta fervorosa proclama –que, como indica Blas Matamoro, simplifica una coyuntura cultural con el fin de realzar el rol heroico que se atribuya Ocampo (p. 224)– nace de un múltiple reconocimiento espacial. Cuando entra Ocampo al *American Place* de Stieglitz en Madison Avenue,⁹ por primera vez en su estadía neoyorquina reconoce físicamente un espacio, lo hace suyo, se siente por fin, dice, “como en mi casa” (p. 296). Este reconocimiento instantáneo se completa con la lección de Stieglitz, quien comparte con ella, más allá de la “casa”, el espacio urbano:

El día de mi visita a su estudio, cuando Stieglitz hubo acabado de mostrarme sus fotografías y los numerosos lienzos de Georgia O’Keefe, Marsden, Narin, Dove, nos aproximamos juntos a una ventana. Nueva York subía frente a nosotros, en grandes surtidores de rascacielos. Stieglitz me señaló con un ademán la ciudad: “*I have seen it growing. Is that beauty? I don’t know. I don’t care. I don’t use the word beauty. It is life*” [‘La he visto crecer. ¿Es esto belleza? No sé. No me importa. No empleo la palabra belleza. Es vida’] (p. 298).

⁷ Prueba de esta equiparación entre lo negro y lo diferente americano sea acaso el hecho de que el primero (y durante bastante tiempo único) poeta americano que publica *Sur* sea Langston Hughes, traducido por Borges en el segundo número de la revista.

⁸ Que Ocampo llegue a esta revelación, ya implícita en Sarmiento y elaborada en Martí (a quien sin duda no ha leído) tan tardíamente parecería apoyar la propuesta de Carlos Alonso, en su *The Spanish American Regional Novel: Modernity and Autochtony*, acerca del carácter iterativo de los planteos de modernidad en América Latina.

⁹ Su tercera galería neoyorquina. Stieglitz tuvo dos estudios previos, uno de ellos el célebre 291 Fifth Avenue.

Como apunta agudamente Beatriz Sarlo, “Nueva York le permite pensar Buenos Aires de un modo diferente de lo que, hasta ese momento, le había permitido París. En efecto, la relación Buenos Aires-París (o Londres) era una relación marcada por la ausencia de cualidades en uno de los dos puntos: Buenos Aires no tenía lo que tenía París. Ahora bien, en Nueva York, Victoria Ocampo descubre una ciudad que *tampoco* tiene lo que tiene París y que *sin embargo* es igualmente fascinante. Nueva York le enseña otra posibilidad, americana, de la cultura” (Sarlo, *La máquina*, p. 135). En sus comienzos *Sur* trabaja esa posibilidad, se presenta como reflexión sobre esa OTRA COSA americana, pero la postura americanista de la revista, como bien lo han observado John King y Cristina Iglesia, es inestable, difícil de mantener, pronto reemplazada por un previsible cosmopolitismo de raigambre europea.

USA 1943: An American Place y París-no-París

Describe Waldo Frank en sus *Memorias* el malestar que siente en París, el hecho de que “el europeo occidental presentaba una suficiencia [*completeness*] que dejaba algo afuera, algo que yo necesitaba para vivir y que América necesitaba. El hispanoamericano con quien me había cruzado tampoco tenía esa suficiencia, y esa carencia, como la mía, equivalía a su insuficiencia fecunda” (Frank, p. 128). Aunque Ocampo cita este pasaje haciéndolo suyo en uno de sus ensayos sobre Frank,¹⁰ la noción de insuficiencia fecunda, ideológicamente hablando, no prospera en su obra como en la de Frank. Insuficiencia, sí; fecunda, no: Ocampo tiende a presentar su insuficiencia como circunstancia patética (para gran irritación, por ejemplo, de Virginia Woolf), no como provocación ni como ventaja cultural. Waldo Frank, también unido a Europa (recuérdese que escribe *Our America* a pedido de Gaston Gallimard y Jacques Copeau), se despoja de su influencia al forjar una unión (simplificada, idealizada) con la otra América cuya base es una compartida “deficiencia”: a medida que el eje Norte-Sur se fortalece, Europa, y en especial Francia, pierden su brillo. En Ocampo, en cambio, la operación es mucho más vacilante, los resultados mezclados, cuando no contradictorios. A pesar suyo, y a pesar de los ambiciosos planes que Frank forja para ella y para su revista, Ocampo nunca permite que las Américas desplacen del todo la atracción, tanto emocional como ideológica, de Europa, esa suficiencia, precisamente, tan estéticamente satisfactoria. Esa ambivalencia, que ya puede observarse en el primer número de *Sur* pese a la declaración de principios, también lleva a Ocampo a acumular imágenes disímiles de Nueva York, en cuanto centro fuerte de cultura.

Recuerdo esta presencia de Europa, de Francia en especial, en el americanismo de Ocampo –si es que cabe darle tal nombre– para considerar esas nuevas, notablemente contradictorias imágenes de Nueva York que Ocampo propone a distintos lectores en su segundo viaje a los Estados Unidos en 1943. En mayo de ese año, invitada por la fundación Guggenheim, Ocampo pasa seis meses en ese país, la mayor parte del tiempo en Nueva York, dando conferencias. Como en el caso del viaje de 1930, hay más de una versión de esta estadía, en cartas, por un lado, y testimonios por otro. Cabe aquí una reflexión sobre el género utilizado

¹⁰ “Las *Memorias* de Waldo Frank”, en *Testimonios 9a. serie*, p. 35.

para medir plenamente el impacto de estas nuevas reflexiones sobre la ciudad. ¿Cómo se escribe una ciudad, y para quién se la escribe? La cuestión que deliberadamente evité al comienzo, dejando que el proyecto de Ocampo hablara por sí mismo sin preguntarme por sus lectores o interlocutores, merece ahora mayor consideración.

El lugar, esto es, la descripción de un lugar, es siempre producto de una dislocación, tanto geográfica como narrativa, de un traslado o traducción. Al practicar la escritura de viaje, escribimos acerca de lugares adonde hemos ido o adonde han ido otros cuyos textos hemos leído. Toda escritura de viaje cuenta con conocimientos previos, cuenta además con una complicidad entre narrador y lector, donde el primero hace inteligible el espacio narrado mediante una serie de maniobras que remiten a códigos compartidos: yo estoy aquí y tú no, pero yo puedo hacerte ver lo que veo (o lo que me han dicho que estoy viendo) porque, en un sentido, tú ya lo conoces (es decir ya lo has leído aun cuando lo estés leyendo por primera vez). Si bien Ocampo no es principalmente escritora de viajes –sus testimonios son curiosamente estáticos– asume una complicidad semejante con su lector.

En más de un aspecto, estos testimonios se asemejan a las crónicas modernistas: son relatos de viajera cosmopolita a un público de compatriotas, menos ilustrados, que se han quedado atrás –de modo tanto literal como figurativo– pero que pueden seguirla. En este sentido, los testimonios sobre Nueva York cumplen una función pedagógica. Esto ya era observable en los textos sobre el primer viaje de Ocampo: la expedición a Harlem, en su primera versión, fue una conferencia, impartida a las alumnas de la Residencia de Señoritas de Madrid, y el ensayo sobre Stieglitz, como se vio, es una propedéutica americanista. Otro tanto ocurre con “USA-1943,” cuya intención didáctica (reflejada en el uso de fotografías y en esto semejante al primer número de *Sur*), si bien sutil, es indudable.

La función pedagógica que cumplen estos testimonios no es necesariamente una función informativa, documental. En Ocampo además hay poca descripción del espacio en sí. Declarándose inepta para tomar notas, escribe: “[U]na fatalidad parece perseguirme. Jamás he apuntado en ellas nada utilizable o interesante. En cuanto no me dirijo a alguien (como en las cartas), en cuanto no tengo mentalmente un interlocutor para contarle lo que veo, siento, observo, pienso, las palabras se me marchitan” (*Testimonios 3a. serie*, p. 218). Al lector/interlocutor se le enseña a gozar la ciudad, a sentirla, no necesariamente a conocerla en detalle. Con la excepción de Harlem, de los Cloisters (volveré sobre ellos) y de sus hoteles (el Sherry Netherlands en el primer viaje, el Waldorf Astoria en el segundo), no abundan las indicaciones espaciales en estos textos. No sabemos, por ejemplo, por qué barrios camina. No sabemos si tiene idea de que Nueva York está compuesta de barrios, aunque tampoco parece tener esa idea de Buenos Aires. Acaso fuera pedirle demasiado: la mirada de clase se aúna aquí con una perspectiva de alto modernismo que trabaja conjunto urbano mas que desagregación barrial. Ocampo comparte con el lector la emoción, no la localización.

Hay en “USA-1943” una soltura que no existía en los textos del viaje de 1930, un “como estar en casa” que denota no sólo una familiaridad nueva con el espectáculo urbano sino cierto entusiasmo que a falta de mejor nombre llamaré cultural. Esta vez no se viaja a la “nueva, inmensa gran ciudad desconocida”: esta vez sí se trata de un retorno. El prefacio de “USA-1943” retoma el diálogo con Stieglitz de 1930, recuerda la visita a *An American Place*, a Stieglitz mirando los rascacielos y preguntándose *Is this beauty?* Con la diferencia de que, en este viaje, Ocampo responde ella misma a la pregunta:

¡Quién lo duda, querido Stieglitz! La belleza ya nació junto a la vida en su desconcertante país. [...] He aprendido no sólo a admirar sino a querer a los Estados Unidos: eso es lo que quiero decir sin tardanza (*Testimonios 3a. serie*, p. 215).

Mencioné el entusiasmo de este texto, su aparente ligereza, su tono excitado. No poco tiene que ver con este tono el hecho de que los Estados Unidos han entrado por fin en la Segunda Guerra Mundial y ésta se manifiesta en una serie de detalles que rompen con la rutina ciudadana, creando una atmósfera febril cuya energía, entre gozosa y desesperada, capta admirablemente Ocampo:

Era la segunda primavera de la guerra en Manhattan. Los adolescentes fanáticos hacían cola para escuchar a su ídolo, Harry James, y los diarios empezaban a inquietarse con esta locura. La trompeta mágica difundía a su alrededor quién sabe qué hipnosis. En los dancings, los muchachos y muchachas de uniforme, mejilla contra mejilla, bailaban sus adioses al son de *As time goes by* (*Casablanca*, Warner Bros. Picture) Las colegialas se enamoraban de Humphrey Bogart. Había que esperar semanas para ver *Oklahoma* (The Theatre Guild), *musical play*, éxito de la temporada, pero no para oírlo. Las canciones de esa opereta habían invadido la ciudad: “Oh! what a beautiful mornin’...”, “People will say we’re in love...”. El duque de Windsor cenaba en el Ritz y tiraba miguitas de pan a los patos del lago microscópico que allí tienen. Fiorello La Guardia desafiaba a la Luftwaffe a que viniese a bombardear sus dominios. Nueva York era –decía– el “blanco número uno” de la guerra. Pero todo estaba preparado para recibir la visita de esos señores. Se hacían periódicamente ensayos de obscurecimiento. En la voz de Frank Sinatra se hamacaban millares de ensueños. Los marineros del “Richelieu” se paseaban por Broadway con la gorra de pompón rojo ladeada sobre la cabeza, sin comprender una palabra de inglés. Lentamente el “Normandie” se enderezaba sobre las aguas del Hudson. En Central Park, en Pennsylvania Station, los enamorados se besaban en la boca en pleno día. Tenían poco tiempo que perder y se les importaba un bledo de los espectadores. El azúcar estaba racionado; sólo daban dos terrones para el desayuno. En las tiendas, ya casi no había elástico para las ligas. Sólo se tenía derecho a un reducido número de zapatos por año. Había cada semana un día sin carne.

A pesar de múltiples pequeños inconvenientes, aquella juventud parecía estar *in the pink*, a las mil maravillas (*Testimonios 3a. serie*, pp. 245-246).

En este tenor resueltamente optimista, risueño y conversador –la escritura misma parece estar *in the pink*– continúa el resto del texto de “USA-1943”. Ocampo observa el racionamiento de taxis; es interrogada y reprendida en una exposición de armamentos de guerra por tomar notas; visita el centro naval de entrenamiento de las WAVES en el Bronx, aprovecha para declarar su feminismo, y se entusiasma con los uniformes diseñados por Mainbocher; se queja de los chicles que ensucian las aceras de la ciudad; regresa a Harlem donde, después de un servicio, la presentan al predicador, Father Divine, no por su nombre sino como “South America”; descubre las *doughnuts*, las hamburguesas, las *griddle cakes* “cuyo sabor [...] se descubre poco a poco, a fuerza de comerlos” (p. 260) y que se echan de menos, proustianamente, en cuanto se sale del país. Importantemente, Nueva York le permite a Ocampo un contacto con una pujante y exitosa cultura popular urbana –las cafeterías, los *griddle cakes*, los *musicals*, Frank Sinatra, el cinematógrafo, el jazz– que hasta ahora desconocía o desdeñaba, y que de pronto adquieren legitimidad cultural.

Me ha ocurrido muchas veces subir hasta el último piso del Empire State Building. De codos en el parapeto me gustaba mirar hasta sentir vértigo a Manhattan surgiendo del suelo. Pensaba entonces en la trompeta de Harry James, que se lanza sin vacilaciones hasta las notas más agudas y se mantiene allí, mientras los adolescentes fascinados se miran extáticos en ese espejo sonoro.

Es corriente decir que París no es Francia, ni Buenos Aires la Argentina, ni Nueva York los Estados Unidos. No lo creo. Quien toca a Manhattan toca a Whitman, como asegura Lewis Mumford, y quien toca a Whitman toca a los Estados Unidos en una de sus encarnaciones más asombrosas, bajo una de sus formas más excesivas, espléndidas y desordenadas.

Y si algún consejo tuviera yo que dar a esta metrópolis, se reduciría a

Submit to no model
but your own, oh City (p. 267).

Ocampo reclama para sus testimonios la inmediatez y la interlocución personal de la correspondencia: “Yo no consigo articular mis sentimientos, mis observaciones, mis pensamientos sino por el placer y la prisa de comunicarlos directamente a X, Y o Z (un X, un Y, un Z bien determinados)” (*Testimonios 3a. serie*, p. 218). Sin embargo, no todo queda registrado en ese género: en el prefacio a “USA-1943” escribe que: “Algo de lo que más me conmovió en USA ha quedado en cartas dirigidas a dos o tres amigos. Algún día, después de otro viaje (que será el tercero), quizá trate de aprovechar ese material” (pp. 214-215). Acaso las numerosas cartas a Roger Caillois escritas durante ese viaje (y sólo publicadas recientemente) fueran parte de ese “material” que quedó al margen de “USA-1943”, desaprovechado en vida de Ocampo, ahora aprovechable para la crítica.

En 1943, Roger Caillois está en Buenos Aires, donde lo ha sorprendido la guerra. Huésped de Ocampo, con ayuda de ésta ha fundado la revista francesa del exilio, *Lettres françaises*, de portada idéntica a la de *Sur*. Como los lectores de las crónicas modernistas, o como las señoritas del internado de Madrid, Caillois no conoce Nueva York, ni siquiera habla inglés. En cierto sentido también él se ha quedado atrás, de manera tanto más dramática cuanto que la mayoría de sus compatriotas exiliados se han refugiado en Nueva York.¹¹ Ocampo, que ocupa la posición fuerte en esa relación –“conoce” Nueva York, tanto la ciudad como a sus gentes, habla inglés, y *last but not least*, es, para Roger Caillois, la “mujer mayor” bien conectada, ex amante y mecenas– Ocampo le “cuenta” Nueva York a Caillois, pero una Nueva York notablemente diferente de la que ofrece al público lector más amplio de “USA-1943”. Distinto punto de vista, distinto género, distinto interlocutor, distinto propósito: otra ciudad. A estas diferencias cabe agregar una diferencia temporal. Si bien el viaje es el mismo, no así el momento de su escritura: las cartas a Caillois se escriben inmediatamente, mientras Ocampo está en Nueva York. La escritura de los testimonios está mediada por la distancia temporal y geográfica: Ocampo redacta el texto de “USA-1943” ya de vuelta en la Argentina, al año del viaje, en Mar del Plata, durante el verano de 1944. Con su viaje de 1943, Ocampo no sólo arma una imagen de Nueva York que difiere notablemente de la imagen que había propuesto en 1930, arma *dos* imágenes de Nueva York que difieren notablemente entre sí.

Si nos atenemos sólo a la lectura de las cartas a Caillois, olvidando por un momento la lectura de “USA-1943”, Nueva York no se presenta como *an American place*, o más bien, *no*

¹¹ Sobre el tema de la emigración francesa a Nueva York, véanse Nettlebeck y Melhman.

sólo como *an American place*. Los conocidos o amigos norteamericanos de Ocampo de la década anterior han sido desplazados por otra comunidad que de algún modo conoce mejor (y que Caillois sin duda conoce mejor), la de los intelectuales franceses exiliados en Nueva York durante la guerra. Ocampo retoma amistades interrumpidas: Jacques y Raissa Maritain, Denis de Rougemont, Etiemble, Saint-John Perse, y pasa buena parte de su tiempo tratando de armarle giras de conferencias a Caillois, para que se reúna con ella. Nueva York, en estas cartas, dista de ser la ciudad llena de vigor que ha pintado antes. Ocampo admira, sí, cierta fuerza técnica, anónima y estandarizada, cuya metáfora sería la perfectamente sincronizada actuación de las Rockettes de Radio City. Aquello es “bello como los autos y los puentes, bello como los aviones cuando vuelan en V, como los pájaros” (*Correspondance*, p. 189).¹² Pero la imagen de Nueva York que comunica a Caillois es, sobre todo, la de una ciudad melancólica, lugar de nostalgia y de morosos inventarios, donde se rememora no la lejana Buenos Aires, no la Nueva York de diez años antes, sino el París borrado por la guerra. Cuando Ocampo va al museo, el retrato de Montesquiou pintado por Whistler le recuerda la vez en que Montesquiou por equivocación se le metió en el cuarto a su hermana Pancha en el Majestic, y ese recuerdo, le escribe a Caillois, “hizo que me atragantara con París” (*Correspondance*, p. 198). Cuando va a una exposición, las puntas secas de Helleu son como “un álbum de fotos de familia” (p. 200). Cuando emprende una conversación en el hotel, es con una norteamericana “que ha vivido treinta y cinco años en París y ha escrito un libro, *la Francia que amo*” (p. 200). Cuando sale de paseo, va a los Cloisters a ver la tapicería del unicornio, o más bien su reproducción fotográfica, ya que los originales se han mandado a depósito durante la guerra. O bien va a la dársena a ver el Normandie varado en el Hudson, el mismo barco que, de no haberse declarado la guerra, hubiera llevado a Paul Valéry a Buenos Aires, “y me parecía que esa especie de enorme osamenta quemada, vomitando agua por todos los orificios, y enderezándose tan lentamente que el movimiento era casi imperceptible a la vista, era el símbolo de muchas cosas” (p. 202). La “horrible melancolía” que dice sentir sólo es mitigada por el espectáculo del Richelieu, anclado más arriba en el Hudson, con sus banderitas francesas que le recuerdan, dice, la bandera de la Cámara de Diputados en la Place de la Concorde, tan bella de noche. Esta reconstrucción del París inaccesible y derrotado de 1943, París del cual el Normandie es símbolo, reemplaza a Nueva York en estas cartas. Si bien subsisten en ellas pequeños restos de una cotidianeidad diurna, la ciudad se borra para dar lugar a la ausencia de la otra, se vuelve lugar de duelo. Funciona en esta correspondencia como negativo de París, hasta en las recriminaciones: “Comprendo que para los europeos la estadía en las Américas sea una especie de purgatorio (infierno, par algunos). Pero no es culpa de las Américas que hacen lo que pueden. Y es gracias a las Américas que los europeos *respiran* en estos momentos” (p. 188). Prueba adicional de esta francofilia que opaca entusiasmos americanos es el hecho de que nunca aparezcan en esta correspondencia nombres de los amigos norteamericanos de Ocampo, Alfred Stieglitz, Lewis Mumford, los *Young Intellectuals* que le ha presentado

¹² Esta belleza estandarizada (norteamericana, podría decirse), se complementa, para Ocampo, con la otra, la artística (la europea, la que ella y Caillois comparten). Así, después de elogiar a las Rockettes, observa: “Pero no olvidemos que hay también algunos grandes escritores que han llegado a la cumbre, a otras cumbres, por otros caminos. La belleza de ellos no es la de la estandarización. Poco importa que por el momento esa belleza sea menos popular (¡y cuánto!) que la otra. Poco importa incluso que esté relegada. Existe y algún día triunfará. No seamos demasiado impacientes” (p. 190). El uso del nosotros es aquí notable.

Waldo Frank. Sólo aparece el nombre de Langston Hughes, “le poète nègre” (p. 189), como lo describe a Caillois. De nuevo Nueva York negra, pero sólo en un encuentro episódico. Refiriéndose años más tarde a esta estadía en Nueva York filtrada por una amenazada sensibilidad francesa, escribe Ocampo: “Francia estaba allí pero como en un ataúd. Ya era Grecia” (*Testimonios 7a. serie*, p. 131).¹³

3. Viajes posteriores: deriva

Las dos imágenes de la ciudad –la animada Nueva York de la guerra, el *swing*, y los *griddle-cakes*, o la Nueva York llena de exiliados franceses desde donde se añora París– si bien condicionadas por los interlocutores a quienes están destinadas resumen además la ambivalencia de Ocampo, una suerte de inseguridad cultural. “Siempre he sido mala viajera porque mis verdaderos viajes prescinden de aviones, de transatlánticos, de ferrocarriles. Y sin embargo, de no haber viajado, habría mucha gente –o mejor dicho algunas personas y algunas cosas– que no habría conocido nunca” (p. 195), escribe Ocampo a Caillois. Mientras no aparezcan esas “quelques personnes et quelques choses” que suministren asidero para la futura memoria, anclando el recuerdo de lo que se ve por primera vez y volviéndolo prestigioso, es decir, digno de ser atesorado, hay *desajuste*. Así entre Nueva York y Ocampo: una frase de una carta a Caillois es elocuente: “Nada de lo que siento, nada de lo que amo tiene *appeal* para este país. Esto me deprime a ratos, pero sé que es tonto esperar otra cosa. Ni el *momento*, ni las *circunstancias* me son propicios. Lo importante es permanecer flexible” (*Correspondance*, p. 190). La resignada frase, con sus ecos flaubertianos, parece más desengaño amoroso que decepción cultural. Habla más de malentendidos, de desencuentros,¹⁴ que de una relación significativa con la ciudad y sus gentes. Esta desazón, tan elocuentemente captada en la frase a Caillois, suplantata la curiosidad del primer viaje y el ambivalente entusiasmo del segundo. En viajes posteriores a 1943 la desazón es más pronunciada, se traduce en errancia, deriva sin rumbo: “Ayer, volví a casa, pues, y como tenía hambre me fui a comer un *griddle cake* a la cafetería del Mayflower de la Quinta Avenida. Caminé un poco; miré las tiendas. Entré en las tiendas. Salí por el calor. Me volví a meter en otras por el frío de la calle. En cuanto me calentaba salía. En cuanto me enfriaba entraba de nuevo por alguna *revolving door* de gran tienda” (*Cartas a Angélica*, p. 104). Nueva York toda parece una *revolving door*, adonde se entra sin cesar y de donde sin cesar se sale, pero donde uno nunca se aposenta. Significativamente, entre la gente que ve Ocampo en Nueva York en estos viajes posteriores se destacan los exiliados, a su vez expertos en *revolving doors*. No se trata ya de exiliados franceses sino, a excepción de

¹³ Esta extraña noción de que Nueva York se ha vuelto el museo de París se vuelve explícita en “Cocteau en Nueva York”, *Testimonios 7a. serie*, pp. 130-138). La contrapartida de esta construcción de Nueva York es la que le devuelve el propio Caillois cuando por fin llega a Nueva York, solo, en 1945. Mucho más disponible, a pesar de su falta de inglés, Caillois describe una ciudad llena de contrastes, asombrosa pero no melancólica (véase *Correspondance*, pp. 216-221). Caillois extraña, sí, la mirada de Ocampo: “Mucho quisiera que estuvieses aquí. Quisiera que me mostraras las cosas, las vería mejor contigo. Temo verlas de pasada, o al revés. Porque, entre otros méritos, tú sabes *hacer ver*” (p. 217).

¹⁴ No descarto desde luego el hecho de que estas cartas estén dirigidas a un ex amante cuya pérdida bien puede haber influido en la representación de la ciudad. Nueva York significa un duelo doble: por Francia, y por una relación. Sobre el tema del malentendido en Ocampo, véanse Sarlo y Molloy.

Stravinsky y su mujer, de exiliados en su mayoría hispanohablantes: Gabriela Mistral, Francisco Ayala, Victoria Kent.

Si a partir de 1943 Ocampo viaja a menudo a Nueva York, su contacto con la cultura de la ciudad, y de Estados Unidos en general, no por ello se volverá más profundo. Señala John King cómo esa falta de contacto se ve reflejada en las mismas páginas de *Sur*, de donde casi desaparecen las colaboraciones norteamericanas: “Estados Unidos seguiría siendo un aliado durante la guerra fría, pero no se registraría su desarrollo cultural” (King, p. 140). Nueva York es lugar de encuentros fugaces con interlocutores cuyo prestigio es más social que intelectual y que, como ella, ejercen cierto mecenazgo: la familia Crane, Nelson Rockefeller, Mildred Bliss, por ejemplo. Nueva York es también el lugar de cierto desamparo: “Anoche pues, me fui a vagar por las calles, a buscar un cine que me sirviera de compañía” (*Cartas a Angélica*, p. 146).¹⁵

Esto no significa que Nueva York no deje su marca en la perspectiva de Ocampo, problematizando (si bien no reemplazando) su relación con Europa y sobre todo Francia. Si París fue filtro para ver Nueva York en las cartas de Ocampo a Caillois, Nueva York, en esta última etapa de los viajes de Ocampo a los Estados Unidos, se vuelve filtro para ver París. Esta perspectiva contaminada queda notablemente captada en una carta de 1963:

Hace tiempo que no llegaba de N. Y. a París (generalmente salgo de aquí para allá). La impresión es distinta. [...] Las calles preciosas siempre, son (dado lo que traigo en los ojos) las de una maravillosa ciudad de provincia deslumbrante [...] París es Roma (Aunque no sé cómo estará Roma): *incomparable* pero... *pièce de musée*, en cuanto a la época contemporánea cuyo “exponente” sería Nueva York (*Cartas a Angélica*, p. 151).

“Todo resulta más chico” (p. 151), concluye Ocampo, comparando a París con Nueva York. Y en carta a otra hermana, hablando de “Detective Story,” el film que acaba de ver en París, observa: “Cuando vi las calles de New York y aparecieron los americanos, y hablaron, y se movieron en la pantalla fue como si respirara aire fresco y *volviera a casa*. [...] Veo las calles de Nueva York y *respiro*” (p. 174). Así como en Nueva York de 1943 se añoraba París, en París de la década de 1960 se añora Nueva York.

Nueva York, al final, no habrá sido para Ocampo verdadera ciudad de trueque, como las de Calvino, “caracterizadas por intercambios: de recuerdos, de deseos, de recorridos, de destinos” (p. 14) –y cabría añadir, de culturas–. Estuvo muy cerca de serlo: de haber prosperado el proyecto con Waldo Frank, *Sur* acaso habría sido otro *American place* y Nueva York se habría vuelto una de las capitales de Ocampo, el tercer vértice, vital, del triángulo. Son conjeturas. En cambio la Nueva York de Ocampo queda como lugar de contactos más que de relaciones y de cierta soledad. Si bien altera la estructura binaria de la cultura europeo-argentina de Ocampo, modificando su percepción de Francia, no se impone lo suficientemente para que la haga culturalmente suya: para que se vuelva, verdaderamente, lugar de intercambio. □

¹⁵ Cuando en 1979 se me pidió un artículo sobre Victoria Ocampo en los Estados Unidos, me fue sumamente difícil rastrear a sus amistades neoyorquinas. Hablé al azar con Vera Stravinsky, con Victoria Kent y Louise Crane, con Sylvia Marlowe. Nadie parecía tener idea clara de lo que hacía en Nueva York salvo ir mucho al cine. “Parecía deprimida”, recuerdo que me dijo Marlowe.

Obras citadas

- Archer-Straw, Petrine [2000], *Negrophilia. Avant Garde Paris and Black Culture in the 1920's*, Nueva York, Thames and Hudson.
- Alonso, Carlos [1990], *The Spanish American Regional Novel: Modernity and Autochtony*, Cambridge y Londres, Cambridge University Press.
- Calvino, Italo [1972], *Le città invisibili*, Turín, Einaudi.
- Caillois, Roger y Ocampo, Victoria [1997], *Correspondance* (ed. de Odile Felgine y Laura Ayerza de Castillo), París, Stock.
- Frank, Waldo (1973), *Memoirs of Waldo Frank* (ed. de Alan Trachtenberg, Introducción de Lewis Mumford), Boston, University of Massachusetts Press.
- Iglesia, Cristina, "Waldo y Victoria en el paraíso americano. Identidades y proyectos culturales en los primeros años de la revista *Sur*", *Boletín del centro de estudios de teoría y crítica literaria*, Rosario, 8, octubre de 2000, pp. 113-124.
- King, John [1986], *Sur. A Study of the Argentine Literary Journal and Its Role in the Development of Culture, 1931-1970*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Matamoro, Blas [1986], *Genio y figura de Victoria Ocampo*, Buenos Aires, Eudeba.
- Melhman, Jeffrey [2000], *Emigré New York: French Intellectuals in Wartime Manhattan, 1940-1944*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Nettlebeck, Colin W. [1991], *Forever French: Exile in the United States 1939-1945*, Oxford, Berg Publishers.
- Molloy, Sylvia [1997], "El teatro de la lectura: cuerpo y libro en Victoria Ocampo," en *Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, FCE/El Colegio de México.
- Ocampo, Victoria [1997], *Cartas a Angélica y otros*, Buenos Aires, Sudamericana.
- — — [1979], *Autobiografía I. El archipiélago*, Buenos Aires, Ediciones Revista Sur.
- — — [1984], *Autobiografía VI. Sur y Cia*, Buenos Aires, Ediciones Revista Sur.
- — — [1935], *Testimonios*, Madrid, Revista de Occidente.
- — — [1941], *Testimonios, 2a. serie*, Buenos Aires, Sur.
- — — [1946], *Testimonios, 3a. serie*, Buenos Aires, Sudamericana.
- — — [1967], *Testimonios, 7a. serie*, Buenos Aires, Sur.
- — — [1975], *Testimonios, 9a. serie*, Buenos Aires, Sur.
- Sarlo, Beatriz [1998], *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*, Buenos Aires, Ariel.

Jeremy Bentham y la “Feliz Experiencia”

Presencia del utilitarismo en Buenos Aires 1821-1824

Klaus Gallo

Universidad Torcuato Di Tella

La supuesta influencia que ejercieron el filósofo inglés Jeremy Bentham y sus ideas utilitaristas en el itinerario político de Bernardino Rivadavia, particularmente durante la gestión de éste en la llamada “Feliz Experiencia” del gobierno porteño de Martín Rodríguez (1821-1824), ha sido mencionada por numerosos historiadores en el pasado. El epistolario que mantuvieron estos dos hombres durante el período que abarca los años 1818-1824 es señalado usualmente como la evidencia más conclusiva para determinar la filiación ideológica de Rivadavia con las ideas benthamianas. Dicha vinculación ya había atraído la atención de algunos prestigiosos políticos y escritores argentinos del siglo XIX, como Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre, entre otros. Este último, precisamente, pronunció un discurso con motivo del centenario del nacimiento de Rivadavia, el 20 de mayo de 1880, en el cual se remarcaba el legado benthamiano del homenajeado:

Fue entonces [la década de 1820], también, cuando en la fuente original de ingenio profundo de Jeremías Bentham, su maestro y amigo –gran pensador y mal escritor como él [Rivadavia]–, bebió las nuevas inspiraciones de la reforma en el orden político y moral, emancipándose del formalismo y de las trabas de la rutina, para marchar con paso atrevido y sin bagaje inútil por el ancho camino del progreso y del liberalismo moderno.¹

Unos años antes, Sarmiento había reflejado de manera irónica, en su célebre *Facundo*, el impacto que generaban en el incipiente ambiente académico rioplatense de comienzos de la década de 1820 los escritos del filósofo inglés, y de qué manera se convertía en un ingrediente más dentro del antagónico contexto Buenos Aires/Interior:

—¿...Por qué autor estudian ustedes legislación allá?, preguntaba el doctor Jijena a un joven de Buenos Aires... —Por Bentham. —¿Por quién dice usted? ¿Por Benthancito?, señalando con el dedo el tamaño en dozavo en que anda la edición de Bentham... ¡ja, ja, ja!... ¡por Benthancito! En un escrito mío hay más doctrina que en esos mamotretos. ¡Qué universidad y qué doctorzuelos!²

¹ Publicado en Bernardino Rivadavia, *Páginas de un Estadista*, Buenos Aires, 1945, pp. 196-197.

² D. F. Sarmiento, *Facundo* [Santiago de Chile, 1845], Buenos Aires, 1999, p. 135.

Fue presumiblemente en Gran Bretaña, sin embargo, donde surgió a la luz la evidencia de la no poco trascendente vinculación entre estos dos hombres, cuando John Bowring editó el décimo volumen de las obras completas de Bentham en 1843, en el cual se incluía parte de la correspondencia que el filósofo había mantenido con Rivadavia.³ A poco de comenzar el siglo XX, Elie Halévy publicaba en París su célebre *La Formation du Radicalisme Philosophique*. En un capítulo del libro que hacía referencia al impacto generado por los escritos de Bentham en los más diversos rincones del planeta, señalaba la influencia que éstos habían ejercido sobre Rivadavia.

Al promediar el siglo pasado, Ricardo Piccirilli dedicó al tema un capítulo de su biografía de Rivadavia y, a comienzos de la década de 1960, Sergio Bagú resaltó la trascendencia de esa vinculación en el estudio preliminar de su antología sobre las ideas económicas del grupo rivadaviano.⁴ En la década de 1980, Miriam Williford escribió un libro sobre la divulgación de las ideas de Bentham en Latinoamérica, donde enfatizaba claramente su influencia sobre Rivadavia, visión compartida por John Lynch y David Bushnell en sendos trabajos publicados también por aquellos años.⁵ John Dinwiddy, por su parte, sostuvo que los alcances de la influencia de Bentham en Sudamérica eran relativos, aunque exceptuaba el caso de Rivadavia, y, más concretamente, las reformas del gobierno de Buenos Aires durante 1821-1824.⁶

Poco tiempo atrás, Jonathan Harris, un miembro del Bentham Project –institución londinense fundada por el mismo Bentham a comienzos del siglo XIX que funciona en el University College–, publicó un artículo en el cual cuestionaba fuertemente los verdaderos alcances de la influencia de Bentham sobre Rivadavia, por más que este último fuera considerado por el propio Bentham como su discípulo. Pretextando que el filósofo inglés solía aplicar el rótulo de *disciple* a cuanto admirador, más o menos famoso, se le presentaba, relativizaba la dimensión que ejercieron las ideas utilitaristas en Rivadavia y concluía además que el modo con que el rioplatense se desvinculó súbitamente de su “maestro”, a mediados de la década de 1820, ponía en evidencia la endeblez de su supuesta vinculación ideológica.⁷ Un escepticismo similar había manifestado también el director del Bentham Project, Fred Rosen, en su trabajo sobre la influencia que tuvieron las ideas de Bentham y el poeta romántico Lord Byron en el proceso político griego durante la gesta emancipatoria de esa nación.⁸ Al mismo tiempo, sin embargo, fueron apareciendo trabajos de historiadores argentinos dedicados al estudio de diversos aspectos del llamado período rivadaviano, en los cuales se hace referencia al impacto provocado por la introducción de algunas ideas de Bentham y del utilitarismo en diversos ámbitos de la sociedad porteña.⁹

³ J. Bowring, *The Works of Jeremy Bentham*, 11 vols., Edinburgo, 1843, vol. X, p. 500.

⁴ E. Halévy, *La Formation du Radicalisme Philosophique*, 3 vols., París, 1901-1904; R. Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, 2 vols., Buenos Aires, 1943; S. Bagú, *El plan económico del grupo rivadaviano*, Buenos Aires, 1966.

⁵ M. Williford, *Jeremy Bentham on Spanish America*, Baton Rouge, 1980; J. Lynch, *The Spanish American Revolutions* [Londres, 1973], Nueva York, 1986, p. 72; D. Bushnell, *Reform and Reaction in the Platine Provinces. 1810-1852*, Gainesville, 1983.

⁶ J. Dinwiddy, “Bentham and the Early Nineteenth Century”, en J. Dinwiddy (ed.), *Radicalism and Reform in Britain 1780-1850*, Londres, 1992.

⁷ J. Harris, “Bernardino Rivadavia and Benthamite ‘Discipleship’”, *Latin American Research Review*, vol. 33, No. 1, 1998, pp. 129-149.

⁸ F. Rosen, *Bentham, Byron and Greece*, Oxford, 1992.

⁹ Por ejemplo: J. Myers, “La cultura literaria del período rivadaviano: saber ilustrado y discurso pepublicano”, en F. Aliata y M. L. Muniñlla Lacasa (eds.), *Carlo Zucchi y el Neoclasicismo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1998, pp. 31-48; F. Aliata, “El Teatro de la Opinión: La Sala de Representantes de la época rivadaviana”, inédito; véase, también, un trabajo anterior que sirvió como una primera aproximación al tema; K. Gallo, “Un

Más allá de la validez del cuestionamiento planteado por Harris con respecto al exagerado y poco conducente uso del término *discipleship* para definir la relación Bentham-Rivadavia, su artículo tiende a desestimar no solamente las alusiones a temas políticos e ideológicos hechas por estos dos hombres en algunas de las cartas que se enviaron, sino también la visible influencia de algunos elementos de la doctrina utilitarista que se perciben en el más amplio espectro de la política, la educación y la cultura bonaerenses durante buena parte de la década de 1820.

El presente trabajo se centra precisamente en algunas evidencias puntuales que permiten, a nuestro entender, corroborar esta última aseveración.

Un viraje radical. Rivadavia y la escena político-intelectual londinense

Podría afirmarse que Rivadavia entró en contacto con Bentham y las ideas utilitaristas en el transcurso de su larga residencia en Europa, entre 1815 y 1820, cuando fue designado por el director supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata, Gervasio Posadas, para llevar a cabo una gestión diplomática ante algunos países de ese continente junto con Manuel Belgrano. El objetivo principal de esta empresa era conseguir el reconocimiento español y el apoyo de los gobiernos británicos y franceses en favor de la independencia argentina. Las gestiones de los dos agentes diplomáticos se vieron entorpecidas por el espíritu de conservadurismo y reaccionarismo que imperaba en los principales gobiernos europeos como consecuencia de la hegemonía del Congreso de Viena y la Santa Alianza. Luego del ciclo revolucionario francés y la caída del imperio bonapartista, los mencionados organismos continentales, en su afán por restablecer el equilibrio del poder y afianzar las monarquías en toda Europa, veían con resquemor el proceso de emancipación en las antiguas colonias hispanas en América. Abonaba esta postura el que la mayoría de estas nuevas naciones hubieran adoptado el modelo republicano de gobierno.¹⁰

Ante esa particular coyuntura de la política europea, las probabilidades de que Belgrano y Rivadavia pudieran plasmar los objetivos de su misión eran remotas. Esta encrucijada motivó que ambos agentes diplomáticos, con la anuencia de los directores supremos Carlos María de Alvear, en un principio, y Juan Martín de Pueyrredón a partir de 1816, comenzaran a pensar en la alternativa de adoptar un modelo de gobierno monárquico en el Río de la Plata. Suponían que así podría moderarse la desconfianza que generaba entre la mayoría de los gobernantes europeos el rumbo tambaleante y violento que había tomado el sistema republicano en el Río de La Plata desde la declaración de la independencia, y se presentaría un escenario más aceptable para el reconocimiento de la independencia argentina por parte de esas naciones.

Durante esos años de desventuras diplomáticas en Europa, Rivadavia conoció a algunas figuras del mundo intelectual parisino y londinense. En la capital francesa –ciudad en la que pasó más tiempo durante su misión en Europa– trabó amistad con Dominique De Pradt y Des-tutt de Tracy, mientras que en Londres –urbe que visitó en tres ocasiones durante su misión–

caso de utilitarismo rioplatense: la influencia del pensamiento de Bentham en Rivadavia”, en C. Malamud (ed.), *La influencia española y británica en las ideas y en la política latinoamericanas*, Documentos de Trabajo del Instituto Universitario Ortega y Gasset, Madrid, 2000, pp. 14-30.

¹⁰ W. W. Kauffmann, *British Policy and the Independence of Latin America 1804-1827*, New Haven, 1951, pp. 81-93.

hizo lo propio con Bentham y James Mill. ¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a Rivadavia a establecer vínculos con estos dos últimos pensadores y no con otros referentes de los círculos político-intelectuales londinenses? La pregunta surge sobre todo porque en esos años tanto Mill como Bentham se oponían resueltamente a la opción monárquica para las nuevas naciones sudamericanas, que era contemplada con agrado por algunos círculos aristocrático-liberales de Londres, como el afamado enclave *Whig* denominado Holland House.¹¹

A raíz de la escasa información disponible sobre las actividades desplegadas por Rivadavia durante sus sucesivas estadías en la capital inglesa, la respuesta no es simple. Pero a partir de los detalles que se conocen acerca de las redes y contactos que fueron estableciéndose en Londres entre políticos e intelectuales británicos y agentes sudamericanos, por un lado, y las particularidades del complejo contexto político, social y cultural británico de esos años, por el otro, intentaremos trazar un cuadro de situación que, a pesar de no resolver plenamente el interrogante, pueda servir para entender mejor las diversas circunstancias que favorecieron la relación de Bentham y Rivadavia en particular.

El clima político en Inglaterra en el momento de arribar Rivadavia a mediados de 1815 era bastante agitado. A pesar de que el gobierno *Tory* de lord Liverpool, primer ministro desde 1812, había logrado afianzarse en el poder gracias al rol decisivo desplegado por su administración durante las guerras napoleónicas, las negativas derivaciones económicas que surgieron en Gran Bretaña, precisamente como consecuencia de esas guerras, contribuyeron a crear un cuadro social inestable entre 1816 y 1820.¹² Evidencia de esta crisis fueron las reiteradas manifestaciones populares organizadas por trabajadores y artesanos en razón del desempleo en alza y de la baja en los salarios, de las cuales las de Spa Fields, en 1816, y “Peterloo”, en 1819, fueron las más resonantes. Esta última, que se llevó a cabo en la localidad de St. Peters, cerca de Manchester, terminó con serios disturbios que provocaron once muertos y cientos de heridos, como consecuencia de la acción del ejército que acudió para reprimir por orden del gobierno. A raíz de este episodio, se procedió a suspender el hábeas corpus.¹³

La política exterior de la administración Liverpool se caracterizaba por una tendencia en favor de los principios conservadores impulsados por el Congreso de Viena. Esta orientación se reflejaba en el rol preponderante que cumplía su ministro de Relaciones Exteriores, lord Castlereagh, en la confección y tramado de algunos de los principales lineamientos políticos de esa organización diplomática. Uno de esos principios, como ya se ha dicho, contemplaba precisamente una marcada oposición a las independencias de las ex colonias españolas en América. Gran Bretaña no favorecía el envío de expediciones europeas para asistir a su recuperación por parte de España, alternativa propiciada por otras naciones europeas, con Rusia a la cabeza, pero tampoco parecía bien dispuesta para promover el reconocimiento de los nuevos estados latinoamericanos.¹⁴

¹¹ Acerca de los contactos de agentes sudamericanos con círculos políticos londinenses durante este período, véase J. Dinwiddy, “Liberal and Benthamite Circles in London 1810-1829”, en J. Lynch (ed.), *Andrés Bello. The London Years*, Londres, 1982, pp. 119-136; M. T. Berrueto de León, *La lucha de Hispanoamérica por su Independencia en Inglaterra 1800-1830*, Madrid, 1989.

¹² Sobre esta crisis, véase especialmente F. Crouzet, “The Impact of the French Wars on the British Economy”, en H. T. Dickinson, *Britain and the French Revolution 1789-1815*, Londres, 1989, pp. 189-209.

¹³ Véase E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* [1963], Harmondsworth, 1974, pp. 734-768.

¹⁴ W. W. Kauffmann, *British Policy and the Independence of Latin America*, pp. 81-126; K. Gallo, *Great Britain and Argentina. From Invasion to Recognition 1806-1826*, Houndmills, 2001, pp. 115-128.

Para algunas consagradas figuras de la cultura popular inglesa de entonces, como es el caso de los poetas románticos lord Byron (que, al igual que una porción significativa de la opinión pública de su país, era un ferviente simpatizante de causas emancipadoras tanto en Sudamérica como en Europa), y Percy Bysshe Shelley, Castlereagh simbolizaba, probablemente más que ningún otro, el espíritu pacato y reaccionario que reinaba en el *establishment* político británico. Shelley le dedicó su poesía “The Mask of Anarchy”, días después de la tragedia de “Peterloo”, en la que sentenciaba:

*I met Murder on the way –
He had a mask like Castlereagh –
Very smooth he looked, yet grim; –
Seven blood-hounds followed him.*

Por su parte, Byron había decidido abandonar su país en 1816, harto de las rígidas pautas políticas, sociales y morales que predominaban.

El gobierno era también resistido por grupos políticos como los *Whigs*, principal facción opositora a los *Tories* dentro del Parlamento, y por los *Radicals*, quienes a pesar de contar con escasos niveles de representación en la Cámara de los Comunes tenían el apoyo de un número importante de personas aún sin derecho para sufragar. En esos años, sin embargo, estos dos grupos políticos no ostentaban índices de apoyo popular lo suficientemente importantes como para hacer tambalear a los *Tories*. Más allá de los esfuerzos de algunos miembros del ala reformista *Whig* y de los *Radicals* por promover la reforma parlamentaria –que apuntaba esencialmente a ensanchar el derecho al sufragio– algunos sectores de la opinión pública inglesa aún desconfiaban de ellos, ya que no olvidaban la simpatía profesada por algunos miembros de estas facciones hacia la Revolución Francesa.¹⁵

Rivadavia tampoco sentía afinidad por el gobierno de lord Liverpool, al que no dudó de calificar de “anti-social” en una carta enviada a Pueyrredón en 1817.¹⁶ Al año siguiente, Rivadavia conoció a Bentham por mediación de Antonio Álvarez Jonte, agente chileno radicado hacía un tiempo en Londres.¹⁷ El estudio de la relación y la comunicación entre estos dos personajes debe hacerse necesariamente a partir de la correspondencia que mantuvieron. Poco se sabe de los temas que trataron en las ocasiones en que se reunieron en la casa de Bentham en Londres, aunque existe una anécdota acerca de uno de sus encuentros, que narra John Bowring:

When Rivadavia, the Buenos minister dined at his [Bentham’s] table, he (a not uncommon trick of foreigners) spat on the carpet. Up rose Bentham, ran into his bedroom, brought out a certain utensil, and placed it at his visitors feet, saying “There sir, there – spit there”.¹⁸

Por aquel entonces, Bentham seguía de cerca la situación de las antiguas colonias españolas en América. Había trabado amistad con numerosos diplomáticos y comerciantes sudamerica-

¹⁵ Véase H. T. Dickinson, “Popular Conservatism and Militant Loyalism 1789-1815”, en H. T. Dickinson (ed.), *Britain and the French Revolution*, pp. 103-125.

¹⁶ B. Rivadavia a J. M. de Pueyrredón, 22 de marzo de 1817. Carta publicada en *Comisión de Bernardino Rivadavia ante España y otras potencias de Europa (1814-1820)*, 2 vols., Buenos Aires, 1933-1936, vol. 1, p. 178.

¹⁷ M. Williford, *Jeremy Bentham on Spanish America*, cit., p. 20.

¹⁸ Citado en J. Bowring, *Works of Jeremy Bentham*, cit., vol. X, p. 566.

nos e incluso había escrito acerca de lo impracticable y perjudicial que resultaría para España mantener las colonias americanas que aún poseía, y –lo que para él sería más incomprensible aún– intentar recuperar las que ya se habían emancipado.¹⁹

Por otro lado, textos de Bentham como *Tratado de Legislación*, publicado en 1802, y *Tácticas de las Asambleas Legislativas*, de 1817 –en sus versiones francesas, traducidas del inglés y editadas por el publicista ginebrino Etienne Dumont–, se habían difundido en algunos círculos políticos y literarios en Sudamérica, y es probable que para aquel entonces más de un publicista o político rioplatense hubiese entrado en contacto con alguno de esos trabajos. Ciertamente, en estos años el filósofo inglés disfrutaba de considerable nivel de prestigio en Latinoamérica, a tal punto que en 1824 el afamado escritor inglés William Hazlitt sostenía irónicamente que a Bentham se lo conocía más en las minas de México y Chile que en la propia Gran Bretaña.²⁰

Según John Dinwiddy, el radicalismo político de Bentham se fue afianzando en los años 1809-1810, período en el cual comenzó a elaborar una serie de escritos en favor de la reforma parlamentaria.²¹ A partir de entonces, Bentham abogó cada vez con mayor insistencia en favor del sistema republicano de gobierno, el cual debía consistir de una estructura unicameral democráticamente elegida, en detrimento de sistemas monárquicos o aristocráticos que, según su opinión, atentaban contra los intereses de las mayorías.²² Este afianzamiento de su postura republicana lo ubicaba, dentro del espectro político inglés, cada vez más cerca de los *Radicals* que de los *Whigs* o de los *Tories*, ya que estas dos últimas facciones, pese a que mantenían relevantes diferencias ideológicas sobre algunos temas concretos, coincidían en defender el modelo monárquico-constitucional. Cabe aclarar, sin embargo, que el radicalismo del filósofo inglés estaba más en sintonía con la vertiente más moderada de esa facción. El principal referente de este grupo era Francis Place, el notorio *Radical* pionero del movimiento cartista y dueño de una sastrería ubicada en Charing Cross Road, debajo de la cual se hallaba la librería que se había convertido en uno de los principales puntos de reunión de algunos de los más renombrados reformistas ingleses, justamente durante los años de la estadía de Rivadavia en Londres.

Para entonces, Place ya se estaba distanciando de aquellos *Radicals* con inclinaciones más extremistas, como era el caso de los publicistas Henry Hunt y William Cobbett. Place desconfiaba cada vez más de los actos de violencia política en la vía pública, el llamado “London rabble”, que propiciaban algunos referentes *Radicals*, y estaba cada vez más en favor de la idea de una alianza entre artesanos y reformistas provenientes de la clase media comercial. Creía que Cobbett era demasiado “ignorante” para comprender la necesidad de promover una alianza de este tipo entre el pueblo y la burguesía. Estas disputas entre los principales referentes del radicalismo británico acerca de cuál debía ser el *modus operandi* de su facción –ex-

¹⁹ Los dos artículos más importantes escritos por Bentham acerca de España y sus colonias americanas fueron titulados “Emancipation Spanish” y “Rid yourself of Ultramaría”, que fueron publicados durante el transcurso del año 1820. Para más detalles acerca de este tema, véanse M. Williford, *Jeremy Bentham on Spanish America*, pp. 44-68; C. Rodríguez Braun, *La cuestión colonial y la economía clásica. De Adam Smith y Jeremy Bentham a Karl Marx*, Madrid, 1989, pp. 109-129; J. Harris, “An English Utilitarian looks at Spanish-American Independence: Jeremy Bentham’s *Rid Yourselves of Ultramaría*”, publicado en *The Americas*, 53:2, octubre de 1996, pp. 217-233.

²⁰ J. Dinwiddy, “Bentham and the Early Nineteenth Century”, cit., p. 294.

²¹ J. Dinwiddy, *Bentham*, Oxford, 1989, p. 12.

²² *Ibid.*, p. 81.

haustivamente analizada por E. P. Thompson en su clásico estudio sobre los orígenes de la clase trabajadora en Inglaterra— se profundizarían en el transcurso de los años siguientes.²³

Place se fue acercando cada vez más a *Whigs* reformistas como Henry Brougham, influido a su vez por ciertas ideas de Bentham, particularmente las referidas a sus propuestas de reformas en el sistema judicial. A pesar de las reiteradas críticas de Bentham hacia los *Whigs*, esto no impedía que Brougham acudiera asiduamente al reducto de dicho filósofo.²⁴ Brougham también asistía con frecuencia a Holland House y escribía regularmente en la *Edinburgh Review*, que se transformaría en el principal órgano de difusión de las ideas *Whig* y liberales. Otros colaboradores de esa publicación no sentían la misma simpatía hacia el utilitarismo, y no reparaban en catalogar a James Mill como “jacobino” o en criticar a Bentham por sostener que sus ideas carecían de sentido común.²⁵

Esta visión acerca de los principales referentes del Utilitarismo era compartida por algunos otros concurrentes asiduos a ese bastión de la “inteligencia *Whig*” que fue Holland House. A diferencia de Bentham, el anfitrión de la célebre casa, lord Holland, no era proclive a invitar a agentes sudamericanos, aunque sí a liberales españoles exiliados en Londres, como José María Blanco White, editor del diario *El Español*, que seguía muy de cerca las vicisitudes políticas en los países sudamericanos. Este hombre se había vinculado en la capital inglesa con varios agentes sudamericanos, especialmente con Andrés Bello. Sin embargo, el venezolano sólo tuvo contactos muy tenues con Holland House.²⁶

Varios miembros de Holland House tenían vínculos estrechos con liberales españoles como Gaspar de Jovellanos, entre otros.²⁷ La posición que tomaban con respecto a la causa emancipadora americana era por demás cauta, y a lo sumo profesaban una simpatía moderada, ya que esencialmente desconfiaban de los experimentos republicanos puestos en marcha allí. El mismo Blanco White le transmitía a lord Holland, en una carta que le envió en 1819, sus serias dudas acerca de la capacidad de los sudamericanos para gobernarse a sí mismos.²⁸ Como ya se ha mencionado, la mayoría de los miembros de este círculo se inclinaba por la adopción del sistema monárquico constitucional por parte de los países sudamericanos, alternativa apoyada por Andrés Bello.²⁹ No hay evidencias de posibles contactos en Londres entre Rivadavia y Bello, ni tampoco entre Rivadavia y Blanco White, y es más que probable que dada la escasa disposición de Holland House a recibir agentes sudamericanos, el rioplatense no haya tenido oportunidad de frecuentar ese círculo. Sin embargo, Rivadavia había vertido palabras de elogio hacia Brougham.³⁰ Estos elogios del rioplatense no derivaban, sin embar-

²³ E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, cit.; J. Stevenson, “Popular Radicalism and Popular Protest 1789-1815”, en H. T. Dickinson, *Britain and the French Revolution*, cit., pp. 80-81; acerca del radicalismo británico de comienzos del siglo XIX véase también M. Philp (ed.), *The French Revolution and British Popular Politics*, Cambridge, 1991.

²⁴ J. Dinwiddy, *Bentham*, cit., p. 17; R. Stewart, *Henry Brougham. His Public Career 1778-1868*, Londres, pp. 88-89.

²⁵ B. M. Fontana, *Rethinking the Politics of Commercial Society. The Edinburgh Review 1802-1832*, Cambridge, 1985, pp. 92-93.

²⁶ J. Dinwiddy, “Liberal and Benthamite circles”; L. Mitchell, *Holland House*, Londres, 1980; I. Jaksic, “Bridges to Hispania: Andrés Bello and José María Blanco White”, en C. Malamud (ed.), *La influencia española y británica*, cit., pp. 63-70; M. Murphy, *Blanco White. Self banished Spaniard*, New Haven, 1989, p. 98.

²⁷ L. Mitchell, *Holland House*, cit., pp. 217-239.

²⁸ J. Dinwiddy, “Liberal and Benthamite Circles”, cit., p. 130.

²⁹ *Ibid.*, p. 131; I. Jaksic, “Bridges to Hispania”, cit., p. 71.

³⁰ B. Rivadavia a J. M. de Pueyrredón, 22 de marzo de 1817, publicada en *Comisión de Bernardino Rivadavia*, vol. 1, p. 204.

go, de su admiración por los ideales políticos del reformista inglés, sino que se alimentaban de las críticas que Brougham había dirigido al gobierno de Liverpool por el apoyo de éste a Fernando VII, en sesiones parlamentarias llevadas a cabo durante el transcurso de los años 1816 y 1817, y por su simpatía manifiesta hacia la causa de la emancipación sudamericana.³¹

Resulta por demás sugerente que a comienzos de 1820, al enterarse por William Lawrence, un amigo en común, de las negociaciones entre Pueyrredón, Rivadavia y diversos príncipes europeos, que surgían como posibles candidatos para ocupar el trono de una eventual monarquía rioplatense, Bentham haya decidido escribirle una carta en tono enérgico a Rivadavia en Francia, advirtiéndole sobre los males que provocaría la puesta en práctica de esa idea:

You wish for a king for Buenos Ayres and Chili: so, at least, I understand from our friend Lawrence. If so, much good may it do you. But how much better would you be with a king than the Anglo-Americans without one? The Spaniards have a reason, such as it is, for having a king. But you have not that reason – nor ever had.³²

Al poco tiempo, Rivadavia finalmente desechó por completo la alternativa monárquica, con lo cual se podría concluir que, en buena medida, Bentham y sus ideas utilitarias tuvieron un efecto decisivo para reorientar en dirección del republicanismo al futuro presidente argentino.

Un ideario reformista con el sufragio universal como punto de partida

Al poco tiempo de regresar a su tierra natal, más concretamente a mediados de 1821, Rivadavia fue elegido ministro de Gobierno en el gobierno bonaerense del general Martín Rodríguez. Para entonces, la situación política en el Río de La Plata daba la sensación de estar distendiéndose lentamente tras el delicado período conocido como “la anarquía del año ‘20”;

las provincias de la región del litoral habían impuesto a Buenos Aires la descentralización del sistema político y la consecuente creación de una estructura confederada dio lugar al surgimiento de gobiernos provinciales autónomos.

Rodríguez, que había asumido la gobernación de Buenos Aires en los últimos meses de 1820, partió al poco tiempo a la frontera bonaerense para combatir los embates indígenas en la zona sur de esa región. Las reiteradas expediciones que encabezó el jefe del Ejecutivo a ese escenario durante buena parte de su gobierno motivaron que, en la práctica, quedaran al frente del gobierno Rivadavia y Manuel José García, el ministro de Hacienda. A partir de la segunda mitad de 1821, estos dos hombres comenzaron a diseñar una serie de reformas modernizadoras tendientes a reforzar la incipiente y endeble estructura republicana de una sociedad que, según la visión de una parte de la élite porteña, no había logrado liberarse aún de algunos remanentes anacrónicos e irritantes de su reciente pasado colonial.

³¹ J. Lynch, “Great Britain and Spanish American Independence 1810-1830”, en J. Lynch (ed.), *Andrés Bello*, cit., pp. 15-16.

³² J. Bentham a B. Rivadavia, 9 de marzo y 30 de abril de 1820. Carta reproducida en J. Bowring, *The Works of Jeremy Bentham*, vol. x, pp. 513-514 y en P. Schwartz, *The Foreign Correspondence of Jeremy Bentham*, Madrid, 1979, pp. 137-138.

Una de estas primeras reformas dictadas por aquel gobierno fue la Ley de Sufragio del 14 de agosto de 1821. En ella se establecía la universalidad del voto masculino, que se introducía, como sostiene Marcela Ternavasio, “bajo la fuerte noción de que su aplicación traería disciplina y orden en un espacio altamente movilizado luego de la guerra de independencia”.³³ Según Tulio Halperin Donghi, la ampliación del sufragio significó “la vuelta de una caja de resonancia popular” que, al igual que durante los primeros momentos de la revolución de Mayo, “había dado una dimensión nueva al equilibrio del poder dentro de la élite”. De todas maneras, según este autor, el poder seguiría dependiendo de las decisiones políticas de un grupo reducido.³⁴

La ley electoral establecía una pequeña distinción entre los llamados votantes “activos” –“todo hombre libre, natural del país o vecinado en él, desde la edad de 20 años, o antes si fuera emancipado”– y los “pasivos” –“todo ciudadano mayor de 25 años, que posea alguna propiedad inmueble o industrial”–.³⁵ Existían también otras distinciones, como por ejemplo la cláusula por la cual se asignaban a la junta de representantes bonaerense doce representantes para la ciudad de Buenos Aires y once para la provincia, creando, como sostiene José Carlos Chiaramonte, una suerte de distinción jerárquica entre la esfera urbana y la rural.³⁶

Las características eminentemente democráticas de esta reforma fueron supuestamente producto de la inspiración de Rivadavia, y, más allá de sus ya mencionadas distinciones, reflejan claramente la orientación radical del gobierno en materia política. Esta tendencia se advierte sobre todo si se toma como parámetro la postura de las más representativas vertientes del liberalismo europeo con respecto al tema del sufragio, durante ese período.³⁷ Precisamente sobre este tema, Esteban Echeverría escribía en 1846 que “el vicio radical del sistema unitario, el que minó por el cimiento su edificio social, fue esa ley de elecciones: el sufragio universal”, en su muy crítica reflexión acerca de la aplicación de esta ley electoral.³⁸

Es sabido que Bentham sostenía que solamente a través del sistema democrático de gobierno se podía evitar que un individuo antepusiera sus intereses personales por sobre los intereses de los demás. Argumentaba también en su *Constitutional Code* –que había comenzado a redactar en 1820– en favor de un sistema de gobierno republicano y unicameral que se centrara en una legislatura elegida democráticamente; por su parte, los miembros del Poder Judicial y las autoridades administrativas debían ser, según él, elegidos por los legisladores. Bentham

³³ M. Ternavasio, “Nuevo régimen representativo y expansión de la frontera política. Las elecciones en el Estado de Buenos Aires: 1820-1840”, en A. Annino (coord.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica, Siglo XIX*, México, 1995, p. 68.

³⁴ T. Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina*, Buenos Aires, 1972, pp. 381-382.

³⁵ *Ibid.*, p. 379.

³⁶ J. C. Chiaramonte, “Acerca del origen del Estado en el Río de la Plata”, publicado en el Anuario del *IEHS*, Tandil, 1995, pp. 36-37. El autor sostiene, además, que la falta de una constitución en la gobernación de Buenos Aires enfatizaba aún más esta tendencia gradualista.

³⁷ Me refiero particularmente a la idea más gradualista y censitaria de facciones como los *Whigs* en Gran Bretaña y los *Doctrinaires* en Francia para el mismo período. Sobre este tema en particular, véase el clásico trabajo de E. Halévy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, Londres, 1928. También K. Gallo, “Reformismo radical o liberal. La política rivadaviana en una era de conservadurismo europeo. 1815-1830”, publicado en *Investigaciones y ensayos*, No. 49, 1999.

³⁸ Esta cita se encuentra en “Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837”, en Esteban Echeverría, *Antología de prosa y verso*, Buenos Aires, 1981, p. 297.

se oponía categóricamente a la creación de una segunda cámara, ya que sostenía que si ésta no era elegida democráticamente no tendría justificación alguna para bloquear la voluntad de la otra, que sí era elegida por voto popular.³⁹ Enfatizaba también, como lo venían haciendo en los últimos años los reformistas radicales británicos, que la base del sistema debía residir en cuatro medidas claves: voto secreto, sufragio masculino, equidad de los distritos electorales y elecciones anuales.⁴⁰

Como se podrá observar, la ley electoral de Buenos Aires de 1821 no cumplía con el requisito estipulado por Bentham en cuanto a la equidad del sufragio entre los distritos electorales, ni tampoco con el referido al voto secreto, al que Bentham le asignaba una importancia fundamental por considerar que sin su cumplimiento, las demás medidas reformistas podían perder toda validez. Sin embargo, la inclusión en dicha ley del sufragio universal masculino y del voto directo para la elección de legisladores estaría claramente en consonancia con las ideas sostenidas por el filósofo inglés con respecto a este tema.⁴¹

No existen claras evidencias de que la ley de sufragio universal impulsada por Rivadavia haya sido consecuencia directa de las ideas de Bentham. En su exhaustivo estudio sobre el sufragio en Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX, Ternavasio sostiene que la ley de sufragio impulsada por el gobierno de Rodríguez no obedecía necesariamente a motivaciones ideológicas tendientes a instaurar un régimen democrático, sino que más bien se introdujo este sistema de voto por cuestiones pragmáticas; la ausencia de menciones explícitas a Bentham, con referencia a esta ley concreta, por parte de Rivadavia u otros miembros de su entorno dan sustento a esta afirmación.⁴² De todas maneras, no parece descabellado dar algún margen a la posibilidad de que la emergencia de la ley de sufragio universal en Buenos Aires haya sido consecuencia del contacto establecido poco antes por Rivadavia con Bentham. Precisamente durante esos años el filósofo inglés acentuaba en sus escritos su postura en favor de ese tipo de sistema electoral, cuya práctica no era la más usual en esos tiempos.

Aboliendo lo arcaico: erradicación del Cabildo y de las corridas de toros

En afán de ir desterrando tradiciones consideradas ahora obsoletas por la nueva élite dirigente porteña, se procedió por ejemplo a suprimir el Cabildo de Buenos Aires. Su presencia era vista como un estorbo innecesario, especialmente luego de haberse conformado una nueva asamblea de representantes provincial, razón por la cual se había decidido erigir un nuevo edificio. Como sostiene Chiaramonte, el Cabildo aparecía como una institución anacrónica luego de las reformas legislativas y jurídicas promovidas por el gobierno de Buenos Aires.⁴³ Tal como queda reflejado en las palabras de Julián Segundo de Agüero, la abolición del Cabildo respondía a la urgencia de poner fin al “germen de los males que se quieren remediar”, lo que prueba, como ha señalado Ternavasio recientemente, que la abolición del Cabildo fue produc-

³⁹ J. Dinwiddy, *Bentham*, cit., p. 81.

⁴⁰ E. Halévy, *The Growth of Philosophic radicalism*, cit., p. 259; J. Dinwiddy, *op. cit.*, p. 82.

⁴¹ J. Dinwiddy, *op. cit.*, p. 82.

⁴² M. Ternavasio, “Nuevo régimen representativo”, cit., p. 92.

⁴³ J. C. Chiaramonte, “Vieja y nueva representación: Buenos Aires 1810-1820”, publicado en A. Annino (comp.), *Historia de las elecciones...*, cit., p. 62.

to de la necesidad del llamado “Partido del Orden” de erradicar el fantasma de las asambleas y de los cabildos abiertos, que se tendía a relacionar cada vez más con el caos político que había predominado durante buena parte de la década anterior.⁴⁴

Como destaca Fernando Aliata, el diseño arquitectónico de la nueva sala obedecía a las normas de funcionamiento dispuestas para la legislatura de Buenos Aires que estaban contenidas en el *Reglamento y policía de la Sala de Representantes* elaborado por miembros de la élite porteña; éste no era más que un plagio de la *Táctica de las Asambleas Legislativas* de Bentham, como el mismo Rivadavia se encargaría de transmitirle en una carta que le envió en 1822.⁴⁵ El filósofo inglés establecía allí que para que se pudieran encauzar eficazmente y “sin trampas” los debates en una asamblea, la aplicación de ciertas normas arquitectónicas específicas resultaría esencial.⁴⁶

En las descripciones hechas por algunos diarios locales respecto de las características de la recién estrenada sala de la legislatura porteña, se destacaban las similitudes de aquélla con el modelo de asamblea trazado por Bentham en su *Táctica*.⁴⁷ Asimismo, algunos residentes ingleses en Buenos Aires se sorprendían por el funcionamiento armónico que observaban en la asamblea, tales los casos del primer cónsul británico en el Río de La Plata, Woodbine Parish, y del autor anónimo conocido por su obra como *Un Inglés*, que destacaba el hecho de que los oradores de la sala permanecían sentados “de tal modo que no tienen oportunidad de lucirse”.⁴⁸

Casi dos años después de haberse inaugurado la Sala de Representantes de Buenos Aires, Rivadavia le enviaba al filósofo inglés, en la carta mencionada arriba, una copia del reglamento de la misma. Al recibirla, Bentham procedió, a su vez, a mandársela a los revolucionarios griegos como modelo legislativo a seguir:

Legislators! Annexed is a present which I take the liberty to offer you. It is not merely what a work of my making would have been –a simple project and nothing more; it is a regulation, which already, during three years, has directed all the proceedings of a legislative assembly. This assembly is that of the Republic of Buenos Aires, in South America. The copy, for which I beg the honour of your acceptance, is probably the only one that now exists. The date, as you see, is wanting. It was sent to me by its author, Bernardino Rivadavia, in a letter dated 26 of August 1822, and which, by some means, did not reach my hands until the 5th April 1824.

Más adelante agregaba, con cierto desparpajo, con relación al “inestimable” documento:

⁴⁴ M. Ternavasio, “La supresión del Cabildo de Buenos Aires: ¿crónica de una muerte anunciada?”; publicado en el *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, No. 21, 2000, pp. 69-70.

⁴⁵ F. Aliata, “El Teatro de la Opinión”, cit.; B. Rivadavia a J. Bentham, 26 de agosto de 1822, British Library, Additional Manuscripts, 33545; carta escrita en francés y traducida al español por R. Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, cit., t. 2, pp. 442-443.

⁴⁶ Acerca de este tema, véase F. Aliata, “El Teatro de la Opinión”, cit., pp. 11-12; También, J. Dinwiddy, “Bentham and the Early Nineteenth Century”, en J. Dinwiddy (ed.), *Radicalism and Reform in Britain, 1780-1850*, Londres, 1992, p. 304.

⁴⁷ Al respecto, Bentham afirmaba que la sala debía tener “una forma circular con corta diferencia; algunas gradas que se eleven en anfiteatro; el asiento del presidente colocado del modo que él vea toda la asamblea...”, en F. Aliata, “El Teatro de la Opinión”, cit., p. 12.

⁴⁸ Woodbine Parish a George Canning, 12 de mayo de 1824, Public Records Office, Foreign Office Papers 6; Un Inglés, *Cinco Años en Buenos Aires. 1820-1825*, Buenos Aires, 1986, p. 23.

Legislators! I send you these regulations [Reglamento de la Asamblea de Buenos Aires], and I have not even read them. This is the reason: There was no immediate motive for my doing so, and I have contended myself with causing an English translation to be made which I retain.

Por lo visto, Bentham creía ciegamente en el reglamento legislativo porteño que le envió Rivadavia, quien, como ya mencionamos, le había aclarado que estaba enteramente basado en su obra *Tácticas políticas*. No deja de asombrar, sin embargo, el alto grado de confianza que Bentham depositaba en el texto legislativo ideado por Rivadavia y, como se verá más adelante, en todas sus demás medidas de gobierno.⁴⁹ Luego de transcribir la citada carta en las obras completas de Bentham, Bowring concluía que, de todos los representantes sudamericanos que había contactado Bentham, Rivadavia era el que mayor consideración le merecía.⁵⁰

En consonancia con la tendencia de ir suprimiendo modalidades anacrónicas y de poca utilidad para la sociedad, encontramos, a principios de enero de 1822, al gobierno de Buenos Aires prohibiendo las corridas de toro en la ciudad por considerarlas excesivamente sanguinarias. Algunos conspicuos publicistas del nuevo régimen, como el caso de Ignacio Núñez por ejemplo, veían en este deporte una rémora de tradiciones españolas que era deseable erradicar del nuevo contexto cultural rioplatense, a lo que agregaba, en tono despectivo, que ese espectáculo se realizaba, por ese entonces, únicamente en España.⁵¹

El desdén manifestado por algunos ministros y publicistas bonaerenses hacia ciertas tradiciones políticas y culturales del pasado colonial hispánico parecía estar en sintonía con aquellas máximas del utilitarismo, elaboradas a partir de una clave teórica desprovista de nociones iusnaturalistas, que suponían que la elaboración de leyes debía conducir indefectiblemente a la promoción del mayor bienestar para la mayor cantidad de individuos en una sociedad. En términos prácticos, según Bentham, este objetivo sólo podía lograrse a partir de la erradicación de las leyes obsoletas que atentaran seriamente contra la armonía y el bienestar social de la comunidad. En su lugar debían dictarse leyes de mayor utilidad general que permitieran a las sociedades ir, como afirmaba Mitre, “emancipándose del formalismo y las trabas de la rutina” y de un “bagaje inútil”, que, a su vez, contribuirían a crear hábitos y costumbres más acordes con los de una sociedad que buscaba promover mayor igualdad y progreso a partir de la consolidación del sistema republicano de gobierno.

Educación, religión y opinión pública

Otras reformas promovidas por Rivadavia que podrían sugerir la presencia de una cierta influencia utilitarista son las que se llevaron a cabo en las áreas de la religión y la educación. También se percibe esta influencia en los visibles esfuerzos realizados por miembros del gobierno y algunos publicistas ligados al mismo por promover un mayor espacio para la difusión de las ideas y de la cultura en general. En este sentido, la introducción de la Ley de Prensa, dictada por el

⁴⁹ J. Bentham a la Asamblea Legislativa de Grecia, 21 de septiembre de 1824; en J. Bowring, *Works of Jeremy Bentham*, vol. IV, pp. 584-585.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 500.

⁵¹ J. Myers, “Una revolución en las costumbres: Las nuevas formas de sociabilidad de la élite porteña, 1800-1860”, publicado en F. Devoto y M. Madero (eds.), *Historia de la vida privada en Argentina. País antiguo. De la Colonia a 1870*, Buenos Aires, 1999, p. 125; R. Prestigiacomo y F. Uccello, *La pequeña aldea. Vida cotidiana en Buenos Aires 1800-1860*, Buenos Aires, 1999, p. 52.

gobierno de Buenos Aires en 1822, dio lugar a la aparición de un mayor número de diarios y publicaciones, lo que reflejaba un afán por ampliar el espectro de la opinión pública.⁵²

La reforma eclesiástica ocuparía un lugar prominente en el itinerario reformista de Rivadavia, y apuntaba esencialmente a promover una mayor secularización de la Iglesia. Este objetivo cuadraba plenamente con el latiguillo de raigambre neoclásica, al que hacían alusión frecuente algunos de los más conspicuos integrantes del entorno rivadaviano, que exhortaba a “estar a la altura de las luces del siglo”, y en el que estaba implícita la firme voluntad de este grupo de constreñir a la iglesia a sus funciones específicas. Esto quedaría reflejado en ciertas restricciones impuestas a la iglesia católica por el gobierno de Buenos Aires, como fueron la supresión de casi todas las órdenes religiosas, la Ley de Reforma del Clero de Noviembre de 1822, que entre otras cosas establecía la abolición de los tributos eclesiásticos, y la introducción de una ley, dos años más tarde, que garantizaba la libertad de cultos.

En su estudio crítico de las políticas religiosas de Rivadavia, Guillermo Gallardo sostenía que tenía una visión utilitaria de la religión, a la que consideraba indispensable para el ordenamiento de un Estado, siempre y cuando estuviera sujeta a los principios del gobierno del país.⁵³ Bushnell, por su parte, afirmó que las medidas adoptadas por Rivadavia en esta área representaban el principal “paquete” de reformas de su gobierno, y que fueron llevadas adelante con un mayor grado de atrevimiento que en otros países latinoamericanos.⁵⁴ Agregaba también este autor que las reformas religiosas aplicadas en Buenos Aires y otros puntos de Latinoamérica durante ese período obedecían esencialmente a la inconsistencia de los gobernantes liberales de esas regiones, que creían en la necesidad de restringir las libertades de la iglesia como institución para poder promover mayor libertad al mayor número.⁵⁵

Según Halévy, tanto Bentham como su discípulo James Mill sostenían que el vínculo de los humanos con Dios era como el del oprimido con su opresor, y trasladaban bastante confusamente esta relación de desigualdad al análisis de la vida política de su país.⁵⁶ Dinwiddy sostiene que Bentham era fundamentalmente antirreligioso, en parte porque creía que la religión había demostrado ser nociva para la felicidad humana, y también porque era básicamente un empirista que no creía en la existencia de Dios.⁵⁷

Como afirma Roberto Di Stefano, la reforma eclesiástica propiciada por los rivadavianos fue una suerte de “experimento” que se dio en Buenos Aires y no en otras regiones del territorio argentino, salvo más adelante en Cuyo, debido sobre todo a la estrecha vinculación que mantenía la ciudad portuaria con el continente europeo por esos años. Prueba de ello es, por ejemplo, el aumento en la circulación y difusión de las obras de pensadores reformistas europeos, fácilmente apreciable cuando se observa cuáles eran los temas que se debatían en las tertulias de los cafés y de diversos círculos políticos y literarios de la Buenos Aires de entonces.⁵⁸

⁵² Acerca de la libertad de prensa en las primeras décadas posrevolucionarias en el Río de La Plata, véase N. Goldman, “Libertad de imprenta, opinión pública, y debate constitucional en el Río de La Plata”, publicado en *Prismas, Revista de historia intelectual*, No. 4, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2000.

⁵³ G. Gallardo, *La política religiosa de Rivadavia*, cit., p. 228.

⁵⁴ D. Bushnell, *Reform and Reaction*, cit., p. 30.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 26.

⁵⁶ E. Halévy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, cit., p. 294.

⁵⁷ J. Dinwiddy, “Bentham and the early nineteenth century”, cit., pp. 298-299.

⁵⁸ R. Di Stefano y L. Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, 2000, p. 209.

Este afán del gobierno de Buenos Aires por ir estableciendo pautas más laicistas en la sociedad porteña estaría en definitiva vinculado con la necesidad de crear también innovaciones en el área educativa. La educación, según Bentham, era un medio indispensable para instrumentar la conversión de la nación a una moralidad de tipo utilitaria. Sostenía también que el llamado método lancasteriano, basado en un sistema de enseñanza a través de los alumnos más avanzados –llamados monitores– supervisados por preceptores, era el ideal para lograr ese fin.⁵⁹ En 1822 Rivadavia introdujo ese sistema como obligatorio en los colegios públicos y privados de Buenos Aires, lo cual provocó una reacción de los docentes por considerar que la efectividad de un sistema que otorgaba tanta responsabilidad a preceptores no había sido comprobada aún, y que, además, representaba una sobrecarga de trabajo.⁶⁰ Al poco tiempo, como para ratificar plenamente su confianza en dicho sistema educativo, Rivadavia envió a dos de sus hijos al Hazelewood School, un colegio experimental basado en el método lancasteriano cerca de Birmingham en Gran Bretaña, a principios de la década de 1820.⁶¹

La creación de la Universidad de Buenos Aires se produjo a fines de 1821 y el cuerpo docente de la misma fue nombrado en febrero del año siguiente. El profesor nominado para la cátedra de Derecho Civil fue Pedro Somellera, quien según Juan María Gutiérrez enseñó allí “con tanta claridad y maestría las ideas de Jeremías Bentham en materia de legislación, que la Universidad de la Paz y el Colegio del Cuzco, siguiendo el ejemplo de Buenos Aires, adoptaron dicho curso por texto de enseñanza para sus aulas de Derecho Civil”. Un texto de las referidas clases fue publicado en Buenos Aires en 1824 con el título de *Principios de Derecho Civil*, respecto del cual Gutiérrez sostiene que su aparición significó “la introducción de las ideas de este célebre reformador [Bentham] en la Universidad de Buenos Aires”.⁶² En la ya citada carta de 1822, Rivadavia le informaba a Bentham que fue a instancia suya que dicha cátedra fue creada.⁶³ Asimismo, en su estudio sobre la influencia ejercida por el filósofo inglés durante el siglo XIX en diversos continentes, Dinwiddy corroboraba también la idea de que el texto de Somellera estaba enteramente basado en el *Traité de Legislation* de Bentham.⁶⁴

Sin embargo, no sería posible percibir el mismo grado de influencia benthamiana en la cátedra de filosofía de la mencionada universidad porteña, a cargo del controvertido clérigo Juan Manuel Fernández de Agüero. En 1824 este profesor sería removido de su cargo académico por el rector de la universidad, el también clérigo Antonio Sáenz, quien consideraba que las enseñanzas impartidas por Fernández de Agüero se correspondían con “las doctrinas impías y contrarias a la Religión Santa del estado que enseña”.⁶⁵ Sin embargo, al poco tiempo el

⁵⁹ E. Halévy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, cit., p. 282. Este novedoso método de enseñanza fue introducido por los profesores británicos Andrew Bell y Joseph Lancaster a principios del siglo XIX, y fue diseñado para difundir la enseñanza entre los sectores sociales más bajos a un costo mínimo. El sistema fue adoptado en muy poco tiempo por varios países de Sudamérica, y, además de Rivadavia, algunos otros renombrados hombres de Estado de dicho continente decidieron enviar a sus hijos a Inglaterra a establecimientos educacionales que seguían este método.

⁶⁰ Sobre este tema en particular, y el desarrollo de la educación en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX, véase C. Newland, *Buenos Aires no es Pampa: la educación elemental porteña 1820-1860*, Buenos Aires, 1992, pp. 82-99.

⁶¹ M. Williford, *Jeremy Bentham on Spanish America*, cit., p. 103.

⁶² J. M. Gutiérrez, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. 1868*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 417 y 546.

⁶³ B. Rivadavia a J. Bentham, 26 de agosto de 1822, BL, Add. Mss. 33545.

⁶⁴ J. Dinwiddy, “Bentham and the Early Nineteenth Century”, cit., pp. 302-303.

⁶⁵ J. M. Fernández de Agüero, *Principios de ideología elemental, abstractiva y oratoria*, Buenos Aires, 1940, prólogo, pp. 28 y 29; J. M. Gutiérrez, *Noticias históricas*, cit., p. 103.

gobierno bonaerense restituyó a Fernández de Agüero en su cátedra. La influencia filosófica que más se percibe en los cursos dictados en esa materia era fundamentalmente la del *Ideologue* francés Destutt de Tracy, con quien Rivadavia había trabado amistad en París durante su gestión diplomática, autor muy frecuentemente aludido en el texto del curso de Fernández de Agüero. Mas allá de ciertas coincidencias de la citada corriente filosófica francesa con el utilitarismo, en dicho texto no se hacía mención a esta última doctrina ni tampoco a Bentham.⁶⁶

Los esfuerzos del gobierno de Buenos Aires por generar una mayor amplitud del espacio público estaban en consonancia con las ideas que sostenía Bentham acerca del rol fundamental que debía jugar la opinión pública en una sociedad. En su *Constitutional Code*, concebía a la opinión pública como un cuerpo judicial informal, al que refería como “*public opinion tribunal*”, el cual, a los efectos de lograr significativa trascendencia dentro de la esfera social y política, iría configurándose esencialmente a través de la organización de reuniones públicas y por la efectiva difusión de variados medios de prensa; por lo tanto, sostenía que era indispensable la existencia de regulaciones que permitieran promover los diversos procedimientos legislativos, jurídicos y administrativos del Estado.⁶⁷

En su muy sugerente artículo sobre el rol de los publicistas rivadavianos durante la Feliz Experiencia, Jorge Myers sostiene que fue el mismo Estado bonaerense el que procuró de manera muy consciente, en una sociedad carente de prácticas de sociabilidad e instituciones, generar a través de la publicidad hábitos y costumbres acordes con el ideal republicano.⁶⁸ El tenaz despliegue llevado a cabo por llamados “escritores públicos” como Ignacio Núñez y Juan Cruz Varela, editores de algunos de los principales diarios porteños, para ir moldeando un ideario republicano a partir de la expansión de la opinión pública, parecía corresponderse con cierta lógica utilitarista. Esta necesidad de publicitar, especialmente a través de la prensa, cuanta medida o acuerdo era rubricado por el gobierno, no dejó de llamar la atención del recién llegado cónsul inglés Woodbine Parish. Visiblemente alarmado, informaba a George Canning, el ministro de Relaciones Exteriores británico, acerca de lo que consideraba una inapropiada decisión de Rivadavia de informar a sus ciudadanos, a través del diario *El Argos*, sobre la marcha de las negociaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y el Río de La Plata:

I did not hesitate to express to M. Rivadavia my feelings upon this subject and how much I regretted that he should have given publicity in such manner to such a document, and how much inconvenience might be occasioned if all the communications we were to hold in future were to be so abruptly laid upon to the general observation, that I had only to hope it would not be productive in this instance of inconvenience, and that on any other occasion he would at least, have the goodness to apprise me of any similar intentions.⁶⁹

Más allá de las disculpas expresadas por Rivadavia al emisario diplomático inglés, el ministro rioplatense sentía la necesidad de aclararle la significación especial que atribuía a esta modalidad:

⁶⁶ J. M. Fernández de Agüero, *op. cit.*

⁶⁷ J. Dinwiddy, *Bentham*, cit., p. 83.

⁶⁸ J. Myers, “La cultura literaria del período rivadaviano”, cit., pp. 44-45.

⁶⁹ W. Parish a G. Canning, 7 April 1824. P.R.O., F.O.6/3.

M. Rivadavia expressed his regret that he had taken any step which I could think might possibly lead to inconvenience, but pleaded the general custom of this government to send to the newspaper any documents of general importance, and that it was impossible for him to lay before the public one of greater interest than this.⁷⁰

Este ejemplo es señal evidente de la intención del gobierno de involucrar y hacer partícipe a la población porteña de las más importantes tomas de decisión, con la esperanza de poder generar, al hacer públicas estas cuestiones, un sostenido consenso de tales medidas. Esa tendencia publicitaria promovida por el gobierno de Martín Rodríguez fue dando lugar a lo que Myers llama “cultura literaria rivadaviana”, que, por apuntar principalmente a lo político y social, paradójicamente no tendría mucho de literario, más allá de la difusión de poesías de Varela, cuya temática, visible en obras como *Dido, oda a la libertad de la prensa*, *Corona de Mayo*, entre otras, aludía en especial a las epopeyas patrióticas y a la exaltación de las virtudes ciudadanas. Sin embargo, no se percibía en la literatura rioplatense giros expresivos propios del romanticismo europeo que dieran lugar a la exaltación de los sentimientos y de las pasiones.⁷¹

La poesía constituía según Bentham un género arcaico de poca utilidad para la sociedad, ya que a su modo de ver era esencialmente incompatible con la verdad y la exactitud.⁷² Rivadavia, por su parte, tampoco ahorra críticas a la obra de autores románticos ingleses como lord Byron, a quien definía como un “inglés mal criado”,⁷³ y no daba la sensación de tener mayor interés ni sentir verdadera inclinación por la literatura como expresión artística. Por lo tanto, es muy probable que su apoyo y difusión de las obras poéticas de Varela respondiera más que nada a su afán de que dicho género literario adquiriera utilidad para su gobierno sirviendo como vehículo para la afirmación de ciertos valores políticos y sociales dentro de la comunidad porteña.

Es interesante notar cómo otras expresiones culturales que se desarrollaban en la Buenos Aires de aquel entonces, como el teatro, por ejemplo, concordaban con esa tónica fuertemente laica y racionalista impulsada por el gobierno bonaerense, el cual, como observaba *Un Inglés*, parecía ir impregnándose en buena parte de los habitantes de la ciudad. Llamaban especialmente la atención de ese autor anónimo las reacciones de gran entusiasmo que provocaba entre los asistentes al teatro la aparición en escena de un actor cómico, quien, por estar representando la figura de Voltaire, provocaba grandes aplausos.⁷⁴

En cuanto a las reformas impulsadas por el gobierno de Buenos Aires durante el período 1821-1824 en esferas consideradas vitales para Bentham como la justicia y la economía, resulta más complejo establecer asociaciones entre esas reformas y los postulados benthamianos con relación a esas áreas de gobierno. La reforma del sistema jurídico era la que más obsesionaba a Bentham, quien consideraba como algo absolutamente indispensable ir separando la esfera judicial de los otros dos poderes en su país. Según Bushnell, Rivadavia había confesado que su

⁷⁰ W. Parish a G. Canning, citada.

⁷¹ Myers, *op. cit.*, p. 39. Sobre la influencia de la obra de Juan Cruz Varela durante ese período, veáse la clásica biografía de J. M. Gutiérrez, *Juan Cruz Varela. Su vida, su obra, su época*, Buenos Aires, 1918, especialmente las pp. 173-240.

⁷² J. Dinwiddy, *Bentham*, cit., p. 40.

⁷³ R. Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, cit., t. 1, p. 286.

⁷⁴ Un inglés, *Cinco Años en Buenos Aires. 1820-1825*, cit., pp. 115-116.

objetivo en esta área era alcanzar el ideal benthamiano de lograr una simplificación de la estructura jurídica.⁷⁵ Sin embargo, a pesar de algunas reformas lanzadas por el gobierno de Rodríguez en el régimen de justicia, creando por ejemplo el cargo de jueces de paz en la ciudad y la provincia de Buenos Aires y estableciendo en las mismas jurisdicciones el Departamento de Policía, no se logró en definitiva efectivizar una total separación del Poder Judicial.⁷⁶

Con respecto a la política económica seguida por el gobierno de Buenos Aires y sus posibles vinculaciones con el utilitarismo, es de destacar la asociación hecha en tal sentido por Bagú en su conocido libro sobre las políticas económicas del llamado grupo rivadaviano. Allí hace explícita referencia a la influencia que ejerció sobre el gobierno porteño el texto de 1821 *Elements of Political Economy*, escrito por James Mill, que Rivadavia hizo traducir un año después, el cual, como destaca Bagú, introducía aspectos de teoría económica elaborados por David Ricardo que se corresponderían con algunas de las medidas impulsadas por el gobierno de Rodríguez, destinadas a reducir tarifas aduaneras. Estas medidas encajaban a su vez con los principales lineamientos de las ideas comerciales sostenidas por el propio Bentham; resulta más difícil, sin embargo, establecer similares niveles de asociación con algunas otras significativas medidas económicas tomadas por el mismo gobierno, como, por ejemplo, la Ley de Enphyteusis.

Conclusiones

Poco tiempo después de recibir noticias sobre la actuación política de Rivadavia, en el gobierno de Martín Rodríguez, a través del diario londinense *The Morning Chronicle* en 1824, Bentham le escribió una carta en la cual dejaba traslucir un inocultable grado de orgullo personal, pero al mismo tiempo dejaba entrever también cierta preocupación por el aparente desinterés que su “discípulo” rioplatense venía demostrando hacia él últimamente:

Time after time accounts of your res gestae found their way into our newspapers: each time they exhibit the picture not merely of the greatest stateman late Spanish America has produced, but alas! the only one: and in this conception I have found myself confirmed by every opinion I have heard. At the same time, never has the pleasure produced by these cheering accounts been unalloyed, accompanied as it has been with the idea of my having been cast off by a disciple, if I may taking the liberty of calling you so, of whom I have so much reason to be proud.⁷⁷

Para ese entonces, Rivadavia se encontraba ya fuera del gobierno y, más preocupado por gestionar en Londres acuerdos diplomáticos, y, sobre todo, medios de financiación para sus proyectos de explotación minera en el norte argentino. Ciertamente, mostraba ya pocas señales de interés con respecto a Bentham y sus principios, a pesar de haberlo visitado durante su estadía en esa ciudad en 1824. Sin embargo, dos años antes Rivadavia le había enumerado, en lo que sería a la postre su última carta al filósofo inglés, las diversas reformas que había con-

⁷⁵ D. Bushnell, *Reform and Reaction*, cit., p. 21.

⁷⁶ M. Ternavasio, “Expansión de la frontera política”, cit., p. 89.

⁷⁷ J. Bentham a B. Rivadavia, 5 de abril de 1824, University College Library, Box XII.

tribuido a promover desde su cargo de ministro del gobierno porteño, señalando al final de esa carta:

Así pues Vd. sabrá que me he dedicado a reformar los viejos abusos de toda especie que podían encontrarse en la administración de la Junta de Representantes y la dignidad que le corresponde; a favorecer el establecimiento de un banco nacional sobre sólidas bases; a reformar, después de haberles asegurado una indemnidad justa, a los Empleados Civiles y Militares que recargaban inútilmente al Estado; a proteger por leyes represivas la seguridad individual, a ordenar y hacer ejecutar trabajos públicos de una utilidad reconocida; a proteger el Comercio; las Ciencias y las Artes; a provocar una Ley sancionada por la Legislatura que reduce en mucho los derechos de la Aduana; a provocar igualmente una reforma eclesiástica muy necesaria y que tengo la esperanza de obtener: en una palabra de hacer todos los cambios ventajosos, que la esperanza de su honorable aceptación me ha dado la fuerza de promover y me suministrará la necesaria para ejecutarla.⁷⁸

Admitiendo que la medición de influencias ideológicas en el desarrollo de los procesos políticos puede llevar a generalizaciones un tanto apresuradas, y que colocar tan fácilmente el rótulo de “discípulo” a figuras políticas latinoamericanas que tuvieron algún tipo de contacto con Bentham resulta poco conducente, la carta citada, sin embargo, da crédito a las vinculaciones que es posible apreciar entre algunos lineamientos del pensamiento utilitarista y las reformas impulsadas por el gobierno de la provincia de Buenos Aires durante el período 1821-1824, especialmente las aplicadas en las esferas política, social y cultural. □

⁷⁸ B. Rivadavia a J. Bentham, 26 de agosto de 1822, BL; Add. Mss, 33545. Publicada y traducida del francés en R. Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, cit., vol. 2, pp. 443-444.

Del éxito popular a la canonización estatal del Martín Fierro

*Tradiciones en pugna (1870-1940)**

Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian

UBA / UNR

UNR

En la escuela nos enseñaron que William Rufus era un rey pelirrojo y malvado, pero no podían esperar que lo odiásemos.
(Richard Digby, en realidad Arthur Rowe, quien ha perdido la memoria, en *El ministerio del miedo*, de Graham Greene, 1943)

1 En la Argentina actual, la convicción acerca de la existencia de una relación evidente entre la figura del gaucho, la nacionalidad y la historia del país parece muy extendida. Hacia 1995, la vigencia de ese acuerdo era planteada críticamente por uno de los historiadores dedicados a la historia agraria en estos términos:

Existe cierto consenso sobre el curso que tuvo la historia del mundo rural pampeano desde los inicios de la colonización española hasta el presente. [...] Este territorio se orientó [...] a la monoproducción ganadera, y surgió también ese mítico personaje de las pampas, el gaucho. Siempre a caballo, recorriendo una tierra sin límites, sin necesidad de trabajo continuo por la posibilidad de apropiarse en cualquier momento de una vaca para satisfacer su hambre y muchas de sus otras necesidades. Valiente, libre, solitario, soñador. Yéndose a una toldería cuando le acosaba la justicia [...]. Ese gaucho se transformó “en héroe y símbolo del Río de la Plata”.¹

* Este artículo es resultado de las tareas llevadas adelante, entre 1998 y 2000, en el marco del Proyecto de Investigación AF03, titulado “Representaciones del pasado en las revistas culturales y los manuales escolares. Argentina, 1890-1940”, cuya sede fue el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”, de la Universidad de Buenos Aires, así como de las que se desplegaron en los Proyectos de Investigación y Desarrollo “Entre la historiografía y la literatura”, e “Historia profesional y campo intelectual en la Argentina, 1890-1940”, ambos radicados en el Programa de Fomento a la Investigación Científica y Técnica, de la Universidad Nacional de Rosario. Todos ellos fueron dirigidos o codirigidos por los autores. Una versión previa del trabajo se publicó en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, Roma/Pisa, 2000.

¹ La cita, en J. Gelman, “El gaucho que supimos conseguir. Determinismo y conflicto en la historia argentina”, en *Entre pasados*, año V, No. 9, Buenos Aires, 1995, p. 28. Sobre las varias posiciones en torno de estos temas véanse los artículos de C. Mayo, “¿Una pampa sin gauchos?”, J. C. Garavaglia, “¿Existieron los gauchos?” y J. Gelman, “¿Gauchos o campesinos?”, todos ellos en *Anuario IEHS*, II, 1987, pp. 23-59. Una bibliografía amplia puede consultarse en Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, “Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance”, en *Latin American Research Review*, No. 30, 1995, pp. 108-132.

Sin embargo, tales certezas no estuvieron siempre allí. Por el contrario, ellas se construyeron sólo muy paulatinamente y en medio de controversias intensas, que pasaron de estar animadas por funcionarios y hombres de letras, a convocar, de modos diversos, a grupos sociales más vastos. En la forja de aquellas representaciones, y en su lenta transformación en datos que no se revisaban, puede reconocerse una etapa que se desplegó entre fines de siglo XIX y los últimos años de la década abierta en 1930; en ese lapso, sus escenarios fueron muy variados espacios sociales, en los que intervenía también el Estado. Poetas e historiadores profesionales, filólogos, funcionarios ministeriales e intelectuales dedicados a la política, pero también anónimos lectores del *Martín Fierro*, asistentes a los centros criollistas, oyentes devotos de los “cuentos pamperos” transmitidos por radio todavía en la década de 1930, activistas que promovían un homenaje, participaron de aquel proceso, que involucró de este modo tanto zonas de la llamada cultura letrada como de la popular. Las interpretaciones que se propusieron, muchas veces en disputa entre sí, no sólo estaban fundadas en actitudes ideológicas encontradas sino que, al mismo tiempo, se relacionaron con la pertenencia a un grupo social, a una colectividad étnica o aun a una comunidad profesional.²

Es posible ubicar el inicio de esa etapa a comienzos de la década de 1870, cuando José Hernández publicaba el *Martín Fierro* con gran éxito entre los públicos populares y críticas severas a cargo de buena parte de la élite intelectual. Setenta años más tarde, hacia 1941, el autor de un *Romancero* publicado por la Facultad de Filosofía y Letras sostenía que “el gaucho propiamente dicho es [...] la vigorosa levadura del pueblo argentino, por cuya libertad arrojó penurias sin cuento desde las primeras horas de la Revolución de Mayo”.³ Ese mismo año, podían leerse los argumentos que un especialista en poesía gauchesca exponía en su estudio del *Martín Fierro*: en opinión de los críticos literarios, planteaba, “el gaucho es el tipo representativo de la nacionalidad”.⁴ A su vez, en las revistas políticas y en las de actualidad, que buscaban públicos más amplios, los autores de caricaturas e ilustraciones apelaban al recurso de evocar inequívocamente al argentino a través de la imagen de un gaucho, no pocas veces convertido de manera explícita en “Juan Pueblo”.⁵

Desde ya, opiniones y actitudes de esta índole no eran del todo nuevas, pero hacia fines de la década de 1930 tuvieron lugar dos fenómenos que merecen atenderse. Por una parte, se hacía evidente, incluso más allá del mundo de los intelectuales y del público culto, lo extendido del acuerdo acerca de la condición que el gaucho exhibía de genuino y excluyente tipo social representativo de la “argentinidad”, y de su papel en la historia nacional. El otro suceso importante fue la incorporación formal de la figura del gaucho al conjunto de rituales estatales

² No parece ser éste el lugar para pasar revista a la amplísima bibliografía referida a la pertinencia de las denominaciones “cultura popular” y “cultura letrada”, al problema de sus relaciones y a las diferentes posibilidades que se abren al aplicar perspectivas como la de la historia de mentalidades o la historia desde abajo. Esbozos recientes de balances pueden hallarse en algunos artículos compilados en I. Olabarri y F. Capistegui (dirs.), *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996, en particular el de Peter Burke titulado “Historia cultural e historia total”; más específico es el artículo de W. Beik. “The dilemma of popular history”, en *Past and Present*, No. 141, 1993, pp. 201-233.

³ Cf. I. Moya, *Romancero*, I, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras/Instituto de Literatura Argentina, 1941, p. 78.

⁴ Cf. E. Tiscornia, “Estudio, notas y vocabulario”, en J. Hernández, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Losada, 1941, p. 405.

⁵ Este recurso era muy frecuente; puede consultarse, para esos años, *Ahora*, año II, No. 113, Buenos Aires, 1936, p. 19. Véase también la publicación nacionalista *La Maroma* de los años 1939 y 1940.

celebratorios del pasado de la nación, a través del homenaje al *Martín Fierro* y a su autor. En estos varios niveles, el gaucho había dejado de estar excluido de la definición de la tradición nacional, como ocurría a fines del siglo XIX, para transformarse en uno de sus centros.

Resulta entonces posible sostener que mientras se construía una imagen del gaucho capaz de simbolizar la tradición argentina, se organizaba, en la misma acción, una peculiar visión colectiva del pasado; una visión sumaria, poco desplegada, pero de enorme capacidad de evocación, que ha logrado estabilizarse y perdurar. Como en otros contextos culturales, en esa invención de un pasado se jugaban elementos cruciales para la constitución, o para el intento de constitución, de identidades sociales en clave nacional. El contexto de estos procesos puede concebirse como el de las “agitadas relaciones entre Estado, sociedad civil, identidad cultural y legitimidad”.⁶

Este artículo está dedicado al análisis de algunas de estas cuestiones en el largo plazo, atendiendo al desarrollo de ciertas disputas y discusiones sobre el papel del gaucho en la historia nacional y sobre su condición de “arquetipo de la argentinidad”. No se trata entonces de considerar en una perspectiva acotada cada una de las coyunturas evocadas a lo largo del trabajo, sino de examinar, entre 1870 y 1940, un largo proceso cuyas múltiples derivaciones pueden rastrearse hasta el presente, un “proceso fluido, que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento”.⁷

Una tentativa de esta naturaleza se topa con algunos límites obvios. En principio, conviene tener en cuenta los cambios profundos que la sociedad y la cultura sufrieron, en la Argentina, entre 1870 y 1940; debe evitarse, en consecuencia, la suposición de estabilidad absoluta de actores y argumentos. Pero esa misma circunstancia brinda la ocasión de examinar la construcción de imágenes colectivas del pasado en un período que incluye dos momentos que suelen entenderse importantes: “el pasaje de la cultura oral a la cultura escrita que [...] se efectúa [...] sobre todo gracias a la alfabetización, y la implantación durable de los medios de comunicación de masas”.⁸ Por otra parte, el análisis atañe en muchos casos a escenarios urbanos, en particular porteños, más que a todo el territorio. A su vez, lo que aquí hemos llamado Estado, antes que una estructura uniforme, estática y acabada, era un complejo de reparticiones en construcción, con dinámicas más o menos propias, que tendía a hacerse más complejo y en el cual las diferencias de acuerdo con cada jurisdicción solían ser importantes; finalmente, la apelación a los sectores subalternos parece aludir a una homogeneidad que sabemos dudosa.

Sin embargo, con las precauciones que impone el registro de esas dificultades, entendemos que es posible proponer la explicación de un proceso como el que tratamos, amplio y temporalmente extendido. El intento se funda, por otra parte, en una convicción que Marc Bloch ponía, hace ya muchos años, en estos términos: “para conocer bien una colectividad, es importante, antes que nada, encontrar nuevamente la imagen, verdadera o falsa, que ella misma se formaba de su pasado”.⁹

⁶ Resulta imprescindible, y ya clásica, la cita de E. Hobsbawm y T. Ranger, *The invention of tradition*, Cambridge/ Nueva York, Cambridge University Press, 1982. La cita, en E. Gellner, *Cultura, identidad y política*, Barcelona, Gedisa, 1998 [primera edición inglesa: 1987], p. 10.

⁷ Abusivamente, apelamos a la fórmula que utilizara Edward P. Thompson, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989 [primera edición inglesa: 1963], tomo I, p. XIII.

⁸ Véase B. Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p. 31.

⁹ La cita de Bloch, en Massimo Mastreggiori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la histo-*

2 En 1875, Guillermo Coelho, inspector de escuelas de las colonias en Santa Fe, advertía en uno de sus informes que allí “algunos preceptores no conocen el idioma castellano y sólo enseñan el idioma francés y alemán, cuando gran parte de los niños son hijos de este suelo”. Y se preguntaba: “¿De qué nos sirve que los hijos de la patria sepan un idioma extranjero si no saben el idioma nacional?”.¹⁰ Observaciones de este tenor no eran inusuales entre los funcionarios escolares por la época. Pero, desde fines de la década abierta en 1880, políticos, intelectuales, funcionarios del Estado y asociaciones civiles, comenzaron a insistir con perseverancia en la necesidad de consolidar el sentimiento de nacionalidad, ante la llegada continua de grandes contingentes de inmigrantes y los problemas que suscitaba su integración a la sociedad receptora, en una coyuntura peculiar de las relaciones internacionales.

Lilia A. Bertoni, en un estudio sobre ciertos aspectos de ese proceso, ha citado la intervención de Estanislao Zeballos en el Congreso de la Nación, cuando sostenía en 1887 que había “llegado el momento de que el Congreso se ocupe, con cualquier pretexto, y en cualquier circunstancia, de que el extranjero [...] sea afecto a la nacionalidad argentina [porque] puesto que los extranjeros no tienen una patria aquí, se consagran al culto de la patria ausente”.¹¹ Con ese objetivo, se apeló tanto a la revitalización de las fiestas patrias como a la instauración de monumentos, a menudo fracasada; también se tuvieron en cuenta las posibilidades que ofrecía la escuela primaria, y la enseñanza de la historia y el idioma nacional en ellas, para lograr la deseada constitución de una cultura homogénea.

Zeballos aludía a acciones que, impulsadas por asociaciones y activistas inmigrantes, lograban amplias convocatorias entre sus connacionales, manifestándose en nutridos desfiles y movilizaciones que conmemoraban las fechas patrias de los países de origen. Sin embargo, su mirada no había percibido la existencia de fenómenos de otra naturaleza, también relacionados con la constitución de identidades colectivas, que estaban teniendo lugar desde hacía ya más de una década.

Tales procesos se manifestaron con cierta claridad hacia 1872, en ocasión de la publicación de *El gaucho Martín Fierro*.¹² El éxito de la primera edición de esta obra de José Hernández, plagada de erratas y en papel barato, hizo evidente la presencia de un público popular, que hasta el momento la cultura letrada rioplatense no sólo despreciaba potencialmente, sino del cual ignoraba su efectiva existencia. Tal ignorancia se revelaba tanto en los cánones literarios definidos por la élite intelectual como en las políticas editoriales y en los canales establecidos para la circulación de bienes culturales.¹³

ria o el oficio de historiador, México, FCE, 1998, p. 42; datos sobre su localización en p. 108. Acerca de estas cuestiones, remitimos a Alejandro Cattaruzza, “Por una historia de los modos en que una sociedad intenta dar cuenta de su pasado”, en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, XVI, I-III, Roma/Pisa, 1995, pp. 163-192. Señalamos, por otra parte, que sólo ocasionalmente se utilizarán en este trabajo aproximaciones cercanas y disponibles, que pueden hallarse en la producción referida a la llamada “conciencia histórica”, la memoria y la memoria colectiva.

¹⁰ En Archivo de la Legislatura de la Provincia de Santa Fe, Cámara de Senadores, Actas de 1872 a 1881, folio 94.

¹¹ Citado en L. A. Bertoni, “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, III ser., 5, 1992, pp. 77-109. Remitimos a este trabajo para los temas en cuestión.

¹² Voluntariamente eludimos algunas aproximaciones posibles al *Martín Fierro*, particularmente la que resulta de la confrontación del poema con la labor periodística y el derrotero político de Hernández. Respecto de este punto, sin duda la investigación más exhaustiva es la que llevó a cabo Tulio Halperin Donghi en *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985. Véanse en particular pp. 289-317.

¹³ En torno de estos problemas, cf. A. Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; J. Ludmer, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Suda-

La venta de 48.000 ejemplares de la obra entre 1872 y 1878, junto con las once ediciones publicadas entre esos años, son prueba del impacto que el poema había producido en lectores que se distribuían, en su mayoría, entre las orillas de la ciudad de Buenos Aires, en trance de expandirse, y la extensa campaña bonaerense. El éxito llevó a Hernández a editar en 1879 una secuela, titulada *La Vuelta de Martín Fierro*, que obtuvo una repercusión similar a la de su antecesora. En la década de 1870, para alcanzar la categoría de éxito en el mercado cultural bonaerense –que era por entonces una buena parte del mercado nacional–, bastaba una venta que oscilara entre 500 y 1.500 ejemplares. La amplia recepción del poema de Hernández provocó, en ese horizonte, una fuerte reacción de muchos hombres de letras, quienes con frecuencia lanzaron críticas adversas a la obra.

Cierto es que un sector de la crítica puso el acento en los riesgos que el libro acarrearía para los asuntos públicos, atendiendo al carácter de denuncia de la situación social que parecía dominar la primera parte del poema: un pacífico campesino que se ve empujado, por las injusticias que las autoridades cometieron, al mundo del delito y, finalmente, al desierto. Esa lectura, preocupada por el impulso que el texto pudiera dar a la crítica social o al abandono de pautas morales entre el público, no tenía como destinatario exclusivo el *Martín Fierro*, sino que incluía en su condena algunos de los folletines de prestigiosos escritores franceses que habían alcanzado una notable repercusión en la prensa, como *Naná* de Emile Zola o *El affaire Clemenceau* de Dumas.

Sin embargo, en el caso del poema de Hernández, la preocupación era desatada especialmente por su difusión entre un público extraño a las élites, que leía el poema o accedía a él a través de otras prácticas, ratificando que la crítica letrada no actuaba con eficacia sobre la recepción popular. Este contraste se manifiesta en el juicio publicado en el *Anuario Bibliográfico de Buenos Aires*, dirigido por Manuel Navarro Viola, acerca del drama en verso *Espinas de una flor*, de Francisco Compadrón. Allí se sostenía que, al igual que el *Martín Fierro*, se trataba de dramas representados en los arrabales de la ciudad por negros que los habían adaptado corrompiendo su lenguaje. En la interpretación del crítico, era precisamente esa profana divulgación de los poemas, que no carecían de cierta belleza, la que los había alejado de la gente culta de la ciudad.¹⁴

Las evidencias acerca de la existencia de estos públicos populares nada dicen, sin embargo, del proceso de su constitución. Se ha conjeturado que la ampliación del público lector fue el resultado de las políticas alfabetizadoras que el Estado había llevado adelante desde comienzos de siglo XIX, y en particular a partir de los años próximos a 1860. Sin embargo, aun

americana, 1988; L. Rubinich, “El público de ‘Martín Fierro’ 1873-1878”, en *Punto de Vista*, año IV, No. 17, Buenos Aires, 1983; B. Sarlo y M. T. Gramuglio, *Historia de la literatura argentina 2. Del romanticismo al naturalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1980-1986, pp. 1-48; A. Eujanian, *Públicos, autores y editores. La cultura argentina en los años de la organización nacional*, en M. Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999 (“Nueva Historia Argentina”, IV), pp. 545-605. Muchos de los temas aquí asumidos han sido tratados por Ezequiel Martínez Estrada en *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, México, FCE, 1948; algunos de los argumentos expuestos allí habían sido anticipados en “Lo gauchesco”, publicado en *Realidad*, año I, No. 1, Buenos Aires, enero-febrero de 1947, pp. 28 a 46, artículo que citaremos más adelante. Para un período anterior, sugerimos la consulta de N. Shumway, *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé, 1993 [primera versión inglesa: 1991].

¹⁴ Véase *Anuario Bibliográfico de Buenos Aires*, I, 1, 1880, p. 67. En “Lo gauchesco”, cit. en nota 14, Ezequiel Martínez Estrada destacaba, en este sentido, que había sido el “número de lectores [...] lo que levantó una protesta en la clase culta”; véanse pp. 43 y 44.

reconociendo su importancia, es excesivo colocar ambos fenómenos en una relación directa de causa-efecto.¹⁵ Por otra parte, como ya ha apuntado Roger Chartier en referencia a otros casos, el analfabetismo no constituía por sí solo un límite fatal para el acceso al material impreso y, al mismo tiempo, la alfabetización tampoco suponía el surgimiento automático de un nuevo tipo de lector.¹⁶ Los canales de circulación que terminaban organizándose en la campaña sobre los recorridos de vendedores ambulantes, y la venta en las pulperías, colocaban los libros al alcance de un público ajeno al circuito de las librerías y las bibliotecas de las ciudades. A su vez, la lectura en voz alta para un auditorio reunido alrededor del fogón y la declamación de fragmentos del poema memorizados se transformaban en medios de difusión entre la población analfabeta, lo que generaba un efecto multiplicador del público de la obra.¹⁷

Es casi innecesario señalar que esos auditorios no constituían el universo completo de los grupos populares, y que las prácticas de estos grupos no se ceñían exclusivamente a la lectura y el recitado. Sin embargo, el estudio del público popular puede ser una vía de entrada al mundo cultural de los sectores subalternos. Para los lectores nativos –gran parte de ellos, insistimos, de origen popular y afincados en la zona pampeana–, la recuperación de esa tradición criollista parece haber sido una manera de enfrentar el proceso de modernización, a partir de representaciones construidas con elementos de una realidad social que, si había existido alguna vez con las características que se le atribuían, estaba en camino de desaparecer a fines del siglo XIX. Las observaciones de Baczkó acerca de la transmisión de recuerdos, símbolos y rituales a través del contacto intergeneracional, en lo que llama la “memoria a mediano plazo”, pueden brindar en este caso una pista a seguir, aun con dificultad.¹⁸ En tanto, para los inmigrantes, que hacia 1869 eran aproximadamente el 12% de la población total, la adopción de rasgos de lo que se suponía era la cultura criolla podía constituirse en una herramienta de integración social, en un país que no terminaba de asimilarlos políticamente.¹⁹

En la producción de los grupos ilustrados, por el contrario, los elementos criollistas se hallaban expurgados o eran convertidos en motivo de escarnio. Muchos funcionarios públicos, a su vez, tendían a ver en hábitos que presumían gauchescos peligrosos presagios de indisciplina social. Así, el mismo año en que se publicaba *Martín Fierro*, el inspector de escuelas Guillermo Wilcken hacía referencia, con marcada inquietud, a la apropiación que los inmigrantes estarían realizando de ciertas prácticas adjudicadas al gauchaje en las colonias agrícolas de la provincia de Santa Fe:

¹⁵ Los índices de analfabetismo eran todavía demasiado altos: de acuerdo con el Censo Nacional de 1869, el analfabetismo alcanzaba, en todo el territorio, al menos a 1.000.000 de personas sobre una población total de 1.736.923 habitantes. Se calcula que en la campaña de Buenos Aires –donde residía el grueso de los lectores del poema–, el 77% de los peones no sabían leer. Entre los comerciantes, donde predominaban los inmigrantes, el analfabetismo llegaba al 50%. La estructura administrativa del Estado se hallaba todavía en trance de consolidarse, y su debilidad afectaba también a la escuela, no el único, pero sí el principal agente de alfabetización. Datos y estadísticas referidos a estos temas figuran en la edición de los resultados del censo, publicada en Buenos Aires, y también en J. C. Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina 1880-1910*, Buenos Aires, Solar, 1986; H. Sabato y L. A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; A. Puiggrós, *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Buenos Aires, Galerna, 1991.

¹⁶ Puede consultarse, por ejemplo, R. Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1994, y *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1996, passim.

¹⁷ Véase, acerca de estos problemas, B. Sarlo y M. T. Gramuglio, “Martín Fierro”, en *Historia de la Literatura Argentina, Del Romanticismo al Naturalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1980-1986, p. 37.

¹⁸ Véase Baczkó, *op. cit.*, p. 186.

¹⁹ Véase A. Prieto, *op. cit.*, p. 18. El porcentaje de inmigrantes creció, entre 1869 y 1895, del 12% a poco más del 25%.

Los habitantes de las colonias pertenecen por lo general a la clase más ínfima de Europa. Gente robusta, pero sin educación, que en el viejo mundo vivió en cierta esfera de esclavitud, a causa de la apremiante necesidad [...] jamás conoció los goces de lo que puede llamarse diversiones inocentes, juegos públicos. [...] Esta gente que arriba como inmigrante, y que se constituye como colono, poniéndose en contacto con nuestro gauchaje, acaba de apoderarse como éstos del vicio de la pulpería [...].²⁰

La observación de Wilcken planteaba la primacía de los “vicios populares” autóctonos sobre los importados; años más tarde, el cuadro sería invertido, lo que convertía a los inmigrantes en agentes de “contaminación” de la cultura auténticamente argentina.

Como hemos señalado, el aparato estatal comenzaría poco después a desplegar acciones más amplias buscando consolidar identidades en clave nacional y cívica. Desde ya, ellas estaban lejos de ser uniformes en lo que hace a los contenidos que se proponían para esa pedagogía cívica, y su intensidad variaba; sin embargo, la tendencia se manifestó con claridad desde fines de la década de 1890 y se sostuvo por décadas. Ese esfuerzo convocó y fue en muchos casos alentado también por hombres de la cultura, que compartieron el anhelo de hacer de esos gauchos e inmigrantes unos mucho más previsibles y disciplinados “ciudadanos y patriotas”. Estas dos últimas condiciones, asociadas con virtudes cívicas y aun morales, ocupaban en cambio un lugar muy poco destacado en la imagen del gaucho que comenzaban a construir los grupos populares. Así, la invención del gaucho puede ser leída como expresión de una resistencia cultural, tenue e incierta, que anunciaba la organización de identidades alternativas a la propuesta desde el Estado y desde los sectores ilustrados. La historia argentina posterior impide, sin embargo, atribuir a esa identidad diversa un carácter disruptivo frente al orden político y social establecido.²¹

Si se atiende a la situación en la primera mitad del siglo XIX, es posible registrar una inversión de roles, que vuelve a demostrar la complejidad de los vínculos establecidos entre las culturas subalternas y las dominantes. En las décadas iniciales del siglo XIX, “mientras se fabricaba al gaucho en la realidad, también se lo fabricaba en la ficción, para justificar la ofensiva proletarizadora y militarizadora de la época”. La creación del gaucho en la ficción, en aquel período, se fundaba más en la “infinitud de escritos de funcionarios y estancieros” que en textos literarios, y resultaba una operación de los sectores dominantes rioplatenses.²² Medio siglo más tarde, parecían ser los grupos subalternos los que se apropiaban de la figura del gaucho, inventándose una tradición desde ya tan ajena a “lo efectivamente ocurrido” como cualquier otra. Ellos encontraron en los valores, costumbres y representaciones de las cuales

²⁰ Cf. G. Wilcken, *Las Colonias. Informe sobre el estado actual de las Colonias Agrícolas de la República Argentina, presentado a la Comisión Central de Inmigración por el Inspector Nacional de ellas*, Buenos Aires, s/e, 1872, p. 308.

²¹ Cabe señalar que no se plantea aquí la existencia de una suerte de nacionalismo popular espontáneo en la Argentina. Tampoco asumimos el planteo de Gramsci en torno de la existencia de un sentimiento nacional-popular opuesto al sentimiento nacional, ligado el primero a “la realidad” y a factores e instituciones objetivas –la lengua, la cultura, entre otras–, y considerado el segundo puramente subjetivo y propio de los intelectuales. Véase *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, p. 59. En cuanto a la cuestión del patriotismo en el *Martín Fierro*, señalaba Martínez Estrada en 1947 que en la obra “ha desaparecido en absoluto el sentimiento patriótico, y esa ausencia de la sustancia mater de toda nuestra literatura acentúa su propio sabor arcaico, de obra que pudo haber sido escrita antes de la Revolución”. Cf. “Lo gauchesco”, cit., p. 31.

²² Cf. J. Gelman, *op. cit.*, pp. 34 y siguientes.

la tradición gauchesca era portadora, el material inicial para forjar una identidad anclada en una etapa de la Argentina criolla que la élite social e intelectual juzgaba, ahora, irremediable y felizmente superada. Paradójicamente, la modernización había creado las condiciones para la aparición de públicos que hallaban un principio de identificación en el pasado que los propios empeños modernizadores buscaban abolir.²³

Los hombres de letras, por su parte, seguían con cierta atención los derroteros de sus obras entre los públicos amplios, y el propio José Hernández intentó con celeridad volver a encauzar el sentido que los lectores habían asignado a su obra. Dos años después de su edición original, en el “Prólogo” a la octava edición de 1874, Hernández demostraba su preocupación por las consecuencias morales que en esos públicos inesperados podía provocar la lectura del poema, destacando que era la integración del peón a la vida civilizada lo que esperaba que su texto transmitiera. Por ese camino, imaginaba Hernández, se lograría que olvidaran su condición de parias para convertirse finalmente en ciudadanos. En 1879, al publicarse *La Vuelta de Martín Fierro*, la operación destinada a restablecer el sentido en el que debían leerse sus creaciones se encontraba concluida. *La vuelta...* mostraba un gaucho arrepentido por sus errores, más dispuesto a dar consejos que a resistir la acción de la autoridad; explícitamente, en el “Prólogo”, el autor se preocupaba por demostrar de qué modo, “con medios rigurosamente escondidos”, su poema podía cumplir un fin moralizante, una vez ganada la complicidad del lector. Pero es sabido que los intentos de los autores por develar, e imponer, el sentido en el que sus creaciones deben leerse son vanos. Aquella interpretación del poema en clave de denuncia que, sin dudas junto a otras, ensayaron los públicos populares, se reveló muy duradera y reapareció en múltiples oportunidades, hasta la segunda mitad del siglo XX.²⁴

El *Martín Fierro*, por estas sendas, comenzaba a convertirse no sólo en un relato de las injusticias sufridas por los miembros de los sectores populares sino en una interpretación histórica dado que el poema remitía al pasado, un pasado individual pero potencialmente colectivo, y su héroe empezaba a ser visto como el habitante que, desde tiempos remotos, había poblado estas tierras. La obra convocaba a su lectura como una representación del pasado; sin aspiración alguna de erudición, y menos directa en sus referencias que aquellas ofrecidas por los pocos intelectuales dedicados a la investigación histórica, resultaba sin embargo más adecuada a las expectativas, intereses, hábitos de lectura y de sociabilidad de los lectores populares.

Por su parte, la alta historiografía producida en esta coyuntura, a pesar de las polémicas que, como la librada entre López y Bartolomé Mitre a comienzos de la década de 1880, cada tanto la sacudían, era una de las expresiones de un consenso amplio entre la élite política y social, que esta vez se tejía en torno de los itinerarios que la nación habría seguido a lo largo del siglo XIX, luego de Mayo, que era concebido como el “momento culminante de la histo-

²³ Joaquín V. González, en 1888, trazaba una genealogía de la tradición nacional que recuperaba las raíces indígenas precolombinas y la cultura hispánica como escalones sucesivos de un proceso ascendente del que la Argentina criolla sería a la vez consecuencia y superación. Los gauchos, en ese relato, representaban una paradoja que, en rigor, no permitía asimilarlos plenamente. Concebidos como hijos genuinos de la tradición, representaban también una nefasta influencia en la evolución institucional del país. Joaquín V. González, *La tradición nacional*, Buenos Aires, La Facultad, 1912. Sobre González, véase el parágrafo titulado “Modernidad y tradición en J. V. González”, en M. Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 89 y ss.

²⁴ Las citas, en José Hernández, “Cuatro palabras de conversación con los lectores”, en *Martín Fierro*, Buenos Aires, Biblioteca de Literatura Universal, 2000, pp. 89-93.

ria argentina”. Esa interpretación, cuyos grandes rasgos gozaban de una aprobación extendida, relataba la historia de una colectividad que, guiada por sus héroes, había logrado sobreponerse a la etapa de las guerras civiles para alcanzar la organización nacional e iniciar el camino hacia el progreso.²⁵ Para los sectores populares, tanto de origen nativo como extranjero, la producción de la historiografía erudita era demasiado ajena como para transformarse en agente de difusión de algún sentimiento identitario estructurado en torno de la pertenencia a una nación. La escasa eficacia de esa producción, más allá de sus contenidos, iba en paralelo con la de dos de los soportes privilegiados para su difusión, el libro y la escuela.

En el caso de la escuela, los problemas vinculados con la infraestructura, la ausencia de maestros calificados, los altos índices de deserción escolar y la competencia que inicialmente representaban las escuelas controladas por las colectividades, constituían obstáculos para el avance del proceso de penetración social. Hacia fines de siglo, mientras la población seguía creciendo y la sociedad se hacía más compleja, la escolarización entraba en una meseta que resultó difícil de franquear hasta entrado el siglo XX.²⁶

En cuanto a los libros, los 48.000 ejemplares de *Martín Fierro* vendidos entre 1872 y 1878, a un promedio de unos 8.000 por año, contrasta con los mil de la *Historia de Belgrano*, cuyo autor, Bartolomé Mitre, modelo de historiador erudito, lograba colocar entre el público culto que accedió a la segunda edición de 1859; por ello, en el Prólogo a la tercera edición de la obra, aparecida en 1876, Mitre no sólo se mostraba más que satisfecho con esa cifra sino que justificaba la publicación apelando a ese dato. Pero, por otra parte, el libro competía con desventaja con el folletín en el mundo de los lectores populares, a pesar de la excepción que representó la obra de Hernández. Durante mucho tiempo, el folletín fue considerado un género menor y en muchos casos hasta pernicioso, aunque los autores cultos lo frecuentaran. Desde el punto de vista formal, sin embargo, el sistema del folletín cubrió más acabadamente las demandas de los públicos ampliados y colaboró en la expansión de nuevos hábitos de lectura.²⁷

Fue Eduardo Gutiérrez, desde el periódico *La Patria Argentina*, uno de los primeros en captar la demanda representada por los nuevos lectores; su obra significó el paso del folletín de alcoba impuesto por el romanticismo francés, a la manera de Dumas y Sue, a uno en el cual el protagonista era, nuevamente, un gaucho.²⁸ En su obra más popular, *Juan Moreira*, de 1880,

²⁵ La cita corresponde a J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Solar, 1983 [primera edición: 1965], p. 31. Remitimos, acerca de estos temas, a A. Eujanian, “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882”, *Entrepasados*, No. 16, Buenos Aires, 1999, pp. 9-24, y a E. Palti, “La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, III ser., 21, 2000, pp. 77-100.

²⁶ Véase J. C. Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, cit., p. 133.

²⁷ El éxito de *Martín Fierro* podría utilizarse como impugnación a lo afirmado, pero debe tenerse en cuenta lo señalado sobre sus características materiales y formales. Para un período posterior, el problema del folletín y sus lectores ha sido analizado por B. Sarlo en *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.

²⁸ El folletín de Gutiérrez fue para la crítica culta el paradigma de una literatura venal, promotor de un género cuyo éxito era asociado con su capacidad para apelar a los bajos instintos de los lectores. Refiriéndose a él, Ernesto Quesada diría: “Todos los que viven en pugna con la sociedad, desde el ladrón hasta el desterrado de la fortuna [...] todos los fermentos malsanos de la sociedad experimentaron verdadera fruición al leer las hazañas de esos matresos [...]”, “El criollismo en la literatura argentina”, en A. Rubione (comp.), *En torno al criollismo. Textos y polémicas*, Buenos Aires, 1983, p. 137. Un juicio similar le merecía a Martín García Mérou: “El autor de los dramas ha encontrado el origen de una popularidad que no discuto y que es uno de los hechos que condenan el género de sus escritos, falseando las nociones más rudimentarias de la moral, levantando la plebe contra la cultura social y haciendo responsable a la justicia de las acciones de un hombre dejado por la mano de Dios”, citado por Alejandra Laera en “Prólogo”, *Juan Moreira*, Buenos Aires, La Biblioteca Argentina, Clarín, 2001, p. 7.

el gaucho carecía de la ejemplaridad del héroe clásico: a diferencia del personaje del poema de Hernández, que huía del mundo y de la autoridad forzado por el azar y la mala fortuna, Moreira, “empujado a la pendiente del crimen”, ya no tenía posibilidades de retorno, ni tiempo para el arrepentimiento.²⁹

La imaginación popular, sin embargo, hizo de Moreira un héroe rebelde contra las injusticias del poder político, y en esa clave se siguió leyendo el texto hasta la década de 1970, cuando menos; el trágico final del gaucho, al ser sorprendido por una partida policial, resultaba en esa lectura una redención antes que una condena. A mediados de la década de 1880, el circo criollo, un espectáculo ciertamente popular, se apropió del relato de las peripecias de Moreira, transformándolo en la base de una representación teatral. La historia se expandió aún más en su nuevo formato: como pantomima en los primeros tiempos, y posteriormente en una versión con diálogos, constituyó un notable suceso de público.³⁰

Es posible conjeturar que muchos de quienes accedían a la historia de Moreira, fuera a través del folletín o de la representación teatral, disponían de una enciclopedia que les permitía traducir el relato en el sentido que mencionamos.³¹ La figura del bandolero rebelde contra la autoridad formaba parte del tesoro cultural de los grupos populares campesinos de Europa todavía a mediados del siglo XX, como ha señalado Hobsbawm, y del mundo aldeano provenían muchos de los inmigrantes que llegaban a la Argentina en las últimas décadas del siglo XIX. El propio Hobsbawm destacó lo uniforme y extendido tanto del fenómeno como del mito del bandolero. En la Argentina, ya la recepción del *Martín Fierro* insinuaba una interpretación en ese sentido; demostrando la persistencia de esa lectura, y de rasgos asociados con ella específicamente autóctonos, la tumba de Juan Bairoleto, un bandolero generoso con los humildes muerto a tiros por la policía de Mendoza en 1961, indica que en ese lugar “yace el último gaucho”, y es todavía en la actualidad un sitio de veneración popular. Poco cuenta en estos casos, es obvio, que se trate de bandoleros efectivamente existentes o de bandidos de ficción.³²

A estas reinterpretaciones de creaciones literarias se sumaría, a partir de la década de 1890, la actividad de centenares de centros criollistas con una gran convocatoria popular, cuya presencia significativa se prolongaría, al menos, hasta la década abierta en 1920. Allí, la lectura, el baile, la recuperación de la vestimenta, los recitados y las canciones que se querían tradicionales, eran elementos importantes en la constitución de una sociabilidad particular, que contribuía a la organización de pertenencias a comunidades imaginarias, uno de cuyos ejes se hallaba, como siempre, en el pasado.³³ El mercado editorial musical, por ejemplo, estaba do-

²⁹ Juan Moreira se publicó entre noviembre de 1879 y enero de 1880 en la sección “Dramas policiales” del periódico *La Patria Argentina*. El éxito del folletín agotó la edición en libro que, rápidamente, agotó 10.000 ejemplares. La cita, en E. Gutiérrez, *Juan Moreira*, cit., p. 15.

³⁰ Véase A. Prieto, *op. cit.*, p. 66.

³¹ Sobre un problema que no es exactamente el que aquí se trata, pero que se le aproxima, sugerimos el artículo de S. Fish, “¿Hay algún texto en esta clase?” [1987], en E. Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

³² Acerca de estos problemas, véase E. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1974, en particular el capítulo titulado “El bandolero social”. Por su parte, el mencionado Quesada consideraba al gaucho matrero como un verdadero *outlaw*, y lo incorporaba a una tradición a la vez literaria, *Las aventuras de Rocambole*, y social: las vendettas corsas, la mafia siciliana, la camorra calabresa y la campaña europea de los peores tiempos medievales; *op. cit.*, p. 137.

³³ Sobre los centros criollistas, remitimos a A. Prieto, *op. cit.*, pp. 145 y ss. Puede atenderse, en este punto, la observación realizada por P. Burke, en *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza, 2000 [primera edición inglesa: 1999],

minado en esos años por “gatos, estilos, chacareras, vidalitas o el pericón”, todos ellos tipos característicos de la “música rural tradicional argentina”, que se vendían en “versiones para canto y piano o canto y guitarra”. Naturalmente, las tradiciones que estas prácticas buscaban recuperar no sólo eran invenciones relativamente libres, sino que su materia prima era fundamentalmente literaria, mucho más que rigurosamente histórica. Así, a pesar de la heterogeneidad social, cultural y de origen de los grupos involucrados, un horizonte de interpretación común del pasado de la sociedad, del que se nutría la tradición, comenzó a afirmarse entre ellos.³⁴

De la popularidad del criollismo y de lo resistente de la imagen del gaucho rebelde parecía tomar nota, poco después, el intelectual anarquista Alberto Ghirardo, quien llamaba *Martín Fierro* a la publicación que bajo su dirección aparecía en 1904, luego transformada, por algún tiempo, en el suplemento cultural del periódico ácrata *La Protesta*. Allí sostenía Ghirardo:

[El poema *Martín Fierro*] es el grito de una clase en lucha contra las capas superiores de una sociedad que la oprime, es la protesta contra la injusticia [...], es el cuadro vivo, palpitante, natural, estereotípico de la vida de un pueblo. Y José Hernández, su creador.³⁵

La actitud de Ghirardo no se detenía en ese punto: la publicación incluía una sección titulada “Clásicos criollos”, en la que se publicaban los autores criollistas del siglo XIX, y una columna firmada por Camilucho Tresmarías, que de manera más explícita enlazaba las desventuras del gaucho con la prédica anarquista. En muchos casos, la figura del gaucho se hacía devenir en la del proletario urbano de la época.

Posiciones de este tipo no eran habituales en la izquierda argentina; quizás ellas se deban, en este caso, a una estrategia de coyuntura. Poco antes, en 1902, había sido sancionada la ley de residencia, en el marco de permanentes observaciones de funcionarios y periodistas que denunciaban la condición extranjera de muchos activistas anarquistas como la razón última de su militancia. Un anarquismo acriollado, parece calcular Ghirardo, estaría menos expuesto a esas críticas en un marco de represión severa; también nosotros, parece decir la decisión de invocar al gaucho, compartimos la tradición de estas tierras. De todos modos, esta posibilidad explicativa no debe relegar otras circunstancias al olvido: es dudoso que un grupo de intelectuales vinculados con el anarquismo hubiera apelado a un complejo simbólico que no tenía demasiados antecedentes en su propia tradición si no le atribuyera alguna virtud en su empresa de conquista de las conciencias obreras y populares.

p. 71, que retomamos más adelante: indica que las acciones, de las que los rituales forman parte, “constituyen recuerdos, pero también tratan de imponer determinadas interpretaciones del pasado, moldear la memoria y por tanto, construir la identidad social”. Burke, de todas maneras, se refiere a los rituales conmemorativos estatal-nacionales.

³⁴ Cf. H. Goyena, “El tango y el tradicionalismo en Buenos Aires en la década del veinte. Una aproximación”, en [Instituto de Teoría e Historia Del Arte “J. Payro”/CAIA], *Ciudad/Campo en las artes en Argentina y Latinoamérica*, Buenos Aires, FFyL, 1991, pp. 127 y 128.

³⁵ Cf. “Martín Fierro”, I, Buenos Aires, 13 de marzo de 1904. Al respecto, recomendamos la consulta del trabajo de A. L. Rey, “La revista Martín Fierro como suplemento cultural de *La Protesta*. Proyecto político y proyecto cultural del anarquismo a principios de siglo”, mimeo, ponencia presentada en las V Jornadas InterEscuelas de Historia, Mar del Plata, 1995. Muchos de los argumentos aquí expuestos acerca del emprendimiento de Ghirardo se inspiran en el trabajo citado. Consultar también, sobre estos puntos, J. Suriano, “Banderas, héroes y fiestas proletarias. Ritualidad y simbología anarquista a comienzos del siglo”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, III ser., 15, 1997, pp. 77-100. Cf. “Martín Fierro”, I, No. 1, Buenos Aires, 3 de marzo de 1904.

En mayo de 1910, la conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo se transformó, entre otras cosas, en el momento de balance de un siglo, que ha sido examinado desde distintas perspectivas. En relación con el problema que asumimos, cabe señalar que la presencia de la figura del gaucho en la iconografía y la literatura oficial que celebraba el Centenario fue muy débil. Ello bien podría explicarse por la reconocida voluntad de exhibir una nación pujante y moderna, cuyo paradigma era sin duda la ciudad de Buenos Aires; el gaucho desentonaba en aquella imagen de conjunto. Pero deben recordarse también otras circunstancias: en la propia conmemoración estaba entramada la celebración de un pasado, y él fue, una vez más, el pasado de los héroes patricios. La reconsideración de la herencia española, la aparición de las primeras expresiones del llamado nacionalismo cultural, y aun un “criollismo [que] parecía robustecerse en la imaginación de los sociólogos”, fueron insuficientes para incorporar al gaucho en los festejos oficiales. Todavía en 1910, la nación era capaz de organizarse simbólicamente sin atender a su figura.³⁶

Pero muy pocos años más tarde, en una nueva vuelta interpretativa a cargo de los hombres de letras, el poema de Hernández sería elevado a la condición de obra central de la literatura nacional. En esta oportunidad, algunos intelectuales hallaron allí el núcleo de una nacionalidad que, una vez más, sospechaban amenazada por el aluvión inmigratorio. Simultáneamente, tendían a su utilización en la defensa de los derechos que, creían, le asistían a la élite criolla cuya hegemonía política comenzaba a ser puesta en duda por la sanción de la nueva legislación electoral de 1912, y naturalmente por el ascenso social de algunos de los recién llegados.³⁷ La inscripción del poema de Hernández en una tradición a la vez aristocrática y nacionalista tuvo su episodio más significativo en las conferencias dictadas por Leopoldo Lugones en el teatro Odeón de Buenos Aires en 1913, publicadas luego con el título *El Payador*; en ellas, el poeta modernista filiaría a *Martín Fierro* con los poemas homéricos.³⁸ Desde otras coordenadas ideológicas, que combinaban elementos del nacionalismo cultural con posiciones laicas y democráticas, Ricardo Rojas lo instalaba en la huella de la épica medieval, tanto en la apertura de su curso de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras como luego en su *Historia de la literatura argentina*. Más allá de las diferencias, tanto Lugones como Rojas consideraban al *Martín Fierro* el poema nacional por excelencia al mismo tiempo que lo integraban a vertientes de la literatura universal.³⁹ Pero más importante aún era que propiciaban un cambio en el centro de las cuestiones atendidas: de la controversia sobre la moral de su protagonista se pasaba a ponderar las virtudes estéticas del poema.

³⁶ La cita, en J. L. Romero, *El desarrollo...*, cit., p. 65. Véase [Taller de Historia de las Mentalidades], “La Argentina de 1910: sensibilidad, alegorías, argumentos en torno de un Centenario”, en *Estudios Sociales*, III, No. 4, 1993. Allí sólo se registra un poema popular de homenaje al gaucho. Véase también M. Gutman y Th. Reese (eds.), *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

³⁷ Remitimos a C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 97-100; véase también C. Payá y E. Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978, y M. Svampa, *El dilema...*, cit., en particular pp. 108 y siguientes.

³⁸ Cf. L. Lugones, *El Payador*, Buenos Aires, Centurión, 1961, p. 16. De todos modos, las conferencias de Lugones, como gran parte de la literatura dedicada a dilucidar el problema de la nacionalidad, forma un *corpus* con las discusiones literarias que enfrentaron a románticos y neoclásicos y, posteriormente, con los debates en torno del purismo de la lengua y del criollismo a comienzos del 1900. Sobre el particular, A. Rubione, *op. cit.*

³⁹ Véase R. Rojas, *Historia de la literatura argentina* [primera edición, 1917-1922], I, Buenos Aires, Kraft, 1960, p. 529. El comentario acerca del curso de Rojas, en la presentación de la revista *Nosotros* a su encuesta sobre el *Martín Fierro*, en el tomo 10, No. 50, junio de 1913.

De ese modo, quedaba definitivamente despejado el camino para la posterior canonización por parte del Estado.⁴⁰

Sin embargo, la cuestión suscitó polémicas. En junio de 1913, la revista *Nosotros* comenzaba la publicación de una encuesta acerca del poema de Hernández, que luego de evocar las posiciones de Lugones y Rojas, se abría con esta pregunta: “¿Poseemos, en efecto, un poema nacional en cuyas estrofas resuena la voz de la raza?”. El último interrogante del cuestionario se refería a si el *Martín Fierro* era “una obra genial de las que desafían los siglos, o estamos por ventura creando una bella ficción para satisfacción de nuestro patriotismo?” Las respuestas, a cargo de un grupo amplio de intelectuales, eran variadas, e incluían la desmedida proclama de Manuel Gálvez, que hacía de Hernández el poeta mayor de la lengua castellana.⁴¹ La pregunta de la revista expresa, en una versión singularmente económica, una suposición muy de época acerca de la vinculación entre los problemas de la nacionalidad, la “raza” y su expresión en una obra literaria. La variedad de las respuestas indica, por su parte, que hacia 1913 se trataba más de problemas abiertos que de certezas.⁴²

Tanto los recelos como el fervor ante la figura que evocaba este tipo de creaciones literarias volvían a manifestarse pocos años después. Así, por ejemplo, Alfredo Bianchi ofrecía un balance de la actividad teatral desarrollada en 1916 en el que sostenía que había reaparecido un tipo de obra “netamente criolla, nacionalista en el peor concepto del vocablo, antiextranjera, que quiere hacernos creer que en el gaucho y en sus virtudes están todas las bellezas del alma nacional”. Bianchi completaba el argumento llamando a “desterrar de nosotros todo lo que aún nos queda del gaucho, si es que queremos civilizarnos”.⁴³ Ese mismo año de 1916, “los trabajos iniciados por una comisión de jóvenes para erigir un monumento al gaucho, trabajos que parecen prosperar y contar con la aprobación de muchos universitarios y hombres de letras”, llevaron a Carlos María Urien, miembro de la Junta de Historia y Numismática, a dedicar una conferencia al gaucho en la sede de la entidad. Sin dudar, Urien sostenía que “el gaucho no representa nada, y si dice algo será de barbarie y nada más”.⁴⁴

La intervención de Urien ante la iniciativa no debe interpretarse, sin embargo, como expresión de la opinión de una profesión. En la historiografía argentina recién comenzaba, por entonces, un muy tenue proceso de organización de algunas instituciones propias de la historia profesional, que encontraba antes en la universidad que en la Junta su centro. Inclclinados al estudio de la constitución de la nación en clave político-institucional, los historiadores enfrentaron una disputa con los hombres de letras en torno de la primacía en la tarea de interpreta-

⁴⁰ Jorge Luis Borges ha señalado que luego de *El Payador*, cuando hablamos del *Martín Fierro* hablamos del *Martín Fierro* de Lugones. Ello explicaría que la historia de un prófugo, borracho, asesino, “un soldado que pasa al enemigo”, haya gozado, incluso, de la aprobación de los militares. A. Carrizo, *Borges el memorioso*, México, FCE, 1982, p. 12.

⁴¹ Cf. la citada presentación en *Nosotros*, No. 50. Las respuestas en ese mismo número, así como en los Nos. 51, 52, 54 y 56.

⁴² Sobre las cuestiones de la raza y la nacionalidad, véase por ejemplo J. Ingenieros, “La formación de una raza argentina”, en *Revista de Filosofía*, vol. 1, segundo semestre de 1915, pp. 464-483, y en las páginas 415 a 422 del mismo volumen, la crítica de Salvador Debenedetti, titulada “Sobre la formación de una raza argentina”. Ingenieros postulaba, para el siglo XIX, la existencia de “dos civilizaciones opuestas: la ‘argentina’ y la ‘gaucha’”, esta última mestiza y barbarizada. La cita, en p. 473.

⁴³ Cf. *Nosotros*, año 11, No. 93, enero de 1917, p. 126.

⁴⁴ La noticia del evento en *Nosotros*, año 11, No. 93, enero de 1917, p. 131; las citas de Urien, en el folleto titulado *Monumento al gaucho*, reproducidas en esa publicación.

ción del pasado, evidenciando de esta manera lo reciente del proceso de profesionalización y la debilidad del reconocimiento cultural y estatal. Así, Ricardo Rojas consideraba que la tarea “evangelizadora” de fundar una tradición debía estar en manos de los jóvenes escritores.⁴⁵

A lo largo de este período, cuyos límites podemos establecer entre 1870 y 1915, aproximadamente, el Estado había ensayado acciones para lograr la consolidación del sentimiento de nacionalidad, que sin embargo apuntaban en otras direcciones. A fines de la década de 1880, como indicamos, junto a otras posibilidades se había considerado la difusión entre los alumnos de las escuelas primarias de un pasado glorioso, y se conmemoraron efemérides diversas con intensidad. Una década más tarde, hacia 1900, ciertos funcionarios registraron con preocupación los límites de esas acciones. Naturalmente, el planteo de esos límites por parte de agentes del Estado, o de políticos e intelectuales vinculados con las élites locales, se hallaba en relación con los propios anhelos de esos hombres, pero es posible percibir en ellos rasgos de algunos fenómenos sociales de interés. Estanislao Zeballos, trece años después de haber reclamado desde el Congreso una acción decidida que lograra que “el extranjero sea afecto a la nacionalidad argentina”, sostenía en el *Informe del Consejo Escolar del Quinto Distrito de la Capital de la República*, fechado en 1900:

[...] la enseñanza cívica y moral en las escuelas ha fracasado. Las causas de ello son numerosas y complicadas; [algunas] dependen [...] del medio social, que resiste, pervierte o esteriliza la obra redentora de la escuela [...].

Y agregaba:

Los retratos, las alegorías, las fiestas extranjeras de sus hogares y de sus círculos graban en ellos [los hijos de los inmigrantes,] huellas más hondas. Por eso cuando se representa en circos de la capital La Cenicienta, la aparición de Garibaldi o de Kruger es saludada con delirio, la de San Martín con aplausos y la de Rivadavia y de Belgrano, y de Moreno, con cierta sorpresa y cortesía. Falta siempre el entusiasmo para los próceres nacionales [...].⁴⁶

Esos mismos circos eran los ámbitos donde, desde años antes y todavía por entonces, idénticos públicos convertían la adaptación teatral de *Juan Moreira* en un éxito, y el bandido gaucho que protagonizaba la pieza era transformado en un héroe. Los “próceres nacionales”, de acuerdo con Zeballos, no despertaban mayor entusiasmo; el panteón extranjero y un bandido rebelde, en cambio, parecían gozar de mejor recepción entre quienes hacían del circo uno de los caminos de acceso popular al mercado de bienes culturales.

Un balance similar al de Zeballos, al menos en sus líneas maestras, alentó años después la llamada educación patriótica. Hacia el Centenario, Ricardo Rojas y José María Ramos Mejía volverían a insistir como muchos otros en la necesidad de fundar una conciencia nacional sobre la base de “nuestras tradiciones”, y a destacar el papel que la escuela habría de jugar en

⁴⁵ Citado por C. Altamirano y B. Sarlo, *op. cit.*, p. 100. Sobre la situación de la disciplina, remitimos a N. Pagano y M. Galante, “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del Centenario a la década del 40”, en F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, CEAL, 1993, y a A. Cattaruzza, “La historia y la profesión de historiador en la Argentina de entreguerras”, en *Saber y tiempo*, No. 13, Buenos Aires, 2001.

⁴⁶ Cf. *Informe del Consejo Escolar del Quinto Distrito de la Capital de la República*, Buenos Aires, 1900, pp. 70 y 71, respectivamente.

esa tarea, en particular a través de la enseñanza de la historia y la lengua nacional. Así, sostenía Rojas que “no constituyen una nación, por cierto, muchedumbres cosmopolitas cosechando su trigo en la llanura que trabajaron sin amor. La nación es, además, la comunidad de esos hombres en la emoción del mismo territorio, en el culto de las mismas tradiciones, en el acento de la misma lengua, en el esfuerzo de los mismos destinos”. Rojas, sin embargo, se precavía: “No preconiza el autor de este libro una restauración de las costumbres gauchas que el progreso suprime por necesidades políticas y económicas [...]”.⁴⁷

Años más tarde, en 1923, Pablo Pizzurno –que fuera presidente del Consejo Nacional de Educación– revelaba las disidencias que existían en torno de la educación patriótica, en su conferencia “El fracaso de la escuela primaria”. Su título no puede menos que remitir al diagnóstico que Zeballos había planteado casi un cuarto de siglo antes, aunque la referencia parece aludir a los tonos que el esfuerzo nacionalizador tomara hacia 1910:

[...] hicimos cantar el himno a cada momento con cualquier pretexto o sin pretexto; hicimos jurar la bandera a niños de seis años con tanta solemnidad exterior como inconsciencia [...] pero son los jóvenes de la generación que empezó a educarse bajo ese gobierno escolar extremadamente “patriótico” o “nacionalista” los que, en proporciones desusadas [...] eluden el servicio militar.⁴⁸

El balance de Pizzurno era francamente desalentador, y no resultaba una excepción. Otros intelectuales dudaban de la eficacia pasada y presente de la escuela como herramienta de consolidación de la nacionalidad y aun se llegaba a cuestionar el contenido ideológico del sistema de ritos y símbolos propuestos a los alumnos.⁴⁹

De todas maneras, Pizzurno no consideraba aún la posibilidad de recoger la tradición criollista popular, que todavía se hallaba extendida y vigorosa. Ello, incluso a pesar de que ese vigor no era pasado por alto por prestigiosos e influyentes intelectuales. En esos mismos años, Juan Agustín García, después de recorrer con “bondad y paciencia” los centros criollistas, concluía que allí se expresaba una actitud patriótica de sentido diverso al que fomentaba la liturgia escolar:

La guitarra es, en todos estos cantos, el símbolo de la patria; de una patria más dulce y suave, que no viene rodeada de banderas y músicas de clarines. La patria popular no es, en estos tiempos, la heroica y envuelta en el humo de las batallas que se enseña en los colegios. Es una patria civil del tiempo de paz, amable, sentimental, algo bulliciosa y alegre.

⁴⁷ Cf. Rojas, *La restauración nacionalista* [primera edición: 1909], Buenos Aires, Peña Lillo, 1971, pp. 87 y 140, respectivamente. Acerca de Ramos Mejía, véase A. Bozzo, “Una aproximación a la obra de José María Ramos Mejía: el campo intelectual y el uso de la historia en el marco de las ciencias sociales”, en *Anuario*, XVI, Rosario, Escuela de Historia/UNR, 1993-1994.

⁴⁸ Cf. P. Pizzurno, “El fracaso de la escuela primaria”, en *Revista de Filosofía*, IX, 5, 1923, Buenos Aires, pp. 305 y 306. Se trata de la reproducción de una conferencia. Debe señalarse, a pesar de todo, que un diagnóstico que se basara exclusivamente en la resistencia al reclutamiento parece poco convincente: salvo en coyunturas muy peculiares, la prevención popular ante la leva y luego ante el servicio militar obligatorio fue un fenómeno de larga duración en la cultura popular.

⁴⁹ Entre otros ejemplos, puede verse R. Melgar, “Educación moral”, en *Revista de Filosofía*, VI, 6, 1920; y “Plan de Estudios y Programas para las Escuelas de Nuevo Tipo”, en *El Monitor de la Educación Común*, Buenos Aires, 1929.

La nota de García no sólo pretendía diferenciar esa amena tertulia criollista, que cultivaba la tradición en su faz emotiva convocando a una “capa social en la que los recursos son muy modestos”, de los ritos escolares, sino también de un teatro que, aun convocando a públicos populares, no lograba más que aplausos artificiales mediante el recurso de exhibir la bandera “en una atmósfera de gritos y de vivas”, e invocar a Moreno, Belgrano y San Martín, junto al nombre de las batallas en las que se consiguió la independencia.⁵⁰ Luego de finalizar la Gran Guerra, las críticas a la enseñanza de una historia excesivamente marcial, y a un patriotismo belicoso que habría llevado a la catástrofe, no eran notas excepcionales, ni en Europa ni en la Argentina. La observación de Pizzurno, las que en esas fechas realizaba Ramón Melgar, rector de la Escuela Normal de Dolores, o las de algunos grupos de docentes porteños iban en un sentido similar, y la creación de comisiones revisoras de textos escolares, que debían expurgarlos de las referencias ofensivas para los vecinos, fue corriente en los países involucrados en la guerra; la Argentina y el Brasil organizarían una similar poco después. Pero lo que distingue la argumentación de García es el planteo que hace de una celebración más informal, sin tantos rigores protocolares, propia de una sociabilidad menos pautada por la intervención estatal, el núcleo posible de lo que llama una “patria popular”, organizada alrededor de la evocación de lo que se creía era el pasado criollo.

A sostener esta inclinación popular al criollismo contribuían, en la década de 1920, producciones culturales diferentes de las disponibles en etapas anteriores. Cuando menos para Buenos Aires, el proceso de organización de una nueva modernidad, relacionado estrechamente con la consolidación de la cultura de masas y la industria cultural que se anunciaban en el período anterior, ha sido analizado con detalle. Nuevos públicos urbanos accedían ahora a colecciones de libros baratos, que venían a sumarse a los folletines ya presentes en las bibliotecas de los sectores populares. Los diarios comenzaban a asumir definitivamente su condición de medios masivos de comunicación, a través de transformaciones técnicas y editoriales, y creaban a su vez una instancia de inserción profesional para los escritores. En el mundo de las letras rioplatense, las vanguardias aparecían también más atentas a la política de lo que se pensó durante mucho tiempo. El cine y la radio, a su vez, completaban el cuadro.⁵¹

En un escenario así transformado, los motivos criollistas tuvieron destinos curiosos. En 1919 y en 1924, grupos de intelectuales vanguardistas llamaban *Martín Fierro* a sus revistas; se ha indicado incluso que en las letras porteñas puede registrarse la presencia de un “criollismo urbano de vanguardia”.⁵² Pocos años más tarde, en 1925, una nueva obra tomaba al gaucho como su personaje central: *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. También, nuevamente, la novela implicaba un relato del pasado: en este caso, la campaña de comienzos de siglo era planteada como un ámbito sin conflictos sociales, culturalmente homogéneo, evocado con nostalgia frente a la inseguridad y la tensión de las ciudades.⁵³ Dado que la novela sugería su extinción,

⁵⁰ Juan Agustín García, “El gusto. Los sectores populares”, en *Sobre el teatro nacional y otros escritos y fragmentos*, Buenos Aires, Agencia General de Librería, 1921, pp. 23-31.

⁵¹ Véase, acerca de estos procesos, B. Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, y L. Gutiérrez y L. A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Sobre las vanguardias y la política, sugerimos el artículo de F. Rodríguez, “Inicial. Revista de la nueva generación. La política en la vanguardia literaria de los años veinte”, en *Estudios Sociales*, 5, 8, 1995.

⁵² Cf. C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos*, cit., p. 159.

⁵³ Remitimos al trabajo citado de Sarlo, en particular pp. 31-43.

en los años siguientes y hasta la década de 1930 se suscitaron discusiones entre los intelectuales argentinos en torno de la efectiva existencia del gaucho en esos años del siglo XX.

A su vez, los productos de la industria cultural exhibieron también las marcas del criollismo. En el universo de la música popular, se produjo en la década de 1920 una recuperación del tradicionalismo, atenuado en los años anteriores, que tiene en el éxito entre el público porteño de las compañías de bailes y cantos tradicionales una de sus pruebas; los temas rurales fueron asumidos no sólo por el sainete, sino también por el cine.⁵⁴ Aun el tango, que era entendido como un género clásicamente urbano, aunque “nacional”, recogía en sus títulos, sus letras y sus formas musicales motivos y tonos del repertorio rural tradicional, al tiempo que el diario *Crítica*, por entonces de gran circulación, anunciaba una encuesta sobre el gaucho en estos términos: “Símbolo de la nobleza argentina, el gaucho no ha muerto ni morirá jamás en el alma del pueblo argentino. *Crítica* [...] es el diario gaucho del país”.⁵⁵

Atento a la cuestión, y sugiriendo el tono de las relaciones existentes entre ámbitos tan diferentes, Aníbal Ponce sostenía inmediatamente después en la *Revista de Filosofía* que “cierta encuesta reciente, al detener la marcha de la urbe afanosa, le ha invitado a pensar sobre un pasado que creemos remoto”, para concluir que “la leyenda del gaucho se ha extinguido”. Ponce encuentra razones para alegrarse de esa circunstancia en una interpretación del pasado nacional: “En complicidad con la iglesia, que supo explotar su salvajismo, y con el señor feudal, que lo supo amarrar a su interés, el gaucho fue indiscutiblemente el peor enemigo de la revolución. Todo culto enternecido a su memoria tendrá, pues, una honda raigambre antiargentina”. El argumento parecía recoger, junto a una muy amplia tradición interpretativa propia del siglo XIX, algunos razonamientos de Ingenieros planteados hacia 1915, y culminaba anunciando, contra la inmortalidad que proclamaba *Crítica*, que “la ciudad de Buenos Aires acaba de celebrar los funerales del gaucho”. El análisis de Ponce dibujaba así una alternativa al tradicionalismo de base cultural y étnica: la auténtica tradición argentina se definía en cambio en torno de un conjunto de principios políticos, y la nación volvía a hallar su momento inicial en Mayo.⁵⁶

La universidad albergó también a ciertos grupos de profesores e investigadores que se mostraron inquietos por la interrogación acerca de las especificidades nacionales. Sin embargo, las zonas de la estructura universitaria que podían buscar respuesta fuera de la tradición jurídica eran por la época particularmente débiles, y sus elencos y su producción resultaban todavía absolutamente vulnerables a las críticas que literatos y aficionados desplegaban desde el activo mundo de la cultura. Más allá de las cátedras de historia y literatura, otras disciplinas parecían involucradas en el estudio de los rasgos culturales que distinguían a esta sociedad, tal como había ocurrido más de un siglo atrás en Europa: la filología y los estudios folclóricos. En la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires fue crea-

⁵⁴ Acerca del criollismo en el cine, consultar E. Tranchini, “El cine argentino y la construcción de un imaginario criollista”, en *Entre pasados*, año IX, No. 18-19, pp. 113 a 142; véase también, sobre la música, H. Goyena, “El tango...”, citado.

⁵⁵ Véase *Crítica*, Buenos Aires, 1 de agosto de 1926. Poco más tarde, en 1930, el diario organizaba una Gran Pajada Nacional. Cf. S. Saítta, *Regueros de Tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 117 y 299.

⁵⁶ Cf. A. Ponce, “Los funerales del gaucho”, en *Revista de Filosofía*, año XII, No. 5, septiembre de 1926; las citas en páginas 274 y 272, respectivamente. Sobre Ponce, sugerimos la consulta de O. Terán, “Aníbal Ponce, o el marxismo sin nación”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

do el Instituto de Filología en 1922, con la intención expresa de inaugurar la práctica científica de la disciplina en el país y formar un núcleo de investigadores. Por otra parte, los maestros habían sido encargados un año antes de la primera recopilación de piezas folclóricas en todo el país, que impulsaba el Consejo Nacional de Educación; el conjunto de la documentación obtenida fue entregada al Instituto de Literatura Argentina de aquella misma facultad, que desde su creación en 1922 tuvo entre sus propósitos el estudio del folclore argentino, asunto al que se dedicaba uno de los pocos miembros rentados. Como era previsible, en el Instituto de Filología se desarrollaron estudios sobre el castellano en América y se organizó una sección de Lingüística Indígena; tampoco resulta sorprendente que en el balance de 1926 su director señalara que una de las líneas de investigación se dedicaba a la etimología de la palabra gaucho. El estudio científico del idioma y de las producciones de la cultura popular autóctona venía a sumarse, así, a la búsqueda de los rasgos propios de la nación.⁵⁷

A fines de la década de 1920, entonces, la figura del gaucho parecía seguir convocando adhesiones entre los públicos amplios, mientras que entre los intelectuales la recepción de los planteos sobre el *Martín Fierro* efectuados hacia el Centenario ganaba terreno. A pesar de los planteos de Ponce, el gaucho solía aparecer convertido en “legendario cruzado épico”, y el mismo Fierro, “el viejo gaucho”, invocado “como numen tutelar” en la apertura de una exposición de cuadros de Pedro Figari, que el orador tenía por “tan nuestra como un galope del pampero o una sangre de ceibo”. Parece significativo que semejante pieza fuera publicada por *Renovación*, revista publicada en La Plata por los estudiantes herederos de la Reforma y cercana a las vanguardias, entre textos de Alejandro Korn, críticas de libros firmadas por Jorge Luis Borges y artículos de Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero.⁵⁸ Pero, a pesar de estas presencias, el Estado continuó relativamente ajeno a la exaltación gauchesca, al menos en sus formas más evidentes. Fue sólo a partir de mediados de la década de 1930 cuando algunas señales comenzaron a anunciar cierta recepción, que culminaría en la definitiva canonización estatal del *Martín Fierro*, y con él de la figura del gaucho, en un proceso iniciado a fines de esa década.

Así, hacia 1934, en ocasión del centenario del nacimiento de Hernández, los diputados Alejandro Castiñeiras y Silvio Ruggieri, del Partido Socialista, que había sido, a comienzos de siglo, renuente a la conmemoración gauchesca, presentaban al Congreso Nacional un proyecto de ley que contemplaba autorizar el emplazamiento de un monumento a Hernández en la ciudad de Buenos Aires, recogiendo la iniciativa de una comisión popular de homenaje. El proyecto fue aprobado en Diputados sin discusión y girado al Senado, donde tampoco hubo polémicas, para finalmente transformarse en la Ley 12.108. Castiñeiras, en un enlace clásico del pasado con el presente, fundamentaba el proyecto más que en las virtudes literarias del *Martín Fierro*, en su condición de “documento valioso y educativo que permite descubrir el origen lejano de prácticas políticas viciosas, de abusos y desmanes que, aún hoy, des-

⁵⁷ Los datos consignados en P. Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997, pp. 70, 135 y 138. Sobre la recopilación folclórica mencionada, puede verse A. Cattaruzza, “Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional”, en A. Cattaruzza (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política* [tomo VII de la *Nueva Historia Argentina*], Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 467. En torno de la cuestión del valor del *Martín Fierro* como testimonio folclórico y, en rigor, sobre la intermediación del poema en los estudios posteriores, pueden verse los planteos de Martínez Estrada en “Lo gauchesco”, cit., en particular, pp. 33 y siguientes.

⁵⁸ Las citas, respectivamente, en el comentario al libro *Cosas de negros*, de Vicente Rossi, firmado por Borges en *Valoraciones*, No. 10, La Plata, agosto de 1926, pp. 39-40, y en J. M. Villarreal, “Figari pintor”, en la p. 53 de la misma publicación.

graciadamente, perduran en algunas zonas de la República, para desdicha de los innumerables nietos de Martín Fierro”. En Senadores, en cambio, el conservador Rhode hacía del poema “el último canto de la epopeya comenzada por Valdivia [...] y clausurada con el triunfo de la civilización por el genio y la espada del general Roca”. Las diferencias interpretativas no devenían, sin embargo, en decisiones legislativas encontradas; como señalamos, la ley se aprobaba sin debates.⁵⁹

Poco tiempo después, en 1938, un conjunto de iniciativas se presentaron en ambas cámaras de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, con el objetivo de instituir el Día de la Tradición, que habría de celebrarse cada 10 de noviembre, día del nacimiento de José Hernández; al parecer, las autoridades porteñas habían tomado una decisión en ese sentido poco tiempo antes.⁶⁰ En 1939, una ley aprobada por unanimidad establecía la incorporación de la nueva efemérides al calendario provincial, y en los años siguientes los sucesivos gobiernos, desde el conservador hasta el peronista, decretaban el feriado. En 1948 se extendería la celebración a todo el territorio nacional, a través de un decreto del gobierno peronista. En la temprana década de 1940 se contempló la instalación de un monumento al gaucho en la ciudad de La Plata, propuesta que se trató en la legislatura provincial también en 1948.⁶¹

Un nuevo consenso que articulaba diversas tradiciones culturales, políticas e ideológicas parecía reinar en torno de la asociación entre el gaucho y la nacionalidad en los años finales de la década de 1930. Así, el secretario de la Agrupación Bases, activa participante en la campaña para erigir un monumento a Alberdi hacia 1934, promovía los homenajes gauchescos en 1938 citando el artículo de uno de los socios, en una nota elevada al Senado provincial:

El poema gauchesco de Hernández, simboliza en su esencia más profunda, espiritual y nacionalista [...] lo que sirve para estructurar [...] el motivo básico de la iniciativa. La Patria [...]

⁵⁹ Cf. [Congreso Nacional], *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Año 1934, Tomo IV, Sesiones Ordinarias* [2 de agosto al 29 de agosto], Buenos Aires, Imprenta del Congreso, 1935, p. 303. En esa misma página, la cita de Castiñeiras; la aprobación en Diputados, en pp. 767 y 768. El trámite en Senadores puede seguirse en [Congreso Nacional], *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores. 1934 Período Ordinario. Tomo II* [1° de septiembre a 30 de septiembre], Buenos Aires, Cuerpo de Taquígrafos del Honorable Senado de la Nación, 1935; la intervención de Rhode en p. 919.

⁶⁰ Véase E. Coni, *El gaucho. Argentina, Brasil, Uruguay*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1969, 2ª ed., p. 203, nota. El dato no ha podido verificarse. Acerca de las iniciativas provinciales, véase [Honorable Senado de Buenos Aires], *Día de la Tradición y monumento al gaucho. Antecedentes legislativos*, La Plata, 1948.

⁶¹ Ese mismo año de 1948 aparecía *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, de Ezequiel Martínez Estrada. Sobre la obra de Martínez Estrada y el contexto en el que fue producida, sugerimos C. Altamirano y B. Sarlo, “Martínez Estrada: de la crítica a *Martín Fierro* al ensayo sobre el ser nacional”, en *Ensayos Argentinos*, cit. Por otra parte, la historia necesariamente parcial de varios monumentos al gaucho fallidos resulta curiosa. En 1922 funcionaba una comisión popular, probablemente la que se organizara en 1915, aquí mencionada, a la que la intendencia reclamaba datos para decidir sobre el emplazamiento del monumento. Cf. *La Nación*, 24 de octubre de 1922, p. 5, col. 7-8. En 1928, la Municipalidad adquirió “El resero”, una figura que puede reputarse gauchesca; instalado con anterioridad en Posadas y Av. Alvear sería desplazado a Mataderos en 1934, y reinaugurado el 25 de Mayo de ese año. Cf. *Boletín municipal*, Ordenanza 3650/934. De todas maneras, quienes participaron en las discusiones de 1947 en la Legislatura provincial, que hemos citado, insistían en que no existía todavía el monumento al gaucho. En la actualidad, la documentación reunida por los investigadores del Instituto de Teoría e Historia del Arte J. Payró, de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, registra tres monumentos al gaucho, dos en La Plata y uno en Las Flores, pocos más que los dedicados a un mucho menos telúrico cartero. Agradecemos la información que los investigadores del Instituto nos proporcionaron, así como la posibilidad de consulta del Archivo Monumenta, fruto de proyectos de investigación UBACyT subsidiados.

tiene en el “Martín Fierro” [...] el vértice de nuestra propia idiosincrasia. “Martín Fierro” debe ser para todo argentino como un catecismo.⁶²

Por su parte Carlos Sánchez Viamonte, diputado provincial por el Partido Socialista, sostenía en la cámara de diputados provincial un año después que “el poema de José Hernández contiene mucha parte del alma nacional, del alma argentina con sus defectos y virtudes, es decir con su fisonomía propia que jamás es desdeñable y la cual no podría desdeñar un pueblo sin traicionar su propio destino, que aparece involucrado en su pasado y su presente”.⁶³

Por fuera del Estado pero no de la política, Álvaro Yunque, intelectual cercano al Partido Comunista, había reivindicado en 1937 a José Hernández, quien “en 1869 [...] fundó un periódico [...] en el que pueden leerse sus protestas contra el abuso que se cometía arriando al gauchaje hacia los contingentes, a pelear contra los indios, para defender la tierra de otros”.⁶⁴ Quizás más significativo aún sea el hecho de que el propio Aníbal Ponce iniciara hacia 1934 una reconsideración de la figura del gaucho, en el contexto de su nueva reflexión sobre la cuestión nacional.⁶⁵ Y en 1936, una xilografía representaba una movilización del fallido Frente Popular en la que aparecía un cartel de la AIAPE con el retrato de Hernández acompañado por los de Lenin y Marx.

Pero la derecha política y cultural argentina, en sus varias versiones, hacía también suya la figura del gaucho y en particular de Martín Fierro, aunque atribuyéndole otros rasgos. Las víctimas de la usura judía y de la rapiña inglesa eran, en las caricaturas del nacionalismo filofascista, gauchos, que representaban al argentino; en diciembre de 1940, en la revista publicada por los revisionistas se sostenía que “la catolicidad de Martín Fierro no ofrece dudas”, que “en su servicio militar de fronteras ejerció hasta extremos inconcebibles su espíritu de obediencia”, creyendo “servir a la nación”, y que era él un “símbolo de la raza”.⁶⁶ Dos años después, en 1942, el decreto del gobierno provincial bonaerense, encabezado por Rodolfo Moreno, que establecía el feriado correspondiente, señalaba que “todo el acervo de las tradiciones patrias nace, reposa y se concreta” en el gaucho, que “canta el oprobio de la tiranía y la alabanza de la libertad”, “contribuye a la caída del tirano y a la organización nacional, siguiendo a Urquiza hasta los campos de Caseros y a Mitre hasta Pavón”.⁶⁷

De este cruce de interpretaciones posibles que, sin embargo, retenía el acuerdo central en torno del gaucho, parece dar cuenta también el discurso que en 1939 Justiniano de la Fuente, funcionario provincial en tiempos de Fresco, miembro de la ya mencionada Agrupación Bases y presidente de la Federación Gaucha Bonaerense, pronunciaba en La Plata al finalizar la “caravana de la argentinidad” celebrada el 10 de noviembre. En la oportunidad, se reafir-

⁶² En [Honorable Senado de Buenos Aires], *Día de la Tradición y Monumento al Gaucho. Antecedentes legislativos*, La Plata, 1948, p. 12. Sobre las discusiones en torno del pasado en la década de 1930, consultar A. Cattaruzza, *Historia y política en los años treinta*, Buenos Aires, Biblos, 1991.

⁶³ Véase la intervención de Sánchez Viamonte reproducida en el texto citado en la nota anterior, pp. 22 y siguientes.

⁶⁴ Cf. A. Yunque, “Echeverría en 1837. Contribución a la historia de la lucha de clases en la Argentina”, en *Claridad*, xv, 313, mayo de 1937, sin número de página.

⁶⁵ Consultar O. Terán, “Aníbal Ponce...”, cit., p. 173.

⁶⁶ El periódico nacionalista *La Maroma*, publicado en Buenos Aires en la segunda mitad de la década de 1930, es quizás el ejemplo más vulgar y extremo, entre otros muchos que pueden evocarse, en lo que hace al antisemitismo. La cita, en J. Luna Álvarez, “Una fantasía sobre Martín Fierro”, en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, II, 6, 1940, p. 177.

⁶⁷ En [Honorable Senado de Buenos Aires], *op. cit.*, p. 36.

maba el “valor de nuestro gaucho en la evolución social e institucional de la República”, tras invocar a Moreno y los revolucionarios de Mayo, a Carlos Pellegrini, a San Martín, Rivadavia, Sarmiento y también a Juan Manuel de Rosas.⁶⁸

Por su parte, en el todavía reducido mundo integrado por los individuos dedicados a la práctica profesional de las ciencias sociales, la preocupación por fijar dónde podía hallarse la auténtica tradición nacional se hacía también presente, aunque las respuestas fueran menos homogéneas. Esa inquietud los aproximaba a los ámbitos menos académicos: investigadores del folclore, filólogos e historiadores, estos últimos dotados de instituciones algo más consolidadas, parecían llamados a ofrecer una opinión científica acerca de aquellas cuestiones. En este sentido se pronunciaba Ricardo Levene, probablemente el historiador que en la competencia institucional por el reconocimiento del Estado había logrado ocupar el lugar más destacado en la década. Levene afirmaba en el “Prólogo” a la *Historia de la Nación Argentina* que “respondiendo a un imperativo moral, esta generación de estudiosos entregará a las venideras la *Historia de la Nación Argentina* tal como la ha visto y sentido, realizándola con espíritu científico, por el ideal de la verdad histórica y con espíritu patriótico, con amor por la tradición y las instituciones de la Patria”. Esa versión del pasado tenía por objeto “auscultar el alma de una nación y descubrir sus sentimientos dominantes y sus virtudes esenciales”, para lo cual “es necesario fomentar el estudio por la investigación científica”.⁶⁹ Levene se planteaba así un programa que era, a un tiempo, científico y patriótico.

Desde estos puntos de partida, muy extendidos en la historiografía a fines de la década de 1930, se ensayaron interpretaciones que exhibían algunas diferencias con las que otros intelectuales proponían. Esas diferencias, en ocasiones, se debían a las distintas perspectivas ideológicas puestas en juego. En otros casos, en cambio, se trataba al mismo tiempo de disputas que concernían a la defensa del lugar de la disciplina en la construcción de imágenes del pasado. Emilio Coni, miembro desde 1927 de la Junta de Historia y Numismática, fue uno de los historiadores que se dedicó con continuidad a la historia agraria y de la ganadería. A su cargo quedó un capítulo del cuarto volumen de la ya citada *Historia de la Nación Argentina*, aparecido en 1937; a ese trabajo se sumaban libros y artículos anteriores, publicados en revistas de las instituciones de historiadores. La inserción de Coni en la trama de la historia profesional argentina de la década de 1930 era, así, muy firme.⁷⁰

Uno de los asuntos que frecuentó Coni fue el del gaucho. Algunos artículos específicos, y un libro de 1937, anticipan la obra póstuma que apareció en 1945, cuya producción debe situarse entre 1940 y 1943. La obra no sólo contenía una serie de planteos eruditos acerca de la historia de estos territorios desde la conquista europea, sino que sugería tanto el tono de las reflexiones que alrededor del gaucho, en tanto figura histórica, se realizaban a fines de la década de 1930, como las dimensiones político-culturales involucradas en esos planteos. En la “Introducción” a *El gaucho*, fechada en febrero de 1943, sostenía Coni:

La leyenda gauchesca [...] ha tomado una amplitud y seriedad tales, que hoy la mayoría de las gentes ignora que se trata de una leyenda y le asigna con toda buena fe el carácter de he-

⁶⁸ En *ibid.*, pp. 102 y 103.

⁶⁹ Cf. R. Levene, *Prólogo* [1934], en [Academia Nacional de la Historia], *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1961 [1ª ed., 1936], p. XXV.

⁷⁰ Acerca de la labor historiográfica de Coni, puede consultarse B. Bosch, *Estudio Preliminar* [1968], en E. Coni, *El gaucho*, citado.

cho histórico. A este resultado se ha llegado, por cuanto el tema ha sido monopolizado por poetas y literatos, a los cuales poco les preocupa la verdad histórica [...].⁷¹

Instalado en el papel del historiador científico, Coni confesaba sin embargo que la “necesidad de restablecer la verdad histórica no habría sido motivo suficiente” para la publicación de su obra. El impulso decisivo surge ante otra circunstancia: “cuando sobre una leyenda que se infla día a día, se estructura toda una doctrina seudonacionalista, que pretende para una sola provincia el monopolio de la argentinidad y la representación exclusiva de la Patria”, el autor sí se decide a “bajar a la arena para tratar de restablecer el imperio de la verdad”. Y continúa Coni:

Sobre la leyenda gauchesca descansa hoy una doctrina, según la cual la pampa y el gaucho representan la nacionalidad, lo que viene a significar que las diez provincias no pampeanas, no gauchescas, no cuentan para nada en la argentinidad. Y sin embargo [...] son ellas las que tienen más derecho que la cosmopolita Buenos Aires a representar la nacionalidad.⁷²

Evocando sus años juveniles, y retomando sin citar antiguas interpretaciones previas, el historiador recordaba haber comprendido “que las verdaderas tradiciones argentinas eran las que perduraban” en las provincias interiores, pasando a mirar críticamente “el martinfierrismo del Litoral con sus pretensiones de representación argentina”.⁷³

En la argumentación del autor, era éste un asunto histórico, no sólo en el sentido de que se hallaba en juego una interpretación del pasado sino también en otro, quizás menos evidente, que indicaba que era la voz de los historiadores la que debía venir a enmendar los desatinos, pasados y presentes, cometidos por quienes no se preocupaban por cumplir los procedimientos de método que la historia prescribía, fueran “poetas y literatos” o sociólogos. Coni se alarmaba ante la decisión del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires de tomar el *Martín Fierro* como “fuente de investigaciones” para temas tales como las clases sociales o la familia.⁷⁴ El problema no era banal, ya que daba en el centro de uno de los presupuestos metodológicos irrenunciables para la historiografía profesional, y remitía a una ya antigua discusión sobre el poema de Hernández. Esa polémica giraba sobre cuánto había en él del lenguaje efectivamente empleado por los grupos criollos populares, aun de los bonaerenses, a mediados del siglo XIX, y todavía no se hallaba saldada. En la perspectiva de Coni, el *Martín Fierro* era impensable como fuente, y no hablaba más que de la inventiva de su autor. Coni citaba en su apoyo la autoridad de algunos filólogos e investigadores del folclore, aunque en esas disciplinas las opiniones estaban divididas.

Finalmente, el eje de discusión que elegía Coni habla de certezas que, tal vez a su pesar, compartía con intelectuales ajenos a la academia: el historiador, armado de su instrumental científico, se propone recuperar la “verdadera” tradición nacional allí donde no ha sido contaminada, y una auténtica representación de la nacionalidad. Desde cierto punto de vista, la

⁷¹ Cf. Coni, *El gaucho*, cit., p. 25.

⁷² *Ibid.*, p. 24. Manuel Gálvez había esbozado una interpretación similar, hacia 1910, en *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*.

⁷³ Cf. Coni, *op. cit.*, p. 26. La imagen del interior como sede de la auténtica tradición puede rastrearse, aún en ciernes, en ciertos argumentos de J. V. González, por ejemplo.

⁷⁴ Cf. Coni, *El gaucho*, cit., p. 248, haciendo referencia al primer número del *Boletín* del Instituto, de 1942. El problema del valor testimonial del poema había sido ya objeto de discusiones. Años más tarde, Martínez Estrada retomaba el asunto en “Lo gauchesco”, mencionado con anterioridad.

disidencia en torno de si ella debía encontrarse en el gaucho a lo Martín Fierro o en los campesinos sedentarios de las provincias interiores se torna una disidencia menor. Tampoco Coni, historiador académico, dudaba de la existencia de una nacionalidad que pudiera ser representada por algún tipo social autóctono, al que reclamaba la casi imposible condición de “haber dado pruebas palpables de su argentinidad” por varias generaciones.⁷⁵

De todos modos, la voz de Coni fue solitaria. En las décadas siguientes, la inclinación a hacer del gaucho la figura clave de la “argentinidad” continuó siendo evidente en las acciones estatales, a pesar de la existencia de algunas discrepancias.

3 Las razones que contribuyen a explicar que la apropiación estatal del mito gaucho haya comenzado en estos años pueden hallarse, inicialmente, en aspectos específicos de la coyuntura. La autorización otorgada por el Congreso para la instalación de un monumento a Hernández se produjo en ocasión del centenario del nacimiento del poeta, ya legitimado por Lugones y Rojas. La iniciativa de 1938, a su vez, partió en La Plata de una asociación civil y su ámbito de recepción fue el Poder Legislativo provincial, pero es posible que la cercanía de grupos nacionalistas al gobierno de Fresco haya jugado algún papel.⁷⁶ También fue visible, en los años iniciales de la Segunda Guerra, una preocupación de las autoridades por apelar a viejos procedimientos que, suponían, habrían de consolidar la unidad nacional: en las intervenciones oficiales durante los actos patrios, por ejemplo, se enlazaba la cuestión de la soberanía, reactualizada por la neutralidad decidida ante el conflicto, con la apelación a la tradición nacional. Quizás ese ambiente favoreciera la incorporación de la imagen del gaucho al arsenal estatal utilizado.

Pero, como señalamos al comienzo, otro elemento que merece destacarse es el acuerdo que, en los años cercanos a 1940, parecía reinar en torno de la asociación entre el gaucho y la tradición argentina, clave de la nacionalidad. Para explicar ese acuerdo conviene atender a tendencias que exhibían mayor antigüedad.

Desde fines del siglo XIX, la evocación de un pasado gaucho, que funcionó como inicial principio identitario, fue corriente entre amplios grupos populares, y parece haber persistido, aun conviviendo con otras imágenes, hasta la década de 1930. En el clima del Centenario, fueron algunos hombres de letras quienes rescataron al *Martín Fierro* como poema nacional, con argumentos que no se extendieron sin controversias, y que desplazaban el foco de atención de una cuestión de contenido –la rebeldía frente a las injusticias–, hacia una vinculada a la forma –la originalidad de un idioma y de un género nativo–. Paulatinamente, fueron quedando en el olvido algunos de los aspectos del poema que, en su hora, se habían juzgado los más riesgosos para el orden social. Estas transformaciones fueron una de las condiciones de posibilidad para que, a fines de la década de 1930, el Estado recogiera tardíamente aquella inclinación popular al criollismo.

Las iniciativas desplegadas por el Estado con el fin de afirmar el sentimiento de nacionalidad se concentraron desde fines del siglo XIX y por décadas, sin embargo, en una celebración

⁷⁵ Cf. Coni, *El gaucho*, cit., p. 320.

⁷⁶ Puede consultarse sobre este punto M. D. Béjar, “Altars y banderas en una educación popular. La propuesta del gobierno de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires”, en AA.VV., *Mitos, altares y fantasmas. Aspectos ideológicos en la historia del nacionalismo argentino*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/UNLP, 1992.

ajena al criollismo. El acento se ponía, en cambio, en el papel jugado por la élite y sus héroes en la “fundación de la nación”. La escuela, una de las herramientas que intentaron utilizarse para la intervención sobre la sociedad, siguió esa misma línea, al igual que la historia profesional, en cuya organización el Estado estuvo más involucrado de lo que se ha supuesto con frecuencia y cuyas producciones eran uno de los insumos que alimentaba el discurso de docentes y funcionarios escolares. Durante mucho tiempo, los debates en torno de qué contenidos debían atribuirse a la nacionalidad que aspiraba a fortalecerse habían sido agitados, aunque en general indirectos. Sin embargo, a la hora de consagrar al gaucho a fines de la década de 1930, en sectores amplios del aparato estatal parecía haberse impuesto una concepción que tendía a definir la identidad nacional en términos que se querían étnicos, con un eje en formas culturales a las que se atribuía tanto un carácter popular como una antigüedad que las hacía en verdad argentinas.

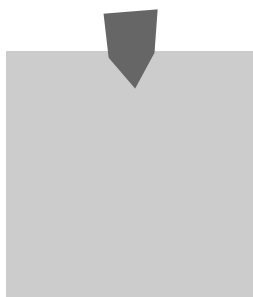
De todas maneras, debe tenerse en cuenta que, tal como hemos sostenido, ni las iniciativas del Estado ni las propuestas provenientes de la alta cultura se desarrollaron sobre unos destinatarios que permanecieran inactivos o inertes. Por el contrario, el Estado intentó operar sobre unos grupos sociales notoriamente heterogéneos que leían, interpretaban, atribuían sentidos, construían relatos, inventaban tradiciones que no se alineaban con la que les proponían la cultura letrada y el Estado. Esas acciones constituyeron esbozos de puja con la acción estatal, que naturalmente variaba en intensidad de acuerdo con el momento, pero cuya existencia no puede soslayarse. Como es evidente, planteos de este tipo se apoyan en la presunción de la existencia de cierta autonomía cultural en los sectores subalternos y, simultáneamente, en la observación de Baczko que insiste en que los imaginarios sociales resultan un lugar y un objeto de conflicto. Desde estos puntos de vista, la apelación a un pasado gaucho fue, desde fines de siglo XIX y hasta la década abierta en 1930, una herramienta de integración y cohesión alternativa a la que el Estado proponía a los grupos populares. Tal carácter alternativo suponía algún modo de disputa simbólica.

En ese espacio de intercambio y apropiación de bienes simbólicos, los autores ven forzados sus anhelos originales, y las interpretaciones más predecibles de los textos se pierden; de este modo, un poema como *Martín Fierro*, referido a un personaje de ficción, pudo transformarse en una versión del pasado, que a su vez se tornó una pieza clave de la identidad colectiva. Parece entonces evidente que los grupos sociales, y entre ellos los sectores populares, construyeron sus vínculos con el pasado con los relatos que les ofrecieron los manuales escolares, la historia erudita y las arengas que, cuando alumnos, escucharon los días de fiesta nacional, pero también con un complejo mucho más amplio de textos, entendido el término en un sentido amplio.

En este punto, es posible volver a considerar si una de las especialidades tradicionales de la disciplina, la historia de la historiografía, tiene algún papel en el estudio de estos procesos, dado que se la supone dedicada al análisis de la producción intelectual referida al pasado. La respuesta sólo puede ser afirmativa si se entiende que “los sucesos y los problemas de la historia de la historiografía son en realidad los sucesos y los problemas de la [...] relación global de una sociedad con las huellas reales o imaginarias de su pasado”.⁷⁷ En la Argentina, entre fines de siglo y 1940, los textos del criollismo fueron una de esas huellas. □

⁷⁷ Cf. M. Mastrogregori, “Historiographie et tradition historique des souvenirs. Histoire ‘scientifique’ des études historiques et histoire globale du rapport avec le passé”, en C. Barros (ed.), *Historia a debate*, I, Santiago de Compostela, HAD, 1995, p. 278.

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 6 / 2002

*Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo)**

Pierre Rosanvallon

École des Hautes Études en Sciences Sociales

El historiador de las ideas, el filósofo y el historiador de los hechos y las instituciones compartieron durante mucho tiempo la aprehensión del campo político, que recortaban en tres territorios disciplinarios estrictamente estancos. Los herederos de Langlois-Seignobos y Fustel de Coulanges, los émulos de Émile Faguet y los descendientes de Victor Cousin cultivaron apaciblemente, durante más de medio siglo, sus pequeños jardines de “especialistas” universitarios sin pensar siquiera en echar una mirada sobre los de sus vecinos. Y adoptaban esa actitud cualesquiera fueran, por otra parte, las preferencias partidistas y las orientaciones filosóficas que impregnaban sus trabajos. De allí el desgaste progresivo de esos géneros tradicionales. En lo que les concernía, los jóvenes historiadores más dotados tomaron claramente distancia desde la década de 1930. Los términos en que formularon su crítica son bastante conocidos y no hace falta volver a ellos. En su contribución a *Faire l'histoire*,¹ Jacques Julliard explica de esta manera, y con justa razón, la mala prensa de que goza la historia política entre los historiadores franceses desde hace unos cuarenta años.

¿Significa esto decir que el estudio de lo político se abandonó de manera progresiva y que cedió por completo su lugar a los nuevos intereses en lo económico, lo social o lo cultural cultivados por la generación de los Ariès, los Braudel y los Febvre? En verdad, las cosas no pasaron así. La declinación de la historia política tradicional también estuvo acompañada del desarrollo de la historia de las mentalidades políticas y sobre todo de la sociología política.

* Asigno a este texto el estatus de *nota de trabajo* con la intención de preservar su carácter abierto. La reflexión epistemológica y programática que desarrolla se inscribe, en efecto, en el período de redacción de una obra dedicada a la *Histoire de la démocratie française*, que intenta poner prácticamente en acción las preocupaciones y orientaciones metodológicas que aquí se sugieren. En *Le Moment Guizot* (París, Gallimard, 1985) ya había efectuado una primera tentativa, aún limitada y vacilante, encauzada hacia la historia conceptual de lo político, procurando tomar distancia tanto con respecto a la historia política tradicional como a lo que se conviene en llamar historia de las ideas. A medio camino entre un libro en lo sucesivo apartado de mí y que, en consecuencia, puedo releer con una mirada crítica, y una obra que todavía tengo en mis manos, esta nota de trabajo refleja el sentido de un esfuerzo en marcha y no formula en modo alguno, por lo tanto, las conclusiones metodológicas de un trabajo que haya dejado de interrogarse sobre sí mismo.

El presente artículo, cuyo título original es “Pour une histoire conceptuelle du politique (note de travail)”, se publicó en la *Revue de synthèse*, 4(1-2), enero-junio de 1986, pp. 93-105. Traducción de Horacio Pons.

¹ J. Le Goff y P. Nora (comps.), *Faire l'histoire*, vol. 2, *Nouvelles approches*, París, Gallimard, 1974 [traducción castellana: *Hacer la historia*, vol. 2, *Nuevos enfoques*, Barcelona, Laia, 1985].

En *La République au village*,² Maurice Agulhon dio sus cartas de nobleza a la primera, en procura de allanar el camino a un nuevo enfoque de la historia política deseosa de mantener distancia frente a las problemáticas deterministas (cf. Ernest Labrousse: “Lo social atrasa con respecto a lo económico, y lo mental atrasa con respecto a lo social”) y las estrictas descripciones etnológicas. La sociología política, por su lado, conoció un indudable privilegio, la creación de un concurso de ciencias políticas por oposición que consagró a mediados de la década de 1970 su especificidad universitaria. Además del renovado interés por la historia de las ideas que resultó de ello, el desarrollo de esta disciplina se tradujo, sobre todo, en la multiplicación de los trabajos referidos a las fuerzas políticas y el sistema político. Por el camino abierto a principios del siglo XX por Roberto Michels³ y Moisei Ostrogorski,⁴ Annie Kriegel,⁵ Maurice Duverger⁶ y Georges Lavau,⁷ por no citar más que a algunos, dedicaron libros, hoy clásicos, al Partido Comunista Francés o al estudio global de los partidos. Por otra parte, abundaron los trabajos sobre las élites políticas y el funcionamiento general del sistema político.

Muchos de los libros publicados en esas dos direcciones, la de la historia de las mentalidades y la de la sociología política, representaron una innovación y permitieron renovar el enfoque del campo político. Pero no colmaron el vacío dejado por la desaparición gradual de la historia de las ideas y la historia de las instituciones. El desplazamiento de método y de objeto que efectuaron también marcó rápidamente sus límites. Esto se advierte con claridad si se toma el ejemplo del hecho comunista. La multiplicación de los estudios sobre el Partido Comunista Francés o el movimiento comunista internacional —y los hay excelentes— no permitió en verdad una mejor captación de la esencia del totalitarismo, y limitó por eso mismo la comprensión que podíamos tener del funcionamiento de las sociedades comunistas. De allí el interés creciente en la filosofía política desde principios de la década de 1970.⁸

Así, el abordaje de los problemas políticos ha estado marcado desde hace treinta años por una serie de desplazamientos sucesivos, ya fuera simplemente por deslizamiento dentro de la profesión misma de los historiadores, ya por modos de reactivación disciplinaria. Por un lado, los historiadores de las mentalidades sucedieron a los llamados historiadores de los acontecimientos. Por el otro, los sociólogos tomaron el relevo de los historiadores, y los filósofos, luego, el de los sociólogos. Podría ya entablarse una primera discusión sobre la base de esa comprobación, para intentar evaluar el aporte respectivo de las grandes obras que caracterizaron cada una de esas etapas. Planteada en esos términos, no estoy seguro de que la cuestión sea de mucho interés. Me doy cuenta tanto mejor de ello cuanto que yo mismo sentí en

² M. Agulhon, *La République au village*, París, Seuil, 1979 (primera edición: París, Plon, 1970).

³ R. Michels, *Les Partis politiques* (1911), París, Flammarion, 1971 [traducción castellana: *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1972, 2 volúmenes].

⁴ M. Ostrogorski, *La Démocratie et les partis politiques* (dos volúmenes, 1902), reedición compendiada por P. Rosanvallon, París, Seuil, 1979.

⁵ Cf. en particular A. Kriegel, *Les Communistes français. Essai d'ethnographie politique*, París, Seuil, 1968 [traducción castellana: *Los comunistas franceses*, Madrid, Villalar, 1978].

⁶ M. Duverger, *Les Partis politiques*, París, Armand Colin, 1951 [traducción castellana: *Los partidos políticos*, México, FCE, 1994].

⁷ G. Lavau, *À quoi sert le parti communiste français?*, París, Fayard, 1982.

⁸ Entre otros signos de ese interés, puede mencionarse el lanzamiento de nuevas colecciones como “Les classiques de la politique” en Garnier, “Critique de la politique” en Payot y “Recherches politiques” en las PUF, o la publicación de revistas como *Libre* y más adelante *Passé-Présent*.

algún momento la tentación de pensar desde ese punto de vista la renovación del estudio de lo político (haciendo de la filosofía política, desde luego, la nueva vía regia de acceso a lo político, que supuestamente opera con respecto a los sociólogos y los historiadores de las mentalidades una ruptura equivalente a la que los padres fundadores de los *Annales* habían efectuado con referencia a sus predecesores). No tengo dudas, claro está, de que el aporte de la filosofía política es decisivo e insoslayable. Del mismo modo, estoy íntimamente convencido de que ella abrió nuevos horizontes a la comprensión del mundo contemporáneo. El vigoroso ascenso de la filosofía política al primer plano del escenario intelectual francés de la década de 1980 es en verdad un fenómeno fundamental, que se explica sin duda por cierto agotamiento de las grandes corrientes que marcaron el desarrollo de las ciencias sociales en la década de 1960. Pero no se confunde con otro fenómeno más difuso, conexo pero, sin embargo, distinto: la formación progresiva de una *historia conceptual de lo político*, que supera el juego de los clivajes y desplazamientos que acabo de evocar.

Me parece que el hecho intelectualmente más interesante de estos últimos diez años es el acercamiento gradual de las problemáticas de análisis de lo político de los especialistas salidos de disciplinas diferentes. Poco a poco, todo un conjunto de reorientaciones disciplinares, autónomas en un inicio, pudieron dibujar un lugar común. Para ilustrar lo que decimos, citemos a título indicativo las siguientes:

- el redescubrimiento y la renovación de la historia de las ideas con trabajos como los de C. Nicolet (*Histoire de l'idée républicaine en France*),⁹ P. Manent (*Naissance de la politique moderne*),¹⁰ P. Bénichou (*Le Sacre de l'écrivain*)¹¹ o L. Dumont (*Homo aequalis*);¹²
- la renovación filosófica de la historia política con los libros de F. Furet (*Penser la Révolution française*)¹³ o B. Baczko (*Lumières de l'utopie*);¹⁴
- la filosofía política del acontecimiento con los ensayos de C. Lefort reunidos en *L'Invention démocratique*;¹⁵
- el desarrollo de una antropología política en el linaje de las obras de P. Clastres (*La Société contre l'État*)¹⁶ y M. Gauchet y G. Swain (*La Pratique de l'esprit humain*);¹⁷
- la reactivación de la filosofía del derecho por obra de jóvenes filósofos como L. Ferry y A. Renaut (*Des droits de l'homme à l'idée républicaine*).¹⁸

⁹ C. Nicolet, *Histoire de l'idée républicaine en France*, París, Gallimard, 1982.

¹⁰ P. Manent, *Naissance de la politique moderne*, París, Payot, 1977.

¹¹ P. Bénichou, *Le Sacre de l'écrivain*, París, José Corti, 1973 [traducción castellana: *La coronación del escritor. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, FCE, 1981].

¹² L. Dumont, *Homo aequalis*, París, Gallimard, 1976 [traducción castellana: *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*, Madrid, Taurus, 1999].

¹³ F. Furet, *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978 [traducción castellana: *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Petrel, 1980].

¹⁴ B. Baczko, *Lumières de l'utopie*, París, Payot, 1978.

¹⁵ C. Lefort, *L'Invention démocratique*, París, Fayard, 1981 [traducción castellana: *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990].

¹⁶ P. Clastres, *La Société contre l'État*, París, Minuit, 1974 [traducción castellana: *La sociedad contra el Estado*, Barcelona, Monte Ávila, 1978].

¹⁷ M. Gauchet y G. Swain, *La Pratique de l'esprit humain*, París, Gallimard, 1980.

¹⁸ L. Ferry y A. Renaut, *Des droits de l'homme à l'idée républicaine* [traducción castellana: *Filosofía política, III. De los derechos del hombre a la idea republicana*, México, FCE, 1991].

Todas estas obras comparten cierta dimensión filosófica. Pero ese rasgo no basta para caracterizar su aire de familia. La unidad de esos trabajos reside, más precisamente, en un presupuesto metodológico y una cuestión. El primero obedece a la definición implícita de lo político sobre la cual se fundan. Para ellos, lo político no es una “instancia” o un “dominio” entre otros de la realidad: es el lugar donde se articulan lo social y su representación, la matriz simbólica en la cual la experiencia colectiva se arraiga y se refleja a la vez. ¿La cuestión? La de la modernidad, su advenimiento y su trabajo.

Me parece ahora llegado el momento de superar la mera constatación de esta convergencia muy globalmente definida para construir de manera más rigurosa la noción de historia conceptual de lo político de la que participan estos diferentes trabajos. El primer paso de esa construcción implica diferenciar con claridad esta historia conceptual de la historia tradicional de las ideas. Diferenciación tanto más necesaria cuanto que se advierte con nitidez que los autores y las obras que acabamos de citar suscitan con bastante frecuencia la impresión de estar sobre el filo de la navaja: posición precaria que, por supuesto, también hago mía.

* * *

La historia tradicional de las ideas me parece marcada por cierta cantidad de debilidades metodológicas que hay que catalogar con cuidado. Podemos señalar por lo menos cinco de ellas:

1) *La tentación del diccionario*. Consideremos obras clásicas de fines del siglo XIX como las de Émile Faguet, *Politiques et moralistes au XIX^e siècle*,¹⁹ o Paul Janet, *Histoire de la philosophie morale et politique*.²⁰ De hecho, están compuestas por una suma de monografías consagradas a distintos autores. Cada uno de esos estudios puede tener méritos intrínsecos, pero su agrupamiento no constituye, propiamente hablando, una obra que permita comprender el movimiento intelectual del siglo. Podemos hacer el mismo reproche a libros más recientes, como el de Pierre Mesnard, *L'Essor de la philosophie politique au seizième siècle*.²¹ Si no leí a Althusius o Hotman, este libro me dará una idea de su obra, pero la presentación sucesiva de una veintena de grandes autores de la época no proporciona las claves del balanceo de conjunto que se produce por entonces en la filosofía política. *Le Temps des prophètes* de Paul Bénichou²² o la *Histoire des idéologies* dirigida por François Châtelet²³ tienen el mismo inconveniente. Esto no significa que haya que rechazarlos. Al contrario, la mayoría de las obras que hemos citado constituyen preciosos instrumentos de trabajo. Pero no tienen nada de *histórico*. Son en realidad diccionarios especializados de obras o manuales de doctrinas políticas. Pueden ser notables en el detalle de sus análisis, proporcionar un enorme caudal de útiles indicaciones bibliográficas, presentar una diestra síntesis de tal o cual obra e incluso renovar el juicio sobre un autor en particular, pero en general no están sostenidos por ninguna problemática global.

¹⁹ É. Faguet, *Politiques et moralistes au XIX^e siècle*, París, s.f., tres volúmenes.

²⁰ P. Janet, *Histoire de la philosophie morale et politique*, París, 1858, dos volúmenes.

²¹ P. Mesnard, *L'Essor de la philosophie politique au seizième siècle*, París, Vrin, 1969 (primera edición: 1936) [traducción castellana: *El desarrollo de la filosofía política en el siglo XVI*, Puerto Rico, Ediciones de la Universidad, 1956].

²² P. Bénichou, *Le Temps des prophètes*, París, Gallimard, 1977 [traducción castellana: *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, México, FCE, 1984].

²³ F. Châtelet (dir.), *Histoire des idéologies*, París, Hachette, 1978, tres volúmenes [traducción castellana: *Historia de las ideologías. De los faraones a Mao*, Madrid, Akal, 1989, tres volúmenes].

Son libros hechos para la *consulta*, no es necesario leerlos de manera continua para descubrir su aporte. Los colocamos en nuestra biblioteca en los anaqueles de los volúmenes de uso frecuente, al lado de los diccionarios. Se trata ya de un lugar de preferencia.

2) *La historia de las doctrinas*. Sea en un inicio una “doctrina” cualquiera: la idea de progreso, el socialismo, el liberalismo, el contrato social, el utilitarismo, etc. La “historia” de esta doctrina consiste generalmente en un laborioso trabajo de señalamiento del avance de la “idea” en la historia. Ejemplos de este género son obras como *La Formation du radicalisme philosophique* de E. Halévy,²⁴ *J.-J. Rousseau et la science politique de son temps* de R. Derathé²⁵ o *Le Socialisme au XVIII^e siècle* de A. Lichtenberger.²⁶ Estos autores presuponen, de hecho, que la doctrina estudiada representa algo consumado y estable. Concepción abiertamente finalista que hace de esas obras extensos rastreos de *precursores*. Se parte de Rousseau, Bentham o Marx para identificar a todos los que los “anuncian”, los “prefiguran” o “marcan una etapa” en la formación de la doctrina que ellos encarnan. El lector ve desfilar ante sí capítulos en los cuales las obras sólo se examinan con referencia a un punto de llegada ya conocido. En su forma culta (R. Derathé, E. Halévy), estas historias tienen al menos el mérito de reunir un verdadero material documental y la prudencia de fijarse límites bastante estrictos en su búsqueda de anticipaciones de la doctrina que estudian. En su forma vulgar, tienden de manera inevitable a ampliar su campo, para hacer de la doctrina considerada la consumación resplandeciente de toda la historia filosófica. Hay, por ejemplo, historias del materialismo histórico que, partiendo de los filósofos de la Antigüedad, trazan laboriosamente la larga lista de todos aquellos que “columbraron” —al mismo tiempo que, en general, la pasaban por alto— la susodicha doctrina hasta que ésta fue en definitiva comprendida en su totalidad por Marx. Las doctrinas son como gérmenes cuyo crecimiento se completa en obras que, en el fondo, no tienen otro interés que el de reflejar su tortuoso avance. Paradójicamente, una historia semejante no tiene nada de histórico. Lo que se pone en entredicho es aquí la noción misma de doctrina.

3) *El comparatismo textual*. Cohabita a menudo con la historia de las doctrinas. Consiste en no pensar una obra sino con referencia a las que la siguen o la preceden, y en darle existencia sólo en relación con lo que le es exterior. Cuántas presentaciones de Maquiavelo, Auguste Comte o Locke en las cuales no se trata de sus obras sino, sobre todo, de aquellas de las que son deudas o de los trabajos futuros cuyo camino abren. La historia de las ideas consiste entonces en manipular una especie de calidoscopio por medio del cual se puede disponer una multitud de figuras siempre bien ordenadas. Este comparatismo sistemático suele disimular una ausencia total de capacidad de interrogación de los textos. El arte del comentario equivale a protegerse permanentemente detrás de la presuposición de un carácter explicativo en sí mismo de la referencia. Decir que Sieyès anuncia a Benjamin Constant no nos enseña nada, desde luego, si sólo se sabe que este último anuncia a Tocqueville o se opone a Joseph de Maistre. La historia de las ideas, sin embargo, actúa a menudo de ese modo. Este comparatismo generalizado señala por lo común una indigencia de la reflexión que se oculta detrás de un ejercicio de pseudo erudición. En la mayoría de los casos, a ese defecto básico se suma, además, una ceguera ante las diferencias de contexto en las cuales las obras cobran sen-

²⁴ E. Halévy, *La Formation du radicalisme philosophique*, París, 1901-1904, tres volúmenes.

²⁵ R. Derathé, *J.-J. Rousseau et la science politique de son temps*, París, Vrin, 1974 (primera edición: 1950).

²⁶ A. Lichtenberger, *Le Socialisme au XVIII^e siècle*, París, 1895.

tido. Se compara a Adam Smith y Benjamin Constant como si sus obras procuraran responder a la misma cuestión. De tal modo, la obra se aprehende implícitamente como un texto autónomo y jamás se la concibe como un *trabajo* cuyos determinantes es preciso comprender. Por otra parte, de ello resulta, en general, una acumulación de equívocos por los cuales se supone que las palabras mismas no tienen historia. Se comparará a Rousseau, Tocqueville y Gambetta sin tener en cuenta que el término “democracia” no tiene el mismo sentido para cada uno de ellos.

4) *El reconstructivismo*. En este caso, el análisis y el comentario tienen como objeto práctico reescribir una obra para presentarla con una coherencia y una claridad que se suponen ausentes en el autor. El Marx de Althusser es el ejemplo casi demasiado perfecto de ese reconstructivismo. Pero cualquiera puede tener también su Burke, su Maquiavelo o su Tocqueville. Se trata de una manera de pensar por procuración, al abrigo de una obra sobre la cual, en última instancia, puede proyectarse cualquier cosa. En el fondo, la obra no se toma en serio y no es más que el soporte de una interpretación que la asfixia y la invade; se la contempla *a la distancia*.

5) *El tipologismo*. Reina sobre todo en los manuales, como la *Histoire des idées politiques* de Jean Touchard (PUF, colección “Thémis”) o la obra de igual título de Marcel Prélot (Dalloz), que por desdicha aún constituyen el alimento con el cual se atiborra a los universitarios en las facultades de derecho y ciencias políticas. En ellos la historia de las ideas se reduce a la elaboración de una especie de vasto catálogo de las escuelas de pensamiento y las doctrinas. Los autores distribuyen algunos centenares de obras en pequeños cajones con curiosas etiquetas. Abramos el Prélot. Con él aprendemos a distinguir el nacionalismo “emotivo” (Barrès, Péguy), “integral” (Maurras), “totalitario” (Hitler, Mussolini), “personalizado” (De Gaulle). En cuanto al liberalismo, puede ser “puro” (Constant), doctrinario, democrático, católico, constructivo, extremista; por lo demás, el término “liberalismo” nunca se define. No hay ninguna historia en esos manuales que tienden a considerarlo todo en términos de escuelas, etapas, períodos, corrientes. En ellos, el arte de la clasificación sustituye la reflexión y la comprensión de las obras. Me parece que calificar de liberal puro a Benjamin Constant no contribuye en absoluto a comprenderlo, así como el hecho de saber que Saint-Simon es un socialista utópico tampoco puede ser de gran ayuda para nadie.

Estas cinco debilidades de la historia de las ideas se mezclan con frecuencia en grados diversos. El problema, señálemoslo, no se limita al mero debate entre texto y contexto tal como se desarrolló, por ejemplo, en Inglaterra y los Estados Unidos a principios de la década de 1970. La desventaja más grosera de todas esas obras tradicionales de historia de las ideas consiste en que *no nos hacen comprender nada histórico, aun cuando aprendamos mucho de otras cosas*. El aporte de la historia conceptual de lo político debe considerarse ante todo en función de este límite fundamental.

* * *

El *objeto* de la historia conceptual de lo político es comprender la formación y la evolución de las *racionalidades políticas*, es decir, de los sistemas de representación que gobiernan el modo como una época, un país o unos grupos sociales conducen su acción e imaginan su porvenir. Si partimos de la idea de que esas representaciones no son un continente exterior a la conciencia de los actores –como lo son, por ejemplo, las mentalidades–, sino que resultan, al

contrario, de un trabajo permanente de reflexión de la sociedad sobre sí misma, la meta de la historia conceptual de lo político es: 1) hacer la historia de la manera como una época, un país o unos grupos sociales procuran construir respuestas a lo que perciben más o menos confusamente como un *problema*, y 2) hacer la historia del *trabajo* efectuado por la interacción permanente entre la realidad y su representación, definiendo *campos histórico-problemáticos*. Su objeto, así, es identificar los “nudos históricos” en torno de los cuales se organizan nuevas racionalidades políticas y sociales y se modifican las representaciones de lo político en relación con las transformaciones de las instituciones, las técnicas de gestión y las formas de la relación social. Es historia conceptual porque la inteligibilidad de las situaciones y el principio de su activación se anudan y se ponen a prueba en torno de conceptos: la igualdad, la soberanía, la democracia, etcétera.

Algunos ejemplos de esos nudos y esas cuestiones: ¿cómo trabaja la cuestión “terminar la Revolución” en la cultura política del siglo XIX en su relación con la percepción de término? ¿Cómo se anuda la cuestión del liberalismo y la democracia durante la Revolución? ¿Cómo y por qué se transforma la reflexión sobre el lazo social en la Inglaterra del siglo XVIII? Estos ejemplos puntuales nos llevan a hacer una observación fundamental: la historia conceptual de lo político, si bien puede aprehender un cúmulo de objetos distintos, siempre se relaciona, no obstante, con una perspectiva central, la de la interrogación sobre el sentido de la *modernidad política*, su advenimiento y su desarrollo; modernidad política ligada al surgimiento progresivo del individuo como figura generadora de lo social, que pone la cuestión de las relaciones entre el liberalismo y la democracia en el corazón de la dinámica de la evolución de las sociedades.

Contrariamente a la historia de las ideas, la *materia* de esta historia conceptual de lo político no puede limitarse al análisis y el comentario de las grandes obras, aun cuando éstas puedan en ciertos casos considerarse con justa razón como polos que cristalizan las cuestiones que una época se plantea y las respuestas que intenta darles. Esa historia conceptual toma de la historia de las mentalidades²⁷ la preocupación de incorporar el conjunto de los elementos que componen ese objeto complejo que es una *cultura política*: el modo de lectura de las grandes obras teóricas, las obras literarias, la prensa y los movimientos de opinión, los panfletos y los discursos de circunstancia, los emblemas y los signos. No podemos conformarnos, por ejemplo, con aprehender la cuestión de las relaciones entre liberalismo y democracia durante la Revolución Francesa suponiendo que consiste en una especie de debate en la cumbre entre Rousseau y Montesquieu. Hay que tomarse el trabajo de ver qué retenían de estos autores quienes los reivindicaban, examinar la masa de los petitorios enviados a la Asamblea, sumergirse en el universo de los opúsculos y los libelos, releer los debates parlamentarios, penetrar en los clubes y las comisiones. Es preciso, también, hacer la historia de las palabras y estudiar la evolución de la lengua (por ejemplo, cuando se habla de democracia no se entiende lo mismo en 1789 que en 1793). En términos aún más amplios, debe tomarse en cuenta en forma permanente la historia de los acontecimientos y las instituciones. Desde este punto de vista, no hay ma-

²⁷ Sobre este punto remito al número especial “Histoire des sciences et mentalités” de la *Revue de synthèse*, 111-112, julio-diciembre de 1983, y en particular al artículo de Roger Chartier, “Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions”, que aboga legítimamente por un acercamiento de la historia de las ideas y la historia de las mentalidades.

teria específica de la historia conceptual: ésta consiste ante todo en la recolección del conjunto de los materiales sobre los cuales se apoyan, cada uno por su lado, los historiadores de las ideas, de las mentalidades, de las instituciones y de los acontecimientos.

Su originalidad reside más en su *método* que en su materia. Ese método es a la vez *interactivo* y *comprensivo*. Interactivo, porque consiste en analizar el modo como una cultura política, unas instituciones y unos acontecimientos trabajan unos en otros, componiendo figuras más o menos estables: análisis de los pliegos, de las distancias, de las superposiciones, de las convergencias, de los vacíos que acompañan ese trabajo y señalan tanto sus equívocos o ambigüedades como sus formas de realización. Comprensivo, porque se esfuerza por captar una cuestión resituándola en sus condiciones concretas de emergencia. En esas circunstancias es imposible atenerse a un enfoque “objetivista” que presuponga que el historiador se cierne y domina desde el exterior un objeto inerte. El enfoque comprensivo procura aprehender la historia en marcha, mientras aún es posibilidad y antes de quedar establecida en su estatus de necesidad. En el campo histórico, comprender en el sentido de Max Weber (*verstehen*) implica reconstruir el modo como los actores elaboran su inteligencia de las situaciones, identificar las recusaciones y atracciones a partir de las cuales piensan su acción, dibujar el árbol de los callejones sin salida y las posibilidades que estructura implícitamente su horizonte. En este aspecto, método *empático*, por lo que supone de capacidad de retomar una cuestión situándose en el interior de su trabajo. Pero empatía naturalmente limitada por la toma de distancia que permite pensar las zonas de engeguamiento y las contradicciones de los actores o los autores. Empatía controlada, si se quiere.²⁸

Este enfoque comprensivo se justifica por el presupuesto de un *invariante* entre la situación del autor o actor estudiados y la nuestra. Para el sociólogo weberiano, ese invariante es el de la naturaleza humana. En el caso de la historia conceptual de las ideas, consiste en tener conciencia de que seguimos inmersos en las cuestiones cuyo trabajo se estudia. Así, la obra del historiador puede allanar el camino a un nuevo tipo de compromiso intelectual. Éste no consiste en investir ideas, preferencias o *a priori* en una lectura o una ponencia; y tampoco es la simple puesta en escena de los grupos sociales o los autores hacia los cuales una simpatía espontánea puede inclinar al intérprete. La meta es hacer de esa historia conceptual un recurso de comprensión del presente. Idea extremadamente banal, podría aducirse con razón: el interés de la historia del pasado siempre consiste en esclarecer el presente. Sin embargo, si se observan con más detenimiento, las cosas no son tan simples. En efecto, muchos libros de historia tratan antes bien de reinterpretar el pasado en función del presente e incluso del futuro tal como lo imaginan. Esta inversión de los términos de la operación de comprensión me parece particularmente asombrosa en el ámbito de la historia política. Tomemos el ejemplo de

²⁸ La empatía, al contrario de la simpatía, no implica ninguna identificación. Esta distinción elemental no siempre parece comprenderse. Me di cuenta de ello cuando algunos me reprocharon que escribiera sobre el liberalismo de principios del siglo XIX a partir de Guizot. La empatía requiere a la vez un *trabajo de información* (que me haga capaz de evaluar los datos de la situación en la cual se encontró un autor y captar con claridad la estructura del campo histórico intelectual en el que se movió) y un *trabajo de distanciamiento* (que me haga evaluar permanentemente la diferencia entre mi propia situación y la del observado). P.-H. Maucorps y R. Bassoul escriben en *Empathie et connaissance d'autrui*, citado en Jean Foulquié, *Dictionnaire de la langue philosophique*, París, PUF, 1969: “La empatía exhibe un carácter más desinteresado, más conjetural y en cierto modo más especulativo que la simpatía. Por eso aparece esencialmente como un proceder participativo tendiente a la comprensión del otro en tanto otro, y a la previsión de sus potencialidades”.

la historia política de la Revolución Francesa. El libro de Aulard,²⁹ que constituye la obra clásica de referencia sobre el tema, analiza el movimiento político de la Revolución relacionando permanentemente los discursos y las instituciones políticas del período con lo que el autor considera la forma estable y consumada de la idea democrática.³⁰ Sigue así los avances y retrocesos de la democracia desde 1789 hasta 1799 a partir de su propia visión de ésta (el gobierno para el pueblo y por el sufragio universal). Juzga este período desde el presente tomado como punto fijo. De tal modo, una historia gradualista y lineal de este tipo considera un elemento dado y una experiencia cierta (sufragio universal = democracia) lo que es, en realidad, el lugar de trabajo de un problema (la reducción progresiva de la idea democrática a la del voto). Aulard hace como si la idea democrática estuviera presente *en el inicio*, y que sólo impidieran su plena realización las circunstancias, el discernimiento insuficiente de los actores o los datos de la lucha de clases entre el pueblo y la burguesía. Comprendida de esta forma, la historia siempre es simple: es el lugar en el cual se enfrentan fuerzas opuestas (la acción y la reacción, lo progresista y lo retrógrado, lo moderno y lo arcaico, lo burgués y lo popular) cuya resultante explica los avances y retrocesos de la idea. El pasado se juzga desde el punto de vista de un presente que en sí mismo no se piensa. En tales condiciones, la historia se convierte en un verdadero obstáculo a la comprensión del presente. La historia conceptual de lo político, en su dimensión comprensiva, permite al contrario suprimir la barrera que separa la historia política de la filosofía política. Comprensión del pasado e interrogación sobre el presente participan de un mismo rumbo intelectual. Por eso mismo, aquélla ofrece, además, un terreno de encuentro del ensayismo y la erudición que suelen presentarse de buena gana como antagónicos. La erudición es la condición indispensable de la aprehensión del trabajo que se efectúa en la historia (para tomar un rumbo comprensivo, en efecto, la suma de las informaciones que es preciso poner en juego y las lecturas que deben hacerse es considerable) y el ensayismo, como forma de intervención en la actualidad, es el motor de la interrogación que funda el deseo de conocer y comprender.

* * *

Estas observaciones, voluntariamente esbozadas con trazo grueso, sugieren que la historia conceptual de lo político no conduce tanto a rechazar los caminos tradicionales de la historia de las ideas y la historia de los acontecimientos y las instituciones, o los más recientes de la historia de las mentalidades, como a recuperar su materia en una perspectiva diferente. Trabajo de recuperación que en algunos casos puede explicar el riesgo de un simple *retorno*. Que es particularmente visible en materia de historia de las ideas. Ese campo, en efecto, permaneció abandonado durante tanto tiempo que a menudo hay que reconstruir su materia más tradicional antes de hacerla trabajar en la perspectiva de la historia conceptual. Doble esfuerzo de recuperación e innovación que, por la fuerza de las circunstancias, es preciso llevar a cabo simultáneamente.

La historia conceptual así definida debe, por último, distinguirse además de algunas tentativas hechas recientemente para renovar la historia de las ideas: en especial la de la *historia*

²⁹ F. Aulard, *Histoire politique de la Révolution française*, París, Armand Colin, 1913.

³⁰ El subtítulo del libro –“Origines et développement de la démocratie et de la république”– es en sí mismo una ilustración de esta concepción.

contextual de las ideas (cf. los trabajos de Quentin Skinner). Skinner, autor del magnífico *The Foundations of Modern Political Thought*,³¹ procuró superar el antagonismo, particularmente marcado en los países anglosajones, entre la lectura “filosófica” de los grandes autores,³² fundada en la transformación del texto en un objeto cerrado y autosuficiente,³³ y la lectura “histórica” que, impregnada de resabios de marxismo, tiende a hacer de las obras meros productos ideológicos derivados de las circunstancias y determinados por ellas. Muy influido por los trabajos de John Langshaw Austin,³⁴ Skinner, además de su deseo de no atenerse a los “grandes autores”, intentó leer los textos como “actos lingüísticos” situados en “campos de significación convencionalmente reconocibles”. El texto se lee como un discurso cuyo meollo sólo puede comprenderse si las intenciones del autor se resitúan en un contexto de convenciones. Enfoque que provocó una gran renovación en la historia de las ideas y permitió entablar un diálogo entre el historiador y el filósofo, pero cuyo carácter innovador se vio limitado, me parece, por la falta de distinción entre la problemática de los “problemas eternos de la filosofía” y la del trabajo de las cuestiones. En efecto, los términos en los que se realizó el debate metodológico sobre la manera de hacer historia de las ideas en los Estados Unidos e Inglaterra³⁵ llevaron a Skinner a sospechar de manera demasiado sistemática de “*philosophia perennis*” todo lo que tendía intelectualmente a articular la lectura de las cuestiones del presente con la del pasado.³⁶ Las condiciones en que desarrolló su crítica de la historia tradicional de las ideas lo indujeron a no dar el paso que lo habría impulsado con toda naturalidad a prolongar su marcha hacia la historia conceptual de lo político: quiso o tuvo que mantenerse

³¹ Q. Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, dos volúmenes [traducción castellana: *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, FCE, 1993, dos volúmenes]. Puede compararse este libro con la obra citada de P. Mesnard para apreciar el abismo que los separa. Skinner explicó su método en una serie de artículos muy interesantes. Citemos en particular: “Meaning and understanding in the history of ideas”, *History and Theory*, 7(1), 1969; “Some problems in the analysis of political thought and action”, *Political Theory*, 2(3), agosto de 1974 (todo el número reproduce las actas de un simposio dedicado a Skinner); “Motives, intentions and the interpretation of texts”, *New Literary History*, 3, 1972.

³² Como representantes de la “*text school*”, cf. en especial Leo Strauss y J. Cropsey, que resumen con claridad su punto de vista en *History of Political Philosophy*, Chicago, University of Chicago Press, 1963 [traducción castellana: *Historia de la filosofía política*, México, FCE, 1996].

³³ Hace poco conocí a un joven estudiante de Chicago a quien el profesor, que es un discípulo de L. Strauss, había dado la tarea de analizar la *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith, ¡prohibiéndole que leyera ninguna obra de comentario y ningún libro de historia sobre el período!

³⁴ Cf. J. L. Austin, *How to Do Things with Words*, Oxford, Clarendon Press, 1962 [traducción castellana: *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Barcelona, Paidós, 1988]. Recordemos que para Austin el lenguaje es una actividad que realiza algo; no es únicamente un operador pasivo de la significación.

³⁵ Este debate, que tuvo muy pocos ecos en Francia, generó una inmensa bibliografía. Para hacerse una idea de ello, podrán consultarse dos artículos fundamentales: J. G. A. Pocock, “The history of political thought: a methodological enquiry”, en Peter Laslett (comp.), *Philosophy, Politics and Societies*, second series, Oxford, Oxford University Press, 1962 (Pocock es también el autor del notable *The Machiavellian Moment*, Princeton, Princeton University Press, 1975; la dimensión de este artículo no nos permite discutir el método de su obra y tampoco el de Sheldon Wolin, *Politics and Vision*, Boston, Little, Brown and Co., 1960 [traducción castellana: *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1973]; estas dos obras abrieron una perspectiva muy próxima a lo que aquí llamo historia conceptual de lo político, a la vez que se asignaron por objeto un período quizá demasiado amplio); Peter L. Janssen, “Political thought as traditionary action: the critical response to Skinner and Pocock”, *History and Theory*, 24(2), 1985. Todo este debate merecería presentarse extensamente al público francés (en inglés se le dedicaron millares de páginas).

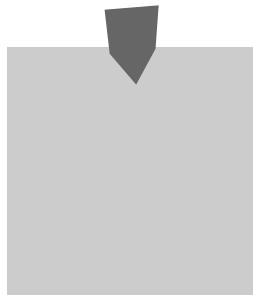
³⁶ Lo cual plantea, señalémoslo, el problema del tratamiento de la modernidad como un campo problemático en términos relativamente constantes. Esta cuestión merecería que se consagrara un debate a la pertinencia del concepto de modernidad en filosofía política.

en su papel de profesor de Cambridge. Su aporte, no obstante, sigue siendo ineludible y en este aspecto reconozco mi deuda con él.

* * *

La historia conceptual de lo político no se funda en la aplicación de recetas que, mecánicamente administradas, basten para redactar un libro capaz de ilustrar, mejor de lo que podría hacerlo una “declaración de intenciones” necesariamente torpe, lo que ella aspira a hacer. Toda obra sigue siendo un frágil intento de producir un complemento de inteligibilidad mediante la *escritura*. Acaso aquí más aún que en otros lugares. □

Lecturas



Prismas
Revista de historia intelectual
N° 6 / 2002

Sufragio, representación y soberanía en la democracia contemporánea

Darío Roldán
UTDT / CONICET

En torno de *Le Sacre du Citoyen. Histoire du suffrage universel en France* (1992), *Le Peuple Introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France* (1998) y *La Démocratie Inachevée. Histoire de la souveraineté du peuple en France* (2000), de Pierre Rosanvallon.

Luego de haber desaparecido durante siglos de la paleta de regímenes posibles o deseables, el ideal democrático irrumpe como utopía y como desafío en el contexto del ciclo de revoluciones de fines del siglo XVIII. Dos siglos después la democracia se ha instalado como un sinónimo del bien político. Paradójicamente, esta tan reciente como extendida aceptación de la democracia –por cierto, en su versión “representativa”– coincide con la crisis de sus fundamentos.

Los síntomas de ese malestar son múltiples y a pesar de que divergen según las regiones y la historia, algunos son comunes e incluso trascienden las diferentes *performances* económicas. El incremento de la abstención electoral, la dificultad que enfrentan los partidos tradicionales en expresar las expectativas ciudadanas, la ruptura entre los ciudadanos y las élites, visible tanto en las elecciones como en las encuestas de opinión, son sólo algunos ejemplos. A ellos se han sumado condicionantes inéditos que limitan las decisiones emanadas de la voluntad popular: en particular, los efectos políticos de la globalización y, en algunos países, el rol creciente de instituciones –como la Justicia– cuyo poder en el proceso de toma de decisiones se ha incrementado significativamente.

La democracia parece haberse impuesto indiscutiblemente como ideal político al mismo tiempo en que se fragiliza su funcionamiento. Precisamente, la comprensión de esta fragilidad de la democracia contemporánea es lo que vertebra el conjunto de los textos aquí presentados y cuya originalidad no sólo reside en la profundidad del análisis sino en la propuesta que Rosanvallon vehiculiza en ellos y que él

mismo ha denominado “historia conceptual de lo político”.¹ De este modo, en estos libros se ofrece a la vez una clave de comprensión de la crisis política mayor que atraviesa la democracia contemporánea y una perspectiva original inédita acerca de cómo vertebrar la historia política, la historia de las ideas, la sociología política y la filosofía política.

Por ello, sería erróneo suponer que Rosanvallon analiza sólo los disfuncionamientos de la democracia contemporánea o que los compara con una época dorada o con un tipo ideal o que rastrea la historia de la aparición de los síntomas animado por una voluntad correctiva o prescriptiva. Su enfoque no se entrega ni a la nostalgia ni a la prescripción: tampoco cede a imputar defectos a corregir para un buen funcionamiento de un modelo. Su trabajo se aparta así de una nutrida bibliografía sobre la democracia centrada en el análisis de modelos (Held, Macpherson y otros) o en intentos de definición y problematización de sus componentes principales (Arblaster, Dahl, etcétera).

Alejado de estas perspectivas, el análisis de Rosanvallon se concentra en comprender aquella crisis partiendo de una idea central: las

¹ Es imposible, en el espacio disponible, ofrecer aunque sea una somera indicación de esta idea. Sobre el particular, cf. Rosanvallon, P., “Pour une histoire conceptuelle du politique”, en *Revue de Synthèse*, 1986, N° 107, p. 93-105 –reproducido en este mismo número de *Prismas*– y la *Leçon Inaugurale* de la Chaire d’histoire moderne et contemporaine du politique al Collège de France, pronunciada el 23 de marzo de 2002 (Agradezco a P. Rosanvallon el haberme comunicado este texto). A lo largo de los textos aquí presentados, Rosanvallon también aborda esta cuestión. Por ejemplo, cf. *La démocratie inachevée*, pp. 32 y ss. y *Le Peuple Introuvable*, pp. 361 y ss.

dificultades de la democracia se enraizan en un conjunto de indeterminaciones conceptuales y filosóficas que pueden verse ya en acción en el momento de su irrupción como ideal político y que se despliegan y construyen en la historia. Su perspectiva es por ello, antes que nada, conceptual.

Pero, en la medida en que se explaya en el “largo plazo” –*grosso modo*, desde la Revolución Francesa hasta fines del siglo XX– su perspectiva es también histórica. Pero tampoco ella podría comprenderse a partir de una historia “lisa” de los problemas que la democracia ha enfrentado y del repertorio de respuestas ofrecido a ellos. Rosanvallon no se limita a construir una historia de la idea democrática ni a relatar las diferentes maneras en que ella fue concebida. Para él, la historia es el “laboratorio en actividad del presente y no la iluminación de su telón de fondo” y sólo el diálogo renovado entre pasado y presente permite “hacer legible el proceso instituyente de las sociedades”.

Fundados en la perspectiva de contribuir a elaborar los fundamentos de una “historia conceptual de lo político”, los textos que aquí se presentan parten del imperativo de comprender las indeterminaciones originarias inscriptas a la vez en la idea de la democracia y en los desafíos de su realización. Rosanvallon ha identificado hasta ahora tres² y ha consagrado un libro a explorar cada una de ellas: la que anida en la conceptualización del sufragio que lleva a explorar las dificultades que revela la historia de la ciudadanía; la que se revela en los mecanismos representativos que exige interrogar el déficit de figuración del Pueblo; por último, la que aflora en la realización de la soberanía popular que requiere exponer la indeterminación conceptual en torno de las formas de comprender la soberanía popular.

* * *

Le Sacre du Citoyen. Histoire du suffrage universel en France parte de la convicción según la cual la noción de igualdad política, es decir, de una equivalencia radical entre los hombres, introduce una ruptura intelectual esencial en la reflexión sobre la política y la sociedad modernas aún más importante que la idea de la igualdad social. En efecto, esta última puede hundir sus raíces en el cristianismo o provenir de la extensión de la noción de solidaridad entre

partes de un mismo cuerpo pero la equivalencia de calidad implicada en la reivindicación de la igualdad política sólo puede elaborarse a partir de una visión, a la vez y paradójicamente, individualista y abstracta del lazo social. La igualdad política sólo es pensable abstrayendo las diferencias “reales” que separan a los hombres, ya sea que ellas provengan de la Naturaleza o de la Historia y luego de haber decidido voluntariamente hacer caso omiso de las diferencias de saber y de poder. La igualdad política requiere entonces hacer abstracción de la realidad social. Aquí reside, al mismo tiempo, su extraordinario vigor y su radical debilidad, la explicación de su fuerza y las razones de la persistente desconfianza que –aún veladamente– sigue despertando.

Pero, según Rosanvallon, la originalidad de la igualdad política no se agota en la visión individualista y artificial de lo social que ella impone. También vehiculiza una imagen del lazo social en contraposición con las representaciones que desde el siglo XII pensaban el vínculo entre los hombres a partir de la idea de un mundo jerarquizado y dividido en órdenes o de las que desde el siglo XVIII lo escrutaban a partir de la división del trabajo bajo la forma del mercado. Transmutada bajo la forma del sufragio universal, la igualdad política introduce una concepción del lazo social alternativa al Cuerpo y al Mercado, fundada en la noción de Ciudadanía. Al hacerlo, introduce una forma de derecho también original en la medida en que, a diferencia de los derechos “individuales” de la tradición liberal, que son típicamente de protección, o de los derechos sociales que son de distribución, los derechos políticos inherentes a la noción de ciudadanía son derechos “constructivos”; ni atribuyen ni protegen: producen la sociedad en una suerte de identidad con la ciudadanía. De este modo, la historia de la constitución de la noción de ciudadanía también se inscribe en una historia de los modos de pensar lo social.

Ahora bien, si un aspecto de la indeterminación concerniente al sufragio

² Hasta ahora, se ha señalado que los tres libros constituyen una suerte de “trilogía” sobre la democracia contemporánea. Así lo dio a entender Rosanvallon en *Le Peuple Introuvable* (p. 22, nota 1). Sin embargo, en las conclusiones de *La démocratie inachevée* sugiere que la exploración de estas indeterminaciones será enriquecida con otros volúmenes.

universal remite a las dificultades, implicaciones y supuestos políticos y filosóficos que supone la irrupción de la noción de igualdad política que Rosanvallon explora con gran detalle, otro aspecto es el que exige la comprensión moderna del voto. Ello supone advertir las dificultades y, a veces, los fracasos en pasar de la soberanía pasiva del pueblo –en la que sin duda se dejan escuchar ecos pre-modernos– al individuo elector moderno. El voto “antiguo” y el voto “moderno” están así separados tajantemente por esta oposición que distingue entre la elección producida por el pueblo considerado como un cuerpo y el pueblo considerado como una suma de individuos; entre “la soberanía autorización y el autogobierno, entre el consentimiento colectivo que se da a un hombre designado y la elección individual y razonada de un candidato”.

La historia del sufragio universal se despliega así como respuesta a la transformación de la soberanía pasiva del pueblo en individuo elector moderno. Es, por ello, la historia del pasaje del consentimiento al autogobierno, y del pueblo –considerado como un cuerpo– al individuo autónomo. Pero es, también, una historia que, según Rosanvallon, se sitúa en el doble movimiento que implica la secularización (autoinstitución de lo político y lo social) y la subjetivización (advenimiento del individuo como categoría organizadora de lo social).

Rosanvallon examina la cuestión a través de una presentación cronológica. Esta elección es más “rígida” en el siglo XIX que en el XX puesto que el texto analiza sucesivamente la experiencia bonapartista (*La ciudadanía sin democracia*), *El orden capacitario* (fundado en la noción de soberanía de la razón y del ciudadano capacitario elaborada por Guizot, en boga durante la Monarquía de Julio), la experiencia de *La República utópica* (que alude a la fracasada experiencia de articular el sufragio universal con un régimen republicano entre 1848 y el *coup d’Etat* de Luis Napoleón), las vicisitudes del voto durante el Segundo Imperio que reemplazó a la República, legitimado por un plebiscito fundado en el sufragio universal (*El poder de la última palabra*) y, en fin, la experiencia inaugurada a partir de 1875 con la III República cuyos principales impulsores siempre pensaron a la República por encima del sufragio universal. De allí que la conjunción de ambos requiriera un considerable esfuerzo “pedagógico”. Ése fue el sentido, obviamente, de la propuesta de Ferry de

asociar el derecho al sufragio universal con la escolarización, instalándose así en la continuidad de una de las ideas fuertes de los doctrinarios según la cual el voto no podía pensarse disociado de la capacidad (*La educación de la democracia*). Finalmente, un último capítulo cierra con las consideraciones relativas a la historia de la aprobación del voto femenino (*El trabajo de la universalización*).

Como se ve, el siglo XX no recibe la misma atención que el XIX, anunciándose aquí un patrón de análisis repetido en las otras obras, como si lo esencial de la historia conceptual de lo político debiera recluirse en la experiencia del siglo XIX. Sin embargo, por detrás de esta presentación cronológica discurren al menos cuatro perspectivas que vertebran una lectura diferente del texto, confiriéndole no sólo su indudable originalidad sino una extraordinaria capacidad para constituirse en modelo de análisis para otras experiencias.

La consagración del ciudadano supone la aceptación de la igualdad política y la emergencia del elector moderno. Ambos procesos sólo se hacen verdaderamente inteligibles, según Rosanvallon, en el entrecruzamiento de varias *historias*. En primer lugar, la más evidente, la dimensión jurídico-institucional jalonada en Francia por la consagración del sufragio universal en 1848, finalmente consolidado a partir de la III República y completado en 1944 con el voto femenino. Esta dimensión incluye otra, de naturaleza social. Ella se hace presente antes de 1848 puesto que, en su origen, la definición de la ciudadanía expresa claramente una forma de delimitar la inclusión social y es, por lo tanto, una historia relacionada con la incorporación de excluidos y marginales (extranjeros, dependientes, mendigos, etc.). Pero también recubre otra –antropológica– que se hace evidente cuando se la considera desde la perspectiva del voto femenino. Ésta no puede ya comprenderse sólo bajo la forma de la historia social, como el producto de un conflicto de sectores marginados que luchan por su inclusión. Rosanvallon sugiere que lo que la subtiende en profundidad exige movilizar una perspectiva antropológica en la medida en que la historia de la universalización del sufragio es también la del paso de individuos considerados dependientes al reconocimiento de su condición de autonomía. Dicho de otro modo, la historia de la lucha

contra el voto censitario es de naturaleza diferente que la lucha por el voto femenino. Esta dimensión antropológica –que implica un extraordinario cambio en la percepción del otro– se inscribe en la realización de una sociedad de individuos. Pero ésta es una historia sólo parcialmente cerrada con la plena “incorporación” de la mujer como individuo autónomo³ puesto que aún plantea cuestiones pendientes como las restricciones “clínicas” (enajenados mentales) o de edad (menores) a la categoría de ciudadanos. Si, como sugiere Rosanvallon, esta historia no ha terminado es porque ella remite al proceso de individualización de lo social que anuncia el advenimiento del individuo radicalmente abstraído de toda “determinación”, considerado como un ser viviente sin ninguna distinción de condición, de sexo o de edad.

Las dimensiones jurídica, social y antropológica encubren finalmente otra,⁴ epistemológica: la del reconocimiento de la validez del sufragio universal como procedimiento óptimo de decisiones. Según una fórmula clásica, ella involucra el conflicto entre el número y la razón y el de la legitimización de las decisiones. Igual que la historia antropológica del sufragio, la historia epistemológica es también una historia abierta. Es cierto que ella no persiste en la oposición al sufragio universal –cuya aceptación es indiscutida–; sin embargo, las ambigüedades que aún despierta se hacen visibles en algunos aspectos como la clarividencia que se atribuye a algunos frente a la ceguera de la mayoría, al retraso atribuido a las capas populares en relación con los límites de lo que puede ser sujeto de referéndum, etc. En suma, la consagración del ciudadano remite a un entrecruzamiento de una historia de la inclusión social, de una historia del sujeto moderno y de una historia de la tensión entre la racionalización política y la afirmación de la soberanía de la voluntad de los individuos.

La historia de la consagración del ciudadano es uno de los grandes *affaires* del siglo XIX. En Francia, ella adopta un aspecto especial puesto que se inserta en el legado del racionalismo político del siglo XVIII que se había construido, precisamente, en la oposición entre la noción de Evidencia y la de Opinión. Esta impronta permite comprender la especificidad política francesa de asociar el Interés General con la Verdad antes que con la adición de intereses

particulares que el sufragio universal tiende a expresar. De aquí, concluye Rosanvallon, el sufragio universal es, en Francia, antes que nada, un símbolo de la pertenencia social, una forma de “reapropiación colectiva del antiguo poder real”. De allí, las dificultades de la cultura política francesa en aceptar las implicaciones últimas de la igualdad política que, obviamente, exigen comprender el espacio político como “irreductible al de la gestión o al de la técnica”. Esta dificultad se hace visible en la concepción del campo de lo político puesto que éste tiende más bien a asociarse a la gestión que a un espacio de invención social de normas, definiendo así una “democracia de integración” antes que una “democracia de gobierno”. “La democracia ha triunfado como religión pero sólo se impuso como régimen tardíamente”, concluye Rosanvallon.

La crisis de la democracia de integración no remite sólo a los mecanismos asociados con el sufragio. La comprensión profunda de sus patologías, ambigüedades y dificultades requiere explorar los vericuetos a través de los cuales el sufragio universal crea las condiciones para la “expresión” de la soberanía popular. Por ello, su comprensión exige examinar los mecanismos representativos que subtienden la democracia.

* * *

Le Peuple Introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France explora las indeterminaciones concernientes a la representación. Rosanvallon parte aquí de constatar que desde el mismo momento en que se reabre el debate en torno de la democracia se instala la cuestión de la representación. Es en su origen que la idea democrática conlleva un

³ De paso, esta distinción permite introducir una comparación entre el modelo francés y el modelo inglés a propósito de las maneras de explicar la inclusión de las mujeres y el relativo retraso con el que esa incorporación se produjo en Francia. Si en Inglaterra, las mujeres acceden al voto como expresión de una “particularidad social”, en Francia sólo lo hacen cuando se piensa a las mujeres como parte de la “universalidad”. El mismo argumento fue luego retomado por M. Ozouf en *Les mots des femmes*, Paris, Fayard, 1995.

⁴ Rosanvallon deja de lado otra posible perspectiva, que califica de “cultural” y que remite a la historia del significado de las vicisitudes relacionadas con las prácticas electorales, el fraude, la organización de los padrones, el voto secreto, en suma, todo lo que se vincula con la garantía de la libre expresión del elector.

problema: el poder del pueblo es un imperativo a la vez político, puesto que implica definir un régimen de autoridad, y también sociológico, puesto que implica también definir el sujeto que ejerce esa autoridad.

La cuestión fue planteada desde el inicio del ciclo revolucionario. Baste recordar las consideraciones célebres de Burke en su discurso a los electores de Bristol, las reflexiones de *El Federalista X*, los desarrollos de Sieyès a propósito del debate acerca del poder real. El debate en torno de ella se desarrolla ininterrumpidamente a lo largo del siglo XIX y ni siquiera vale la pena recordar que él recrudece en la segunda mitad del XX.

Ya sea porque, a través de la representación, la soberanía popular es víctima de una apropiación, ya sea porque ella misma se entrega a un proceso de autodesposesión o de delegación, ya sea porque el “lazo representativo” se desdibuja por el desinterés de los representados –debilitando así el compromiso ciudadano–, por la ambición de los representantes, o por la confiscación de la voluntad en manos de algunas instituciones representativas –aspecto especialmente referido a la “crisis” tanto de los parlamentos como luego de los partidos políticos como instituciones representativas–, el debate sobre la representación en los últimos dos siglos conoció una nutrida enumeración de problemas que no hace sino reproducir la dificultad de elaborar, construir y combinar el principio de la soberanía popular con el inevitable carácter representativo que asume la democracia.

Pero este conocido debate se centra en el problema de la “distancia”, en los “desajustes” de diverso orden que se instalan junto con el lazo representativo. Sin embargo, y no es la menor originalidad del texto, Rosanvallon no busca comprender el problema de la representación bajo la perspectiva de la historia de una distancia⁵ o del elenco de desajustes de la democracia representativa; tampoco instruye el proceso de una “traición” que habría llevado a los representantes a alejarse irremisiblemente de sus representados ni, menos aún, denuncia las aporías de una renuncia colectiva que finalizaría en anteponer la felicidad privada a la invención de una empresa colectiva. Por ello, no se centra en observar los mecanismos de miniaturización de la sociedad (leyes proporcionales), ni los de reducción de la distancia a través de la reducción

de mandatos o la reintroducción subrepticia de formas de mandato imperativo –como el control partidario de la acción de los representantes–; tampoco en analizar la reflexión que asocia la identidad sociológica con la “buena” representación o con debatir acerca de la mejor forma de resolver los disfuncionamientos de las instituciones representativas –sean éstas partidos, sindicatos, u otras–. Aun estando presentes y desgranadas a lo largo del texto, estas cuestiones no constituyen el núcleo del libro.

Para Rosanvallon, la indeterminación fundamental de la representación moderna adopta la forma de una “dificultad de figuración de la democracia”. En efecto, según Rosanvallon, la irrupción de la idea democrática no puede prescindir de coexistir con formas de “representación”. Esta asociación entre representación y democracia o entre representación y soberanía popular es independiente de que ella sea el producto de una filosofía positiva o negativa de la representación –más allá de que el impacto de una u otra es de significativa importancia– y proviene de un impedimento técnico: la democracia directa es, en la práctica, imposible.⁶ Ahora bien, porque es inevitablemente representativa, la democracia debe aportar una respuesta a dos problemas al unísono: en primer lugar, debe “encarnar” el poder del pueblo, definirlo, reconocerlo, darle existencia; en segundo lugar, debe realizar el poder del pueblo a través de instituciones y formas políticas. Dicho de otro modo, la democracia requiere resolver un problema de “figuración” y un problema de “mandato”. Explícitamente, el texto se concentra en el problema de la “figuración” dedicándole menor importancia a los problemas “institucionales”, de realización del mandato.

En la medida en que la democracia presupone que existe un sujeto que puede llamarse “pueblo” y que ese pueblo puede expresar su voluntad,

⁵ Plantear el problema de la representación basado en un disfuncionamiento de la distancia entre el pueblo y los representantes equivaldría –como se comprenderá enseguida– a negar el planteo que sugiere Rosanvallon pues ello supondría la existencia no problemática del pueblo, el cual, en la perspectiva de Rosanvallon, sólo puede “figurar” a través de la representación.

⁶ Rosanvallon retoma esta cuestión en *La démocratie inachevée*. Al respecto, cf. más adelante en este comentario. Este punto forma parte de algunas de las inevitables repeticiones que incluyen estos textos.

aquella dificultad alude entonces a las condiciones de posibilidad de su definición y de su reconocimiento. Ahora bien, la dificultad reside en que la política moderna confía al pueblo el poder en el momento en que lo social se abstrae al desaparecer los “cuerpos” que le daban visibilidad. Esta opacidad no debe ser percibida simplemente como el producto del advenimiento del individuo sino del hecho de que el imperativo igualitario que la “sociedad democrática” impulsa requiere, para hacer de cada individuo un sujeto de derecho y un ciudadano, considerar a los hombres de manera abstracta, des-inmersos de la sociedad. La voluntad popular se instala como principio exclusivo de legitimidad cuando la percepción sociológica del pueblo se transforma en una dificultad. Es la producción de la visibilidad de lo social lo que constituye la base del problema de figuración de la democracia y el corazón de la cuestión representativa.

La misma dificultad, según Rosanvallon, puede comprenderse desde otra perspectiva: la consagración jurídica del individuo requiere expulsar las determinaciones de la naturaleza o las herencias de la historia; sólo de ese modo es posible crear condiciones de equivalencia entre los individuos. Como advierte Rosanvallon, “Lo social pierde toda consistencia propia para ceder el lugar a un principio formal de construcción jurídica”. De allí, por supuesto, el carácter convencional, abstracto, ficcional del lazo social al que Rosanvallon ya había aludido en *La consagración del ciudadano*. Al contrario de las sociedades tradicionales que hacían de las diferencias un factor de integración de lo múltiple a la unidad, la integración a la sociedad democrática sólo es posible en la ficción y en la abstracción. En síntesis, el punto esencial es el carácter indeterminado del pueblo concreto; es que el sujeto que debe expresar su voluntad sólo puede ser percibido bajo la forma de una ficción y como una identidad en construcción. “Toda la dificultad –advierte Rosanvallon– reside en la distancia entre un principio político –la afirmación de la supremacía de la voluntad general– y una realidad sociológica”.⁷

Es precisamente esta oposición entre el principio sociológico y el principio político de la democracia lo que se explora a lo largo del texto. A diferencia del libro sobre la ciudadanía, en este caso Rosanvallon adopta una periodización más independiente de los regímenes políticos aunque

el libro –aun conteniendo observaciones de carácter general e intuiciones punzantes para reflexionar la cuestión en abstracto– se concentra en la experiencia francesa. La exploración se divide en tres tiempos. En primer lugar, la “era de la abstracción” en la que la idea del pueblo soberano permanece como un principio, como el programa político de un espectro de los herederos de la revolución. Aquí Rosanvallon explora los meandros de la dificultad hasta *grosso modo* mediados del siglo XIX, en que la cuestión de la figuración se expresa de manera indefinida en la medida en que ni la soberanía popular es el fundamento de legitimidad del régimen político en Francia ni, por supuesto, el sufragio universal está en vigor. La cuestión irrumpe verdaderamente como problema a partir de 1848 pero, una vez más, coincide con una concepción universalista del sufragio.

Precisamente, la brevedad de la experiencia republicana coincide con la desaparición de la era de la abstracción que es superada a partir de las reivindicaciones de representación identitaria del mundo obrero –condensadas en un célebre documento: El “Manifiesto de los 60”–⁸ que proponen repensar el universo representativo a partir de la crítica a la concepción universalista del pueblo y reclaman vincular la representación con las variables sociológicas.

La segunda etapa concentra lo esencial del texto. Rosanvallon la llama la “democracia de equilibrio”. Ella surge como una respuesta al desafío que había implicado la irrupción de una demanda de involucramiento de la diferencia social en los mecanismos representativos. El período –cronológicamente incluye en lo esencial el momento de la III República aunque sus características se extienden hasta la V República–⁹ se caracteriza porque en él surgen las reivindicaciones de enraizar los mecanismos representativos en las diferencias “visibles” de la sociedad y, sobre todo, las soluciones que se van precisando y dándole cauce a esas

⁷ P. Rosanvallon, *Le Peuple Introuvable*, p. 12.

⁸ “El Manifiesto de los 60” es un manifiesto publicado el 17 de febrero de 1864 en el marco de las elecciones legislativas parciales en París y firmado por 60 obreros reclamando la representación obrera.

⁹ En rigor, es la crisis de esa democracia de equilibrio (cuyas instituciones centrales –partidos, sindicatos e instituciones de “conocimiento social”– se forjan durante la III República) a la que asistimos, según Rosanvallon, desde la década de 1980.

reivindicaciones. Así, demandas obreras, ideas de proporcionalidad en las elecciones, representaciones parlamentarias de intereses, etc., dan lugar a la progresiva emergencia de instituciones de figuración de la democracia.

De este modo, la “democracia de equilibrio” se asienta sobre tres “muletas” –*bequilles*– que resultarían del proceso de involucramiento social en las instituciones representativas: los partidos políticos, que profesionalizan la función del representante y permiten formular identidades políticas; los sindicatos, que reconstruyen y vehiculizan una concepción menos volátil de lo social, y los cuerpos intermedios –consejo del trabajo, consejo económico y social–, que implican un vínculo con la sociedad a través de la representación. A ello debe agregarse una formidable expansión de las ciencias sociales –cuyo desarrollo está formidablemente analizado– que participan tanto de la tarea de dar cuerpo a lo social como a la de facilitar y proceder a su desciframiento. Son, entonces, las dificultades de los fundamentos de la democracia de equilibrio –articulada en lo esencial entre fines del XIX y principios del XX– las que explican la crisis actual de la representación y, por lo tanto, de la democracia. En suma, crisis de los partidos, de los sindicatos, de las instancias burocrático-administrativas encargadas de representar intereses en el seno del Estado y de las ciencias sociales se anudan para dar tono a la crisis representativa contemporánea.

Tal como lo presenta Rosanvallon, el problema esencial es que esa “democracia de equilibrio” ha sido incapaz de “darle forma política a lo social”. En rigor, la democracia de equilibrio sólo logró –y parcialmente– domesticar los inconvenientes de la disociación “entre el momento político y el momento sociológico” de la democracia moderna. De esta manera, aun en el contexto general de una historia compleja y por su propia naturaleza condenada a la irresolución –puesto que, como se verá, es posible prever la imposibilidad de estabilizar la figuración del pueblo en la medida en que él también es parte de las continuas e inevitables transformaciones de la sociedad–, este marco permite comprender la fase contemporánea del problema de la representación como una crisis de las instituciones privilegiadas de la “democracia de equilibrio” acelerada desde la década de 1980 por la disolución de las identidades partidarias, la descomposición

sindical y la desociologización de la vida política. Se anuncia, así, la entrada en una nueva edad de la democracia.

Si el pueblo es “inhallable” (*introuvable*), entonces es porque la tarea de la figuración y, por lo tanto, de su representación –la de hacerlo visible y la de darle existencia– es, después de todo, una tarea sin fin. En este punto, destaca la dimensión cognitiva involucrada en la cuestión representativa. En efecto, esta dimensión es un imperativo resultante del carácter opaco que emerge de la necesidad de hacer que la sociedad pueda ser más legible y de dar forma a un mundo en el que los individuos se orientan cada vez con más dificultad. Punto central, para Rosanvallon se articulan aquí la política y la investigación social. Si bien es cierto que los medios de investigación social se muestran cada vez más ineficientes para comprender los movimientos recientes de la sociedad (en parte porque las categorías socioprofesionales que los articulan se diferencian crecientemente), no lo es menos el que la investigación social es parte ella misma de la complejidad de la dilucidación representativa. Los excluidos no constituyen un grupo social; la exclusión no es un estado sino un proceso, no es una situación sino una historia. Por ello, Rosanvallon insiste en una idea central: antes de algo que ya existe, es más vale la *presuposición del pueblo* lo que constituye el sujeto político de la democracia. Por ello, “el objeto de la política es hacer vivir y activar esta presuposición”.

De este modo, el problema de la representación debe comprenderse en el contexto de una historia que comienza con el origen de las ambigüedades en que podría articularse la figuración del pueblo, que permite observar y entender históricamente las formas con las que la democracia de equilibrio intentó resolverlas y que, en el mismo movimiento, hace posible explicitar las dimensiones que caracterizan la crisis de la representación contemporánea.

El texto ofrece entonces la historia inacabada e inacabable de darle figuración al pueblo en el contexto de un proceso de abstracción de lo social que tiende, además, por la complejidad de su evolución, a diseminarse e individualizarse cada vez más. Dicho de otro modo, el problema de la representación posee una dimensión cognitiva. Por ello, la crisis de la representación también se expresa en la crisis de las ciencias sociales, es decir, de aquellas actividades cuya finalidad es producir conocimiento de lo social

en un contexto en el que las transformaciones sociales han convertido en experiencias individuales lo que antes se percibía como una sociedad claramente articulada en grupos o clases. En la sociedad, los individuos ya no existen en “estados” sino más bien en situaciones, en trayectorias: los moldes de las ciencias sociales no pueden percibir a los excluidos con la misma eficiencia con que podían observar la clase obrera. De este modo, la cuestión de la representación no es la historia de los mecanismos representativos, ni tampoco es la historia del agotamiento de formas representativas que habrían intervenido para estabilizar espasmos o crisis democráticas, sino más bien la expresión de una búsqueda perpetua, de una dinámica de la producción de la figura del Pueblo.

* * *

La Démocratie Inachevée. Histoire de la souveraineté du peuple en France parte también de la constatación de la fragilidad de la democracia. Pero esta vez, a diferencia de las dificultades que revela la historia de la constitución de la ciudadanía o de las que expresa el déficit de figuración del pueblo, la fragilidad está asociada con una indeterminación conceptual mayor inherente al principio mismo que caracteriza la democracia: la soberanía del pueblo. Esta indeterminación mayor remite, según Rosanvallon, a dos equívocos visibles también desde el inicio de la revolución. En primer lugar, a una ambigüedad referida a los procedimientos representativos. Aun cuando todos los constituyentes de 1789 –arguye Rosanvallon– acordaban en la necesidad de esos mecanismos, las visiones de la política en la que se volcaba ese consenso abarcaban tanto a quienes percibían al gobierno representativo en conformidad con el espíritu democrático como a quienes lo percibían en ruptura con él, como si se tratara de una “compensación” a la imposibilidad de realizar la “verdadera democracia” en el mundo moderno. En segundo lugar, esta indeterminación remite también a la “dualidad de la idea moderna de emancipación”. En efecto, sostiene Rosanvallon, el mundo moderno nace en la coincidencia de dos aspiraciones de autonomía: la que sostiene la noción de la autonomía individual y la que se nutre de la participación del individuo autónomo

en un proyecto colectivo de ejercicio del poder social. Desde el origen, la democracia representativa enfrenta la dificultad de expresar la soberanía popular y la de conciliar la aspiración a la autonomía individual con la de la participación en un proyecto colectivo. Es en ese sentido que, para Rosanvallon, la democracia ha constituido siempre, y al mismo tiempo, una solución y un problema para instituir una ciudad de hombres libres. Es por eso, además, que el problema esencial es el de la relación entre el liberalismo y la democracia.

Pero la soberanía popular es en sí misma, también, un concepto ambivalente. Por un lado, alude a una concepción pasiva, que asocia la soberanía con un principio de legitimidad que se expresa bajo la forma de una soberanía autorización; por el otro, remite a una concepción activa, que la vincula con el efectivo gobierno popular que se realiza en la idea de una soberanía instituyente en torno de la que se organiza el contrato social. A fines del siglo XVIII, coinciden confusamente, por así decir, Jurieu y Rousseau, la antigua doctrina del consentimiento popular y la de una imagen del pueblo como creador de sus normas políticas.

Estas ambigüedades se despliegan descarnadamente en la Primera Parte del texto, confiriéndole su arquitectura. En “Los bordes de la democracia” Rosanvallon explora las formas de la democracia y sus variaciones desde la crisis de la monarquía hasta la III República. Desde su perspectiva, el punto de partida es el derrumbe de la monarquía y el concomitante eclipse de los representantes frente al pueblo. Ese contexto se define, además por dos características: por un lado, una desinstitucionalización de lo político –debido a la desaparición de las instituciones monárquicas–; por el otro, la multiplicación de la soberanía en asambleas y pequeños polos autónomos. El Terror –la exaltación del poder de la calle– y Thermidor –la confiscación de la soberanía popular por un puñado de jefes– ejemplifican los dos grandes modelos en los que la revolución fracasa en articular la soberanía popular. Así, “El fracaso de la democracia representativa –concluye Rosanvallon– se resuelve por la espada”.

Este primer fracaso en pleno proceso revolucionario se reproduce en las cuatro tentativas de disipar la indeterminación democrática que se escalonan entre el Imperio y la III República. En cada una de ellas la

democracia termina por disolverse tratando de realizarse. En un extremo cronológico, el liberalismo no democrático de la experiencia doctrinaria retoma la perspectiva de Thermidor de organizar el orden y de consolidar la democracia como forma de la sociedad pero al precio de una negación absoluta de la soberanía popular. En el otro, la democracia iliberal del II Imperio intenta resolver el problema de la realización de la soberanía popular a través de la encarnación-representación de la figura del Emperador. Entre ambas –nótese al pasar que sólo ellas dos constituyen efectivos regímenes políticos– la soberanía popular se piensa en torno de otras dos tentativas que se expresan en las inmediaciones de la experiencia republicana. Por un lado, la cultura política de la insurrección, que también encuentra sus raíces en Thermidor y su gran teórico en Blanqui, ve la desinstitucionalización de la política –la barricada y la acción inmediata– como la condición de la emancipación de los hombres. Por el otro, la absolutización y la generalización del procedimiento electoral, que se funda en una política de ratificación popular permanente, y que constituye la clave de la prédica de la izquierda en la década de 1850.

La consolidación de las instituciones de la III República estabiliza una forma de democracia que Rosanvallon llama democracia *media* (*moyenne*) y cuyo análisis constituye lo esencial de la Segunda Parte del libro. Esta *démocratie moyenne* que abarca de la III a la V República coincide con la democracia *de integración* –tal como ella había sido presentada en *La consagración del ciudadano*– y con la democracia *de equilibrio* –tal como ella había sido presentada en *Le Peuple Introuvable*–. Esta Segunda Parte finaliza con el análisis de la crisis contemporánea de la democracia y es, por dos razones, una de las partes más atractivas del texto. Primero, porque ofrece una interpretación de la naturaleza de la crisis de la democracia contemporánea; segundo, porque muestra un giro significativo en la perspectiva de Rosanvallon, quien progresivamente abandona su rol de “historiador de la idea democrática” para ofrecer elementos de una “teoría de la democracia contemporánea”.

Acechadas por los fantasmas del cesarismo –la impronta bonapartista– y de la revolución social –la Comuna– y vivificadas por una visión elitista de la política, las instituciones

republicanas sustituyen la soberanía del pueblo por la soberanía de la nación y privilegian la naturaleza republicana del régimen por encima del carácter universal del sufragio. El advenimiento de una democracia de partidos que modifica el lazo representativo, la ampliación del espacio público y de las formas de expresión políticas que contribuirán a relativizar las críticas al sistema parlamentario crean un clima inestable e imperfecto pero suficiente como para crear un espacio que diluye la antigua alternativa entre el consentimiento resignado, encarnado en las experiencias del liberalismo no democrático y de la democracia iliberal, y las ilusiones de un recomienzo absoluto, expresadas por la insurrección permanente y por la absolutización de los procedimientos electivos. Su mayor mérito es haber aliado evolutivamente el parlamentarismo y la democracia.

Como se sabe, la evolución de este vínculo es interrumpido por las guerras mundiales y, de hecho, la III República fenece por la invasión alemana. Del mismo modo en que Rosanvallon presenta los cuatro bordes inquietantes de la democracia del siglo XIX, analiza los “precipicios terroríficos” que en el siglo XX angostan “la ruta hesitante de la soberanía del pueblo: el comunismo leninista-staliniano y el nacional-socialismo”. Aun cuando Rosanvallon presenta a los totalitarismos como una versión brutalmente agravada de los bordes de la democracia del siglo XIX, muestra cómo ellos permiten comprender el origen de una reformulación “modesta” de la idea democrática. Es el momento de Kelsen, Popper, Schumpeter, quienes “formulan filosóficamente la ambición democrática en la era del totalitarismo y del realismo sociológico”. El cambio en la conceptualización de la soberanía popular es, entonces, significativo. La democracia deja de remitir a la visión de un pueblo “legislador y magistrado” para designar un régimen protector de libertades: la democracia se transforma en el anverso de la dictadura. La emergencia de la Autogestión en la década de 1970 no sólo demuestra la insatisfacción con esa idea de una democracia negativa sino que expresa también el combate por la emancipación, desfigurada por el socialismo burocrático y reducida por la democracia negativa. Es el síntoma de la crisis de la *démocratie moyenne*. Es el momento en que se inaugura la crisis de la democracia contemporánea.

Desde la formulación republicana a la idea de autogestión se despliega un segundo momento en la construcción de la democracia que cambia radicalmente en la década de 1980: la globalización de los mercados y la caída del comunismo muestran un malestar en la democracia y una suerte de declinación de la voluntad. La comprensión de la naturaleza de esta crisis cierra la Segunda Parte.

Para Rosanvallon, en ella termina un ciclo largo de representaciones heredadas de lo político, organizadas en torno de la idea de la Voluntad. Se cierra así el ciclo que Maquiavelo había inaugurado pensando la construcción de la ciudad como potencia autónoma y que Rousseau había enriquecido superponiendo el Pueblo a la figura del Príncipe y haciendo de la democracia un régimen fundado sobre la voluntad humana. Rosanvallon parece sugerir entonces que si el primer ciclo del problema teológico-político se cierra con la secularización de la política, el segundo finaliza con el agotamiento de la noción de Voluntad General, núcleo básico de la crisis contemporánea de la noción de soberanía popular.

Esta crisis de la voluntad se explica, entre otras razones, por transformaciones que afectan las formas de regulación económica y social –la desregulación, entre otras–; por la complejización de la sociedad –que eclipsa al sujeto de voluntad–, etc. La conclusión es que la democracia no puede pensarse ya bajo el modo teológico-político. Aún más: Rosanvallon sugiere que se asiste a la entrada en una “era ordinaria de lo político”.

El análisis de una tentación y dos ilusiones que obstruyen ese camino y que son parte de la crisis antes que su solución completa el diagnóstico. Primera tentación: olvidar la idea de la soberanía del pueblo reduciendo la democracia a su definición negativa y reclusando en el pasado la perspectiva de una sociedad que se autogobierna. El reino de mercado, de los derechos del hombre y de los derechos de opinión bastan, desde esta perspectiva, para prevenir la tiranía, único fin atribuido a la democracia. Se combinan en esta opción una justa denuncia del “constructivismo social” con la descalificación de todo proyecto colectivo. A pesar de la percepción correcta del agotamiento de la metafísica de la voluntad general, esta perspectiva renuncia a percibir la democracia “como el intento de instituir un conjunto de individuos en una comunidad”.

Dos ilusiones, la soberanista y la mundialista. La primera reivindica la “verdadera” soberanía, traicionada por instancias que limitan el libre ejercicio de su poder, como las decisiones de organismos internacionales o las de instituciones jurídicas. La segunda sólo ve en el problema de la democracia una cuestión de escala. Se contenta con suponer que basta trasponer a nivel europeo o mundial los procedimientos del gobierno representativo. A igual distancia de la tentación de olvidar la soberanía popular como de las dos ilusiones evocadas, Rosanvallon concluye que la gran cuestión pendiente es la “redefinición del imperativo democrático en la edad de una sociedad civil plenamente emancipada”.

Ahora bien, ¿cómo pensar el *impasse* de la democracia contemporánea, atrapada entre una noción “minimalista”, aspiraciones frustradas e ilusiones vanas? Punto clave del libro –aunque ubicado en las conclusiones–, Rosanvallon avanza esencialmente el esqueleto de una respuesta y anuncia elementos de una teoría de la democracia escandidos –al menos por ahora– en tres puntos principales: la elaboración de la noción de soberanía compleja, la reflexión sobre la pluralización de las temporalidades de lo político y la perspectiva de una emancipación generalizada.

La soberanía compleja difiere de la concepción tradicional en que rompe con la visión monista de la política y con la polarización que ella implica. Ella busca superar la convicción de que el voto es la única opción de formación de la soberanía, rechaza la idea de que el crecimiento de instancias no electas sea un atentado al poder de las urnas y vehiculiza una concepción positiva de las divisiones sociales. La idea de una soberanía plural se inserta entonces en la superación de la soberanía monista y en la vocación de pensar la soberanía incorporando diversas formas de participación ciudadana, multiplicando los niveles de la representación y haciendo del reconocimiento del pluralismo representativo la clave de un gobierno más fiel a la voluntad general. Al multiplicar las instancias de participación y de representación, esta perspectiva permite reformular la relación entre democracia directa y gobierno representativo incrementando la influencia de la sociedad en el proceso político. Pero, sobre todo, se corresponde con la idea del Pueblo Inhallaible puesto que el pueblo permanece como un poder que nadie puede

encarnar, transformándose así en el sujeto, a la vez central y ausente, del proceso político. La soberanía compleja pretende resolver el problema de darle forma política a lo social, reconociendo, al mismo tiempo, la inexistencia de un pueblo uno y de existencia real y la vasta complejidad de la sociedad moderna.

La reflexión sobre las temporalidades de la política ha estado ausente de la teoría política excepto por las consideraciones que asocian la duración de los mandatos con formas de reducir la distancia entre representantes y representados. Sin embargo, para Rosanvallon se trata de un punto clave en la medida en que la democracia “no adquiere sentido sino como la construcción de una historia”. Desde su perspectiva, las definiciones procedurales (mecanismos de legitimación y de decisión) o los enfoques esencialistas (tomando en cuenta la calidad social del poder y sus representantes) son insuficientes puesto que no pueden dar cuenta del hecho de que la voluntad general es sustancialmente una elaboración del tiempo. El pueblo, como sujeto colectivo, es en sí mismo una figura del tiempo. Desde la perspectiva de Rosanvallon, la democracia no es sólo el sistema que permite a una colectividad gobernarse a sí misma sino el régimen en el que se construye una identidad común.

La emancipación generalizada retoma la tensión clásica entre el objetivo de la democracia de sustituir los poderes externos por la autoinstitución con el principio de la autonomía individual. La historia de esta tensión es conocida: el riesgo de la tiranía de la mayoría que involucra el principio democrático es paralelo con el peligro de que la protección de los individuos frustre un proyecto colectivo. Esta oposición está ilustrada en el siglo XIX francés por la oscilación entre el liberalismo no democrático (Restauración y Monarquía de Julio) y la democracia iliberal (bonapartismo).

El equilibrio finalmente hallado –la democracia de equilibrio– es inestable, tal como lo muestra la crisis actual. Rosanvallon concluye entonces que ya no se trata de “mettre en puissance le peuple” sino de instituir una colectividad coherente; de pasar de “una democracia de la voluntad a una democracia de la institución cuyo objetivo es organizar la vida común por la regulación de la distribución de derechos y de bienes entre los hombres y las mujeres”. Por ello, el concepto clave no es ya el de la voluntad sino el de Justicia.

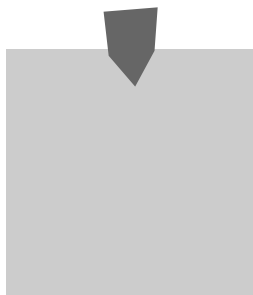
* * *

En la democracia habita la incertidumbre. Desde principios del siglo XIX, quienes se habían dedicado a escudriñar los contornos inéditos de la sociedad posaristocrática lo habían evocado. Tal como lo muestran estos textos, la democracia se funda también en indeterminaciones que sólo pueden ser observadas con lucidez; que se resisten a resolverse. Por ello, la democracia es una forma política en esencia incompleta. La democracia no sólo tiene una historia; Rosanvallon señala bien que ella *es* una historia. De allí la paradoja que estos textos sugieren: la lucidez de la crítica de las indeterminaciones democráticas no puede resolverse en la elaboración de una teoría de la democracia.

De este modo, estos tres textos ofrecen una exploración profunda de las indeterminaciones constitutivas e insalvables de la democracia. Pero ofrecen también, y no es un interés menor, una forma inédita de pensar lo político. Así, no sólo constituyen una crítica lúcida de la democracia sino un manifiesto renovador para quienes se interesan por articular la reflexión política, la historia política y el compromiso ciudadano partiendo de una comprensión penetrante de los desafíos que plantea la política contemporánea. □

Dossier

Cultura y política: nuevas aproximaciones
a la historia de la izquierda en la Argentina



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 6 / 2002

Este dossier está compuesto por los materiales presentados en el encuentro “Cultura y política: nuevas aproximaciones a la historia de la izquierda en la Argentina”, que se realizó los días 12 y 13 de septiembre de 2002 en la Universidad Nacional de Quilmes. El encuentro, que fue organizado por el Programa de Historia Intelectual de dicha universidad, constó de cuatro secciones y una mesa redonda. En la primera de las secciones se presentaron las ponencias de Horacio Tarcus, Juan Suriano y Roberto Pittaluga con comentarios de Oscar Terán. En la segunda, las de Hernán Camarero, Mirta Lobato y Jorge Myers, comentadas por Juan Carlos Torre. En la tercera, las de Juan Carlos Portantiero, Mariana Luzzi y Andrés Bisso, con comentarios de Fernando Devoto. La cuarta sección contó con las ponencias de Samuel Amaral, María Cristina Tortti y Ana Barletta con comentarios de Carlos Altamirano. Finalmente, en la mesa redonda participaron Luis Alberto Romero, Horacio Tarcus y Alfredo Pucciarelli. El dossier reproduce solamente las ponencias presentadas por escrito.

Presentación

Cultura y política: nuevas aproximaciones a la historia de la izquierda en la Argentina

Carlos Altamirano

UNQ / UBA / CONICET

Durante los días 12 y 13 de septiembre de este año se desarrollaron en la Universidad Nacional de Quilmes y organizadas por el Programa de Historia Intelectual dos jornadas de exposiciones y debates sobre el tema que indica el título de este dossier. A los integrantes del Programa de Historia Intelectual nos pareció que éste no podía ser indiferente al hecho observable de que estaba escribiéndose una nueva historia de la izquierda en el país. En efecto, desde la segunda mitad de la década de 1990 comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes los trabajos académicos –artículos, tesis de maestría y de doctorado– consagrados a reexaminar historiográficamente el pasado de la experiencia de las izquierdas en la Argentina.

Hasta poco tiempo atrás la historia de las izquierdas parecía un campo reservado al combate ideológico. Lo que predominaba en ese terreno eran las versiones del pasado destinadas a exaltar la trayectoria de un partido, o bien su réplica, que eran las historias que tenían como objetivo criticar y restarle autoridad política a una fuerza de izquierda adversaria. La mayor parte de lo producido localmente sobre los partidos Socialista y Comunista se ubicaba hasta hace poco en alguna de estas dos posiciones. ¿Qué es lo distintivo de la revisión histórica que se halla en curso? Que no aparece impulsada ni por el

proyecto de ofrecer un discurso de legitimación a actores políticos, tal como habían sido concebidas anteriormente las historias oficiales u oficiosas de los grupos de izquierda, ni tampoco por la determinación contraria, aunque simétrica, de demoler a un rival. Aun quienes la conciben como historia militante la piensan a distancia del combate ideológico o político inmediato. De lo cual resulta que, independientemente del sentido público que cada investigador le asigne a su labor, lo común es el empleo cuidadoso de los recursos y las reglas de la investigación histórica. El otro dato registrable es que esta labor de revisión no obedece a la iniciativa de un solo estudioso, círculo o centro de investigación. Es probable que algunos libros, como *Nuestros años sesentas* (1991) de Oscar Terán, o *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña* (1996), de Horacio Tarcus, así como la actividad del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI), hayan obrado como estímulo de un espíritu de examen que, de todos modos, tiene focos múltiples y ha hallado acogida en universidades públicas como privadas.

Por estas razones que hemos consignado rápidamente, nos pareció que el Programa de Historia Intelectual debía ofrecer el espacio para reunir, en el marco de un debate univer-

sitario, al menos una parte de las investigaciones y de los investigadores que están produciendo esta renovación. Los textos que se publican a continuación son algunas de las ponencias presentadas durante las jornadas de septiembre. □

Entre Lucifer y Prometeo

Primera recepción de Marx en la prensa argentina (La Nación, 1871-1872, 1883)

Horacio Tarcus

UBA / UNLP / CeDInCI

El diario *La Nación* del 18 de mayo de 1871 informa que el 13 de abril había muerto en París Pierre Leroux, el socialista saint-simoniano que tan grande influjo había ejercido sobre la generación argentina de 1837. En la misma página se transcribía una larga carta del antiguo “cuarentaiochista” Luis Blanc, en la que hablaba de un “París sublevado” y presentaba de modo crítico las primeras medidas tomadas por el gobierno de la *Commune*, nacido de la rebelión del pueblo de París pocos días después. La muerte de Leroux parecía cerrar definitivamente un ciclo, el de sintonía de la élite liberal argentina con el socialismo romántico europeo. La irrupción de la Comuna abrirá uno nuevo, dentro del cual el “socialismo” perderá su identificación con la perspectiva del “progreso indefinido” que se alcanzaría promoviendo una creciente “sociabilidad”: a partir de 1871, el socialismo comienza a aparecer a los ojos de la élite vinculado y por momentos confundido con el “comunismo”, una ideología que amenazaba los derechos sagrados de la libertad, la propiedad y la seguridad, y que ponía en riesgo a la misma civilización.¹

¹ Sobre Leroux y el socialismo romántico en la generación del '37 hay una profusa bibliografía. Véase particularmente Treves, Renato, “Il sansimonismo e il pensiero italiano in Argentina e in Uruguay”, en *La dottrina san-*

Es en este clima de redefinición del concepto de “socialismo” y de alarma de las clases dominantes ante el riesgo de una irrupción revolucionaria de la clase trabajadora, que el nombre de Marx escapa de los pequeños cenáculos obreros y socialistas para alcanzar un lugar destacado dentro de la opinión pública internacional. En efecto, durante la década de 1870, tanto en Europa como en América, el nombre de Marx adquiere una significativa difusión periodística, ligado al destino de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Si bien esta organización había sido fundada en Londres en 1864, van a ser los acontecimientos de la Comuna de París los que concitarán la atención de la opinión pública mundial sobre el programa, la modalidad de organización y de acción de la Internacional. A su vez, Marx aparecerá inmediatamente en las páginas de la prensa mundial, en su carácter de líder político e inspirador teórico de la Internacional.²

simoniana nel pensiero italiano del Risorgimento, Turín, Giappichelli, 1973. Para las metaformosis del concepto “socialismo” véase R. Williams, *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

² Según Haupt, “La Comuna de París tuvo notable importancia en la notoriedad europea alcanzada por Marx. La prensa lo señala como el jefe de la omnipotente Internacional, y a través de la identificación de la AIT con la insurrección parisina, el ‘partido de Marx’ y Marx

Un recorrido por el recientemente fundado diario *La Nación* a lo largo de 1871 y comienzos de 1872 nos mostrará cómo se va desplazando la atención de los medios de prensa: entre mayo y junio el foco de interés es la Comuna; a partir de junio, cuando llegan a Buenos Aires las noticias de su derrota, todas las miradas se dirigen a la asociación supuestamente responsable de la experiencia comuna: la Internacional; y a partir de agosto, comienzan a dirigirse las miradas sobre el presunto jefe de la Internacional: “el prusiano Karl Marx”, una suerte de Lucifer de la modernidad.

1. La Comuna de París

La Comuna fue, al decir de Hobsbawm, “un régimen acosado, hijo de la guerra y del sitio de París”. Para 1870 el avance de los prusianos había destrozado el régimen de Napoleón III. Los republicanos moderados que lo sucedieron no tardaron en comprender que la única resistencia posible era “una movilización revolucionaria de las masas, una nueva república, jacobina y social”. En París, “asediada y abandonada por su gobierno y su burguesía”, el poder recayó sobre los alcaldes de distritos y sobre la Guardia Nacional; en la práctica, observa Hobsbawm, “cayó en manos de los ambientes populares y de la clase obrera”. El intento del gobierno de Thiers de desarmar la Guardia Nacional luego de la capitulación frente a los prusianos provocó la revolución del 18 de marzo de 1871, a partir

adquirieron una fama que contribuyó notablemente a suscitar interés por su obra en amplios sectores de la opinión pública”. Véase G. Haupt, “Marx y el marxismo”, en Hobsbawm y otros, *Historia del marxismo*, Madrid, Bruguera, 1980, v. 2, p. 215. Para la difusión del marxismo en este período, véase también E. Hobsbawm, “La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX”, en Hobsbawm, *Historia del marxismo*, cit., vol. 3.

de la cual la Comuna de París adoptó una organización municipal independiente.³

La insurrección de los obreros de París que el 18 de marzo de 1871 tomaron –según la vigorosa metáfora de Marx– “el cielo por asalto”, tuvo en vilo durante más de dos meses a la prensa mundial. “El pánico y la histeria rodearon su vida y su muerte, sobre todo en la prensa internacional, que la acusó de establecer el comunismo, expropiar a los ricos y compartir sus esposas, aterrorizar, matar en masa, provocar el caos, la anarquía y todo lo que constituirían pesadillas para las clases respetables; y todo, no es preciso decirlo, lo maquinaba la Internacional” (Hobsbawm, cit., pp. 248-249).

La prensa argentina no fue ajena a la fiebre informativa, el pánico y la histeria, cubriendo casi diariamente el acontecimiento en primera plana. La actitud hostil de la prensa no impedía que se transcribieran las proclamas de la Comuna, se comunicasen las declaraciones de la Internacional y se brindase una precisa información política e intelectual sobre Marx. El lector argentino contemporáneo estaba pues, desde 1871, al corriente del nombre y de los principales títulos del autor de *El Capital*.

Las noticias se reciben en Buenos Aires con un mes de atraso. A fines de marzo de 1871, las primeras referencias en la prensa argentina a los “tumultos en París” son todavía confusas (*LN*, 31-III-1871, p. 2). La edición del 11 de abril habla de “revolución en París” y la del día 25 de ese mes hace referencia a “elecciones de una Comuna”. En mayo se habla claramente de “guerra civil” y se ha instalado en la prensa el término *Commune*, luego castellanizado como Comuna, para designar este novísimo fenómeno de una ciudad que, controlada por sus trabajadores, se erige en autónoma frente a los poderes del Estado nacional (*LN*, 11-V-1871, p. 2).

³ E. J. Hobsbawm, *La era del capitalismo*, Barcelona, Guadarrama, 1981, p. 250

De un lado Versalles, las fuerzas del derecho y del orden; del otro París, las fuerzas de la revolución comunista. Es a partir de aquí, cuando las dos fuerzas que se enfrentan en la guerra civil aparecen en su manifiesto contraste, que se exaltará la imaginación política de los corresponsales argentinos. Veremos, pues, cómo casi al mismo tiempo que los marxistas, estos liberales argentinos –claro que con otra disposición– teorizan sobre el proletariado moderno, la “revolución obrera”, las situaciones de “doble poder”...

Para *La Nación* de aquellos días,⁴ la Comuna parisina no era sino un acto de insensatez política, producto de masas enardecidas libradas a su propia suerte, en un marco de debilidad de las instituciones y de ausencia de liderazgos políticos tras la derrota francesa ante Prusia. Pero al mismo tiempo era la ocasión para alertar sobre los riesgos de las políticas conservadoras frente a lo que ya comienza a llamarse la “cuestión social”, y una invitación a resolverla a tiempo, antes de que sea tarde... también en América.

En ese sentido, son por demás elocuentes las corresponsalías que desde Bruselas envía a su antiguo general y ahora director del diario *La Nación* el médico y poeta Ricardo Gutiérrez (1836-1896). Entonces está becado en Europa, estudiando en las clínicas más avanzadas; cuatro años después (1875) será fundador y director del Hospital de Niños. Gutiérrez sabe de lo que escribe, pues había prestado sus servicios médicos en Pavón, Cepeda y en la Guerra del Paraguay. También sabe lo que dice cuando habla de elecciones amañadas, aunque es por lo menos una paradoja histórica que este hombre de la facción

mitrista condene el proceso electoral en la Comuna del 26 de marzo, donde habrían triunfado “canónicamente” los candidatos del Comité provisional, sancionando un “gobierno de los obreros”. Escribe Gutiérrez: “Aparte de la tremenda insensatez que domina en las masas del pueblo parisiense –multitud heterogénea de voluntades, aspiraciones, creencias y necesidades inarmónicas... que hoy levantan a Napoleón, mañana lo hunden, votan una Asamblea, la condenan y levantan un Comité...; aparte de esas fuerzas desordenadas e indomables del momento, que debían poner su sello de ridículo y de desquicio a esa elección... Además, y aun cuando oficialmente la elección fue convenida y decretada por los dos poderes –la Asamblea y el Comité–, la prensa parcial a la autoridad legal, no encontrando en tales procederres la garantía de una libertad completa, aconsejó una abstención que dio por resultado el completo triunfo del Comité, y París al otro día vio constituida su Comuna por los mismos jefes de la insurrección”.⁵

Los hombres de la élite ilustrada porteña descubren súbitamente otro París, un París sumergido, el París del proletariado. Se enfrentan, estupefactos, a la paradoja de la élite francesa: en enero Thiers, Dufaure y Simon, en nombre de las academias francesas, habían protestado enérgicamente contra el bombardeo de París. En el mes de mayo, son ellos mismos, devenidos hombres de Estado, los que bombardean a la que cuatro meses atrás llamaron “la capital de la civilización

⁴ *La Nación* había sido fundada por Bartolomé Mitre apenas un año atrás, aspirando a exceder los intereses de la fracción mitrista y convertirse, según el editorial de su primer número, en “tribuna de doctrina” para toda la nación. Véase Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

⁵ “Correspondencias familiares de *La Nación*”, en *LN*, 25-V-1871. La corresponsalía esta fechada en Bruselas, el 9-IV-1871, y publicada, como todas las precedentes y las siguientes, sin firma. Una breve referencia del corresponsal a sus antiguos servicios al general Mitre y a su actual condición de médico en una de sus notas (*LN*, 6-VI-1871, p. 1) nos permitió inferir que se trataría de Gutiérrez. Sus datos biográficos nos confirmaron que residió en Bruselas el año 1871 y que, efectivamente, enviaba desde allí sus corresponsalías a *La Nación*.

moderna” (LN, 11-VI-1871, p. 1). Visiblemente desengañado, Gutiérrez relata hasta qué punto, “en un pueblo como París [...] la ilustración no existe fuera de las clases científicas y literarias que han hecho una profesión de ella”. Véase, si no, la condición social de los hombres elegidos por París: carpinteros, lustradores, sombrereros, zapateros... Los ciudadanos electos no son, según el corresponsal de *La Nación*, “sino una turba de ignorantes feroces. Ignorantes, porque no tienen la más leve idea no ya de las instituciones republicanas, sino del derecho común; y feroces porque pretenden establecer los principios de la igualdad y la justicia a impulsos de la guillotina y la lapidación”.

No había concluido la experiencia de la Comuna cuando Gutiérrez propone que sirva de “elocuente lección” a los gobernantes: “¿Todo esto se necesita para que los gobiernos y los hombres conservadores de los pueblos de origen latino miren el insondable abismo que han abierto a sus pies el egoísmo de unos, el indiferentismo de otros y el olvido de sus deberes en casi todos? ¿Esperan acaso esas clases sacudir su letargo cuando el aspecto animado del reinado del terror les indique el camino del cadalso o cuando llame a su puerta la mano famélica y codiciosa para empezar esa operación interminable de la nivelación de la fortuna? Ante un peligro tan positivo e inminente que depende quizás tan sólo de un acto de debilidad del gobierno de Francia, vale la pena de que se pongan sobre sí y de que se entiendan todas las personas amenazadas” (LN, 31-V-1871, p. 1).

2. La Internacional

Pero, ¿hasta dónde podía un hombre de la élite liberal ilustrada avanzar en esta descalificación del “populacho”? Las denuncias del gobierno de Versalles contra la acción subversiva de la Internacional ofrecían una vía más apro-

piada para dar cuenta de este “extravío” de las masas. Es así que en otra “corresponsalía familiar”, fechada el 19 de abril (LN, 25-V-1871, p. 2), Gutiérrez corresponsabiliza, junto a “la imbecilidad de las masas”, al “maquiavelismo de la *Internacional*”. La imagen espectral de la Internacional aparece desde entonces constantemente en las páginas de la prensa a lo largo de todo el año. Gutiérrez adhiere rápidamente a la visión conspirativa: “La Internacional es una asociación formidable: ella ha hecho lo que sucede hoy en París”.⁶

Pero será con la derrota de la Comuna, la última semana de mayo, que la atención de la prensa se centrará en la Internacional. Poco antes del ingreso definitivo del ejército de Versalles en París, otro corresponsal de *La Nación*, que firma “D.” desde esa ciudad, dice estar “seguro de satisfacer la legítima curiosidad de los lectores dándoles algunos detalles sobre la organización de la sociedad *Internacional*, esa sociedad que acaba de suscitar en París la terrible insurrección... Los caracteres más culminantes de estos esfuerzos me parecen ser los siguientes: El primero es el carácter revolucionario, esto es, el romper de una manera completa con todo lo que se refiere a lo pasado. La asociación *Internacional* proclama que hasta nuestra época no ha habido más que miseria, baldón y esclavitud para toda la parte de la sociedad que pretende representar. El ‘viejo mundo gubernamental y clerical, el militarismo, el funcionarismo, la explotación, el agiotaje, los monopolios y los privilegios a los cuales debe el proletariado su servidumbre’, todo esto ha acabado para siempre: *novus rerum nascitur ordo*.

”El segundo carácter es el menosprecio profundo a la idea de patria. ‘La idea de patria, dicen los doctores de la *Internacional*, es una vetusta idea, muy difundida y muy tenaz

⁶ “Noticias de Europa. París bajo el terror. Corresponsalía particular de *La Nación*”, fechada en Bruselas, 27 de abril de 1871, en LN, 6-VI-1871, p. 1.

aún, pero que representa un pasado irrevocablemente destruido, y no puede ser admitida en el día'. Se ha dado a la asociación el título *Internacional*, no tan sólo para consignar que tiene adherentes en diversas naciones, sino para protestar contra la antigua idea patriótica que rechazan los adherentes.

"El tercer carácter es el ser una asociación social más bien que una asociación política. La sociedad *Internacional* ha declarado repetidas veces que se cuidaba muy poco de las cuestiones políticas, y que se ocupaba exclusivamente de la solución de los problemas del orden social. Puede decirse de una manera general que el programa de la *Internacional* se ha observado siempre sobre este punto. Sin embargo, ha habido algunas excepciones, y la insurrección de París, por ejemplo, en la que tanta parte toma la *Internacional*, es un movimiento político al mismo tiempo que social. La Municipalidad [la Comuna] afirma en la declaración oficial del 20 de abril que la 'República es la única forma de gobierno compatible con los derechos del pueblo y el desenvolvimiento regular y libre de la sociedad'".⁷

Al mes siguiente, cuando el "terror blanco" domina París, persiste con todo la presencia fantasmagórica de la *Internacional*. "Su programa —señala un corresponsal—, publicado hoy mismo en todas partes, aun en París, donde no se puede descubrir la conspiración que fija los carteles en las calles, se reduce a estos cuatro principios: abolición de todo culto; exterminio de todo mandatario; abolición del capital; advenimiento de los obreros al gobierno de la sociedad humana. Su primera batalla ha sido el incendio de París. Su segundo combate será acaso la ruina de la Europa entera".⁸ Un mes después, *La Nación* transcribe un artículo del *Paris Jour-*

nal, sobre la organización clandestina del socorro en París: "la audacia de los miembros de la *Internacional* pasa todos los límites".⁹

La *Internacional*, por su parte, ha sufrido un golpe muy duro con la derrota de la Comuna. Buena parte de la prensa liberal europea que informaba con simpatía de la vida de la *Internacional*, se vuelve hostil tras la experiencia comunera, mientras los gobiernos —Francia, España, Alemania— buscan coaligarse en una suerte de Anti-*Internacional*. Para peor, en el interior de la AIT la fractura entre "marxistas" y "bakuninistas" se ha abismado, y los líderes de los poderosos sindicatos ingleses abandonan el Consejo General como consecuencia de la alocución de Marx en solidaridad con la Comuna.¹⁰ No obstante esto, la *Internacional* goza en 1871 de una imagen pública que tiende a magnificar fantásticamente su alcance mundial, su número de adeptos y su poder. En diciembre, *La Nación* informa que la *Internacional* edita 28 periódicos en Europa, uno en Nueva York, y se prepara para publicar, a partir del 5 de enero de 1872, "simultáneamente en Washington, Nueva York, Berlín, San Petersburgo, Londres, Munich, Bruselas, La Haya, París, Madrid, Florencia, Roma y Lisboa el primer número de un periódico cosmopolita que se titulará *La Internacional*".¹¹ Las informaciones sobre la historia de la *Internacional*, su mítica fundación en Saint Martin Hall, sus sucesivos congresos, sus declaraciones, comienzan estos meses a reiterarse.¹²

⁹ "Sigue la *Internacional*", en *LN*, 25-VIII-1871, p. 2.

¹⁰ Para este período, véase el interesante estudio de Miklós Molnar, *El declive de la Primera Internacional*, Barcelona, Edicusa/Cuadernos para el Diálogo, 1974.

¹¹ "La *Internacional* en Londres" y "El periódico de la *Internacional*", en *LN*, 8-XII-1871, p. 2.

¹² Véase, por ejemplo, "El reinado de la *Internacional*", en *LN*, 12-XII-1871: "El gran desarrollo que va tomando esta sociedad, el alarde que hace de sus fuerzas y las manifestaciones públicas a las que se entrega en todos los países de Europa y en algunos de América, los numerosos afiliados a ella, merecen bien la pena de que se

⁷ "La *Internacional*", en *LN*, 29-VI-1871, p. 2.

⁸ "Europa. Correspondencia familiar de París para la Nación. París, Junio 29 de 1871", en *LN*, 30-VII-1871.

En los diarios argentinos de septiembre, la Internacional vuelve a ocupar la primera plana, cuando comienzan en Versalles las audiencias de los líderes de la Comuna ante el Consejo de Guerra.¹³ La prensa mundial cree ver la mano de la Internacional detrás de cada acontecimiento: sea en el movimiento huelguístico inglés,¹⁴ o en el “primer *meeting* de obreros” en Suiza, “los trabajos de la Internacional se hacen sentir en todos los países”.¹⁵

Finalmente, los diarios argentinos de noviembre y diciembre de 1871 siguieron ocupándose abundantemente del tema, a partir del intenso y prolongado debate desatado en las Cortes españolas cuando el gobierno volvió a la carga con el tema de la ilegitimidad jurídica de la Internacional, paso previo a la disolución de los sindicatos y las secciones.¹⁶ La prensa local cubrió ampliamente el debate, durante semanas, a través de corresponsales en Madrid o incluso transcribiendo los discursos en contra de la medida, por parte del diputado federalista Francisco Pi y Margall, del demócrata krausista Nicolás Salmerón y del republicano liberal Emilio Castelar.¹⁷ A me-

fije por un momento la atención, así en los fines de la primitiva institución como en las consecuencias que pueden arrastrar sus tendencias y doctrinas”. Y repite a continuación la información sobre su historia, forma organizativa, programa, etcétera.

¹³ “Proceso a los jefes de la Commune. Diez y ocho reos”, en *LN*, 7-IX-1871; “Noticias de París. El proceso de la Comuna. Correspondencia de La Nación. París, agosto 23 de 1871”, en *LN*, 24-IX-1871; “Noticias de Europa. Correspondencia familiar de La Nación. París, setiembre 1° de 1871”, en *LN*, 11-XI-1871.

¹⁴ “Noticias generales. Manejo de la *Internacional* en Inglaterra”, en *LN*, 5-X-1871, p. 1.

¹⁵ “Noticias generales. Crónica europea”, en *LN*, 6-X-1871, p. 1.

¹⁶ Véase Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Ariel, 1972, especialmente el parágrafo “La *Commune* y sus repercusiones en España”.

¹⁷ “Discurso pronunciado por el D. Emilio Castelar en las Cortes españolas acerca de la Internacional”, en *LN*, 22-XI-1871, pp. 1-2; “España. La Internacional. Importantisima discusión en el Congreso español”, en *LN*, 24-XI-1871, p. 1; “Noticias de Europa. España”, en *LN*, 26-XI-1871, p. 1; “España”, en *LN*, 8-XII-1871, p. 1.

diados de diciembre, un corresponsal de *La Nación* en Madrid que se escondía tras las siglas F. P. M. ensaya una defensa de la AIT frente a las acusaciones de los conservadores: “Se ha presentado a la Internacional por los oradores del Gobierno como un peligro para la seguridad del estado y como una sociedad inmoral, cómplice de los incendios y asesinatos de París que ocurrieron en mayo. Mas no han podido probar que sea obra de la Internacional aquella sangrienta revolución, ni que los internacionales hayan apelado en ninguna parte a la conspiración ni a la sociedad secreta”.

El corresponsal ironiza sobre la alarma del gobierno ante la acción de la Internacional en España: “¿Por qué por otra parte se ha de temer aquí a la Internacional más que en otras naciones, cuando aquí es menos terrible? Exceptuando las provincias catalanas y alguna que otra de las del Norte y Mediodía, ¿dónde tenemos aquí esas grandes ciudades industriales donde se cuentan por miles los obreros y haya llegado la división del trabajo a sus últimas consecuencias? ¿Qué ejército puede aquí cantar La Internacional, cuando vivimos principalmente de la agricultura y tenemos diseminada la población por los campos?”.

En verdad, para los conservadores “la cuestión de la Internacional no ha sido más que un pretexto para volver a poner en tela de juicio el absolutismo de los derechos individuales”. Pero el balance del debate había sido positivo, porque había tomado estado público la “cuestión social”: “Las clases medias, llenas de egoísmo, no querían ni pensar en los problemas sociales que se alzaban a sus ojos, hoy han comprendido que esos problemas son para todos un gran peligro si se sigue mirando con desdén a las clases inferiores”.¹⁸ Las iniciales F. P. M. corresponden, sin duda, a Francisco Pi y Margall, futuro presidente de la Primera República Española.

¹⁸ “España”, en *LN*, 15-XII-1871, p. 1, corresponsalía firmada en Madrid, noviembre 9 de 1871.

Otro corresponsal de *La Nación*, en vísperas de la reunión de la Asamblea Nacional en Versalles, relataba el debate que se había abierto en Francia sobre las formas político-constitucionales que adoptará la república. Se agita “la cuestión del trabajo..., la tan trabajosa y vidriosa cuestión social!... que tanto dará que hacer a la Francia y al mundo entero”. Y refiere, a continuación, las resoluciones de la Conferencia de Londres de la Internacional, para concluir con esta reflexión: “El proletariado se organiza en Europa como una fuerza formidable. En pueblos donde el sufragio universal será muy pronto la ley común, como lo es ya en algunos de ellos, y la base de todo derecho público y de toda legislación, esta organización del proletario ha de tener forzosamente una trascendencia cuya extensión no puede ocultarse a la vista menos perspicaz. El hecho en sí, lejos de ser un mal sería un bien si esa fuerza colosal, en vez de constituirse en una amenaza y un peligro para todas las demás fuerzas vitales de la sociedad, en vez de renegar del pasado, sin mirar sino al porvenir, y no a un porvenir negro y siniestro, en vez de destruir con el fuego y el hierro las grandes conquistas de la civilización, del progreso de tantos siglos, obedeciera ella al impulso y dirección de un poder moral y tutelar, que urge ya sobre manera el verle surgir del seno mismo de estas tan combativas y atribuladas naciones... si ha de salvar de la gran catástrofe la transición social, de la evolución histórica que estamos atravesando”.¹⁹

3. “El prusiano Karl Marx”

La primera referencia a Marx en la prensa argentina aparece el 10 de agosto de 1871. Un corresponsal anónimo informa desde París a *La Nación* que entre los papeles de Raoul Ri-

gault, uno de los líderes de la Comuna fusilado el 24 de mayo, se había encontrado una carta de Marx, el inspirador del “Consejo Supremo” (sic) de la Internacional. “Karl Marx, que gobierna tres millones de obreros, es un verdadero y completo Lucifer, una criatura bellísima dotada de una inteligencia suprema que ha consagrado a la ruina de la humanidad. He aquí la carta de este hombre extraordinario”. Y transcribe a continuación varios párrafos de la presunta carta de Marx, donde puede leerse, entre otros tramos:

[...] la Comuna de París sitiada por Thiers y Julio Favre está fatalmente condenada a sucumbir si un movimiento irresistible de la provincia no vuela a ampararlo, sobre todo moralmente... Deténgase en este camino fatal para nuestra causa, que es la causa de la humanidad. Trate con Versalles. El momento no ha llegado aún, y los movimientos prematuros no han sido jamás sino abortos desastrosos... Depongan las armas. Todavía no somos más que tres millones. En veinte años seremos cincuenta, cien millones acaso, y entonces el mundo nos pertenecerá, porque no serán sólo París, Lyon y Marsella los que se levantarán contra el capital odioso, sino también Berlín, Munich, Dresde, Viena, Londres, Liverpool, Manchester, Bruselas, San Petersburgo, Nueva York y el mundo entero. Y ante esta insurrección universal que no ha visto la historia, el pasado desaparecerá como una horrible pesadilla, porque el incendio popular, encendido sobre cien puntos a la vez, como una inmensa aurora, disipará hasta su recuerdo.²⁰

Para la prensa mundial, así como para el corresponsal argentino, la carta era la prueba flagrante de que la Comuna había sido obra de la Internacional, y que ésta, su vez, estaba

¹⁹ J. S. Flores, “Revista de Europa”, *LN*, 21-XII-1871, p. 1.

²⁰ “Noticias de París. Correspondencia para La Nación. París, julio 7 de 1871”, en *LN*, 10-VIII-1871, p. 2, sin firma.

manejada por este moderno Lucifer. “Esta página tremenda –concluye el corresponsal– viene a iluminar con un fulgor de incendio la historia y el origen de la fatal Comuna de París. Ella no era más que la guardia avanzada de una conspiración fanática que ha resuelto el exterminio de la sociedad actual” (*ibid.*).

La autenticidad de esta carta es un problema complejo. El propio Marx se quejaba entonces ante la prensa de la época y en su correspondencia privada de la publicación de cartas apócrifas en la *petit presse* francesa.²¹ Según sus biógrafos más autorizados, las numerosas cartas de Marx a los comuneros se ha perdido casi en su totalidad, y entre las pocas piezas rescatadas, ninguno de ellos recoge la carta a Rigault.²² No obstante, y a pesar de que algunos giros delatan una intervención sobre el texto, los consejos de Marx a Rigault tienen el mismo tenor que los dirigidos por Marx a otros comuneros en las pocas cartas que se conservaron. Y el estilo, en lo fundamental, es revelador de la prosa marxiana.

Por otra parte, si se lee la carta con atención, es demostrativa de la tesis opuesta a la sustentada por la prensa francesa y el corresponsal argentino: Marx, desde un lugar de relativa exterioridad en relación con la experiencia comunera, aconseja prudencia. La Comuna había sido el producto de la acción espontánea

del proletariado de París. Es cierto que de los noventa y dos *communards* elegidos por sufragio popular el 28 de marzo, diecisiete eran miembros de la Internacional. Pero “Marx no podía contar entre sus allegados y correligionarios ni a la mayoría blanquista de la Comuna, ni tampoco a la minoría, que aun perteneciendo a la Internacional, abrazaba y practicaba fundamentalmente las ideas de Proudhon” (Mehring, *op. cit.*, p. 328). La Internacional, por su parte, como confesaba Engels en carta a Sorge, “no ha movido ni el dedo meñique para constituir la Comuna”. Aunque añadía, asumiendo globalmente la responsabilidad política de la experiencia, que la Comuna “era, indiscutiblemente, el hijo espiritual de la Internacional”²³

Es sabido que Marx asumió la defensa pública de la Comuna y tras su derrota le tributó un histórico homenaje al pronunciar el célebre informe en el Consejo General de la Internacional, “La guerra civil en Francia”. Pero son conocidas también las prevenciones de Marx ante muchas de las medidas de la Comuna, y una de las principales era el aislamiento de París respecto del interior, tal como aparece en la carta a Rigault. En una carta a otros dos comuneros aparece una alerta semejante.²⁴ La recomendación de “deponer las armas”, tal como está formulada en la carta a Rigault, parece poco convincente en la pluma de Marx. Pero según Nicolaïevski y Maenchen-Helfen, desde el inicio mismo de la insurrección parisina Marx entendía que se “había emprendido un camino que le quitaba toda posibilidad de éxito. Marx ponía todas sus esperanzas en un compromiso, en una paz vene-

²¹ Un periódico francés había publicado el 19 de marzo de 1871 una presunta carta de Marx, que éste se apresuró a desmentir en una carta al *Times* como una “falsificación desvergonzada”. Véase Franz Mehring, *Carlos Marx. El fundador del socialismo científico*, Buenos Aires, Claridad, 1958, p. 328. “Lo que me consuela son los disparates que publica a diario la *Petit Presse* sobre mis escritos y mis relaciones con la Comuna; me los envían diariamente desde París. Esto demuestra que la policía de Versalles tiene grandes dificultades para conseguir documentos auténticos”, Carta de Marx a Beesly, Londres, 12-VI-1871, en Marx/Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1972, p. 267.

²² Véase Franz Mehring, *op. cit.*; B. Nicolaïevski/O. Maenchen-Helfen, *La vida de Carlos Marx*, Madrid, Ayuso, 1973; Jean Bruhat, *Marx/Engels. Biografía crítica*, Barcelona, Martínez Roca, 1975.

²³ Citado por B. Nicolaïevski/O. Maenchen-Helfen, *op. cit.*, pp. 392-393. Para la carta de Engels a Sorge del 12 (y 17)-IX-1874, véase Marx/Engels, *Correspondencia*, cit., pp. 280-281.

²⁴ “En provincias empieza la efervescencia. Desgraciadamente, la acción ahí es sólo local y ‘pacífica’”. Carta de Marx a Leo Frankel y Louis-Eugene Varlin, 13 de mayo de 1871, en Marx/Engels, *Correspondencia*, cit., p. 265.

nable entre París y Versalles. Pero tal arreglo no podía alcanzarse, a menos que la Comuna obligase al enemigo a un arreglo... Marx pensaba que el gobierno aceptaría un compromiso, únicamente si el combate –militar, económico, moral– se lanzaba contra Versalles con una extraordinaria energía” (*op. cit.*, pp. 394-395). Es plausible, pues, que Marx intentase persuadir a Rigault, un joven militante blanquista, de la conveniencia de encontrar un compromiso honroso que evitase una derrota sangrienta: París debía saber esperar que la revolución, como en 1848, se extendiese como un incendio, por las principales capitales, ya no de Europa, sino del mundo entero.

En enero de 1872 se publica en la prensa argentina el primer perfil biográfico de Marx. La nota aparece justificada con la siguiente introducción: “Se ha hablado mucho últimamente, sin conocer su vida, del fundador de la Internacional, el prusiano Karl Marx”.

La información biográfica es aquí completa y fehaciente. Y si bien se hace referencia a su formación universitaria, el acento del relato está puesto en el Marx periodista revolucionario de la juventud, en el expatriado, en el organizador de la Internacional. El “economista social”, el autor de *El Capital* está en un segundo plano: las “ocupaciones de revolucionario” están por encima de las ocupaciones del científico.²⁵ Es por demás significativa la

referencia a las dificultades de Marx por dar cima a su *opera magna*: “Karl Marx lleva una existencia muy activa. Él es quien corresponde con los delegados de la Internacional, inspira al comité, compone los manifiestos y negocia con las sociedades de trabajadores para obtener su afiliación a la gran sociedad. Ha publicado el primer volumen de una obra titulada *El Capital. Crítica de la economía política*, obra que sus ocupaciones de revolucionario no le permiten terminar, indudablemente”.²⁶

4. El Prometeo de los humildes

Diez años después la imagen se ha transformado. Con el reflujo de la Internacional a partir de 1872, y el repliegue de Marx a su labor silenciosa de investigación, apenas volvió la prensa a ocuparse del moderno Lucifer en los diez años siguientes.²⁷ A partir de entonces, la difusión del programa de la Internacional y de algunos textos de Marx estará a cargo de la sección argentina de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que acaba de constituirse, sobre la base de los *communards* exiliados en Buenos Aires. En efecto, una carta fechada en Buenos Aires el 10 de febrero de 1872 comunica al Consejo General que un grupo de ciudadanos franceses ha decidido fundar una Sección Francesa de la Internacional en la Argentina. Lleva al pie veintiséis firmas. La correspondencia en-

²⁵ La nota original del *Journal de Debats* tenía un párrafo final que fue suprimido en *La Nación*, pero que nos da la tónica de todo el discurso: “Karl Marx es un hombre de buena presencia, realizada por una larga cabellera blanca y una barba del mismo color. Usa anteojos, y el que mire su aspecto distinguido no adivinará en este hombre al célebre agitador universal. Esos individuos que hacen revoluciones desde sus gabinetes, son los más peligrosos y los más indisculpables también. Mientras los gobiernos no los declaren fuera de la ley, la sociedad, que incesantemente mina, correrá graves peligros”. En: D. de Giorgi, *La Comuna de París en la prensa montevideana de la época*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1971, pp. 125-126.

²⁶ “Detalles biográficos”, en *LN*, 26-I-1872. La misma nota, con distinta traducción, había sido publicada el 11-XI-1871 por *El Siglo* de Montevideo, aclarando que fue traducida del *Journal de Debats* de París. Véase Diógenes de Giorgi, *op. cit.*, pp. 124-126.

²⁷ La Internacional volvió a las primeras planas de la prensa argentina en 1875, cuando la policía detuvo a los miembros de la sección local de la Internacional, acusados de participar en el incendio del Colegio del Salvador. Véanse entre otros, Hilda Sábato, *La política en las calles*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, cap. 9; y “Sección francesa de Buenos Aires de la AIT: documentos para su historia”, en *Estudios del trabajo*, No. 14, 1999.

tre Londres y Buenos Aires se hace regular, mientras la asociación crece súbitamente a lo largo del año: en abril cuenta con 89 miembros y en julio con 273, divididos ahora en tres secciones idiomáticas (francesa, italiana y española), coordinadas por un Consejo Federal. Marx se entusiasma, y escribe a su amigo Sorge: “Tenemos ahora relaciones con América del Sur” (27-v-1872).²⁸

Por las cartas que envía a Marx el belga Raymond Wilmart desde Buenos Aires, adonde lo ha enviado el Consejo General para fortalecer el trabajo de la sección argentina, sabemos que este emisario de Marx fue portador de folletos de la AIT y de libros de Marx. El 13 de mayo de 1873 Wilmart acusa recibo en una carta a Marx de un envío de su amigo y reclama una remesa de folletos –*La guerra civil en Francia* y el *Manifiesto Comunista*, entre otros–. Es la primera referencia precisa que tenemos de la circulación de textos de Marx en el medio local. Queda claro que aquí, como en Europa, “La difusión de las ideas de Marx se realiza, en los años ‘60 y ‘70 del siglo XIX, sobre todo a través de los documentos fundamentales de la AIT redactados por él, en primer lugar el Manifiesto Inaugural, y posteriormente las resoluciones de los congresos, y finalmente los Mensajes del Consejo General, entre los cuales los más importantes y difundidos son los que tratan la ‘guerra civil’ en Francia. Esta ‘propaganda educativa’ observa Mehring, expresa y resume el marxismo de la Primera Internacional” (Haupt, *op. cit.*, p. 214).

Pero tan sólo dos semanas después, en una nueva carta a Marx (27 de mayo de 1873), predomina el desaliento: el periódico se de-

mora en salir, entre los asociados prevalece el espíritu mutualista y las secciones, en lugar de bregar por la formación política, la propaganda y la acción, se entretienen en actividades sociales: “Ayer se ocupaban del crédito mutual, hoy de la educación mutual. Vienen de cursos de dibujo, de aritmética y de lenguas...”. Wilmart termina de comprender que, por fuera de algunos exiliados franceses o españoles que llegan a estas tierras con una relativa conciencia política, no hay, en la Argentina de 1873 sujeto social para el internacionalismo socialista. “Comienzo a creer [...] que no hay nada que hacer con los elementos de aquí. Hay demasiadas posibilidades de hacerse pequeño patrón y de explotar a los obreros recién desembarcados como para que se piense en actuar de alguna manera”.

Incluso su optimismo de unos días atrás sobre la difusión de la *opera magna* de su amigo Marx se desvanece: “Hasta ahora nadie me ha dicho nada de *El Capital* y yo creo que nadie terminó de leerlo, pues nadie se toma el trabajo de pensar en este país”.²⁹ Seguramente, Wilmart fue portador de fascículos de la traducción francesa del primer tomo de *El Capital*, que acababa de aparecer en París, en forma sucesiva, entre agosto de 1872 y principios de 1873. Por otra parte, es comprensible que *El Capital* no encontrara lectores disponibles entre los *communards* exiliados. Como ha señalado Segall, estos hombres no eran intelectuales ni dirigentes destacados, sino militantes de base, sin mayor formación política. Habrá que esperar la llegada

²⁸ Segall, Marcelo, “En Amérique. Développement du mouvement ouvrier et proscription”, en *International Review of Social History*, No. 17, Amsterdam, 1972; Falcón, Ricardo, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Tarcus, Horacio, “Un heraldo de Marx en la élite criolla: Raymond Wilmart”, en *Zona*, supl. de *Clarín*, 2-IV-00.

²⁹ Originales en el IISG, Amsterdam. Las cartas fueron identificadas en 1972 en el IISG por el historiador chileno Marcelo Segall, el primero en llamar la atención sobre la figura de Wilmart y en señalar la necesidad de una biografía seria del belga. Para Segall, Wilmart encarna la penetración del marxismo en la Argentina, generalmente atribuida a los inmigrantes alemanes de la década del '90, así como el esfuerzo por integrar a los socialistas extranjeros, aislados en grupos nacionales, en la clase obrera argentina.

del alemán Germán Avé Lallemand, lector de *El Capital* en su versión original alemana y difusor de esta obra aquí, y la de Juan B. Justo luego, su traductor al castellano (1898), para abordar la recepción de esta obra en la Argentina. Pero aclaremos que también en Europa la de Marx iba a ser “una lectura compleja”, no sólo para los militantes obreros, sino incluso para muchos dirigentes.³⁰ A partir de la década de 1870 el resumen de *El Capital* del italiano Carlo Cafiero y desde 1883 el del francés Gabriel Deville allanaron en parte el camino de muchos lectores. Ambas obras iban a conocer numerosas ediciones en castellano. Incluso un dirigente socialista como Nicolás Repetto confesaba años después “que no alcancé a leer todo *El Capital*...; me resultaba más comprensible el compendio escrito por Gabriel Deville, el exégeta francés más autorizado del fundador del llamado Socialismo Científico”.³¹

Desaparecida la sección argentina sin dejar demasiadas huellas, el trabajo de difusión de las ideas de Marx recaerá en los años siguientes sobre los exiliados alemanes que se nuclean en el Club Vorwärts y editan un periódico del mismo nombre; algunos de ellos, a principios de la década de 1890, publican el periódico *El Obrero*. Sin embargo, algunos años antes de estas experiencias aparecen en *La Nación* dos documentos por demás significativos.

Con motivo de la muerte de Marx en Londres, el 14 de marzo de 1883, el diario de Mitre publica una detallada biografía intelectual y política que envía el corresponsal desde Pernambuco: “el vapor llegado ayer de Europa a ese puerto trae la noticia de la muerte de

un israelita de alta fama, Karl Marx, fundador de La Internacional, esa terrible asociación socialista que ha tenido suspendida por muchos años sobre Europa su espada de Damocles y cuyos miembros produjeron la Comuna de París y el movimiento cantonal en España, a la vez que todas las huelgas ocurridas en el Viejo Mundo desde 1866 a la fecha”.

A pesar de esta introducción, bajo el título de “Karl Marx. Fundador de la Internacional”, se brinda una información seria y llena de simpatía hacia Marx. Es probable que la nota provenga de un periódico británico, y que esas líneas introductorias hayan sido añadidas por el corresponsal en Pernambuco o por el editor argentino. Pero también es indudable que para 1883 ha crecido en Europa la imagen de “Marx científico” en relación con el “Marx revolucionario” de los años de la Internacional.

La nota comienza con la formación universitaria de Marx, su labor político-periodística al frente de la *Rheinische Zeitung* de Colonia, los *Anales franco-alemanes* en París, el encuentro con Engels y la publicación conjunta de “un panfleto de crítica del idealismo alemán”, *La Sagrada Familia*. Refiere el período de exilio en Bruselas, en que publica *Miseria de la Filosofía*, hasta la elaboración del *Manifiesto Comunista*. “El *Manifiesto* es un documento que un Congreso obrero reunido en Londres en 1847 había aprobado. Desde la época de su redacción y más acentuadamente desde su publicación, data el giro definitivo de las ideas políticas y económicas de Marx. Es el verdadero padre del comunismo contemporáneo, que se ha llamado *lasalismo* [sic]. Rechazando a la vez las teorías de Saint-Simon, Fourier, Cabet, Luis Blanc, Proudhon, etc., pretendía Marx fundar una ‘escuela científica’ para arreglar el mundo y la sociedad enteramente de acuerdo con la ciencia, haciendo caso omiso del pasado y atendiendo sólo a un colosal experimentalismo sociológico. La sociedad, según él, debe

³⁰ Andreucci, Franco, “La difusión y la vulgarización del marxismo”, en Hobsbawm, *op. cit.*, vol. 3, pp. 67 y ss.

³¹ Repetto, Nicolás, *Mi paso por la política*, Buenos Aires, Rueda, 1956, vol. 1, pp. 34-35.

rehacerse según los dictados de la medicina, antropología, demografía, etc.”.

El informe prosigue con las actividades de Marx en las revoluciones de 1848, la experiencia de “la *Nueva Gaceta Rhiniana*, en que se hizo notar por la audacia singular de sus ideas revolucionarias” y su exilio definitivo en Londres. Destaca, desde luego, su labor al frente de la Internacional. De sus obras, cita además *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, *Observaciones críticas [sic] sobre la Economía Política y El Señor Vogt*. Agrega luego: “La última y principal obra de Marx es *El Capital. Crítica de la Economía Política* (Hamburgo, 1869 [sic: 1867]), donde expone metódicamente sus teorías sociales y económicas”. Y concluye con este retrato: “De 1873 acá había sonado muy poco y su nombre iba cayendo casi en el olvido, a pesar de las temibles facultades de revolucionario y los talentos portentosos de conspirador de que estaba dotado. Era un filósofo y un pensador, y a la vez un hombre afable, atrayente y simpático en su trato, con cierto prestigio de la palabra que su mirada dominante y brillante aumentaba. Conocía todas las lenguas europeas, las hablaba con singular habilidad y no retrocedía ante ningún estudio, por árido que fuese, desplegando en todos un talento maravilloso”.³²

Apenas un mes después, otro corresponsal relata a los lectores de *La Nación*, desde Estados Unidos, un homenaje tributado a Marx en aquel país por una asamblea obrera: “Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor... Ved esta sala, la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante.

La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones...”

“Karl Marx estudió los modos de enseñar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblos en la Historia, ni de seno de mujer en el hogar. Aquí están los buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo un movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer el bien”. El corresponsal es un cubano que vive entonces exiliado en Nueva York y se llama José Martí.³³

Según Fornet-Betancourt, estamos ante “el primer texto histórico-filosófico relevante sobre el marxismo en América Latina”.³⁴ Hay, no obstante el homenaje, algunas reservas que se trasuntan cuando Martí menta a Marx como aquel que “anduvo de prisa, y un tanto en la sombra”: un Marx que no rehuye la acción conspirativa o la violencia revolucionaria. Incluso el final del texto es en este sentido significativo, pues luego de trazar el perfil de los oradores humildes que tributan su homenaje a Marx, Martí concluye: “suenan músicas, suenan cantos; pero se nota que no son los de la paz”. Que las reservas de Martí en relación con la teoría social de Marx se refieren a la lucha de clases está sin duda ligado con su posición filosófica fuertemente influida por el “krausismo religiosamente interpretado. Partiendo de esta posición, que Martí afirmó principalmente durante sus años de estudio en España, se apoya en la posibilidad del amor reconciliador y juzga la lucha de clases como un camino de dureza y de odio, fatal para el

³² “Karl Marx. Fundador de La Internacional”, en *LN*, 8-IV-1883.

³³ “Cartas de Martí. Honores a Karl Marx, que ha muerto”, en *LN*, 13-V-1883.

³⁴ Fornet-Betancourt, Raúl, *O marxismo na América Latina*, São Leopoldo, Unisinos, 1995, p 14.

desarrollo de las jóvenes repúblicas de América Latina. Él rechaza estrictamente el camino de la lucha de clases” (*ibid.*, p. 26).

Paradójico reproche a Marx por parte de quien iba a morir combatiendo, arma en mano, doce años después. Como recordó hace años Luis Franco, Martí iba a asistir, tres años más tarde, “a uno de los más vomitables asesinatos legales de cualquier época y país: el de los siete obreros anarquistas de Chicago”. Martí escribió sobre los “mártires de Chicago”, devenidos desde entonces un símbolo internacional de la lucha por la jornada de ocho horas de trabajo, “una de las páginas más encendidas de indignación justiciera y de belleza que se conozca”. Pero, agrega Franco, “dejó en el tintero la clave del problema. En

efecto, nunca exento del todo de sosería evangelista, condenó en ellos y en Marx la violencia revolucionaria, es decir, justa [...], olvidando, honrada, pero trágicamente, que era la misma violencia que él se preparaba a usar contra la opresión en Cuba”.³⁵

³⁵ Franco, Luis, *Sarmiento y Martí*, Buenos Aires, 1958, p. 455. Martí sólo iba a aceptar la violencia *in extremis*, cuando se hubiesen agotado los recursos pacíficos en la lucha por la emancipación. Y escribió, justificándose ante los demás y ante sí mismo: “Ésta no es la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión”. Véase al respecto Martínez Estrada, Ezequiel, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, México, Siglo XXI, 1966, pp. 18 y ss.

En defensa de los oprimidos

El anarquismo y la formación de una cultura de izquierda en la Argentina

Juan Suriano

UBA

La aparición y desarrollo del anarquismo, así como de otras corrientes de izquierda, en el país coincide en el tiempo con la propia formación de aquello que se ha denominado "Argentina moderna". Desde fines de la década de 1870, llegados junto a las corrientes inmigratorias provenientes de Europa, circularon en el país individuos (sin duda, el más famoso de ellos fue Enrico Malatesta) que difundieron las ideas y principios libertarios, editaron folletos, libros y periódicos y conformaron grupos de acción y discusión. La gran mayoría de estos activistas y divulgadores adherían a las corrientes individualistas de un movimiento anarquista europeo que, después del fracaso de la Primera Internacional y de la dura derrota de la Comuna parisiense, se habían replegado a una militancia ultraindividualista con un fuerte sesgo hacia la acción terrorista, aunque en la Argentina la adhesión al terrorismo fue retórica y no práctica.

El anarquismo de este período tuvo escasa influencia tanto entre intelectuales con preocupaciones sociales como entre los sectores populares puesto que, acorde con su visión elitista de la lucha social, no se proponía ganar a las masas. No obstante, esta estrategia aislacionista y cerrada en sí misma de alguna manera puso en locución los principios libertarios básicos, que no cambiarían a lo largo del tiempo; aun cuando las corrientes pro organizadas

ganarían la polémica interna y lograrían una notable simbiosis con los sectores populares, estos principios básicos remiten centralmente a la fe absoluta en la libertad individual, la impugnación de la autoridad y del poder así como también de la religión y de la formación y existencia de las naciones. A partir de estas convicciones el anarquismo combatiría de manera frontal y sin matices al Estado, al sistema de representación política (parlamentarismo), al ejército como custodio de la nación y de los intereses burgueses y a la iglesia.

Al comenzar el siglo XX el anarquismo local salió de su ostracismo y se produjo su despegue, cuya virtud principal fue articular y combinar las expresiones y las fuerzas sociales más heterogéneas a través de su inserción en las sociedades de resistencia, de la creación de una infinidad de centros y círculos culturales, escuelas, bibliotecas y periódicos. Sin olvidar el significativo rol desempeñado por el socialismo o, más tarde, el sindicalismo, el anarquismo se convirtió durante un breve lapso de tiempo ocupado centralmente por la primera década del siglo XX en la fuerza contestataria más importante de la sociedad argentina. Y como tal anticipó e inauguró numerosas ideas y prácticas inexistentes hasta ese entonces en la sociedad argentina, muchas de las cuales fueron adoptadas por diversos sectores de la izquierda argentina y

convertidas en tradiciones de la cultura de izquierda que han perdurado hasta la fecha: la noción de un mundo alternativo, las formas de compromiso militante, las ideas de insurrección y rebelión social, las prácticas solidarias, la difusión de ritos y símbolos como la bandera roja o la conmemoración del Primero de Mayo, la prensa obrera y contestataria así como las formas de definir al enemigo y confrontar con los grupos dominantes.

En esta comunicación voy a detenerme en este último aspecto. Esto significa analizar, ante todo, cómo definía el movimiento libertario¹ el campo popular (el conjunto de los oprimidos) y, en sentido contrario, cuál era la percepción del enemigo (los opresores), pues el anarquismo, a diferencia de las diversas corrientes provenientes del marxismo predominantes en la Segunda Internacional y que marcarían en buena medida el derrotero de la izquierda argentina, concebía el enfrentamiento social de manera diferente, si se quiere de manera más universalista o policlasista, y relegaba la lucha de clases y la propia identidad de clase a un segundo plano.

De manera generalizada, la historiografía sobre los trabajadores y la izquierda ha tendido a subsumir la experiencia de las corrientes anarquistas en nuestro país entre las tendencias específicamente obreras, aunque el anarquismo parece haber sido algo más que eso. Sin negar que su discurso apelaba esencial-

mente a los trabajadores en tanto éstos eran los sectores más oprimidos de la sociedad y que sus prácticas alentaban la lucha de clases, el mensaje libertario pretendía ser universalista y no clasista: “La revolución que nosotros preconizamos –sostenía Ricardo Mella– va más allá de tal o cual clase, quiere llegar a la liberación completa e integral de la humanidad”.² El clasismo implicaba para ellos subordinar el individuo a las clases superiores y esta idea era percibida como autoritaria y represora de las libertades individuales. Ahora bien, si esta concepción no clasista estaba en la base de la doctrina anarquista, las prácticas políticas y sociales específicamente orientadas a los trabajadores operaron sobre la misma complejizando la idea de clase social, provocando tensiones sobre una producción discursiva que a veces se tornaba ambigua y hasta contradictoria. Esta peculiar forma de percibir las clases y la lucha de clases provocó constantes debates internos y problemas concretos para orientar a los trabajadores y al propio movimiento obrero que contribuyeron a conformar.

Esto fue así porque el movimiento libertario los representaba y los contenía a todos y no transitaba una sola línea doctrinaria sino varias simultáneamente. Un verdadero caos doctrinal en donde individualistas, colectivistas, comunistas, organizadores, antiorganizadores, partidarios y adversarios de las vías violentas, así como otras posturas enfrentadas se identificaban y rechazaban en el heterogéneo y variado mosaico del anarquismo porteño. Quizás esta característica hacia el matiz y la mezcla, en tanto ampliaba el marco de interpelación, haya sido un motivo de atracción y una de las causas del arraigo que este movimiento consiguió entre aquellos trabajadores más radicalizados o quienes se

¹ Para la definición del anarquismo como un movimiento político me he valido de la definición de Gianfranco Pasquino, quien sostiene que

[...] una definición correcta de movimiento político debe hacer palanca sobre dos elementos de la expresión: Movimiento se diferencia de partido, especialmente, e indica la no institucionalización de una idea, de un grupo, de una actividad. Político se refiere a los objetivos del movimiento, a su actuar en la arena de las decisiones colectivas, a su intento de poner en el banquillo a los detentadores del poder [...] (Gianfranco Pasquino, “Movimiento político”, en N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1994, t. II, p. 1014).

² Ricardo Mella, *La lucha de clases*, Buenos Aires, B. Fuego Editor, s/f, p. 5.

mostraban descontentos con la situación económica y social imperante en la sociedad argentina de entonces. No caben dudas de que la amplitud y laxitud doctrinaria le permitieron abarcar buena parte del espectro contestatario, en tanto podía albergar en su seno una amplia variedad de tendencias y opiniones sin estar encorsetados en los marcos de un partido.

Esta amplitud se relacionaba con la heterodoxia clasista sustentada por los anarquistas. Al contrario de las diversas corrientes comunistas y socialistas influidas por el marxismo, la definición de las clases y la lucha de clases no constituía un problema central. Puede sostenerse que la doctrina libertaria era vagamente anticlasista y negadora de la conciencia de clase marxiana al sustentar su tesis de participación política en la voluntad de cada individuo. Por otro lado, era populista pues aspiraba a unir a todos los sectores sociales oprimidos para liberarlos de la explotación económica.³ Pero las prácticas sociales se hallaban inmersas, casi naturalmente, en un conflicto donde primaba el enfrentamiento de clases tanto en la práctica cuanto en la producción discursiva. Y los anarquistas alentaban constantemente la lucha de los trabajadores contra los empresarios y el Estado y, por lógica consecuencia, incentivaban la lucha de clases sin ser clasistas. Sin embargo, insisto, su actitud y su mirada frente a la organización económica capitalista y a la consecuente estructura social clasista los diferenciaba nítidamente de las interpretaciones marxistas.

Para la constitución del sujeto social, la doctrina libertaria ponía énfasis no en determinadas relaciones con los medios de producción sino en las formas de opresión. Poseía, en términos generales, una dimensión moralista y universalista que la llevaba a su-

perar la perspectiva de clases e interpretar el fenómeno capitalista en términos diferentes al marxismo, desde que sus presupuestos políticos y filosóficos abrevaban centralmente en una vertiente liberal que sustentaba conceptos tales como derecho natural, igualdad, libertad o armonía. En la base de la concepción anarquista se hallaba fuertemente arraigada la idea de libertad, una libertad que tenía por objeto hacer feliz al individuo pues era un derecho natural inherente al hombre mismo que no debía ser perturbado por elementos extraños:

[...] nuestro liberalismo –sostenían– es tal que después de no reconocer la propiedad individual, admitimos que si hay quien quiere oponerse a que otros hagan uso de lo que esté detenido en su poder, que lo haga. Pero admitimos también, y sin admitirlo sucedería lo mismo, que los necesitados se valgan de los medios tan cautelosos y sanguinarios como les convenga para conseguir la satisfacción de sus necesidades, de lo que resultaría una lucha interminable.⁴

Y aunque no se descartaran muchos de los problemas planteados por el marxismo, un sector importante del anarquismo argentino reforzó el análisis no clasista a partir de la influencia de las ideas de Kropotkin, especialmente a través de las interpretaciones realizadas por los españoles José Prat y Anselmo Lorenzo, muy difundidos en los medios locales. Incluso en 1897 el mismo Prat colaboró personalmente en la creación de *La Protesta Humana*, sin duda el periódico más importante del movimiento anarquista. Más allá de las escasas referencias de la historiografía argentina al tema, parece evidente que la línea anarco-comunista de Kropotkin tuvo una amplia difusión y adhesión en los medios loca-

³ Tomo el término populismo de José Álvarez Junco, “Los dos anarquismos”, en *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, París, No. 55/57, enero-julio de 1977, p. 139.

⁴ *El Rebelde*, 11 de diciembre de 1898.

les. Y si bien es cierto que su predominio fue claro entre los *doctrinarios puros*⁵ a partir de 1905, ya en la década de 1880 sus escritos eran conocidos y difundidos en el Río de la Plata: en 1887 en Buenos Aires y dos años más tarde en Montevideo se editaban sus primeros folletos y artículos; poco después eran reproducidos en periódicos como *El Perseguido*, *La Protesta Humana*, *El Rebelde*⁶ y, especialmente, en *La Liberté*, una hoja en francés dirigida por Pierre Quiroule que reproducía *La Revolte*, orientada en el país galo por el propio Kropotkin. Durante la década de 1890 los grupos editaron varios folletos y libros. Pero el verdadero auge de las ideas de Kropotkin se generó a partir de 1905, coincidentemente con la imposición del principio comunista anárquico en el seno de la Federación Obrera (FORA) y con la publicación en *La Protesta* durante cien números consecutivos de las *Memorias de un revolucionario*.⁷

La interpretación libertaria no clasista reforzaba la idea, omnipresente en la obra de

Kropotkin, de dar menor importancia al análisis crítico de la economía capitalista, mientras centraba su atención en la condena moral. Esta concepción derivó en la elaboración de un esquema de conflicto más flexible y genérico que el sustentado por el marxismo, puesto que la causa de la división social no se hallaba sólo en el régimen de propiedad y salarios sino también en la enorme distancia cultural entre los sectores sociales. Esta brecha cultural se producía pues un actor social minoritario detentaba el saber que el otro (mayoritario) no poseía y esta cuestión excedía la contradicción clase burguesa-clase obrera para establecer, en términos de Kropotkin, una dualidad entre pobres y ricos, explotados y explotadores, desheredados y privilegiados, pueblo y burguesía. Como sostiene Álvarez Junco,

[...] al introducirse el elemento ético-cultural entre los factores de opresión o desposesión se añaden, como mínimo, dos variantes respecto del enfoque socialista clásico: por un lado se amplía el grupo de desposeídos... por otro lado, no se considera que la situación se caracterice por la progresiva polarización de las clases, sino por la creciente posibilidad de la superación de la tensión gracias a la inevitable ilustración de los oprimidos.⁸

La lucha de clases se convirtió en un concepto que, aunque frecuentemente utilizado, era casi negado por el discurso anarquista y oscurecido por otras divisiones más amplias que condujo a un ataque a la autoridad *per se*.

Eduardo Gilimón, la figura predominante del grupo *doctrinario puro* que predominó en la redacción de *La Protesta* a partir de 1906,⁹ fue uno de los más firmes defensores de la

⁵ Ésta es una caracterización del autor a los efectos de poder distinguir los diversos sectores que tejían la enmarañada trama del movimiento libertario local. Llamo *doctrinarios puros* a aquellos activistas, especialmente intelectuales y publicistas, que defendían la doctrina desde una supuesta perspectiva ortodoxa y se comportaban casi como intelectuales orgánicos y funcionaban como una verdadera élite con el propósito de programar la línea política y de inducir a los militantes de base a aceptar las decisiones de la élite. En cambio, denomino *intelectuales heterodoxos* a aquellos sectores del movimiento, generalmente proveniente de las letras, más abiertos doctrinariamente y reacios a encolumnarse detrás de las orientaciones de los dirigentes “orgánicos”.

⁶ Este periódico publicó “El concepto de revolución”, *El Rebelde*, 11 a 27 de noviembre de 1898, y las “Bases Científicas de la Anarquía”, durante varios meses en 1902.

⁷ Kropotkin fue el teórico europeo más transitado por *La Protesta*. Entre 1904 y 1910 aparecieron 28 artículos del autor ruso, 27 de Eliseo Reclús, 10 de Enrique Malatesta, 13 de Juan Grave (en cierta forma, los tres últimos estaban emparentados teórica e ideológicamente con Kropotkin) y sólo aparecieron tres artículos de Stirner y otros tantos de Bakunin, el mismo número que mereció Herbert Spencer.

⁸ José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 182-183.

⁹ Gilimón accedió a una posición hegemónica en *La Protesta* al desplazar de la dirección, después de una durísima disputa, al intelectual heterodoxo Alberto Ghirardo.

concepción policlasista. Si bien no parece haber tenido influencia directa en el movimiento obrero organizado, ejerció un fuerte ascendente sobre el movimiento libertario que, a la vez, orientó durante buena parte de la primera década del siglo al movimiento obrero organizado representado en la FORA. Como un intelectual orgánico y autopromovido en intérprete de la doctrina anarquista, atacó sistemáticamente el clasismo de corte marxista existente en el seno del movimiento gremial al que asimilaba ya el socialismo, ya el sindicalismo. Sus ideas básicas en el tema giraban en torno de la negación de la lucha de clases y de la existencia de una élite revolucionaria formada por intelectuales y pensadores encargada de educar y concientizar a la masa de trabajadores. Según su criterio, el cambio social y la revolución no estaban condicionados por la lucha de clases sino por la lucha del pueblo contra sus explotadores. Pueblo era una categoría más abarcadora que englobaba mayoritariamente una inmensa gama de trabajadores pero también a los miembros de profesiones liberales, comerciantes y hasta “capitalistas de toda especie”. Esta amplia idea de pueblo incluía también a los desheredados en términos generales (enfermos, viejos, niños, miserables, prostitutas) y en ella está latente la concepción bakuninista de la energía política de las masas y del pueblo como depositario permanente de la semilla de la revolución social. En este sentido, toda la energía revolucionaria estaba colocada contra la autoridad del Estado que representaba a los factores de explotación y de opresión, de poder y de sometimiento de toda la sociedad (pueblo) expoliada y no de una clase en particular.

De este razonamiento se desprendía que la lucha de clases no era un hecho anárquico

[...] y no es anárquico porque los anarquistas no van precisamente contra una clase social, ni contra un sistema económico, ni proceden ellos exclusivamente de una de-

terminada clase social sino de todas. Van contra un principio –el principio de autoridad– contra la organización social que es autoritaria en todos los órdenes de la vida desde el político hasta el moral y desde el intelectual hasta el económico, y contra todas las clases sociales que se opongan a la libertad, a la anarquía.¹⁰

Para Gilimón la clase obrera era una cantera, la más importante de la sociedad, de donde el anarquismo habría de nutrirse y adquirir su fuerza fundamental, pero nada más. En su concepción, también los sectores dominantes podían nutrirse de la cantera obrera pues parte de ellos militaban en el bando opuesto ya fuese por no desprenderse de sus prejuicios serviles o de cierta veta autoritaria que era explotada por las fuerzas de seguridad, que reclutaban a sus miembros en las filas de los trabajadores. Por lo tanto, ser obrero no representaba un atributo en sí mismo, a lo sumo los trabajadores podrían llegar a adquirir una conciencia mejorista a través de los gremios, pero la anarquía no era

[...] un sistema de mejoras sino la abolición de todo principio de autoridad... que la adquieren otros hombres que pertenecen a distintas clases sociales, vale decir, todos los que tienen un elevado concepto de su individualidad, de la dignidad humana, de la libertad.¹¹

En definitiva, la lucha crucial en la que se jugarían los destinos del porvenir no enfrentaría a capitalistas y obreros sino a los autoritarios (opresores) y a los libertarios (oprimidos).

Frente al concepto de lucha de clases o, más aun, de conciencia de clase marxista que penetraba el discurso anarquista por varios puntos, los *doctrinarios puros* bregaban por

¹⁰ Eduardo Gilimón, “La Anarquía”, *La Protesta*, 20 de agosto de 1908.

¹¹ *Ibid.*

una conciencia moral basada en valores que apelaban al individuo, a la libertad, a la rebeldía o a la dignidad humana. Pocos años después, Diego Abad de Santillán, presionado por el impacto de la revolución bolchevique y la propagación del comunismo marxista entre los trabajadores radicalizados, ratificaría la postura anticlasista. Insistía con la idea de que ser proletario no era suficiente para convertirse en revolucionario: “la demagogia marxista atribuyó a los trabajadores una razón histórica fatal y se esmeró en divulgar la idea del proletariado como clase; partiendo de este punto de vista, toda escisión de esa clase unitaria sería un atentado contra los intereses revolucionarios”.¹² Santillán sostenía que esta premisa era totalmente falsa pues no consideraba al proletariado como una clase unitaria sino como un conjunto inconexo de seres humanos que si bien nutría a los contingentes revolucionarios también, coincidiendo con Gilimón, abastecía de materia prima a los opresores:

[...] en el obrero revolucionario está por encima el hombre que el obrero. Por encima del concepto del proletario está el concepto de la humanidad; en la conciencia del proletario que lucha por un mundo mejor encontraréis en primer lugar la dignidad humana ultrajada por la tiranía o la opresión y sólo en segundo plano el zapatero, el albañil, el carpintero.¹³

Esta ausencia de una cosmovisión clasista de la sociedad dotó al anarquismo de la aspiración de representatividad universal de los explotados en términos generales, acercándose a la idea del hombre desarraigado. Un hom-

bre desarraigado visto desde una perspectiva ética y cultural que privilegiaba en su análisis elementos educacionales, culturales y morales frente a las caracterizaciones específicamente socioeconómicas; los hombres no se diferenciaban por el lugar ocupado en la sociedad sino por los ideales que profesaban y, en este sentido, las clases sociales nacían y existían más en el pensamiento que en la realidad concreta. El hombre era antes que nada individuo y esta condición adquiriría mayor relevancia que la pertenencia a una clase social determinada y cuando asumía el ideal libertario se identificaba con el universalismo del anarquismo y no con el particularismo de la clase obrera. Sin llegar al extremo de negar absolutamente la lucha de clases, la instalaban en un segundo plano puesto que para ellos los intereses de clase no expresaban necesariamente un ideal revolucionario.

El posible atractivo de esta visión parecía residir en que la doctrina libertaria no sólo brindaba una salida al obrero alienado o al intelectual desplazado o marginado de las élites culturales, sino también a aquellos sectores que, aspirantes a pertenecer a la clase media, habían quedado excluidos del proceso de ascenso social. Aunque en una escala menor, como ocurriera con el cartismo inglés, el anarquismo supo interpretar con su lenguaje político la miseria y el descontento popular y parece haber brindado respuestas para el malestar y los estados de ánimo insatisfechos.¹⁴ Estas propuestas deben haber tenido su peso en el Buenos Aires de principios de siglo que, si bien permitió de manera amplia el ascenso social, también destruyó la ilusión de muchos. El anarquismo creía que la frustración de las expectativas de mejoramiento material de los ilusionados inmigrantes abría un

¹² Diego Abad de Santillán, “Suplemento semanal de *La Protesta*”, en Frank Mintz y Antonia Fontanillas, “Diego Abad de Santillán. Historia y vigencia de la construcción social de un proyecto libertario”, en *Suplementos. Materiales de trabajo intelectual*, Barcelona, Anthropos, Editorial del Hombre, No. 36, enero de 1993, p. 14.

¹³ *Ibid.*, p. 16.

¹⁴ Gareth Stedmann Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 91.

camino de segura adhesión a su causa. El diálogo de dos deportados –imaginado por Gilimón– en la cubierta de un barco que los trae de regreso al país desde España expresa bien esa concepción:

¿Ves éstos? –sostiene el interlocutor del autor, refiriéndose a los inmigrantes que viajan hacia Buenos Aires–. Son futuros anarquistas. Cuando la decepción llegue; cuando sus ilusiones de hoy se desvanezcan; cuando la realidad brutal les hiera, se irán su republicanismo y americanismo al diablo. Van engañados y el desencanto los enfurecerá. Sí –responde el autor–. Si en vez de ilusionarlos, les expusieran un cuadro real y verdadero de lo que es Argentina, vendrían igualmente, porque aunque la vida en América es más ingrata que en España, siempre hay alguna mayor ventaja económica y no tendrían que desesperarse y volver contra su país, siendo elementos de desorden, usando el vocabulario y el modo de ver de los gobiernos. Y aunque sea doloroso para estas pobres gentes, tal vez sea mejor así. El progreso requiere, como los dioses antiguos, sus víctimas.¹⁵

Los anarquistas volcaron todo su esfuerzo en ese sentido e intentaron denodadamente vencer a esas “víctimas”, apuntando precisamente a esa zona de desilusión, de frustración y de deseos no satisfechos, explotando muy bien el descontento, la decepción, la bronca y el resentimiento de los trabajadores que no lograban cumplir los sueños que habían motivado el desarraigo de su suelo natal y alcanzar el lugar ansiado en la sociedad. La desilusión material de los oprimidos debía trastocarse en conciencia revolucionaria. Bastaba una manifestación de protesta a modo de chispa para que los militantes libertarios aportaran el combustible para encender

¹⁵ Eduardo Gilimón, *Hechos y comentarios*, Buenos Aires, Imprenta B. Puey, 1911, p. 104.

la hoguera. Por eso dirigieron y alentaron la huelga de inquilinos de 1907 mientras el Partido Socialista se debatía en una discusión sin salida para determinar si una rebelión de consumidores constituía o no una huelga en el sentido clásico; lucharon por los presos políticos y sociales; apoyaron conflictos cuasi ludditas como la lucha de los obreros cigarros contra la incorporación de máquinas modernas;¹⁶ denunciaron en grandes titulares en sus periódicos el maltrato a que eran sometidos los conscriptos en el ejército e, incluso, intentaron organizarlos;¹⁷ criticaron duramente la persecución de las prostitutas o efectuaron llamados sin éxito a la policía a plegarse a las filas de la rebelión de los oprimidos. Indudablemente la heterodoxia clasista, reforzada por la forma pasional y casi dramática de emitir sus discursos, fue una de las claves de su arraigo entre los sectores populares en los momentos de conflicto. Aunque es probable que en determinados conflictos obreros el mensaje de socialistas y anarquistas haya sido muy similar, intercambiable si se quiere. Es allí donde adquiriría importancia la forma de emisión del discurso libertario, dramática, elocuente, acompañada de una

¹⁶ Una vez más las contradicciones; fervientes defensores del progreso, aplaudieron la mecanización y el maquinismo en tanto significara un alivio y ahorro del trabajo humano y de hecho consideraban a las máquinas un elemento vital del bienestar de los hombres en la sociedad futura; pero cuestionaban la desocupación provocada por las máquinas en un régimen de tipo capitalista puesto que los empresarios no buscaban mejorar las condiciones de trabajo sino mejorar su rentabilidad. Mientras existiera este tipo de relaciones sociales de producción algunos proponían, junto a la huelga, la destrucción de cuanta máquina privara de su trabajo a los obreros. Véase, por ejemplo, Carmelo Freda, “Dinamita a las máquinas”, *Fulgor*, No. 2, 25 de marzo de 1906.

¹⁷ No sólo publicaban frecuentes notas de carácter antimilitarista en la prensa partidaria sino que también editaron periódicos específicamente pacifistas como *El cuartel* (1909) o *La luz del soldado* (1909-1914), que alcanzaron una importante difusión. Véase Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, cap. VII.

gestualidad exagerada y acentuando siempre el carácter binario de su discurso. Los dirigentes socialistas Jacinto Oddone y Enrique Dickman recalcan estas características (irracionales a su criterio) y reconocen que atraían a los trabajadores. Pero el arraigo libertario entre los sectores populares fue efímero puesto que no se tradujo en una conversión masiva de éstos a las filas anarquistas.

En realidad, los anarquistas no lograron atraer masivamente a sus filas a los obreros, sólo fueron eficaces para articular sus reivindicaciones de manera coyuntural. La heterodoxia ideológica, la dinámica de su acción práctica y la “categórica frontalidad”¹⁸ permitieron al anarquismo adaptarse perfectamente a una sociedad de carácter aluvial, excesivamente cosmopolita, con un mundo del trabajo heterogéneo y en continuo movimiento y transformación, ofreciendo respuestas inmediatas a las necesidades cotidianas y a las expectativas de una vida mejor de los trabajadores. La constitución de sociedades de resistencia, círculos culturales, escuelas alternativas y la construcción de una amplia red de prensa tendieron a cubrir y satisfacer esas demandas. Para cubrir estas esperanzas no parecían necesarias grandes disquisiciones teóricas ni una extremada coherencia ideológica. Sólo había que estar allí donde aparecieran las demandas y, en este sentido, el anarquismo pudo cubrir ciertas expectativas populares en el corto plazo pues ofreció un efectivo marco de contención en una sociedad donde pocos cubrían ese rol.

Las prácticas anarquistas de la primera década del siglo adquirieron características de una militancia de urgencia, resultado de la convergencia de dos procesos diferentes. Por un lado podría explicarse la urgencia revolu-

cionaria anarquista como la respuesta a un proceso socioeconómico de cambios bruscos y acelerados, signado por el carácter aluvial de la sociedad urbana argentina con altos niveles de movilidad horizontal y vertical que, indudablemente, generaron dificultades y precariedades en la constitución de una identidad común de los trabajadores. Tal vez las características de este proceso social, económico y cultural hayan contribuido a abortar, hacia adentro del movimiento libertario, un crecimiento y desarrollo de la elaboración teórica en detrimento de la búsqueda de respuestas rápidas y contundentes a un proceso tan cambiante. Da la impresión de que se hubiera apoderado de los activistas cierta urgencia por organizar su acción y golpear sistemáticamente al sistema para cambiar la sociedad aunque, paradójicamente, las referencias a esa utópica sociedad futura no haya merecido demasiadas reflexiones mas allá de la notable excepción constituida por la utopía construida por Pierre Quiroule.¹⁹

Por otro lado, la militancia de urgencia encuentra una explicación en la misma concepción libertaria. Significaba subordinar el pensamiento a la acción y, en cierta forma, la planificación a largo plazo del proceso revolucionario por un inmediatismo aunque esta última afirmación no sea del todo verdadera puesto que algunos autores sostienen la convivencia en el movimiento libertario de dos posturas ante el modelo de sociedad: por un lado el espontaneísmo, tributario del individualismo, que se resistía a cualquier planificación por autoritaria y por atentar contra la

¹⁸ La oportuna expresión pertenece a David Viñas, *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p. 219.

¹⁹ Pierre Quiroule, *La ciudad anarquista americana*, Buenos Aires, La Protesta, 1914. Para un análisis de esta obra, véanse Felix Weinberg, *Dos utopías argentinas de principios de siglo*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1987; Fernando Ainsa, “La ciudad anarquista americana. Estudio de una utopía libertaria”, en *Caravelle*, No. 46, Toulouse, 1988; Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia A. Vázquez, *Utopías libertarias americanas*, Madrid, Tuero, 1991.

espontaneidad de las masas. Por otro, una línea constructiva, derivada de los organizacionistas que se esforzaban por anticipar un modelo de sociedad.²⁰

Y si bien es cierto que esta polémica existía y tensionaba el discurso anarquista, también lo es que la urgencia, el inmediatismo y el intento de aceleración de los tiempos políticos constituían la impronta dominante del movimiento anarquista local en su conjunto y se justificaba por una concepción, en parte utópica, que ponía el énfasis en objetivos que iban más allá del presente, como la destrucción del Estado en forma total, definitiva, sin etapas intermedias (contra el gradualismo socialista) y sin mediaciones del tipo dictadura del proletariado ni de ninguna clase social. Existía la convicción de que era el movimiento espontáneo el que creaba las condiciones para el progreso del ideal anarquista. Esta forma de movimientismo era una manera de privilegiar la acción por sí misma apuntando, más que a la concreción de objetivos concretos, a la realización repentina de un fin abstracto que los llevaba constantemente a impulsar nuevas acciones espontáneas.²¹ Esta manera de analizar el cambio desembocaba en la necesidad de golpear sistemáticamente a las instituciones integrantes del Estado capitalista.²² Así, en cada acción en donde in-

tervenían extremaban las posiciones, tensando siempre la cuerda para llegar un poco más lejos. La idea del todo o nada, de alcanzar sus objetivos en forma inmediata se hallaba a menudo presente en su horizonte: “los hombres libres deben ir derecho a la conquista del pan y no detenerse a recoger migajas”.²³

Esta militancia de urgencia privilegiaba la acción y la propaganda y, en ese sentido, relegaba la teoría a la descripción sistemática y reiterada de los problemas sociales. La enorme mayoría de artículos publicados en los distintos medios periodísticos locales hacían referencia, generalmente desde una perspectiva moralista, a los males de la sociedad capitalista: la perversión del Estado, la hipocresía y la lujuria de la iglesia, la codicia y el carácter explotador de la burguesía o el sufrimiento del proletariado, para mencionar algunos de los tópicos más importantes. Había un hilo conductor en la forma de abordar todos estos temas consistente en cierto grado de abstracción e intemporalidad, que ocultaba la especificidad de la sociedad en la que estaban operando políticamente.

Precisamente, las simplificaciones de la producción anarquista local no se limitaron al campo del pensamiento teórico abstracto sino también, y esto es lo que interesa aquí, a las formas de pensar, mirar y analizar la sociedad argentina. Predominaba una tendencia a analizar la sociedad concreta y real desde vagas postulaciones generales, de un alto grado de abstracción, a partir de las cuales parecía difícil elaborar interpretaciones y conclusiones medianamente certeras. Y aunque hayan demostrado una notable adaptación y pragmatismo ante el conflicto social en las prácticas concretas, los activistas que se dedicaban a

²⁰ L. Gómez Tovar, R. Gutiérrez y S. A. Vázquez, *op. cit.*, pp. 37-43.

²¹ Sobre el componente espontáneo e insurreccional en el anarquismo, véase Gian Mario Bravo, “El anarquismo”, en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, cit., pp. 29-36.

²² Algunos historiadores del anarquismo abonaron la idea del espontaneísmo y la falta de componentes utópicos, por ejemplo George Woodcock, *El anarquismo*, Barcelona, Ariel, 1979, p. 25. Desde el marxismo siempre se criticaron los rasgos inmediatistas y últimamente un autor, a la luz de las movilizaciones del mayo francés de 1968, ha denominado a estos rasgos, casi peyorativamente, como “impaciencia revolucionaria”. En una explicación con un fuerte sesgo psicologista se sostiene que los anarquistas son (y eran) impacientes en tanto no pueden y no saben esperar las coyunturas revo-

lucionarias adecuadas, pensando la revolución como un acontecimiento actual, siempre posible. Véase Wolfgang Harich, *Crítica de la impaciencia revolucionaria*, Barcelona, 1988.

²³ *El Rebelde*, 12 de enero de 1902.

pensar la sociedad no acertaban a elaborar diagnósticos relativamente certeros, en tanto repetían mecánica y machaconamente fórmulas en las cuales las connotaciones negativas o positivas de los actores sociales poco se diferenciaban aquí de las elaboradas en cualquier otro lugar del mundo. Deliberadamente o no, los propagandistas locales eran poco sutiles a la hora de definir los diversos grupos sociales y la crítica era centralmente moral. Así, los burgueses, los trabajadores, los sacerdotes, los militares o los funcionarios estatales aparecían despojados de los matices nacionales o locales. Un patrón, un obrero, un cura, un general o un ministro tenían las mismas connotaciones aquí, en Italia o en cualquier otro país. Esta falta de diferenciación de las especificidades nacionales no se debía sólo a la tendencia internacionalista inherente a la doctrina anarquista. También hay que tener en cuenta el grado de movilidad geográfica y la escasa permanencia en el lugar de quienes escribían en los periódicos y revistas locales. En múltiples ocasiones estos propagandistas eran individuos recién arribados al país y tanto su pensamiento como su discurso estaban cargados de influencias del lugar de origen. Así, la lectura de la sociedad local estaba teñida por transposición mecánica de las vivencias anteriores.

Por otro lado, y a pesar de la influencia positivista, la pasión por la observación y la cuantificación de los datos de la realidad económica y social estaban casi ausentes de sus análisis. Predominaba la denuncia moralista y ni en la prensa periódica ni en los numerosos libros y folletos publicados durante este período se perciben diagnósticos estructurales sólidos. Pocos años después del período analizado en este trabajo, Abad de Santillán reconocería el escaso apego del movimiento libertario a analizar los problemas del presente:

[...] aparte de alguna que otra campaña pro presos vivimos demasiado al margen de la

vida económica, política y espiritual de la época; nos hemos retraído demasiado, desinteresándonos por todo lo que no tiene una atingencia inmediata y bien visible con nuestras ideas. Esto nos condena más y más al aislamiento.²⁴

Sin duda ésta fue la impronta dominante en el anarquismo local que, sin embargo, adquirió un peso relativamente importante en la sociedad urbana de comienzos del siglo. Aunque, si se considera un plazo de tiempo más largo, las propuestas anarquistas se habrían demostrado repetitivas y poco flexibles a los cambios que, aceleradamente, se producían en distintos niveles de la sociedad argentina, especialmente en la esfera política. Por ejemplo, la postura libertaria contraria a la nacionalización de los extranjeros para participar de la política electoral puede haber sido adecuada a comienzos de siglo, con un sistema electoral predominantemente restrictivo, pero no lo era tanto quince años después, con la vigencia de la ley Sáenz Peña. La rigidez doctrinaria y la falta absoluta de pragmatismo alejaban al anarquismo de las masas. Frente a estas transformaciones, la escasa predisposición a analizar teóricamente el abanico de problemas que cruzaban la sociedad argentina, sumada a la rigidez doctrinaria, se habrían convertido en serias trabas para la comprensión, y posterior transformación, de una realidad que se les escapaba de las manos rápidamente. De todas maneras, el interrogante subsiste pues aquí nos interesa desentrañar la relación entre la escasa atención analítica sobre la sociedad local y su relativa inserción entre los trabajadores en el momento de auge del anarquismo.

²⁴ Diego Abad de Santillán, "Los anarquistas y la política colonial de los estados civilizados". El artículo fue publicado en el suplemento semanal de *La Protesta* del 12 de enero de 1925. Tomado de Diego Abad de Santillán, "Historia y vigencia de la construcción de un proyecto libertario", en *Suplementos. Materiales de trabajo intelectual*, Barcelona, Anthropos Editorial del Hombre, enero de 1993, p. 21.

Si bien la respuesta es compleja, puede sostenerse, en principio, que no existe una relación necesaria y mecánica entre la intensidad del conflicto social y la intensidad de la producción ideológica. La coherencia y la profundidad teórica no son requisitos indispensables para atraer a las masas a un movimiento político. Tanto el radicalismo como el peronismo bien podrían ser un ejemplo en ese sentido. En un estudio sobre esta misma problemática para el anarquismo español se sostiene con acierto que

[...] una ideología no es un todo acabado; responde, en todo caso, a las necesidades

de la sociedad y, de no ser así, su capacidad de movilización desaparece. Lo importante no es su grado de coherencia teórica [...] sino su fuerza de aglutinamiento y credibilidad.²⁵

Y en esos componentes parece haber radicado la potencialidad del anarquismo local hacia comienzos del siglo XX. □

²⁵ Javier Paniagua, "Una gran pregunta y varias respuestas. El anarquismo español: desde la política a la historiografía", en *Historia social*, No. 12, Valencia, invierno de 1992, p. 39.

Lecturas anarquistas de la revolución rusa

Roberto Pittaluga

UBA / CeDInCI

En 1927, en oportunidad de hacer un balance de las últimas tres décadas de actuación del anarquismo en la Argentina, Diego Abad de Santillán no dudaba en resaltar la intensidad con que, en los tres o cuatro años inmediatamente posteriores a 1917, los militantes libertarios habían abrazado la revolución rusa, hasta el punto de hacerles pensar que, en virtud de los acontecimientos que siguieron al levantamiento ruso en varios lugares del globo, la revolución estaba próxima incluso en estas latitudes. Si esta suerte de contagio revolucionario que alteró los horizontes de expectativas del anarquismo argentino es una marca indeleble que perdura en esa mirada retrospectiva de Santillán casi diez años después, la misma es contrastada por la evaluación que a esa altura le merece la recepción de la revolución rusa en los grupos libertarios: su único efecto destacable habría sido el vuelco de muchos e importantes militantes hacia otras corrientes políticas, y por ello perdidos para la verdadera causa revolucionaria.¹

Este contraste tan evidente en la pluma de una de las figuras más influyentes del anarquismo local, que no ocultaba cierta decepción entre las promesas abiertas y el derrotero final de la república de los soviets, permite apreciar momentos distintos y también divergentes en las lecturas anarquistas del proceso revolucionario ruso. Dichas lecturas estuvieron atravesadas por determinaciones de distinto orden. Por un lado, las consideraciones políticas y teóricas que se hicieron del fenómeno ruso estuvieron sesgadas por las representaciones y conceptualizaciones preexistentes de la revolución, las cuales, sumadas a la coyuntura sociopolítica argentina y a las mismas prácticas del anarquismo local, conformaban el *contexto de reconocimiento* de la revolución rusa. Por otro lado, el acontecimiento revolucionario conmovió los imaginarios y las formulaciones previas: interpretar la revolución rusa era también interrogarse sobre los mismos presupuestos teóricos y políticos de las prácticas locales, sobre su plasmación en representaciones e imágenes y aun sobre la conformación de determinadas identidades. La revolución rusa se constituyó entonces como un desafío a la vez teórico y político que obligó a reformulaciones, a nuevas afirmaciones o, al menos, a nuevos fundamentos para viejas conductas e identidades.

¹ Diego Abad de Santillán, "La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur", en *Certamen Internacional de "La Protesta"*, Buenos Aires, La Protesta, 1927.

Las primeras recepciones y los desafíos implícitos

La revolución que tenía lugar en Rusia fue objeto de atención de numerosas miradas que, más allá de las diferentes apreciaciones que motivara, eran coincidentes en un punto: su significación mayor para el nuevo rumbo histórico que se creía había abierto la Primera Guerra Mundial.² En tanto el anarquismo se constituyó como una de las corrientes revolucionarias de la modernidad en la que –para decirlo en palabras de Michael Löwy– el componente romántico, utópico y restaurador a la vez, se desplegó con más potencia,³ las primeras recepciones de la revolución rusa en las filas libertarias tendieron a destacar lo que pensaban eran sus atributos utópicos y redentores.

De tal forma, un rasgo que matrizó estas primeras lecturas e interpretaciones consistió en ubicarla como momento culminante de un multiseccular proceso de lucha por la emancipación que entre sus jalones previos podía contar tanto a la revolución francesa como a la comuna parisina –sin que faltaran por cierto quienes decidían llevar sus antecedentes hasta el Renacimiento–. Si estos acontecimientos servían como acervo conceptual e histórico para la interpretación del que ahora tenía lugar, al mismo tiempo su invocación instituyó, en el mismo proceso interpretativo, una genealogía de un movimiento de emancipación universal que en los sucesos que te-

nían lugar en Rusia había llegado a su cenit: la revolución rusa era, así, el momento y el lugar del (re)encuentro con una naturaleza humana perdida cuyos rasgos más eminentes eran la libertad y la igualdad.⁴

Este carácter redentor proyectado sobre la revolución de los soviets si bien permitía conservar, aunque alterada, esa dimensión progresista de la historia de la que se nutrió el anarquismo, al mismo tiempo le otorgaba un estatuto que la convertía en un nudo de la historia, y como tal imponía una reconsideración del pasado y del futuro. Para quienes, como el grupo editor de *La Protesta*, explicaban que la revolución rusa era “[...] el aplastamiento total del régimen estatal por el gobierno de sí mismo”, y que el final del largo camino estaba ya al alcance de los pueblos, no había duda que el presente se constituía en bisagra clave de la propia historia, fijando un antes y un después.⁵ De tal forma, leían en la revolución rusa una ruptura epocal abismal: “Este mundo que nace será edificado sobre los escombros del viejo mundo sin valerse de ningún material usado para que su solidez sea bien cimentada”.⁶ La entidad que así se le otorgaba a la revolución rusa sólo podía ser plasmada integralmente por medio de imágenes que apelaban a las fuerzas de una naturaleza desatada: la “tormenta revolucionaria”, el “incendio social” que recorría el mundo, eran las figuras apocalípticas utilizadas para dar cuenta de la inequívoca señal de que “una nueva era [...] pugna[ba] por nacer a la luz de los siglos”; así planteada, la revolución era una irrupción en la historia, era “el Ideal en marcha”, una entidad autónoma e inde-

² Véase Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000.

³ Michael Löwy, *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997; Löwy retoma las elaboraciones de Karl Mannheim en *Ideología y utopía*, México, FCE, 1993. Para el imaginario del anarquismo de la Argentina, véase Roberto Pittaluga, “Un imaginario utópico-restaurador en el anarquismo de la Argentina”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, No. 11/12, primavera de 2000, pp. 74-77.

⁴ Véanse varios artículos en este sentido en los números de *La Protesta* del 11, 13 y 14 de noviembre de 1917; 4 de diciembre de 1917 y 17 de febrero de 1918.

⁵ “La Revolución Rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, 17 de febrero de 1918, p. 2.

⁶ Santiago Locascio, *Maximalismo y anarquismo*, Buenos Aires, Atilio Moro, 1919, p. 46.

pendiente de los sujetos que la promovían, reproduciendo ese acento trascendental propio del sentido moderno de revolución.⁷

Al designar el momento que los acontecimientos soviéticos inauguraban como el inicio de una nueva época histórica –y por tanto la dimensión mundial de la revolución era no sólo incuestionable sino un directo derivado de la caracterización propuesta–,⁸ los escritores anarquistas realizaban una operación discursiva destinada tanto a mostrar la cisura histórica como a entroncarla, implícitamente, con el pensamiento y la práctica ácratas. Las intervenciones que buscaban edificar una interpretación sobre los acontecimientos que tenían lugar en Rusia, además de tener como objetivo confrontar con las rivales, se proponían otorgarle un sentido histórico que revirtiera en términos legitimantes sobre las actuaciones locales de los revolucionarios anarquistas. La significación de la revolución rusa como “ruptura epocal” constituía la prueba fehaciente de la más vasta transformación del orden mundial ya anunciada por los profetas del anarquismo, por lo que el *corpus* libertario sobre la revolución adquiriría un signo confirmatorio y relegitimante. Por otro lado, estas recepciones de la revolución rusa que destacaban la ruptura del tiempo histórico a partir de concebirla como generadora de una alteridad absoluta entre el pasado y el futuro, se correspondían con una gestualidad revolucionaria afincada en posiciones principistas atravesadas a su vez por énfasis morales sobre la acción, todo lo cual trazaba con meridiana claridad los perfiles identitarios de esa franja de la izquierda –frente a las clases dominantes,

pero también frente a socialistas y sindicalistas, y desde ese momento también frente a los “comunistas políticos”–.⁹

El acontecimiento revolucionario que marcaba el inicio de un nuevo calendario posibilitaba también puntos de fuga perspectivistas hacia el pasado y hacia el futuro, motivando un reexamen que promovía la formulación de un nuevo espacio de experiencia mediante la resignificación de los acontecimientos pretéritos a través de la proyección de nuevos horizontes de expectativas.¹⁰ Estas modificaciones de los “pronósticos” influyeron en la lectura de los acontecimientos locales por parte de muchos anarquistas. El aumento de la conflictividad social, la presencia de la clase obrera como sujeto de envergadura en esta coyuntura, alentaron esas lecturas “anhelantes” de emancipación y la misma conflictividad local fue vista a través de la lente de la revolución mundial ya iniciada. Más aún, la democratización recientemente iniciada en la Argentina, que imponía al anarquismo un terreno para el debate y la acción en el que mostrarían dificultades crecientes, fue raudamente descalificada ya no sólo desde los principios anti-políticos sino desde la experiencia de la democracia en la Rusia del Gobierno Provisional, la cual había fracasado, argumentaban los escritores ácratas, por estar imposibilitada de resolver los problemas del pueblo.¹¹

⁷ “El Ideal en marcha”, en *La Protesta*, 17 de febrero de 1918, p. 2; véase también *Tribuna Proletaria*, No. 30, 31 de agosto de 1919, p. 1. La dimensión trascendental del concepto de revolución en la modernidad es señalada por Reinhart Koselleck en *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
⁸ Véase, por ejemplo, *Tribuna Proletaria*, No. 32, 3 de septiembre de 1919, p. 1.

⁹ La intransigencia como normativa de las acciones anarquistas ha sido suficientemente resaltada; para un estudio reciente de la cultura anarquista en la que se examina esta dimensión de las prácticas e ideas libertarias, véase Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001. Para las disputas por el sentido del término comunismo luego de la revolución rusa, véase Roberto Pittaluga, “Los significados del comunismo o la lucha por el nombre”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 6, No. 17, Buenos Aires, diciembre de 2001.

¹⁰ Véase Reinhart Koselleck, *op. cit.*

¹¹ “De la Revolución. La dictadura del proletariado”, en *La Protesta*, 5 de marzo de 1919, pp. 1 y 2.

De tal forma, durante este primer momento (1917-1919), a medias obnubilados por sus deseos y a medias por encontrar respuestas a desafíos de orden local, los principales voces del anarquismo se embarcaron en la exaltación de la revolución rusa, incluso tomando de ella aspectos difícilmente compatibles con el ideario ácrata y con las imaginaciones libertarias preexistentes de la revolución —al menos en sus formulaciones decimonónicas—. Al dotar a dichos aspectos de su específica experiencia de la legitimidad de una revolución efectivamente realizada, la revolución rusa actuaba como una nueva referencia histórica, y esta referencialidad para el movimiento revolucionario corría el riesgo de erigir el particular derrotero ruso en el modelo que los revolucionarios de otras tierras debían emprender si querían triunfar.

En esta senda, el entusiasmo que se desprende de las escrituras ácratas sobre la revolución rusa —prolongadas en una euforia política en torno de las posibilidades de una revolución en la región rioplatense— no derivaba tan sólo de las lecturas catastrofistas, sino también de aquellas que asignaban un desmesurado peso a la élite de los revolucionarios. Lecturas del “maximalismo” en clave vanguardista que comenzaban a perfilar un modelo de revolución en el cual, a través de un giro que no era del todo ajeno al anarquismo, la confianza en las virtualidades de la élite dirigente opacaban todo rol autoemancipador de las masas, a la par que el proceso revolucionario era concebido según los criterios de una estrategia de toma del poder, de encubramiento de dichas élites para, desde la cima, destruir lo viejo y construir el nuevo orden.¹²

¹² “La Revolución Rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, 17 de febrero de 1918, p. 2. Que las élites más que las masas eran el sujeto de la revolución puede verse en la obra utópica de Pierre Quiroulet, *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria con el plan de la ciudad libertaria*, en Luis Gó-

mez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia Vázquez, *Utopías libertarias americanas*, vol. 1, Madrid, Fundación Salvador Seguí/Ediciones Tuero, 1991.

En igual sentido, no resulta extraño que la controvertida figura de la “dictadura del proletariado” fuera también rápidamente incorporada como parte del legado de la revolución rusa en la prédica ácrata:

La dictadura del proletariado, primera consecuencia de la revolución social, instrumento de progreso que emplean los pueblos para destruir todos los anacronismos sociales y que servirá de base a una organización basada en el principio humano de la producción libre y el libre consumo.¹³

Este régimen era concebido no sólo en términos transicionales sino que se mantenían presentes las claves destructoras de la revolución: el objetivo de la dictadura del proletariado no era otro que la destrucción de la vieja sociedad.¹⁴ Pero además no era esta dictadura un producto exclusivo del itinerario revolucionario ruso, sino una etapa necesaria e inevitable para toda revolución, como razonaba Emilio López Arango cuando decía:

[...] la dictadura constituye la esencia, el fundamento de todo gobierno y en el período revolucionario, la dictadura es necesaria, ineludible para destruir las fuerzas de la oposición y matar el espíritu conservador acomodaticio de la clase productora.¹⁵

La necesidad de la dictadura era planteada tanto como instrumento para enfrentar a la

¹³ “De la Revolución. La dictadura del proletariado”, en *La Protesta*, 5 de marzo de 1919, pp. 1 y 2.

¹⁴ Emilio López Arango, “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, Avellaneda, No. 5, 20 de septiembre de 1920, p. 7.

¹⁵ “El sentido histórico de la Revolución”, en *La Protesta*, 9 de diciembre de 1919, p. 1. Véase también el citado artículo de *La Protesta* del 5 de marzo de 1919.

burguesía como a la apatía de los mismos trabajadores (una dictadura, entonces, *sobre* el proletariado).

Al ser el aniquilamiento de la sociedad pre-revolucionaria el elemento distintivo de la dictadura obrera, López Arango podía, además, despojar de todo “sentido político” al gobierno soviético, presentándolo como una estructura piramidal de gremios y apelando, al igual que lo hiciera Ingenieros, al concepto de democracia funcional para calificar al “gobierno de los soviets”. Aducía que dicho sistema, al que denomina “Estado-sindicato”, era la representación de “voluntades e intereses concordantes” justamente por ser “una federación de sindicatos” que representaba “a todos los trabajadores en su diversidad de oficios”.¹⁶ Que el reputado dirigente asturiano pudiera aglutinar, en la figura del “Estado-sindicato”, las ideas de la federación de asociaciones libres con el Estado surgido de la revolución, que no evidenciara preocupación por analizar la diferencia entre soviets y sindicatos, refleja con bastante nitidez la profundidad del atractivo que la insurrección rusa causó en las filas libertarias. A su vez, pareciera que el objetivo de la intervención de López Arango se despliega en dos vertientes: por un lado, debatir con la franja anarquista que a esa altura ya era crítica de la revolución bolchevique, y sus dardos se dirigen, entonces, a los “antorchistas”, a los que confronta invocando la realidad como campo de prueba y de eventual rectificación de las ideas. Por otro lado, pretende evitar una identificación entre la revolución rusa y el recién formado Partido Socialista Internacional (que luego cambia su denominación a Partido Comunista, Sección Argentina de la Tercera Internacional).

Estas primeras recepciones de la revolución rusa por los anarquistas rioplatenses dis-

taban de construir una interpretación que sobrepasara aquellas nociones e imágenes de por sí imprecisas que caracterizaron las concepciones e imaginaciones previas de la revolución social. Tampoco parecían preocuparse en demasía por construir un análisis coherente en sí mismo y con los principios anarquistas, sino que el esfuerzo principal consistía en un ejercicio de construcción de sentido para los nuevos elementos que la realidad revolucionaria aportaba al proceso histórico, de forma de integrarlos en lo ya sabido sobre la revolución, como una ratificación en la historia de lo dicho y hecho por el anarquismo. Pero si bien los enfoques vanguardistas y aun la aceptación en clave destructora de la dictadura del proletariado podían conjugarse con una revolución social entendida básicamente como consecuencia de una revolución moral e ideológica que acacería mesiánicamente, al mismo tiempo la revolución en Rusia implicaba la puesta en debate de un conjunto de problemas con el que el anarquismo tendría que enfrentarse, y que importaba una puesta en entredicho a sus imaginarios sobre la revolución. Entre tales problemas contaban en no menor medida componer una explicación de todos aquellos aspectos cuya notoria continuidad desdibujaban el imaginario mesiánico y apocalíptico de la revolución. Pues si la revolución era conceptualizada como un corte absoluto con el pasado, sin elementos antiguos que pudieran subsistir en la sociedad revolucionaria, la dificultad estribaba en explicar, entre otras cuestiones, la permanencia del Estado y de la política –sin mencionar, por ejemplo, los antagonismos de clase, nacionalidad o género–. Junto con esas perduraciones emergían elementos tanto o más perturbadores para el pensamiento ácrata: los problemas de la organización política, de la relación entre vanguardia y movimiento de masas, del sujeto de la revolución y aun del momento de la transición no sólo eran cuestiones que el anarquis-

¹⁶ Emilio López Arango, “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, cit., p. 8.

mo había eludido sistemáticamente –más allá de formulaciones generales–, sino que su inscripción en la prédica y la doctrina libertaria no era posible sin una revisión de ese mismo credo. Quizás lo más notable era que la revolución rusa parecía imponer una doble definición: por un lado, se constituía en una intervención que reconstruía la vieja –y nunca suficientemente revisada– dicotomía reforma/revolución a partir de la adhesión incondicional o el rechazo frontal de la experiencia y el proyecto bolchevique (situación que se profundiza con los famosos 21 puntos de la Tercera Internacional). Por otro lado, como señala Tulio Halperin Donghi, forzaba –o debía forzar– a quienes se proclamaban revolucionarios a una indagación de lo que se entendía por revolución social que superara las imprecisiones políticas y teóricas tanto como remodelara las imaginaciones sobre su acaecer y sobre el tránsito hacia la sociedad emancipada. Pero tal examen requería tanto de un estudio específico del particular itinerario ruso (que para el anarquismo, a diferencia de la mayoría de los socialistas, no podía tampoco detenerse en la evaluación de las condiciones previas necesarias para que una revolución efectivamente se realizara en una nueva sociedad que removiera la vieja desde sus bases), como de un estudio similar para las estrategias viables que podrían desplegarse en el tan distinto escenario argentino.

Para fines de 1921, los principales voceros de lo que cada día eran contingentes más reducidos de militantes anarquistas, ostentaban una furiosa y cerrada crítica de la experiencia bolchevique. En este viraje desde la exaltación inicial a la estigmatización final, influyeron un conjunto de factores sobre los que no puedo detenerme aquí. Sólo mencionaré la decisiva influencia que tuviera en este reposicionamiento lo que era sentido como la disolución de la identidad anarquista, tanto a través de lo que creían era la “marxistización” de ciertos sectores libertarios como en

la potencial pérdida de la principal referencia política e identitaria ácrata, la FORA del V Congreso, que entre 1920 y 1921 parecía correr el riesgo de desaparecer bajo los impulsos fusionistas que darían luego lugar a la USA.¹⁷

A continuación me detendré brevemente en el más acotado campo de las caracterizaciones en las que finalmente decantan las recepciones del proceso revolucionario ruso para los dos sectores que terminarían hegemonizando el movimiento libertario de la Argentina.¹⁸

¹⁷ Una visión de conjunto de los factores y problemas que llevaron a la reevaluación de la revolución rusa por parte de cada una de las corrientes anarquistas, y sus conexiones con la disolución de las formas identitarias del anarquismo finisecular, puede consultarse en Roberto Pittaluga, “La recepción de la revolución rusa en el anarquismo argentino”, tesis de licenciatura, Buenos Aires, marzo de 2000.

¹⁸ Dado que este artículo está centrado en las lecturas de la revolución rusa –y sus distintos momentos–, realizadas por algunas corrientes libertarias, no puedo referirme aquí a las elaboraciones que hiciera el grupo anarco-bolchevique. Sin embargo, tengo que destacar que las lecturas que hizo este grupo, además de ser claves para la comprensión del proceso de recepción, estuvieron orientadas por una voluntad de apropiación de dicha experiencia que implicaba una reformulación de los principios teórico-políticos del anarquismo, a la vez que tenía importantes consecuencias en sus prácticas políticas. Entre estas últimas es sumamente importante destacar que los anarco-bolcheviques encontraron en la revolución rusa una confirmación y una legitimación –además de nuevos elementos teórico-prácticos– para sostener prácticas con perspectivas más abiertamente clasistas que las predominantes hasta entonces en el anarquismo rioplatense, y que ello los llevó a otorgarle mayor centralidad a los conflictos por el control del proceso de trabajo y a colocar la unidad del movimiento obrero y la formación de una organización específicamente política del anarquismo entre sus objetivos prioritarios. Para la trayectoria de la corriente anarco-bolchevique, véase Andreas Doeswijk, “Camaleones y cristalizados: los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930”, Tesis de doctorado, Universidad de Campinas, 1998; para las interpretaciones que este grupo realizara de la revolución rusa, véase Roberto Pittaluga, “Recepciones de la revolución rusa: el caso de los anarco-bolcheviques”, ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Historia de las Izquierdas, Buenos Aires, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, 8 y 9 de diciembre de 2000; para las perspectivas clasistas de sus integrantes incluso una vez disuelta la corriente como tal, véase Fernando López, “El clasismo en los años ’20”, mimeo, 1997.

La crítica del “ejemplo ruso” y el retorno del imaginario utópico-redentor

Ya en 1919, quienes luego de 1921 serían conocidos como los “antorchistas” alertaban sobre las potencialidades burocratizantes de la experiencia soviética, en tanto se trataba de un poder político.¹⁹ Si el bolchevismo parecía ser una vía más rápida a la revolución, era a costa de colaborar con la burguesía a través de la participación política, lo cual no podía tener otro resultado que provocar una escisión entre medios y fines que conduciría a perder de vista los objetivos libertarios e igualitarios: su irremediable resultado sería, quizás, otra sociedad, pero no aquella soñada tierra del Ideal.²⁰ Desde este punto de vista, la impugnación a la revolución rusa descansaba en la distancia que la separaba de lo que debería haber sido una revolución anarquista. No se habían conformado allí las federaciones de asociaciones libres, y la continuidad del Estado, más allá de las justificaciones, venía a marcar la permanencia de la dominación política.²¹ Por otro lado, esas justificaciones del nuevo régimen en tanto sacrificio necesario y transitorio para la defensa de la revolución triunfante eran recusadas desde un razonamiento que volvía a fusionar medios y fines: salvaguardar la revolución no podía llevarse a cabo a través de la implantación de otro Estado, por más que fuera éste un Estado proletario.²² Por lo tanto, la alegada

transitoriedad del régimen soviético, su autodisolución futura, era una ficción, y el paso hacia una sociedad emancipada habría de requerir de otra revolución.²³ Esta argumentación buscaba diluir la oposición entre dictadura burguesa y dictadura proletaria –ya que concebir la revolución como tránsito de la primera a la segunda de las estatalidades mencionadas no era otra cosa que mantener la sujeción de los individuos–, para devolverle la centralidad al antagonismo que los libertarios encarnaban en su cruzada contra el Estado y la Iglesia.

Pero al evaluar estos magros resultados para una revolución que no por ello perdía ese nombre, estos escritores debían indagar las causas que llevaron a ese final: éstas radicaban, a su juicio, en el marxismo de los bolcheviques, pues justamente en dicho *corpus* teórico como en su práctica política, el comunismo –que era en definitiva el objetivo de la revolución– era sinónimo de dictadura del proletariado al estilo jacobino, y la creación de los soviets –materialización de esas ideas– no era más que “una perfecta forma de democracia proletaria”, difícilmente distinguible de las formas parlamentarias y los sistemas electorales que regían en el capitalismo.²⁴ Lo que antes era visto como una necesidad para la supervivencia de la revolución pasó a ser estigmatizado como la razón de su sepultura. No se trataba, entonces, de un momento excepcional debido a las urgencias defensivas de una transformación incompleta porque estaba acosada por fuerzas internas y externas que pugnaban por volver al pasado; por el contrario, la dictadura del proletariado era la nueva forma que asumían las fuerzas que pretendían aplastar lo genuinamente revolucionario de la gesta rusa, y particularmente la manifestación

A pesar de haber realizado el más importante y detallado trabajo sobre los anarco-bolcheviques, Andreas Doeswijk simplifica las elaboraciones que hiciera este grupo sobre la revolución rusa.

¹⁹ *Tribuna Proletaria*, No. 14, 13 de agosto de 1919, p. 1.

²⁰ *Ibid.*, No. 27, 28 de agosto de 1919, p. 1.

²¹ *Ibid.*, p. 1.

²² *Ibid.*, No. 46, 19 de septiembre de 1919, p. 2. Artículo firmado por Fernando del Intento, que fue director de *Ideas* (La Plata), y que junto con *Tribuna Proletaria* (y luego *La Antorcha*), y con *Pampa Libre* (La Pampa), conformaban las principales publicaciones del “antorchismo”.

²³ Teodoro Antillí, *Comunismo y anarquía*, Buenos Aires, Grupo Editor Acracia, 1919, p. 13.

²⁴ *Ibid.*, pp. 21 y 22.

más elocuente de “la nueva casta surgida del partido comunista”.²⁵ La práctica bolchevique, orientada hacia “la conquista del poder”, no podía más que desembocar en la formación de un nuevo tipo de dominación, pues a diferencia de la “revolución social” que propugnaba el anarquismo, la “revolución política” no tenía connotaciones de transformación del orden social sino tan sólo la apropiación del poder por esa “nueva casta”.²⁶ Esta característica “política” del marxismo —además de sus concepciones de un “estrecho clasismo”— constituían una “valla infranqueable” que lo separaba del anarquismo, a pesar del reconocimiento de un origen común de ambas corrientes.²⁷

De tal forma, lo que emergía con el “sovietismo” era otra forma de poder político, en rigor una de las formas de la democracia, soviética allá, parlamentaria aquí. Octubre de 1917, anteriormente nominado como el inicio de una revolución destinada a ser la aurora de una nueva época, pasó a ser designado como el “golpe de Estado” que permitió a los bolcheviques encaramarse en el poder, y punto de corte entre dos momentos de la revolución rusa, el momento libertario y el autoritario. Instituir este corte interno en el proceso revolucionario entre esa fase verdaderamente revolucionaria y el inicio de la etapa que ahora se criticaba ácidamente, posibilitaba sostener una tradición revolucionaria autoritaria para el bolchevismo (desde el jacobinismo a la dictadura del proletariado, pasando por la teoría marxista) contrapuesta a otra, libertaria, que enlazaba en una misma genealogía al anarquismo contemporáneo con la Conspiración de los Iguales de Babeuf.²⁸ Para apoyar

esta revisión de la revolución en Rusia desplegaron un importante política editorial de folletos, y las páginas de sus periódicos (sobre todo del *Suplemento Semanal* de *La Protesta*, lugar de explicitación, discusión y propagación de las ideas y la doctrina anarquista, como decían sus editores)²⁹ se cargaron de artículos dedicados a narrar otra historia para la revolución rusa, buscando reconstruir el protagonismo libertario en la misma, tarea en la que jugaron un rol relevante las más prestigiosas plumas del anarquismo internacional.

Este desdoblamiento entre etapas o fases antagónicas en la revolución rusa que delimitaba con claridad lo que fuera una auténtica revolución social y lo que ahora pasaba a denominarse como la traición bolchevique, estaba orientada más que por propósitos vinculados con la elucidación profunda del acontecimiento ruso y su significación histórica, por la necesidad de resituar las conexiones entre esa revolución y las ideas anarquistas, reproduciendo esa delimitación entre la dimensión libertaria y la autoritaria de la revolución en los futuros implícitos de las distintas corrientes de la izquierda actuantes en el ámbito local. Si, como creían estos anarquistas, lo que estaba en juego era la permanencia del anarquismo como corriente ideológica y como movimiento autónomo, no es extraño que “antorchartas” y “protestistas” atacaran al unísono el emprendimiento de fusión de las federaciones obreras que promovían sindicalistas y anarco-bolcheviques, planteando que las propuestas de organización del movimiento obrero que estas corrientes alentaban eran la lógica consecuencia de una concepción de la revolución derivada de la experiencia rusa, limitando por ello la acción obrera a los estre-

²⁵ “Estado y burocracia”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 2, 16 de enero de 1922, p. 5.

²⁶ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 1, 16 de enero de 1922, p. 1. El mismo razonamiento se esgrime en numerosos artículos posteriores.

²⁷ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 2, cit., p. 5.

²⁸ “La consolidación de los derechos adquiridos”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 8, 27 de febrero

de 1922, p. 1. Cf. también, entre otros números, el No. 2 (16 de enero de 1922), No. 4 (30 de enero de 1922), No. 10 (13 de marzo de 1922), No. 14 (10 de abril de 1922), No. 15 (17 de abril de 1922).

²⁹ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 1, cit., p. 1.

chos objetivos de “establecer la dictadura del proletariado y reemplazar al capitalismo en sus funciones económicas”, un programa claramente “economicista” por cuanto la revolución comprendía sólo la subversión de las relaciones de explotación económica.³⁰ La tarea de derribar la tentativa fusionista era por demás imperiosa en tanto implicaba despejar “estos momentos de confusión” en que se hallaba la militancia libertaria, confusión que provenía de las tendencias bolcheviques y de la fascinación sentimental que había causado la revolución rusa.³¹

Estas lecturas de la revolución rusa que se limitaban a señalar su dimensión subversiva en el plano de la explotación económica fueron también finalmente abandonadas, pues en definitiva –razonaban– los trabajadores seguían siendo asalariados, sólo que bajo el Estado-patrón era un partido político el que se había transformado en el único burgués. Además, al equiparar la estatización de los medios de producción con la trustificación del capitalismo occidental no sólo sostenían que el sistema soviético había dejado intacto el orden social sino que era la más reciente forma que asumía el capitalismo, ya que “el capitalismo de Estado no es otra cosa que el Super-Estado capitalista, esto es, el capitalismo transformado de hecho en Estado”.³² Si la revolución bolchevique significaba la continuación del capitalismo, era posible extraer de ello una lección: los bolcheviques habrían demostrado cómo no había que hacer una revolución.³³

³⁰ Consejo Federal de la FORA Comunista, “El problema de la unidad obrera”, Buenos Aires, edición de *La Protesta* y Consejo Federal de la FORA Comunista, enero de 1922, p. 2.

³¹ *Ibid.*, p. 14.

³² “Los anarquistas y la revolución rusa”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 88, 24 de septiembre de 1923, p. 1.

³³ “La lección de la Revolución Rusa”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 15, 17 de abril de 1922, p. 2, tomado de *Arb Freind*, No. 5, 18 de febrero de 1922 y firmado por Sacha Pietro.

El vuelco en las caracterizaciones cristalizó en la construcción de la figura del “pérfido bolchevique”, ese “demócrata que aspira a agarrar el poder, a organizar y a mandar a las masas”, como se lo describía en las páginas de *La Antorcha*.³⁴ Su imagen, la del “enemigo más peligroso” del anarquismo, mezclaba astucia con seducción y su posición amenazante residía en su capacidad de intervención política a la par que ocultaba sus verdaderos intereses.³⁵ Esta virtualidad del bolchevismo anidaba en esa combinación de marxismo y democracia, en la cual el socialismo marxista había encontrado la forma de construir un poder disciplinador que, tras la fachada de la fraseología revolucionaria, mantenía inalterado el esquema de opresión. O, desde otro ángulo –como se hacía desde *La Protesta*–, era posible identificar el bolchevismo como parte de un mismo proceso contrarrevolucionario que más allá de sus diferentes expresiones tenía en común su articulación desde el *corpus* marxista: bajo la forma del “marxismo democrático” de Ebert, del “marxismo bolchevique” de Lenin o del “marxismo fascista” de Mussolini, las viejas instituciones e ideas burguesas que entraron en crisis desde la guerra mundial estaban siendo reemplazadas por el marxismo, pero sólo para mantener inalterado el proceso histórico capitalista.³⁶ Aun así, desde una u otra de estas perspectivas, el movimiento que había surgido con la revolución rusa mantenía una dimensión universal tanto como el estatuto de ser el inicio de un nuevo tiempo histórico, ya que era la concreción de una de las nuevas formas de dominación sobre los oprimidos que reemplazarían, paulatinamente, a la desvencijada y ya anticuada “democracia burguesa”.

³⁴ “El espíritu de clase del bolchevismo y del sindicalismo revolucionario”, en *La Antorcha*, No. 63, 8 de diciembre de 1922, p. 3.

³⁵ *Ibid.*, p. 3.

³⁶ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 88, cit., pp. 1-2.

Breve conclusión

Hacia fines de 1924 poco queda, en el anarquismo, que se identifique con la revolución rusa. Lo más importante quizás, porque permitió en su momento esas lecturas esperanzadas de la revolución, fue que la actividad huelguística y movilizadora de gran parte de los trabajadores en la inmediata posguerra se trocó en pasividad desde 1922. Aún así, las intervenciones en torno de la revolución rusa seguirán hasta los años finales de la década.

No es necesario remarcar que fue la sensibilidad de los escritores anarquistas ante las tendencias autoritarias presentes en la revolución rusa uno de los factores determinantes a la hora de replantear sus posiciones respecto de la misma. Aun así, muchas de sus intervenciones tienen además otras motivaciones. Más que a desentrañar los derroteros del proceso ruso, parecen haber estado dirigidas a reconstituir el imaginario revolucionario anarquista tras el profundo impacto a que lo sometiera la revolución rusa, un imaginario que aunque vagamente elaborado tenía de todas formas una profunda inscripción en su configuración identitaria. En tanto las imaginaciones anarquistas de la revolución social reposaban sobre todo en sus dimensiones morales e ideológicas, eran útiles herramientas con las que confrontar la trayectoria que tomaba la revolu-

ción rusa. Desde el atrincheramiento principista, que suturaba la distancia entre lo que sucedía y lo que se anhelaba que sucediera, los anarquistas rioplatenses se propusieron recuperar las representaciones utópicas y redentoras de la revolución y afirmar la ética libertaria, que no era más que reafirmar su distintiva identidad. Así, desde 1924 se publicó una profusa cantidad de artículos que intentaban precisar las ideas anarquistas en torno de la revolución imaginada. Algunas cuestiones clave fueron abordadas en clara confrontación con lo que decían era la concepción revolucionaria del marxismo, pero más que nada con ese nuevo imaginario revolucionario en el que las trazas de la experiencia bolchevique –descifrada en términos sumamente esquemáticos– parecen haber sido de una densidad sólo reconocida por la hegemonía que alcanzó varios años después. Las corrientes anarquistas se propusieron entonces recuperar los rasgos del imaginario ácrata como parte de la recomposición de su perfil militante y revolucionario. Las claves milenaristas y apocalípticas nutrieron nuevamente las ideas que sobre la revolución propiciada tenían los pequeños cenáculos libertarios. Sin embargo, tanto el universo de la izquierda militante –e incluso el ya pequeño mundo del anarquismo local– como las imágenes de la revolución habían sido drásticamente tocados por la revolución rusa. □

*La experiencia comunista en el mundo de los trabajadores, 1925-1935**

Hernán Camarero

UBA / UTDT

En esta ponencia queremos explorar la actuación del Partido Comunista argentino en el mundo de los trabajadores durante las décadas de 1920 y 1930.¹ Explicitemos la relevancia del tema. El comunismo desarrolló una práctica militante decisiva en la historia social, política y cultural de la clase obrera preperonista, a la que coadyuvó a constituir como sujeto colectivo. Hasta el golpe militar de 1943 y la emergencia del populismo, el PC experimentó un proceso de fortalecimiento imposible de subestimar: agrupó a miles de activistas, montó una densa red de agitación y propaganda, constituyó múltiples instituciones socioculturales en el seno de la clase trabajadora, lideró conflictos gremiales tras-

centadales, y se convirtió en la fuerza política de mayor expansión en el proletariado industrial, dentro del cual participó en la fundación y dirección de algunos de los sindicatos únicos por rama más importantes.

¿Cuánto y cómo ha sido indagado este fenómeno? Ubicamos, en primer lugar, el campo de la “historia oficial” comunista, definida por una tónica propagandística y un estilo pedagógico en su exposición que desalentó todo carácter reflexivo en el tratamiento del tema.² Proveyeron de cierta información básica, pero con un criterio de selección/manipulación de las fuentes que siempre buscó la justificación de las distintas políticas sostenidas por la dirección partidaria histórica

* Éste es un avance de una investigación más amplia que estamos encarando sobre el tema. Agradecemos los invaluable comentarios y críticas que nos ha formulado el doctor Juan Carlos Torre.

¹ *Mundo de los trabajadores* nos resulta una noción amplia y compleja, que permite reconocer las diversas experiencias de la clase obrera: las que aluden a su lucha, en tanto productores y consumidores, por el mejoramiento de sus condiciones materiales de existencia (nivel y calidad de vida definidos por los procesos de trabajo, el salario o la tasa de desempleo, pero también por la alimentación, la vestimenta, la vivienda, la salud o el confort); las que refieren al conflicto y la organización entabladas en el plano sindical, ideológico y político; y las que se entretajan en los ámbitos de sociabilidad vinculados con la instrucción y la recreación (lo que globalmente puede ser entendido como el espacio de la *cultura obrera*).

² Distinguimos en este espacio: las historias “institucionales”, centradas en la descripción de las políticas del PC, y en las vicisitudes del aparato partidario (como el *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947, editado por su Comité Central); la voluminosa *Historia del movimiento sindical* (Buenos Aires, Fundamentos, 1973), del dirigente de los albañiles R. Iscaro, que fue la primera obra que abordó en forma sistemática la presencia del PC en el ámbito gremial; y las biografías y autobiografías de los militantes obreros J. Peter, J. Manzanelli, R. Gómez, P. Chiarante, M. Contreras, L. de Salvo, F. Moretti, entre otros, pertenecientes a oficios y gremios clave (metalúrgicos, vestido, carne, construcción, petrolero, calzado y ferroviario).

(en particular, la dupla Codovilla-Ghioldi).³ En todos estos textos se brindaron elementos para demostrar una certeza: que hasta 1945 el comunismo había alcanzado una influencia de masas en la clase trabajadora argentina. La tosquedad de la mayor parte de esta literatura y las vicisitudes del partido posteriores a la irrupción del peronismo fueron desacreditando aquella convicción. A ello también contribuyó la difusión que adquirieron, desde las décadas de 1950 y 1960, una serie de “contra-historias oficiales”, de cuño nacional-populista de izquierda, también escritas como instrumentos de un combate político.⁴ A partir de una labor de investigación endeble, estos ensayos argumentaron que la presencia comunista en el movimiento obrero en las décadas de 1920-1940 fue insignificante o políticamente improductiva, debido a la impronta “antinacional” del PC, un partido que habría comprendido mejor al inmigrante y al pequeño burgués que a la joven camada de trabajadores nativos. A este “vicio de origen” se habrían agregado los “errores” en la aplicación de sus orientaciones estratégicas: primero, la línea ultraizquierdista de *clase contra clase* y, desde 1935, la política del *frente popular*, cuando el PC habría impuesto al movimiento obrero una táctica de “tregua laboral”, en función del acuerdo con la “burguesía progresista”. Esta “traición” a los trabajadores habría provocado el repudio de éstos al comunismo, dejándolos en un “vacío de representación” que, luego, con toda legitimidad sería llenado por el peronismo. Este diagnóstico que postulaba la irrelevancia comunista

³ Véase J. Cernadas, R. Pittaluga y H. Tarcus, “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo*, IV, 8, 1998; y D. Campione, “Los comunistas argentinos. Bases para la re-construcción de su historia”, en *Periferias*, I, 1, 1996.

⁴ R. Puigrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (1956), y J. A. Ramos, *El partido comunista en la política argentina* (1962), fueron las obras paradigmáticas de esta visión.

entre los trabajadores que se multiplicaban al compás del proceso de industrialización por sustitución de importaciones, diseñado para otorgar justificación histórica a la emergencia del peronismo, terminaría empalmado con algunos planteos que, hacia la misma época, presentaban la incipiente reflexión sociológica promovida por Germani, carente de toda empatía con el fenómeno populista.⁵ Allí se presentaba a la Argentina industrial emergente en las décadas de 1920 y 1930 como escenario de un corte abrupto entre una “vieja” y una “nueva” clase obrera, en donde la primera (en su mayoría descendiente de inmigración europea) aparecía “naturalmente” inclinada a ideologías “de clase”, portaba un carácter autónomo y poseía una extensa experiencia industrial, urbana, política y sindical, y la segunda (proveniente de una migración interna desde las provincias rurales) se mostraba heterónoma y privada de aquella experiencia. Por estas razones, estos nuevos contingentes laborales habrían sido totalmente esquivos a los partidos de clase, como el PC y el PS, y se habrían convertido en “masa en disponibilidad” para el ejercicio de proyectos autoritarios y demagógicos como el que practicaría Perón desde 1943. En suma, tanto en la visión nacional-populista como en la “germaniana”, sea porque Perón opera sobre un “vacío de representación” o porque actúa sobre una “masa en disponibilidad”, queda “teóricamente” imposibilitado el avance que “históricamente” los comunistas sí habían logrado en el mundo de los trabajadores entre 1925 y 1943.

Desde fines de la década de 1960, como producto de una importante discusión de sociología histórica, varios estudios fueron contestando aquellas visiones convergentes, erosionando los contornos de la supuesta antinomia absoluta entre “vieja/nueva” clase

⁵ G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

obrero, resignificando los orígenes del peronismo y redescubriendo la inserción del comunismo en el movimiento obrero.⁶ Arribaron a una conclusión bifronte y novedosa: a) la “vieja” clase obrera y el sindicalismo aportaron decisivamente a la conformación del peronismo (sin negar el fuerte respaldo que éste concitó entre los nuevos componentes del proletariado fabril); b) desde una década y media antes de la emergencia de aquel movimiento político importantes sectores del nuevo proletariado fabril, ya venían siendo representados por el comunismo, un actor tradicionalmente concebido como de la “vieja” clase obrera. De este modo, consideraron como un hecho histórico la contribución del PC al desarrollo de un movimiento sindical moderno durante las décadas de 1930-1940, dejando pendiente el desafío de rastrear las causas por las cuales dicho partido había sido fagocitado con la emergencia del populismo. José Aricó se preocupó explícitamente por retomar estas cuestiones, aunque sólo alcanzó a elaborar un breve ensayo de carácter proyectivo, en donde diseñó algunas hipótesis que permitiesen entender tanto la creciente inserción del comunismo en el movimiento obrero desde principios de la década de 1930 como la posterior erosión de ésta.⁷ Su interpretación, si bien se distanció en varios aspectos de la construida por la visión nacional-populista, terminó abrevando en las mismas aguas que ésta, pues remite a causas esencialmente endógenas, vinculadas con la estrategia política

comunista. Según Aricó, el PC alcanzó una influencia sindical de masas en las décadas de 1930 y 1940, pero no logró traducir ésta a un nivel político-ideológico, ganando una auténtica posición *hegemónica* entre los trabajadores (aunque hasta 1943 parecía la corriente en mejores condiciones de lograr tal objetivo), pues la orientación del *frente popular* habría ido alejando al partido de su interés por las reivindicaciones obreras mínimas y la autonomía sindical en aras de un deseable acuerdo con sectores de la burguesía potencialmente integrantes del bloque aliado antifascista. Por otra parte, en las investigaciones de las dos últimas décadas que abordaron globalmente al movimiento obrero preperonista, se hizo frecuente el señalamiento de la inserción que allí había logrado el PC, pero alcanzaron a describir sólo las tácticas que el partido desplegó en las instancias directivas del sindicalismo.⁸ Finalmente, algunas de las ocasiones en que actuó el activismo comunista en el mundo laboral fueron analizadas en una serie de estudios recientes que tuvieron como objetivo indagar en procesos históricos en los que aquella militancia tuvo un papel decisivo (como la organización de conflictos y gremios en los sectores textil, metalúrgico, construcción y carne).⁹

⁶ C. Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1969; M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972; H. del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983; J. C. Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

⁷ J. Aricó, “Los comunistas y el movimiento obrero”, en *La Ciudad Futura*, 4, 1987. Inicialmente, “Los comunistas en los años treinta”, en *Controversia*, 2-3, México, 1979.

⁸ I. Cheresky, “Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista, 1930-1943”, en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América latina*, vol. 4. México, Siglo XXI, 1984; M. Rapoport, *Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional (1930-1946)*, Buenos Aires, CEAL, 1988; J. Godio, *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires, Legasa, 1989; H. Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; D. Tamarin, *The Argentine Labor Movement, 1930-1945. A study in the origins of peronism*, Albuquerque, U. of New Mexico Press, 1985; J. Horowitz, *Argentine unions, the State & the rise of Peron, 1930-1945*, Berkeley, U. of California, 1990.

⁹ T. S. Di Tella, “La Unión Obrera Textil, 1930-1945”, en: *Sindicatos como los de antes...*, Buenos Aires, Biblos, 1993; R. Elisalde, “Sindicatos en la etapa pre-pe-

El balance que nos arroja este recorrido historiográfico evidencia que la experiencia comunista en la clase obrera antes del peronismo es un tema aún deficientemente explorado (tanto descriptiva como analíticamente), sobre el que se ha ejercido un pobre relevamiento empírico y se han brindado escasas explicaciones rigurosas. Con el objetivo de superar estas falencias, decidimos encarar un impostergable trabajo de archivo, que nos condujo al examen de un conjunto de fuentes primarias que habían sido poco transitadas o eran sencillamente desconocidas por la bibliografía, y al que, desde hace un lustro, es posible acceder como en ningún otro momento de la historia.¹⁰

ronista. De la huelga metalúrgica de 1942 a la creación de la UOM”, en *Realidad Económica*, 135, 1995; N. Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA, 2000; M. Z. Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso, 1904-1970*, Buenos Aires, Prometeo/Entrepassados, 2001.

¹⁰ Este material está conformado por una numerosa serie de volantes, proclamas y folletos, y dos centenares de colecciones de diarios, periódicos y revistas políticas, ideológicas, culturales, sindicales, de las células fabriles, femeninas, juveniles, infantiles, barriales, de grupos idiomáticos, de ligas y comités de solidaridad, de bibliotecas obreras y de agrupaciones deportivas, todos editados por el PC; documentación interna del partido (actas de reunión de sus direcciones, circulares con noticias partidarias, informes de sus congresos, e intercambio epistolar entre sus dirigentes y con miembros de la Comintern; publicaciones de las corrientes políticas y gremiales con las que el PC disputaba espacios en el movimiento obrero (socialistas, *sindicalistas*, anarquistas). El nuevo acceso a todo este vasto *corpus* de fuentes es posible por una convergencia de acontecimientos. En primer lugar, el Archivo Histórico del PC argentino fue recientemente reordenado y abierto a la consulta pública; el universo de este registro, sin embargo, es limitado, debido a las mutilaciones que sufrió durante la azarosa vida política de nuestro país. Estas importantes lagunas documentales pudieron ser compensadas con los papeles que se encontraban en la sede de la Comintern, en Moscú —señalemos que era costumbre que los partidos comunistas enviaran allí una copia completa de su archivo—; en 1997, luego de la *perestroika* y la disolución de la URSS, esos materiales, muchos de los cuales resultaban inhallables en nuestro país, fueron microfilmados y traídos a la Biblioteca del Congreso

II A partir del análisis de estas fuentes nos surgieron nuevas reflexiones e hipótesis acerca del problema en cuestión. Sólo podemos exponer aquí algunas de ellas. Partimos del siguiente planteo: por su composición social y su tipo de actividad, el PC fue, hasta la irrupción del populismo, un partido de bases netamente proletarias, inserto en los barrios y sitios de trabajo, y articulado en torno de una identidad y una cultura obrera. ¿Cuándo, cómo y por qué se produjo esta estrecha vinculación entre comunismo y clase trabajadora preperonista? Es cierto, tal como puntualizó Aricó, que esta relación se vio impulsada desde fines de 1928 cuando el PC adoptó la línea de *clase contra clase*, propiciada por el VI Congreso de la Comintern (ya dominada por la burocracia estalinista), donde se proclamó el inicio de un *tercer período* que sólo reconocía la existencia de dos campos antagónicos, *fascismo/comunismo*. Desde entonces, el segundo gobierno de Yrigoyen fue caracterizado como impulsor de políticas fascizantes y los de Uriburu y Justo como regímenes *lisa y llanamente* fascistas; términos aproximados cayeron sobre la CGT y los organismos gremiales comandados por socialistas, *sindicalistas* e, incluso, anarquistas. Con esta concepción, el PC quedó encerrado en una táctica aislacionista y hostil a todas las corrientes políticas y gremiales, y orientado a una perspectiva obrerista y anticapitalista de tono sostenido. Pretendió liderar la resistencia laboral a los nuevos procesos de acumulación industrial y a las iniciativas políticas represivas, y se lanzó a conformar una serie

de la Nación. Otro porcentaje, aún mayor, de fuentes fueron rescatadas, catalogadas y puestas a disposición por el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, institución que abrió sus puertas en 1998. Por último, también resulta clave el acceso a la valiosa colección de prensa del movimiento obrero preperonista que T. Di Tella logró reunir en la Fundación Simón Rodríguez y en la UTDT.

de *sindicatos rojos*, agrupados en el Comité de Unidad Sindical Clasista (que rivalizó con la USA y la COA, primero, y con la CGT, luego). Este desesperado intento por conquistar a las masas obreras fomentó la proletarización del PC. Sin embargo, creemos que el inicio de este proceso había ocurrido ya antes del giro a esta estrategia ultraizquierdista. Ese fenómeno se inició en 1925, es decir, cuando el partido aún se enmarcaba en la estrategia de *frente único* postulada por la Comintern, que abría la posibilidad de los comunistas a establecer acuerdos con otras fuerzas obreras o de izquierda para objetivos definidos. Fue en ese año que el partido impuso la estructura celular para el agrupamiento y la acción de sus militantes. Blindados con una ideología finalista (el “marxismo-leninismo”) y una estructura partidaria burocrática de notable eficacia, los militantes comunistas deciden desde entonces insertarse en todas los ámbitos del universo obrero, empezando, claro está, por los sitios de trabajo. Se conciben a sí mismos como “abriendo picadas en la selva”, encarando una tarea para la cual ni los socialistas ni los *sindicalistas* ni los anarquistas parecían estar tan bien preparados o predispuestos.

En octubre de 1935 el PC se adecua a la línea del VII Congreso de la Comintern e ingresa en otra orientación, la del *frente popular*. A partir de allí, la estrategia fue la búsqueda de aliados en sectores de la “burguesía progresista”, en función de construir una alianza sociopolítica con objetivos democráticos antifascistas. No obstante, la inserción obrera del comunismo no se interrumpió, sino que se profundizó. A los pocos meses de iniciada dicha orientación, los militantes del PC estuvieron en la dirección de la decisiva huelga de los obreros de la construcción, condujeron la creación de la federación nacional que agruparía a estos últimos (la FONC, en ese entonces, el segundo gremio del país en términos cuantitativos) y decidieron el ingreso de las organizaciones que controlaban a la CGT. A partir de allí, lograron

un creciente protagonismo en esa central (alcanzando la codirección con los socialistas en 1939-1943), y lideraron los gremios metalúrgico, textil, construcción, madera, carne, calzado, vestido, entre otros, que reunieron unos 120.000 afiliados (un quinto del total de obreros industriales del país). Este desarrollo comunista logró sortear las políticas estatales que lo enfrentaron: la dura persecución caída sobre sus militantes, que conformaron una lista de cientos de detenidos, torturados y deportados durante los gobiernos de Uriburu y Justo; y las trabas que el DNT puso para negociar con los sindicatos controlados por ese partido. Resulta mitológico afirmar que hacia inicios de la década de 1940 el PC aplicó una “tregua laboral”, pues fueron los gremios orientados por los comunistas los que encabezaron las mayores huelgas (en los gremios metalúrgico, de la construcción, de la madera y otros). Al mismo tiempo, los comunistas mostraron eficacia en las tareas trazadas por el movimiento obrero en la época: impulsar la movilización detrás de reivindicaciones económico-sociales mínimas (aumentos de salarios, lucha contra los despidos, mejoras en las condiciones laborales, etc.); organizar y unificar a estos trabajadores en sindicatos únicos por rama de actividad para potenciar su capacidad confrontativa; y desarrollar audazmente una estrategia de presión/negociación sobre los poderes Ejecutivo y Legislativo en vistas a la obtención de conquistas. En definitiva, coadyuvaron decisivamente a la creación de nuevas y sólidas estructuras sindicales, dotadas de mayores complejidad, magnitud y profesionalidad, y con estrategias que fueron superando la mera acción directa. Por eso es que todo análisis del surgimiento del sindicalismo industrial y moderno debe necesariamente explorar la intervención del comunismo, pues fue el actor político que orientó mayoritariamente aquel proceso.

Finalmente, creemos que la clave para explicar el eclipse del PC en el movimiento obrero y la conversión mayoritaria de este último

al peronismo no residió en eventuales errores en la orientación política o en un esencialismo antinacional de ese partido, ni en un cambio en la composición social de la clase obrera que habría ido erosionando la influencia de las viejas organizaciones de clase, sino en la fuerza misma con la que surgió el populismo, es decir, en el desacople entre el crecimiento rápido y exponencial de la alianza entre un sector del sindicalismo y la élite militar-estatal encabezada por Perón, y el desarrollo más lento y gradual que venía experimentando el avance comunista entre los trabajadores. Antes que agotarse en su propia dinámica por limitaciones o equívocos estratégicos, es decir, antes que fenecer de “muerte natural”, la influencia del comunismo en el movimiento obrero fue obturada, reprimida y finalmente extirpada por el poder peronista emergente.

En el próximo tramo de esta exposición realizamos algunas descripciones y análisis en torno de nuestro objeto de estudio con tres recortes, de carácter temporal, espacial y temático. 1) Sólo consideramos el período 1925-1935, lo que nos permitirá dar cuenta de la primera implantación orgánica de los comunistas en la clase obrera urbana, pues, como ya hemos adelantado, no puede entenderse el crecimiento del PC pos 1935 sin el desembarco que el partido realiza en aquel medio social desde diez años antes. 2) Nos detenemos en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Las razones son evidentes: se trataba, según censos de 1935-1936, de la aglomeración más poblada del país (3.500.000 habitantes), y del principal centro fabril (concentraba la gran mayoría de los 40.600 establecimientos existentes, y de los 470.000 obreros empleados en ellos). 3) Dado que el análisis del papel del PC en las cuestiones referentes a la organización y conflictividad en el nivel sindical ha sido el tema más tratado por la bibliografía, decidimos abordar el que aparece completamente ausente en la misma: el proceso de inserción de base de ese partido en el seno del proletariado.

Para ello, seleccionamos dos tópicos muy distintos: la organización de células y periódicos de empresas; y la creación de ámbitos de sociabilidad cultural que hacían al uso del tiempo libre conquistado por la clase obrera.

III Como ya hemos señalado, desde mediados de 1925 los comunistas impulsaron una política de captación masiva de obreros a sus filas. Tenemos datos precisos sobre la incorporación de miembros al PC de la Capital Federal, que se hizo muy intensa a partir de ese año.¹¹ Hacia agosto de 1926 dicha regional contaba con unos 700 cuadros militantes (algo menos de la mitad de los de todo el país). Midiendo su fecha de ingreso, se comprueba que el 55% de los mismos había sido reclutado en el año y medio anterior, y que su componente obrero había aumentado de manera perceptible. Hasta junio de 1925 el 55% de los militantes comunistas de la ciudad eran obreros; el 45% restante estaba constituido por empleados, maestros, comerciantes, trabajadores independientes, estudiantes y otros. Para agosto de 1926, luego de la campaña de “reclutamiento proletario”, las cifras habían variado mucho: el porcentaje de operarios era del 77% y el de los empleados era del 13%, lo que arrojaba un total de un 90% de trabajadores asalariados. Casi el 60% de los militantes comunistas capitalinos pertenecían a siete ramas industriales que, en orden de importancia, eran: metalúrgicos, de la madera, albañiles, sastres, gráficos, textiles y del calzado.

Este proceso fue mediado por una serie de importantes cambios organizativos encarados por el PC. Hubo una mutación en su armazón interna y una precisión mayor de las características que debía asumir su militancia. Todo se colocaba en sintonía con el objetivo de “bolchevizar” al partido, es decir, ponerlo bajo

¹¹ *Informe de organización del Comité Local a la segunda conferencia de la Capital, agosto de 1926.*

los cánones pontificados por la Comintern. La transformación que nos interesa señalar es la adopción de la estructura celular, consistente en el reagrupamiento de los afiliados activos en un organismo de base, denominado célula, que podía reunir entre 3 y 20 individuos. La célula sería entendida de allí en más como la unidad fundamental y reproductora del PC, la base de su funcionamiento y el puente de vinculación entre el partido y la clase obrera. La incorporación a las células fue lograda progresivamente, mientras se iba abandonando la organización que el partido había heredado de la tradición socialista de agrupar a los afiliados en centros barriales o locales. Se consideraba que esta nueva estructura permitiría una colaboración más estrecha entre la masa de afiliados y la dirección, que aumentaría la intensidad y el compromiso de los afiliados, y que se posibilitaría una mayor eficiencia en el control de sus actividades. El objetivo principal era constituir *células de empresa*, es decir, conformadas por todos los que trabajaban en la misma planta. Si en un taller no existía una concentración de militantes que permitiera la organización de una célula propia, aquéllos se agrupaban mezclados en las *células mixtas*. Existían además las *células de calle*, conformadas por vecinos, a las que se les asignaba un radio determinado de acción en función de las fábricas adonde efectuar la agitación. A las células que se dedicaban a apoyar a otra de una empresa se la denominará luego como *de bloqueo*, constituida por vecinos del barrio en el que se hallaba ubicado el establecimiento. Hacia abril de 1927 la organización celular estaba completamente instaurada en la Capital, parcialmente en la provincia de Buenos Aires, algo menos en las ciudades de Rosario, Córdoba y Tucumán, y en sus inicios en el resto del país.¹² Para octubre de ese año, otro in-

¹² CC del PC de la Argentina, "Al CE del Komintern", Buenos Aires, 28/04/27.

forme indica que en el PC metropolitano y de ciertos partidos del GBA había 95 células, que agrupaban a casi 800 militantes.¹³ La inserción de estos organismos en los medios proletarios fue encarada en forma metódica:

La mayoría de las células han hecho el censo industrial de su radio, es decir, especificar claramente las casas, negocios, industrias, talleres, etc., que tienen instalados sus lugares de trabajo en cada radio; saber la cantidad de obreros, obreras y menores que desempeñan sus funciones en cada una, y conocer la situación económica de los mismos. Averiguar el estado en que se encuentra el taller o la fábrica; si hay defectos en el trabajo, falta de condiciones de higiene, horario, salarios y muchos otros datos inherentes a la actividad de los obreros. Hecho esto se tomaba a la fábrica que estuviera en peores condiciones, buscando con preferencia donde trabajaran afiliados o simpatizantes que pudieran proporcionar los datos necesarios, y comenzar en forma la agitación dentro del establecimiento.¹⁴

No importa de qué año se trate, la orientación era invariable: "Abusos patronales, comparadas del capataz, poco salario, desocupación. Son temas que las células comunistas deben utilizar para correspondencias y conferencias a la salida del taller".¹⁵ La acción de las células revestía un carácter absolutamente clandestino, y la concepción que se hallaba en la constitución de cada una de ellas era la de una infiltración en terreno "enemigo", el de la patronal. Son múltiples las referencias al sistemático despido de comunistas de las fábricas. El balance que se hacía de estos hechos era invariable: "conviene que esto sir-

¹³ Informe sobre la situación del PC argentino a la reunión del Secretariado Latinoamericano de la IC, octubre de 1927.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *¡Alerta!* ("Comité de Barrio de Avellaneda"), I, 1, noviembre de 1927.

va de enseñanza a los comunistas para que sepan efectuar mejor el trabajo en lo sucesivo, haciéndolo lo más ilegal posible”.¹⁶

La actividad de cada célula del AMBA era controlada permanentemente por el Comité Local, que procuraba capacitar a los obreros para comportarse eficazmente en esos organismos y acrecentar sus responsabilidades. Se castigaba al que continuaba en la célula anterior a su cambio de trabajo y se prohibía a los afiliados que cambiaran de ocupación, oficio o domicilio sin previa comunicación a dicho Comité. El PC se comportaba como una maquinaria que pautaba el funcionamiento de cada uno de sus engranajes y ejercía un control absoluto de todos sus integrantes. En este contexto, ser obrero comunista era una opción de vida que requería de mucho esfuerzo, dedicación, e, incluso, coraje. Uno de los elementos que nos muestra lo abnegado de esta militancia es el sostenimiento económico que ésta debía hacer de la organización a través del pago de contribuciones. La célula estaba obligada a exigirle a cada afiliado que tuviera el carnet con las cuotas al día. Los montos variaban en función de la situación económica del afiliado, pero también incluía una escala de valoraciones que “castigaba” al no obrero o no sindicalizado. Es claro que todos los militantes no podían cumplir con estos ritmos y exigencias de actividad. Por eso, la fluctuación de los inscriptos era muy alta. Hay varias referencias a un ingreso y egreso perpetuo de miembros. Las “salidas” muchas veces no eran voluntarias, sino que era la propia organización la que las fomentaba, y hacía una selección rigurosa, tamizando el padrón de afiliados en forma permanente.

La implantación de las células comunistas desde mediados de la década de 1920 reflejó las propias características de la industrialización en el AMBA, es decir, la existencia de un

parque fabril desplegado sobre crecientes niveles de dispersión geográfica y de disparidad en las escalas y complejidad productiva de las empresas, que incluían algunas grandes y tecnificadas unidades de producción y comercialización, y muchos talleres medianos y pequeños, con capital y personal reducido, tecnología poco avanzada, a veces trabajando a un nivel casi artesanal. Sin embargo, aun respetando esta dispersión, la inserción comunista resultó ser especialmente marcada en el cordón sur de Buenos Aires, cercano al Riachuelo, que constituía uno de los ámbitos clave de ubicación del proletariado fabril, desde los puntos de vista laboral y habitacional: los barrios de La Boca, Barracas, N. Pompeya y P. Patricios; y, dentro del GBA, Avellaneda. Pero eran divisibles otras tres áreas de concentración industrial, que también presentaban ventajas para la localización de las plantas: Villa Crespo y zonas de Palermo; Balvanera, con una vieja tradición industrial, y ciertos perímetros de San Nicolás, Monserrat, San Telmo y Constitución. El desarrollo fabril tampoco estaba ausente de la Chacarita y de los barrios que se le desprendían al oeste: Paternal, Villa del Parque y Villa Urquiza. En muchas fábricas y talleres de todos estos vecindarios también hubo una importante presencia comunista. No fue un hecho casual que el PC ubicara en los lugares antes mencionados la gran mayoría de sus locales, bibliotecas y clubes de fútbol. Por otra parte, las células se implantaron, durante estos diez años, en firmas de casi todos las ramas industriales (metalúrgica, textil, carne, madera y mueble, gráfica, alimentación y bebidas, calzado, tabaco, bolsas, electricidad, confección y vestido, farmacología, química, cuero), en algunas del transporte (especialmente en el sector ferroviario), y, en menor medida, del comercio y los servicios. El rubro en donde la penetración comunista tuvo mayor éxito fue el metalúrgico: casi un 14% del total de miembros del PC porteño en 1926

¹⁶ *Informe de organización...*, citado.

provenían de ese sector. Durante la segunda mitad de la década de 1920, el PC se había implantado en más de 40 establecimientos de esa rama, de múltiples dimensiones y capital de origen (muchos talleres pequeños, varios medianos, como SIAM y la Cromo Hojalatería de Bunge y Born, y algunos grandes, como Klöckner). Asimismo, desde los años '20, el PC contó con unos 50 cuadros militantes en las fábricas textiles, como las de Campomar (en Belgrano y Valentín Alsina), una de las mayores firmas de ese rubro, o la Fábrica Argentina de Alpargatas (en Barracas). La actividad comunista también fue significativa a partir de los primeros años de la década de 1920 en los frigoríficos Swift y Armour (Berrisso), Anglo y Wilson (Avellaneda) y Smithfield y Anglo (Zárate).

En la estructuración y desarrollo de las células fabriles del PC resultaron claves los periódicos por empresa. Empezaron a aparecer desde 1926, y hacia la segunda mitad de la década de 1930 superaban el centenar, sólo en el AMBA. Hasta el momento, dada la imposibilidad de acceder a su consulta, nunca habían sido analizados por ningún investigador. Sin embargo, su utilidad es inmensa porque nos permite un examen detallado del modo como se produjo la inserción concreta del comunismo en los sitios de trabajo. El objetivo que estos órganos de prensa mejor parecieron cumplir fue el agitativo. Su tirada variaba, lógicamente de acuerdo con la envergadura de la planta fabril, y su periodicidad era, generalmente, de carácter mensual. La mayor parte de ellos se difundieron en empresas y talleres metalúrgicos, textiles y ferroviarios; también existieron en establecimientos gráficos, de alimentación, curtiembres, de calzado, de la madera, farmacias y droguerías, vitivinícolas y frigoríficos, entre otros. Los periódicos eran de un tamaño pequeño y en su gran mayoría consistían en una simple hoja mimeografiada de ambos lados. En esas dos páginas había pocas notas, algunos recuadros y una ilustra-

ción. Estos periódicos eran, como las células, clandestinos, tanto en la esfera de su elaboración como en la de su distribución. Ninguna nota aparecía firmada con nombre, sino con una anónima referencia: “un obrero”, “un trabajador organizado”, “una explotada”. No se mencionaba el nombre de ningún trabajador, activista o militante; sí el de capataces, gerentes o dueños, para descargar sobre ellos las más gruesas acusaciones, insultos o amenazas. Aquí los sentimientos de pertenencia y exclusión que definían una identidad proletaria en oposición a la de los capitalistas y sus “servidores” estaban presentes de modo cristalino. ¿Cómo llegaban estos periódicos a manos de los obreros, en medio de la represión patronal y/o estatal? Una forma era la distribución en las puertas de la empresa por miembros de las células *de bloqueo*. Probablemente, los comunistas hayan sido los que iniciaron, desde mediados de la década de 1920, ese nuevo hábito de la militancia proletaria: el de arreglar, en el pórtico de la fábrica, a los empleados que entraban y salían. El otro modo era que los propios operarios comunistas del establecimiento los repartiesen a sus compañeros de labor más confiables, en lugares ocultos (como el vestuario o el baño de la planta). La dirección del PC orientaba a que los artículos no fueran muy extensos, o referidos a cuestiones demasiado generales, destacando la necesidad de publicar notas expresivas, con denuncias contundentes acerca de los problemas cotidianos del sitio de trabajo. “Hay que buscar el asunto interesante, la cuestión sensacional de la fábrica, la actitud del capataz, del jefe, del gerente o de aquel que sirva los intereses de los mismos. ¿Que hay un lugar insalubre en la casa, una pared que amenaza derrumbarse, un lugar donde no entra el aire o el sol, servicios malolientes, descuidados, sin limpieza, que el horario es excesivo, el salario pequeño, el trato malo? Muy bien: tómense esos asuntos aislados, uno por uno, y sobre cada uno hágase un artículo conciso, sin ocupar

mucho espacio y sin generalizar tampoco. Verán entonces los compañeros cómo son apreciados por los obreros a quienes va dirigido”.¹⁷

Si realizamos un recorrido por los periódicos, podemos apreciar la característica que define la identidad obrera: una contraposición entre el “nosotros” proletario y el “ellos” de la clase dominante, de sus representantes y de sus servidores, aquel “mundo de los jefes” al que se refiere Hoggart.¹⁸ Vemos reaparecer este tema a cada momento, expresándose en la denuncia de los gestores de la disciplina fabril, y la convocatoria a enfrentarlos: “Lo que más indigna en esta fábrica es la manera brutal y soez con que somos tratados por Don Vicente, el capataz. Cabría preguntarle a ese señor si nos ha confundido a nosotros, obreros que honradamente nos venimos a ganar el pan, con elementos de prostíbulo”.¹⁹ En estos periódicos podemos observar una serie de valores, como la pobreza digna, la valentía, la honradez, la dignidad, el ser portador de justicia, operando a manera de construcciones imaginarias que conforman el “mundo de los obreros”; el atropello, el vocabulario soez, la arbitrariedad, la alcahuetería, la discriminación racial, junto a la explotación, claro está, son las distinciones del mundo de “ellos”, de los jefes y capitalistas. Pero aunque postulaban formar parte de ese mundo proletario, los trabajadores comunistas nunca dejaban de presentarse como porción esclarecida de aquél y de asumirse con una función misionera. Eso le confería a estos periódicos cierto carácter pedagógico. Esta concepción de asumirse como vanguardia de su clase se autolegitimaba en el momento de definir el estado en que se encontraban los trabajadores a los que se diri-

gían. Los llamados se orientaban siempre en dirección de despertar conciencias adormecidas y convocaban, invariablemente, a comenzar o reiniciar la lucha: “Es necesario que termine esa apatía perniciosa y cobarde que hace que todo lo aguantemos sin una queja”.²⁰ Los cuestionamientos a la supuesta indolencia de muchos trabajadores, y los llamados a superarla, se repiten en todos estos órganos de prensa. Pero si la apatía del obrero era recriminada, la “traición” era estigmatizada sin contemplaciones. Por ejemplo, los que nunca se plegaban a las huelgas eran apodados como “perros fieles de la patronal”.²¹ El “carnero” era retratado como un intruso, un agente del mundo de “ellos” en el mundo de “nosotros”. Al mismo tiempo, los periódicos pretendían convertirse en armas de una lucha por barrer las “falsas conciencias” que amenazaban a los trabajadores. Siempre había un espacio para atacar los principios de colaboración de clases o de confianza en una eventual benignidad de la burguesía: “Mientras un obrero no trate de lesionar los intereses del patrón, vale decir, mientras se deje explotar pacíficamente, la fiesta seguirá en paz, pero el día que los trabajadores se organizan, o lo que es lo mismo, en el momento que no se dejan comer mansamente, aparece tal cual es”.²² Del mismo modo, se denunciaba las maniobras de la iglesia para atemperar la lucha social y crear los Círculos de Obreros Católicos.

Encontramos un segundo gran aspecto en estos periódicos obreros: el de la crítica a las situaciones laborales que experimentaban los trabajadores en los establecimientos. Estas denuncias aparecían en secciones tituladas

¹⁷ *Informe de organización...*, citado.

¹⁸ R. Hoggart, *La cultura obrera en la sociedad de masas*, México, Grijalbo, 1990, p. 79.

¹⁹ *El telar* (“Órgano de los obreros y obreras de la fábrica de tejidos de Cayetano Gerli”), I, 1, agosto de 1927.

²⁰ *Avanti!* (“Órgano de los obreros y obreras de la fábrica de cigarros Avanti”), I, 3, junio de 1927.

²¹ *Cais* (“Órgano de los obreros de la casa de ascensores Stigler”), I, 1, octubre de 1927.

²² *El Cromo Hojalatero* (“Órgano de los obreros del taller de Cromo-Hojalatería de Bunge & Born”), I, 3, mayo de 1927.

“Como nos explotan”, compuestas por notas enviadas por los operarios, en donde se describían las iniquidades de la vida laboral. Los comunistas se mostraban preocupados por montar detrás de cada periódico una red de corresponsales obreros, que permitiera que estos órganos pudieran decir las “verdades que los trabajadores esbozan entre dientes”, ser un canal de la angustia, la furia y los deseos de reaccionar frente a la experiencia laboral. En buena medida, los artículos nos aportan un balance muy preciso de los reclamos que levantaba el movimiento obrero, especialmente el industrial, ante la organización de los procesos de trabajo entre 1925 y 1935. Algunos convocaban a la lucha para obtener el mejoramiento de los horarios, y por la conquista del “sábado inglés” y la jornada laboral de 8 horas diarias, reivindicaciones que eran presentadas como un apoderamiento, justo y necesario, de tiempo libre para el proletariado. Haciéndose eco de la explicación que Marx hacía en *El Capital* del modo en que los capitalistas procuraban aumentar la plusvalía absoluta “carcomiendo” tiempo de descanso de los obreros, también era frecuente, especialmente entre los periódicos metalúrgicos y textiles, la denuncia del “hurto” de minutos de los trabajadores, a los que se les estiraba la jornada antes o después del horario establecido. Encontramos un segundo tema en los insistentes llamados a luchar contra la explotación de niños y mujeres. Un tercer ítem es posible ubicarlo en las denuncias de las malas condiciones de higiene, salud y seguridad en las que se desarrollaban las tareas dentro de las empresas, la falta de botiquines y médicos, la violación de las ordenanzas municipales sobre el tema y los accidentes de trabajo. Otro punto recurrente era el repudio del trabajo a destajo, que aún regía en muchos talleres, pues no estaban totalmente generalizados ni los sistemas tayloristas de medida y valoración del tiempo de labor ni las tareas en cadena con cintas de transporte au-

tomáticas. Ésta era una denuncia muy frecuente en los periódicos que se editaban entre los metalúrgicos. También se marcaban variados abusos: las multas, con descuento de sueldo, ante errores cometidos por los operarios; las obligaciones a mostrar la cédula de identidad y una fotografía (tomada en una casa designada por la empresa) cada vez que ingresaban a la planta;²³ por mencionar algunos casos. Además, estaban los planteos relacionados con la desocupación y los salarios, que cobraron creciente peso luego de la crisis de 1930. Había toda una serie de artículos vinculados con el pedido de aumento en los haberes mínimos, el cumplimiento de las fechas de pago, lograr el cobro quincenal y conseguir la equiparación salarial entre operarios y operarias. Otra temática recurrente era el llamado a la organización de los obreros de la planta y a la conformación o fortalecimiento de comisiones internas y sindicatos por oficio o rama, lo que confirma la imagen de que los comunistas arribaban a un escenario industrial en gran medida carente de estructura gremial.

En síntesis, lo que hemos querido mostrar en este punto es cómo, desde mediados de la década de 1920, la inmensa mayoría de los militantes del PC provinieron del mundo de los trabajadores industriales y cómo la aspiración más básica de ese partido fue su penetración orgánica en los ámbitos fabriles. En función de este objetivo fue que se produjo una reorganización partidaria, específicamente con la creación de las células *de empresa*, con su red de periódicos, con los que el comunismo procuró acercarse a las necesidades más básicas de los trabajadores. Tengamos en cuenta que para una entidad tan condicionada por planteamientos obreristas, la

²³ *La Lanzadera* (“Órgano de los obreros y obreras de la Fábrica de tejidos Campomar y Soulas-Capital Federal”), 1, 1, julio de 1927; *Vasena* (“Órgano de la Célula Comunista de los Talleres Metalúrgicos Vasena & Cía-San Martín”), 1, 1, mayo de 1927.

lucha contra el capital se libraba fundamentalmente en el puesto de trabajo, o sea, en el nivel de las relaciones sociales de producción. Pero hubo otras formas muy diferentes con las que el PC se vinculó con los obreros. Las examinaremos en las páginas que siguen.

IV Durante las décadas de 1920 y 1930, aún mantenía su vitalidad el despliegue cultural del PS: más de 400 bibliotecas obreras, centros de estudios, “escuelas libres para trabajadores”, ateneos de divulgación, universidades populares, conjuntos teatrales y musicales, conferencias y visitas a museos, proyecciones cinematográficas, etc.²⁴ La experiencia cultural comunista durante este período no alcanzó la envergadura que presentó la socialista, pero se orientó más claramente hacia la clase obrera, constituyendo otro de los modos clave con los que el PC se insertó en el mundo de los trabajadores. Veamos sólo dos ejemplos de esto, uno en el campo de la instrucción, el otro en el de la recreación.

Para el primero de los casos, exploremos las “Bibliotecas Obreras” comunistas. Hemos localizado durante estos años la existencia de una treintena de estas instituciones en la zona del AMBA (casi todas ubicadas en los barrios y localidades de mayor presencia proletaria), que generalmente funcionaban al lado de los locales partidarios. Una cifra similar sumaban los de los sindicatos, asociaciones de trabajadores inmigrantes y otros organismos en los que los comunistas tenían una intervención decisiva. Sus nombres nos remiten a un conjunto heterogéneo de “próceres” posibles de reivindicar por las tradiciones marxista o “progresista” (como Engels, K. Liebknecht, R. Luxemburgo, M. Gorki, E. Zola o

A. France, F. Ameghino, E. Echeverría) y también a una serie de valores y símbolos ligados con ellas (“Renovación”, “Sol de la Humanidad”, “Día a día más luz”, “Trabajo”, “Antorcha de la Verdad”). En los periódicos obreros impulsados por el partido se instaba a los trabajadores a asociarse con estos centros y en los órganos de carácter interno se planteaba esta tarea como una obligación para todo militante comunista. Como también era frecuente en las que animaban las otras tendencias de izquierda, estas instituciones, además de las tareas formalmente asignadas (la promoción de la lectura y el almacenamiento de libros), realizaban múltiples experiencias de instrucción y sociabilidad cultural: cursos, lecturas comentadas, conferencias, obras de teatro, concursos de poesía, veladas literarias y musicales, visitas a museos, entre otras. Es decir, eran al mismo tiempo ámbitos de erudición y de entretenimiento. Detrás de la actividad de estas instituciones percibimos un eco, pero atemperado y mucho más *aggiornado*, de aquel propósito que definía a las bibliotecas y centros del PS: el de comportarse como faros para la “elevación cultural y moral” de la clase obrera. Ciertamente, advertimos en las bibliotecas comunistas el intento por irradiar una cultura erudita basada en modelos letrados “clásicos”, pero, al mismo tiempo, encontramos en estos centros una creciente tendencia (mayor aún que la que aparecía en el caso socialista) a realizar concesiones o adaptaciones con respecto a sus fines originarios de ilustración, dejándose llevar hacia actividades sociales más profanas, como festivales y salidas campestres. Por otra parte, consignemos que el PC logró montar una decena de “escuelas obreras” en la Capital, con un promedio de doscientos alumnos regulares cada una. La mayoría fueron erigidas por trabajadores comunistas judíos y se ubicaron en los barrios de La Paternal y Villa Crespo. Tenían maestros del partido, programas propios y textos escolares para cada grado, la mayoría

²⁴ D. Barrancos, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1991; *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.

escritos en idish. Hubo intentos de agrupar dichos centros, como el Consejo Escolar Obrero. Pero es evidente que los esfuerzos fueron vanos frente al prestigio y los recursos con que contaba la educación pública, de modo que aquel intento “autonomista”, sin que fuera abandonado, quedó finalmente subsumido por propuestas de reformas de aquel sistema público, para hacerlo más propicio, útil y accesible a los hijos de los trabajadores.

Por otra parte, otro modo de inserción que el PC buscó construir sobre las posibilidades de tiempo libre de los asalariados, en este caso en el terreno más recreativo, fue el generado en el área deportiva. Por considerar que el deporte, dentro de la sociedad capitalista, era un privilegio de clase, por aquellos años el PC promovió la formación de “Clubes Obreros”, por supuesto, basados en una actividad amateur. Si algunas de las prácticas que en este campo desplegó la izquierda han sido brevemente analizadas o aludidas por parte de algunos estudios, la experiencia de los clubes comunistas ha sido completamente ignorada. Comenzaron a surgir en 1923 y para 1926 ya alcanzaban el medio centenar en el ámbito de la Capital y del GBA; otra veintena se desparrramaban en otras provincias del país. Sus nombres remitían a la liturgia anticapitalista: un “panteón” en el que aparecen líderes marxistas (“R. Luxemburgo”, “Lenin”); la iconografía del socialismo y la clase obrera mundial (“Hoz y Martillo”, “1° de Mayo”, “Hijos del Pueblo”, “La Internacional”, y todas las conjugaciones posibles de “rojo”); y una serie de valores universales de redención (“Justicia”, “Salud y Fuerza”, “Unión y Trabajo”, “Valor y Verdad”). Estaban mayoritariamente dedicados a la actividad futbolística y, ocasionalmente, al atletismo, el basketball y el ajedrez. También hacían actividades culturales, organizando festivales y conferencias sobre las virtudes del “deporte obrero” en teatros públicos barriales. Como tantos otros de esa época, apenas contaban con recursos materiales y

financieros propios, y su vida resultó efímera (entre cinco y siete años), pero realizaron una actividad casi constante y parecieron poder construir ciertos lazos identitarios. Tenían un promedio de medio centenar de socios, quienes podían ser de dos categorías: cadetes o activos. La mayoría alcanzó a conformar varios *teams*, pero algunos no superaron la categoría de “clubes-equipos”. Sus precarias canchas se ubicaban en esos terrenos urbanos sin edificar que los porteños, durante las primeras décadas del siglo XX, reclamaron y usaron como espacios verdes para la recreación. Estos campos baldíos se encontraban en barrios alejados de sus secretarías (Villa Soldati o Liniers). La distancia entre el lugar de juego y la sede nos sugiere que, aunque siendo expresión de la vida del vecindario en donde estaban insertas estas últimas, estos clubes traspasaban naturalmente los límites barriales y se constituían esencialmente a partir del gremio o el grupo de fábricas a las que pertenecían sus miembros.

Estos clubes obreros comunistas se agruparon desde 1924, o se fueron sumando luego, en una institución madre: la Federación Deportiva Obrera (FDO). Tengamos en cuenta que el PS recién logró constituir una entidad similar, la Confederación Socialista Deportiva, en 1926. La FDO pareció mostrar una actividad más vasta que su símil socialista. Organizaba un campeonato de fútbol de cinco divisiones, en el que intervenían los equipos de los clubes antes nombrados. Tenía su propio reglamento de disciplina, una agrupación de *referees* y un boletín de informaciones en donde se resumían sus actividades; periódicamente, realizaba congresos nacionales. Llegó a desplegar una actividad tan vasta que *La Internacional*, el órgano oficial del PC, pasó a tener desde el 1° de mayo de 1925 una sección deportiva diaria en sus páginas, donde se informaba acerca de los eventos realizados por cada club, se presentaba el *fixture* de encuentros, se comentaba el desarrollo de los

diferentes match y se ofrecía la tabla de posiciones de los campeonatos. La mayoría de los clubes de la FDO (y la propia FDO) estaban controlados por el PC, y funcionaban al lado o en los comités barriales del partido, pero había algunos clubes independientes, y en casi todos su composición comunista distaba mucho de ser absoluta, pues al revisarse sus comisiones directivas puede observarse la participación de individuos sin filiación política. Por otra parte, la FDO siempre procuraba desprenderse de la imagen de colateral del PC con la que se la solía asociar, pero sí se jactaban de ser dentro del país “los únicos propulsores del verdadero deporte: el deporte colectivo, de las masas, al impregnarle el espíritu vivificador de las luchas obreras”.²⁵ Había aquí un discurso específico respecto de esta actividad social, especialmente en la futbolística. Lo que se hacía era una reivindicación de un deporte *rojo y proletario*, contraponiéndolo a la mercantilización que habría sufrido bajo el régimen capitalista, en donde el amateurismo perdía espacios frente al avance de la práctica profesional y los jugadores iban encontrando en ella un medio para obtener réditos económicos (recordemos que en 1931 surgió la primera organización profesional, la Liga Argentina de Football, y tres años después la definitiva Asociación del Fútbol Argentino). El PC se enfrentaba a esta perspectiva, levantando la consigna de “¡Contra los clubes empresas! ¡Por el deporte popular y obrero!”.²⁶ Los comunistas no pudieron proseguir mucho tiempo con esta experiencia. Como tantas otras instituciones socio-culturales y órganos de prensa asociados con el PC, la FDO fue formalmente disuelta por la dictadura de Uriburu a fines de 1930. Los clubes terminaron languideciendo en medio de la persecución policial, las torturas y las depor-

taciones que, en los años siguientes, sufrieron varios de sus miembros.

El examen de todas estas experiencias, en las que puede detectarse la búsqueda de formas socioculturales autónomas, ancladas en el mundo de los trabajadores, nos conduce a reflexionar en torno de la existencia de una *cultura obrera*. Habría que explorar si aquella singular cultura popular barrial, reformista, interclasista y mayormente argentinizada, surgida en la Buenos Aires de entreguerras, se convirtió en la única y excluyente de las clases subalternas, y si terminó por evaporar la identidad proletaria y por anular las expresiones de cultura obrera.²⁷ ¿No es posible reconocer, acaso, una cultura obrera, en la que los comunistas ocuparon un papel, teniendo en cuenta una serie de determinaciones materiales, sociales, políticas o históricas: la presencia en la ciudad de un proletariado industrial numeroso, con muchas demandas insatisfechas, manteniendo niveles fluctuantes pero no inexistentes de movilización y organización, y donde la incidencia de la extranjería siguió siendo muy alta (más de un tercio de la población, la mayor parte trabajadora). Podríamos hipotetizar, entonces, que subsistió una cultura de los trabajadores, algunas veces compartiendo un territorio común con aquella cultura popular barrial, pero que nunca perdió su especificidad. ¿Pudieron los comunistas haber conformado una variante dentro de esta cultura proletaria, inclinada a conformar sus propias normas y valores, proclive a recrear rasgos particulares y localizada en ámbitos específicos? No tenemos elementos suficientes para responder afirmativamente, pero es claro que los comunistas manifestaron mucho más explícitamente que el PS una vocación por crear una cultura alternativa a la impulsada por las clases dominantes, al tiempo que expresaron algunos ma-

²⁵ *Boletín de la Federación Deportiva Obrera*, 1, 1, 24/10/25.

²⁶ *La Internacional*, VIII, 1018, 01/05/25.

²⁷ L. H. Gutiérrez y L. A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

tices a la oferta presentada por el partido de Justo. El principal fue la renuncia a asignarle aquel lugar central que le otorgaban los socialistas a su propuesta pedagógica, erudita y científicista, clave para su objetivo de incorporar a los trabajadores a la vida cívica y al juego electoral. Ésta era una operación que los comunistas reputaban como “reformista”: no sería la pura educación en ciertos valores de la cultura universal ni la obsesión por crear ciudadanos virtuosos, sino la lucha de clases extraparlamentaria y antisistémica el camino para la liberación de la clase obrera. Las prácticas de socialización cultural debían servir para alimentar ese proceso de autoemancipación, que siempre se resolvía en la lucha política revolucionaria. Nos parece que los trabajadores adherentes al PC absorbieron, y a la vez promovieron, los valores contestatarios y las resonancias utópicas y revolucionarias, que desde fines del siglo XIX ocuparon un sitio en la cultura obrera. Antes que reflejar ten-

dencias conformistas, confiadas en las posibilidades de la integración social y de la movilidad ascendente individual (tal como se analizan en los estudios sobre la cultura popular barrial), las iniciativas comunistas parecían revelar tanto la persistencia de actitudes de resistencia a la explotación y alienación capitalistas que seguían germinando en los viejos y nuevos componentes de la masa laboral, como las dificultades de incorporación social que manifestaban esos miles de trabajadores inmigrantes que continuaban arribando a la metrópoli. El relativo éxito que alcanzó el discurso y la práctica comunista en determinados ambientes proletarios muestra que la “aventura del ascenso social” no parecía estar disponible para un porcentaje de los asalariados. De eso, y de tantas otras cuestiones relacionadas con el mundo de los trabajadores en las décadas de 1920 y 1930, permite dar cuenta la experiencia comunista, de la que aquí apenas pretendimos dibujar un perfil. □

Rojos

Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930

Mirta Zaida Lobato

UBA

...La izquierda corre el peligro de convertir la necesaria autocrítica en una palinodia que la lleve a hundirse en una especie de "complejo de culpa" que ignore el papel positivo jugado por ella misma a pesar de sus errores, y hasta disolverse como izquierda.

Ismael Viñas¹

IEsta presentación, como lo indica su título, es un acercamiento a la historia del Partido Comunista a partir de la experiencia de esa militancia en las fábricas y, más específicamente, de las situaciones vividas en un campo particular de la producción, como fue la matanza de animales y la elaboración de carnes para la exportación. Se trata de un mundo del trabajo bastante particular y quiero dejar planteado que aunque las cuestiones que se señalan a partir de esa peculiar experiencia no pueden generalizarse, sirven, en todo caso, como signos, como huellas del pasado que aún están esperando que los historiadores encuentren sus sentidos.

II Son varios los aspectos de la experiencia en el mundo fabril que he examinado en mi libro *La vida en las fábricas*, pero en esta oportunidad voy a retomar uno de los problemas: la relación entre identidad de clase e identidad política, pues es el punto que

refiere inmediatamente a la acción del Partido Comunista.² Las historias tradicionales sobre trabajadores suponían que la experiencia de la fábrica se traducían en un lenguaje político que organizaba la comprensión de esa experiencia; cuando esto no sucedía se acudía a la noción de alienación, y si se tomaban rumbos diferentes a los esperados podía recurrirse a la falsa conciencia para explicar la situación. Me parece que he mostrado en el examen del trabajo, de las formas de organización y de las protestas, la existencia de una multiplicidad de lenguajes políticos que tomaron al *trabajador ciudadano* como sujeto de su interpelación y que en la práctica múltiples lenguajes competían para dar coherencia a la acción de los trabajadores. En el plano de los vínculos posibles entre trabajadores y política la lectura de la experiencia laboral me llevó a revisar un punto olvidado de esa experiencia: el papel del Partido Comunista.

¹ Carlos Strasser, *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 256.

² Mirta Zaida Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso, 1904-1970*, Buenos Aires, Prometeo libros/Entrepasados, 2001.

Al introducirme en los pliegues de las fábricas la figura de la militancia fabril comunista adquirió un sentido nuevo. Pero para que este cambio se produjera hubo que producir una ruptura en la historiografía tradicional, tanto sobre los trabajadores como sobre los partidos políticos de izquierda en general. Por un lado, la historia de los trabajadores, en particular la que corresponde a la década de 1930, quedó subsumida en el debate más amplio sobre los orígenes del peronismo. Así, las cambiantes tácticas del Partido Comunista se encontraban en la base de las explicaciones sobre la pérdida de algunos sindicatos en el período 1943-1946 y la conformación de un sindicalismo más afín con las ideas y las prácticas de Perón.³ Además, se señalaba que el PC, cuyos orígenes se remontan a la formación del Partido Socialista Internacional en 1918 y que cambió su nombre en 1920 por el de PC, permaneció como fuerza política minoritaria en las décadas de 1920 y 1930 y que como miembro de la III Internacional y leal sostén de las 21 condiciones estuvo a merced de los cambios del Comintern. Esa dependencia se tradujo en problemas y contradicciones para los comunistas argentinos, especialmente en el área de las relaciones laborales.⁴ Hay una sola excepción en los estudios sobre trabajadores: es el trabajo de Celia Durruty sobre la Federación Obrera de la Construcción (FONC). Durruty demostró que los comunistas habían logrado conformar un sindicato que no podía calificarse como de militantes minoritarios y que la lucha por las reivindicaciones laborales y mejores condiciones de trabajo ocupó un lu-

³ Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983; Hiroshi Matsushita, *Movimiento obrero argentino 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983.

⁴ David Tamarin, *The Argentine Labour Movement, 1930-45. A Study in the Origins of Peronism*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985.

gar central para el partido. Resalta además la “eficacia” demostrada por los comunistas para conducir las luchas por reivindicaciones económicas, lo que se tradujo en una creciente capacidad de movilización gremial.⁵

Por otra parte, en la renovada historiografía sobre los partidos políticos y la política, el examen de la experiencia comunista no se constituyó en un tema de indagación;⁶ sólo en el plano de la historia de las ideas y como parte de una re-lectura de la disidencia de la década de 1960 aparecieron algunos trabajos que se concentraban en la experiencia cultural marcada por esa ruptura.⁷

Los estudios clásicos sobre el Partido Comunista y su política tampoco ayudan a delinear un cuadro posible de sus prácticas.⁸ Más allá de sus divergencias, la historiografía sobre el Partido Comunista discute la historia oficial tal como surge del *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, donde se reconoce como el partido “de la clase obrera y del pueblo, como un partido proletario independiente, de nuevo tipo, inspirado en la doc-

⁵ Celia Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969.

⁶ Para un análisis de la bibliografía sobre el Partido Comunista véase Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo*, No. 8, otoño/invierno de 1998.

⁷ Por ejemplo en algunos pasajes del texto de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

⁸ Me refiero en particular a Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, Ediciones Cepe, 1973, y Jorge Abelardo Ramos, *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, Buenos Aires, Claridad, 1990 (una reedición de la agotada *Historia del stalinismo en la Argentina*). Se pueden consultar también Emilio J. Corbiere, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983; Rina Bertaccini, Paulino González Alberdi, Julio Laborde, María Liter y Eugenio Moreno, *El nacimiento del PC. Ensayo sobre la fundación y los primeros pasos del partido comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1988, y Leonardo Pazo, *Origen histórico de los partidos políticos*, Buenos Aires, CEAL, vol. 3, 1988.

trina más avanzada de la humanidad: el marxismo-leninismo-stalinismo”.⁹ Autores como Rodolfo Puiggrós o Jorge Abelardo Ramos, aun con sus matices, consideraban que los comunistas habían heredado el pecado original del socialismo, que era su adhesión al internacionalismo y su desconocimiento de los problemas nacionales. El Partido Comunista era incapaz de organizar y dirigir a las masas populares, ya sea porque entendieron mal las resoluciones de la Internacional Comunista o porque eran un instrumento del “oro de Moscú”. Esa dependencia no sólo los convertía en “extranjerizantes” sino también en “mecanicistas”, ya que no sabían adaptarse a las particularidades del país. Estos autores tienen una imagen cristalizada de la dependencia del Partido Comunista de la ex URSS y sus críticas se concentran en la cúpula dirigente.¹⁰ Sus lecturas son engañosas, porque parecen sugerir que las organizaciones políticas surgen, se organizan y permanecen siempre igual.

III ¿Qué nos dicen las fábricas de Berisso sobre la experiencia militante del PC? En un nivel se puede delinear un cuadro de la conformación de las primeras *células de fábricas* y de la persecución de la que fueron objeto los comunistas. La formación de esas organizaciones de base estaba en estrecha relación con la “Carta Orgánica de las Células de Fábrica”, que se estableció en el VII Congreso partidario realizado en diciembre de 1925. Los fines de las células eran hacer propaganda, difundir publicaciones, dis-

cutir las cuestiones laborales y publicar un periódico fabril.

Los datos de los registros del personal en los frigoríficos Swift y Armour dan cuenta de la conformación de esas células. La información de fábrica coincide con numerosos testimonios orales y con la prensa local (Berisso, La Plata y Ensenada), que informa sobre manifestaciones, reuniones y mitines. Se narran tanto las manifestaciones de cada 1º de mayo (Día del Trabajador) como las reuniones de agitación y propaganda. La información de fábrica es importante pues también da cuenta de la existencia de un sistema represivo interno que convertía a la militancia fabril en una aventura a veces peligrosa. *Comunista o notorio cabecilla comunista* eran los motivos esgrimidos por las compañías para expulsar a los trabajadores disconformes. Las empresas estudiadas realizaban una verdadera tarea de “espionaje” y los resultados eran consignados en la ficha de personal. Así, uno puede leer la fecha en que una persona ingresó al PC y su participación en reuniones y protestas. A veces las fichas de personal se asemejaban a un prontuario. No sólo tenían los datos personales de los obreros o la información sobre su comportamiento productivo, sino que también se incorporaban recortes periodísticos (si el trabajador había participado o era acusado de haber cometido algún delito) y algunas anotaciones en lápiz rojo, como “protestó por las 8 horas”, “se niega a trabajar”, “no tomar, ver lista”, “¡comunista!”. Este control cuasi policial sobre las actividades de los obreros era percibido hasta por aquellos trabajadores que no tenían una activa militancia gremial o política.

En los frigoríficos Swift y Armour ser despedido por “comunista” no era excepcional al finalizar la década de 1920, aunque la asociación entre activista gremial y comunismo se hizo más intensa en la de 1930 con la actividad desplegada por los organizadores comunistas en diferentes ramas industriales.

⁹ *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina (origen y desarrollo del Partido Comunista y del Movimiento Obrero y Popular Argentino)*, redactado por la Comisión del Comité Central del Partido Comunista, Buenos Aires, Anteo, 1947.

¹⁰ La crítica a la dependencia del PC de la política de la ex URSS es común en toda América Latina. Para el Brasil se pueden consultar los textos publicados en *Cader-nos AEL, 2, Comunistas e comunismo*, Archivo Edgard Levenroth, Instituto de Filosofía e Ciencias Humanas, Universidade Estadual de Campinas.

Muchos de los despedidos integraban las *listas negras* que tenían un significado importante: desocupación. Quisiera recordar que los medios coercitivos utilizados por los patrones eran el *lock-out*, esto es el cierre de los establecimientos, y las listas negras, y que ambos fueron utilizados de manera reiterada por las dos compañías estudiadas. La militancia comunista en las fábricas se desarrolló bajo el impacto de la represión que se vivía en los espacios laborales y se constituía como discurso y como práctica en las esferas gubernamentales.

Dentro de un contexto más general, durante la década de 1930 se exacerbó el sentimiento de temor a las “ideologías disolventes” y a las protestas de la clase obrera como consecuencia de la difusión de las ideas nacionalistas, que tenían una visión maniquea del mundo y que rechazaban tanto el liberalismo como el socialismo y el comunismo.¹¹ Cuando los nacionalistas, con sus diferencias y matices, llegaron al gobierno –tras el golpe militar de 1930– realizaron una activa campaña para erradicar los males del “liberalismo y de su hijo bastardo el comunismo”, según una expresión de Fresco, el gobernador de la provincia de Buenos Aires. El pensamiento de este sector de la élite se alimentaba tanto de la memoria del pasado, sobre todo de la más cercana, en particular con los episodios de la Semana Trágica o de los sucesos de la Patagonia, como con la creciente presencia de los comunistas en algunos sindicatos industriales. La huelga de la construcción de 1936, el predominio de los comunistas en el gremio de la carne o entre los obreros textiles y las pujas en distintas organizaciones étnico-nacionales generaban inquietud en diferentes grupos de intelectuales y políticos nacionalistas y en las fuerzas armadas, vinculadas con ellos. En un nivel más particular, se

puede afirmar que incluso los conflictos entre nacionalistas y comunistas, que fueron importantes en las asociaciones polacas, ucranianas, lituanas y búlgaras de Berisso, incidían en el trabajo, pues en numerosas oportunidades las entidades asociativas otorgaban “certificados” donde constaba que el futuro obrero no simpatizaba con las ideas de anarquistas y comunistas.

Las tensiones alrededor de la palabra comunista se advierten claramente en las fábricas y en las asociaciones étnico-nacionales.¹² El conflicto político adquirió densidad en el seno de algunas de esas asociaciones. Por ejemplo, en la sociedad ucraniana Prosvita un grupo nacionalista (anticomunista) se separó, constituyendo otra organización (Renacimiento). Comunismo y antifascismo generaban tensiones, enfrentamientos y divisiones. Balcarce/Velázquez, un militante comunista que escribió un folleto que he denominado “manual del militante”, denunciaba ese asociacionismo como un complot de los frigoríficos, de la policía, del gobierno y de los consulados. Decía que “cada club es un comité fascista. La provocación se organiza en alta

¹² Las referencias orales sobre la presencia del comunismo en las fábricas y en la localidad se reiteran. Por ejemplo: “[...] estaba la guerra y aquí hervía el comunismo y todo el mundo gritaba viva Rusia”, Taller de Historia Oral Sociedad Búlgara Iván Vazov, sesión del 14 de octubre de 1986.

En otro diálogo la palabra comunista aparece acompañada de la de peligro:

P: — A veces escucho búlgaro como sinónimo de comunista...

Violeta: — Ahora también, por ejemplo mi padre sí, él era luchador.

Stana: — Tenía simpatía.

Violeta: — Estando allá fue miembro y creo que estuvo preso... acá no, porque la lucha por la subsistencia se lo impedía pero sus simpatías siempre las tuvo...

P: — ¿Las visitaban otros comunistas?

Stana: — Yo no quería... yo les dije que no aparecen más... para que vivamos tranquilos... era peligroso, en este momento se puede hablar pero no sabemos por cuanto tiempo (*ibid.*, sesión del 25 de octubre de 1986).

¹¹ Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

escala. Preparan los nombres de obreros, comunistas, socialistas y antifascistas para denunciarlos”.¹³

En Berisso y en las fábricas, las naciones europeas estallaban en varios pedazos y sus asociaciones se involucraron cada vez más en las luchas políticas. Al mismo tiempo, los comunistas, en su mayoría obreros de los frigoríficos, actuaban cegados por la oposición al nazi-fascismo y cada crítico u opositor se alzaba amenazante sobre su vida, su seguridad y el futuro de la revolución. El ascenso del fascismo, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial acrecentaron esas tensiones. Incluso al comenzar la década de 1930 se realizaban en Berisso actos y reuniones antifascistas.¹⁴ Los lugares elegidos eran las calles más cercanas a los establecimientos cárnicos y estaban organizadas por los clubes étnicos, el Partido Comunista y el Partido Socialista.¹⁵

Hacia 1936 y 1937, el conflicto que enfrentaba a los republicanos y franquistas en

España fue un elemento movilizador del activismo político local y se conformó un Comité pro ayuda al pueblo español. Durante la Segunda Guerra Mundial, se constituyeron otros comités de ayuda (“al pueblo búlgaro”, “al pueblo ucranio”, “al pueblo ruso y a la defensa democrática”, entre otros).

En la fábrica, un obrero identificado como comunista era inmediatamente despedido. En la localidad, la amenaza residía en la posibilidad de ser detenido o directamente encarcelado. Despido y cárcel dejaron sus huellas en la experiencia de algunos viejos militantes que he entrevistado. Las palabras de los militantes refieren al mundo heroico y peligroso de la militancia, pero más que en esas imágenes de combate y sufrimiento quiero detenerme en el tema de la represión, pero desde otro ángulo. Para hacerlo utilizaré un recurso empleado en diversas oportunidades en mi libro *La vida en las fábricas...: alejar aún más la lente de los espacios de producción para tener una vista más amplia del problema de la represión ejercida sobre los comunistas.*

En la década de 1930 el comunismo y los comunistas se habían convertido en una preocupación importante para las fuerzas armadas, que asumieron la tarea de vigilarlos. Recordemos que durante los gobiernos de Alvear e Irigoyen se había autorizado el funcionamiento legal del Partido Comunista. Cuando Uriburu llegó al gobierno, creó la Sección Especial contra el comunismo, organizada por el coronel Carlos Rodríguez y dirigida, ya bajo el nombre de Orden Político, por Leopoldo Lugones (hijo), quien ejecutó una política represiva sistemática en contra de las ideas y las prácticas del comunismo, del socialismo y de lo que quedaba del anarquismo.

Al dibujar a los enemigos se desarrolló una tesis que se convertiría en un dogma de larga duración en la vida política de la Argentina: la negación de la diferencia y la afirmación de la existencia de un único enemigo

¹³ Héctor Balcarce, *Carne de Frigorífico*, Buenos Aires, Juventud Obrera, Folleto No. 1, enero de 1935, p. 39. En otro lugar dice:

“Tuvimos que luchar bastante con el club búlgaro por su aislamiento y nacionalismo cerrado que los hacía un organismo aparte y sin control. Esto los condujo a que pudieran introducirse agentes provocadores que entregaron a varios miembros del partido y de la juventud. La combatividad de los compañeros búlgaros es ejemplar, pero sienten en su nacionalismo cierto menosprecio por las demás razas”, p. 45.

¹⁴ La ola antifascista también llegó a uno de los frigoríficos. Al menos en un caso se consigna como causa de despido el “profesar simpatías a los nazis”.

¹⁵ Por ejemplo, el 25 de junio de 1933 se organizó un acto en el que hablaron el diputado nacional Américo Ghioldi, el doctor Carlos Sánchez Viamonte y el entonces concejal Guillermo Korn. En el acto, una banda de música tocaba “himnos proletarios”, *El Día*, 24 y 25 de junio de 1933. He visto también fotografías sobre actos antifascistas en manos de un militante comunista de origen búlgaro. Si se le reconoce a la fotografía la capacidad de decirnos algo sobre el pasado, habrá que considerarla como una evidencia más sobre la actividad desplegada por los comunistas.

multiforme y mutable. La imagen de un enemigo que adquiere todas las formas y colores posibles para no ser identificado es expresada por Leopoldo Lugones cuando señalaba que “El izquierdismo como el laborismo inglés y el obrerismo de nuestros radicales vienen a ser el socialismo con otro nombre, del propio modo que este último es un sinónimo del comunismo”.¹⁶ Esas mutaciones le permitían, por otra parte, inocular un virus poderoso que provocaba una infección social, en palabras de Matías Sánchez Sorondo, o simplemente destruir el alma nacional, según Benjamín Villafañe.¹⁷ La destrucción del alma nacional podía ser evitada con una adecuada educación de los jóvenes. Para los partidarios de la educación nacionalista que permitiera la “renovación espiritual”, la escuela, y los maestros en particular, tenían que enseñar de acuerdo con la ideología del Estado.¹⁸ Esta idea de la acción nacionalista en el plano educativo puede advertirse en las páginas de la revista probablemente más consultada por los maestros: el *Monitor de la educación común*. Desde sus páginas se advertía sobre los peligros del comunismo. No es mi intención abundar en citas y referencias sobre la prédica nacionalista y anticomunista en las escuelas; sólo quiero remarcar un clima de época que se completa con las conferencias

dadas por algunos hombres del Consejo Nacional de Educación por radio Municipal.¹⁹

Me parece importante resaltar, como parte del contexto en el que desplegaban su acción militante los comunistas, esta preocupación por adoctrinar, por difundir un modelo excluyente de virtud nacional y los “valores nacionales”. Esos valores encarnaban una fuerte oposición entre la nación (nativa, telúrica, patriótica y única) frente a los elementos extranjerizantes, subversivos, expresados en las ideologías foráneas como el comunismo. Éste era un enemigo interno, era el mal que comenzaba a enquistarse en la nación. Este motivo se agigantaría durante el peronismo y el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando las cuestiones internacionales asociadas con la “guerra fría” dieron más fuerza a la noción de *enemigo externo* y se enfatizaron los componentes represivos y excluyentes en las políticas de los gobiernos.

Mientras buscaba información sobre “gestos anticomunistas” encontré dos tipos de organizaciones aún poco conocidas. En el nivel local, los clubes nativistas y, en el nivel nacional, la conformación de organizaciones anticomunistas. En este último caso, se constituyeron en el contexto de la segunda guerra y bajo el clima de la *guerra fría*, tanto en la Argentina como prácticamente en todos los países de América Latina, organizaciones de diferente tipo y origen que se autodefinían

¹⁶ Leopoldo Lugones, *Antología de la prosa* (selección y comentarios de Leopoldo Lugones (h), Buenos Aires, Centurión, 1949, citado por Buchrucker, *op. cit.*, pp. 464-465. Este autor señala que las tesis del enemigo único se formularon en la década de 1930 desde las páginas de la revista *Criterio*, colocando en un mismo plano la democracia representativa, con los rasgos que le había dado el radicalismo, y el régimen de la URSS, *ibid.*, p. 56.

¹⁷ Matías Sánchez Sorondo, *Represión al comunismo: informe y réplica*, Buenos Aires, Senado de la Nación, sesiones del 24-26 de noviembre, 3, 4, 10 y 30 de diciembre de 1936, y Benjamín Villafañe, *Hora oscura*, Buenos Aires, 1935.

¹⁸ Carlos Escudé, *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires, Tesis, 1990.

¹⁹ La prédica nacionalista en las escuelas buscaba afianzar el sentido de nación, educar a los niños en “una atmósfera nacional que sustituya la atmósfera europea”, promover que a la patria “hay que defenderla y resguardarla no de enemigos exteriores, que no los tiene, sino del enemigo de adentro”, en *Monitor*, octubre y noviembre de 1932. Esta tendencia se extendió a las provincias, que establecieron en sus leyes provinciales explícitamente los fines patrióticos y argentinizantes de la educación y señalaban que “la profesión de ideas contrarias a nuestra nacionalidad, a nuestro régimen institucional inhabilita para la docencia”. Véase la Constitución de la provincia de Buenos Aires de 1934 y la Ley 3290 de la provincia de Entre Ríos, promulgada el 2 de diciembre de 1940.

como anticomunistas. Sólo como ejemplo se pueden citar al Frente Revolucionario Argentino y el Frente Argentino Antibolchevique (1949). También entre 1955 y 1958 se realizaron varios congresos latinoamericanos en el Brasil, Perú y Guatemala contra “La penetración Soviética en América Latina” y en Guatemala se realizó el Cuarto Congreso Continental Anticomunista.²⁰

Un breve recorrido por las publicaciones e informes de los grupos nacionalistas y anticomunistas da cuenta de la existencia “real” de un peligro rojo que se constituye en amenaza continental, más allá de las posibles exageraciones que puedan tener. Un informe realizado por una organización anticomunista señalaba que al finalizar la década de 1950 había en la Argentina 160.118 militantes y más de 200.000 simpatizantes. Los datos son difíciles de comprobar, tal vez un estudio específico sobre la organización partidaria pueda aportar más información. En el contexto de mi investigación sobre las fábricas de Berisso fue imposible establecer el número de militantes y simpatizantes, incluso en un espacio tan acotado como el de la localidad. Además, era difícil porque el PC era un partido de *militantes golondrinas* y, aunque parezca una exageración, se asemejaba bastante al trabajo de los frigoríficos, donde los obreros entraban y salían como en una puerta giratoria. Las persecuciones de las que fueron objeto los militantes agravan la dificultad para obtener otras fuentes de información.

Si se considera este desvío discursivo sobre la constitución de un lenguaje anticomunista y se presta atención a las huellas de la conformación de una densa red de organiza-

ciones anticomunistas se podrá aceptar que ellas marcaban la experiencia de la militancia y que la actividad gremial no quedaba al margen. Además, en las memorias militantes se encuentran innumerables referencias al hecho de ser comunista y obrero y sobre las implicaciones que ello tenía. “Ser comunista” significaba exponerse al peligro de las detenciones, a la cárcel y a vivir en un permanente combate acompañado por el sufrimiento, además de la desarticulación de la familia o de los conflictos que se suscitaban en su seno.

IV Otra vez propongo a los lectores regresar a los frigoríficos Swift y Armour para tomar otro aspecto de la práctica militante de los comunistas. Como he señalado más arriba, hacia fines de la década de 1920 se conformaron las primeras células en las fábricas. Para movilizar a los trabajadores utilizaron dos herramientas clave: la identificación de la reivindicación del día, que iba acompañada de la discusión sobre las condiciones de trabajo, y la publicidad de esas condiciones a través de la prensa.

La reivindicación del día fue la consigna que utilizaron los militantes para identificar los problemas y debatir sobre los mismos. Aun en los marcos de un contexto fuertemente represivo, se organizaban grupos que mediante la identificación de la reivindicación del día buscaban elaborar las demandas más sentidas que en algún momento presentarían a las empresas.

¿Qué sentido le atribuyo a esta experiencia de organización? En un nivel, el intercambio de opiniones entre los obreros dentro y fuera de la fábrica sobre las condiciones de trabajo creó las condiciones para presentar demandas sobre salubridad, higiene, salarios, jornadas laborales y seguridad en el trabajo. No sólo eran demandas; los obreros presentaban también cuáles podrían ser las soluciones. En otro plano, cada uno de los tópicos debatidos daba cuerpo al conjunto de recla-

²⁰ Informe de Wilson Townsend, Latin American Section, 1942; Subversive Activities in South America Confidential, 10 de febrero de 1942; Alberto Daniel Faleroni, *La subversión comunista en América Latina*, Ediciones Frente Americano de la Libertad, s/f (circa 1960, MZL).

mos y peticiones que se presentaron a las autoridades de las empresas y en el Congreso Nacional.

En este sentido, me parece que la historiografía tradicional sobre el Partido Comunista ha mirado con mayor detenimiento, aunque de manera insuficiente, al papel del partido y su relación con el Comintern, tal vez como consecuencia de la curiosidad que despierta el misterio de una organización dedicada a conspiraciones y actividades secretas,²¹ dejando de lado un aspecto de la lucha internacional de distintas agrupaciones de izquierda, donde incluyo al PC, por DERECHOS. Los derechos derivados y asociados con la condición obrera son uno de ellos.²²

El trabajo en las fábricas destinado a identificar los problemas y proponer las soluciones fue dando forma a una *práctica de deliberación* que incluía la toma de decisiones, cierto que limitadas, para producir una modificación sustancial de las condiciones de trabajo. En estrecha relación con esta práctica, los militantes comunistas buscaron también construir una opinión favorable y decisiones autorizadas fuera del recinto de las fábricas. Para ello recurrieron al Congreso Nacional, pues, probablemente, confiaban en el valor de las leyes para generar transformaciones. En 1936 buscaron la conformación de una comisión investigadora en el Congreso con el objetivo de estudiar e informar sobre sistemas de trabajo y condiciones generales de vida

de los obreros y empleados en la industria de la carne, así como sobre el cumplimiento de la legislación obrera.

El pedido de constitución de una Comisión investigadora daba estado parlamentario a la situación de un grupo específico de trabajadores. La presentación ante el Congreso se organizaba alrededor de dos ejes relevantes: las condiciones de trabajo bajo el “sistema estándar”, que estaba en la base de la organización y de las formas de trabajo en los frigoríficos, y el incumplimiento de las leyes. El reclamo de cumplimiento de la LEY es también una demanda para hacer realidad aquello que se les presentaba como parte de un ideal imaginario: transformar en un sentido positivo las condiciones de vida y de trabajo. Además, la demanda de justicia se basaba en la idea de que las condiciones de trabajo deben ser reguladas por parámetros claros y definidos.

La prensa fue otra de las herramientas utilizada por la militancia comunista, aunque no sólo por ella, para movilizar a los trabajadores. En el “manual del militante” de Balcarce/Velázquez se define al periódico como fundamental para el trabajo militante dentro y fuera de las fábricas. Los periódicos abarcaban todo un sector de la industria, por ejemplo *El obrero del frigorífico*, *El trabajador de la carne*, *El obrero de la construcción*, o estaban más circunscriptos a una compañía, como en el caso de *La voz de la fábrica*. La prensa tenía un claro objetivo: debía reflejar la vida de cada departamento o sección y ayudar a “impulsar la marcha revolucionaria” de toda la empresa. La noticia era la fábrica: datos, chimentos, comentarios y cartas buscaban dar un panorama íntimo de todo lo que sucedía en los espacios de producción. Se incorporaban dibujos, ilustraciones y fotografías y los títulos de las notas podían reproducirse como consignas.

El análisis de la prensa es fundamental en la historia contemporánea. En los últimos

²¹ Tomo esta idea de William Waack, *Camaradas*, San Pablo, Companhia das Letras, 1993, p. 19.

²² Un camino para pensar las estrategias del PC en la dirección que estoy planteando puede residir en establecer algunas comparaciones con las experiencias comunistas en otros países. En el Brasil, los estudios sobre la clase obrera tienen más vitalidad que en la Argentina. Se pueden consultar Hélio da Costa, *Em busca da memória. Comissão de fábrica, Partido e Sindicato no Pós-guerra*, San Pablo, Scritta, 1995, y John D. French, *Afogados em leis. A CLT e a cultura política dos trabalhadores brasileiros*, San Pablo, Editora Fundação Perseu Abramo, 2001.

años buena parte de la historia política se ha apoyado en los diarios y publicaciones periódicas para dibujar el cuadro de las ideas de los grupos políticos que actuaban en la Argentina y en otros países latinoamericanos.²³ En menor medida algunos trabajos focalizan sobre la prensa obrerista como parte de estudios específicos sobre el socialismo y el anarquismo.²⁴ El examen de la prensa gremial tiene su complejidad porque la pérdida de esos materiales deja sin respuesta numerosos interrogantes.

Durante la búsqueda, a veces difícil e infructuosa, de periódicos gremiales y de los comunistas, me he formulado innumerables preguntas sobre cómo se hacían los diarios, cuáles eran los medios técnicos con los que contaban, quiénes y cómo los escribían e imprimían, de qué manera se financiaban y de qué manera eran distribuidos. Muchos de esos periódicos se han perdido irremediablemente. *El obrero del frigorífico y El trabajador de la carne* (comunistas), que estaba en la Biblioteca Nacional, desapareció en el edificio de la calle México para siempre, pues ahora tampoco se encuentra en la sede actual de la biblioteca.

Sin embargo, de algunas hojas sueltas conservadas por unos pocos militantes, de las memorias escritas y de las “vidas ejemplares”, como he designado al conjunto de bio-

grafías de dirigentes sindicales editadas por el PC desde aproximadamente la década de 1970 y particularmente en la década de 1980, se puede obtener alguna información que permita hacer una breve caracterización.²⁵ La prensa fabril comunista, como otros periódicos gremiales de la década de 1920 y, sobre todo, de la década de 1930, presenta claras diferencias en su estructura y en su organización si se la compara con la prensa socialista y anarquista de principios de siglo. La reproducción de temas de debate de carácter general fue cediendo su lugar a artículos cortos, a la publicación de recuadros con noticias fabriles, a la inclusión de imágenes. El objetivo era claro: facilitar la lectura de la prensa por parte de los obreros pues se partía del supuesto de la dificultad para la adquisición de esta destreza por medio de la escolarización. Muchas ediciones eran a mimeógrafo y los recursos eran escasos. Los diarios y periódicos eran herramientas para la difusión de ideologías pero también para generar una clara conciencia sobre la situación laboral. En Berisso, los comunistas recorrían los conventillos de la calle Nueva York y las viviendas de los barrios más alejados buscando hacer realidad la premisa de que la prensa “ayuda a impulsar cotidianamente la marcha revolucionaria”.

VI Las actividades desplegadas en las fábricas de la industria cárnica favorecieron la organización de sindicatos bajo la orientación de los comunistas. En 1932 se formó la Federación Obreros de la Industria de la Carne (FOIC), a la que se integraban los sindicatos por empresas, y en 1937 se constituyó la Federación Obrera de la Alimentación

²³ Un síntoma de la importancia que están adquiriendo los estudios sobre la prensa fueron las jornadas organizadas por la Universidad Nacional de Rosario (2001) y la Universidad de San Andrés (2002). En esta última reunión fue notoria la ausencia de trabajos sobre los contrapúblicos subalternos. He explorado algunos vínculos entre prensa y mundo obrero en Mirta Zaida Lobato, “*La Patria degli italiani and Social Conflict in Early-Twentieth-Century Argentina*”, en Donna R. Gabaccia y Fraser Ottanelli (eds.), *Italian Workers of the World. Labor Migration and the Formation of Multiethnic States*, USA, University of Illinois Press, 2001. En la actualidad estoy desarrollando una investigación sobre la prensa gremial.

²⁴ Manuel Tuñón de Lara, “Prensa e historia”, en AA.VV., *Prensa obrera en Madrid*, Madrid, Alfoz-Cidur, 1987.

²⁵ En las vidas ejemplares comunistas el eje de la historia es el compromiso político con el Partido. El esquema de trabajo es que los nuevos militantes entrevistan a las viejas generaciones. Esas entrevistas son publicadas con notas y una selección de documentos. Algunas de ellas fueron realizadas por el Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano bajo la dirección de Leonardo Paso.

(FOA). Los sindicatos de los frigoríficos Swift y Armour de Berisso se sumaron a los de los frigoríficos Anglo (Dock Sud) y La Blanca. No hay aún un estudio detallado de la FOIC y la información local sobre ella es absolutamente fragmentaria. Sin embargo, aun considerando esas limitaciones, es innegable que fue la Federación la que impulsó diferentes movimientos de protestas. Algunos de esos movimientos huelguísticos tuvieron escasa repercusión, como la huelga de 1932, y otros se produjeron rodeados de una intensa movilización, como en 1943. Además, la FOIC fue la organización que impulsó las demandas por “derechos” en el Congreso Nacional.

Los logros de la FOIC eran limitados pero importantes. Hacia 1942 habían obtenido el reconocimiento por las empresas de una garantía horaria de sesenta horas quincenales y ocho días de vacaciones pagas, que se aumentó a quince en 1943. Obtuvieron la provisión gratuita de zapatos, zuecos y delantales y hasta un pequeño aumento salarial. Cada uno de estos logros fue el resultado de un largo y paciente trabajo.

Cuando se produjo el golpe militar de junio de 1943, los militantes gremiales comunistas fueron perseguidos y encarcelados. Varios miembros de la FOIC, como Peter, y algunos obreros de los frigoríficos de Berisso fueron encarcelados. En el período que se extiende entre el golpe militar de junio de 1943 y la elección de Juan Domingo Perón como presidente de la nación en 1946, los sindicatos de los frigoríficos Armour y Swift de Berisso y la propia FOIC estuvieron en el centro de una tormenta que terminó con la propia disolución de la Federación. En Berisso, el sindicato de la carne se enfrentó con la creación del sindicato autónomo, con la presencia de la Secretaría de Trabajo y Previsión y su política de establecer contactos directos con trabajadores y patronos en la localidad.

Aunque la confrontación se corporizaba en las figuras de José Peter y Cipriano Reyes,

las tensiones eran el resultado de un complejo proceso cuyo centro estaba ocupado por un conjunto de personas que, como dijo el general José Epitafio Sosa Molina, portaba banderas rojas al frente, llevaba los puños en alto y cantaba la Internacional. Esas personas “presagiaban horas verdaderamente trágicas para la república” y las “fuerzas armadas no podían permanecer indiferentes a ese peligro”.

En contraposición con las palabras de este militar, las palabras de los obreros de los frigoríficos que entrevisté en 1985 daban cuenta de una percepción diferente del problema. Zacarías, oriundo de Santiago del Estero, me dijo “había gente que afiliaba a escondidas [...] porque a la persona que estaba afiliada capaz que la echaban”; Florentino, otro trabajador de origen santiagueño, que se definía a sí mismo como el primer santiagueño comunista, señalaba: “el comunismo siempre fue ilegal, siempre fue combatido, inclusive la palabra imperialismo no se podía escuchar en el frigorífico, el que decía imperialismo, a ése lo buscaban para echarlo porque ése comprendía”.²⁶

Las confrontaciones entre las organizaciones sindicales, entre ellas y las fuerzas políticas del momento y con las instituciones del Estado, ya sea el Departamento Nacional del Trabajo, el Congreso Nacional o las legislaturas provinciales, no eran sólo un problema político; eran también un auténtico campo de batallas por los sentidos que se asignaban a las palabras y a las acciones prácticas.

VII El análisis de la experiencia obrera en las fábricas de Berisso me permitió reconsiderar el papel del Partido Comunista en la organización de los trabajadores. En un punto retomo argumentos que habían sido expuestos por Celia Durruty hace tres décadas: la organización de sindica-

²⁶ Taller de Historia Oral Centro de Residentes Santiagueños, sesión del 18 de noviembre de 1986.

tos, las luchas por reivindicaciones salariales, condiciones de trabajo, donde en el caso del gremio de la carne se incluye específicamente el debate alrededor del sistema estándar y la garantía horaria, y en el gremio de la construcción la cuestión de las fuentes de ocupación, que aumentaron la capacidad movilizadora de los comunistas en los gremios. Esa capacidad de movilización puede extenderse además a la Unión Obrera Textil (UOT) y a los sindicatos de la rama de vestido.

Tanto en los gremios de la construcción como en el sindicato de la carne los comunistas recurrieron a las instituciones del aparato estatal, ya sea para encontrar canales de negociación o para buscar la intervención arbitral del Estado. Además, la acción de la FOIC en el Congreso Nacional es una expresión de los impulsos que se daban al afianzamiento de los derechos asociados con el trabajo. La condición de trabajador estaba en la base de la conformación del ciudadano.

Junto a los derechos estaba la demanda de cumplimiento de la ley. Ley y justicia formaban (y forman) parte de un ideal imaginario que a partir de las intervenciones políticas del Partido Comunista buscaban hacer realidad. No era sólo eso: se basaban en la idea de que el trabajo y los derechos asociados con él de-

bían ser regulados y que las normas tenían que ser claras y definidas. Desde otro ángulo, la reivindicación del día y la movilización obrera dieron lugar a una *práctica de deliberación* que puede considerarse importante para la integración de los trabajadores en los problemas del trabajo y en cada una de las empresas.

Mi investigación sobre las fábricas de Berisso me llevó a interrogarme una y otra vez sobre el papel de las izquierdas en el pasado. Encontré que buena parte de la literatura estaba inmersa en el complejo de culpa señalado por Ismael Viñas en el epígrafe de este artículo y que se ignoraban aspectos importantes del papel que habían jugado. La historia del PC es sólo una parte del pasado de las izquierdas que tal vez permita explicar la complejidad del proceso histórico en el cual surgió y se desarrolló un vasto arco de agrupaciones políticas. Revisar la historia del Partido Comunista tal vez permita superar las visiones caricaturescas de algunas etapas, dar cuenta de las diferencias existentes en cada momento, establecer tanto el papel jugado por la aristocracia del Comintern y por figuras como las de Victorio Codovila pero también las prácticas de una militancia de base que para mí cobran cuerpo en las figuras de Jaime, Juan y Pablo, obreros en las fábricas de Berisso. □

Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de Argumentos

Jorge Myers

UNQ / CONICET

*Un fantasma recorre Europa
El mundo.
Nosotros le llamamos camarada.
Rafael Alberti, 1937*

Introducción: el Frente Popular y los orígenes de la investigación histórica ligada al Partido Comunista

En 1962 Jorge Abelardo Ramos pronunciaba la siguiente sentencia sobre la historiografía del Partido Comunista argentino en la década de 1930:

Después de negar en bloque todo el pasado nacional y todos sus partidos representativos, bajo el común dictorio de “burgueses” o “fascistas”, el stalinismo adoptará paso a paso una visión de la historia argentina tomada en préstamo y absorbida como propia, del mitrismo antinacional. Este oportunismo histórico estará íntimamente vinculado al carácter de los partidos del Frente Popular y de las clases sociales de la ciudad puerto.¹

Más allá de la falta de matices y exageraciones retóricas que aparecen en esta observación, ella señala dos cuestiones fundamentales para la comprensión de la obra histórica producida

por Rodolfo Puiggrós antes de su expulsión del Partido Comunista en 1947: en primer término, que los orígenes de la visión historiográfica reconocida como propia por el PC argentino se sitúan en la década de 1930 y no antes; y en segundo término, que ese primer esfuerzo por producir una interpretación específicamente marxista-leninista del pasado nacional no puede entenderse plenamente si no se toma en cuenta la política del Frente Popular. En esto la situación del comunismo argentino no se diferenciaba demasiado de la de otros partidos comunistas del mundo, ya que la etapa anterior a la del Frente Popular –aquella de la lucha de clase contra clase–² había implicado para todos los partidos comunistas nacionales entonces en existencia una tendencia, por un lado, a desechar todo el pasado anterior a la Revolución de Octubre por pertenecer a una época cuya superación (mediante la revolución proletaria en curso) privaba de todo sentido; y una representación, por otro lado, internacionalista (con su eje colocado en la Unión Soviética) de las problemáticas nacio-

¹ Jorge Abelardo Ramos, *El partido comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, p. 110.

² Decidida en el Sexto Congreso, celebrado en 1928.

nales. En otras palabras, la Revolución de Octubre habría convertido en prehistoria a toda la existencia humana anterior a esa fecha, mientras que la revolución proletaria internacional implicaba un énfasis que, sin desconocer la problemática nacional, la relegaba a un segundo plano.³ Si hubo algunas excepciones a aquella tendencia general durante la década de 1920 (los casos de Gramsci y de Mariátegui son los que más inmediatamente saltan a la vista), no por ello dejó de ser cierto que en la mayoría de los países en los que se había organizado un partido comunista local, el esfuerzo por elaborar una interpretación propia del pasado nacional sólo comenzó en la década de 1930 o más tarde. En Gran Bretaña, para dar sólo un ejemplo, las primeras reinterpretaciones del pasado nacional desde una perspectiva comunista tuvieron lugar entonces, como en el primer libro de Joseph Needham (publicado bajo el seudónimo de Henry Hollorenshaw), sobre los “niveladores” (the Levellers), o en la primera versión de la biografía del militante sindicalista de izquierda (decimonónico), Tom Mann, escrita por Dona Torr. En los Estados Unidos, el desarrollo de una historiografía propiamente comunista siguió un patrón de desarrollo similar, ya que recién en la década de 1930 comenzaron a ser publicadas interpretaciones generales del pasado nacional de ese país (o de problemas puntuales de su historia, como la cuestión de la esclavitud africana), como aquéllas de V. F. Calverton (quien no era, por otra parte, miembro del partido), Leo Huberman o Philip Foner.⁴

³ Cabe recordar en este sentido, tanto las polémicas de Lenin con Rosa Luxemburg y con Nicolás Bujarin, en torno a la defensa del derecho de autodeterminación de las naciones, defendida por el futuro gobernante bolchevique durante la primera guerra mundial, como el temprano reconocimiento en la propia estructura política de la Unión Soviética de la existencia legítima de “nacionalidades” en un estado socialista.

⁴ La excepción a esta regla general (aparte de la propia Unión Soviética) quizás haya sido Francia, donde la ri-

El hecho de que la primera cristalización de una historiografía comunista haya tenido lugar en la década de 1930 difícilmente pueda ser desvinculado de la nueva preocupación por la historia como una herramienta fundamental en la lucha revolucionaria, posición adoptada por los dirigentes de la Internacional Comunista en el marco de la nueva política del “Frente Popular”. En un momento político marcado por la predisposición del PC a sellar alianzas con los partidos denominados “democrático-burgueses”, la elaboración de una interpretación del pasado nacional que se adecuara a esa política se volvía ahora más pertinente. El principal objetivo que perseguía la nueva política era el de intensificar la lucha contra el fascismo, entendido ahora como el principal enemigo de la clase obrera. Esa lucha exigía un estudio profundo de la historia nacional de cada pueblo, ya que sus resultados contribuirían de un modo decisivo a desvirtuar las representaciones “distorsionadas” de la misma que subterfugaban la política fascista. Así como todo el esfuerzo político del PC debía propender a la formación de una alianza amplia con los demás partidos de izquierda (salvo el siempre anatematizado trotskismo) y con aquellos denominados “democrático-burgueses”, la revisión de la historia nacional debía propender a una recuperación de los elementos propiamente “revolucionarios” de la misma, con el propósito de producir una versión alternativa tanto a la tradicional como a la de los “revisionistas” fascistas.⁵

queza de la tradición historiográfica marxista anterior a la fundación del PC francés, así como las repercusiones de la tradición revolucionaria en toda la cultura de la izquierda local, implicaron el desarrollo de una rica tradición historiográfica marxista que el comunismo local pudo reconocer como propia, aun antes del giro político adoptado en el VII Congreso Mundial del Partido Comunista. Por ejemplo, la primera edición de la *Histoire de la Révolution française* de Georges Lefebvre es de 1930, sin mencionar obras anteriores como las de Jean Jaurès o las primeras obras de Maurice Dommanget.

⁵ En el caso de los primeros historiadores marxistas ingleses, uno de sus mayores lamentos tuvo que ver con la

El Frente Popular en la Argentina y su impacto cultural

En el caso argentino, esa nueva configuración político-ideológica desembocaría en una política favorable a la constitución de un “Frente Unido” o “Frente Popular” en alianza con el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista Obrero y la Unión Cívica Radical. Debido a la dura represión de la que había sido objeto desde 1930 en adelante, la política de “frente popular” revestía una particular urgencia para el Partido Comunista local, y si bien nunca llegó a constituirse formalmente en la década de 1930 ese “frente”, el acercamiento entre el PC y otras fuerzas políticas a través de actos compartidos, espacios cedidos en las respectivas publicaciones partidarias, y la instrucción impartida a los miembros del partido de votar por el candidato “democrático-burgués” Alvear en las elecciones de 1938, contribuyó a mejorar, aunque más no fuera de un modo marginal, su posición en el campo político argentino. Conviene de todos modos subrayar que las líneas divisorias entre las distintas agrupaciones de la izquierda argentina fueron más fluidas y permeables de lo que las historias “oficiales” del PC y de las otras agrupaciones de izquierda, como el Partido Socialista, darían lugar a suponer, creando así un clima favorable a la constitución de un frente político común en sectores de casi todos esos partidos aún antes de 1935. El ascenso de los movimientos de tipo fascista en muchos países europeos, por un lado, y la crisis institucional argentina que había desem-

ausencia –durante los últimos trecientos años– de proyectos revolucionarios exitosos; hecho por el cual la primera generación de historiadores marxistas británicos eligió concentrarse en la historia de las revoluciones del siglo XVII (Christopher Hill *et al.*) o en los antecedentes ideológicos y organizativos del marxismo y del Partido Comunista en Gran Bretaña (Dona Torr *et al.*).

bocado en una dictadura militar primero y una restauración democrática de dudosa legitimidad después, eran datos de la realidad contemporánea que impactaban por igual sobre los distintos partidos de izquierda, más allá de las acusaciones que mutuamente se dirigieran. De todos modos, la adopción por el PC local de la política de Frente Popular creó una situación mucho más favorable a la cooperación interpartidaria que la que había existido antes, al menos entre aquellos sectores que favorecían la constitución de un amplio frente anti-fascista.

Esa nueva situación se vería reflejada en la política cultural del Partido Comunista.⁶ Si ésta siempre había sido sumamente ambiciosa, como lo demuestra el temprano surgimiento de todo un universo de publicaciones culturales financiadas desde Moscú o alineadas en líneas generales con la posición ideológica de la dirigencia soviética y la igualmente temprana conformación de una red internacional de artistas e intelectuales, la voluntad de ampliación y de cooptación de escritores y artistas se volvería aún mayor luego de 1935. Por un lado, las nuevas publicaciones asociadas al Partido abrirían sus páginas a escritores que no eran comunistas o incluso, en algunos casos, a quienes se definían como anticomunistas (nuevamente con la excepción de la “ultra-izquierda” formada por los seguidores de León Trotski). La revista *Argumentos* es un ejemplo claro de esta nueva apertura. Si la mayoría de quienes publicaron en sus páginas fueron miembros del PC, y si la línea editorial supo ser claramente aquella del partido, no por ello dejaría esa revista de alentar cierta polémica –como aquélla entablada en sus páginas entre críticos y defensores de la obra del etnólogo José Imbelloni–, ni de hacerse eco de la protesta de algunos re-

⁶ Conviene enfatizar que el comienzo de la guerra civil española en 1936 impulsaría aún más ese clima ideológico-político favorable a algún tipo de unión anti-fascista.

visionistas nacionalistas que se habían sentido agredidos por la descripción que de ellos había publicado la revista. En el marco de ese nuevo clima cultural, y en torno de esa revista muy particularmente, tomaría forma la obra del primer grupo de historiadores miembros del Partido Comunista, integrado por Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Alberto Mendoza, Bernardo Kordon y Carlos Cabral.

El universo cultural en cuyo seno aquella nueva historia comunista había nacido era el que conformaba la bibliografía de la Tercera Internacional. Expresaba el sistema de lecturas autorizado e impulsado por las máximas autoridades del Partido Comunista (Bolchevique) de la Unión Soviética y del Partido Comunista Argentino. Como había ocurrido con otras corrientes de izquierda desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante, el Partido Comunista inspiraba (y aspiraba a dirigir) en sus militantes la participación intensa en una sub-cultura partidaria “holista” o total.⁷ En el caso de los nuevos historiadores comunistas, el centro intelectual de esa sub-cultura estaba constituido por el amplio acervo de obras clásicas del marxismo, seleccionadas según los criterios de legitimidad aprobados por las autoridades nacionales e internacionales del partido. Los autores vetados luego del ascenso de Stalin a la jefatura del Partido y de la Unión Soviética –Trotsky primero, sus seguidores como Victor Serge o Boris Souvarine, después, y, finalmente, al compás de los procesos de Moscú en la segunda mitad de la década de 1930, Bujarin, Radek, y un número muy amplio de otras figuras– eran leídos en algunos casos pero nunca citados ni aprobados, como también ocurriría con la mayoría de los escritores vinculados con el Partido Socialista. En el caso de los historiadores del

partido, su tradición disciplinar era necesariamente más compleja, ya que además de reposar sobre la bibliografía teórica marxista y la historiografía marxista-leninista de otros países, debía incorporar los aportes de la historiografía conformada por obras e interpretaciones “burguesas”.

Puiggrós y la discusión histórica en la revista *Argumentos*

En el plano historiográfico, el director de la revista *Argumentos*, Rodolfo Puiggrós, emergería en los últimos años de la década de 1930 y primeros de la de 1940 como el historiador más representativo del Partido Comunista: el intérprete “oficial” del pasado argentino. Antiguo periodista de *La Crónica* de Rosario, autor (en colaboración con Antonio Berni, que había estado a cargo de la parte fotográfica) de una investigación periodística acerca de la prostitución en esa ciudad, Puiggrós se había afiliado al Partido Comunista en 1926.⁸ Habiéndose especializado en temas históricos durante los años subsiguientes, emergería entre 1938 y 1946 como el principal historiador con que contaba el partido, tanto por sus publicaciones como por su tarea docente. Su dirección de *Argumentos. Revista Mensual de Estudios Sociales*⁹ se extendió de noviembre de 1938 a septiembre de 1939. Profesor en el Colegio Libre de Estudios Superiores, su primer libro de historia fue el producto del curso que había dictado allí sobre la historia colonial de la Argentina (una primera versión de cuyos capítulos había aparecido en *Argu-*

⁷ Cómo señaló Annie Kriegel en su notable estudio sobre la formación del Partido Comunista Francés, la estructura de los partidos comunistas hacía de ellos “la Iglesia de los que no la tienen”.

⁸ Tomo estos datos del muy documentado y ecuaníme estudio de Omar Acha, “Nación, peronismo y revolución en Rodolfo Puiggrós (Primera parte: 1906-1955)”, *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, Año 6, No. 9, 2º Semestre 2001, Ediciones FISYP, pp. 95-131.

⁹ Cuyo título en los últimos dos números se convirtió en *Argumentos para la Emancipación Nacional*. Duró 10 números esta publicación.

mentos): *De la colonia a la revolución*, publicado por Ediciones AIAPE en 1940. En el lapso de muy pocos años Puiggrós elaboraría una obra histórica relativamente nutrida, compuesta de libros que abordaban una gama amplia de períodos y temas históricos: *La herencia que Rosas dejó al país* (1940, Problemas), *A 130 años de la Revolución de Mayo* (1940, AIAPE), *Mariano Moreno y la Revolución democrática argentina* (1941, Problemas), *Los caudillos de la Revolución de Mayo* (1942, Problemas), *Rosas el pequeño* (1944, Montevideo, Pueblos Unidos), *Los utopistas* (1944, Futuro), e *Historia económica del Río de la Plata* (1945, Futuro).

En la revista *Argumentos* escribía además Carlos Cabral como teórico de la historia desde una perspectiva materialista-dialéctica. Para lograr una comprensión más precisa del sentido de la obra histórica de Puiggrós, conviene colocarla en relación con los argumentos elaborados por Cabral. Este autor sostenía, por una parte, que la historia elaborada por las distintas clases dominantes en la época de la lucha de clases no había podido sino ser “tendenciosa”, ya que la conciencia de clase que determinaba la visión histórica de cada escritor había determinado una visión parcial y distorsionada de la totalidad del devenir social. Según Cabral:

Solo cuando la clase destinada históricamente a construir una sociedad sin clases elaboró su concepción científica del mundo, la humanidad adquirió un instrumento, también científico, para la interpretación de la realidad. Con él recién el hombre tiene la posibilidad de desarrollar la ciencia en un verdadero terreno objetivo, de encontrar el camino de un continuo progreso histórico.¹⁰

Esa nueva historia, habilitada para alcanzar una comprensión justa y verdadera del pasa-

do nacional, sería “progresista” precisamente por constituir la expresión de la clase social que vehiculizaba las fuerzas del progreso histórico en el orden nacional: el proletariado. Mientras que según Puiggrós la historiografía vinculada con las dos clases dominantes del pasado –el feudalismo terrateniente y la burguesía– no podía sino distorsionar el pasado y reivindicar los aspectos conservadores del mismo,¹¹ aquella vinculada con el proletariado y armada con el instrumento científico que ofrecía el materialismo dialéctico, lograría superar ambos escollos.

La historia que proponía Cabral –y que ya comenzaba entonces a ser escrita por Puiggrós– era científica, militante y colectiva. Su cientificidad derivaba de su uso de las herramientas teóricas que ofrecía el materialismo dialéctico para producir una interpretación del pasado que descubriera las leyes inquebrantables que debían gobernar el desarrollo de las sociedades, y de ese modo poder colocar los hechos concretos que componían esa historia en su justa perspectiva. En esto radicaba, según autores como Cabral, Puiggrós o más adelante Sommi, la superioridad de la interpretación marxista-leninista del pasado argentino. Orientada según una teoría y un método que sólo podía producir conocimientos verdaderos acerca del pasado, la historiografía comunista no por ello debía dejar de ser militante. Ella debía estar presidida no por un mero afán de erudición –como habría sido, según Puiggrós y Cabral, la principal falencia de la “Nueva Escuela Histórica”– sino por el deseo de explicar el presente y de poner esa explicación al servicio de la lucha revolucionaria del proletariado.

Finalmente, la historia era concebida como una tarea esencialmente colectiva. Ello por dos razones: primero, porque era necesi-

¹⁰ *Argumentos*, Año 1, No.1, noviembre de 1938, p. 95.

¹¹ O, en el caso de los escritores ligados a la burguesía comercial, aspectos progresistas de alcance parcial, y por ende, a la postre, falsos.

ria una división del trabajo que facilitara y profundizara la tarea de investigación, y segundo, porque la polémica era considerada la condición *sine qua non* para que los historiadores perfeccionaran su propia perspectiva sobre el pasado. Cabral había enfatizado el primer elemento en el artículo de *Argumentos* en que lanzaba la propuesta de constituir un grupo nacional de historiadores comunistas (que de haberse hecho realidad hubiera precedido en siete años al “Communist Party Historian’s Group” de Gran Bretaña). Allí había declarado:

Decididos, como lo dijéramos desde el primer número de *Argumentos*, a impulsar todo aquello que tenga relación con el estudio histórico, hacemos hoy un llamado a los lectores interesados en él para constituir, de común acuerdo, un grupo nacional que, rompiendo con la tradición de trabajo individualista, encare la tarea de investigación e interpretación sobre la base de un plan organizado de trabajo colectivo.¹²

Además de los trabajos teóricos y didácticos de Cabral, aparecieron otros trabajos históricos, monográficos en algunos casos, de interpretación más general en otros. Entre los artículos monográficos se encuentran dos de Eduardo Astesano –“Instrumentos de la producción y el transporte empleados en el Litoral argentino en la época colonial” y “Don Domingo Cullen, comerciante progresista”–, uno de Alberto Mendoza (quién además protagonizaría una larga polémica con Cabral en torno del valor de la obra *Estudios de Culturología* de José Imbelloni)¹³ –“Contribución

al estudio del Cabildo de Buenos Aires”–, y uno de Bernardo Kordon sobre “La trata de negros en el Río de la Plata”. Revistieron, sin duda, mayor importancia los tres trabajos históricos publicados allí por Puiggrós, redactados a partir de sus conferencias en el Colegio Libre de Estudios Superiores, y reunidos un año más tarde en un formato expandido y parcialmente modificado bajo el mismo título que había llevado el último de ellos, *De la colonia a la Revolución*.

Puiggrós: su interpretación marxista de la historia argentina

La interpretación elaborada por Puiggrós en sus sucesivos estudios dedicados a explorar el pasado argentino estuvo presidida por la constatación de que en la Argentina no había tenido lugar una revolución democrático-burguesa. Tanto los estudios dedicados a analizar la sociedad y la economía del período colonial como sus diversos trabajos sobre la Revolución de Independencia y el período rosista, giraron en torno de la búsqueda de una respuesta a la pregunta de por qué ella no había tenido lugar. En el tercer artículo de la serie que luego compondría su libro *De la colonia a la Revolución*, Puiggrós había esbozado una hipótesis relativamente sistemática. Por un lado sostenía que la Conquista de las Américas por España había implantado una

Pokrovskii. Esta última cita demuestra hasta qué punto era posible que autores condenados por sus errores teóricos siguieran en circulación entre los comunistas de otros países. Pokrovskii, autor de una *Historia cultural de Rusia* muy conocida, y fundador en gran medida de la primera escuela de historiadores marxistas en la Unión Soviética, había sido acusado póstumamente por su débil dominio de la teoría marxista de la historia: a partir de 1934, sus obras dejaron de ser citadas o reeditadas, situación que se mantuvo vigente hasta la década de 1960. Véase al respecto Anatole G. Mazour, *The Writing of History in the Soviet Union*, Hoover Institution/Stanford, 1971.

¹² *Argumentos*, No. 3, enero de 1939, p. 279.

¹³ Mientras que Cabral impugnaba esa obra de Imbelloni, acusándola de ser “idealista” en su concepción y muy inferior –desde una perspectiva materialista dialéctica– a la de Lewis Morgan, Mendoza defendía la legitimidad de la misma mediante la invocación de autoridades marxistas como Armand Cuvillier o el historiador ruso

sociedad cuyo modo de producción era esencialmente feudal. La situación española previa a la Conquista había sido abordada por Carlos Cabral en un artículo de *Argumentos*, cuya línea general sería seguida por Puiggrós en *De la colonia a la revolución*: según la interpretación de Cabral y Puiggrós, la sociedad española habría estado encaminada hacia una transición del feudalismo al capitalismo en el siglo anterior al descubrimiento de América. Esa transición no se produjo, fue abortada por el propio descubrimiento: según el argumento de Cabral, mientras que los recursos de América fortalecían una monarquía que se tornaba absoluta, permitiéndole ahogar de raíz las nuevas fuerzas económicas destinadas a reemplazar el régimen feudal en descomposición, ese feudalismo se trasladaba –por su parte– a las Américas de la mano de los conquistadores. La historia económica posterior de la colonia consistió en el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas sin que jamás se llegara a liquidar el régimen feudal. Siguiendo a Marx y –sobre todo– a Lenin, Puiggrós analizó cómo en el territorio de la futura República Argentina se habían desarrollado dos sociedades contrapuestas: aquella de las provincias del interior, presa aún dentro de los moldes difícilmente modificables de la “economía doméstica”, y aquella de Buenos Aires y el litoral, en cuyo seno germinaba una burguesía comercial. En la primera de esas regiones un tipo de sociedad señorial, basada en la explotación de una clase servil indígena, hallaría su pleno desarrollo. En el litoral, en cambio, la ausencia de indios sedentarios había tornado imposible –según Puiggrós– la creación de un régimen económico como el que prevalecía en el interior. Los encomenderos nunca habrían llegado a cristalizar como clase, ya que les era imposible retener su fuerza de trabajo. El contrabando y el comercio constituirían la actividad económica preponderante en aquella región. En esas actividades se originaba el único tipo

de capital que habría conocido la Colonia, según Puiggrós: el capital comercial devenido en capital usurario mediante los préstamos otorgados por comerciantes y contrabandistas a los productores agrarios de la región. Los comerciantes, pero también los miembros de las órdenes religiosas y en especial los jesuitas, se convertían de ese modo en explotadores de las unidades económicas que formaban la economía doméstica del interior. Ésta era la razón detrás del estancamiento económico colonial:

Las fuerzas productivas de la Colonia habían llegado a un punto muerto. Estancadas bajo la doble opresión del comercio y de la usura –ángeles guardianes del monopolio mercantil y político de España– se mantuvieron así años y años.¹⁴

De este cuadro general, Puiggrós deducía tres conclusiones entrelazadas entre sí. Primero, que el desarrollo de esa economía no podía provenir de su interior; era necesario un agente externo, siendo éste el comercio inglés. Las semillas del imperialismo, según este análisis, habrían sido sembradas ya en la época colonial. Por otra parte, esa incapacidad para ascender a una etapa superior de desarrollo implicaba que en el momento de producirse la Revolución de Mayo, las fuerzas sociales necesarias para que una revolución democrático-burguesa pudiera tener lugar habían estado ausentes. El fracaso de Mariano Moreno y de todos los intentos posteriores por llevar a cabo una revolución auténticamente democrática en la Argentina hallaban su explicación en la ausencia de una auténtica burguesía: “No habían madurado en las entrañas del orden feudal de la Colonia las fuerzas que hicieran posible una transformación radical hacia el orden capitalista”. La re-

¹⁴ Rodolfo Puiggrós, *De la Colonia a la Revolución* (1ª ed.), Buenos Aires, Ediciones AIAPE, 1940, p. 127

volución incompleta y fallida que había tenido lugar luego de 1810 había encontrado sus condiciones de posibilidad en el desarrollo económico posterior a la creación del Virreinato del Río de la Plata, y sobre todo a partir de la creciente penetración del comercio inglés en la región. Ese desarrollo había intensificado los antagonismos entre sectores productivos contrapuestos: “entre las fuerzas productivas en desarrollo (ganadería y agricultura) y los intereses monopolistas de los comerciantes porteños agentes de Cádiz”, por un lado, y por el otro, “entre las propias fuerzas productivas (ganadería y agricultura del litoral, por una parte, y economía doméstica del interior, por la otra)”. Esta última observación le permitía ofrecer una explicación precisa y coherente –siguiendo una línea de análisis teórica inspirada en la entonces célebre obra de José Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional y colonial*– de las guerras civiles (que habían sido desencadenadas por la Revolución de Mayo) y de la disgregación territorial sufrida por el antiguo Virreinato. La falta de “comunidad de vida económica, de cohesión económica” desembocaba en la imposibilidad de constituir una nación plenamente unida luego de la Revolución.

En la sección final de *De la colonia a la revolución* y en los textos dedicados a la figura de Mariano Moreno, Puiggrós produciría una reinterpretación de la década revolucionaria a la luz de aquella situación: la burguesía que debía invocar la ayuda del pueblo, de las masas proletarias, para lograr el triunfo de la revolución democrático-burguesa, no lo había hecho porque no era realmente una clase revolucionaria; quienes sí eran revolucionarios pertenecían a la pequeña-burguesía y no podían por ello mismo plasmar un proyecto de transformación radical de la sociedad que fuera factible; y las masas, finalmente, a la espera del liderazgo burgués terminarían por seguir a caudillos de la campaña. En su libro más complejo sobre el período revolu-

cionario, *Los caudillos de la Revolución de Mayo*, Puiggrós sentenciaba:

La contradicción esencial de la revolución argentina es el siguiente hecho, que le es peculiar: la insurrección de las masas se ha producido al margen y contra el poder de la burguesía comercial. La burguesía comercial no logró ponerse a la cabeza de las masas y buscó entonces apoyo en fórmulas monárquicas y en el arreglo por arriba con las potencias extranjeras.¹⁵

El retrato que allí pintaba Puiggrós de Moreno está inspirado en la imagen heroica de Lenin que la historiografía soviética y comunista había construido luego de su muerte –la de un revolucionario profesional, animado por un plan de acción global, y dispuesto a tomar cualquier medida que fuera necesaria con tal de garantizar el triunfo de la revolución que dirigía. Mientras Juan José Passo formulaba en el Cabildo Abierto la teoría de la democracia, enunciada en “bellas palabras”, Moreno pasaba a la acción con la intención de realizarla en los hechos. Para Puiggrós: “Nadie entre los argentinos, ha desplegado tan enorme caudal de energías para poner en movimiento a las masas como Mariano Moreno, si se exceptúa al partido de la clase obrera en nuestros días”.¹⁶ A través de la obra histórica de Puiggrós, Moreno era rescatado para la tradición comunista argentina como un revolucionario ejemplar, un modelo de acción revolucionaria, de dedicación abnegada a la causa del pueblo, que servía para demostrar que también en la Argentina el revolucionarismo era una posibilidad latente.

Sin embargo, como se desprende de la contradicción fundamental señalada por Puiggrós, el momento histórico en que le ha-

¹⁵ Rodolfo Puiggrós, *Los caudillos de la revolución de Mayo*, Buenos Aires, Problemas 1942, pp. 185-186.

¹⁶ *Ibid.*, p. 32.

bía tocado actuar a Moreno no era el más propicio para que una revolución democrático-burguesa resultara exitosa: las condiciones objetivas no estaban dadas. La imagen de Moreno que construye Puiggrós cobra a partir de esa constatación una dimensión trágica: si el autor de la “Representación de los Hacendados” ha sido el único revolucionario auténtico de la historia argentina (hasta la aparición del Partido Comunista), todo su esfuerzo revolucionario no ha podido sino ser en vano, por la simple razón de que la herencia socio-económica española precluía la necesaria transición de un régimen feudal de producción a otro capitalista. Es por ello que Puiggrós estimaba que las palabras pronunciadas por Federico Engels en su libro *Las guerras campesinas en Alemania* acerca de la situación en que se hallaba el líder de aquel movimiento de masas eran enteramente aplicables a Moreno. El secretario de la Primera Junta estaba destinado al fracaso por la propia situación histórica que le tocó vivir; y sin embargo, si la revolución democrático-burguesa no podía realizarse aún, no por ello dejarían las masas de tener una intervención no sólo significativa, sino decisiva en el curso de los acontecimientos posteriores a Mayo, ya que ellas darían por tierra con la faz más reaccionaria de la política de la élite porteña.

En la interpretación de Puiggrós, la burguesía comercial porteña –encarnada en el partido directorialista durante la segunda mitad de la década revolucionaria– alentaba un proyecto monarquista y antipopular, cuyo éxito hubiera implicado una clausura total de cualquier posibilidad de cambio que la revolución hubiera abierto. Es por esa razón que la acción de los caudillos de la otra orilla y del litoral cobran una presencia central en su estudio sobre la Revolución de Mayo. En un contexto en el cual la acción de las masas estaba enfrentada con los designios políticos de la burguesía, el proyecto artiguista adquiriría un sesgo revolucionario. Según Puiggrós, José Gervasio Arti-

gas era el heredero natural de Moreno, porque al igual que el miembro de la Primera Junta impulsaba un proyecto democrático y federal. Más aún, había sido señalado en el *Plan revolucionario de operaciones* como una de las dos figuras más idóneas para atraer a la campaña oriental a la causa de la Revolución. Sobre la base de su aceptación de la autenticidad de ese documento y de que Moreno era su autor, Puiggrós establecía un vínculo directo y explícito entre la línea revolucionaria de Moreno y aquella desarrollada durante los años subsiguientes por el Protector de los Pueblos Libres. De todos modos, si algunas de las banderas del morenismo habían pasado a ser enarboladas por Artigas y sus seguidores –fundamentalmente las de la democracia (entendido este término en su doble acepción de soberanía del pueblo y de abolición de los “distingos” y servidumbres del Antiguo régimen) y el federalismo– no por ello dejaba de estar lejos ese movimiento de alcanzar el estadio de una auténtica revolución democrático-burguesa. Los caudillos se convertían en los líderes inorgánicos de las masas porque la burguesía comercial las había dejado huérfanas de lo que debió haber sido su conducción “natural”:

Después de Mayo aparecieron los caudillos enarbolando la bandera de intereses locales o regionales, bandera que tenía un doble y contradictorio significado: por una parte, era la defensa del estrecho mercado local o regional, de las viejas formas de producción, de las antiguas relaciones patriarcales dentro de la casa entre el amo y su personal, del derecho a vivir como antes, de la economía propia ante la avalancha de mercaderías, costumbres e ideas que venían de Europa por Buenos Aires y arrasaban con el pasado; por otra parte era la insurrección de las masas, que sacudían y destruían privilegios seculares y aspiraban confusamente a liberarse de sus antiguas servidumbres. En la medida que se desmoronaban los puntales del viejo orden social, las masas se

apartaban de él, sin atinar a encontrar uno nuevo. [...] Las montoneras vacilaban, pues, entre la reacción y la revolución, es decir, no podían ser de ninguna manera conservadoras, puesto que canalizaban corrientes de un profundo descontento y se lanzaban contra los españoles, portugueses y porteños con una finalidad en que las facetas reaccionarias se confundían con las revolucionarias.¹⁷

Ese carácter ambivalente de la insurrección de las masas se habría traducido en énfasis marcadamente distintos, según el caudillo y la época. Mientras que Artigas y los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos habían enfatizado en su accionar el aspecto mas revolucionario de aquellas insurrecciones, el de Juan Facundo Quiroga había sido “totalmente regresivo”, ya que le habría abierto las puertas del gobierno a Rosas.

El esquema interpretativo de la revolución y sus secuelas, que emerge, pues, en los tres libros de Puiggrós examinados aquí –*De la colonia a la Revolución*, *Los Caudillos de la Revolución*, y *Rosas el pequeño*– puede resumirse del siguiente modo: enfatizadas de un modo creciente las contradicciones internas del orden colonial a partir de la creación del Virreinato, ese orden había debido necesariamente sucumbir como consecuencia de un proceso revolucionario. Cuatro clases dominantes se disputaban en un primer momento el escenario: los funcionarios de la Corona y los comerciantes monopolistas españoles –representantes ambos del régimen feudal–, por un lado, y, por el otro, la burguesía comercial porteña y los ganaderos –siendo éstos los sectores destinados a ser beneficiados por la revolución–. Las masas que debieron haber sido convocadas por la burguesía comercial porteña para hacer de la revolución

de Mayo una revolución democrático-burguesa no lo fueron, por el simple hecho de que al contrario de lo ocurrido en Francia entre 1789 y 1799, el modo de producción dominante seguía siendo feudal y no capitalista. Una vez que habían sido desplazados del poder los funcionarios de la Corona y los comerciantes monopolistas españoles, la burguesía comercial había buscado restaurar el orden social, enfrentándose de ese modo con las masas lideradas por sus respectivos caudillos. Mientras que el proyecto político de la burguesía porteña consistía en el establecimiento de una monarquía y la imposición de límites a la soberanía popular, los caudillos orientales y del litoral buscaban imponer un régimen democrático y federal, que por definición debía ser además republicano –en este punto de su argumento, Puiggrós se hacía eco de la interpretación de Mitre en torno del fenómeno de la “democracia inorgánica”–. La burguesía comercial porteña se vería obligada a invocar la ayuda de potencias extranjeras –la monarquía portuguesa para sofocar las revueltas en la Banda Oriental, el imperio británico para garantizar su continuidad en el poder en Buenos Aires–, pero ni siquiera de ese modo pudo consolidar su dominio en el interior del nuevo Estado. La explicación, según Puiggrós, era económica: como la revolución se había hecho antes de efectuada la transición al capitalismo, ni se había constituido un mercado interno unificado, ni había logrado el capital comercial subordinar la economía del campo a sus propios intereses. Es por ello que le era aún posible a la clase producto de esa economía campesina disputarle el poder a la burguesía comercial, y poner fin de un modo contundente al proceso revolucionario iniciado en Mayo. El artifice de ese proceso restaurador sería Rosas.

En franca –y políticamente urgida– polémica con las versiones revisionistas de la época de Rosas, el sentido general que se le asignaba a ese período en la versión de Puig-

¹⁷ *Ibid.*, p. 133.

grós coincidía en sus líneas generales con aquélla desarrollada por José Ingenieros en su *Sociología argentina* y en su *Historia de las ideas argentinas*: el Restaurador habría sido el restaurador del orden colonial. Rosas era el representante de la clase de los terratenientes ganaderos del *hinterland* de Buenos Aires, en cuyo interior se había refugiado el orden social colonial luego de su derrumbe en la ciudad de Buenos Aires y otras partes del país como consecuencia de la Revolución de Mayo. Si la clase de los terratenientes ganaderos surgida de ese *hinterland* había podido estar temporariamente aliada con la burguesía comercial porteña, el progresivo desarrollo de su propia base económica y la creciente contradicción entre sus intereses y los de aquella clase, tornados patentes en la última etapa de la experiencia rivadaviana, no pudo sino determinar un enfrentamiento decisivo entre ambas. En ese enfrentamiento, la mayor conciencia de su propio interés de clase condujo a Rosas y a su partido a la victoria, frente al idealismo poco realista de Rivadavia y los unitarios.

El proceso revolucionario iniciado por Moreno, continuado por Artigas y los caudillos democráticos del Litoral, abandonado por Rivadavia y por Quiroga, hallaba ahora una clausura de más de dos décadas, aunque por cierto temporaria. El orden rosista consistía en la restauración de un régimen económico que el desarrollo de la economía mundial había vuelto anacrónico hacía mucho tiempo, por lo cual sólo podía mantenerse en pie sobre la base del terror y la violencia del despotismo. El grueso de ese penúltimo tomo dedicado a analizar la historia argentina como parte de un proyecto intelectual que aún se reconocía comunista, estuvo dominado por la polémica en contra de los revisionistas. Si esa polémica había habitado desde un comienzo la nueva historia auspiciada por el Partido Comunista Argentino—como parte del esfuerzo general de combate al fascismo—

ahora había cobrado una nueva urgencia debido a la situación política que a partir de 1943 se había instaurado en la Argentina. El propio Puiggrós—como tantos otros dirigentes e intelectuales comunistas—había sido perseguido por la policía y obligado a buscar refugio en la República Oriental, mientras que sus anteriores libros de historia eran prohibidos por las nuevas autoridades militares. *Rosas el pequeño*, que ya desde su título hugoniano aludía a la intencionalidad política perseguida por su autor, debió ser editado en Montevideo, bajo el sello de la principal editorial comunista del Uruguay de aquel momento, Ediciones Pueblos Unidos. Mientras que en los dos textos anteriores la crítica a la obra revisionista había ocupado un lugar menor—en parte por la propia temática (sin duda, Rosas era *el* tema revisionista por excelencia)—, *Rosas el pequeño* estaba organizado íntegramente en torno de los argumentos y aseveraciones de autores como Carlos Ibarguren, Julio Irazusta, Manuel Gálvez y otros menores que se buscaba refutar. Más aún, es por ello que Puiggrós buscó enfatizar el rol positivo de las fuerzas que impulsaban el antirrosismo: si Rosas había podido imponer una larga restauración del orden colonial durante su gobierno, no por ello habían dejado de germinar nuevas fuerzas sociales capaces de poner fin a su gobierno e instaurar un régimen más idóneo para que la Argentina efectuara su tan largamente postergada transición al capitalismo. En este sentido, Esteban Echeverría aparecía señalado como el continuador natural de la obra revolucionaria de Moreno y Artigas. Poseedor de herramientas científicas de análisis de las que habían carecido los rivadavianos y los rosistas, Echeverría había podido desarrollar un análisis de la sociedad que una vez asumido como propio por una fuerza política con capacidad de llevar sus conclusiones a la práctica, pondría fin a la dictadura rosista y abriría el camino a un estadio superior de desarrollo.

La conclusión a la que arribaba Puiggrós al final de ese libro era sombría y contradictoria. En ella, pese a la tradicional tendencia de los escritores comunistas a expresar un optimismo quizás demasiado elevado en cuanto a la capacidad progresista del proletariado (o en cuanto a la verdadera capacidad del propio Partido Comunista de convertirse en vanguardia de esa clase social), se traslucía el terrible impacto cultural que había tenido sobre todos aquellos que habían participado en los movimientos asociados con el frente-popularismo de las décadas de 1930 y 1940 la irrupción de un nuevo gobierno militar menos de 15 años después del primero. La Argentina aún no terminaba de completar su transición al capitalismo –como lo venía a confirmar la instauración de un nuevo gobierno dictatorial– y era por ello que la doctrina de Echeverría parecía estar aún a la espera de su realización en los hechos.

Por otra parte, si todo ese libro había intentado formular un análisis marxista-leninista preciso del rosismo original, ello respondía en parte al hecho de que la dictadura de 1943 pretendía imponer un nuevo régimen rosista en la Argentina. Ya en el “Prólogo” a este libro, Puiggrós había establecido de un modo explícito el parentesco entre uno y otro régimen. La única esperanza en 1943 seguía estando en manos de la clase a la que había dedicado su primer libro de historia. El pueblo que (según la interpretación desarrollada a lo largo de sus varios libros) siempre había actuado como depositario de la tradición de Mayo y fuerza democrática y progresista en el desarrollo nacional, no podría menos que actuar en consecuencia ante esta nueva situación de crisis y retroceso. Por ello concluía el prólogo a su “Rosas” diciendo:

Pero mientras arriba reconstruyen las cadenas de la tiranía, el pueblo reconstruye abajo los vínculos de su unidad. Si la tiranía recoge la hoy marchita experiencia de

las fuerzas del retroceso, el pueblo recoge la experiencia triunfal de la marcha de la humanidad hacia la libertad. Y la tiranía será efímera mientras el renacer del pueblo será definitivo.¹⁸

Conclusión

Este último pensamiento –poco original desde la perspectiva del discurso comunista referido a los momentos de derrota de ese movimiento, aunque quizás más elocuente que la mayoría de tales enunciados– encierra la clave para comprender la intención política que presidió la confección de *Rosas el pequeño*. La tarea histórica debía servir como herramienta en la lucha militante. No sólo no podía quedar al margen de la realidad de su momento, sino que debía establecer un vínculo “dialéctico” entre su investigación del pasado y los datos de la realidad presente. Es por ello que las lecturas dudosas y marcadas por omisiones de las obras de Moreno y Echeverría parecían tener un sentido muy poco significativo a la luz del proyecto historiográfico general alentado por el Partido Comunista. La eficacia de esa obra histórica debía partir de su capacidad de ofrecer una explicación coherente y teóricamente consistente del pasado nacional a la luz del marxismo-leninismo. Las discusiones acerca de la autenticidad de las fuentes no sólo eran una actividad accesorio, sino que ni siquiera tenían que ver con la verdadera tarea del historiador comunista. Mientras que la primera actividad quedaba relegada a autores como aquéllos criticados por Puiggrós –Groussac, Levene, Hansen, juzgados típicos representantes de la pequeña-burguesía conservadora– el historiador comunista debía hacerse cargo de la tarea enunciada

¹⁸ Rodolfo Puiggrós, *Rosas el pequeño*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1944, p. 382.

en la undécima tesis sobre Feuerbach: debía interpretar el pasado con la intención de actuar sobre el presente y transformar el futuro.

Más aún, su historia tenía un destinatario privilegiado: la clase obrera, cuya aspiración revolucionaria decía encarnar el Partido Comunista. Ésta debía ser, por consiguiente, una historia docente y normativa. Debía educar a los militantes y obreros acerca de la tradición revolucionaria de su propia nación; debía demostrar la coincidencia entre el proyecto comunista y la propia tradición nacional; y debía elaborar una explicación general de ese pasado capaz de ejemplificar la unión de teoría y praxis en los momentos revolucionarios del mismo. Más aún, debía hacerse cargo de dos problemas precisos, sin cuya consideración dejaría de ser marxista: debía identificar primero cuáles eran las clases sociales que habían actuado en el pasado nacional, qué características precisas habían demostrado tener, qué relación de fuerzas habían guardado entre sí; y segundo, debía

[...] establecer en qué momento histórico la clase obrera se convirtió *necesariamente* en la clase dirigente de la revolución democrático-burguesa en nuestro país, o, en otros términos, cuándo las condiciones objetivas (el grado de desarrollo de la economía del país y de las relaciones de clase) indicaron a la clase obrera como la única que podía encabezar la revolución democrático-burguesa, prescindiendo de las condiciones subjetivas (grado de conciencia y de organización de las grandes masas proletarias).¹⁹

La obra de Puiggrós, a pesar del hecho de que su futuro pasaje al peronismo puede ser intuitivo

¹⁹ Rodolfo Puiggrós, *Los caudillos de la revolución de Mayo*, Buenos Aires, Problemas 1942, p. VIII. Este último objetivo hallaba un modelo muy específico en la obra de Lenin, en especial en “Las dos tácticas de la social-democracia en la revolución democrática”, pero también en otras de sus obras de la etapa de la Revolución Rusa de 1905.

do como una posibilidad latente por cualquier lector medianamente atento a la argumentación precisa dedicada a los caudillos de la Banda Oriental y del Litoral, cumplía rigurosamente con estas dos exigencias. Su premisa fundante era que la revolución democrático-burguesa no había tenido lugar; su tarea general, la de descubrir por qué ella no se había producido. Su objetivo más inmediato era demostrar la importancia de la unidad de los sectores progresistas sobre la base del ejemplo de la propia historia argentina y refutar la versión “fascista” de esa historia que los revisionistas nacionalistas estaban elaborando entonces. Su destinatario, finalmente, era, como lo indica esta última cita, la clase obrera:

He escrito este libro teniendo presente a la clase obrera argentina, heredera y continuadora de la tradición progresista y libertadora que parte de los días iniciales de nuestra sociedad. Sólo ella puede contemplar el sol sin cerrar los ojos. Sólo ella puede aceptar que el pasado sea como es, sin velos piadosos que oculten sus lacras y sin deformaciones que oculten sus virtudes. A ella se lo dedico.²⁰

La obra de Puiggrós estuvo siempre atravesada por múltiples tensiones, producto tanto de aquella pasión por la clase obrera que la cita previa trasluce como de su voluntad de someter esa pasión espontánea a la disciplina que imponía la práctica partidaria comunista. La historia de Rodolfo Puiggrós, comunista, es una historia agonística. Ella consiste en una lucha entre la pasión y la disciplina, entre la opción por el pueblo y la opción por la ortodoxia partidaria. Ésta, tan destructiva en la mayoría de los casos, había marcado siempre la relación entre los intelectuales –con su necesidad de autonomía– y el partido que se con-

²⁰ Rodolfo Puiggrós, *De la colonia a la Revolución*, 1ª ed., p. 6.

sideraba la vanguardia de la revolución proletaria y a la vez guardián de la ortodoxia marxista-leninista. En cierto sentido, podría decirse, la dinámica de la militancia comunista había sido siempre aquélla de “la pasión y su freno”. Puiggrós, como ya se vislumbra en aquella cita, optó finalmente por la pasión –aquella que declaraba sentir por la clase obrera– aun cuando ella siguiera un curso aje-

no al que pronosticaba y fijaba el Partido Comunista. A la luz del ejemplo de Puiggrós, puede quizás insinuarse la sospecha de que en aquella lucha irresuelta entre la voluntad de autonomía y la disciplina, la opción por la primera –indudablemente necesaria y vital para cualquier intelectual que deseara seguir siéndolo– no siempre haya representado una pura ganancia. □

Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930

Juan Carlos Portantiero

UBA

La crisis económica mundial de 1929 y la crisis política desatada en 1930 con el derrocamiento del presidente Yrigoyen, tras sesenta años ininterrumpidos de gobiernos constitucionales, colocó al socialismo argentino ante nuevos desafíos. Un mundo se derrumbaba: el del liberalismo económico y político, que había propiciado el marco cultural con el cual el partido fundado por Juan B. Justo había obtenido un lugar significativo en la vida social argentina.

Por esos años y en el vértice de la crisis general, el joven Américo Ghioldi podía trazar un balance complacido de esa historia. En un curso dictado en 1933 reclamaba un lugar principal para el socialismo en la integración en la modernidad de la Argentina:

Sólo la escuela primaria puede mostrar una tan grande obra de asimilación nacionalista como la desarrollada por los órganos del movimiento autónomo e integral de la clase obrera organizada sobre bases socialistas. La lucha de clases ha cumplido y cumple una tarea profundamente civilizadora. Asimiló a los extranjeros, elevó al pueblo educándolo políticamente y mejoró la política, obligando a los partidos burgueses a darse una organización moderna.¹

¹ Américo Ghioldi, *El socialismo en la evolución nacional*, Buenos Aires, Escuela de Estudios Sociales Juan B. Justo, 1933.

La crisis económica con su secuela de desocupación, el viraje proteccionista de las economías centrales, el ascenso de los autoritarismos y la reanudación del fraude en las costumbres políticas argentinas tras el retorno al poder de las oligarquías conservadoras, abrirían nuevos escenarios que necesariamente obligaban a un replanteo.

No se encontraba el Partido Socialista inicialmente en las mejores condiciones para hacerlo. La muerte de Juan B. Justo en 1928, su figura más esclarecida, dejaba un vacío, agravado por la escisión de los socialistas independientes encabezados por Federico Pinedo y Antonio de Tomaso, que en las elecciones de 1928 y 1930 desplazarían al socialismo de la Casa del Pueblo a un tercer lugar en el electorado de la Capital Federal, con un solo diputado en el Parlamento tras 18 años en los que su desempeño electoral en el distrito nunca había bajado del 30 por ciento. En ese marco, y con plena participación de los escindidos, en alianza con las viejas fuerzas conservadoras, triunfa el golpe militar encabezado por los generales Uriburu y Justo.

El partido tuvo una actitud ambigua frente a él: aunque no participó de su gestación, era tan grande su oposición al régimen de Yrigoyen que lo vivió como un alivio, siempre que se retornara rápidamente a la vigencia de la Constitución. Sin embargo, en la medida en

que alrededor de Uriburu se fortalecían las ideas corporativistas y se alentaba el fraude electoral, los socialistas pasaron rápidamente a la oposición, sus periódicos fueron clausurados y sus principales dirigentes encarcelados. Cuando finalmente se convocó a comicios, con la abstención del radicalismo, por primera vez en su historia los socialistas encararon la construcción de una alianza electoral, esto es, se colocaron como horizonte la posibilidad de ser gobierno.

Con la Alianza Socialista-Demócrata Progresista y su fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto, el PS abandonaba una tradición secular de intransigencia práctica, aunque no teórica, porque su segundo Congreso, en 1898, había aceptado la tesis justista que permitía las coaliciones políticas. Sumado a la ausencia de los radicales, ese paso le permitió incrementar enormemente su caudal legislativo: de un diputado en 1930 pasó a tener 43 y 2 senadores entre 1932 y 1935 y, luego de diversas oscilaciones en el contrapunto con la Unión Cívica Radical, en la última elección anterior al golpe militar de 1943 ganó la mayoría en la Capital contra el radicalismo y obtuvo 17 diputados nacionales en 1942. Este crecimiento se verificaba también en el número de afiliados y de centros: si en 1929 registraban 9.600 afiliados y 252 agrupaciones, en 1934 las cifras ascendían a alrededor de 30.000 (contando a los miembros de las juventudes) y 552 centros. Asimismo, controlaban las comunas en 16 ciudades de 10 provincias y territorios nacionales.²

La década también muestra un salto en su presencia en el movimiento sindical, sobre todo a partir de 1935, cuando, en compañía

de los comunistas, llega a controlar la CGT, y hasta la división en 1942, cuando las dos centrales creadas tienen en su dirección a afiliados o simpatizantes del Partido Socialista.

Todo esto se esfumará con la aparición del peronismo. La crítica habitual señala que es a partir de los errores y desviaciones cometidos durante la década que el socialismo permite capturar su base social por el nuevo movimiento. Como la izquierda en general, el PS –paralizado por visiones eticistas, sectarias e ideologistas que venían de su tradición de partido de élites– no habría interpretado las nuevas corrientes que se abrían en la sociedad argentina en esos años de profundas transformaciones. No se trata de discutir la pertinencia de estos juicios –que fueron especialmente bandera de la llamada “izquierda nacional”– sino de destacar, objetivo de estas notas, que el proceso abierto en el interior del partido en torno del carácter de la crisis y de la posición del socialismo en ella abarcó un rico espacio de discusión. Los grandes temas sometidos a debate giraron en torno del combate del fascismo, del cual el socialismo fue pionero en la izquierda, y de la ampliación de las alianzas con ese fin; la nueva relación que debía entablarse entre partido de clase, sindicatos y trabajadores; el enfrentamiento entre tácticas reformistas y revolucionarias y, por fin, las alternativas de política económica que el socialismo debía levantar como plan de gobierno. De todos ellos nos centraremos en este último, en el que la herencia justista, construida en otro mundo cultural, era también, discretamente, puesta en juego.

La discusión económica

En noviembre de 1933 Federico Pinedo, ministro de Hacienda del general Justo, da a conocer una serie de decretos por los que se produce una devaluación de la moneda, la instrumentación del control de cambios y la creación de

² Es necesario incluir en este crecimiento la incorporación al partido de figuras significativas de la vida intelectual, como Alejandro Korn, Deodoro Roca, Alfredo Orgaz, Enrique Mouchet, José María Monner Sans, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte, entre otros. Además, se reincorporarían a sus filas Alfredo L. Palacios y, fugazmente, Manuel Ugarte.

juntas reguladoras de la producción. Más allá de que sus intenciones iniciales no fueran éstas sino la defensa de los precios agrícolas, las medidas constituirían –junto con otras tomadas durante la primera permanencia de Pinedo en el Ministerio, hasta 1935– las bases de un proceso de crecimiento industrial que caracterizaría a la década a través de la sustitución de importaciones. Pero la visión de la dirección partidaria, encarnada en el debate parlamentario por Enrique Dickman, se enmarcaría estrictamente en los lineamientos tradicionales del socialismo precrisis: contra toda depreciación de la moneda y contra el proteccionismo comercial y a favor de la estabilidad monetaria y el librecambio. Así lo señalaba Dickman en el curso de una interpelación parlamentaria sobre la cuestión:

Hace bastante tiempo que estamos librando una batalla a brazo partido contra las ideas erróneas de bastarse a sí mismo, del nacionalismo económico, de exportar todo y no importar nada, sino oro. Esa idea del proteccionismo cerrado consiste en vender a todo el mundo y no comprarle a nadie, y contra ella hace muchos años que estamos luchando a brazo partido. Alguna vez hemos contado con la eficaz colaboración de los actuales ministros de Hacienda y Agricultura.³

Toda la intervención de Dickman para fijar la posición del PS transcurrió en el mismo tono ideológico que Nicolás Repetto caracterizaba como de repudio de “las dictaduras económicas” y de afirmación “de la necesidad de volver al comercio libre, al cambio de mercaderías por mercaderías, en una palabra, al noble y fecundo comercio que por mucho tiempo aún desempeñará en el mundo una finalidad inseparable de su bienestar y su progreso”.⁴

³ Enrique Dickman, *Salarios, moneda y cambios*, Buenos Aires, Partido Socialista, 1934, p. 62.

⁴ *Ibid.*, p. 10.

La ola de proteccionismo mundial encabezada por las grandes potencias tras la crisis era vista como un paréntesis que prontamente debía ser superado. “Una locura pasajera”, dice Dickman, hasta “que el mundo vuelva a la cordura (y se retorne) a una gran unidad económica internacional, donde a cada nación le toque una parte en la producción y el comercio mundial”.⁵

Para los socialistas, el mecanismo que había desatado la crisis residía en un desequilibrio entre los precios agrícolas, a la baja, mientras subían los precios industriales, desequilibrio que obligaba a los agricultores a reducir el consumo y con ello provocaba el descenso de la producción industrial y el consecuente incremento de la desocupación. Nicolás Repetto lo expresaba así:

El capitalismo liberal de la anteguerra ha sido reemplazado por un capitalismo autoritario que ha alcanzado una concentración formidable. Las peores empresas se han aprovechado de ese proteccionismo y otros nuevos se han creado para aprovecharse de los precios artificialmente elevados. Protegidos por altos derechos de aduana han surgido, se han mantenido y han crecido numerosas industrias.

Para culminar con esta expectativa: “El librecambio y las cooperativas agrícolas serán los agentes del renacimiento económico mundial”.⁶

Por supuesto que esta defensa del *statu quo* anterior a la crisis y que tenía como clave de bóveda interna la defensa del valor de la moneda –un tema vital de la ideología económica de Juan B. Justo– aparecía como reivindicación del salario de los trabajadores, como protección para su capacidad de consumo. Su antiproteccionismo, su desvelo por los equili-

⁵ *Ibid.*, p. 154.

⁶ Cf. *La Vanguardia*, No. 8791, 8 de octubre de 1931.

brios fiscales, su combate contra cualquier elemento inflacionario descansaba en una visión del trabajador como consumidor y, en ese carácter, en la posibilidad de ampliar los cauces de un partido de clase a un partido popular.⁷

El Partido Socialista no estaba ideológicamente preparado para analizar el período como algo más que coyuntural, para verlo como lo que fue: una ocasión de cambio de régimen macroeconómico a partir de una política monetaria más expansiva inaugurada por Pinedo en 1933. Como ella coincidía con la escasez de divisas el resultado fue un nuevo y gran impulso a la industrialización sustitutiva de importaciones, que movilizaría a nuevas fuerzas ideológicas y sociales: el nacionalismo, civil y militar; la nueva clase obrera y la nueva burguesía, en un cuadro mundial que quebraba las viejas normas del liberalismo.

Otras miradas sobre la crisis

Pero la visión ortodoxa no sería la única vigente en la década. La crisis, la desocupación masiva y el ascenso de los totalitarismos, especialmente el fenómeno del nazismo en el país de mayor tradición socialdemócrata en el mundo, condicionarían la aparición de nuevas preguntas y de nuevas respuestas.⁸ “Tiempos difíciles y nuevos deberes”, titulaba el patriarca del so-

⁷ Muchos años antes, en 1915, Repetto caracterizaba así al Partido Socialista: “Existe en el país un gremio que es el más importante de todos y que está por encima de todos [...] Ese gremio es el de los consumidores”. “¿A quién defienden los socialistas? Pero es que el señor diputado no ha comprendido hasta ahora [...] que un punto de vista muy importante para el Partido Socialista es, precisamente, la defensa del punto de vista de los consumidores”, Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, I, 1915, pp. 278-279.

⁸ Un hermoso libro de Adolf Sturmthal, *La tragedia del movimiento obrero*, México, FCE, 1945, sintetiza ese debate. Otro clásico sobre estos cambios de época es el de Karl Polanyi, *La gran transformación*, México, Juan Pablos Editor, 1975.

cialismo Emile Vandervelde, entonces titular de la IOS (Internacional Obrera Socialista), a los nuevos desafíos planteados por la crisis.⁹

En los cuadros sindicales y políticos europeos no cabían dudas acerca de los cambios producidos en el mundo. En 1933, la Conferencia Socialista Internacional expresaba:

La crisis mundial ha modificado esencialmente la estructura de la economía capitalista. La fase de desarrollo liberal-individualista del capitalismo ha terminado. Bajo el peso de la crisis se desarrolla en forma acelerada un capitalismo monopolista concentrado y organizado [...]. Las nuevas formas de una economía controlada y organizada por el Estado pueden llegar a ser formas de transición del capitalismo al socialismo si los obreros y campesinos pasan a controlar el Estado y la influencia de éste sobre la economía encuentra su contrapeso en organizaciones libres de la clase obrera.¹⁰

Con este encuadre se abrió una rica discusión en el socialismo local, que tuvo tres líneas maestras. Por un lado la que seguía enfatizando la temática tradicional del partido, encabezada por Repetto y Dickman. En segundo lugar, la de la izquierda, que abrirá una discusión sobre la táctica, colocando el eje en la dicotomía Reforma versus Revolución, impulsada por la Federación Socialista Mendocina liderada por Benito Marianetti, que habrá de impulsar, a mediados de la década, un frente común con el Partido Comunista.¹¹

⁹ Publicado en la *Revista Socialista*, No. 31, diciembre de 1932.

¹⁰ “Estrategia y táctica del movimiento obrero internacional en la época de la reacción fascista”, París, 21 de agosto de 1933, en *Historia de la Internacional Socialista*, México, Nueva Sociedad-Nueva Imagen, 1979. El texto se publicó en el No. 41 de la *Revista Socialista*, Buenos Aires, octubre de 1933.

¹¹ El texto canónico de esa corriente fue un libro de Marianetti, *La conquista del Poder*, publicado por la Editorial Claridad en 1933. Importante papel jugó también

La tercera línea, que es la que nos interesa desarrollar, intentará, sin abandonar el partido ni enfrentar abiertamente a su dirección, articular reformismo económico con reformismo político a través del impulso de un programa de gobierno. Hasta 1930 y bajo la dirección justista el horizonte principal de la política socialista había sido la obtención de reformas desde el Parlamento que mejoraran las condiciones de vida de los trabajadores. En la década de 1930 el partido habrá de aumentar su apuesta y bregará por una participación más directa en el gobierno, como lo demuestra la experiencia de alianza con los demócratas progresistas en 1931 y los diversos intentos de unidad política más amplia hasta mediados de la década de 1940. La búsqueda de contenidos para la realización de ese objetivo será el eje de la nueva corriente, que encontrará en los economistas Rómulo Bogliolo y José Luis Peña —ambos diputados nacionales— sus figuras principales. La *Revista Socialista*, dirigida por Bogliolo desde 1930, y la Escuela de Estudios Sociales “Juan B. Justo” fundada en 1933, serán baluartes de esa lucha ideológica, a la que se sumaría la colección *Pequeño Libro Socialista* que, mensualmente, publicaría textos de autores locales e internacionales.

Este sector del socialismo se propondría reformar constructivamente el reformismo tradicional, introduciendo, en el clímax de la crisis, la necesidad de discutir el problema del poder —lo que lo acercaba a las posiciones de la izquierda partidaria— pero en clave democrática

la revista *Cauce*, dirigida por Ernesto Giudici, y la revista *Izquierda*, dirigida por Carlos Sánchez Viamonte, Benito Marianetti, Bartolomé Fiorini y Urbano Eyra. Otra tribuna de esa polémica fue la revista *Claridad* hasta mitad de la década. Estas líneas fueron derrotadas en el XXII Congreso Ordinario realizado en Santa Fe en mayo de 1934 y la mayoría de sus líderes fueron abandonando el partido a partir de 1934. El fruto más importante de esa división fue la creación del Partido Socialista Obrero, que en la década de 1940, debilitado, se integrará al Partido Comunista. Algunos, como Giudici, ingresarán directamente a dicho partido en 1934.

y evolutiva, lo que le permitía no romper con la línea general de la fracción ortodoxa, aunque ésta siempre mirara con recelo sus proyectos. Contra el reformismo tradicional precrisis y contra el catastrofismo de la revolución inminente, estos defensores de una “revolución constructiva” buscaban superar la escisión entre Reforma y Revolución que caracterizó la discusión de la primera mitad de la década.¹²

El punto de partida de sus posiciones fue la definición que la IOS y la Federación Sindical Internacional habían dado sobre la nueva etapa, amenazada por los fascismos, en la cual las formas liberales del capitalismo eran estructuralmente reemplazadas por una fase de capitalismo organizado y de economía dirigida. La línea sostenida por el socialismo debía aceptar esas condiciones pero para reemplazarlas por otra, planificada también, pero no por los *cartels* y *trusts* sino por la asociación entre trabajadores y Estado. Los temas del planismo y de la intervención del Estado sobre los mercados ocuparían el centro de la escena.

Un aspecto central de la cuestión residía en el papel de los sindicatos en un momento en que en su interior crecía la acción de los socialistas. La posición justista sobre el problema sostuvo la necesidad de afirmar su autonomía con relación al partido, afirmación que habría de ser revisada, no para disminuir su autonomía, pero sí para no confundirla con neutralidad política. La dirección partidaria compartía ese criterio y de hecho los socialistas libraron en la CGT una dura lucha por el alineamiento político de ésta en relación con los grandes problemas nacionales. En 1933 Dickman escribía: “La neutralidad reduce al movimiento gremial proletario a un campo estrecho e infecundo de un corporativismo

¹² Véase sobre el tema el excelente trabajo pionero de María Cristina Tortti, “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel, *Representaciones inconclusas*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

egoísta y mezquino”.¹³ Esa línea con la que coincidían, con orientaciones diversas, la izquierda y los neorreformistas, habría de caracterizar las relaciones entre sindicatos y partido durante toda la década, incrementada sobre todo entre 1932 y 1935 por la importante presencia socialista en el Parlamento, lo que le permitía intervenir decisivamente en la producción de una nutrida legislación en favor de los trabajadores. En efecto, entre 1932 y 1935 se aprobaron 27 de las 69 leyes sobre el trabajo sancionadas entre 1903 y 1942 –cerca del 40 por ciento–, entre ellas la ley 11.729 de indemnización por despido y vacaciones pagas, la 11.640 sobre “sábado inglés”, la 11.837 sobre cierre de los comercios a las 20 horas y varias sobre jubilaciones para diversos gremios.¹⁴

Planismo e intervención

Los neorreformistas irían más allá en cuanto a intervención obrera pues otorgaban a los sindicatos un papel central en la fijación de políticas de Estado. El punto de partida legislativo de las ideas de Bogliolo fue el proyecto presentado en la Cámara de Diputados en 1933 sobre creación de un Consejo Económico Nacional, integrado por 15 miembros, entre los cuales deberían contarse representantes de los sindicatos y de los consumidores, además de delegados del Poder Ejecutivo, de las cámaras empresariales y de las universidades. En los fundamentos del proyecto señalaba: “En estos momentos la realidad indica que el Estado interviene cada día con más fuerza en las relaciones entre los individuos.

El problema estriba, entonces, en dar una orientación definida a esa intervención, pero en forma orgánica y de conjunto”.¹⁵

Bogliolo habría de desarrollar estas tesis durante la década, ya sea en cursos dictados en la Escuela de Estudios Sociales Juan B. Justo o en numerosos artículos y comentarios publicados en la mensual *Revista Socialista*, de la cual fuera director.¹⁶

Influido por el clima de discusión que vivía por entonces el socialismo internacional –sobre el cual la revista daría abundante información a través de artículos de Vandervelde, Kautzky, Otto Bauer, Karl Renner, Max Adler y Henri de Man, entre otros– Bogliolo bregaría por una redefinición de las tareas del partido para colocarlo ya no como oposición parlamentaria sino como eje de una política de gobierno. Su prédica sólo encontró un eco relativo en la mayoría de la dirección –que no lo acompañó en su proyecto de Consejo Económico Social de 1933– pues tampoco la fracción de izquierda consideró confiables sus núcleos doctrinarios. Pero finalmente el XXIV Congreso Ordinario del partido, en 1938, habría de recoger lo esencial de su proyecto.

Las propuestas se centraban en la idea de la planificación de la economía a través de la nacionalización de las industrias estratégicas, del sistema bancario y de la apropiación para la colectividad de las grandes extensiones agrarias, pero de manera progresiva y acompañada con la evolución mundial hacia formas de economía dirigida, por cuanto el proceso no podría tener lugar plenamente en condiciones de autarquía.

En un artículo de 1935 Bogliolo traza un balance político sobre los cambios operados

¹³ Enrique Dickman, “Gremialismo y socialismo”, en *Revista Socialista*, No. 30, 1932.

¹⁴ Véase *¿Qué es el socialismo en la Argentina?*, por Alicia Moreau de Justo, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, y Mario R. Tissenbaum, *La codificación del Derecho de Trabajo ante la evolución legislativa argentina*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1947.

¹⁵ Rómulo Bogliolo, *La economía colectiva*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1932.

¹⁶ Además del citado anteriormente, las publicaciones principales de Bogliolo en la época fueron dos cursos en la Escuela de Estudios Sociales: *Organización de la economía nacional*, 1933 y *Los problemas del capitalismo organizado*, 1934.

en el socialismo. “Va modificándose –señala– el criterio reformista simple de esperarlo todo de unos leves retoques a la fachada de la actual sociedad.” “Los últimos veinte años de acción socialista fueron de destrucción interna y pérdida de influencia exterior.” Destrucción interna porque no se planteaba la resolución de los problemas concretos de los trabajadores. La crisis

[...] hizo que los trabajadores negaran su apoyo a los partidos incapaces de demostrar energía y capacidad para un mejoramiento inmediato de su situación. Ahora ya se actúa de otra manera. Se va comprendiendo que para tener alguna posibilidad de éxito es indispensable la aquiescencia de la amplia mayoría.

Y refiriéndose al viraje comunista oficializado por el VII Congreso de la Comintern, agrega “hasta los comunistas lo han aprendido: lo del Frente Popular es una vuelta entera que indica el error sostenido a costa de la organización obrera y socialista”. En cuanto a influencia exterior, Bogliolo sostiene que la pérdida se ha revertido gracias al “llamado cordial a las capas intermedias de la población para que aporten sus energías para el logro de comunes aspiraciones de bienestar en una lucha de liberación nacional”. Y finalmente insiste en la necesidad de autocrítica partidaria. Al hacer referencia a un documento del Comité Ejecutivo Nacional del partido, señala que se trata de “un tímido llamado que requiere una continuación, una explicación acabada de nuestros planes concretos”. Pero se pregunta; “¿Tenemos esos planes? ¿Está el partido preparado para esa acción? Es indispensable conocer nuestros problemas; hay que formar una generación apta para manejar nuestra economía”.¹⁷

Unos meses antes escribía en la misma revista:

Fuimos los primeros en hablar y escribir sobre economía dirigida. Fuimos los primeros en hablar de un plan socialista. Todavía nadie ha creído oportuno ocuparse de esos problemas socialistas modernos. Pero ya empieza Bélgica. El Partido Socialista dióse un plan y se lanzó a la acción. Reclamó el gobierno y la nación entera aceptó, contra la minoría reaccionaria, un gobierno casi socialista.

Y agregaba: “Actuar en la economía nacional no quiere decir nacionalismo ni autarquía, ni economía cerrada. Hay que empezar por arreglar las cosas internas si queremos restaurar la economía internacional pues lo contrario es imposible”. Y concluía:

Hay que lanzarse a una acción concreta, estableciendo una economía mixta, provocando reformas de estructura y no de simple repartición. Ni con las reformas solamente, aunque siempre necesarias, ni con la estridencia inconducente y en desuso.¹⁸

Si la influencia de la discusión europea y en especial de la tradición austromarxista es evidente en esos planteos, la figura y la acción partidaria que más siguieron los difusores argentinos de este neorreformismo fueron las de Henri de Man y el Partido Obrero Belga.

Junto con Otto Bauer, el belga Henri de Man aparece en el horizonte del socialismo europeo, sobre todo luego de la crisis de 1929, como una de las figuras más polémicas e innovadoras. La tesis principal de De Man sostiene que el fin del socialismo de Weimar significa el agotamiento de una fase del movimiento socialdemócrata que, habiendo acu-

¹⁷ “Preocupaciones socialistas del momento”, en *Revista Socialista*, No. 67, diciembre de 1935.

¹⁸ “Por un Plan Socialista”, en *Revista Socialista*, No. 60, mayo de 1935.

mulado una gran fuerza organizativa y reivindicativa, dejó a los trabajadores desarmados frente a la crisis capitalista y al nazismo, debido a una política corporativa y sectaria, poco creativa, en la relación entre partido, sindicatos, cooperativas y clases medias. Luego de varios trabajos en los que busca una actualización del pensamiento de Marx –su obra más importante en ese sentido es *Au dela du marxisme*, de 1926– en 1933 redacta un “Plan de Trabajo” que el socialismo belga adopta como su programa de gobierno, con el que participa como ministro de Obras Públicas y luego de Finanzas en un gobierno de coalición entre socialistas y católicos.

Las tesis de De Man se orientan contra la disyuntiva entre ideología revolucionaria y práctica reformista y coloca como alternativa superadora de ese conflicto secular en el movimiento socialista la problemática de las “reformas de estructura”, entendidas como opción entre capitalismo y socialismo para la realización de una “economía dirigida”.

La influencia de sus puntos de vista –combatidos duramente por la ortodoxia socialdemócrata y por el estalinismo– se expandirá en Europa a autores franceses como André Philip –autor de un libro titulado *La Revolución Constructiva*– y Lucien Laurat, frecuente colaborador de la *Revista Socialista*; a la corriente laborista inglesa liderada por G. D. H. Cole y dentro del movimiento sindical a la CGT francesa, que en 1935 adopta el Plan de Trabajo como su programa. Entre nosotros, el principal vocero de sus tesis será la *Revista Socialista*, que en numerosas de sus ediciones publica artículos de De Man y sus colaboradores e informes sobre las actividades del Partido Obrero Belga y sobre los sindicatos y confederaciones europeas que adherían a sus planteos. En su edición 45, de febrero de 1934, publica el Plan de Trabajo, antecedido en el número 44 de ese año por un artículo de De Man que presenta la temática de las reformas de estructura. Sostenidas por un

frente anticapitalista de clase obrera y clases medias, con la condición –señala– “de radicalizar en sentido anticapitalista la propuesta” y no sólo, como hasta ese momento, plantear “reformas de redistribución”. No se puede ya, en opinión de De Man, “repartir la torta sino hacer otra torta”.

Los temas fundamentales del político belga que la corriente neorreformista del socialismo argentino recogerá casi puntualmente serán la necesidad de que el movimiento obrero y socialista abandone su actitud pasiva frente a la crisis porque el reformismo de reparto ya ha perdido vigencia y se impone la instalación de una economía mixta y dirigida a través del uso del poder político y de un Plan nacional. Dicha conquista del poder deberá basarse en la constitución de una mayoría que englobe a las clases medias. Las medidas principales serían: nacionalización del crédito, para poner en marcha políticas que desarrollen el mercado interno; nacionalización de las industrias básicas; creación de un Consejo Económico Social con participación de los sindicatos y reforma política que refuerce la capacidad de gobierno del Ejecutivo y la capacidad de control del Parlamento.

La prédica que la *Revista Socialista* hará sobre estas cuestiones será insistente, al menos hasta 1936, en que las referencias a De Man habrán de diluirse, aunque no los temas por él planteados. La dirección del partido no hará demasiado hincapié en ellas –no hay ninguna referencia a favor por parte de sus líderes más tradicionales– y la fracción de izquierda combatirá los planteos de De Man agresivamente.¹⁹

¹⁹ En su primer número de octubre de 1934 la revista *Izquierda* se enfrenta con las ideas de De Man a las que califica como “centristas” por no plantearse la “cuestión del poder”, que era la obsesión ideológica de la fracción de izquierda. La peligrosidad del “centrismo” deriva de que “impide el pasaje a la verdadera izquierda”. Curiosamente, ése era el mismo argumento utilizado por Rodolfo Ghioldi contra Marianetti y Giudici

Un texto renovador

Un hito importante del desarrollo de la corriente neorreformista fue la publicación del libro de José Luis Pena, diputado nacional durante toda la década, *¿Patrón oro y libre-cambio?*. Editado por La Vanguardia en 1936, señala el punto más alto dentro de los intentos de renovación de las ideas económicas que quedaban como herencia justista. El libro es prologado por Alfredo Palacios —figura descollante en la tribuna y en el Senado pero que no ocupa cargos partidarios—, quien advierte que en el texto se planteaban “problemas tales como la protección aduanera y el librecambio que conducen a una necesaria revisión de conceptos y criterios que el socialismo hasta ayer había considerado inamovibles”. Que se trata de un libro polémico lo expresa el propio autor al describir las dificultades que sus posiciones, similares a las de Bogliolo,²⁰ tuvieron con la dirección del partido y en el interior del Grupo Parlamentario, en el que sólo encontró solidaridad en Palacios, en relación con la “necesidad de elaborar un plan de acción más en consonancia con la verdadera realidad económica del país y del mundo”.

Atendiendo a lo central de su argumentación, Pena señala que en el momento anterior a la crisis los socialistas eran fervientes partidarios del librecambio, tanto en la política interna de nuestro país cuanto en las proposi-

cuando éstos planteaban posiciones de izquierda dentro del PS: bloquear el pasaje de los trabajadores a su verdadero “partido de clase”.

²⁰ En una nota bibliográfica publicada en el No. 75 de agosto de 1936 de la *Revista Socialista*, Bogliolo saluda la aparición del libro de Pena como parte de una lucha “que desde 1931 se propone la divulgación de conceptos sobre los nuevos aspectos que presenta la economía mundial y para difundir la economía dirigida”. Señala también que el autor “analiza la marcha de la economía mundial dejando traslucir su simpatía por el gran economista Keynes”.

ciones a los congresos internacionales, fundando esta proposición en el carácter universal de la expansión inglesa y en el aspecto semi-colonial de nuestra producción agropecuaria. Y agrega (p. 30):

País el nuestro atado a fuertes obligaciones financieras con Inglaterra, acostumbrados desde el comienzo de nuestra vida independiente a exportar a dicho país los grandes saldos de nuestra producción agropecuaria, lógico era que nos decidiéramos por el librecambio como lo hicimos.

Pero la guerra trastornó en pocos años la obra de todo un siglo y después de la década de 1930 la situación se agravó: cada país debió recurrir entonces al control de cambios. Así (p. 152),

El control de los cambios es un precioso elemento de información económica para el Estado. La economía dirigida tiene en ese control una base estadística de primer orden para apreciar en todo su valor las verdaderas necesidades del país. Debemos buscar entonces, por medio del sufragio esclarecido y conciente, el apoyo a un plan socialista de reconstrucción económica y financiera usando los nuevos moldes que el capitalismo ha creado para su marcha.

Si bien insiste en que sigue creyendo en las ventajas del librecambio, “la economía del mundo está ahora más enferma que nunca y es imposible esperar ingenuamente que operen leyes ocultas o divinas que restablezcan el ansiado equilibrio”.

Luego de la crisis, la situación argentina ha variado y si bien la Argentina está lejos de ser un país industrial, no puede negarse que las industrias se desarrollan cada vez más entre nosotros.²¹

²¹ La idea de una distinción entre industrias “naturales” y “artificiales” viene de Justo. En un país de base agro-

Cuando la política económica de cada país —dice Pena— toma la orientación que se llama nacionalista, los socialistas debemos hacernos cargo de la realidad y presentar las soluciones que consultan nuestros principios y finalidades. No ganaremos nada si continuamos sosteniendo teóricamente las grandes ventajas de un sistema económico (el librecomercio) que cada vez más se aleja de las posibilidades inmediatas o remotas de la acción práctica.

El diagnóstico culmina con la descripción de un mundo en el que domina el capital financiero y en el que la crisis del liberalismo económico ha eliminado la competencia. “Ya no hay más capitalismo sano.” La economía debe ser ordenada por un Plan, “convencidos de que por largos años el mundo no puede esperar la vuelta del librecomercio”.

Cambios al fin de la década

El último gran congreso del Partido Socialista en la década fue el XXIV, realizado en julio de 1938. En él se formalizará un viraje hacia nuevas posiciones en materia económica, inspiradas en buena parte en las tesis del neorreformismo, y se explicitará la necesidad de construcción de frentes políticos de defensa de la democracia.²²

El congreso se plantea la necesidad de ajustar la propuesta tradicional, expresada en el Programa Mínimo, a las nuevas realidades

pecuaria la industrialización sana supone un encadenamiento agroindustrial que aproveche, sin recurrir a un proteccionismo arbitrario y artificial, nuestras ventajas comparativas. En cuanto al control de cambios vale decir que cuando fue implantado por Uriburu en 1930 encontró una firme oposición del Partido Socialista y de la CGT.

²² Con respecto a lo primero Bogliolo manifestará su satisfacción “ya que desde 1932 venimos sosteniendo estos puntos de vista”. Cf. *Revista Socialista*, No. 97, junio de 1938.

de la época, cuando el partido había perdido abruptamente, por el levantamiento de la abstención radical, su base parlamentaria. En lo político, el eje se colocó en la construcción de las alianzas necesarias para defender la legalidad y el sufragio libre, quebrados por la “oligarquía fraudulenta” de manera descarada en la elección presidencial de 1937. Esa iniciativa, que buscaba ampliar las bases de la Alianza Civil de 1931 a través de la presencia de los radicales, fue sistemáticamente rechazada por éstos. Comenta Repetto:

Planteadas la cuestión de un frente común fue descartada inmediatamente por el doctor Alvear, quien invocó la idiosincrasia propia de su partido y la tradición de intransigencia que mantiene en materia de unión o colaboración con otros partidos.²³

Pero el tema central de los cambios que se expresa en el XXIV Congreso está relacionado con las medidas económicas propuestas, que marcan un claro viraje hacia la defensa de la intervención estatal en la economía. El Congreso elabora un Plan, llamado de “Defensa Nacional”, que incluye la nacionalización y municipalización de los ferrocarriles y todo tipo de transporte en manos extranjeras, de la electricidad, del petróleo, de las fuentes hidroeléctricas, de los minerales y del crédito y la banca. Asimismo, se proyecta el control nacional sobre los monopolios extranjeros en las distintas ramas de la producción.

Este cambio de rumbo hacia el nacionalismo económico se complementaba con la intensificación de las demandas para una legislación que incluyera la semana laboral de 40 horas, el salario mínimo y la implantación de un seguro contra el desempleo, los accidentes de trabajo, la enfermedad, la invalidez, la vejez y la muerte y un plan nacional de obras

²³ Nicolás Repetto, *Mi paso por la política*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1957, p. 201.

públicas. Quedaban en pie las tradicionales propuestas sobre la cuestión agraria, la política fiscal, la política educativa y se incorporaban reformas políticas como la elección del Presidente por el Congreso y la supresión del Senado.²⁴

Este intento de “aggiornamiento” programático marcará el punto más alto del proceso de adaptación del partido a los cambios expresados por la poscrisis argentina y por la discusión nacional e internacional: la herencia de Justo parecía encontrar una reinterpretación acorde con el fin del marco ideológico del liberalismo económico y político. Pero otros acontecimientos ralentizarían esa transformación hasta que, a comienzos de la década de 1940, ese impulso habría de orientarse hacia otras metas. En efecto, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la vuelta al fraude y el autoritarismo, tras la renuncia y muerte del presidente Ortiz y la asunción del mando por Ramón Castillo, habrían de colocar la dicotomía fascismo-antifascismo en el núcleo de la acción partidaria. La orientación social y nacional prevaleciente en el Congreso de 1938 iba a ser desplazada por la defensa, interior y exterior, de las libertades democráticas –acentuada tras el golpe militar de 1943 y la consiguiente persecución de las fuerzas polí-

ticas– mientras las demandas de justicia de los trabajadores permanecían en pie y el socialismo perdía lo ganado durante la década.

La dicotomía fascismo-antifascismo era un tema significativo para las clases medias pero no necesariamente para los trabajadores, que recogían del yrigoyenismo una vieja tradición de neutralidad.

Una figura central de la vieja guardia partidaria habría de advertir ese peligro un par de años antes de su muerte. En septiembre de 1942, Mario Bravo sostenía en el Parlamento:

Ha muerto el viejo mundo antes, mucho antes de este momento. Viene la hora de la revolución de la postguerra: la revolución en la economía, la revolución en las finanzas, la revolución en la política. Porque el régimen es el que se está dilatando hoy y algunos creen eterno porque viven su propio horario, porque viven su propio reloj, porque viven su propio almanaque, que no es el horario de la historia ni es tampoco el almanaque de los acontecimientos. No lo van a presenciar, pero serán los responsables de haber dejado al país sin los resortes necesarios, sin las previsiones indispensables para canalizar las inmensas corrientes que de todos los lados van a agitar la vida social argentina.²⁵

²⁴ Cf. XXIV Congreso Ordinario del Partido Socialista, Talleres Gráficos La Vanguardia, s/f. Y *Problemas Argentinos, Planes socialistas para su solución*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1938.

²⁵ Citado en Dardo Cúneo, *Mario Bravo, poeta y político*, Buenos Aires, CEDAL, 1985.

De la revisión de la táctica al Frente Popular

*El socialismo argentino a través de Claridad, 1930-1936**

Mariana Luzzi

UBA / CONICET

Introducción

No fue sino en los últimos años que, desde diferentes ópticas, la historia y la sociología volvieron su mirada sobre la década de 1930. Hasta ese momento, sepultado bajo el rótulo de “década infame”, el período que se extiende de 1930 a 1943 no había despertado más que un interés marginal por parte de las ciencias sociales. Habitualmente relegado al lugar menor del epílogo o de los antecedentes, sólo se había considerado su exploración como parte de los estudios sobre la crisis del régimen oligárquico o –fundamentalmente– sobre la génesis del peronismo.

Momento de crisis y transiciones, la década de 1930 constituye, sin embargo, un momento clave en la historia argentina. Esos años fueron el escenario de una nueva configuración social, económica y política del país y sellaron las características de una imagen de la sociedad –hoy completamente subvertida– que fue dominante a lo largo del resto del siglo XX.

El desarrollo de la industria sustitutiva, la creciente intervención del Estado en la economía y la consolidación de una numerosa clase obrera industrial, nutrida por migraciones internas masivas, fueron los rasgos salientes de aquel movimiento. Pero la década de 1930 también fue un tiempo de crisis política, de reestructuración institucional y de ascenso y autonomización de actores que luego serían claves, como las Fuerzas Armadas.

Para el universo de la izquierda argentina, éstos fueron tiempos de represión y persecución política, pero también de un espectacular crecimiento organizacional y electoral. El socialismo fue sin duda la organización más fuertemente signada por esta tendencia, lo cual contrasta con su derrotero posterior de progresiva desaparición del escenario político nacional.

El presente trabajo se propone dar cuenta de la manera en que el socialismo caracterizó las transformaciones sociales derivadas de la crisis económica y política de la década de 1930, a partir del análisis de los debates publicados en la revista *Claridad*,¹ en el período

* Los resultados expuestos en este trabajo forman parte de una investigación titulada “Los socialistas argentinos frente a las transformaciones de la década de 1930. El caso de la revista *Claridad*”, llevada adelante con una Beca de Formación de Posgrado del CONICET bajo la dirección de Juan Carlos Portantiero.

¹ La revista *Claridad* se editó en la Ciudad de Buenos Aires entre 1926 y 1941. Como publicación periódica era la segunda que emprendía su director, Antonio Zamora, desde la Cooperativa Editorial Claridad, y cons-

que va del golpe de septiembre de 1930 a fines de 1936.

Este recorte temporal tiene más de una justificación. Por un lado, se trata de un período señalado no sólo por las inflexiones del debate nacional, sino fundamentalmente por los cambios que se producen dentro del socialismo en escala internacional. En ese momento, entre el colapso de la economía capitalista y la antesala de la Segunda Guerra Mundial, y al calor de estos procesos, se produce una reestructuración de las fuerzas de la izquierda mundial que se refleja, entre otras cosas, en la política impulsada por las internacionales socialista y comunista en esos años. Así, el inicio del período podría en realidad ubicarse en la convocatoria a una nueva discusión de los medios de lucha para alcanzar el poder lanzada en 1932 por la IOS, mientras que su final estaría signado por la política de Frentes Populares proclamada por la Tercera Internacional en 1935 y encarnada fundamentalmente por las experiencias española y francesa de 1936.

Por otro lado, y de manera no completamente autónoma de estos movimientos, la revista *Claridad* también cierra un ciclo en 1936. Es aquel signado por el subtítulo "*Tribuna del Pensamiento Izquierdista*", que al año siguiente será reemplazado por "*La Re-*

tituía la profundización del proyecto iniciado en 1922 con *Los pensadores*, incorporando al objetivo original de difusión de "obras selectas" la voluntad de crear un espacio de debate cultural e ideológico. Pese a la vinculación de Zamora y de varios de los colaboradores más permanentes de la revista con el Partido Socialista, *Claridad* nunca fue un órgano oficial del partido —como sí lo fueron *La Vanguardia* o *Revista Socialista*—. Sin embargo, puede decirse que la revista fue espacio de debates de aquello designado como "pensamiento socialista" de la época, que incluiría tanto a quienes formaban parte del Partido Socialista como a quienes militaban en otras organizaciones políticas —en el país y en el resto de América Latina—, o a quienes desde el movimiento universitario o como intelectuales compartían con los primeros la opción por la transformación del orden social vigente.

vista Americana de los Hombres libres". En cierto modo, se trata del fin de un período en el que el eje en torno del cual giran los debates es la oposición entre lucha revolucionaria y reforma política —lo que en el socialismo local asume la forma de un debate entre la primacía del Programa Máximo o del Programa Mínimo, para pasar a ser la confrontación entre democracia y fascismo—. Nada más elocuente, en este sentido, que el editorial con el que Zamora cierra la "vieja época" de *Claridad* y da paso a la nueva, libre y americana.² En él, el director saluda la presencia de F. D. Roosevelt en Buenos Aires con motivo de la celebración de la Conferencia Americana por la Paz, resaltando su capacidad para lograr la unión americana que haga posible "el imperio de la democracia, de la libertad y la paz".³ Se marca fuertemente, así, el pasaje de una publicación preocupada centralmente por las posibilidades de superación de la sociedad capitalista, a otra movilizadora en defensa de la paz y las libertades democráticas. En otras palabras, del camino que va de la revolución a la guerra.

Cinco claves en el pensamiento socialista argentino de la década de 1930

Aun admitiendo que en su carácter de publicación independiente del partido *Claridad* puede no ser la expresión más fiel de los de-

² Se trata del editorial "Los problemas de la paz en América", publicado en el No. 308 de diciembre de 1936. El número lleva en la tapa la foto de Roosevelt, con el epígrafe "El gran presidente de la república del norte, que ha demostrado, con ejemplar consagración, su fe en la paz, la libertad y la democracia, señalando el camino para la independencia y el progreso de los pueblos de América", e incluye, a continuación del editorial de Zamora, el discurso pronunciado por aquél en la Conferencia Americana por la Paz ("Por la paz, la libertad y la democracia").

³ Para un análisis de este cambio en la línea editorial de *Claridad*, cf. Cattáneo (1991), pp. 27-32.

bates que atravesaron el pensamiento socialista en la década de 1930, debe reconocerse que en tanto círculo intelectual –espacio de producción de ideas y de sociabilidad para sus miembros–,⁴ integrado por buena parte de la izquierda socialista, la revista constituye una fuente privilegiada para dar cuenta de aquellas discusiones.

Así, a partir de la lectura y análisis de sus páginas podríamos afirmar que son cinco los problemas que organizan los debates dentro del pensamiento socialista argentino entre 1930 y 1936, tanto en el terreno económico como en el de la acción política. Se trata, en primer lugar, de la caracterización de la crisis económica mundial y sus consecuencias; en segundo lugar, de la oposición entre libre-cambio e intervención estatal como alternativas de política económica; en tercer término, de la tradicional política socialista de “prescendencia gremial”; en cuarto lugar, del rol del socialismo en el Parlamento y, finalmente, de la posibilidad de colaboración y acción conjunta del socialismo con otras fuerzas políticas, tanto dentro como fuera de la izquierda.

Desde luego, cada uno de estos tópicos involucra en mayor o menor medida a los restantes y difícilmente se presenta de manera aislada, no obstante lo cual posee una especificidad que es conveniente subrayar. Al mismo tiempo, a lo largo del período considerado las posiciones que se organizan en torno de cada uno de los temas van variando, de manera tal que resulta difícil –si no imposible– armar un único mapa de las oposiciones encontradas que conserve su validez a lo largo de los seis años considerados.

Las discusiones en torno de la naturaleza de la crisis económica capitalista atraviesan todo el período y son, de alguna manera, te-

lón de fondo de la totalidad de los debates. En líneas generales, todas las contribuciones coinciden en advertir el carácter mundial de las transformaciones del capitalismo, a la vez que interpretan los cambios a partir del marco tradicional marxista, que señala, por un lado, la recurrencia de crisis *cíclicas* en la economía capitalista, producto del desarrollo irrefrenable de las fuerzas productivas, y, por otro, la inevitabilidad del derrumbe del sistema por el estallido de la contradicción entre aquel desarrollo y las relaciones de producción vigentes. El espectro a lo largo del cual se disponen las diferentes opiniones es entonces el que va del diagnóstico de la *crisis final* al de la *crisis cíclica*, pasando por una suerte de zona gris en la cual no se objetan las opciones pero se duda sobre la correcta caracterización del fenómeno.

Para la mayor parte de los autores que colaboran en *Claridad*, la crisis de 1930 resulta notoriamente distinta de las anteriores (entre ellas, la previa crisis mundial abierta hacia 1870), tanto por su duración como por su intensidad. En sus palabras, se trata de un fenómeno más *intenso*, más *persistente* y *demoledor*, más *absurdo* y más *durable* que todos los que puedan haberlo precedido. Su existencia anuncia sin más un final expresado de muchas maneras, pero con un único sentido: es el *fin del mundo capitalista*, la *bancarrotta* de sistema, el *desmoronamiento* del edificio del régimen, el *derrumbe* del capitalismo, su *disolución*. Así se desprende de los textos consagrados a la discusión del problema, tanto al comienzo como al final del período analizado:

Toda la prensa extranjera habla de la crisis mundial. ¿Tendrá solución? Por los medios legales, no. Los gobiernos luchan desesperadamente contra tal desorganización, pero están desorientados. El mal es demasiado grave. No es un problema de emergencia; se trata de algo fundamental. El momento histórico señala el derrumbamiento de una

⁴ A propósito de la relevancia de las revistas en tanto “estructuras de sociabilidad” [*structures de sociabilité*], y de su especificidad como “obras plurales”, cf. Pluet-Despatin (1992).

gran organización como consecuencia lógica e inevitable.⁵

La descomposición del capitalismo es un fenómeno de carácter universal que obra sobre sus más consagradas instituciones políticas, incluso sobre la ideología liberal que las ha fundamentado. [...] La desintegración del sistema repercute en todos los sectores de la vida social. Los movimientos de partido, los movimientos culturales, el movimiento sindical y obrero, los hasta hoy considerados más sólidos, giran en el torbellino de este descenso. [...] Nada se salva del oleaje provocado por la descomposición capitalista.⁶

Son los menos quienes consideran que sólo se trata de una crisis más, de un hecho habitual que, lejos de producirse esporádicamente, constituye la *normalidad* del sistema capitalista. Junto con ellos se cuentan quienes, si bien firmes en la opción teórica a la que adhieren, dudan con respecto a la caracterización de esta situación histórica particular, considerando que en realidad resulta imposible afirmar que en este caso el movimiento no llegue a trascender los límites del “hecho normal” y se transforme en el derrumbe tantas veces anunciado.

En síntesis, en términos generales *Claridad* retoma, en la mayoría de las colaboraciones y desde los editoriales, una lectura de la crisis enmarcada en la *teoría de la catástrofe*, donde el elemento central es la aparente comprobación de la incapacidad del capitalismo para superar las dificultades que su propio desarrollo acarrea. En este sentido, los autores editados por *Claridad* son claramente deudores del discurso sostenido para esos años por

el ala no revisionista de la Segunda Internacional y por la Internacional Comunista, en el cual se continúa señalando que la principal amenaza para la sociedad capitalista está dada por el despliegue de sus contradicciones internas, visibles fundamentalmente en el terreno de la política imperialista.⁷

Obviamente, esto no excluye la elevación de algunas voces discordantes –las menos–, que aun a contracorriente de la línea editorial de la revista afirman una evaluación que avizora una solución capitalista –y no inevitablemente socialista– de la debacle económica.

Los debates en torno de la oposición libre-cambismo-economía dirigida, estrechamente vinculados con el anterior, se hacen explícitos en *Claridad* a partir de 1933, si bien de alguna manera están presentes desde antes en las notas que discuten las alternativas a las que la crisis económica da lugar. No obstante, es entre 1934 y 1935 que las discusiones se intensifican, mayormente a través de los análisis de la experiencia norteamericana del New Deal. Hemos dado cuenta en otro artículo de las discusiones específicas en torno de este tópico;⁸ baste señalar aquí que los textos publicados en *Claridad* insisten, salvo escasas excepciones,⁹ en una inequívoca condena a las políticas de intervención estatal y planificación económica, considerando que en tanto medidas de “salvataje” de la economía capitalista deben ser enérgicamente rechazadas por quienes luchan por el fin de la misma. Es notable,

⁵ Alberto Maritano, “Recrudece la miseria”, en *Claridad*, No. 234, 11 de julio de 1931.

⁶ Horacio Badaraco, “Una hora decisiva para los trabajadores. Contra el confusiónismo, contra el equívoco, por la recuperación revolucionaria del movimiento obrero”, en *Claridad*, No. 300, abril de 1936.

⁷ Para un análisis exhaustivo de la génesis y el desarrollo de la llamada “teoría de la catástrofe” dentro del marxismo, cf. Coletti (1978).

⁸ Cf. M. Luzzi, “El viraje de la ola. Las primeras discusiones sobre la intervención del Estado en el socialismo argentino”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, No. 20, Santa Fe, 2001, pp. 165-180.

⁹ Cf. Carlos Manuel Cox, “Las ideas económicas del aprismo peruano”, No. 265, 27 de mayo de 1933; S. Libedinsky, “Los curanderos del capitalismo”, No. 282, octubre de 1934; Alfredo Muzzopappa, “¿Marx o Roosevelt? Ensayo de crítica sobre experiencias realizadas”, No. 283, noviembre de 1934.

además, la ausencia de toda mención a la existencia de un proyecto socialista de planificación económica —nos referimos aquí al proyecto de creación de la COPLAN, elaborado por Rómulo Bogliolo en 1932—¹⁰ que no sólo fue redactado por un prestigioso dirigente del PS sino que fue presentado como proyecto de ley ante la Cámara de Diputados, incluso antes de que el New Deal se hubiera convertido en un tema de debate para los colaboradores de *Claridad*.

En relación con la cuestión política, los tres ejes señalados también están presentes a lo largo de todo el período considerado. Tanto la política de independencia gremial como la labor parlamentaria del socialismo son tópicos que atraviesan las discusiones internas del Partido Socialista —y se proyectan fuera de él— a lo largo de la década de 1930, como ya lo habían hecho en el pasado.¹¹ No obstante, hay sin duda un momento en que esta discusión cobra centralidad y virulencia: el inicio del enfrentamiento entre la Federación Socialista de Mendoza y el Comité Ejecutivo Nacional del PS acerca del cambio de táctica, entre fines de 1932 y comienzos de 1933. *Claridad* será eco de las alternativas de este debate durante todo el año 1933 —y también más adelante, pero fundamentalmente dará cuenta de él en su conocida encuesta titulada “¿Debe cambiar de táctica el socialismo?”, organizada y publicada entre febrero y marzo de aquel año—.¹²

Entre otras cosas, esa encuesta marcará simbólicamente el inicio de una controversia

entre grupos enfrentados en el interior del partido, que signará el XXII Congreso Ordinario de 1934 y que, al cabo de no pocas inflexiones, culminará en 1937 con la escisión del grupo liderado por Benito Marianetti y la formación del Partido Socialista Obrero.

El conflicto se inicia en octubre de 1932, cuando la Federación Socialista de Mendoza (FSM), encabezada por Benito Marianetti, solicita al Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista (PS) la convocatoria a un Congreso Nacional Extraordinario de la organización, en el cual se sometan a discusión básicamente tres puntos vinculados con lo que debería ser la *táctica* del Partido Socialista: la organización de una “fuerza nacional de defensa” para asegurar la protección de la clase obrera frente al avance de las fuerzas de la burguesía, formada por afiliados y simpatizantes del PS; el fin de la *prescindencia gremial*, que permita que cada socialista con afiliación sindical forme un grupo que actúe en forma afín a las líneas del partido y de manera paralela a éste; y la recuperación del Programa Máximo del PS (aunque sin que esto implique el desmedro del Programa Mínimo), olvidado como objetivo central tras años de énfasis en las políticas electorales y parlamentarias.

El planteo de la FSM es nítidamente un reflejo de las discusiones que, para el momento, circulaban en el socialismo internacional. En 1932 la Internacional Obrera Socialista (IOS) había comenzado a consultar a todas las organizaciones afiliadas acerca de la posible realización de un Congreso en el cual se discutiera la revisión de las tácticas de acceso al poder, en vistas de las transformaciones de la situación social y política en el nivel mundial (fundamentalmente la crisis económica, la derrota de la socialdemocracia en Europa y el ascenso de los fascismos).¹³ Ese congreso debería pro-

¹⁰ Cf. Luzzi (2001), citado.

¹¹ Cf., al respecto, los trabajos de Tortti (1989) y Portantiero (1999).

¹² La encuesta se publica en los números 262 y 263 de febrero y marzo de 1933. La revista recibe en total treinta y tres respuestas, entre las cuales se cuentan las del propio director de la publicación, Antonio Zamora, las de algunos miembros de la Federación Socialista Mendocina (B. Marianetti, S. Castromán y G. Cisternas) y las de diversos militantes y afiliados del partido, con participación gremial, estudiantil o territorial, tanto de la ciudad de Buenos Aires como del interior. No participa de la iniciativa, en cambio, ninguno de los miembros del CEN.

¹³ Cf. Vandervelde, E. “Tiempos difíciles y nuevos deberes”, *Revista Socialista*, No. 31, diciembre de 1932.

nunciarse sobre tres puntos fundamentales: “medios de lucha para alcanzar el poder por la clase obrera en las condiciones económicas y políticas actuales”; “medios de lograr la unión con la clase obrera” y “deberes de la clase obrera en caso de estallar la guerra”.

La reacción del Comité Ejecutivo Nacional del PS frente a la demanda de los socialistas mendocinos fue absolutamente descalificadora y resume la posición de la FSM como una “desviación lamentable” de la línea del partido.

En su contrarréplica, la Federación Socialista de Mendoza sostiene sus demandas y denuncia que el órgano máximo del partido afirma cuestiones que no habían sido planteadas (centralmente, la idea de la “militarización del partido”), que en realidad el CEN “olvida” el programa político del socialismo, consistente en la derrota del capitalismo y la sociedad burguesa y, finalmente, que mientras el CEN acepta frente a la IOS la conveniencia de la revisión de la táctica que aquella plantea, la rechaza dentro del ámbito nacional, demostrando una actitud “incoherente y cobarde”.¹⁴

Finalmente, ante la negativa del CEN a convocar a un Congreso Extraordinario donde se someta a discusión el problema de la táctica, el debate correrá por sendas laterales hasta que en mayo de 1934 el Congreso Or-

dinario del PS lo lleve al centro de la escena.¹⁵ En dicha asamblea, reunida entre los días 23 y 26 de mayo en la ciudad de Santa Fe, una comisión especial, organizada bajo el rótulo “Organización y Táctica”, discutirá los puntos agendados por la Federación Socialista de Mendoza en 1932. El debate será en realidad, más allá de sus inflexiones particulares, un enfrentamiento casi personal en el que la dirigencia del partido, encarnada en el Grupo Parlamentario, medirá sus fuerzas con el ala izquierda de la organización, liderada entonces por el grupo mendocino. En los hechos, será un duelo entre las dos figuras más relevantes de ambos grupos, Américo Ghioldi¹⁶ y Benito Marianetti.¹⁷ El trabajo de la comisión culminará con la elaboración de dos despachos; uno por la mayoría, firmado por Ghioldi, y otro por la minoría, elaborado por Marianetti. Finalmente, el primero será sancionado por el Congreso por 10.085 votos contra 3.909.¹⁸

La posición triunfante en el congreso vuelve sobre la desestimación inicial del CEN con más violencia. En la opinión de la dirigencia del PS, el planteo tendiente a un cambio de táctica no es más que el resultado de la “acción disolvente de la propaganda izquierdista

Reproducido en *Claridad*, No. 262, febrero de 1933 (cf. Respuesta de Juan B. Novello a la “Encuesta sobre la táctica”).

¹⁴ Tanto el documento original de la FSM (del 29 de octubre de 1932) como la respuesta del CEN (del 12 de enero de 1933) y la contrarréplica de la primera (del 21 de enero de 1933) están reproducidos en *Claridad*, No. 261, enero de 1933. El Comité Ejecutivo Nacional del PS estaba formado en ese momento por Mario Bravo, Joaquín Coca, J. Della Latta, E. Dickman, Andrés Justo, Alicia Moreau de Justo, Manuel Ramírez, Nicolás Repetto, J. E. Rozas, Adolfo Rubinstein y Silvio L. Ruggieri. Integran la Junta Ejecutiva de la Federación Socialista de Mendoza: Arturo P. Balmaceda, Albino Casteller, Santiago F. Castromán, Gustavo B. Cisternas, José Cobas, Renato Della Santa, José V. García, Benito Marianetti y Andrés Moroy.

¹⁵ Para un análisis exhaustivo de los resultados del congreso, y en especial del debate referido a la cuestión de la táctica, cf. Tortti (1989). Asimismo, para un análisis de la política del PS hacia el movimiento obrero en el mismo período puede consultarse Godio (1989).

¹⁶ Diputado nacional en esa fecha. Lo acompaña en la Comisión de Orientación y Táctica, por el Grupo Parlamentario, Enrique Dickman.

¹⁷ Vicepresidente electo del Congreso; el presidente era Repetto.

¹⁸ Cf. *La Vanguardia*, 27 de mayo de 1934, p. 2, y 28 de mayo de 1934, p. 6. El número de votos de cada moción no responde, obviamente, al número de delegados que votaron por ellas, sino al número de afiliados representados por esos delegados. Es importante notar que ésta es la única votación cuyo resultado se publica utilizando la referencia al número de afiliados representados, dado que el resto es reflejado según el número de votos emitidos.

en el seno del partido”, a la que no dudan en asociar directamente con una infiltración comunista en las filas de la organización.¹⁹ Los sectores que defienden la redefinición de la táctica –dice Ghioldi–, encerrados en el modelo de la lucha de clases, no son capaces de “reconocer que es imposible establecer una incompatibilidad entre interés de clase e interés general”, que “todo interés de clase que no siga la corriente del interés general está destinado a morir”.²⁰ Lo que pretenden quienes defienden la posición de la Federación mendocina –afirma– no es sino reemplazar “la línea constructiva seguida hasta ahora” por el partido con “la militarización de la clase trabajadora”.²¹

¹⁹ Uno de los blancos centrales de estas críticas es Ernesto Giudice, ex dirigente de la Federación Universitaria Argentina, que había ingresado al PS en 1932 –luego de su exilio en Montevideo durante el gobierno de Uriburu– y que finalmente dejará el partido meses después del XXII Congreso, en 1934. Durante el XXII Congreso Giudice y Ghioldi sostienen una agitada polémica, en la cual el segundo acusa al dirigente estudiantil de ser un “infiltrado comunista” en el PS, dueño de una conducta política errática y oportunista. Cf. *La Vanguardia*, 28 de mayo de 1934, pp. 2 y 3, y 29 de mayo de 1934, p. 6.

²⁰ *La Vanguardia*, 28 de mayo de 1934, p. 2. El discurso de Ghioldi retoma en este punto el argumento contra la posición clasista esgrimido por N. Repetto en la discusión del informe del CEN al XXII Congreso (cf. *La Vanguardia*, 27 de mayo de 1934, p. 12). En este discurso, y polemizando con C. Sánchez Viamonte, Repetto afirma:

La revolución operada desde 1926 a 1929 por la técnica dirigida por la clase capitalista ha desarrollado una cantidad nueva de clases y ha originado otras. Es enorme la diversificación en este terreno y ya un escritor ruso lo hacía notar en 1919 cuando manifestó que dentro de la propia clase trabajadora existen antagonismos. El socialismo no puede excluir de su seno a todas las clases que son útiles a la sociedad. [...] Hay actualmente en el partido muchas categorías de hombres: proletarios, profesionales, literatos, técnicos, periodistas, hombres de ciencias, etc. ¿Vamos a decir que no es el nuestro un movimiento socialista porque hay, además de los proletarios, otros hombres de trabajo?

²¹ *La Vanguardia*, 28 de mayo de 1934, citado.

El despacho de la minoría insiste sobre los argumentos que había esgrimido en la carta de 1932, poniendo especial énfasis en la recuperación del Programa Máximo del PS, olvidado tras décadas de privilegio del Programa Mínimo. En este caso, el discurso de Marianetti reclama dos operaciones por parte del Congreso: la afirmación del PS como partido de clase y su definición como organización internacional. Ambas demandas sintetizan las que para el grupo disidente son las mayores falencias del socialismo argentino: su tendencia a constituirse en un partido de sectores medios, alejándose progresivamente de la clase obrera, “única clase verdaderamente revolucionaria”, y su fuerte apego a valores e ideales nacionalistas, consistentes con la creciente participación socialista en los órganos de la república.

Claridad, que había tenido un protagonismo notable durante el primer debate sobre la táctica, no se comporta de igual manera durante el XXII Congreso. En un año en el cual abundan las colaboraciones referidas a la política del partido y a la situación del socialismo internacional, la revista no continúa la polémica editada y avivada más de un año atrás. Sólo un editorial, el correspondiente al mes de mayo, hace referencia explícita al Congreso, pero lejos de recuperar la posición de la minoría, como lo había hecho entusiastamente en 1933, se limita a desestimar los conflictos producidos en Santa Fe. Antonio Zamora, que en la presentación de la encuesta “¿Debe cambiar de táctica el socialismo?” decía:

Nuestras fuerzas son fuerzas dispersas que por estar en esa condición no son lo suficientemente eficaces que debieran serlo. No tenemos influencias decisivas en las organizaciones obreras en su acción de conjunto, porque se ha pregonado siempre la prescindencia de la acción política en la dirección gremial y porque las organizaciones obreras también han sido prescindentes de la acción política cuando ésta es la fun-

damental. Sin el predominio político las demás conquistas obreras no pasarán de ser una simple cataplasma para sus males. El movimiento socialista necesita de la fuerza de las organizaciones obreras, como las organizaciones obreras necesitan del movimiento socialista, para completar la acción de supremacía para la conquista definitiva de sus derechos y lograr la realización de transformar el mundo en un orden social nuevo por la socialización definitiva.²²

Y afirma en 1934:

No obstante el anhelo ferviente de un cambio de táctica y los pronósticos formulados, el congreso se ha celebrado con pocas variantes de los anteriores, por más que sus sesiones han sido agitadas y las tendencias de derecha e izquierda se hayan perfilado con matices más definidos que en los realizados en los últimos años. Sin embargo no ha primado en ese congreso ninguno de los extremos. Ni uno ni otro se pronunciaron por un cambio absoluto, en tanto que el grueso del Partido, con acentuada tendencia de centro izquierda positivista, colocada entre los dos extremos, determinó la expresión real y más conveniente para afrontar la situación actual, de acuerdo con las posibilidades con que se cuentan y las fuerzas que se tienen. [...]. El Congreso ha revelado la potencialidad del partido, su poderosa organización, pero de ninguna manera arroja otro balance que el de un congreso más que ha servido para evidenciar otra vez que el movimiento socialista es la más alta expresión de las organizaciones sociales y políticas del país.²³

Distinto es el lugar de las discusiones sobre la política de coaliciones, que experimenta cambios sustantivos a lo largo de la década. De al-

guna manera, podría pensarse que las variaciones en torno de este tópico son uno de los elementos clave para comprender la trayectoria del socialismo en la década estudiada, considerando tanto su dirigencia, como las minorías luego disidentes y el espectro que ampliamente llamamos “pensamiento socialista” y que no formaba parte de la organización.

Punto histórico de conflictos en el interior del PS,²⁴ la discusión acerca de la conveniencia o no de llevar adelante una política de cooperación con otras fuerzas se despliega en la década de 1930 en dos coyunturas claves al promediar 1931, con la conformación de la Alianza Civil junto con el Partido Demócrata Progresista, y a comienzos de 1936 con el llamamiento a la construcción de un Frente Popular con el resto de las “fuerzas democráticas”.

En septiembre de 1931, el socialismo selló una alianza electoral con el Partido Demócrata Progresista al proclamar la fórmula presidencial Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto para las elecciones de noviembre de ese año, en las que resultaría vencedor –con intervención del fraude– el general Agustín P. Justo.²⁵ Por primera vez en su historia el socialismo abandonaba su política de no cooperación con otras fuerzas y lo hacía con un partido si-

²⁴ En el Congreso fundacional de 1896, donde triunfa la opción ‘intransigente’ en relación con la colaboración con otras fuerzas, Juan B. Justo se enfrenta con el grupo liderado por José Ingenieros y Leopoldo Lugones a propósito de esta cuestión, y resulta derrotado. Cf. Portantiero, Juan Carlos, *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, FCE, 1999, p. 24.

²⁵ Los resultados finales de la elección otorgaron 234 electores a la fórmula conservadora Justo-Roca y 124 a la fórmula De la Torre-Repetto. La alianza demócrata-socialista obtuvo el 31,7% de los votos en el nivel nacional; el 51,2% en la Capital Federal y el 48,1% en Santa Fe –distritos en los cuales se impuso– y logró constituirse en primera minoría en la provincia de Buenos Aires, con el 32,1% de los sufragios. En cuanto a la representación parlamentaria del Partido Socialista, a partir de estas elecciones, éste logró 43 bancas en la Cámara de Diputados y 2 en la de Senadores. Cf. Cantón (1973), pp. 119-121 y 269-271, y Godio (1989), pp. 34-42.

²² Antonio Zamora, “Al margen de una encuesta”, en *Claridad*, No. 264, abril de 1933.

²³ Antonio Zamora, “Al margen del Congreso socialista de Santa Fe”, en *Claridad*, No. 277, mayo de 1934.

tuado claramente por fuera del espectro de la izquierda.

Si bien el Comité Ejecutivo Nacional del PS había refrendado su decisión de cooperar con el PDP en un Congreso Extraordinario,²⁶ no todo el partido recibía con el mismo júbilo la decisión de cooperar con una fuerza tan lejana ideológicamente de los principios del partido.

La dirigencia del partido, y quienes la acompañaban apoyando la coalición con los demoprogresistas, defendían la iniciativa apelando a dos argumentos diferentes, pero vinculados entre sí. El primero y principal, la necesidad de hacer frente a las fuerzas “representantes del pasado” que volvían a cernirse sobre la república. El segundo, la urgencia de oponer los valores de la civilidad y el republicanismo de cara al frente militarista y corporativo instalado en el poder en septiembre de 1930.

Pero para una parte importante de la militancia, sin embargo, la colaboración con el PDP no podía ser más que un nuevo indicio del excesivo colaboracionismo de la cúpula del partido con las fuerzas de la burguesía, hecho que sólo contribuía al alejamiento de los verdaderos objetivos del socialismo.

Pese a la adscripción de la dirección de *Claridad* a la iniciativa de colaboración, durante la segunda mitad de 1931 la revista fue eco de las voces que señalaban su oposición a la Alianza Civil. Más aún, las consecuencias de aquella acción electoral y las críticas a la misma todavía se señalaban en 1933, en ocasión de la ya comentada Encuesta sobre la Táctica.

Distinta es la situación en 1936. Ese año, el 1° de mayo encuentra reunidos en un gran acto público a socialistas, demoprogresistas,

radicales y comunistas.²⁷ Pero la iniciativa, lejos de provocar el rechazo de la militancia socialista, es recogida con entusiasmo, y la participación de afiliados y militantes del PS en el acto es multitudinaria. No han cambiado los actores; éstos siguen siendo los mismos y –aún más– el espectro de la convocatoria se ha extendido hasta un punto imposible de imaginar cinco años atrás, abarcando inclusive al radicalismo. Son los parámetros de la discusión política los que han cambiado. Lentamente, de manera casi inadvertida, el trasfondo de la política nacional ha ido variando, y mucho más lo ha hecho el contexto internacional. El fascismo se consolida en Europa y la amenaza de una segunda gran guerra parece inevitable; sólo la unidad de las fuerzas democráticas se muestra como una opción viable frente a la reacción. El Frente Popular²⁸ es el nuevo tamiz por el que pasará el problema de las alianzas con otras fuerzas políticas. La discusión, en realidad, ya no es la de las ventajas y desventajas de la cooperación con otras organizaciones, sino la de las vías posibles para hacer frente al avance del fascismo, en la Argentina y en el mundo.

Las reivindicaciones que unían a la heterogénea coalición que organizó el acto en mayo de 1936 se resumen en la misiva con que se abría la manifestación: “¡Por la paz, por la libertad, por la Justicia Social!”. Sin embargo, el tópico que recurrentemente se destaca en los discursos no es el de los peligros de la guerra, sino el de la relevancia de la cooperación entre “fuerzas democráticas”. Una confluencia que de todos modos no ocultaba dificultades

²⁶ Se trata del VI Congreso Extraordinario del PS, realizado en la Casa del Pueblo de la Capital durante los días 30 y 31 de agosto de 1931. Para un análisis de los debates internos del PS en torno de la conformación de la Alianza Civil, cf. Fernández Irusta, Pablo, “El partido socialista y la Alianza Civil de 1931”, 2001, mimeo.

²⁷ La convocatoria había partido de la recientemente reconstituida CGT, controlada por los socialistas y encabezada por el diputado por el PS Francisco Pérez Leirós y el dirigente ferroviario José Doménech.

²⁸ La política de Frentes Populares fue impulsada por la Internacional Comunista a partir de su VII Congreso, realizado en agosto de 1935, y las experiencias de los frentes populares español y francés de 1936 fueron los casos más resonantes de dicha política.

y rispideces. Así se desprende de las palabras que pronuncia Enrique Dickman:

En defensa de la constitución, de las instituciones democráticas y de las libertades populares, estamos los socialistas, *dispuestos a hablar junto a las otras fuerzas democráticas y libres*, con la decisión y energía que tal defensa exige y en los terrenos que sean necesarios y eficaces. [...] El viejo y glorioso Partido Socialista *acepta ahora colaborar con las fuerzas obreras y democráticas con absoluta lealtad*, con gran dignidad y con total inteligencia en los comunes propósitos de defender la libertad, la democracia y la justicia. *Y exige la misma inteligencia de sus actuales y futuros aliados en tan grande y noble tarea.*²⁹

Sin embargo, pese a estas y otras prevenciones,³⁰ el XXIII Congreso socialista de junio de 1936 encomendará al Comité Ejecutivo la implementación de una política encaminada a la formación de un “Frente Popular Democrático”³¹ para la defensa, entre otros puntos,

²⁹ Cf. *La Vanguardia*, 3 de mayo de 1936, p. 3 (las cursivas son nuestras).

³⁰ Son muchos los socialistas que se muestran recelosos frente a la política comunista de frentes populares. Para ellos, la colaboración con quienes apenas unos años antes los acusaban de “socialtraidores” y “puntales de los gobiernos burgueses” debe ser tomada —como mínimo— con abundantes recaudos. Ésta es la opinión de Rómulo Bogliolo, quien en ocasión del acto del 1º de mayo de 1936 afirma en *La Vanguardia*:

Y si los propósitos enunciados son sinceros, si la táctica es la misma, si las tareas se cumplen en un mismo plano, entonces, naturalmente, por lógica gravitación, la fuerza mayor, vale decir, la organización socialista, absorberá a los distintos grupos del antiguo núcleo disidente. [...] Y como condición primordial la independencia del movimiento socialista debe seguir manteniéndose, para poder actuar y apreciar los asuntos internos de cada país con el criterio propio de cada agrupación nacional. Otra determinación sería suicida, pues las consecuencias flotan en el ambiente” (*La Vanguardia*, 1 de mayo de 1936, suplemento especial 1º de mayo, p. 6)

³¹ La Comisión Especial sobre Asuntos Políticos del XXI-II Congreso elabora un solo despacho en el que se aprueba la política de frente popular democrático. Son miem-

“de las libertades políticas y civiles del pueblo argentino, de la integridad de la ley Sáenz Peña y de las instituciones democráticas que consagra la constitución”. En dicho frente participarían “todas las fuerzas democráticas y obreras, sindicales y políticas, sin mengua de su respectiva organización autónoma y con los fines propios de cada una de ellas”.³²

A lo largo de ese año, *Claridad* se sumará con entusiasmo a la campaña favorable a la formación del Frente Popular, y lo hará además haciendo lugar en sus páginas a representantes de las distintas corrientes involucradas en la convocatoria.³³ En abril de 1936, Zamora inaugura el número 300 de la revista, dedicado casi íntegramente al tema, con un editorial en el cual el frente popular constituye el “perfil de una gran esperanza redentora que ha empezado a iluminar las conciencias”.³⁴ En dicha edición se sucederán las contribuciones que, de un modo u otro, abonarán la misma confianza en la confluencia con el resto de las organizaciones democráticas en la lucha contra la reacción. Después

bros de dicha comisión Enrique Dickman y Mario Bravo por el CEN; Silvio Ruggeri y Américo Ghioldi por el Grupo Parlamentario; José E. Rozas por el Consejo Nacional y los delegados Adolfo Dickman, Jacinto Oddone, José Bogliolo, Alejandro Hermida, Aristóbulo Martínez, Agustín L. Caraballo, Antonio Zamora, Felipe Aguado, R. Spinelli y Luis Satulosky. Sólo firma el despacho en disidencia el diputado Ghioldi. De todas maneras, pese a la existencia de un único despacho de la comisión, las deliberaciones de la misma no están exentas de debates. En este caso, se trata del que enfrenta a Benito Marianetti —presidente del Congreso— con Adolfo Dickman, sobre el carácter del frente y el alcance de sus objetivos. Cf. *La Vanguardia*, 30 de junio de 1936, p. 1.

³² Cf. *La Vanguardia*, 1 de julio de 1936, p. 1.

³³ En este sentido es de destacar la publicación, a finales de 1936, de un debate entre Liborio Justo y Rodolfo Puiggrós a propósito de la política comunista de frentes populares. Cf. Liborio Justo, “Carta abierta a los camaradas comunistas (a propósito del Frente Popular)”, en *Claridad*, No. 306-307, octubre-noviembre de 1936, y Rodolfo Puiggrós, “Respuesta a una epístola de Liborio Justo”, *Claridad*, No. 308, diciembre de 1936.

³⁴ Antonio Zamora, “El perfil de una esperanza”, *Claridad*, No. 300, abril de 1936.

del acto del 1º de mayo, el tema continuará presente en la publicación, fundamentalmente en los textos de su director, quien afirmará:

La comunión de las fuerzas democráticas constituye, en esta hora de arrebatos reaccionarios, el único medio eficaz para salvar las instituciones civiles y asegurar el ejercicio de las libertades públicas. [...] Corresponde a las fuerzas populares mancomunarse sus energías para dar a la próxima contienda presidencial el carácter de una cruzada libertadora.³⁵

Así, la revista cerraba filas con una iniciativa que ponía por delante de cualquier otro objetivo el del enfrentamiento con las fuerzas de la reacción conservadora, en un movimiento que incluía tanto al resto de la izquierda como al conjunto de las consideradas “fuerzas democráticas”. De este modo, no sólo se dejaban atrás las objeciones que en 1931 se habían desplegado frente a la constitución de la Alianza Civil, sino que se daba un paso más respecto del modelo del “Frente Único Proletario” que aun a contracorriente de la dirigencia socialista la revista había reclamado en 1934.³⁶

Conclusiones

Según una afirmación ya clásica, los momentos de crisis se definen como aquellos en los cuales mientras “lo viejo no termina de morir, lo nuevo no termina de nacer”. Para quienes pretenden explorar las transformaciones que en dichos períodos tienen lugar, y la posición de los actores sociales frente a ellas, aquel rasgo

puede constituir sin duda un obstáculo, pero también un desafío. Si la existencia de tendencias contradictorias y la convivencia de elementos pertenecientes a signos y épocas diferentes puede implicar, por un lado, una particular dificultad para identificar la naturaleza de los procesos en curso, por otra parte esta misma característica puede convertirse en la clave de lectura de un momento complejo, cuya comprensión no debería agotarse en la cristalización a que posteriormente aquellas transformaciones dieron lugar.

De este modo, así como la década de 1930 adquiere otros matices y otras valoraciones si se presta atención particular a los diferentes procesos que la atravesaron, sin reducirlos a las mutaciones que se consolidaron en la década de 1940, de la misma manera los conflictos, los debates y las transformaciones del socialismo argentino durante aquellos años pueden ser evaluados de otro modo si no se los explora con las lentes de su fracaso posterior frente al peronismo.

Durante años las ciencias sociales hablaron de un socialismo anquilosado, completamente perplejo e inmóvil frente a los cambios que atravesaban a la sociedad argentina en la década de 1930, lo cual se constituyó en la explicación por excelencia para la derrota de aquél frente al peronismo en el terreno de las clases populares. Este argumento, que en síntesis plantea la creación gradual de un cierto hiato entre los actores políticos y la realidad,³⁷ es enunciado de diferentes maneras según los autores, pero siempre con el mismo desenlace: el desencuentro entre el socialismo y su supuesta base social, la clase obrera, a partir del ascenso del peronismo.

Sin embargo, pese a esta seguridad en los diagnósticos, son muy pocas las investigaciones que se dedicaron a analizar la manera en que el socialismo argentino enfrentó ese mo-

³⁵ Antonio Zamora, “Significación histórica del homenaje popular al presidente Sáenz Peña”, *Claridad*, No. 304, agosto de 1936.

³⁶ Cf. al respecto las colaboraciones de Emanuel Suda (No. 273, enero de 1934); Antonio Zamora y Antonio Marcellino (No. 274-275, febrero-marzo de 1934) y Francisco Gianfrini (No. 277, mayo de 1934).

³⁷ Cf. Forster en *La Ciudad Futura*, No. 4, 1987.

mento signado por la crisis capitalista y las tensiones entre la política oligárquica y la emergencia de una sociedad de masas. En este trabajo nos propusimos justamente explorar qué reflexiones, diagnósticos y debates habían atravesado al pensamiento socialista a lo largo de la década de 1930, intentando de alguna manera reflexionar sobre la justeza de ese modelo de perplejidad e incompreensión frente a las transformaciones en curso, que tantas veces fue sostenido.

Del análisis de las discusiones sostenidas en *Claridad* a lo largo de la década se desprende que, más allá de la efectividad de las diversas acciones encaradas por el socialismo, no es la idea de parálisis la que mejor caracteriza sus actitudes a lo largo del período. Más bien, la década de 1930 resultó un período de extrema movilidad, de fuerte debate ideológico, conflictos internos e innovación política.

Si bien a lo largo de la década el Grupo Parlamentario del PS fue consolidando su liderazgo dentro de la organización, esto no se logró sin conflictos ni eliminó por completo la influencia que los sectores opositores pudieran tener dentro del partido y fuera de él, en el espacio intelectual de las izquierdas. Efectivamente, lo que resulta difícil afirmar en este período es la existencia de una organización sólidamente aglutinada tras el liderazgo de sus figuras principales, aun admitiendo que el poder de ellas fue indudablemente en ascenso.

Ahora bien, la presencia de grupos enfrentados con la conducción partidaria no es la única prueba de la “vitalidad” organizativa e ideológica del socialismo. Aún más importante es el hecho de que durante la década de 1930 no resulta sencillo identificar bloques ideológicamente diferenciados o corrientes internas con cierta identidad y permanencia. Exceptuando el caso del grupo liderado por Marianetti, que más adelante formará el Partido Socialista Obrero, los sucesivos debates muestran participantes situados sucesivamente a uno y otro lado de la contienda política, sin

que se pueda hablar de posiciones invariantes a lo largo del período.

Esto puede verse a lo largo de los cinco ejes de discusión presentados en este trabajo. El llamado “debate sobre la táctica” de 1932-1933 marca sin duda la línea divisoria más clara entre la izquierda y la derecha del Partido Socialista, la cual seguirá vigente en ocasión de los congresos de 1934 y 1935 y en los conflictos que llevarán finalmente a la escisión de 1937. Tal como esto es planteado por la Federación Socialista de Mendoza en 1932, el ala izquierda o revolucionaria se construiría sobre la coincidencia en la reafirmación del Programa Máximo del PS, la condena de la colaboración con fuerzas burguesas (tanto en el plano electoral como en el seno del Parlamento) y el fin de la prescindencia gremial. Sin embargo, salvo el núcleo más próximo a B. Marianetti, quienes apoyan la moción de los mendocinos en 1933 no necesariamente habían coincidido con sus reclamos anteriormente –en ocasión de la conformación de la Alianza Civil, por ejemplo– ni apoyarán sus iniciativas con igual virulencia en el futuro –como puede verse en el Congreso Ordinario de 1934–. Un ejemplo paradigmático de esta flexibilidad en las posiciones político-ideológicas es el del director de *Claridad*, Antonio Zamora. Amigo personal de buena parte de la dirigencia del PS y al mismo tiempo principal acicate del llamado a un Congreso Extraordinario en 1933, apoya inequívocamente la campaña de la Alianza Civil en 1931 y se muestra distante del conflicto sostenido entre los delegados mendocinos y el grupo parlamentario en 1934. Del mismo modo, apenas meses después de saludar entusiastamente la construcción de un Frente Popular que emule al español de 1936, no duda en celebrar la visita de F. D. Roosevelt a la Argentina en ocasión de la Conferencia Panamericana por la Paz.

De esta manera, a partir de la lectura de *Claridad*, resulta difícil suscribir la imagen de un socialismo relativamente desconcerta-

do y atravesado exclusivamente por el clivaje entre una izquierda revolucionaria y una conducción reformista. Más bien, la situación de la organización y del círculo intelectual que la rodeaba en la primera parte de la década de 1930 es la de un colectivo enfrentado a un momento de profundas –y en muchos casos rápidas– transformaciones, en el cual son desafiados no sólo la realidad, sino fundamentalmente los instrumentos con los cuales se la interpretaba. Así, conviven en un mismo universo ideológico y político tradiciones y lecturas diferentes que, si pocos años más tarde serán pensadas como irreconciliables,

en este momento no son más que los extremos visibles de una sociedad convulsionada.

Por último, cabe interrogarse sobre si esta situación, que hoy describimos como imagen del socialismo argentino en la década de 1930, no es en realidad la que corresponde a todo un período que, dentro y fuera del espectro de la izquierda y tanto en el país como en el nivel internacional, estuvo signado, en sentido amplio, por la redefinición de un modelo de sociedad. Redefinición que no sólo cambió las respuestas, sino que fundamentalmente obligó a que los actores, más tarde o más temprano, supieran cambiar sus preguntas. □

Fuentes consultadas

La Vanguardia, 13 de mayo al 30 de mayo de 1934, 26 de abril al 3 de mayo de 1936 y 27 de junio al 4 de julio de 1936.

Claridad, Nos. 223 (enero de 1931) a 308 (diciembre de 1936).

Bibliografía citada y consultada

AA.VV. (1981), “Claridad, editorial del pensamiento izquierdista”, en *Todo es historia*, No. 172, Buenos Aires. (Número dedicado a la editorial y revista *Claridad*.)

AA.VV. (1987), Dossier “La Argentina de los años treinta. Momentos y figuras de la crisis”, en *La ciudad futura*, No. 4, Buenos Aires, marzo de 1987.

Altamirano, Carlos (ed.) (1999), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel.

Aricó, José (1994), “La tradición socialista”, en Iturrieta, A. (comp.), *El pensamiento político argentino contemporáneo*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Cantón, Darío (1973), *Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Cattáneo, Liliana (1991), “La izquierda argentina y América Latina en los años ‘30. El caso de *Claridad*”, mimeo.

Cataruzza, Alejandro (1991), *Historia y política en los años ‘30: comentarios en torno al caso radical*, Buenos Aires, Biblos.

Cataruzza, Alejandro (2001), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina, tomo 7, Buenos Aires, Sudamericana.

Ciria, Alberto (1985), *Partidos y poder en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Ferreira de Cassone, Florencia (1998), *Claridad y el internacionalismo americano*, Buenos Aires, Claridad.

Coletti, Lucio (1978), *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI.

Fernández Irusta, Pablo (2001), “El partido socialista y la Alianza Civil de 1931”, mimeo.

Godio, Julio (1989), *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires, Legasa.

Luzzi, Mariana (2001), “El viraje de la ola. Las primeras discusiones sobre la intervención del Estado en el socialismo argentino”, en *Estudios sociales. Revista Universitaria Semestral*, No. 20, Santa Fe.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (1987), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Pluet-Despatin, Jacqueline (1992), “Une contribution à l’histoire des intellectuels: les revues”, en N. Racine y M. Trebitsch (dirs.), *Sociabilités intellectuelles. Lieux, milieux, réseaux*, Cahiers de l’Institut d’Histoire du Temps Présent, No. 20, París, CNRS.

Portantiero, Juan C. (1999), *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, FCE.

Tortti, María Cristina (1989), *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*, Buenos Aires, CEAL.

Tortti, María Cristina (1995), “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en Ansaldi, W.; Pucciarelli, A. y Villarruel, J., *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos.

De Acción Argentina a la Unión Democrática

*El civismo antifascista como prédica política y estrategia
partidaria del Socialismo Argentino (1940-1946)*

Andrés Bisso

CISH / UNLP

En el presente trabajo se analizarán la recepción, usos y difusión del civismo antifascista como prédica política del Partido Socialista durante la primera mitad de la década de 1940. Asimismo, será considerado el peso que dicha prédica tuvo en la estrategia partidaria del socialismo argentino y se rastrearán sus consecuencias en la construcción de alianzas políticas y electorales encaradas por dicho partido en este período, impactado particularmente por la resonancias que la Segunda Guerra Mundial producía en el país.

Introducción

El comienzo del uso de la apelación antifascista argentina por parte del Partido Socialista es, indudablemente, anterior al período que nos ocupa directamente en esta ponencia. Desarrollada lentamente, a partir de conexiones dadas entre la realidad política europea y la nacional, la eficacia de la apelación antifascista para combatir a enemigos internos tendrá su bautismo de fuego a mediados de la década de 1930, especialmente a partir de la recepción a escala nacional del proyecto de Frentes Populares en 1935, y de la movilización en favor de la República Española entre 1936 y 1939, durante la cual dicha prédica gozará de una especial popularidad, al enla-

zarse con la defensa de la democracia y el repudio del fraude electoral.¹

En dicho período, la utilización de la prédica antifascista tendrá, no sólo un eficaz poder de oposición al fraude conservador, sino también un tentador efecto movilizador para las fuerzas *democráticas*, desgastadas ellas mismas por su participación en el esquema fraudulento.² Así, ante cierta imposibilidad de encarnarse en un *idealismo* local, que poseyera una *comprobada* capacidad de movilización ciudadana, la apelación antifascista funcionará como plausible mito de movilización interna en el campo socialista y liberal democrático.³

¹ Para un rastreo de la evolución de la apelación antifascista argentina, véase Andrés Bisso, “¿Batir al naziperonismo? El desarrollo de la apelación antifascista argentina y su recepción en la práctica política de la Unión Democrática”, Tesis de Licenciatura, UNLP, 2000.

² Ya que como señala Luis Alberto Romero, “quienes debían enfrentar categóricamente al gobierno fraudulento optaron por las transacciones, y contribuyeron a un progresivo descreimiento ciudadano”, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1995, p. 117.

³ Para un análisis de la utilización de cuestiones relacionadas con la Segunda Guerra Mundial como motorizadoras de disputas internas, véase Leonardo Senkman, “El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1943”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 6, No. 1, enero-junio de 1995, p. 23-49.

Por otro lado, la apelación de carácter cívico, que suponía la necesidad de nuclear a los sectores *representativos* de la sociedad en un movimiento que tendiera al progreso y al desarrollo de la política democrática del país, tampoco era desconocida para los socialistas. Sin embargo, su prédica había sido oscurecida por su carácter meramente electoral, como en el caso de la Alianza Civil de 1931, o había sido eclipsada por consideraciones negativas hacia el Partido Socialista, al que se suponía rodeado de un carácter *antinacional*, por parte de muchos de los sectores con los que, al menos en teoría, esa unión cívica podía realizarse. Esto llevaba a los socialistas, en mayo de 1939, a lamentarse por la suerte del “civismo argentino, de inquieta tradición aunque no siempre clara, que hoy yace postrado y abatido”.⁴

Finalizada la Guerra Civil Española y con la derrota republicana, el Partido Socialista Argentino, aunque sin dejar su ímpetu antifascista, con el que se denunciaba especialmente la complicidad del conservadurismo argentino con el triunfo franquista,⁵ se replegará internamente, combinando una estrategia de recrudescimiento de los ataques al comunismo a partir del pacto Hitler-Stalin,⁶ con

una desconexión paralela frente a los otros partidos *democráticos*, especialmente frente al radicalismo, al que se denunciará como cómplice del conservadurismo en la permanencia del fraude y como fuerza desnaturalizadora de la democracia argentina.⁷ La expresión más fuerte de la introspección partidaria de esos momentos estará dada durante el 1º de mayo de 1939, en el que los socialistas retomarán un discurso revolucionario y obrerista, en un tono que parecía olvidado.⁸

El estallido de la guerra, en septiembre de 1939, detendrá paulatinamente ese corto proceso de introspección partidaria. Con fuerza creciente en el transcurso del año 1940, frente a los triunfos nazis en la guerra y la involución del proceso de *normalización* democrática llevado a cabo por Ortiz, será retomada por los líderes socialistas la tentadora idea de expresarse como la avanzada del progreso democrático, a través de la prédica cívica y antifascista.⁹ Esta estrategia mostrará rápidamente sus frutos, ya que el Partido Socialista comen-

⁴ Isidoro Oliver, “Esperanza en el porvenir”, *La Vanguardia*, 1º de mayo de 1939, p. 22.

⁵ Los principales acusados de profranquismo por el Partido Socialista eran los conservadores bonaerenses, acaudillados por Manuel Fresco. Así, en *La Vanguardia* podrá leerse, luego de la caída de Madrid: “Dos años debieron aguantarse los facciosos de este partido [el fresquismo, A.B.] para exteriorizar bárbaramente su regocijo por la conquista de la heroica ciudad de Madrid”, *La Vanguardia*, 29 de marzo de 1939, p. 8.

⁶ Para los socialistas, el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin pareció ser la confirmación final de la traición de los comunistas a los trabajadores. En la revista mensual del partido, poco después de producido el pacto:

[...] si durante veinte años el comunismo ha colaborado eficazmente en la destrucción del movimiento obrero, del brazo casi siempre con la reacción, en estos momentos acaba de asestar un golpe de muerte a las últimas ilusiones de sus simpatizantes leales,

Revista Socialista, año X, No. 112, agosto de 1939, p. 136.

⁷ En ese sentido, Nicolás Repetto señalaba que “el advenimiento del primer gobierno radical torció y desnaturalizó [el] feliz comienzo de la democracia argentina” y que existía “una similitud de método y falta de escrúpulos en las dos grandes fuerzas tradicionales de la política argentina”. “Los males de la democracia argentina”, *Suplemento de La Vanguardia* del 1º de mayo de 1939, p. 3.

⁸ Así, Nicolás Repetto dirá en el acto socialista del Día del Trabajador: “El Primero de Mayo no es un día de fiesta, sino de afirmación y de esperanza [...] Conviene recordar su significado originario: reclamar la jornada de ocho horas de trabajo y protestar contra el militarismo y la política agresiva de las naciones”, *La Vanguardia*, 3 de mayo de 1939, p. 2.

⁹ Ya en diciembre de 1939, los socialistas se presentaban como el sector más *desinteresado* en la búsqueda de la unión civil frente al fraude, señalando que

[...] los socialistas cumplen en todas partes su misión con un criterio objetivo y general. Por sobre cualquier clase de consideraciones electorales o circunstancias de comodidad personal o de conveniencias de grupo, hacen valer siempre los altos móviles de bien público que animan su acción constructiva,

Revista socialista, año X, No. 115, diciembre de 1939, p. 473.

zará a descubrir las ventajas relativas que le deparaba su prédica en favor de una acción cívica que *superase* las diferencias partidarias.

De esta manera, la unidad cívica y antifascista no sólo comportaba beneficios absolutos para los partidos *democráticos* en sus intentos de ampliación y coordinación de sus esfuerzos de movilización frente al fraude, sino que abría también una brecha de competencia entre dichos partidos, produciendo réditos políticos relativos dentro de dicha unidad, para aquellas fuerzas que se presentaran como las más eficaces y *desinteresadas* promotoras de la lucha contra el fraude.

Por otro lado, desde el pacto Hitler-Stalin la exclusión de los comunistas de cualquier posible diálogo con las llamadas *fuerzas democráticas* dotaba al Partido Socialista de un lugar especialmente beneficioso en aquellas agrupaciones cívico-antifascistas de extracción liberal-democrática, que como *Acción Argentina* procuraban alejar al país de las *amenazas* que suponían tanto el *extremismo* nazi como el comunista. De esta manera, el Partido Socialista podía presentarse como el ala izquierda de una coalición democrática que no excluía, en principio, ni a los sectores del conservadurismo indispuestos con la estrategia de retorno al fraude del vicepresidente Ramón S. Castillo, ni a los antipersonalistas que continuaban apoyando al enfermo presidente Ortiz.¹⁰

La perspectiva de la Segunda Guerra Mundial, adepta a los posicionamientos antagónicos de bloques, superará en gran medida las dificultades previas que acarrea el socialismo con sus compañeros *demócratas*, haciendo más verosímil su pretensión de participar y promover grandes alianzas cívicas y

antifascistas, despojado de cualquier interés electoral o de beneficios partidarios.

Al presentar la necesidad de la unión de los *demócratas* como una premisa dada por la *urgencia del momento bélico*, que evitaba cualquier intento de espíritu sectario u oportunista, los socialistas buscarán expresarse como la avanzada de un nuevo movimiento que defendiera la independencia nacional y reavivara la llama cívica perdida por los vicios del fraude y el *fascismo nativo*.¹¹

El Partido Socialista, *Acción Argentina* y la confluencia cívica, antifascista y liberal durante los años del Pacto Hitler-Stalin (1939-1941)

Los paralelos que se cruzaban entre la política local y la realidad internacional fomentaban el propósito de los diferentes grupos políticos de utilizar los ideales de la Segunda Guerra Mundial como mito de movilización interna.

Era la forma de encuadrar bajo una apelación heroica y dramática una necesidad de unión ante una realidad política local mucho menos *vistosa* y menos reductible a la polarización de ideales, tan antagónicos en sus términos como lo era el binomio “democracia-dictadura”. De esa polarización se nutría la agrupación *Acción Argentina*, que entre sus postulados tenía el siguiente axioma: “el que no está con nosotros, está contra nosotros”.¹²

Como de ese nosotros estaba excluido, junto con los fascistas, el Partido Comunista,¹³ el Partido Socialista logrará identificarse como

¹⁰ Como señala Halperin Donghi, *Acción Argentina* se había organizado “primero en torno a la búsqueda de soluciones políticas mediante la adhesión de núcleos conservadores disidentes frente a la política de Castillo”. Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1995, p. 134.

¹¹ El diputado Juan Antonio Solari señalará que “en las horas presentes del mundo y del país, la posición socialista se destaca inconfundible, porque no admite equívocos”, *La Vanguardia*, 2 de octubre de 1941, p. 2.

¹² “*Acción Argentina* en marcha”, *¡Alerta!*, año 1, No. 4, 5 de noviembre de 1940, p. 6.

¹³ Como lo expresaba la Junta Provincial de *Acción Argentina* de Mendoza, en las filas de esta organización no había otra “exclusión que la de nazistas, fascistas y

el más decidido promotor de la agrupación *Acción Argentina*. De esta manera, en junio de 1940, el Partido Socialista difundirá un manifiesto a la opinión pública, mediante el que instaba a sus miembros y a la ciudadanía en general a:

[...] alistarse sin pérdida de tiempo en las filas de *Acción Argentina* [ya que] no se trata de un partido político, ni de una agrupación de índole parecida [sino] de un gran movimiento de opinión, netamente argentino, que aspira a poner en actividad a la Nación toda en defensa de sus instituciones libres, su soberanía política y de su integridad territorial.¹⁴

De hecho, *Acción Argentina* respondía al ideal cívico y antinazifascista que los socialistas creían necesario incentivar en la República.¹⁵ Y según lo recordaba Nicolás Repetto, la importancia de *Acción Argentina* para los socialistas estribaba en lo que ellos consideraban su calidad de “*auténtico y espontáneo movimiento popular* aparecido para combatir el nazismo y la política reaccionaria del vicepresidente Castillo”.¹⁶ En esta referencia se con-

comunistas. Consecuencia lógica del repudio de los totalitarismos de extrema derecha y de extrema izquierda. Cualquier extremismo que llegare a infiltrarse subrepticamente, será radiado en forma expeditiva”, *La Vanguardia*, 2 de septiembre de 1940, p. 6.

¹⁴ Repetto, Nicolás, *Mi paso por la política. De Uriburu a Perón*, Buenos Aires, Salvador Rueda, 1957, p. 208.

¹⁵ En su manifiesto fundacional, *Acción Argentina* señalaba claramente su apoyo a los aliados, señalando que

[...] de las dos fuerzas que luchan en Europa sólo una es enemiga implacable de la libertad de los demás pueblos, sólo una aspira a extender su dominio por todo el globo terrestre, sólo una reniega de todas las normas que han hecho el progreso moral de la humanidad, sólo una pretende destruir la civilización de Occidente, a cuyo amparo hemos nacido y nos hemos desarrollado como colectividad nacional.

Esta enemiga de la libertad era, indudablemente, Alemania. Manifiesto fundacional de *Acción Argentina* llamado “¡Argentinos!” y reproducido en *La Vanguardia* del 7 de junio de 1940.

¹⁶ Repetto, Nicolás, *Mi paso por la política. De Uriburu a Perón*, cit., p. 224. *Cursivas mías*.

jugaba lo que pedía el socialismo a las agrupaciones multipartidarias de ese momento: cívismo, antifascismo y oposición al fraude.

Así, la forma de atraer la atención de los diferentes sectores ante los que se apelaba se centraba en el carácter *apartidario* que buscaba desarrollarse en la agrupación, más allá de la participación numerosa en sus filas de dirigentes partidarios. Ricardo Pederzet, miembro del Comité Ejecutivo de *Acción Argentina* de Capital Federal, explicaba de la siguiente manera la dinámica por la cual pensaba evitarse la primacía de alguna corriente partidaria o política en la agrupación al decir:

No somos una fuerza política con fines electoralistas. Hay políticos enrolados en nuestra causa, porque nuestra causa es de interés público, pero están representadas todas las tendencias y por estar todas, se neutralizan.¹⁷

Sin embargo, y a pesar de esta pretendida dinámica de *neutralización* ideológica, pueden rastrearse en la práctica política de esta agrupación formas en que la prédica cívica y antifascista se entremezclaba con estrategias partidarias específicas, en las que el socialismo no permanecía aparte.

Para comenzar, el carácter de órgano representativo del *civismo* hacía que en las filas directivas de *Acción Argentina* participaran de una manera más *equitativa* (de lo que una posible representación electoral supondría) personas independientes y hombres del socialismo frente a los del radicalismo, el partido político claramente mayoritario en las urnas (al menos en unas supuestas urnas sin fraude).

Estos intentos de *balance* se veían aprovechados por la mayor disposición de los dirigentes socialistas a participar de la campaña de *Acción Argentina* en comparación con los radicales, que, salvo en casos específicos, pa-

¹⁷ *La Prensa*, 2 de julio de 1940, p. 12.

recían más dispuestos a acompañar que a sobresalir en la misma. La impresión que lograban dar los socialistas en movimientos cívicos y antifascistas era la de una verdadera participación desinteresada, y esto podía terminar jugando a su favor en relación con aquellos grupos cívicos movilizados que no pertenecían a ningún partido político.

Junto con los intentos de lograr ventajas relativas dentro de la unidad cívica, convivían las estrategias para direccionar dicha unidad hacia objetivos en los que el partido estaba particularmente interesado. Así, dentro de las premisas que buscaba subrayar el Partido Socialista a través de sus miembros, en cada acto de *Acción Argentina*, la más importante era la que señalaba que no había lugar para aquellos que no creyeran en los ideales democráticos y fundadores de la nacionalidad, con los que el Partido Socialista comulgaba y con los cuales se quería identificar especialmente, en contraste con lo que se suponía el carácter extranjerizante del Partido Comunista y otros grupos de izquierda.

En esta perspectiva, se buscaba denunciar cualquier intento de penetración de elementos comunistas en las filas de *Acción Argentina*, ya que se consideraba que su antifascismo era fingido y que en su credo antiimperialista, se olvidaban “del imperialismo soviético que se ha comido la mitad de Finlandia, la mitad de Polonia y la mitad de una parte de los Balcanes”.¹⁸

Bajo esta misma lógica, el Partido Socialista atacaba a las agrupaciones cívicas que se suponían dominadas por el Partido Comunista. Para ello, no solían utilizar su palabra partidaria, que podría verse condenada por *interesada*, sino el testimonio de agrupaciones de espíritu cívico que denunciaban la infiltración comunista que operaba en otras organizacio-

nes de índole similar. Así, *La Vanguardia* publicaría una nota de la organización sionista-socialista *Poale Sión*, en la que se acusaba al *Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo* de seguir la “política bizantina del Kremlin” y de ser una “manifestación conciente o inconsciente de quintacolumnismo”.¹⁹

La estrategia del socialismo de excluir de *Acción Argentina* a posibles competidores en la izquierda también incluiría al Partido Socialista Obrero, escisión del socialismo, que tenía su centro más importante en la provincia de Mendoza. Será precisamente sobre las filiales de *Acción Argentina* en esta provincia que el periódico socialista *La Vanguardia* pondrá un énfasis especial, especialmente cuando éstas desmientan a las agrupaciones cívicas que contenían una prédica *antiimperialista*, más a tono con el discurso del socialismo obrero.

De esta manera, *La Vanguardia* reproducirá un comunicado de la Junta Provincial de Mendoza de *Acción Argentina*, en la cual se respondía de manera negativa a la solicitud de la *Comisión Pro Neutralidad y Emancipación Económica Argentina* que pedía la integración de las dos organizaciones en una única organización, en la cual se completarían los fines *cívicos* de *Acción Argentina*, con reivindicaciones de índole social y económica. En la respuesta de *Acción Argentina*, se resaltaban las siguientes ideas que justificaban la negativa:

Los fines de “Acción Argentina” son, pues, amplísimos. Aspira al perfeccionamiento espiritual y material de la Nación [...] Para cristalizar en hechos estas aspiraciones, “Acción Argentina” busca el clima propicio, la base previa: *un período de tregua en la lucha política y en la lucha económica, que permita aunar todos los*

¹⁸ Palabras de Américo Ghioldi en el Cabildo Abierto de *Acción Argentina*. Citadas en *La Prensa*, 24 de mayo de 1941, p. 11.

¹⁹ Reproducción en *La Vanguardia* del 14 de mayo de 1941 de la nota del secretario general de *Poale Sión* al presidente del *Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo*.

esfuerzos para realizar tan grande y noble tarea. Por ello, “Acción Argentina” ha hecho un llamado *abierto a todos los habitantes de la Provincia:* de arriba a abajo y de izquierda a derecha. Resultaría así inoficiosa y redundante la aceptación de un entendimiento para un trabajo en común, que *importaría la existencia de una diarquía perturbadora en la dirección del movimiento [...] es mucho más lógica y deseable la incorporación lisa y llana de los adherentes de esa entidad, en forma individual a Acción Argentina.*²⁰

Aunque extenso, el párrafo citado resulta, a nuestro entender, particularmente sintomático y revelador de la existencia de silenciadas disputas en torno de los intentos de unidad cívica y antifascista que recorren el período de la Segunda Guerra Mundial en la Argentina. La sensación que surge de la lectura de esta respuesta es la de la imposibilidad de lograr, como ansiaban los militantes de *Acción Argentina*, que en el seno de una agrupación abierta a todos, las tendencias políticas se *neutralizaran*.

Dicha imposibilidad de *neutralización* abría grietas en la llamada unidad cívico-antifascista, pero también producía efectos políticos para aquellos partidos que, como el Socialista, se habían colocado de manera ventajosa en dicha coalición. Habiendo aceptado la condición de *tregua económica*, el socialismo podía ampliar su capacidad de convocatoria en grupos que antes le estaban dificultados.

La presencia del socialismo en una agrupación como *Acción Argentina*, que pedía *tregua económica y política*, lo dotaba de *respetabilidad* en el campo cívico y lo incorporaba definitivamente como una fuerza nacional, sin dejar de proveerle, por otro lado, la flexibilidad de una apelación como la antifascista, que tenía un amplio nivel de convocatoria y

²⁰ *La Vanguardia*, 2 de septiembre de 1940, p. 6. Cursivas mías.

que podía expresarse, cuando era necesario, en los términos combativos y provocadores que el socialismo argentino había sabido desarrollar en su experiencia de medio siglo.

Los socialistas y el proyecto de “Unión Democrática” como problemática forma de traducción del civismo antifascista al plano electoral (1941-1946)

El 22 de junio de 1941, las tropas nazis invadirán la Unión Soviética, transformando la posición del Partido Comunista argentino, no sólo con respecto a la guerra, sino también en relación con la política interna. Así, los comunistas quedarán incorporados, no sin rispideces, como compañeros en la cruzada *cívica* y antifascista que intentaban llevar a cabo los partidos *democráticos*.²¹

La pretendida unidad, sin embargo, no será fácil de llevar a cabo. Los años de distanciamiento y la acumulación de rencores, harán que las agrupaciones del antifascismo *democrático* como *Acción Argentina* tarden en reconciliarse con aquéllas de tendencia comunista como la AIAPE (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores).²²

²¹ Como contraprestación de esta actitud, Victorio Codovilla, líder del comunismo, podía congratularse en 1941 al comprobar que “*La Vanguardia* (con excepción de algún francotirador) no sólo defiende a la URSS [...] sino que asume, de más en más, la defensa debida a los comunistas víctimas de las persecuciones policiales”, Victorio Codovilla, *La Unión Nacional es la victoria*, Buenos Aires, Problemas, 1943, p. 22.

²² En ese sentido, continuarían las restricciones existentes para pertenecer a esos dos grupos a la vez. Así, los problemas entre las agrupaciones atacaban el principio de pleno *inclusionismo* que intentaba portar el *civismo*. Recién en el año 1942, cambiarán las relaciones entre estas dos agrupaciones, y finalmente, el secretario general de *Acción Argentina* irá a un homenaje organizado por AIAPE en honor de Emilio Troise, rompiendo el aislamiento mutuo. Véase James Cane, “Unity for the defense of Culture: the AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 77, No. 3, agosto de 1997, pp. 443-482.

Pero más allá de los distanciamientos entre las agrupaciones cívicas, la entrada del Partido Comunista a la confluencia antifascista se dará paralelamente, sobre todo a partir de 1942, con los intentos de transformar dicha confluencia de carácter cívico, en un proyecto electoral conjunto que lograra derrotar al candidato concordancista en las elecciones de 1943, finalmente truncas por el golpe de Estado del 4 de junio de ese año.

Así, las disputas en latencia que podían producirse en *Acción Argentina* y que tendían a silenciarse por las características no electorales de la misma, serán expresadas de manera muy fuerte en el proyecto de *Unión Democrática*. Frente a este panorama, el Partido Socialista intentará demostrar su rol de principal motorizador de la unión electoral y de ser el único partido capaz de negociar con el radicalismo de igual a igual.²³

En este sentido, *Acción Argentina* apoyará la estrategia del socialismo de presionar al radicalismo en una más decidida motorización de la *Unión Democrática*, cuando ella misma dirija al radicalismo, una nota en la que fustigaba a este partido por no aceptar una fórmula extrapartidaria para dicha confluencia electoral y lo instaba a que “la Convención Radical hiciera el sacrificio que espera la Patria, de rever su resolución a la designación del binomio que sostendría en los comicios”.²⁴

Paralelamente a esta presión sobre el radicalismo, el Partido Socialista expresaba sus ataques más duros contra los comunistas. La necesidad de excluir al comunismo de las

conversaciones electorales era tan fuerte, que los socialistas retomarían, durante el año 1943, el apelativo “comunazi” que solían usar con profusión en la época del pacto Hitler-Stalin para separar al comunismo de la comunidad antifascista.²⁵

Luego del golpe de 1943, las conversaciones electorales dejarán de tener sentido, sobre todo cuando la ilusión de una normalización democrática se desvanezca y en diciembre se prohíban los partidos políticos, y posteriormente, en enero de 1944, las agrupaciones antifascistas como *Acción Argentina*.

Los años de 1944 y 1945 serán, bajo el signo de la “Resistencia” frente al gobierno militar, los de apogeo de un discurso cívico-antifascista en los sectores *democráticos*, particularmente combativo y no dispuesto a ningún tipo de negociación. El fruto final de esa creciente oposición hará que los *demócratas*, con el estímulo de la definitiva victoria aliada, se presentaran dispuestos a derrotar a Perón, de quien creían que “representa(ba) la resurrección en América del nazifascismo”.²⁶ Para ello, los socialistas concebían una nueva *Unión Democrática* que le hiciera frente y que fuera concebida como “la significación trascendente de una milicia civilizadora y aguerrida de la civilidad nacional”.²⁷

²⁵ Uno de los más curiosos usos del “comunismo” por parte de los socialistas puede verse en el soneto “La mula comunazi” de Fray Hortiga, que presenta en tono humorístico el posicionamiento de los socialistas frente a los diferentes partidos: “Para salvar al pueblo de la ‘mula’ / fue la Unión Democrática anunciada / la que por socialistas proyectada / en estos días por el país circula // Pero del comunismo audaz, la gula / por ciertos radicales alentada / con su acción deletérea y solapada / amenaza la idea de dejar nula // ¡Tengan mucho cuidado, radicales / con esos comunazis desleales! / ¡Ojo con la canción confusionista // que cantan sus sirenas desde ‘La Hora’! / Mala la ‘mula’ si es conservadora / también mala la ‘mula’ comunista”, *La Vanguardia*, 12 de mayo de 1943, p. 4.

²⁶ Palabras de Alberto Gerchunoff, reproducidas en *La Prensa*, 9 de diciembre de 1945, p. 10.

²⁷ Juan Antonio Solari, “La jira triunfal es precursora de la victoria”, *Antinazi*, año II, No. 49, 31 de enero de 1946, p. 1.

²³ Así, con respecto al proyecto de *Unión Democrática*, el diputado socialista Américo Ghioldi señalará que aunque “la idea no surgió como alianza de partidos para servir fines partidarios”, no se debía olvidar que “el Partido Socialista estructuró la idea; convenció ciudadanos y partidos que al principio no creían en ella; creó el movimiento; le dio el nombre en el bautismo de Saladillo; acaba de darle la plataforma o programa”, *La Vanguardia*, 9 de mayo de 1943, p. 1.

²⁴ *La Vanguardia*, 8 de mayo de 1943, p. 3.

Para pesar de los socialistas, los años que transcurrieron del gobierno militar, hacían impensable que los comunistas quedaran excluidos de esa coalición electoral, ya que ellos habían integrado en forma activa la denominada “Resistencia”, durante la cual, además, habían experimentado una notoria liberalización de su prédica.

Sin embargo, esto no imposibilitaba que frente a la llamada “Lista de la Unidad y la Resistencia” que en Capital Federal presentaban demócrata-progresistas y comunistas, los socialistas replicaran duramente el uso de ese nombre, diciendo que “nuestro partido ha sido la antorcha de la Resistencia. Es por definición, el partido de la Resistencia Civil [...] la resistencia fue y es nuestra bandera”,²⁸ no dudando en señalar que el Partido Socialista era “el pulmón [...] por el que ha respirado la ciudadanía argentina”.²⁹ Era hora, por lo tanto, de recoger los frutos electorales de aquella movilización que fuera de las urnas, en los mítines y en las calles, el socialismo había propulsado.

El resultado electoral del 24 de febrero de 1946 desmentiría las esperanzas de los socialistas de poder transformar el prestigioso caudal de movilización cívica en votos en las urnas. Habían sido derrotados no sólo en las

elecciones presidenciales bajo la *Unión Democrática*, en la que, por otra parte, no habían podido evitar que el radicalismo pusiera los dos términos (presidente y vice), sino también en las elecciones legislativas y provinciales en las que llevaban candidatos propios, en las que su desempeño fue particularmente negativo, quedando excluidos, por primera vez desde 1912, del Congreso Nacional.

Hacia 1946, la apelación antifascista había cumplido su edad útil, desgastada por el intenso y constante uso al que había sido sometida durante más de una década. Había generado en su último acto que los *demócratas*, y entre ellos especialmente los socialistas, confiaran demasiado en su esplendor, logrado en difíciles situaciones de fraude, estado de sitio y dictadura militar. Su poder de convocatoria bajo la forma del civismo parecía no poder transformarse en una herramienta eficaz en la disputa electoral.

A pesar de ello, los socialistas serán quienes con más fuerza, durante todo el gobierno peronista, reivindicuen la tradición democrática antifascista y continúen fieles a la inicial identificación que la *Unión Democrática* había labrado entre peronismo y fascismo. Actitud que no parece haber ayudado mucho a una buena *performance* electoral durante esos años, pero que al menos les serviría para poder colocarse durante la Revolución Libertadora en una ventajosa situación, en ese período rebotante (aunque –ay– efímero) de antifascismo liberal. □

²⁸ Palabras del candidato socialista Silivio L. Ruggieri, *La Prensa*, 3 de febrero de 1946, p. 8.

²⁹ *Ibid.*

Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondizismo

María Cristina Tortti

UNLP

Dentro del desparejo campo de los estudios sobre la nueva izquierda argentina, resulta un lugar común aludir a su irrupción como un fenómeno engendrado por el Cordobazo y propagado luego a la década de 1970. Y si bien es cierto que esta nueva izquierda alcanzó su máxima expansión a partir de la eclosión social del '69, y del crecimiento de la guerrilla durante la década siguiente, su presencia se venía manifestando sostenidamente a lo largo de la década anterior. Como es sabido, una de las raíces de ese proceso se encuentra en el campo intelectual y cultural de la década de 1960, signado por el cruce entre tendencias modernizantes e ideas de corte revolucionario y en el que ocupó un lugar destacado el tema del “compromiso” de los intelectuales, que, desde la simpatía por la “causa del pueblo”, evolucionaría hacia formas de participación política directa –incluyendo muchas veces un cierto desdén por la tarea propiamente intelectual–. La amplia recepción de temas del debate teórico y político internacional se articuló con el entusiasmo despertado por la revolución cubana y otros procesos de liberación nacional, y ambos con cuestiones nacionales que, como la del peronismo, permanecían irresueltas. O. Terán ha señalado (1991) que ese recorrido intelectual y político fue acompañado por un proceso de “autoculpabilización” por parte de los intelectuales, debido a su “his-

tórico” alejamiento de los sectores populares, en particular del peronismo.

De manera casi natural, ese malestar se convirtió en crítica a los partidos Socialista y Comunista (PS y PC), que si bien tenían escaso peso político-institucional, gozaban de considerable prestigio en los sectores medios e intelectuales. De modo que ellos sufrirán primero el embate crítico, y luego el alejamiento, de los sectores en proceso de radicalización que, en muchos casos, también era de “peronización”. En *Peronismo y cultura de izquierda*, C. Altamirano (2001) identifica las cuestiones que, a su juicio, habrían provocado la emergencia de la “situación revisionista” respecto del peronismo y analiza los principales núcleos de resignificación que hicieron posible la articulación –discursiva, y luego política– entre peronismo y socialismo.

Desde el punto de vista que aquí se adopta, y porque entre nosotros estos procesos trascendieron los límites de una “revuelta” puramente cultural para conectarse con procesos sociales y políticos más amplios, parece necesario identificar no sólo los términos del debate teórico sino, además, avanzar en la reconstrucción de los procesos mediante los cuales las nuevas ideas se convirtieron en ideales, y éstos en proyectos políticos de corte revolucionario. Pensamos que, en buena medida, ello puede rastrearse en el surgi-

miento de numerosos grupos que durante los años del “frondizismo” buscaron primero la renovación de sus propios partidos, para luego protagonizar variadas experiencias de ruptura. Dichos grupos, a su vez, actuaron como “eslabones” en un proceso que puede calificarse como de reorganización de las vanguardias y que condujo a la temprana fragmentación –casi estallido– del Socialismo y a la irreversible erosión del prestigio del PC –hasta que sobrevino la gran ruptura de los años 1967-1968–. Aunque de vida generalmente efímera, esas experiencias permiten apreciar la emergencia de “puntos de ruptura” en las certezas de la izquierda que, a la vez, operarían como “puentes” con otras tradiciones políticas –también en proceso de radicalización– y que ya no encontraban cauce natural en los respectivos partidos. Por otra parte, la manera fluida en que en estos grupos circulaban ideas y personas, así como el horizonte de las apuestas políticas en las que cifraban expectativas, muestran que por entonces, pese al común entusiasmo por la Revolución Cubana, aún no se había consolidado la convicción de que había una sola “vía” al socialismo.

Il Después de 1955, las tensiones que recorrían a los partidos Socialista y Comunista se habían visto sensiblemente agravadas cuando a los clásicos cuestionamientos por su “histórico” fracaso, se agregó la evidencia de que no habría “desperonización” de la clase obrera sino que, por el contrario, los trabajadores reafirmaban su identidad política en medio de un inusitado despliegue de combatividad. Muchos pensaron entonces que había llegado el momento de producir un encuentro que proporcionara nuevos cauces políticos y organizativos a esa aguerrida masa a la que consideraban “en disponibilidad” y en la que, a la vez, comenzaban a descubrir rasgos y potencialidades revolucionarias.

Si bien en toda la izquierda podían observarse signos de malestar, para muchos mili-

tantes el recuerdo de la Unión Democrática se volvía insoportable y reclamaba una profunda autocrítica, así como una rápida rectificación del rumbo político. Este proceso fue particularmente agudo en las filas socialistas en virtud de la actitud de colaboración asumida por su dirigencia frente al golpe de Estado de 1955 y al papel cumplido por muchos socialistas –y sus “gremios democráticos”– en el hostigamiento al mayoritario sindicalismo peronista, fuertemente reprimido por los gobiernos militares (Cavarozzi, 1979; James, 1990; Godio, 1991). A mediados de 1958, ese malestar estalló durante el Congreso realizado en Rosario que culminó con la división del Partido en “Democrático” (PSD) y “Argentino” (PSA) –al que se integraron los sectores juveniles y críticos y algunos dirigentes “históricos”, tales como A. Palacios y A. Moreau de Justo (Blanco, 2000)–.

El PC, si bien se diferenció de esa actitud cerrilmente antiperonista y llamó insistentemente al “trabajo unitario” en el movimiento sindical –participando activamente en la creación de la Comisión Intersindical y de las “62 Organizaciones”–, confiaba en que en las nuevas condiciones políticas se produciría la “desperonización” de la clase obrera que, entonces, afluiría a sus filas abriendo amplias posibilidades para la creación de un “Frente Democrático Nacional” en el que ellos tendrían un importante papel.¹

Sin embargo, a tres años de derrocado el peronismo, ni la colaboración de los socialistas con los “libertadores”, ni la línea del “trabajo unitario” de los comunistas habían producido en la clase obrera los frutos esperados

¹ Este “frente”, dentro del cual el PC debería tener hegemonía, era el instrumento para la primera etapa de la revolución –antiimperialista y antioligárquica– que la Argentina debía completar o recorrer debido al carácter atrasado y dependiente de su economía. Véase, por ejemplo: R. Ghioldi, “El carácter de la revolución”, en *Escritos*, t. 3, Buenos Aires, Anteo, 1976.

por sus impulsores. Cuando se produjo el llamado a las elecciones presidenciales que se realizarían en febrero de 1958, el PC propuso a todas las fuerzas políticas “populares y democráticas” la constitución de un “frente” sobre la base de cinco puntos programáticos² que expresaban su tradicional línea para la etapa “democrático-nacional”. Pero cuando fue evidente que dicho frente no se constituiría, los comunistas, como gran parte de la opinión de izquierda –además del peronismo–, decidieron apoyar a A. Frondizi, candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), en virtud del perfil “antioligárquico y antiimperialista” de su propuesta, expresado en un programa que reflejaba el espíritu de la histórica Declaración de Avellaneda³ que representaba, dentro del radicalismo, una tradición “de izquierda democrática, nacionalista y socializante”.

Por su parte, el PS –aún unificado– concurre presentando su propia fórmula “A. Palacios-C. Sánchez Viamonte”, si bien el proyecto frondizista no dejaba de despertar expectativas favorables en algunos de sus sectores más jóvenes (Blanco, 2000). Pero la sensación optimista que el triunfo de Frondizi había despertado se desvanecería rápidamente ya que, si bien el gobierno inicialmente tomó algunas medidas que parecían cumplir sus promesas electorales, a poco de andar el abandono de las consignas antiimpe-

rialistas, la represión al movimiento obrero y el conflicto universitario le alienaron la simpatía que había despertado en buena parte de la opinión pública. Además, su alianza con el peronismo comenzó a precarizarse a raíz de que mantuvo las prohibiciones que pesaban sobre Perón y su partido. Hacia fines de 1958, la fórmula que había propuesto al país salir del atraso mediante el “desarrollo nacional” y la resolución del problema de la exclusión del peronismo ya mostraba su fracaso y estaba claramente instalada la certeza de que la “traición” de Frondizi era un dato irreversible. Entonces buena parte de los sectores progresistas y de izquierda, al igual que el peronismo, pasaron claramente a la oposición. En las mismas filas de la UCRI se produjeron fuertes disidencias que llevaron a algunos de sus políticos e intelectuales a denunciar abiertamente la política gubernamental y a crear nuevos nucleamientos políticos que oscilaron entre la reafirmación del ideario radical plasmado en el Programa de Avellaneda y la adopción de posturas propias de la naciente “nueva izquierda”.

El PC, que también pasó a la oposición, no consideró necesario revisar su línea política ni rever las decisiones que en función de ella había tomado. Por el contrario, reafirmó sus posturas al explicar que la “traición” del gobierno al “programa progresista” se había debido a la “insuficiente presión” de los sectores populares que, por haber permanecido “desunidos o prisioneros de dirigencias vacilantes”, no habían logrado constituir el “Frente Democrático y Nacional” que el PC les había propuesto.

La dirección comunista se entusiasmaba con la combatividad demostrada por la clase obrera –particularmente durante 1959 (James, 1990)– y exhortaba con insistencia a sus militantes a la “unidad de acción” con el peronismo, llamándolos a superar los resabios de “sectarismo” antiperonista que impregnaban a muchos de ellos. A todas luces el PC, como otras organizaciones de izquierda, se

² Editorial “La gran tarea de la hora es derrotar al continuismo”, *Nueva Era*, No. 1, Buenos Aires, 1958. Esos “5 puntos” habían sido aprobados por la Convención Nacional de 1957 y se referían a la defensa y explotación de las riquezas naturales por parte del Estado, respeto a las conquistas de los trabajadores, reforma agraria, restablecimiento de todos los derechos democráticos y política exterior independiente. La mencionada revista era la publicación teórico-política del PCA.

³ La Declaración de Avellaneda –abril de 1945– es considerada como el documento fundante del Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR) que, dentro de la UCR, se oponía a la incorporación del radicalismo a la Unión Democrática.

esforzaba por conquistar a esa aguerrida masa de trabajadores a la que, desde el punto de vista político, consideraba como un “electorado vacante”. Con vistas a lograr ese objetivo, los comunistas profundizaron su acercamiento a los sectores combativos del peronismo y llamaron, junto con ellos, a votar en blanco en las elecciones legislativas del 27 de marzo de 1960, denunciando el carácter “fraudulento” de unos comicios viciados por las proscripciones, la vigencia del estado de sitio y del Plan Conintes.⁴

Sin embargo, a algunos sectores de la izquierda, la decepción con el frondizismo los llevaría mucho más allá y comenzarían a descreer de las posibilidades de realizar la “revolución democrática” —y de contar para ello con sectores de la “burguesía nacional”—. Para ellos, la traición al “programa nacional y popular” no hacía más que mostrar el error insalvable de la línea del PC. Iniciaron entonces un sostenido viraje hacia horizontes más radicales, alentados por el éxito de diversas experiencias revolucionarias —en particular la cubana—, al tiempo que el PC comenzaba a ser acusado de no ser un partido “verdaderamente revolucionario”, tal como lo muestra la encuesta a dirigentes políticos realizada por C. Strasser.⁵

En las filas del Socialismo Argentino este debate se manifestó tempranamente y de manera abierta, como continuación casi natural de los conflictos que habían llevado a la división en 1958. Es que pese a haberse separado del “ghildismo”, el PSA era una fuerza heterogénea, integrada tanto por grupos fuertemente radicalizados como por otros de orientación más tradicional que convivían dificultosamente.

Así, la consigna del “Frente de los Trabajadores” aprobada por el congreso partidario realizado en diciembre de 1960 fue objeto de dispares interpretaciones que se ligaban, a la vez, con distintas propuestas en torno del tipo de organización que el Partido debía adoptar. Un reflejo de esas disputas, y del progresivo avance de los sectores más radicales, pudo verse en ese mismo congreso al producirse el desplazamiento de A. M. de Justo de la dirección de *La Vanguardia*, que pasa entonces a David Tieffenberg. Pero la franja renovadora, a su vez, también estaba signada por la heterogeneidad, ya que en ella coexistían posiciones cercanas a la línea del PC con otras más proclives a un audaz acercamiento con el peronismo, tal como lo muestran los debates reproducidos por la revista *Situación*.⁶ Finalmente, a mediados de 1961 se produjo la división del PSA en PSA-Secretaría Visconti y PSA-Secretaría Tieffenberg, en la cual se agruparon los sectores más radicalizados y que, un poco más adelante, conformarían el Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) —que, a su vez, volvería a fragmentarse en muy corto tiempo—.⁷

En el PC, en cambio, el monolitismo de la organización y la férrea disciplina impuesta por su dirección, impidieron que el debate se manifestara abiertamente, y en consecuencia, la disidencia discurrió por canales subterráneos. La dirigencia partidaria, a la vez que propiciaba el “trabajo unitario”, alertaba a sus militantes frente a las tendencias que reinter-

⁴ Editorial “El balance de los resultados de las elecciones del 27 de marzo”, y F. Nadra, “La lucha electoral bajo el Plan Conintes”, *Nueva Era*, No. 3, Buenos Aires, abril de 1960.

⁵ C. Strasser, *Las izquierdas en el proceso argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959.

⁶ Esta revista se editó entre marzo de 1960 y septiembre de 1961; su comité de redacción estaba integrado por L. Bergonzelli, Buenaventura Bueno, A. A. Latendorf y A. Parrondo. En los primeros números se destacan las notas firmadas por P. Giussani, y en el último número se registra la incorporación de E. Semán al comité de redacción.

⁷ La fractura se precipitó cuando, ante el triunfo de la corriente de izquierda en las elecciones internas del PSA, el sector más tradicional desconoció los resultados y ocupó el local partidario.

pretaban al peronismo en clave revolucionaria ya que, a su juicio, no debía confundirse el “necesario acercamiento” con el abandono de la propia “línea independiente” ni con la subordinación del Partido al “nacionalismo burgués”. En tal sentido, buena parte de las notas publicadas en el número 50 de *Cuadernos de Cultura* (CC), en diciembre de 1960, no dejaban de alertar sobre los “errores de la llamada izquierda nacional” –y de recordar episodios que años atrás habían involucrado a notorios ex militantes, como R. Puiggrós y J. J. Real– y estigmatizar el “ultraizquierdismo” de grupos trotskistas como Praxis, el “verbalismo revolucionario” de los ex frondizistas desencantados o la “impaciencia” de la corriente de izquierda que crecía dentro del PSA.⁸

Sin embargo, en ese mismo número de CC es posible advertir una posición más abierta hacia la “neoizquierda”. Es que en un sector del comunismo, en particular en el “frente” cultural y universitario orientado por Héctor P. Agosti, se estaba más atento a los cambios que se estaban produciendo, diferenciándose de la actitud de cerrada condena y mostrando mayor disposición a tender puentes hacia algunos de esos grupos –en particular los del socialismo argentino– con el fin de capitalizar la izquierdización que advertían se estaba produciendo en sectores de las capas medias y del peronismo.⁹ Así es como algunos grupos, sin romper con el Partido, comenzaron a trazar planes destinados a producir en él una reorientación revolucionaria a la vez que entraban en contacto con socialistas, trotskistas y peronistas que, como ellos, se radicalizaban ligados por el fervor pro-cubano.

⁸ *Cuadernos de Cultura*, No. 50, Buenos Aires, diciembre de 1960. Véase particularmente E. Giúdice, “Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo”. La revista *Cuadernos de Cultura* era editada por la Comisión de Cultura del PC y dirigida por Héctor P. Agosti.

⁹ J. C. Portantiero, “Algunas variantes de la neoizquierda”, *Cuadernos de Cultura*, No. 50, Buenos Aires, diciembre de 1960.

Y si bien durante estos primeros años el PC evitó la división, su rigidez doctrinaria y organizativa no pudo evitar que el disconformismo se tradujera en un apreciable desgranamiento de su militancia más joven, tal como ocurriría más adelante –a partir de los años 1962-1963– con los grupos de *Pasado y presente*, *La rosa blindada*, “Vanguardia Revolucionaria” (Tortti, 1999; Kohan, 1999), o los que actuarían como “grupos de apoyo urbano” –o directamente se incorporaron– al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), núcleo guerrillero instalado por J. R. Masetti en Salta, y directamente vinculado con la estrategia continental del Che Guevara (Rot, 2000).

III Pero antes de que las escisiones y divisiones se precipitaran, se desarrolló un interesante intento de confluencia entre comunistas y socialistas argentinos que impulsaron la edición de la revista *Che*. Esta empresa político-periodística surgió a fines de 1960 por iniciativa de un grupo de militantes de la izquierda del PSA cuya intención era la de “crear un área de acuerdos para los debates en la izquierda” y que, en palabras de A. A. Latendorf, se proponía “llegar al progresismo” que, por entonces, incluía a “gran parte de la juventud universitaria, de la intelectualidad y los sectores más esclarecidos del sindicalismo”.¹⁰

El grupo original estaba compuesto por Pablo Giussani –su director– y otros socialistas entre los que se contaban Abel A. Latendorf, Manuel Dobarro, Julia Constenla o Elías Semán, además de algunos intelectuales independientes o provenientes del frondizismo como Carlos Barbé, Susana Lugones, Francisco Urondo y David Viñas. Las expectativas estaban puestas en lograr la reorientación de los partidos de la izquierda y en el desarrollo revolucionario del peronismo, esperanzas que eran

¹⁰ Entrevista a A. A. Latendorf, octubre de 2000.

compartidas entre otros por J. W. Cooke –por entonces en Cuba–, con quien los miembros del grupo editor mantenían fluido contacto.

Con el fin de mantener su independencia, los socialistas decidieron que el financiamiento de la revista estuviera a cargo del mismo grupo que, en más de una ocasión, se encontró con serias dificultades económicas. El primer número apareció en octubre de 1960, y después del número 6 la publicación debió interrumpirse a raíz de los mencionados problemas financieros. En ese momento el PC manifestó su interés por participar de la revista, aportando fondos e incorporando a algunos de sus militantes al grupo editor. De esta manera ingresaron Juan C. Portantiero –quien figura en el Comité de Redacción a partir del número 10– e Isidoro Gilbert –por entonces corresponsal de la Agencia Checa de Noticias–. De modo que, cuando a partir del número 7 *Che* volvió a publicarse, ya era un proyecto compartido por ambos grupos, habiendo quedado la responsabilidad política por el lado de los comunistas a cargo de Héctor P. Agosti, aunque esta presencia nunca fue explicitada por la revista.¹¹

Si algo caracterizó a *Che* fue su tono marcadamente “cubanista” y antimperialista así como el estilo osado y desafiante con que analizaba la situación nacional y enfrentaba a la dirigencia política –incluida la de la izquierda “reformista” y la del peronismo “integracionista”–. Un recorrido por sus páginas permite apreciar la convicción que la animaba respecto de que, con Cuba, se había abierto el ciclo de la revolución en Latinoamérica y que, en la Argentina, ya estaban dadas las condiciones en virtud del alto grado de combatividad que demostraba la clase obrera. Extensas notas hacen la crónica de la conflictividad social en el interior del país, particularmente en

Tucumán, donde la situación de cañeros y obreros es presentada como contracara de la reforma agraria cubana.¹²

Por otra parte, el espacio dedicado al movimiento huelguístico –sobre todo el protagonizado por los obreros ferroviarios– va de la mano del atento seguimiento de las disputas entre “conciliadores” y “duros” en el sindicalismo, emblematizados en las figuras de E. Cardoso por un lado y S. Borro o J. Di Pascuale, por el otro. A la vez, la línea de los “duros” es el hilo que les permite seguir la situación interna del peronismo y tomar posición por aquellos con quienes, teniendo ya importantes coincidencias, esperan converger en un gran movimiento político “popular y revolucionario”.¹³ Además, la presencia permanente de artículos referidos a Cuba y a los movimientos de liberación y procesos revolucionarios en América Latina, Asia y África son expresivos del horizonte dentro del cual se inscribe *Che*.

Uno de los focos que concentraba la atención de *Che*, particularmente en los artículos de P. Giussani y C. Barbé, es el referido a la descripción de las sinuosidades de Frondizi,¹⁴ de su tensa convivencia con los “factores de poder” –en particular con las Fuerzas Armadas–, de su política económica y de su acelerado deslizamiento represivo. Podría decirse que *Che* fue una mirada desde la izquierda del “juego imposible” en el que se debatía la política argentina a raíz de la proscripción del peronismo, y que en ella pueden apreciarse rasgos –y síntomas– de lo que J. C. Torre (1994) calificara como la “alienación política” de una generación que, decepcionada con el frondizismo, poco más adelante abrazaría con fervor un proyecto decididamente revolucionario.

¹¹ Entrevistas a J. C. Portantiero, junio de 1999; J. Constenla, octubre de 2000; I. Gilbert, diciembre de 2001, y la ya mencionada a A. A. Latendorf.

¹² *Che*, Nos. 16, 17 y 23.

¹³ *Che*, Nos. 7, 9, 13, 22, 24 y 25.

¹⁴ Particularmente las notas de P. Giussani –en todos los números–, y también las de C. Barbé.

En las páginas de la revista pueden advertirse, tanto en la crónica como en el juicio, algunas certezas que funcionaban como ejes articuladores del análisis. Una de ellas es la referida a que la “traición al programa nacional y popular” marcaba el fin de las expectativas respecto de la viabilidad de los “frentes nacional-populares” y de la participación de sectores de la burguesía nacional “progresista” en el proceso de liberación nacional.

Una y otra vez se señala que, abandonados los objetivos del “Programa del 23 de Febrero”,¹⁵ la política sólo podía envilecerse y reducirse a un mero juego de intrigas para retener el poder frente al hostigamiento de los “factores de poder”, y diseñar estrategias espurias destinadas a desactivar al peronismo mediante las mil fórmulas del “integracionismo”. Así, al promediar el gobierno de Frondizi, *Che* avisora que en el panorama político nacional “todo tiende a partirse”, y que “el país evoluciona hacia los extremos” dejando sin espacio a “los partidos intermedios” en los que, a la vez, se multiplican las disidencias internas. En tal sentido, se sigue con atención el cimbronazo producido en la UCRI por el cambio de rumbo de Frondizi y el itinerario que van recorriendo los grupos disidentes, tanto en el caso de los nueve parlamentarios que se apartan del bloque partidario para crear otro —el Bloque Nacional y Popular—, como en el de los sectores juveniles que se orientan hacia posiciones más claramente izquierdistas —que desembocará en la creación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN)—.¹⁶

¹⁵ Solía nombrarse así el programa sobre la base del cual A. Frondizi ganó las elecciones realizadas el 23 de febrero de 1958.

¹⁶ El MLN, orientado por I. Viñas, adoptaría posiciones típicas de la “nueva izquierda”, mientras que otros ex frondizistas constituyeron agrupaciones como el Movimiento Nacional y Popular que tendían a coincidir con el PC, o formaban parte de partidos que los comunistas consideraban “amigos” —tal el caso del Partido del Trabajo y el Progreso que participó en las elecciones en Santa Fe, en diciembre de 1961—.

De acuerdo con su caracterización del nivel alcanzado por la oposición popular al gobierno —y de la tensión que dominaba la política nacional—, el grupo de *Che* vislumbraba para los próximos dos o tres años sólo dos alternativas: “el encumbramiento legal de las fuerzas populares o el derrumbe de la legalidad”. Ante esa perspectiva, la tarea de la izquierda no podía ser otra que la de encarar decididamente la creación de un “nuevo nucleamiento popular” que permitiera volcar hacia él al peronismo y a los sectores medios. Para ello, y atendiendo a las características de un país que como la Argentina contaba con un poderoso movimiento de masas, era necesario diseñar una estrategia socialista que no desdeñara incluir la utilización del recurso electoral.

Así, ante el llamado a elecciones para elegir senador por la Capital —a realizarse en febrero de 1961—, la revista trabajó intensamente por la candidatura de A. Palacios, en la convicción de que era posible enfrentar unificadamente a la derecha si se utilizaba la estructura legal del PSA, presentando un candidato socialista que, a la vez, pudiera concitar apoyos extrapartidarios y captar al electorado “vacante” por la proscripción de peronistas y comunistas. Pensaban, además, que si eso ocurría, se le estaría demostrando a Perón lo que para ellos era evidente: que su movimiento se estaba orientando decididamente hacia la izquierda y que quedaría en la orfandad política si sus dirigentes no lo acompañaban en ese tránsito.¹⁷

Producido el triunfo de Palacios, que había desarrollado su campaña con un fuerte tono opositor al gobierno y de exaltada adhesión a la Revolución Cubana, la revista reflejó su euforia con títulos tales como “Cuba plebiscitada en Buenos Aires” y en notas

¹⁷ C. Barbé, “Hay que poner un senador en órbita”, en *Che*, No. 4, 25 de octubre de 1960.

que destacaban que el éxito alcanzado se debía al vuelco del electorado peronista. Mostraban, sobre todo, que en circunscripciones de fuerte composición obrera –como Mataderos– el retroceso del voto en blanco se correspondía con el aumento del voto al PSA. Afirmaban que, “por encima del hartazgo que provoca este simulacro de democracia”, en el país estaba tomando cuerpo un nucleamiento de izquierda que comenzaba a canalizar a los sectores populares ya que, en su opinión, los votos a Palacios habían tenido un contenido “netamente clasista” y revolucionario. Y que, en consecuencia, había llegado la hora de dejar atrás los “vicios de la izquierda liberal” para encarar decididamente la construcción de un “movimiento de liberación nacional” que, siguiendo el ejemplo de Cuba, se hiciera cargo de la “idiosincrasia del pueblo”.¹⁸

Si bien la revista no era expresión oficial de ninguno de los dos partidos, las posiciones allí sustentadas eran observadas con atención por las respectivas conducciones. Así, la dirección del PC marcó su postura a través de dos breves notas en las que Ernesto Giúdice advierte a los jóvenes de *Che* que la unidad buscada no debería ser reducida a un “frente de las izquierdas” sino que, por el contrario, debería ser situada en un marco más amplio, capaz de incluir tanto a peronistas y radicales desencantados como a sectores “progresistas” de la “burguesía nacional”.¹⁹

En el PSA, y desde el punto de vista de las disputas internas que lo atravesaban, la situación se volvía crecientemente tensa. Mientras el recientemente electo senador Palacios suavizaba su discurso y tomaba distancia respecto de los “jóvenes iracundos”, *Che* publicaba notas en las que éstos dibujaban el perfil del

Partido según sus propios términos. Así, la dirigente capitalina Elisa Rando afirmará que la “avalancha roja” de la Capital había mostrado que el socialismo había podido expresar a la mayoría “antiimperialista, antioligárquica, proletaria y revolucionaria” recién después de haber logrado desprenderse del “reformismo” y avanzar hacia la construcción del “frente obrero”, propugnado por el 45° Congreso del Partido.²⁰

Expresiones como éstas no hacían más que anunciar tiempos de ruptura que, como ya fuera dicho, finalmente llegarían con los episodios de mediados de 1961 –en los que A. Palacios tuvo un importante papel–. A partir de entonces, *Che* descargó duras críticas sobre el senador y sobre la “vieja” dirigencia socialista a la par que potenció su discurso radical,²¹ incrementó notablemente las notas referidas a Cuba, y dedicó una extensa cobertura a la Conferencia de Punta del Este y un minucioso seguimiento a las intervenciones de E. Guevara.²²

Más allá de la cerrada defensa del proceso cubano y de la permanente referencia a la “primera derrota del imperialismo yankee en América Latina” –en alusión a la derrota de la invasión a Bahía Cochinos–, en esas notas adquieren presencia algunos temas que serían centrales en los debates que comenzaban a desarrollarse en el campo de la izquierda, tales como el de las “vías” para acceder al poder, el carácter y las etapas de la revolución, y la actitud a asumir frente al peronismo. En

¹⁸ A. A. Latendorf, “Cuba plebiscitada en Buenos Aires”, y C. Barbé, “Más allá de la euforia”, en *Che*, No. 8, 17 de febrero de 1961.

¹⁹ E. Giúdice, “El 5 bajo la lupa”, en *Che*, No. 8, 17 de febrero de 1961.

²⁰ E. Rando, “Socialismo argentino y socialismo democrático”, en *Che*, No. 9, 9 de marzo de 1961.

²¹ P. Giussani, “Don”, y A. A. Latendorf, “Me despido de Ud. muy atentamente, Dr. Palacios”, en *Che*, No. 15, 2 de junio de 1961.

²² J. C. Portantiero, “¿Qué es Cuba socialista?”, en *Che*, No. 18, 13 de julio de 1961; J. C. Portantiero, “Detenerse es retroceder. Con Raúl y el Che en Santiago de Cuba”, y H. Benítez, “Definición católica sobre Cuba”, *Che*, No. 19, 27 de julio de 1961; *Che*, No. 20, 21 y 22, agosto y septiembre de 1961 (sobre la Conferencia de Punta del Este).

relación con el tema de las “etapas”, punto sensible para la ortodoxia comunista, puede observarse que en la revista se produce un paulatino deslizamiento respecto de la posición del PC: desde afirmaciones acerca de que en la Isla se cumplieron las fases “democrático-nacional” y “socialista”, sólo que de manera “acelerada”,²³ hasta la posición sustentada por J. W. Cooke quien, en una entrevista, sostendrá que “la liberación nacional y la revolución social son la misma cosa”, adelantando de esta manera su crítica a la política “reformista” del PCA, desarrollada luego en un informe escrito para Fidel Castro en ese mismo año 1961, y que recién será publicado en nuestro país en 1973.²⁴

En cuanto al tema de las “vías”, las notas y entrevistas que *Che* publicó no fueron más allá de la entusiasta justificación de la lucha armada en el proceso cubano pero nunca planteó abiertamente la cuestión para la Argentina. Sí pueden leerse entrevistas en las que F. Castro y E. Guevara señalan la ejemplaridad de Cuba para todos los pueblos que quieran liberarse del imperialismo y construir el socialismo, o Raúl Castro afirma que ellos –los cubanos– nunca quisieron “media revolución”.²⁵ Sin embargo, y aunque la revista no fue más allá, la cuestión aparecerá reiteradamente –en la misma época– en la correspondencia de J. W. Cooke así como en declaraciones y documentos de E. Guevara²⁶ que,

si bien no fueron reproducidas por los editores de *Che*, muy probablemente ya eran objeto de discusión entre la militancia radicalizada de la cual formaban parte.

Pero, paralelamente a este desarrollo de la cuestión cubana, la “coincidencia más fácil”, según los testimonios, socialistas y comunistas –así como los socialistas entre sí– encontraban crecientes dificultades para marchar juntos en las cuestiones de política nacional, en particular en lo referente a la complejidad de las líneas internas que cruzaban al peronismo. Así, las diferentes posiciones a asumir frente a las elecciones a realizarse en Santa Fe en diciembre de 1961²⁷ volvieron insalvables las diferencias: *Che* dejó de publicarse²⁸ y el grupo se dispersó. Y, al mismo tiempo que profundizaban sus disidencias dentro de los respectivos partidos, declinaban sus expectativas respecto de la utilidad de seguir apelando al recurso electoral, sobre todo a partir de la anulación de las elecciones que el peronismo ganó –con apoyo de la izquierda– en la provincia de Buenos Aires en marzo de 1962.²⁹

²⁷ En esas elecciones el peronismo concurrió dividido: una parte con el Partido Tres Banderas y la otra con el Partido Laborista –apoyado por las “62 Organizaciones” y al cual se sumó el PSA-Secretaría Tieffenberg (en el que se ubicaban los socialistas de *Che*); el PSA-Secretaría Visconti presentó sus propios candidatos; y el PC propició la fórmula del Partido del Trabajo y del Progreso, cuyo candidato a vicegobernador era el ex vicepresidente de A. Frondizi, A. Gómez.

²⁸ Si bien la revista fue clausurada por el gobierno a raíz del artículo especialmente belicoso “Ya no puede haber huelgas lampiñas”, firmado por J. Constenla en *Che*, No. 27 del 17 de noviembre de 1961, la autora explica –en la entrevista citada– que las verdaderas causas del fin de la revista radicaron en las mencionadas disidencias.

²⁹ A raíz del triunfo de la fórmula peronista encabezada por A. Framini, las Fuerzas Armadas presionaron al presidente Frondizi y lograron que éste anulara las elecciones. Pese a ello, el presidente no pudo evitar su derrocamiento.

²³ Véase nota anterior.

²⁴ “Reportaje a J. W. Cooke”, *Che*, No. 22, 8 de septiembre de 1961. La revista *Pasado y Presente*, No. 2/3 de julio/ diciembre de 1973, publicó por primera vez en el país el documento de J. W. Cooke “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, en el cual además de sus críticas al PC, se dirige a los sectores peronistas que “no comprenden que los procedimientos de 1945 tampoco sirven ahora para nosotros”.

²⁵ Véase nota 22.

²⁶ Por ejemplo, E. Guevara, “Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia de la lucha contra el colonialismo?”, revista *Verde Olivo*, La Habana, 9 de abril de 1961.

Bibliografía mencionada

Altamirano, C. (2001), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.

Blanco, C. (2000), “El Partido Socialista en los 60: enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas”, en *Sociohistórica, Cuadernos del CISH*, No. 7, La Plata.

Cavarozzi, M. (1979), *Sindicatos y política en Argentina. 1955-1958*, Buenos Aires, CEDES.

Godio, J. (1991), *El movimiento obrero argentino. 1955-1990*, Buenos Aires, Legasa.

James, D. (1990), *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana.

Kohan, N. (1999), *La Rosa Blindada. Una pasión de los 60*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada.

Rot, G. (2000), *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, Buenos Aires, El cielo por asalto.

Terán, O. (1991), *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Torre, J. C. (1994), “A propósito del Cordobazo”, en *Estudios*, No. 4, Córdoba.

Tortti, M. C. (1999), “Izquierda y nueva izquierda en Argentina. El caso del Partido Comunista”, en *Sociohistórica, Cuadernos del CISH*, No. 6, Buenos Aires.

Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973)

Ana M. Barletta

UNLP

“Nuestra metodología consistirá, en primer lugar, en liberarnos de las antinomias falsas con que se presenta la realidad educativa, como signo evidente de la propia decadencia del sistema [...] tales como reforma-antirreforma; enseñanza estatal-privada; gobierno estudiantil-gobierno de claustros; autonomía universitaria-dependencia de gestión; cuestión docente-política educativa. Se trata de atacar revolucionariamente las situaciones de fondo [...] será necesario incorporar todas las aspiraciones positivas” (Mensaje de Héctor Cámpora ante la Asamblea Legislativa, 25 de mayo de 1973, en Cámpora, Héctor J., *La Revolución peronista*, Eudeba, 1973, p. 151).

Cuando en los últimos días de mayo de 1973, la Juventud Peronista y sus seguidores tomen las universidades nacionales esto parecerá un fenómeno nuevo. Con el objetivo de “constituirse en gobierno [...] hasta tanto el Poder Ejecutivo designe al delegado interventor”, o “como repudio ante las medidas tomadas por el anterior gobierno y que comprometen el patrimonio de la Universidad”, o “para evitar el continuismo” de las políticas de la dictadura, estudiantes, docentes y trabajadores ocupan el espacio universitario con el apoyo de las nuevas autoridades nacionales y provinciales que se estaban constituyendo en esos momentos. Las universidades son nuevamente intervenidas¹ e inmediatamente comienzan a designarse los nuevos interventores. En la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Puiggrós, figura emblemática de la izquierda peronista; en la Universidad de La Plata, Rodolfo Agoglia, pe-

ronista de la primera época, que ya había sido decano de la Facultad de Humanidades en los períodos 1953-1955 y 1969-1970, y en la Universidad del Sur, Víctor Bennano, antiguo miembro de la vieja Confederación General Universitaria, que a esa altura parecía inexistente. Cuando el ministro de Educación, Jorge Taiana, pone en el Rectorado de la UBA a estos primeros tres rectores –de distintas procedencias– en posesión de sus cargos y recibe de los ocupantes,² en forma simbólica, el control del Establecimiento, declama:

² Para citar un ejemplo que conocemos de estas ocupaciones, en la UNLP, una autodenominada “Comisión Política”, integrada, además de estudiantes, por docentes y no-docentes, tomó el Rectorado, manifestando “la voluntad de transformar esta casa de estudios del viejo régimen en un instrumento del pueblo para su liberación”. La Comisión estaba integrada por Raúl Carnese y Juan Hochberg, por APTDULP (Agrupación Peronista de Trabajadores Docentes de la Universidad de La Plata), Rodolfo Negri y Carlos Sanguinetti, por FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional); Gustavo Erasun y Jorge Aluato por FAEP (Frente de Agrupaciones Eva Perón) y Gustavo Álvarez y Sergio Ramírez por ATULP (Agrupación de Trabajadores No-Docentes de la UNLP), *El Día*, 29 de mayo de 1973, p. 5.

¹ Juan Carlos Onganía había intervenido las universidades nacionales a través del Decreto-Ley 16.912 del 29 de julio de 1966.

Acepto la entrega de este patrimonio ocupado en nombre del pueblo y protegido en nombre del pueblo [...] todo esto significa algo más que ocupar la Universidad, significa impulsar la Universidad en el proceso popular en toda su amplitud. *No se trata de que las puertas de la Universidad se abran al pueblo; eso es una concesión. Es la Universidad del pueblo; es el pueblo dentro de la Universidad. Éste es el significado de la presencia de Uds. aquí.*³

Y Baldrich, su colega de la provincia de Buenos Aires, agregaría unos días después en La Plata, en parecidas circunstancias:

[...] los que hemos encanecido en las cátedras universitarias vemos con profunda emoción este renacimiento de la patria... Si bien hemos llegado en un proceso electoral esto no quiere decir que se pueda impedir o mermar el proceso revolucionario constructivo. *La revolución se realizará a pesar de las formas electorales con las cuales se ha llegado al poder.*⁴

¿Qué antecedentes tenía esta práctica? A veces es difícil recordar que, en 1955, antes de que las universidades fueran intervenidas por el gobierno de la llamada Revolución Libertadora, los estudiantes de la FUBA, detrás de la consigna “Somos la Universidad” y tras apoyar públicamente la revolución cívico-militar, ocuparon las facultades para hacerse cargo del gobierno en forma provisional, exigir la derogación de la ley universitaria del régimen depuesto, proponer los candidatos para ocupar los cargos directivos y resguardar la documentación que comprometía a las autoridades peronistas. Cuando José Luis Romero asume

su cargo de rector, diez días después, una parte importante del trabajo ya había sido hecho por la intervención estudiantil: supresión de los cursos de formación política y de los certificados de buena conducta, incorporación de los expulsados por el régimen, suspensión del pago de sueldos al personal comprometido con la “dictadura”...⁵ Eso sí, fueron acciones certificadas por escribano y respetando todas las formas de la legalidad democrática que creían estar instaurando.

Una práctica similar (“tomas”⁶ apoyadas por las autoridades recientemente constituidas) que simbolizaba la decisión de dejar atrás –aunque por medios distintos– una universidad que se rechazaba y la instauración de un “nosotros” que también, como en la década de 1950, se había ido construyendo dentro del “viejo régimen” pero que esta vez, en 1973, estaba claramente identificado con una corriente política que venía a reparar 18 años de proscripción en el país y en la Universidad y lo venía a hacer en nombre del pueblo y de la revolución. Esta institución, que había sido tan menospreciada por el peronismo como “institución del régimen”, “república de los estudiantes”, “isla democrática”, ajena a los intereses del pueblo, y en la que ellos mismos se habían sentido ajenos, empezaba a ser valorada, ahora, como escenario propio.

Es complejo reconstruir cómo se había armado este nuevo “nosotros” dentro de los sectores universitarios que ahora se sentían llamados a cumplir con la misión de erigir la

³ *El Día* de La Plata, 31 de mayo de 1973, p. 5 (las cursivas son nuestras).

⁴ Palabras del ministro de Educación, cuando Agoglia asume el Rectorado de la Universidad de La Plata, *El Día* de La Plata, 1 de junio de 1973, p. 5 (las cursivas son nuestras).

⁵ R. Almaraz, M. Corchon y R. Zemborain, *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón (1943-55)*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 9.

⁶ Las universidades no fueron las únicas instituciones tomadas después de la asunción del nuevo gobierno, el 25 de mayo, ya que puede decirse que allí empezó un proceso de tomas generalizadas que prácticamente acompañó a todo el gobierno de Cámpora. Un registro de éstas puede consultarse en F. Nievas, “Cámpora: primavera-otoño. Las tomas”, en A. Pucciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

“Universidad del pueblo”. ¿De qué manera el peronismo había podido generar un discurso universitario y difundirlo? ¿A cuáles tradiciones universitarias había recurrido esta corriente para legitimar su presencia en una Universidad que hasta no hacía mucho tiempo había sido un territorio hostil a sus posturas políticas y prácticas académicas? Y, sobre todo, cuando hasta mediados de la década de 1960 ese “nosotros” universitario no admitía la identificación político-partidaria de su militancia.⁷ ¿Con qué ideas acerca de la Universidad se pretendía, ahora, gobernar esta institución? ¿Se volvía a los fundamentos de la primera universidad peronista, la que con tanto empeño el movimiento estudiantil se había consagrado en destruir, de la mano de un fuerte movimiento antiperonista y deseperonizador,⁸ sobre el que, por otra parte, había construido su propia identidad desde la década de 1940?

Podríamos empezar a esbozar una primera aproximación a las características de este nuevo “nosotros” en la Universidad a través de la lectura de dos revistas, *Antropología 3er. Mundo* y *Envido*, ligadas de distintas maneras al Movimiento Peronista y al mundo universitario. Ellas reflejaron este debate y lo tensaron en los pocos años en que pudieron mantenerse como publicaciones sostenidas por sus lectores, principalmente universitarios, antes de que sus miembros se sintieran atraídos por otras actividades más directamente vinculadas con las disputas políticas

⁷ Varios testimonios de viejos militantes estudiantiles de las décadas de 1950 y 1960 (Gibaja, Murmis, Gaddano, Laclau y otros) aluden a esta característica de la militancia estudiantil como no partidizada hasta por lo menos la mitad de la década de 1960, en M. Toer, *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

⁸ Este proceso “desperonizador” en la Universidad de Buenos Aires ha sido estudiado por Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Madrid, Alianza, 1988.

extrauniversitarias o que tuvieran que resistir las presiones de cooptación de las organizaciones revolucionarias del peronismo.⁹

La idea de Universidad en *Antropología*

3er. Mundo (ATM)

Esta revista apareció en noviembre de 1968, en el contexto de las “cátedras nacionales”¹⁰ de la Carrera de Sociología de la UBA, experiencia novedosa que pudo desarrollarse en el contexto de la Universidad intervenida por la Revolución Argentina como aprovechamiento de un espacio vacante por las renunciadas y cesantías masivas de profesores que se fueron produciendo desde julio de 1966 hasta marzo de 1967. *ATM* reflejó la tensión entre el desarrollo de una ciencia social interesada por la producción de categorías teóricas originales y crítica con respecto a lo que consideraban la ciencia oficial –en este sentido

⁹ *Antropología 3er. Mundo* publicó 12 números entre noviembre de 1968 y mayo de 1973, dirigida por el antropólogo Guillermo Gutiérrez. La revista *Envido* publicó 10 números entre julio de 1970 y noviembre de 1973 y estuvo dirigida por Arturo Armada. No deja ser llamativo que ambas dejaran de publicarse en 1973. Por un lado, las condiciones del debate y del compromiso habían cambiado; por otro, J. P. Feinman, que hasta el No. 9 había integrado el Consejo de Redacción de *Envido*, en una nota titulada “La historia con pasión” (publicada en *Página/12*, 11 de marzo de 2000), nos ilustra sobre esa invasión en la revista de la disputa por la hegemonía dentro del Movimiento Peronista y los planteos de la organización Montoneros para cooptarla.

¹⁰ Gonzalo Cárdenas dictaba Sociología de América Latina y alguna de las sociologías especiales como, por ejemplo, Conflicto social y problemas socio-económicos argentinos; Juan Pablo Franco y Alejandro Álvarez dictaban Proyectos hegemónicos y Movimientos nacionales, y el sacerdote jesuita Justino O’ Farrell, Sociología sistemática y Estado y nación. En “Politización de las ciencias sociales en la Argentina. Incidencia de la revista *Antropología 3er. Mundo*, 1968-1973” puede encontrarse una caracterización panorámica de la revista y referencias a las cátedras nacionales y a la bibliografía que hasta ese momento se ocupó de ellas (A. M. Barletta y M. L. Lenci, en *Sociohistórica*, No. 8, La Plata, segundo semestre de 2000).

proveía de material de discusión y análisis a las Cátedras Nacionales—¹¹ y la necesidad de acompañar el movimiento social y político antidictatorial, especialmente a partir de que el proceso electoral, abierto por el Gran Acuerdo Nacional, se encontró más llanamente encaminado. La producción intelectual aparecía en la revista como una necesidad imperiosa a partir de la discusión política en las cátedras: muchos de los artículos que se publicaban en *ATM* van a ser elaborados para ellas, al calor de las polémicas que se suscitan en las clases.¹²

En este contexto y sobre la base de una visión negativa de la función ejercida por la Universidad, la revista se propone, desde el número inaugural, “*Crear una cultura nueva, una nueva ciencia, un nuevo arte*”, consignas fuertes a las que se agregaba la elección de la Antropología como disciplina abarcadora para la construcción de este “*nuevo pensamiento*”. El primer vocero de esta actitud crítica hacia la Universidad será un representante de una “Nueva Izquierda” heterogénea que buscaba redefiniciones similares en otras partes del mundo. Daniel Cohn Bendit, en una nota escrita en Francia, pero que no desentonaba con la perspectiva elegida por la revista para situarse en el ámbito universitario y en la que, sorprendentemente, tampoco se ilusionaba con la posibilidad de una perspectiva crítica por desarrollarse desde el movimiento estudiantil como conjunto, comentaba:

¹¹ Los números 5 y 6 (1970 y 1971), por ejemplo, están especialmente dedicados a las cátedras nacionales y presentan los artículos bajo el gran título “Aportes para una ciencia popular en la Argentina”, en dos partes.

¹² Horacio González, un colaborador de la revista y de las cátedras nacionales, da testimonio de esto en el número 6, enfatizando acerca de la necesidad del material que presenta para las discusiones políticas que tienen lugar en los trabajos prácticos de la cátedra “Problemas de sistemática”. Esta necesidad impone que cada texto sea ajustado, abreviado, de carácter declarativo, “ahorrador de largas fundamentaciones y exposición de supuestos”; en H. González, “Estrategia, Ideología, análisis institucional”, *ATM*, No. 6, s/f, p. 113.

La unidad de referencia: la Universidad no es viable. Las contradicciones tienen lugar al nivel de la sociedad en general y la Universidad forma parte de ella casi en bloque. La *mayoría* de los profesores y de los estudiantes están ligados a la conservación del orden y únicamente una *minoría* puede tomar parte en el movimiento de repulsa que se desarrolla en las metrópolis y en los países explotados.¹³

Para ser efectiva, esa minoría debería romper ese doble cerco sociológico y político a lo cual, desde las primeras páginas, invitaban Rodolfo Walsh —“Un intelectual que no comprende a su pueblo es una contradicción andante y el que comprendiéndolo no actúa tendrá un lugar en la antología del llanto, no en la historia viva de su tierra”—,¹⁴ y su símil,¹⁵ Cohn Bendit —“Una minoría intelectual permanece totalmente ineficaz si sufre o incluso se complace en el ghetto que se le ha reservado”—.¹⁶

La mayoría, los “sectores ilustrados (los hombres de cabeza)”, son, como “agentes del coloniaje”, los promotores de una ciencia social no-valorativa¹⁷ universalista, a la que se

¹³ *ATM*, No. 1, noviembre de 1968, “Documento de la época: ¿Para qué sociólogos?”, Daniel Cohn Bendit, extraído de la revista *Esprit*, abril de 1968, p. 17 (cursivas nuestras).

¹⁴ *ATM*, No. 1, noviembre de 1968, “Antropología, antropologías”, s/p. La conocida frase de Rodolfo Walsh parece ligarse con el No. 1 de la publicación *CGT* de la CGT de los Argentinos, de mayo de ese mismo año, publicación escrita y dirigida por este escritor. Esta relación no está mencionada explícitamente en el editorial de G. Gutiérrez.

¹⁵ En “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, M. C. Torti se refiere a la receptividad en la Argentina de ciertos temas de la nueva izquierda europea de amplia circulación en el mundo occidental. En A. Pucciarelli, *op. cit.*

¹⁶ *ATM*, No. 1, noviembre de 1968, p. 17.

¹⁷ “¿Es posible pensar en una ciencia social ‘no valorativa’?”. Con esta pregunta empieza una entrevista a Humberto Cerroni, también en el primer número de *ATM*, titulada “Problemas de las Ciencias Sociales” (entrevista por V. F. Olea, reproducida de *Revista Mexicana de sociología*, año XXIX, No. 1, 1967, pp.18-34.

responsabiliza de la formación de obsecuentes “técnicos de la investigación del mercado y de la opinión pública, casi siempre violentamente izquierdistas”. A través de esta “disolución imaginaria de la ciencia en la política”, como decía Eliseo Verón, en 1974,¹⁸ se colocaba a la capa ilustrada y a la intelectualidad de izquierda “en la vereda de la dominación” y se instalaba, así, el proyecto de *ATM* en la creación de “una cultura al servicio de la liberación”,¹⁹ enfrentada a la cultura de la dependencia, a la cultura ilustrada o, simplemente, a “los selectos”, como llamaba O’ Farrell al campo de la dominación cultural representado por las profesiones.²⁰ Esta cultura ilustrada, concebida como una “superestructura” –en oposición a la cultura popular, que no lo sería–, era atacada en la base misma de la estructura profesional diseñada en las universidades, adscripta a la dinámica del mercado y de la dominación. La transformación deseada implicaba, entonces, una tarea inmensa:

[...] desprenderse del grupo y de la cultura de los selectos, de sus criterios acerca de lo que es racional e irracional, de lo que es superior y de lo que es inferior, acerca de lo que es cáscara y de lo que es substancia.²¹

Esta redefinición de la intelectualidad y de importantes sectores del estudiantado que

¹⁸ E. Verón, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.

¹⁹ *ATM*, No. 2, mayo de 1969, “La idea de la revista *Antropología 3er. Mundo*” por G. Gutiérrez, pp. 1-7. Este artículo está en sintonía con lo que declara la contratapa del No. 2 de *Envido*, en relación con los objetivos de construcción de un pensamiento nacional alternativo.

²⁰ *ATM*, No. 2, mayo de 1969, “La Cultura popular latinoamericana”. J. O’ Farrell, p. 21.

²¹ *Ibid.*, p. 22. Dentro del subtítulo “Cultura popular y cultura ilustrada. Pueblo” y “Selectos”, el autor enfatiza: “El pueblo y su cultura [...] se yerguen en oposición a la cultura ilustrada, en contra de su sistema y de sus bases de legitimación.”, p. 22. En ese mismo sentido, en la p. 65, Roberto Carri denunciaba “el exclusivismo estudiantil y científicista”.

“desanda[ba]n su antiguo antiperonismo”²² ya había empezado a producirse y es visualizada por los miembros de la revista, quienes se vieron a sí mismos como responsables del proceso “de esclarecimiento” que se abriría en 1966,²³ cuando “las juventudes comenzaron a mirar a sus maestros –los llamados ‘maestros de la juventud’– con cierta desconfianza”. La Intervención de 1966 habría constituido, así, el punto de partida de la expansión del proceso de nacionalización de los universitarios gracias al surgimiento de *una nueva intelectualidad* –ellos mismos se perciben como tal– que “reniega del prestigio de los moldes del pensamiento imperialista y adhiere al proyecto popular”. El mismo Cárdenas, a fines de 1969, se considera como parte del grupo de profesores que, a partir del golpe de Estado, pudieron

[...] dar nivel a sus cátedras e influir políticamente sobre el estudiantado acelerando el proceso de nacionalización de los universitarios [situación que] implicó la liberación mental de los universitarios que dejaron de discutir los puntos programáticos de sus escritos ultarizquierdistas para centrar la discusión política sobre el problema peronista.²⁴

y se entusiasma por esta nueva posibilidad de encuentro de los sectores universitarios con el movimiento de liberación nacional después de los sucesos de Córdoba y Rosario, en los cuales constata la importante participación de los estudiantes.²⁵

²² G. Gutiérrez, “Pensamiento nacional y política”, en *ATM*, No. 4, septiembre de 1970.

²³ Las perspectivas abiertas para el peronismo en la Universidad que estaría posibilitando el golpe de Estado de 1966 fueron esbozadas en un trabajo anterior (A. M. Barletta, “Peronización de los universitarios (1966-1973)”, en *Pensamiento Universitario*, No. 9, UNQ, 2000.

²⁴ Gonzalo Cárdenas, “El movimiento nacional y la Universidad”, *ATM*, No. 3, noviembre de 1969, pp. 59-60.

²⁵ *Ibid.*, p. 41.

Pero esta ruptura del cerco impuesto por la universidad del régimen, ¿cómo se lograba? Dos pasos eran necesarios y eran concebidos como dos actos de violencia consigo mismo: “romper las expectativas de la profesionalidad”, primero y “negarse como intelectual” y transformarse en militante peronista, después. Sólo quedaba la política como desempeño válido y sólo dejaba de ser “verborragia” cuando el desempeño político se orientaba “según la determinación masiva del pueblo argentino: el Movimiento Peronista”, identificado con el Movimiento Nacional desde 1945 y convertido, además, en “una concepción del hombre propia e irreductible, elaborada por el pueblo argentino”, lo que, para estos *nuevos intelectuales*, volvía “imposible pensar que la continuidad futura del pensamiento y del Movimiento Nacional tenga otro contenido que no sea peronista”.²⁶ Esta imposibilidad declarada de pensar fuera del peronismo y de los lineamientos de Perón parecía ir más lejos que lo propiciado por algunos intelectuales del pensamiento nacional y llama la atención más de una vez, a lo largo de los doce números de la publicación, esta adhesión incondicional y primaria a la doctrina de Perón. Lo que hoy podemos ver como una cierta trampa en la que se debatió esta lógica en ese entonces se sustentaba en el hecho de que no sólo el movimiento no se desintegraba, como parecía ser la expectativa de distintos sectores políticos,²⁷ sino que, por el contrario, iba incorporando a quienes en el pasado habían sido sus opositores, como estaba ocurriendo con los universitarios.

¿Y cuál sería finalmente la Universidad a la que se estaban incorporando estos nuevos

²⁶ G. Gutiérrez, “Pensamiento nacional y política”, en *ATM*, No. 4, septiembre de 1970. Esta transformación del profesional al intelectual y después al político y, finalmente, al revolucionario también fue rastreada por de J. L. Diego, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Al Margen, 2001, cap. II.

²⁷ C. Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

sectores? ¿Qué podía exhibir el primer peronismo como modelo para captar a quienes, en su memoria colectiva, no encontraban fuertes identidades vinculadas con esa universidad? Conscientes de que el peronismo no había tenido demasiados logros en este campo, Cárdenas intentaba una explicación que podía sintetizarse en que el peronismo en el poder no había tenido tiempo de consolidar una nueva fuerza universitaria: “El movimiento nacional abrió las puertas de la universidad al pueblo en 1945. Pero *desde afuera*. A partir del año 1955 ha venido creando las condiciones políticas para que los mismos estudiantes las abran *desde adentro*”, decía este profesor de las “cátedras nacionales”, en 1969. ¿Qué era ese “desde afuera”? Simplemente, el “acceso de jóvenes procedentes de nuevas canchales sociales, que van a ir abriendo ‘desde afuera’ la Universidad al pueblo”.²⁸

Es justamente este efecto democratizador del acceso a los estudios superiores casi el único aspecto reivindicado de esa etapa. Cuando Gutiérrez, en su historia de la universidad, haga la defensa de la experiencia universitaria del primer peronismo, se limitará a su función democratizadora desde el punto de vista social: menciona la ley 12.321, que suprimió los aranceles, jerarquizó la situación del docente y proporcionó amplios recursos a las casa de estudio que permitieron que la población estudiantil aumentase a 201.437 estudiantes (1949) sobre 63.000 (1943).²⁹

Pero –reconoce– todo ello no alcanzó a cambiar la mentalidad colonial de la mayoría de la población universitaria [...] Las Federaciones reformistas prosiguieron controlando gran parte del estudiantado y oponiéndolo al gobierno peronista; en el nivel

²⁸ *Ibid.*, pp. 41 y 49.

²⁹ El período 1946-1955 es efectivamente considerado como uno de los de mayor crecimiento de la matrícula. D. Cano, *La Educación Superior en la Argentina*, Buenos Aires, FLACSO-CRESALC/UNESCO, 1985.

profesoral, el sabotaje de liberales, marxistas y católicos reaccionarios fue la nota predominante [y] una vez más, “fuístas” y conservadores se dan la mano contra el malón peronista (el aluvión de cabecitas negras en el centro de la ciudad).³⁰

Por eso, es significativa la publicación del “Manifiesto de la Organización Universitaria de FORJA”, de junio de 1943 que, según sus editores de 1970, “mantiene plena vigencia en muchas de sus afirmaciones”,³¹ en un momento en que se estaba percibiendo el vuelco de importantes sectores estudiantiles hacia el peronismo, como si constituyese un modelo previo a esa experiencia que convendría exhumar. Desde el número anterior Cárdenas muy francamente y ahora también Guillán no dejaban de advertir y de entusiasmarse con esta nueva presencia a la que particularmente Cárdenas consideraba indispensable integrar para triunfar.³²

El Documento de FORJA de 1943³³ está claramente dirigido a los estudiantes en oportu-

nidad de la caída de lo que denominan el “régimen antinacional” de la década infame,³⁴ por eso pedía la urgente “remoción total de las actuales estructuras de la Universidad como medio para su identificación con el país y su integración con el pueblo”. La nueva Universidad debería ser una “universidad al servicio de la república” en la que pudiera superarse la “traición de la inteligencia”, subtítulo debajo del cual denunciaba la función de la Universidad desenvuelta “de espaldas al país,³⁵ ajena a su drama y a la gestación de su destino”, traición que, por otra parte, se consumaba en una relación de tres patas: Universidad, Empresas y Política como complementarias en una misma “obra antinacional”, con su siguiente distribución de tareas: “la primera, dotaba de los maestros y las doctrinas del engaño; las segundas, de los medios del soborno; y la tercera, de los medios de ejecución” y que terminó encontrando en “el título profesional la satisfacción [...] de la propia comodidad”, convirtiendo, así a la Universidad en “un enseñadero sin alma”.³⁶ Hace una defensa de la Reforma Universitaria centrada en el papel del estudiante, como el principio rector fecundo que ésta aportó: “ese vivir político del estudiante”, “la actitud crítica frente a la Cátedra”, “la denuncia de las camarillas académicas”. En varios pasajes, se defendía abiertamente al estudiante,

³⁰ *ATM*, No. 4, septiembre de 1970, G. Gutiérrez utiliza aquí citas del Documento de FANDEP “Peronismo y Universidad”, de agosto de 1967. Conceptos semejantes referidos al menosprecio de los valores del reclamo opositor también son exhibidos por G. Cárdenas, *op. cit.*, pp. 50-51.

³¹ *Ibid.*, p. 11. Esta revista incluye, además, los siguientes artículos: “Pensamiento nacional y política”, por Guillermo Gutiérrez; “Poder y dependencia”, por Roberto Carri; “La tercera posición justicialista y el marxismo”, por Norberto Wilner y “Movimiento nacional y movimiento obrero”, por Julio Guillán; junto con el Documento de FORJA, este número de la revista parece constituir un modelo de intervención política: desarrollo del pensamiento nacional, cátedras nacionales y movimiento obrero. Guillermo Gutiérrez en ese momento se desempeñaba como secretario del Ateneo de Estudios Sociales de FOETRA.

³² “Por lo que la salida es posible sólo a través de la organización política que integre las capas intermedias y la clase trabajadora peronista. Esa estructura política es el peronismo [...]”, *op. cit.*, p. 65.

³³ “Manifiesto de la Organización Universitaria de FORJA”, Publicaciones de FORJA, Colección Folletos, No. 2, UCR, 29 de junio de 1943, p. 15, transcripto por *ATM*, No. 4.

³⁴ La Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina se había constituido dentro del Partido Radical en 1935. Están asociados a ella los nombres de A. Jauretche, A. García Mellid, L. Dellepiane, H. Manzi, G. del Mazo, M. Ortiz Pereyra y otros. Cabe recordar que el 4 de junio de 1943, ya fuera de la UCR, FORJA había saludado el nuevo orden con la expresión “Con la revolución, pero no con el gobierno de la revolución. Con el país”. Véase J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, 3ª ed., p. 363.

³⁵ Palabras casi idénticas a las utilizadas por Guillermo Gutiérrez en “Pensamiento nacional y política”, en el mismo número.

³⁶ Documento de FORJA, pp. 4-5.

“transfusión del pueblo en las aulas”, portador del “rumbo intuitivo del interés nacional” y se consideraba, entonces, la participación estudiantil como la única tradición universitaria que “debe salvarse”.³⁷ Unos años después, en 1947, cuando el gobierno peronista sancione su ley universitaria es justamente este aspecto tan reivindicado por Jauretche en este documento el que quedará descartado, al desplazar a los estudiantes de la centralidad su función político-representativa en el gobierno de la Universidad.

En cambio, la autonomía de la universidad reformista, invocada en forma abstracta “para salvar su dependencia de los extranjeros”, no podía salvarse. Una verdadera autonomía daría a la Nueva Universidad “el signo de la misión. Misión para con el país y misión de Argentina en América y en el mundo. Servicio”. La idea de “misión”, si bien no era ajena a los primeros reformistas, se acentuaba aquí como “servicio”. Esta idea, que será retomada por el peronismo posterior, el documento de 1943 la desarrolla hacia dos aspectos de la extensión de las relaciones entre Universidad y sociedad: la enseñanza experimental, a la que “la república entera” concebida como laboratorio será sometida y, algo todavía más interesante y novedoso, que será retomado explícitamente por las “Bases de la Nueva Universidad” de principios de 1973: el trabajo remunerado de los estudiantes, que “eliminará del claustro al que ha hecho del

³⁷ *Ibid.*, pp. 8-9. Este papel otorgado a la juventud universitaria será retomado por el peronismo de la década de 1970 (en confrontación con el papel asignado por el primer peronismo al estudiante que le era adverso). Así, por ejemplo, lo establecía Héctor Cámpora en su “Mensaje ante la Asamblea Legislativa” de 25 de mayo de 1973: “Es a la juventud universitaria a la que asignamos un papel definitivo como creadora hacia el futuro, de un espíritu definitivamente nacional para la inteligencia argentina, capaz de conjugar los contenidos de la ciencia, la tecnología y la cultura con una sustancial vivencia del país”, en Héctor J. Cámpora, *La revolución peronista*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 159.

estudio el pretexto de sus ocios” y permitirá el acceso a “aquellos que teniendo las aptitudes necesarias no pueden hoy llegar por razones económicas”

La publicación del documento de FORJA parece sugerir no sólo una mayor identificación de los nuevos intelectuales con las ideas de los pensadores nacionales que con las realizaciones de la Universidad del primer peronismo, sino la necesidad de rescatar alguna tradición en la que colocar su inserción en este también nuevo ámbito. Estos nuevos intelectuales, difícilmente podían reivindicar completamente a la Universidad de la época de Perón. Es ilustrativo, en este sentido, el testimonio brindado por un testigo parcial como era José María Rosa, en donde encontramos una admisión de rasgos negativos, casi en los mismos términos en que lo había hecho el movimiento reformista de la década de 1950:

Tenía sus claros y sus oscuros. Si nos referimos a las autoridades universitarias, eran de lo peor que he visto: decanos y rectores, en su mayoría, eran gente de afuera de la universidad, que querían hacer méritos partidarios poniéndose el escudito peronista o mandando a cantar la marcha de los muchachos peronistas o de Evita capitana; u ordenando que se aprobara a un alumno [...] El peronismo a la Universidad no la entendió y viceversa. Pero eso es lo oscuro; había un claro que es necesario hacer notar: que había una absoluta libertad de cátedra [...] como nunca [...] yo fui amonestado en la Universidad liberal]. En cambio, los peronistas me dejaron hablar todo lo que quisiera.³⁸

La Nueva Universidad en *Envido*

La Revista *Envido*, que aparece recién en julio de 1970, también está ligada al ámbito

³⁸ J. M. Rosa, reportaje biográfico que se le hace para el No. 2 de *Envido*, noviembre de 1970, pp. 43-44.

universitario; es una revista de política y ciencias sociales, vinculada claramente con la izquierda peronista. Si bien está situada en el ambiente universitario de los setenta, parece estar más directamente planteada que *ATM* en la perspectiva de incidir dentro del peronismo para llevarlo hacia las posiciones del socialismo nacional desde una problematización de las profesiones.³⁹ En casi todos los números hay una nota sobre las ciencias y sus aplicaciones y desde el primer número incluye una “Crónica política” que sigue los acontecimientos del cronograma nacional además de publicar, en forma permanente en sus páginas, documentos de agrupaciones universitarias peronistas o vinculadas al debate político de la Universidad, y de los Sacerdotes del Tercer mundo.⁴⁰

Desde que la vuelta de Perón se torna más probable, aparecen indicios de lo que parece cada vez más necesario “la elaboración de una *Política Universitaria Peronista y Combativa* para hacer frente a la *situación especial de la Universidad y de los Estudiantes*, de manera tal que la lucha liberadora y descolonizante del peronismo como Movimiento Nacional de

masas se concrete en la Universidad a través de *su expresión universitaria*”. Se hace evidente el cambio que se estaba instalando en un sector del peronismo que comenzaba a ver a la Universidad con cierta especificidad y susceptible de contar con políticas propias, “la necesidad de algo más que el número... cuadros medios capacitados política y moralmente que *vayan haciendo posible la transformación del número en fuerza, la espontaneidad en organización*”.⁴¹

El proyecto, que vendría recién a principios de 1973, está esbozado en varios documentos, gran parte de ellos publicados en *Envido*.⁴² Con la idea de que “la Patria entre en la Universidad” y se integre a la tarea de Reconstrucción Nacional y Construcción del Socialismo Nacional, se establece que la formación superior incluya tres áreas: Área técnico-científica, orientadora de los contenidos de la enseñanza que permitan romper con la

³⁹ J. P. Feinmann describe de este modo el *staff* permanente de la revista: “Éramos distintos entre nosotros, los que la hacíamos. Horacio González venía de Sociología y las cátedras nacionales. Yo venía de Filosofía y teóricamente de Hegel, Marx y Sartre; Abrales estaba con el grupo de ingenieros y matemáticos en el que estaba Llach; Armada de Filosofía y del cristianismo militante, Bresci era un cura del Tercer Mundo y Bernetti era periodista estrella de *Panorama*; Abel Posadas y Santiago González venían de Letras. Era distribuida por las organizaciones estudiantiles y por nosotros que recorríamos los kioscos”, *Página/12*, 11 de marzo de 2000.

⁴⁰ La presencia de CENAP (Corriente Estudiantil Nacionalista Popular), CEP, del Primer Cabildo Abierto del Peronismo Universitario, de los Congresos Nacionales de Estudiantes Peronistas, Documentos de la JUP y FURN sobre “La nueva Universidad”, de las cátedras nacionales como, asimismo, de los mensajes de Perón a las Juventudes (que aparecen en *Envido*, desde el primer número) y la proliferación de consignas (especialmente desde el No. 7 *Perón Vuelve*, de octubre de 1972), nos estarían mostrando la preocupación por ocupar un lugar en el debate estrictamente político.

⁴¹ Declaración Del Congreso Nacional De Estudiantes Peronistas, *Envido*, No. 7, octubre de 1972. Firman Agrupaciones de Santa Fe (Ateneo, MUP, Integralismo), Rosario (JUP, JULN), Corrientes (Ateneo, FAUIN-Integralismo), Chaco (FAUIN-Integralismo, Integralismo Secundario), Tucumán (JUP, FERBA de base antiimperialista), Paraná (Grupo Universitario Peronista), La Plata (FURN, FAEP), Buenos Aires (MAS, CENAP, CEP, FANDEP, GUP, Cimarrón -Agronomía-), BP Derecho, Grupo Teatro Peronista, MIF, AEP (del MRP), LEN (Neuquén), ESP (secundarios de Viedma y Patagones). Cursivas nuestras.

⁴² “Documento presentado por la JP, a pedido del compañero Cámpora”, en enero de 1973, en *Envido*, No. 8, marzo de 1973; Documento de trabajo “La nueva Universidad: Resumen de pautas para su implementación”; Extracto del documento “Análisis y propuestas de una política nacional para la Universidad”, FURN, Ciudad Eva Perón, abril de 1973, en *Envido*, No. 9, mayo de 1973; “Documento completo Juventud Universitaria Peronista: El peronismo en la Universidad”, Reunión del 9 de abril de 1973, también en *Envido*, No. 9; “Documento de los Secretarios Académicos y Delegados Intervenientes frente a la futura Ley Universitaria”, 29 de junio de 1973, y “Bases Para La Nueva Universidad”, 2 de mayo de 1973, Documento del Gremio de Trabajadores no-docentes de la UNLP, ATULP, en E. Godoy, *La Historia de ATULP*, 1995, p. 117. Cursivas nuestras.

dependencia cultural que obliga al país a desarrollar las ramas de la ciencia y de la técnica que no necesita ni puede aplicar. Área productiva, que incorpora al estudiante al trabajo social a fin de promover la desaparición progresiva de las diferencias entre trabajo manual e intelectual, aprovechando al máximo los recursos humanos disponibles, sean técnicos o simple mano de obra. Finalmente, Área político-doctrinaria, responsable de insertar al universitario en la actividad política del pueblo, promoviendo su concientización, movilización y organización.

Con el propósito de garantizar el real acceso de sectores de menores ingresos, se propone algo nuevo: rentar el trabajo universitario, “controlando simultáneamente que éste reditúe en beneficio del país”. La idea también se sustenta, siguiendo el viejo documento forjista, en el aspecto negativo de la universidad liberal-reformista: con el régimen de trabajo manual obligatorio y la remuneración de los trabajos prácticos en las áreas de producción, fábricas y servicios bajo la coordinación del Estado, se tiende a la “superación del carácter económicamente improductivo y parasitario del aprendizaje actual”.

Control estatal de la enseñanza y desaparición progresiva de las privadas; dedicación exclusiva para los docentes *que estén formados en las tres áreas mencionadas* (estudio, trabajo e inserción política); la incorporación integral de los no-docentes en todos los niveles de la vida universitaria; todo con presupuesto genuino del Estado ya que “no contemplará la aceptación de subsidios de origen privado y/o extranjero”. (No obstante, cuando se habla del corto plazo, agrega que no se aceptarán los que “que condicionen su utilización”.)

La concentración del poder planificador y la consiguiente limitación de la autonomía reformista, la insistencia en los aspectos doctrinarios: formación política, capacitación profesional, afirmación de la conciencia nacional,

responsabilidad social y servicio al pueblo; promoción social de carenciados, igualdad de oportunidades; defensa de los intereses nacionales y regionales; asesoramiento al gobierno y desarrollo de la extensión, recuerdan los fundamentos doctrinarios del proyecto de FORJA,⁴³ de la Constitución del '49, la Ley 13.031 de 1947 y también la que posteriormente sancionará Perón el 14 de marzo de 1974, la Ley 20.654, aunque esta última va a resultar de cierta compatibilización de fundamentos peronistas y radicales. Estos últimos pudieron lograr que la ley garantizase la autonomía en lo referente a la libre elección de las autoridades por los claustros⁴⁴ en sintonía, como puede apreciarse en nuestra cita del epígrafe, con las intenciones del presidente Cámpora en su Mensaje a la Asamblea Legislativa.

Ese “nosotros”, entonces, se había ido conformando en la Universidad post-Cordobazo en donde cierta izquierda peronista se instituía como denunciante del rol político de la Universidad como institución del régimen, ligada con el rol conservador de las clases medias intelectuales. A esta altura, si bien la Universidad seguía siendo el centro de concentración y de irradiación de influencia de las capas medias de la sociedad, las preocupaciones, las ideas, las prácticas, los comportamientos y los ideales de éstas habían comenzado a cambiar y a aceptar cierta peronización de la cultura y del mundo universitario: una parte importante de las juventudes de clase media se hacían

⁴³ No deja de resultar significativo que la Revista *Crisis* vuelva a reproducir este Documento intacto en su número 11 del mes de marzo de 1974.

⁴⁴ Un comentario de estas negociaciones entre ambos partidos es relatado muy sintéticamente por F. Mignone, *Política y universidad. El Estado legislador*, Lugar Editorial, IDEAS, 1998, pp. 49-52, donde afirma que esta ley constituyó “una amalgama de los principios sustentados históricamente por el justicialismo y el radicalismo”, p. 50.

peronistas en la Universidad,⁴⁵ fenómeno que fue registrado por cierto peronismo, vinculado por distintas vías con el medio universitario.

Este viraje de las capas medias estudiantiles y profesionales hizo que una izquierda universitaria peronista se deslizase de la crítica demoledora de una institución del viejo régimen a intuir la oportunidad estratégica que este ámbito brindaba para el crecimiento político a través del desarrollo y expansión de un pensamiento ambiguo,⁴⁶ mezcla de todas las tradiciones posibles (cristianismo, marxismo, peronismo) pero cuya eficacia estaba dada por la asociación a un partido de masas que, además, tenía la ventaja, para este crecimiento, de que había sido proscripto y podía rodearse, así, de una aureola que parecían haber perdido hacía tiempo los partidos de la izquierda argentina.

Juan José Hernández Arregui, el intelectual peronista que proclamaba haber acuñado tempranamente la expresión “izquierda nacional”, constataba este cambio en la segunda edición de su clásico libro *La formación de la conciencia nacional*, cuando en 1970, al analizar los hechos más notorios de la década, puntualizaba “el rápido cambio ideológico de la clase media” que se expresaba, según este ideólogo, en la adhesión a la lucha antiimperialista, en la alianza de los estudiantes con los obreros y en la aparición de organizaciones ilegales que ligaban su acción a la resistencia de las masas.⁴⁷ En la primera edi-

ción de 1960, había denunciado “el carácter anticientífico de la enseñanza superior disimulado tras la farsa de la libertad del espíritu”,⁴⁸ había atacado a la clase media de origen inmigrante, identificándola con la masa estudiantil obnubilada por las ideas abstractas de democracia, libertad y cultura para encubrir sus aspiraciones de clase. No obstante, diez años después, este autor incluirá en el Anexo de 1970 –como una manera de mostrar el éxito de su libro en haber contribuido al cambio ideológico de la juventud de la clase media universitaria– una serie de documentos que mostraban esta transformación,⁴⁹ ese cambio mental hacia la línea nacional que se había operado gracias al trabajo de “la izquierda nacional”.⁵⁰

En este contexto, la elaboración de una política universitaria peronista no podía tener como modelo excluyente la Universidad del primer peronismo, más allá de la valoración positiva de sus rasgos democratizadores. Esto no sólo era así porque, como marca el testimonio del mismo José María Rosa, no parecía haber mucho para defender en este modelo sino, además, por la clase de elementos nuevos que, en la coyuntura abierta en 1966, se pretendía reclutar. Su forma de ganar adhesiones, entonces, no podía ser desde un modelo de Universidad del que sólo se tenía una experiencia fallida y un conjunto de normas jurídicas, sino desde la impugnación más eficaz del modelo reformista y de las tradiciones de la militancia universitaria. Por lo

⁴⁵ Se encuentran múltiples testimonios de este proceso en *La voluntad*, de E. Anguita y M. Caparrós, Buenos Aires, Norma, 1997, t. I; en M. Diana, *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta, 1996, y otros libros de testimonios.

⁴⁶ Altamirano considera esta combinación de tradiciones gracias a una puesta “en comunicación” con el gran motor del peronismo de católicos, nacionalistas y marxistas que habrían posibilitado, en el caso a que particularmente se refiere, los Montoneros, *op. cit.*, p. 125.

⁴⁷ J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, 3ª ed. de 12.000 ejemplares, 1973, p. 499.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 89-90.

⁴⁹ Anexo a la segunda edición, *ibid.*, pp. 500-558.

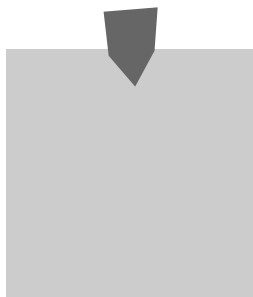
⁵⁰ Esta expresión, según dice, fue acuñada por el autor en 1957. Los militantes que la componen serían: Puiggrós, Astesano (de origen comunista), E. Rivera (de origen trotskista), S. Frondizi e I. Viñas (intermedios entre el pasado y la nueva realidad), J. W. Cooke (de origen peronista), E. Rey (peronista), Spilimbergo, García Ledesma, el grupo Espartaco, artistas como Carpani, Berni, Gambartes y Grela (pintura nacional), el PSIN de E. Dickman y J. A. Ramos (izquierda nacional, no incorporada al peronismo), *op. cit.*, pp. 475-476.

tanto, politizó y partidizó de entrada su presencia en un ámbito que sabía hostil, promoviendo, así, la invasión de ese espacio con las consignas del Movimiento Peronista. No obstante, si bien las revistas fueron arrolladas por la dinámica de ese mismo movimiento, proveyeron de elementos cuestionadores sobre la institución, la ciencia y la cultura que terminaron confluyendo en un proyecto diferente de Universidad, que no pudo evolucionar cuando, finalmente, “el pueblo recuperó el poder” en mayo de 1973, debido a que en ese entonces diferentes sectores del movimiento peronista convirtieron a esta institución en uno de

los territorios donde prefirieron o tuvieron que dirimir sus propios enfrentamientos.⁵¹

⁵¹ En “Estilos nacionales de institucionalización de la cultura e impacto de la represión en Argentina y Chile”, Halperin Donghi se refiere a este momento en su historia de las relaciones entre universidad y sociedad diciendo que los principales responsables de la experiencia universitaria, si bien advertían que la universidad era una de las pocas bazas con las que contaban para el juego político en que se habían involucrado, no pudieron, en cambio, advertir, en la demoledora dinámica de esa historia, “hasta qué punto las reglas habían sido fijadas en su contra”, en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 318.

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 6 / 2002

Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider,
Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX,
Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000, 260 páginas

Los diversos trabajos que componen este libro se estructuran en torno de la búsqueda de la homogeneidad nacional; homogeneidad entendida no como un “real” sino como una representación ideológica o imaginaria. Al centrarse empíricamente en el “caso” argentino, se resalta la dificultad de encontrar una experiencia histórica “en que la pulsión homogeneizadora haya tenido tanto éxito en la consolidación de una percepción colectiva de nación pretendidamente uniforme en términos culturales, étnicos y raciales” (p. 10). Habiendo albergado grupos de origen indígena, español y africano, así como grandes contingentes inmigratorios europeos, podría haberse consumado allí un resultado análogo al de los Estados Unidos de América: pero mientras este último se asume como un país multirracial, “el imaginario argentino tiende a desconocer el mosaico étnico que la compone”, viéndose como una sociedad blanca de cultura europea (p. 9). Esta representación imaginaria de homogeneidad hallaría su explicación en la función de la variable *territorial* en la construcción de la identidad nacional. Esta circunstancia fue sobredeterminada porque, “en una sociedad tan característicamente multiétnica como la hispanoamericana, la identificación territorial era la

única capaz de imponerse con la fuerza de un elemento externo y previo a la demografía” (p. 33; cursivas mías). Así, dado que en Hispanoamérica la concepción “cultural” de la nación carecía de capacidad diacrítica o diferenciadora, se apeló –se dice– al territorio, como si éste (en contra de lo que en otros pasajes se ha afirmado) no fuera una noción tan culturalmente construida como la tradición y otros elementos definidores de los rasgos identitarios de una nacionalidad.

En este sentido, significativo para la dilucidación del proceso de incorporación o exclusión de la otredad resulta la indagación de Arnd Schneider destinada a analizar la fabricación de la Argentina como país de inmigrantes europeos (sobre todo italianos), para concluir comparativamente que en ese país del Cono Sur hubo tanto mestizaje cuanto continuidad de fidelidades étnicas, mientras en los Estados Unidos se impuso una política de segregación y de conformidad forzosa a la cultura blanca, anglosajona y protestante (p. 142). En el giro del siglo XIX al XX, justamente ante el fenómeno inmigratorio –como es sabido y aquí se reitera–, la élite construye una identidad que recupera valores hispánicos y criollos.

Además, la experiencia migratoria italiana contendría ambigüedades, ya que esa inmigración no fue meramente pasiva dentro de un proceso de

aculturación o adaptativo, sino que contribuyó a la producción de una cultura “porteña”, de una “cultura urbana general” (p. 162). Con ello se plantea de manera estimulante el problema del tipo de mezcla cultural generado entre una supuesta “base” y su “agregado”, con la peculiaridad de que aquí podría haberse dado una inversión respecto de la gravitación correspondiente entre la sociedad receptora y la extranjera.

Empero, si bien la etnicidad ítalo-argentina resultó de tipo inclusivo, predominando como criterio divisorio la diferencia clasista más que la de raza o de etnicidad, sin embargo ese resultado no respondería al “mito del *melting pot*”, ideología sostenedora de que todos los componentes son iguales a pesar de sus diversos orígenes nacionales o étnicos. En cambio, el autor sostiene que no hubo asimilación sino sincretismo. De esa manera se concede la razón a la línea interpretativa que aduce pruebas del mantenimiento de las viejas diferencias de origen (como los altos índices de homogamia en la población de origen italiano), pero sin que tampoco se realizara una experiencia de “pluralismo cultural”. Y si esto último no es sustentable se debe a que simultáneamente se producían sociabilidades de mezcla, en ámbitos tan paradigmáticos como los barriales (p. 173).

Sólo queda por seguir preguntándose si ésta no es, precisamente, la mejor ilustración del funcionamiento de un “dispositivo crisol de razas”, según los términos de quienes entonces planteaban (liberales consecuentes como Barroetaveña, socialistas como Juan B. Justo...) que la nacionalidad argentina estaba no en el pasado sino en el porvenir, y que se construiría sobre la base de la fusión de esos elementos heterogéneos.

Sobre estas bases, en el capítulo de cierre se refuerza una propuesta alternativa a la del “*melting pot*”. Se reitera para ello el papel fundamental del territorio como elemento básico de integración de la heterogeneidad. “La alquimia de la tierra” sería así la figura que intenta hablar de un proceso en el cual diversos elementos se agregan a una sociedad sin llegar a fusionarse, aun cuando “reflejándose en una totalidad, sin fronteras internas” (p. 179). Si no entiendo mal, se trataría no de la visión del crisol de razas ni tampoco del multiculturalismo, sino de una convivencia

pacífica de diversas identidades que subsisten y que el espíritu territorial permite proyectar en una totalidad abarcadora. En tal contexto, “el territorio se convierte en uno de los principales, si no el principal nexo comunitario”, pudiendo actuar “como principio *suficiente* de diferenciación nacional allí donde fallan los elementos de linaje o especificidad cultural” (p. 182; cursivas mías). No obstante, y como vuelve a mostrar el reciente libro de Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, la afirmación gubernamental en 1888 del principio de la ley territorial como criterio de nacionalidad fue acompañada estrechamente por un enérgico operativo estatal y societal de unificación culturalista. Crítica que se fortalece cuando en el texto comentado se apela como demostración a una cita de Alberdi (“El suelo prohija a los hombres, los arrastra, se los asimila y los hace suyos”) (p. 216). Y no sólo porque a ésta se le podría oponer fácilmente otra más célebre (“La patria no es el suelo...”), sino sobre todo

porque la recomposición del proyecto alberdiano, centrado en la teoría del trasplante, habla demasiado elocuentemente de que era a partir del “gajo” de la inmigración como la Argentina podía ingresar cabalmente en la modernidad, en la medida en que el “desierto” nacional lo era no sólo de habitantes sino también de valores y costumbres.

Libro en suma que desarrolla con argumentaciones consistentes y documentación atinada algunos de los rasgos del proceso que estudia, contiene junto con ello esta persistente tesis que no alcanza a ser argumentada con verosimilitud. Libro, por fin, que posee el mérito de proseguir un debate considerable para la historia argentina, y, en una escala más amplia, para todos los procesos de transculturación e hibridación tan definitorios de la configuración de las culturas latinoamericanas.

Oscar Terán
UBA / UNQ / CONICET

Laura Malosetti Costa,

Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, 455 páginas

El poder de las imágenes

¿A quién no le resulta familiar “El despertar de la criada” o “Episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires”, “La vuelta del malón” o “Sin pan y sin trabajo”? Esas pinturas de fines del siglo XIX, vistas una y otra vez en el museo o en los libros, pueden llegar a parecer imágenes mudas, que de tan recurrentes desaparecieron de los límites de nuestra curiosidad.

Y sin embargo, contra el anatema que las juzga como poco interesantes, el libro de Laura Malosetti revela en ellas nuevas luces, al reponerles minuciosamente el espesor que alcanzaron en su tiempo y relocalizarlas en la trama compleja en la que intervinieron. Justamente *Los primeros modernos* se plantea, como señala la autora, “nuevos interrogantes sobre ciertas tradiciones culturales fuertes, instaladas y cristalizadas como estereotipos. Hurgar en esos lugares comunes, en cosas tan ‘obvias’ como que los grandes cuadros de fines del siglo XIX no merecían más que una displicente adscripción a una estética europea y desactualizada gracias a lo cual quedaron fuera de los programas de estudio del arte argentino con los que me formé”.

No es que estos cuadros no hayan sido inscriptos en el canon del arte argentino. Todo

lo contrario: son de alguna manera, y luego de las pinturas de Prilidiano Pueyrredón, sus pilares constitutivos. Pero contra la lectura formalista, estilística o estrechamente biografista que caracteriza las historias del arte anteriores, la investigación de Malosetti repone otras dimensiones: explora las condiciones de producción, los proyectos creadores individuales y colectivos, las estrategias de circulación, los juicios de la crítica, las circunstancias de la recepción —especializada y masiva—. Y en todos estos planos articula niveles de análisis diversos: las imágenes, los discursos, las prácticas, las estrategias autoconscientes, las regulaciones autónomas del campo, las relaciones del arte con la sociedad y la política.

Incorporando una profusa documentación y desde perspectivas teóricas e historiográficas contemporáneas, la autora apunta a la drástica revisión de los relatos establecidos sobre los inicios de la pintura argentina. Así, sendos capítulos del libro se detienen en pintores como Sívori, Schiaffino o De la Cárcova, quienes “no han merecido hasta ahora ninguna aproximación historiográfica que vincule críticamente sus obras en el complejo panorama de la historia de esas décadas”, esto es, el período que va de la generación del ’80 al Centenario.

Malosetti se arriesga a revisar ciertos lugares comunes al desplazarse de un parámetro reiterado en los relatos del arte argentino: la medición de la sincronía o asincronía entre la evolución del arte local y la escena artística internacional, cuya aplicación conducía a que sólo se encontrara en la producción finisecular “retraso” y “mediocridad”, copias deslucidas y a destiempo de los estilos impuestos en y por los centros del arte mundial.

Contra las lecturas que consideraron *a posteriori* estas obras como “ejemplos tardíos de un lenguaje convencional y académico”, Malosetti recuerda que en su tiempo despertaron encendidos entusiasmos o (adjetivo) rechazos en el público, y postula que aún hoy se sostienen como lo mejor de la producción artística del período: no pueden rescatarse producciones alternativas más modernas o vanguardistas. Ellos fueron, pues, nuestros primeros pintores modernos.

La profesionalización del pintor

La hipótesis que sustenta el libro es que a fines del siglo XIX “ocurre la emergencia, apogeo y crisis de un *proyecto* llevado adelante por una *formación*, y que la existencia de ese proyecto y de esa sociedad de artistas articula y otorga una coherencia que

hasta ahora no ha sido puesta en evidencia, entre aquellas prácticas y las imágenes que crearon esos artistas”.

El esfuerzo de la empresa emprendida por Laura Malosetti en “un campo hasta ahora marginal en el panorama de los estudios culturales del período, el de las artes plásticas”, es en cierta medida análogo y a la vez deudor reconocido de los trabajos pioneros de David Viñas y de Beatriz Sarlo-Carlos Altamirano sobre la constitución del campo literario y el proceso de profesionalización del escritor en la Argentina. A diferencia del escritor, la figura del pintor no contaba con el prestigio de una actividad intelectual, sino que era apenas considerado un oficio en el que la habilidad se demostraba en la copia fiel de la “realidad”.

A mediados de la década de 1870, un núcleo de pintores inventa en nuestro medio “la vida de artista”. Schiaffino, Sívori y otros jóvenes artistas se agruparon en la SEBA (Sociedad Estímulo de Bellas Artes), la primera agrupación independiente de artistas con características modernas, que “llevó a los artistas plásticos a tomar la delantera en términos de profesionalización de sus actividades”. Con un programa explícito, de intervención autoconsciente, no sólo se abocaron a alentar la aparición de las primeras instituciones del campo, que funcionaron como ámbitos de sociabilidad y de legitimación, sino a la intervención pública a través de la difusión de ideas y polémicas en la prensa. También sus obras eran parte de este programa: Schiaffino

escribía que buscaba “defender en mis cuadros los derechos del artista”.

La lectura que propone el libro se instala, entonces, “entre un entramado de relaciones y decisiones colectivas que van produciendo un campo artístico, y la presencia de ciertos artistas y de ciertas obras clave que significaron avances decisivos en la formación y fortalecimiento de esas redes y circuitos”.

Imágenes para civilizar la nación

Dentro de los procesos de construcción de un imaginario nacional, el libro se aboca a la detección de aquellos nudos problemáticos de la cultura del período que posibilitan articular y dar sentido al momento inaugural de la modernidad del arte argentino.

Malosetti explora como punto de partida la ecuación arte y civilización: una nación asentada sólo en la producción vacuna (un destino “bárbaro”) no podía progresar. En el esquema evolucionista que sustentaba el imaginario nacional de la élite ilustrada, un futuro próspero sólo podía nutrirse del desarrollo científico y artístico. Y las bellas artes eran la manifestación más “acabada y perfecta” del progreso de la nación. Pero el ideal de artista no alentaba un ser dócil frente al gusto dominante ni a la opinión pública: era un avanzado, un visionario, un rebelde.

En torno del concepto clave de “civilización”, el libro rastrea tanto las ideas como las representaciones icónicas, y el modo en que fueron leídas por

la crítica y (en la medida en que ello puede reconstruirse) por el público de su tiempo:

Nuestros pintores pretendieron operar activamente con la difusión de sus obras [sobre la esfera de la civilización]. Pretendían “educar el buen gusto”, “inculcar ideales”, “enseñar verdades que dicta el espíritu”, erradicar no sólo la ignorancia y el “mal gusto” de las masas “inertes” y de los nuevos burgueses materialistas sino también los hábitos violentos de un pasado “bárbaro”.

Como volvería a ocurrir –casi un siglo más tarde– en la década de 1960, la élite intelectual sostuvo entonces con rotundo optimismo que Buenos Aires podía llegar a ser la capital futura del arte mundial. Esa ambición definió estrategias y posicionamientos que hoy pueden resultar cargados de ingenua desmesura.

Y también como en la década de 1960, fue evidente la dificultad de los críticos para aproximarse conceptualmente a lo nuevo. Con la excepción del escritor entonces vinculado con el socialismo Roberto J. Payró (y sus textos en defensa de Schiaffino), la incomprensión de la crítica contemporánea frente al proyecto moderno fue por momentos unánime.

Blanes y el éxito de la fiebre

El crítico del diario *La Nación*, cuando describe “Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires”, del uruguayo Juan Manuel Blanes, remarca el efecto moralizador de la imagen: “después de haber visto el tan conocido cuadro

[...] adoramos la caridad y aprendemos a honrar el heroísmo”.

El masivo impacto público que produjo el cuadro en 1857 no tiene parangón: durante semanas desfiló una multitud para verlo en el teatro Colón. Este acontecimiento ha sido interpretado como un “ritual fúnebre colectivo” por el historiador del arte Roberto Amigo, quien identifica a los personajes retratados en la escena como dos “héroes masones”. Ello puede explicar —dice la autora— la repercusión que alcanzó la obra entre la élite de poder, en cuya trama operaban las logias secretas, pero no alcanza para entender la “marea hirviente y rumorosa” que colmó el teatro. Las críticas periodísticas dieron cuenta de este éxito masivo haciendo hincapié en aspectos formales de la obra, y señalando el deseo colectivo (de la nación) de poseer el cuadro, que había sido adquirido por el gobierno uruguayo. Pero el dato que definitivamente repone la pintura en su época es la noticia de que el punto de partida de la anécdota es un episodio real ocurrido durante la epidemia, difundido en los diarios y conocido a partir del boca a boca: en un cuarto de la calle Balcarce un sereno había encontrado el cadáver de una mujer de cuyo pecho mamaba un niño.

¿Qué transformaciones opera el artista desde esta noticia escalofriante hasta su presentación en el cuadro? La aguda comparación que propone Malosetti entre la versión definitiva y el boceto de la pintura arroja luz sobre la conversión de “la crudeza y el

morbo de la noticia en un objeto codiciable, apetecible, en un recuerdo ‘civilizado’ de la peste”. Se trata de “un tránsito del *pathos* al *ethos*, de la barbarie a la civilización”.

Entre otros señalamientos, los cambios en el motivo de la madre permiten asomarse a la operación de construcción de sentido que efectúa el artista. “En el cuerpo de la mujer del boceto pueden leerse fácilmente las huellas de la miseria: es un cuerpo ajado por el sufrimiento, avejentado”. En cambio, en la versión final, “Blanes embelleció a la mujer y su niño, los idealizó”. Ella pasa a ser “horriblemente bella”, como refería la prensa: se había transformado en un cuerpo deseable.

De la criada a la patrona

El análisis de la recepción escandalosa de una serie de desnudos femeninos poco convencionales para su tiempo, enviados por Eduardo Sívori y Eduardo Schiaffino desde París a Buenos Aires en la década de 1880, le permite a la autora leer ese gesto como *radicalmente moderno* dentro del proyecto compartido por ambos de conformar un “arte nacional”.

En particular, “*Le lever de la bonne*” (“El despertar de la criada”), la obra con la que Sívori debutó en el Salón de París de 1887, logró despertar airadas repercusiones tanto en París como en Buenos Aires, adonde fue enviada más tarde. No molestaba su ejecución, que se consideraba correcta e incluso prometedor (“esto no impide que el cuadro de Sívori esté bien, pero muy bien pintado”, escribía por ejemplo

el crítico de *El Censor*), sino el exacerbado naturalismo de su tema: una criada completamente desnuda colocándose una media. La representación de su cuerpo no estilizaba su silueta, sino que mostraba crudamente su pose, su desaliño, las marcas físicas de su condición (“el tema es injustificadamente grosero y el personaje demasiado sucio”, sigue el artículo ya citado). Y Malosetti sugiere: “Percibimos una regla no escrita en el Salón que Sívori contrariaba: las mujeres pobres, las criadas, se representan vestidas”. Incluso el mismo artículo de *El Censor* se cierra recomendando que el artista se dedique de allí en más a pintar el despertar ¡de la patrona!

El cuadro de Sívori resultaba, para el gusto burgués, un cuadro “antierótico”, inaceptable no sólo por la inexistente tradición de desnudo sino fundamentalmente por el excéntrico gesto de elegir mostrar sin ropas ni afeites a una mujer de “clase baja”.

Artes plásticas e izquierdas

En 1894, Ernesto de la Cárcova presenta en la exposición del Ateneo (dirigida por Schiaffino) su cuadro “Sin pan y sin trabajo”. Ambos artistas, junto a Payró, que desde las páginas de *La Nación* saludó efusivamente la obra, integraban el recientemente fundado Centro Socialista Obrero, una de las primeras agrupaciones socialistas de la Argentina, que orientaba el médico Juan B. Justo. Si hoy la dimensión política del cuadro aparece como evidente,

Malosetti saca a la luz que la primera recepción local hizo hincapié en rasgos de la pincelada y el color que la convertían en una “gran obra de arte”, y que desplazaban o inadvertían su carga política. En cambio, diez años más tarde, cuando el cuadro es parte del envío argentino a la Exposición Universal de Saint Louis (Estados Unidos), no sólo recibió el Gran Premio, sino que fue interpretado por la crítica y apropiado por la audiencia en términos ciertamente políticos.

La imagen del grupo familiar pauperizado, el hombre impotente y crispado, la mujer demacrada y sin fuerzas para alimentar al párvulo, deja entonces de entenderse como una más de las infinitas imágenes naturalistas de la pobreza urbana que se produjeron a fines del siglo XIX, para pasar a ser leída como una imagen simbólica, claramente vinculada con las luchas de la clase obrera.

Por cierto, los dos momentos analizados en la recepción del cuadro presentan entornos bien distintos: si en el Buenos Aires de 1894 era todavía incipiente la acción obrera (la fundación del Partido Socialista argentino tendrá lugar dos años después), Saint Louis en 1904 era una industrializada ciudad con una pujante tradición sindical.

Malosetti deja señalado un aspecto complejo de los cruces entre arte y política que merece ser retomado. Un artículo anónimo aparecido en *La Vanguardia*, y que ella atribuye con seguridad a Juan B. Justo, se distancia con mordacidad de la obra, tanto por las

implicaciones del ámbito adonde se exhibía, como por el público de “buen tono” que allí podía apreciarla, y fundamentalmente por el medio expresivo elegido (la pintura al óleo). “Para *La Vanguardia* el arte era asunto de ricos ociosos, quienes no sólo explotaban a los obreros sino que también se daban el lujo de conmovirse frente a sus desdichas”.

Justamente, la prevención sobre “la pertinencia de pretender difundir las ideas socialistas con una ‘obra de arte’” es una discusión que atravesará, a lo largo de todo el siglo siguiente, a los artistas vinculados con las izquierdas. Explorarán distintas resoluciones de esa tensión: si algunos tenderán a disociar la militancia política de la actividad artística, muchos otros pretenderán que sus producciones intervengan como herramientas concretas en la lucha política o social; y deberán lidiar con los mandatos explícitos o implícitos de las organizaciones políticas.

Estos cruces y opciones dan lugar a una trama común de producción, circulación y recepción de obras, un terreno de tensiones, conflictos y afinidades, polémicas públicas y adhesiones secretas. Reconstruir los momentos más sobresalientes de los vínculos entre artes plásticas e izquierdas en la Argentina es una empresa compleja y en su mayor parte pendiente. Y si bien indudablemente no es éste el eje de *Los primeros modernos*, aparece en ciertos momentos como una dimensión contemplada. Es de hacer notar que De la Cárcova es el principal ilustrador del periódico socialista *La*

Vanguardia en sus primeros años: ¿podría aventurarse que el mandato de Justo operó efectivamente sobre la producción del artista, y lo llevó a optar por desplegar su crítica social en el formato de la ilustración inserta en publicaciones políticas masivas, mientras sus pinturas se mantenían desde entonces al margen de esa línea temática?

Lo cierto es que todavía hoy “Sin pan y sin trabajo” sigue concitando fuertes resonancias políticas: durante el año 2001 esa obra fue el disparador de la intervención del joven artista Jorge Pérez, que reproduce el cuadro de De la Cárcova en una pancarta negra y blanca que lleva a diferentes concentraciones y piquetes, y luego organiza la visita de un grupo de piqueteros al Museo Nacional de Bellas Artes para registrar en video sus observaciones y comportamientos (rituales) frente al cuadro.

Por otra parte, el libro de Malosetti deja entrever otra paradoja cuando señala la compleja y por momentos ambigua posición de Schiaffino: si por un lado es tanto director del Museo Nacional de Bellas Artes era considerado la voz cantante del Estado argentino en materia de arte, “la suma del poder estético”, al mismo tiempo colaboraba junto con su amigo Rubén Darío en *El Sol*, publicación dirigida por el escritor anarquista Alberto Ghirardo. O cuando señala que al volver Martín Malharro de Europa, acompaña su primera exposición con un discurso de fuerte tono revolucionario, y sin embargo obtiene un buen éxito en las ventas. ¿La

explicación de esta paradoja radicará en que –como señala Viñas– todavía a fines del siglo XIX los gestos radicales socialistas y anarquistas podían ser tolerados en los jóvenes intelectuales y artistas, mientras esas ideologías no llegaron a marcar su presencia en la calle.

Por último, si la oposición entre vanguardistas en el arte y vanguardistas en la política ya se mostró insuficiente para pensar los años 1920-1930, ya a fines del siglo XIX puede rastrearse –como insinúa Malosetti– en los planteos de los artistas e intelectuales anarquistas la defensa a ultranza de la modernidad en las letras y las artes visuales.

“Periféricos cosmopolitas”

La puesta en evidencia (en sus obras, sus intervenciones y sus textos) de la conciencia de Schiaffino del “carácter periférico en el que pretendía desenvolverse como artista” permite revisar y complejizar la relación de estos artistas argentinos con Europa y los Estados Unidos. Las críticas que escribe Schiaffino acerca de la Exposición de Arte Italiano Contemporáneo en Turín (1884) permiten inferir no sólo un público lector sumamente informado de los pormenores acaecidos en el arte europeo, sino además la mirada impertinente de un joven periférico que critica la calidad de la selección.

El interés en inscribir las obras analizadas en “sus condiciones históricamente descriptibles”, como propone Svetlana Alpers, cobra aquí un sesgo particular al encarar el estudio de obras creadas en la

periferia, al ubicarse en una perspectiva que considera las relaciones entre centro-periferia no en términos de difusión sino de conflicto.

Podríamos aquí transponer la observación de Raymond Williams en *La política del modernismo*, acerca de cómo la condición de emigrados de buena parte de los integrantes de los movimientos de vanguardia es explicativa del carácter extrañado, “enajenado” de sus percepciones y su trabajo distanciado con el lenguaje y las formas.

La cuestión del viaje, del desplazamiento (del artista, de la obra) no puede pensarse de ninguna manera en forma unidireccional (el artista argentino que se forma en París y regresa a su patria a reproducir lo aprendido). Aparecen más bien múltiples viajes, idas y vueltas (desde París a Buenos Aires, o desde aquí hacia Chicago, etc.) que permiten considerar la recepción distinta de las mismas obras en otros contextos: “un permanente juego de miradas desde y hacia fuera”.

Inflexión

Para cerrar esta lectura, quisiera enmarcar este valioso libro en su contexto.

En los últimos años cobraron estado público (a través de la defensa de tesis, la publicación de libros o la curaduría de exposiciones) algunas investigaciones históricas rigurosas y de largo aliento sobre el arte argentino, que por sus recorridos similares, preocupaciones compartidas y referencias

teóricas comunes, podrían inscribirse en la sugerencia de Gonzalo Aguilar –en un artículo publicado en esta misma revista¹ de que estamos ante “una inflexión en la crítica [cultural] argentina”.

Un salto cualitativo respecto de buena parte de la historiografía de arte argentino anterior es el trabajo de documentación exhaustivo, la consulta de archivos de instituciones públicas y privadas, en el país y en el exterior. Muchas veces, en las notas al pie del libro de Malosetti, aparecen los rastros de los límites en esas búsquedas, límites que evidencian las dificultades para la reconstrucción de la historia en la Argentina: obras robadas o extraviadas, archivos destruidos o inaccesibles. Como el sendero de migas de pan que señalaba en el bosque el rastro a seguir por Pulgarcito, esas materialidades perdidas dejaron vacíos que ni siquiera la persistente insistencia del investigador puede subsanar.

Malosetti recurre a herramientas conceptuales provenientes de un vasto marco que va desde los “modos de ver” del crítico y escritor inglés John Berger, pasa por los infaltables R. Williams y P. Bourdieu, incluye a T. Clark, Th. Crow, E. Said, R. Rydell, y las consideraciones acerca del estilo del historiador del arte polaco Jan Bialostocki. De este último proviene la noción

¹ “La presencia de una nueva voz”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, No. 5, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.

“temas de encuadre”: las configuraciones iconográficas que tipifican o gravitan en la recepción de una nueva imagen. Por ejemplo, la escena del rapto o la escena de la mujer prisionera, sometida a los designios del hombre en los cuadros que abordan la cuestión de la cautiva blanca en manos de los malones indios.

Un esfuerzo que redundaría en leer las obras de arte no sólo

como repertorio de recursos formales sino fundamentalmente como intervenciones complejas, como artefactos culturales que delinean estrategias: entenderlas como “gestos deliberados que resultan de una toma de posición respecto de las problemáticas del arte, la política y la sociedad en el medio al que pertenecían y que constituía su permanente punto

de referencia”. Pero, además, considerar las persistencias actuales y los poderes concentrados en ciertas imágenes que, según la noción del historiador Pierre Nora, “se convirtieron en lugares para la memoria colectiva”.

Ana Longoni
UBA / CeDInCI

Tulio Halperin Donghi,
Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930),
Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo IV, Buenos Aires, Ariel Historia,
2000, 671 páginas

Un fragmento de la experiencia de la sociedad argentina, sus ideas y sus prácticas, la correspondiente a la segunda y tercera década del siglo XX, es presentada por Tulio Halperin Donghi en este nuevo volumen de la Biblioteca del Pensamiento Argentino. Como en los casos anteriores, incluye un conjunto de textos y una extensa introducción de más de doscientas páginas, que no es un simple prólogo: el autor desarrolla un argumento propio, adecuadamente complejo, y los textos seleccionados funcionan como apoyatura o probatoria de aquél. En ellos, las voces destacadas se mezclan con otras de menor relieve, a las que se apela para contextualizarlas, relativizarlas o simplemente desmentirlas. Los textos están seleccionados y recortados en función del ensayo preliminar, pero en la mayoría de los casos son lo suficientemente ricos y complejos como para insinuar –y a veces más que eso– caminos de lectura e interpretación diferentes.

Otro rasgo de esta colección es que, tras la amplia apelación al Pensamiento, hay un interés central y casi exclusivo en la política, la pensada y también la simplemente practicada. En este volumen, el título remite a la clásica distinción entre dos repúblicas: la “posible”, diseñada por Alberdi y vigente hasta 1916, legal, ordenada, progresista pero políticamente

incorrecta, y la “verdadera”, fundada en la ley Sáenz Peña, que gana en corrección política, pero a costa de ir perdiendo el progreso, el orden, y finalmente la ley. El razonamiento principal transcurre entre los debates, expectativas y perplejidades que acompañaron su origen, y el derrumbe de 1930, que sólo a posteriori se sabría catastrófico, puesto que para muchos de sus protagonistas sólo se trataba de volver al principio.

En torno de esta historia discurren otras, que unas veces se agregan al argumento principal y otras siguen su propio camino. Una de esas historias se refiere a los movimientos y corrientes intelectuales, y en primer lugar a los intelectuales mismos, un conjunto de profesionales nacidos a la vida pública con el siglo, que piensan en el futuro y el pasado, son escuchados por un público amplio y expresan los cambiantes consensos de la opinión: Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Manuel Carlés, Manuel Gálvez, tan diferentes en sus ideas como parecidos en su egocentrismo. Distintas corrientes animan este mundo y el debate de ideas, particularmente intenso en una posguerra, que pone en cuestión las viejas certezas: el boyante nacionalismo, la crítica al positivismo, el “juvenilismo”, tan propio de la crisis cultural de la entreguerra, la utopía

revolucionaria, movilizadora por una revolución soviética sobre la que se proyectan las más variadas expectativas, la Reforma Universitaria, en la que se unen de manera contradictoria la reacción espiritualista, la valoración de la juventud, el comunismo genérico y el latinoamericanismo, que deviene en indigenismo o en antiimperialismo. Finalmente –la enumeración no es exhaustiva– el vasto movimiento que revitaliza el catolicismo, le da consistencia intelectual y lo arraiga en la densa corriente antimoderna del integralismo.

Por otro carril corre el registro de los cambios en la sociedad y la economía. En primer lugar, por obra de la Primera Guerra, que altera el mercado mundial, cuestiona la inserción natural del país y el papel de la agricultura y la ganadería, y empuja a mirar con nueva simpatía la subestimada industria. En ese clima confuso de la posguerra se le plantean al Estado nuevas exigencias que obligan, como nunca, a perfeccionar sus herramientas: su propio financiamiento, amenazado por los vaivenes de la recaudación aduanera, y la necesidad de orientar o regular de alguna manera las fluctuaciones de la vida económica. Ese avance del Estado resulta forzado por la decisión de las nuevas autoridades, surgidas del

sufragio universal, de intervenir en la “cuestión social” mediante una política de “interés social”, que aunque fuera mera demagogia electoralista, como quieren sus adversarios, obliga igualmente a ampliar sus instrumentos. Inseparable de esta cuestión es el desafío que, de manera breve pero contundente, provocó el ciclo de protesta social y revolución en las mentes que siguió al final de la Guerra y a la Revolución de Octubre.

En suma, se trata de un Estado que inicia una marcha hacia el centro de la escena, que rematará en la década siguiente. Simultáneamente, una sociedad que se hace más compleja, y a la vez precisa y organiza sus intereses: el asociacionismo espontáneo de la segunda mitad del siglo XIX deriva en aguerridas corporaciones, de trabajadores, empresarios, profesionales o simplemente vecinos, que demandan al Estado, y en primer lugar reclaman su acción reguladora. Del Estado mismo se va desprendiendo una, el Ejército, que quiere identificarse directamente con los intereses superiores de la Nación, sin la mediación del gobierno representativo. De la sociedad se perfila otra, la Iglesia, que por sus propios motivos y con sus propios argumentos marcha hacia una posición similar.

Estas historias, de las que Halperin da cuenta apoyándose principalmente en las voces de sus actores –a los que convoca para decir las partes de un guión trazado por él mismo– confluyen en el cauce principal de este volumen: una política democrática perfeccionada con la ley Sáenz Peña. Ésta debía

ser el instrumento constructor de la “República verdadera”, concebida y nacida en un contexto más sencillo, con opciones simples y transparentes, que tuvo que procesar una trama compleja de problemas y terminó fracasando. En el centro de esta historia Halperin coloca un problema capital: la “extraña parálisis legislativa de la República verdadera”, la prueba de fuego de la eficiencia de un nuevo ordenamiento político en el que la democracia debió construir un espacio, al menos complementario, para la negociación de los intereses, y fracasó. Me parece que esa sección funciona como parteaguas entre una larga primera parte, dominada por el tema de las expectativas, más bien resignadas, que suscita la transición hacia la democracia, y la segunda, cuando la acumulación de críticas, que la parálisis gubernativa hace ilevantables, lleva a la ruptura del orden democrático.

Examinemos primero las imágenes de la transición. Halperin valida, rápida y contundentemente, la interpretación ampliamente aceptada acerca del proyecto reformista de 1912 y sus intenciones: coronar el progreso de la sociedad, estimular la formación de partidos “de ideas”, lograr a través de ellos la integración de las masas en el orden estatal y establecer una relación transparente entre la sociedad y la dirigencia política, adecuadamente renovada por los aires frescos del sufragio. Dicho esto, abre el registro de las perplejidades y los temores. Los que se recogen en el mundo europeo en primer

lugar: ¿cuántos son allí los políticos e intelectuales que creen con sinceridad en los valores del sufragio? No es necesario remitirse a Maurras. De Taine a Durkheim, de Weber a Mosca, de Michels a Guesde, quizá con la salvedad de Jaurès o Bernstein, no hay en Europa más que críticas, reticencias o resignación. Luego la Alemania imperial, tenida por modelo de nación exitosa, no brilla por la democracia. Finalmente, la Guerra pone en cuestión cualquier imagen progresista del desarrollo social. Halperin encuentra huellas de esas dudas en la crítica cada vez más extendida al regeneracionismo rampante, de inspiración española, de los reformadores del '12. La clase política realmente existente, que se resignó a la reforma a golpes de autoridad presidencial, no quiere perderlo todo: su historia y sus tradiciones de patricios fundadores; tan malos no han debido de ser los viejos métodos políticos, concluyen.

La incertidumbre se potencia con los primeros resultados electorales y los triunfos de los “partidos nuevos” a los que, generosamente, se asignaba el tercio minoritario. Dos preguntas orientan la nueva inquietud: ¿el sufragio secreto y obligatorio basta para convertir a la plebe en ciudadanos? ¿Dónde quedarán representados los “intereses morales y materiales” de la nación? Esta pregunta está llamada a tener historia, cuando la existencia de esos intereses, todavía tenuemente dibujados, no pueda ser negada. De momento, esa falta de representación es puesta en la cuenta del proyectado partido

conservador programático, que quería liderar Lisandro de la Torre. ¿Por qué fracasó? A la reticencia de la vieja clase política, que no quiere ir más allá en su propia inmolación, Halperin agrega un argumento filosófico: el propio De la Torre, que declamó sobre el programa, estuvo lejos de formularlo, de encontrar cómo articular políticamente intereses sociales concretos, e inclusive de dirigirse a un electorado ampliado. Durante la fallida campaña de 1915 y 1916 sus interlocutores fueron los mismos viejos dirigentes políticos, a quienes de manera simple convocó a evitar, de cualquier modo, el triunfo radical.

Hipólito Yrigoyen, en cambio, encontró cómo hacerse cargo de las características de la nueva política. En primer lugar, con un discurso adecuado a la democracia de masas. Halperin subraya sus raíces en la política previa a 1880, y –con menos énfasis– su adecuación a la era de las “pasiones democráticas”: la tradicional religión cívica, transmutada en identificación con el pueblo y la nación, y la exclusión del otro, arrojado a las esferas tenebrosas de la antipatria. Recientemente se han explorado otras fuentes de esta religión cívica, en primer lugar la misma religión, que en una época de secularización galopante traslada imágenes y mitos a la figura de un caudillo convertido en santón. Todo esto reposa, como por entonces explicó minuciosamente M. Ostrogorski, en la construcción del partido como máquina electoral, y allí residió para Halperin la suprema habilidad de Yrigoyen. En esos años

iniciales, al tiempo que repudiaba al “régimen” recibía sin cuestionamiento a todos sus tráfugas, al fin los únicos expertos disponibles para montar la gigantesca maquinaria necesaria para la política nacional. A ello agrega un tercer elemento, del que quedan pocos testimonios: la capacidad de Yrigoyen para desarrollar con éxito una vasta tarea de convencimiento, íntima, personal y nunca interrumpida.

En este texto hay, sin embargo, un *insight* de lo que pudo haber sido: el diálogo telegráfico entre Marcelo de Alvear, embajador ante la Liga de las Naciones, y el presidente Yrigoyen acerca del retiro de la Argentina de dicha Liga. Conviene leer primero el diálogo, verdaderamente esotérico, para valorar mejor la sutileza del análisis de Halperin, capaz de despejar el camino entre las abstrusas frases de Yrigoyen, y las no menos abstractas de Alvear, para reconstruir los complejos términos de la relación entre maestro y discípulo pero, a la vez, entre jefe de partido y disciplinado soldado.

Las expectativas generadas por la transición democrática, cruzadas por la imagen de sus primeras realizaciones, domina las interpretaciones de los años iniciales de la experiencia radical. En momentos en que la Guerra y la crisis de posguerra complican infinitamente su desempeño, una pregunta aparece en todos los ámbitos, por cierto muy variados, que recorre Halperin: ¿funciona la democracia en ese mundo alterado?

La primera línea de respuestas desarrolla y

amplifica una preocupación previa: la crítica a la “mesocracia”, a la mediocridad. José Ingenieros rechazó la igualdad en nombre del “privilegio del mérito” y vislumbró, con argumentos similares a los de Max Weber defendiendo el parlamentarismo, que la nueva democracia no permitiría la emergencia de los grandes líderes políticos, complemento de esa “aristocracia del espíritu” por él representada. Un repudio similar de Leopoldo Lugones a la “ralea mayoritaria” alerta sobre el carácter corporativo de estos argumentos: los intelectuales no quieren ser igualados al hombre común, que puede acceder a un título universitario. Juan Agustín García denuncia también los efectos excesivamente movilizadores de la educación pública, que atentan contra las legítimas elites, así como el empobrecimiento que el utilitarismo allí reinante, criatura del positivismo, provoca en las nociones más raigales de patriotismo. Joaquín V. González, veterano del reformismo, se desilusiona del pueblo real y por contraste, declara que la democracia puede en cambio funcionar en la Universidad, debido a la educación de los estudiantes. Lugones mismo retoma el clásico argumento de Tocqueville: la democracia que todo lo iguala atenta contra la libertad.

El sabor antañón de estas críticas se transmuta en otro muy moderno. Deodoro Roca, prócer de la Reforma, que había comenzado cuestionando la “democracia plebea”, poco después centra sus críticas en el

“parlamentarismo”, la nueva *bête noire* de derechas e izquierdas, condenado desde Hitler a Lenin. A él se debe que la democracia no llegue a concretar su objetivo: la solución de los problemas sociales. Esta solución, entendida de manera más amplia que la “ingeniería social” de principios de siglo, entusiasma a todos: Halperin constata la recepción simpática y optimista de la Revolución soviética de Octubre, sobre la que, a falta de noticias precisas, cada uno vuelca sus propias aspiraciones. Para Ingenieros, la revolución es la manifestación rusa de un movimiento que en otros lugares, como la Argentina, habrá de seguir los caminos más pacíficos de la reforma. El mismo entusiasmo por la reforma social se encuentra, de manera menos previsible, en los voceros de una Iglesia todavía no encuadrada plenamente en el integralismo de Pio XI y que, con reminiscencias “modernistas”, aboga por la formación de sindicatos obreros. Hasta la Liga Patriótica, cuando hace una pausa en su tarea de represión violenta, reúne sesudos congresos para discutir la situación de la mujer, los trabajadores, la educación o los niños abandonados.

En muchos de los textos presentados por Halperin ronda una fórmula de moda: la “justicia social”, apelada por unos y otros. ¿La reforma social y la democracia han de marchar juntas? La respuesta, matizada, no responde ni a las ilusiones de 1912 ni a las decepciones de 1930. Los socialistas contestan por la afirmativa sin vacilar: Augusto

Bunge, Alfredo Palacios y Alejandro Korn. Ingenieros, con palabras dignas de Mosca o Pareto, elogia la eficacia de las nuevas élites soviéticas y destaca la organización funcional del Estado soviético, que descarta las instituciones donde, según la tradición democrática, habría de constituirse el interés común. Monseñor De Andrea y el padre Franceschi dudan entre encabalgarse en el entusiasmo democrático, siguiendo la recomendación de León XIII –todo sistema es aceptable, hasta la democracia, siempre que no se discuta el último origen divino del poder– o pensar, de acuerdo con los nuevos vientos europeos, en formas de representación corporativa más acordes con las ideas de Santo Tomás, también recomendado por León XIII. Lo más singular es la posición de la Liga Patriótica: su práctica antirreformista violenta coexiste con la valoración de la tradición constitucional elaborada en el siglo XIX, y hasta con su remate: una democracia que sólo necesita ser “fuerte”.

Las invocaciones a la representación funcional anuncian un dato nuevo en la política argentina, que cambiará el eje de las discusiones sobre la democracia: la definición de distintos intereses en la sociedad y su organización en corporaciones dedicadas explícitamente a abogar por ellos. La complejidad de los problemas –desde la definición de una tarifa de avalúos a la delimitación de las competencias profesionales en el campo de la salud– se traduce en una demanda al

Estado para que organice, reglamente y legisle. No se trata ya de decisiones gruesas y claras, como reprimir o no un movimiento huelguístico, sino de un trabajo más fino y matizado, donde es difícil establecer cuál es exactamente el interés general. En todas las democracias que funcionaban, y que servían de modelo a la Argentina, ésa era la función del Congreso y de los representantes: mientras los intereses corporativos construían sus propios escenarios de confrontación y sus maneras de gestionar ante el Estado, el Parlamento debía ser el lugar donde se construyera y defendiera el interés general, aquel que, según la fórmula rousseaueña, deriva de la concurrencia de razones iguales y despojadas.

En este terreno, donde la democracia empieza a ser progresivamente juzgada, encuentra Halperin que se produce una “extraña parálisis”: el Congreso fracasa en su tarea de producir legislación de fondo, aun en aquellas cuestiones en las que reina el acuerdo. Mientras la legislación de urgencia, coyuntural y puntual, puede avanzar, fracasan las leyes destinadas a ordenar problemas generales: el arrendamiento rural, las cuestiones del trabajo, el impuesto a los réditos. Hay explicaciones conocidas: la resistencia de la oposición a aprobar cualquier iniciativa del Ejecutivo, lo que a su vez remite a su decisión de ignorarla. Pero hay algo más, y sobre este punto, vital en su argumentación, Halperin no puede convocar testimonios de época convincentes y explicativos.

Apenas el del presidente Alvear, quien reclama a los congresistas que se aparten de las tareas más propias de las elecciones, que de todos modos valora, y a la hora de legislar atiendan al interés general. O el de Juan B. Justo, dirigente de un partido que aspira a ser el vocero de la clase obrera, quien reclama a los diputados –según los más ortodoxos principios de la representación democrática– que obren de acuerdo con su conciencia y convicciones y se desentiendan de los rumores de una opinión pública a menudo manipulada. Por cierto, el interés general no puede constituirse sin discusión, y ésta es imposible cuando la facción yrigoyenista ha resuelto atribuirse la representación de la nación y negar estatuto de interlocutor a sus adversarios, quienes a su vez identifican a los yrigoyenistas con una barbarie incapaz de razonar. Pero subsiste algo no explicado: aún en los períodos de mayor concordia, cuando el Ejecutivo dispone de una mayoría benevolente en ambas cámaras, sobre todo entre 1924 y 1926, los proyectos se “cajonean” y las leyes siguen sin aparecer.

Si las causas son oscuras, las consecuencias se van imponiendo gradualmente. Quienes lo miran desde el punto de vista de los intereses y creen –según la fórmula que Halperin ha establecido en textos ya clásicos– que la legitimidad del Estado se funda en su eficacia, comienzan a advertir que la mediación democrática es una traba para las soluciones que proponen. Así aparece en las ideas de Alejandro Bunge sobre la nueva importancia de la

industria, del coronel Mosconi sobre la necesidad de la autarquía industrial o del propio general Justo, quien vislumbra una reestructuración institucional que, redimensionando la función de las Fuerzas Armadas, permita a la nación retomar el camino del progreso emprendido a fines del siglo XIX. Tan significativas como sean para el futuro esas reflexiones, el hecho es que, durante bastante tiempo, ellos mismos descartan cualquier otra alternativa que la encuadrada en la Constitución. Quienes lo miran desde la política suman otra decepción: los socialistas desesperan de que un electorado sumido en el fango de la “política criolla” los acepte como guía; de manera más dramática, Lisandro de la Torre, recitando a Ibsen, reniega de la totalidad de la clase política. Para unos y otros el gran obstáculo está en el partido Radical, y en su invencible maquinaria electoral, cuya legitimidad es difícil de discutir en los términos de la fe cívica que la sustenta –más allá de ocasionales referencias a fraudes o manipulaciones– pero que constituye un obstáculo para que el Estado alcance su legitimidad por el camino de la eficiencia.

En la última parte Halperin se dedica a explorar en qué momento y de qué modo la ecuación comenzó a dar un resultado negativo; quienes demandaban eficacia empezaron a aceptar –quizá con ejemplos de otros países a la vista– que los costos de la fe cívica eran demasiado altos. Esto ocurre lentamente. Pero en esa explicación gradualista Halperin introduce un factor de

ruptura: grupos minoritarios pero de acción espectacular que cuestionan las bases mismas del orden institucional. Se trata del nuevo movimiento intelectual católico, que busca adecuar el tomismo y el boyante integralismo del papa Pio XI a los problemas argentinos, y por la vía de instaurar a Cristo Rey cuestiona todo el orden político. Se trata también de grupos nacionalistas, de inspiración similar y distinta a la vez (los seguidores de Maurras mantienen su fidelidad pese a la condena papal a Action Française), que subrayan otros aspectos: Halperin se divierte encontrando en los Irazusta una crítica del imperialismo sesgada por la perspectiva de Gualeguaychú y un rechazo del reformismo social en nombre de una lógica capitalista estricta. Los ejemplos bastan para mostrar la dificultad de integración de ambas perspectivas –todavía el revisionismo histórico no les ofreció un terreno para la convergencia– que sin embargo pueden unirse en tanto suministran un apoyo táctico a quienes, por otras razones, empiezan a decidirse a interrumpir el orden constitucional.

Quienes así coinciden están lejos de acordar en una dictadura militar o en una refundación de la república sobre bases institucionales nuevas. Halperin recoge y autoriza una opinión fuerte entre los historiadores hoy. El golpe del 6 de septiembre se pareció menos al del 4 de junio de 1943 que a las revoluciones de 1890 o 1893: levantamientos cívico-militares que aspiraban a restablecer el buen orden institucional, a

devolver la Constitución a su cauce legítimo. El vigor de la tradición liberal y democrática, recogido entre otros lugares por la Reforma Universitaria, acotó de momento el ímpetu integralista y postergó por trece años la resolución del conflicto. Este desenlace de la historia de la República Verdadera, que encaja bien con las ideas de su principal protagonista, el general Justo, es a la vez un nudo. Luego de ella empieza otra historia: mientras se redefinen las relaciones entre el Estado y los intereses de la sociedad, el retorno a las prácticas democráticas se hará cada vez más difícil.

Final abierto, de una de las historias que es posible encontrar en este libro complejo. El período está relativamente poco estudiado, de modo que uno de los méritos de esta obra es proponer un orden para un universo que nos resulta algo

caótico. Halperin ha hecho un notable esfuerzo de organización, a su manera y en su estilo. Al analizar los textos, confronta al autor y su biografía con el medio en que vivió y habló, y contrapone sus dichos con la realidad a la que se refieren, la que a su vez está compuesta de otros tantos discursos, autores y circunstancias. Ese juego de espejos se traduce en frases complejas, donde abundan las dobles negaciones: así, las cosas siempre tienen dos aspectos, las posibilidades de encadenamientos y resoluciones son infinitamente variadas, y la senda principal está permanentemente cruzada por caminos secundarios, atajos y callejones ciegos.

Esta reconstrucción de una realidad multiforme e irreductible a esquemas simples es algo menos y mucho más que historia de las ideas o historia intelectual. ¿Hasta qué

punto los textos de época, sobre la que se vertebra, suministran todas las respuestas? El problema se manifiesta particularmente en aquello que no ha pasado por la conciencia de los contemporáneos, y que ni siquiera el “hábil interrogatorio” de Halperin logra extraer. Me parece que la cuestión de la “extraña parálisis” es uno de esos casos. Otra zona oscura del texto se aclarará pronto: el problema del nacionalismo, en sus distintas y contrapuestas versiones, está relativamente al margen en esta reconstrucción. Seguramente en el próximo volumen, sobre el período 1930-1943, se recogerán más sistemáticamente los fragmentos de su historia, aquí relativamente marginados.

Luis Alberto Romero
UBA / CONICET

Beatriz Sarlo,
La batalla de las ideas (1943-1973),
Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo VII, Buenos Aires, Ariel Historia,
2001, 468 páginas

La Biblioteca del Pensamiento Argentino es una colección dirigida por Tulio Halperin Donghi que consta, según el proyecto difundido en los volúmenes ya aparecidos, de siete tomos, y abarca un período que va de 1810 a 1973. El lapso de treinta años entre 1943 y 1973, debido a su complejidad, exigió, a juicio de los autores, un desdoblamiento en dos tomos diferenciados. Así, en marzo de 2001 apareció *Bajo el signo de las masas*, de Carlos Altamirano, y en septiembre *La batalla de las ideas*, de Beatriz Sarlo. Ambos autores, en sendas “advertencias”, ponen de manifiesto las razones del necesario desdoblamiento. Dice Sarlo: “Altamirano se haría cargo del pensamiento político en un sentido bastante estricto porque son los militares, los sindicalistas, los partidos, los políticos y, entre ellos, las figuras dominantes de Perón y Frondizi, quienes se pronuncian; [...]” (p. 13). Por su parte, Sarlo se ocupará de los “discursos *sobre* la política y la sociedad, [...]”; sus emisores no eran políticos sino intelectuales [...]. Se trata, tanto en este caso como en el primero, de hombres y de organizaciones, de grupos y de instituciones: intelectuales y artistas, universitarios, la Iglesia, el movimiento estudiantil” (pp. 13-14). Recortados los objetos de estudio, ambos libros

responden al formato previsto para la colección: un “estudio preliminar” y una “antología”; el autor, por tanto, cumple la doble función de compilar el material documental y de postular, a partir de ese material, una lectura crítica.

Resulta llamativa, a primera vista, la decisión de los cortes de inicio y final del período en estudio. Los datos políticos más evidentes parecen relacionar los cortes con la aparición en la escena política de Perón en junio de 1943 y el inicio de su tercera y efímera presidencia en octubre de 1973; en palabras de Sarlo: “fechas marcadas por el surgimiento, la caída, la proscripción y el regreso del peronismo” (p. 14). Sin embargo, la estrategia de ambos libros se diferencia en los modos de ordenar el material documental. En Altamirano prevalece un ordenamiento que privilegia lo cronológico en tres bloques bien diferenciados: el primer peronismo, el desarrollismo frondicista y la polarización entre la consolidación del militarismo y la radicalización ideológica del peronismo y la izquierda. Sarlo –en nuestra opinión, acertadamente– opta por respetar la relativa especificidad de los discursos de los diferentes actores –especificidad que se irá diluyendo progresivamente– y las cronologías a menudo se proyectan en el tiempo, imbricándose y

superponiéndose. Sin embargo, es posible advertir ciertas constantes que tienden a unificar los procesos y a cuestionar cada vez más la relativa autonomía de los campos; lo que Sarlo llama “una línea narrativa”, definida precisamente por la pérdida creciente de especificidad con relación a los “grandes temas”: “ciencia y técnica (de la investigación a la denuncia de las condiciones dependientes del saber); literatura y artes (del compromiso al arte político, de la modernidad y la vanguardia a la revolución); universidad (el fin de la cuestión universitaria propiamente dicha, que se disuelve en la revolución en la universidad y una universidad para la revolución); catolicismo y socialcristianismo (de las encíclicas a la teología de la liberación)” (pp. 14-15).

“¿Qué hacer con las masas?” se titula el primero de los bloques y tanto el estudio preliminar como la compilación del material fueron realizados en colaboración con Carlos Altamirano. Allí se recogen los textos que ponen en discusión el fenómeno peronista durante los años posteriores a la caída del régimen. El itinerario incluye las reacciones de la revista *Sur*, que tienden a enmascarar el debate político en apelaciones éticas (“Moralmente, bajo la dictadura uno se sentía más libre en la cárcel que en la calle”, dice Victoria Ocampo

[p. 119]) o en ironías sobre el mal gusto (“Más curioso fue el manejo político de los procedimientos del drama o del melodrama”, dice Borges [p. 122]), que anateman a Perú desde los célebres eufemismos del “presidente depuesto”, “el tirano” o equivalentes; la temprana toma de distancia de Mario Amadeo respecto de las casi unánimes diatribas; las derivaciones de la controversia en la llamada “nueva izquierda” de *Contorno*; la reinterpretación del fenómeno desde la “izquierda nacional” (J. A. Ramos); y la intervención de Germani a partir de las por entonces novedosas armas de la sociología.

El segundo de los bloques, “Cristianos en el siglo”, incluye dos textos de monseñor Gustavo Franceschi, director de la revista *Criterio*, en los que, por un lado, adopta, frente a los debates de “derechas e izquierdas”, la conocida posición de equidistancia frente al liberalismo capitalista y al comunismo, y por otro, entra en polémica contra los “cristianos progresistas” y advierte sobre el equívoco de suponer viable una alianza de cristianismo y marxismo. Según Sarlo, “*Criterio* reitera un leitmotif: es imposible luchar contra el comunismo sin abrazar al mismo tiempo la causa de la justicia social” (p. 44). En este sentido deben leerse sus implícitas simpatías con el peronismo y sus reticencias ante la radicalización de los jóvenes militantes cristianos. Este creciente proceso de radicalización se encuentra testimoniado en una entrevista al profesor Eggers Lan, en las transformaciones producidas en

la Democracia Cristiana desde mediados de la década de 1960, y en intervenciones públicas de hombres (en especial, el R. P. Mugica) y organizaciones (el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo).

En “Los universitarios” es posible distinguir tres núcleos. En el primero de ellos se plantea el antirreformismo del peronismo en discursos de Jordán Bruno Genta y del propio Perú —en oportunidad de promulgar la Ley Universitaria del ’47—, en los que se insiste sobre los necesarios límites de la autonomía para mejor integrar el trabajo de la universidad en los objetivos e intereses de la nación. En oposición a ellos, las intervenciones de universitarios como Dell’ Oro Maini, José Luis Romero y Risieri Frondizi en el momento que rescatan la tradición reformista buscan ampliar sus alcances mediante una actualización del concepto de extensión universitaria. El segundo núcleo se centra en debates más internos a la institución universitaria, con relación a las políticas de ciencia y técnica y a las polémicas abiertas entre estudiantes reformistas y humanistas. El tercer núcleo se titula, significativamente, “El fin de la cuestión universitaria”, ya que en los testimonios de Ramón Alcalde y Rodolfo Puiggrós se puede advertir la disolución de las cuestiones específicas en la primacía excluyente del proyecto revolucionario.

Por último, el cuarto de los bloques, “Historiadores, sociólogos, intelectuales”, se abre con textos de Murena y Sebrelí, que documentan una

escritura ensayística tributaria en gran medida de Martínez Estrada y que no encontró, en los años posteriores, cauces de continuidad. La renovación de las diferentes prácticas disciplinarias (historia, sociología, literatura) ocupa un lugar central en la antología. Así, la tarea decisiva de Tulio Halperin Donghi en la historiografía y de Gino Germani en los estudios sociológicos tiene su correlato en las novedosas miradas críticas de David Viñas y Noé Jitrik sobre la historia literaria argentina, y en los arduos debates sobre estructuralismo, marxismo y psicoanálisis que enfrentan a Juan José Sebrelí, Eliseo Verón y Oscar Masotta, los que terminaron por convertirse en un verdadero emblema de la época, toda vez que se mencionan las polémicas que atravesaron la década de 1960. La radicalización que se había planteado en vastos sectores de la Iglesia y en la actividad universitaria retorna en “Intelectuales y artistas”: los debates sobre la función del intelectual no hacen más que subsumir, una vez más, la actividad intelectual y artística en la lucha revolucionaria.

Tres notas finales. Primera: Parece redundante, a esta altura, destacar la lucidez crítica de Beatriz Sarlo; en su “Estudio preliminar” se acompaña el itinerario que la antología sugiere a través de una lectura interpretativa que conecta ideas y discursos mediante un ajustado y riguroso proceso de contextualización. Segunda: La antología cumple acabadamente con el objetivo de la colección y brinda un panorama

ilustrativo de treinta años de pensamiento argentino. Tanto la selección como el ordenamiento responden al criterio al que deben ajustarse las antologías: que los textos que “faltan” se encuentren representados en los textos presentes. Tercera: En la “Advertencia” del libro de Altamirano que citamos al comienzo, el autor procura justificar el cierre del período en el año 1973: “El criterio para fijar este término responde

obviamente a una interpretación: la de que a partir de entonces ninguno de los actores en presencia invocará, para dar validez pública a sus acciones o a sus expectativas, razones que no formaran parte de un repertorio de estereotipos ya establecidos. Lo que se enuncia, sea para definir relaciones de alianza o de oposición, sea para indicar qué tipo de autoridad se considera legítima o cuál es la sociedad deseada, pertenece a

un discurso ya codificado, y lo que se propala es, más que nada, repetición y exceso de lo mismo” (pp. 12-13). La lectura de la antología no hace más que confirmar este aserto, como si la tragicidad cíclica de nuestro fracaso tuviera su correlato en un pensamiento empecinadamente repetitivo.

José Luis de Diego
UNLP

Eduardo P. Archetti,
El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular 593, Serie Breves,
2001, 128 páginas
Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina,
Oxford, Berg, Global Issues, 1999, xviii + 212 páginas

1. ¿Qué escribió Archetti? Y, dolorosamente: ¿qué leímos de Archetti?

Desde hace treinta años la obra de Archetti es una de las más interesantes en la antropología y la historia cultural argentina (por sujetar disciplinariamente un trabajo que se resiste al encasillamiento). Sin embargo, presa de un doble desplazamiento, es una obra poco conocida, aun en los medios académicos y especializados. Ese doble desplazamiento consiste, en un primer movimiento, en su colocación geográfica: desde la década de 1970 Archetti trabaja en la Universidad de Oslo, de la que es hoy el director del Departamento de Antropología. Por ello, además de sujetarse a las reglas que impone la distancia, sufre el distanciamiento “exótico” escandinavo; así, a diferencia de otros exiliados contemporáneos (pienso en Ernesto Laclau, por ejemplo), su trabajo tiene menos difusión local, menos traducciones –la mayoría ha sido publicada en inglés–, en definitiva una mucho menor circulación y lectura.

Pero el segundo movimiento es más crítico: cierta vulgata insiste en creer que Archetti *trabaja sobre fútbol*. Y el equívoco –trataré de demostrar en qué consiste– arrastró una carga peyorativa: un objeto

menor debe producir una obra menor, por lo tanto merecedora de menor –o nula– lectura. Por eso, los pocos trabajos de Archetti publicados en español han tenido una difusión inversamente proporcional a su importancia. Este círculo de clausura ya ha mostrado fisuras, afortunadamente: tanto en *Prismas* como en *Punto de vista*, en *Desarrollo Económico* o en *Nueva Sociedad* –aunque, en este último caso, nuevamente limitado a un dossier sobre deporte e identidad en América Latina–, en la *Historia de la vida cotidiana en la Argentina* o, más recientemente, en el libro que editara Fondo de Cultura Económica en el 2001. Pero su obra mayor, *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, permanece desconocida en nuestro país, resistente a varios intentos de traducción y publicación local.

2. Archetti no *hace fútbol*: hace una antropología que se desplaza y se toca, continuamente, con la historia cultural. Sus objetos han sido numerosas problemáticas concernientes al deporte (particularmente el fútbol y el polo), la danza (el tango), la cocina y la alimentación. Y más importante aún, ha mostrado cómo estas prácticas sirven para estudiar los modos

en los que la sociedad argentina ha articulado históricamente su identidad nacional, popular y masculina.

La producción de Archetti abarca un panorama cuyos efectos son acumulativos: la invención de la identidad nacional argentina en el fútbol (fundamentalmente en relación con la construcción de un *estilo de juego*) y en el polo, pero también la manera como esas narrativas *banales* intersectan y complementan las narrativas *legítimas* de la nacionalidad en la década de 1920; el imaginario en torno de los héroes deportivos (especialmente en relación con la figura de Diego Maradona); los fenómenos de violencia en el deporte; las figuras masculinas en el tango, en un juego relacional con las femeninas; la *invención* de una cocina argentina. Archetti no sólo delimitó objetos nuevos para las ciencias sociales argentinas, nutriéndose del trabajo pionero de Roberto DaMatta en el Brasil, que enunciaba programáticamente la posibilidad de estudio del deporte y la danza como constructores de identidad nacional en América Latina. También inició nuevas tradiciones disciplinares sobre la base de estos objetos: una socio-antropología y una historia del deporte argentino.

Masculinities puede leerse como un clímax que es, a la vez, un resultado. A partir de los argumentos en relación con la invención de la masculinidad y la nacionalidad deportivo-popular argentina, despliega su mayor brillantez argumental y su mejor destreza metodológica. En relación con estas herramientas, *Masculinities* presenta la innovación y la fertilidad de una etnografía que nace de la combinación de trabajo de campo con análisis textual, y que se realiza sobre textualidades múltiples (orales, escritas y audiovisuales), que no hacen más que reponer las complejas tramas en las que son creadas y recreadas contemporáneamente las identidades.

El trabajo analiza la relación entre narrativas nacionales políticas y deportivas, desplegándose en una zona ya tratada por la academia europea y estadounidense. Sin embargo, el texto resulta especialmente novedoso. Al ya mencionado carácter pionero de esta clase de estudios en la Argentina, se suman las particularidades de su historia, caracterizada, entre otras cosas, por la complejidad de las operaciones ideológicas de sus clases dominantes, la mezcla entre lo tradicional y lo moderno, el temprano desarrollo de su industria cultural, la inmigración europea y la alfabetización masiva de los sectores populares.

Partiendo de la hipótesis de que el estereotipo masculino emergió durante el proceso de modernización, como parte de una indagación general sobre imaginarios, símbolos e identidades, Archetti trabaja prácticas corporales

típicamente modernas: el tango, el fútbol y el polo, entendiendo que constituyen arenas públicas en donde pueden indagarse identidades nacionales y genéricas. Para el caso argentino se trataría del análisis de la *hibridación* y de las formas variadas en que fueron y son clasificados los géneros masculino y femenino, y en donde analizar sus relaciones con la cultura nacional moderna y con la cultura internacional globalizada.

Hibridación funciona, entonces, como concepto clave, designando la manera particular en que se construye tempranamente la identidad nacional en una sociedad de modernidad periférica como la argentina y con un masivo proceso inmigratorio en las primeras dos décadas del siglo XX. Así, los híbridos resultan construcciones ideológicas del orden social y son, en este sentido, productores de tradición. Los argumentos de Archetti exceden –y en ese movimiento, discuten– las posturas popularizadas por García Canclini: la hibridación deja de ser una suerte de característica posmoderna para recuperar densidad problemática y espesor histórico.

Retomando, por otro lado, el argumento de George Mosse sobre la relación establecida modernamente entre belleza y moral en los estereotipos masculinos, Archetti argumenta que en la Argentina la *moralidad* es más pertinente que la belleza. Esa importancia deviene de que la moralidad articula públicamente lo afectivo y lo racional, y de que sus contenidos y valores se presentan en tensión, toda vez

que se desliza su definición simultáneamente en el interior del género, en tanto distintas masculinidades en oposición, y entre los géneros, entre una imagen de madre y esposa y otra de *femme fatale*; o, lo que es lo mismo, entre una moralidad convencional y otra romántica.

Por último, el análisis de la figura del *pibe*, representante de la identidad nacional y viril por excelencia, el modelo de jugador de fútbol argentino, señala la dominancia de una masculinidad y una moral particular, desplegada en el campo liminal del *potrero*. Allí la lectura de las andanzas de su máximo representante por abundancia y por destreza, Maradona, permite mostrar cómo se anudan imaginario e historia, al poner en escena las narrativas producidas históricamente y constituir su superación (¿definitiva?).

3. *El potrero, la pista y el ring* trabaja en la misma dirección, pero ampliada en sus objetos y desplazada en su metodología. Lo que en *Masculinities* era la combinación de etnografía y análisis textual, en *El potrero...* es básicamente historia, analizada a través de fuentes periodísticas y documentales, con una pauta que conecta los objetos: su condición –sólo en principio– periférica. El deporte, ahora ampliado del fútbol y el polo al automovilismo y el box, y el tango *sobre* fútbol; en todos los casos, la reconstrucción diacrónica de los hitos centrales en la invención de sus narrativas.

La selección de esos deportes sobre otros no es azarosa, no se basa en criterios de popularidad ni de expansión

de la práctica. Como señala Archetti, podría objetarse la no inclusión del basket –en el que Argentina obtuvo un campeonato mundial en 1950–, el tenis –con el peso internacional de las figuras de Vilas o Sabatini–, el rugby o el golf. Sin embargo, *El potrero...* no es una historia deportiva, por lo que la lógica de selección de casos no puede ser endógena, proporcionada por el objeto. Este libro narra la invención de una nación a través de sus relatos marginales: en consecuencia, la selección permite, según propone Archetti, la combinación entre los diversos factores que le interesa analizar: lo colectivo –fútbol y polo– y lo individual –box y automovilismo–; lo rural –la épica ecuestre del polo– y lo industrial –en los vericuetos técnicos de la mecánica–; las dimensiones sociales y de clase –lo que va de la miseria suburbana de un Maradona o un Monzón a los mitos chacareros y pampeanos de Fangio y la aristocracia terrateniente y probrítica del polo–; y por último la repercusión internacional, en tanto esas narrativas se pretenden nacionales y fuertemente *narcisistas* y especulares, atentas a la imagen que el espejo, la prensa internacional, devuelve de una identidad en construcción. En ese sentido, entonces, Maradona, Fangio y Monzón aparecen como los soportes privilegiados de esos relatos:¹ son los héroes de narrativas que, por definición, deben ser épicas.

4. Pero esta descripción permite explicar el equívoco al que aludiera más arriba. Dije

que Archetti no trabaja sobre fútbol; sostuve que este libro analiza la invención de una nación, pero en sus márgenes. En un artículo de 1994, Archetti afirma que una identidad nacional o étnica está vinculada con prácticas sociales heterogéneas (la guerra, las ideologías de los partidos políticos, la naturaleza del Estado, los libros de cocina o el deporte) y se produce en tiempos y espacios discontinuos. Así, ante la predilección de la teoría y la historia sobre nacionalismos de analizar los espacios oficiales, legítimos, sólo en principio más visibles, de invención de una nacionalidad,² Archetti se dedica a las prácticas marginales, limítrofes, sean ellas populares o no (el box o el polo); pero son básicamente no centrales e ilegítimas, en un doble sentido, de su legitimidad como narrativa hegemónica y como objeto académico. Entre Lugones y Borocotó, entre San Martín y Maradona, tanto la hagiografía escolarizada como la investigación científica no muestra fisuras: hay objetos legibles y hay proceratos instituidos. Archetti propone un desvío, y lo despliega consistentemente.

Así, en *El potrero...* pueden verse con nitidez, a través del análisis histórico, cómo el deporte trabaja eficazmente en la construcción de un espacio y un imaginario unificado: “La expansión del deporte en la Argentina se puede asociar al desarrollo de la sociedad civil ya que las organizaciones y clubes deportivos generaron espacios de autonomía y participación social al margen del Estado. En ese contexto particular las prácticas

deportivas y, en especial, los deportes de equipo permitieron establecer un ‘espacio nacional’ de competencia real y de movilidad social –ya que los mejores deportistas de las provincias pudieron hacer carrera en Buenos Aires– y de unificación territorial y simbólica. La prensa y la radio en la década del veinte jugaron un papel crucial en esta dirección. *El Gráfico* [...] enfatizará la importancia de los deportes de equipo ya que permiten que una nación se exprese, que sus integrantes tengan una ‘conciencia nacional’ y superen las identidades locales de clubes o de provincias, y porque hacen posible que las diferencias de estilo, en competencia con otros equipos, puedan ser pensadas como manifestaciones de ‘estilos nacionales’” (p. 13).

De la misma manera, el análisis de estas prácticas le

¹ El reciente pentacampeonato automovilístico de Michel Schumacher mostró hasta el paroxismo el peso del relato de Fangio en el imaginario deportivo. Schumacher igualaba la cifra de cinco campeonatos mundiales ganados por Fangio, por lo que la prensa debía demostrar, paradójicamente, que Fangio era inigualable, so pena de perder una referencia central en esa narrativa de la patria. Siguiendo nuestra argumentación, los testimonios solicitados insistían en informantes internacionales: Stirling Moss o Alain Prost, antes que las previsibles declaraciones de Froilán González.

² Con la excepción de Hobsbawm, que tanto en *Naciones y nacionalismos* como en *The Invention of Tradition* dedica varias páginas al rol del deporte en esas construcciones.

permite demostrar cómo el debate sobre la globalización, demasiado rápidamente caracterizada como fenómeno puramente contemporáneo, adolece de espesor histórico; la globalización deportiva es un invento de comienzos del siglo XX, y en ese fenómeno el deporte argentino inscribe una discontinuidad crucial en la invención de un imaginario de nación: “La globalización temprana del deporte no debe verse como un proceso necesario de homogeneización, sino como un espacio en donde producir imaginarios, símbolos y héroes que establezcan discontinuidades. Las reglas universales y las prácticas son uniformes pero los resultados impulsan no sólo las diferencias sino a pensarlas como tales” (p. 14).

A su vez, el análisis de prácticas que remiten a señales variadas –de espacios, de clases, de sujetos involucrados– le permite proponer un fresco variopinto, donde se representen

mitologías diversas: el *pibe* y el *potrero*, como dijimos, pero también el *jinete*, el *sueño del pibe*, la *muñeca* y la inventiva técnica, la potencia de Monzón pero también el estilismo de Locche. El deporte –esta selección de deportes, argumenté– posibilita la construcción de un imaginario nacional extenso y ampliado, más democrático que la pura narración de las élites patricias o las clases dirigentes, construido en torno de épicas individuales y colectivas, populares o de las clases medias. Imaginario que es siempre relacional, atento a una mirada del *otro* que lo instituye: “La Argentina [...] exporta cuerpos, caras, gestos y eventos deportivos, y a partir de ellos una imagen de lo nacional se construye, al mismo tiempo, afuera y adentro. Monzón no solo es un ‘macho’ para consumo interno sino que es percibido como un ‘macho argentino’, con todo lo negativo o positivo que esto pueda tener” (p. 114).

5. Lo nacional como un caleidoscopio complejo. La imagen no es mía, sino de Archetti: “en la presentación de prácticas deportivas tan diferentes encontramos la base de lo nacional como compuesto por un caleidoscopio complejo y, en muchas ocasiones, contradictorio. No solo hay ‘contradicciones’ individuales sino también dimensiones de clase que parecen incompatibles. Si el polo es terrateniente y el automovilismo chacarero, el boxeo supuestamente bien popular, e incluso marginal, y el fútbol relativamente multclasista es, precisamente, a través de esta combinación heterogénea que las imágenes de lo nacional se construyen” (p. 114). Una imagen sin duda afortunada, que califica a la vez el objeto –lo nacional– y su retrato.

Pablo Alabarces
UBA

Horacio González (comp.),
Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes,
Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000, 535 páginas

Desde hace muchos años Horacio González viene llevando adelante desde la docencia, desde las diferentes revistas que anima y desde trabajos como *Restos pampeanos* un importante esfuerzo por pensar los problemas del presente partiendo de la tradición del pensamiento social argentino. Es en este proyecto que se inserta la *Historia crítica de la sociología argentina* por él compilada. Presentar un texto de más de 500 páginas y compuesto por más de 30 trabajos de diferentes autores, géneros y estilos no es tarea fácil. A hacer la tarea realizable contribuye un elemento que opera como hilo conductor de la obra: la historia de la sociología “nacional” es leída por los diferentes autores a partir del “eterno” combate entre ensayistas, que buscan interpretar, y científicistas, más que científicos, que persiguen los hechos brutos. Situados ante esta oposición la mayoría no duda y rescata la primera tradición, a la que consideran más fructífera y profunda, la que habría sido sepultada por una hueca retórica científicista, aupada además por las agencias de financiamiento foráneas. Sin embargo, y creemos que aquí se encuentran algunos de los aportes más interesantes, podemos encontrar en los trabajos que forman parte del libro elementos para desmontar esa polaridad que aparecía

irreductible. Así, se vislumbra la influencia que tópicos del discurso positivista tienen sobre autores como Jauretche, o se subrayan, ya sea para ensalzarlos o criticarlos, motivos ensayísticos en el discurso de Germani.

El libro recorre dos veces este camino: el artículo de González, que abre la compilación, es en sí mismo una historia de la sociología que plantea los tópicos y los debates que serán retomados en el resto de los trabajos. En él encontramos los sucesivos recomienzos de la sociología: Echeverría y, casi en secreto, el *Facundo*, Quesada, el positivismo y el ensayo sobre el ser nacional, Germani y la sociología académica, y finalmente el regreso de la sociología universitaria después de 1983. El viaje comienza en Europa: la sociología nace en la estela del socialismo utópico, que la marca y la tensiona entre la investigación despojada de supuestos y la presentación de un sistema lógico que permite prescribir comportamientos deseables. Es Esteban Echeverría quien, junto a otras novedades, la trae a la Argentina. En estas tierras la tensión fundacional se complejiza con la vacilación, que caracterizará el debate nacional en el futuro, entre la adhesión a un ideal universal y el reconocimiento de las particularidades locales. La sociología procesará la tensión

entre prescripción y análisis, sobredeterminada por la consideración o no de la especificidad nacional, a través de la construcción de una agenda de exclusiones y destierros, de instituciones que ignoran lo que las precede. Entre los olvidos, González subraya el del socialismo con el que se vinculaba en sus orígenes y que se manifestaba aún a fines de siglo, cuando desde *La Montaña* se postulaba una ciencia capaz de profetizar la redención social.

Uno de los primeros esfuerzos explícitos por la definición de un discurso sociológico científico, alejado de las interpretaciones morales y el saber novelístico, es el de Ernesto Quesada. En su debate contra el criollismo se encontraría un llamado a remover los obstáculos que se oponen a la modernización, prefigurando el proyecto de Germani. Sin embargo, subraya González, sus vastos intereses culturales evitaron que se produjera una escisión irreversible de la sociología respecto de la literatura, la historia y la crítica. El gesto rupturista es más claro en Ingenieros, quien, despojado del respaldo de una tradición familiar, se propone interpretar la historia y la realidad argentina desde un fundamento científico, y aun desde una interpretación biológica de lo social. El surgimiento de una raza neo-latina, unida a

condiciones geográficas y económicas, permitirá a la Argentina escapar del destino de atraso que, en cambio, ata a países como el Brasil. Es el descuido de estas determinaciones, sumado a lo impreciso de sus formulaciones, lo que permitirá a Ingenieros criticar el análisis de las multitudes por parte de José María Ramos Mexía. En esta crítica González encuentra “el modelo de todas las discusiones sobre el método y sentido de las ciencias sociales”, de Sarmiento y Alberdi a Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos. El gesto de separar ciencia de literatura, gesto que González equipara con el de Mitre frente a Vicente Fidel López, no permite valorar que la fuerza del planteo de Ramos Mexía surge de una escritura en la que se muestra transido entre el desprecio hacia la cultura popular y la fascinación por lo oscuro. De todos modos, sostiene González, la crítica “científica” de Ingenieros se diferencia de la de Germani en que no niega todo valor a sus predecesores “precientíficos”. Más que desde la ruptura con sus mayores, González interpreta el itinerario de Ingenieros desde la inversión de su propia mirada, pasando de mirar el Estado desde *La Montaña* a ver *La Montaña* desde el Estado, y considerando a ésta como descabellada y patológica, siendo necesario el gesto de control del Estado. Esta inversión permite a González tomar en cuenta la constitución literaria de la ciencia, y subrayar la forma en que ésta incorpora su propia sinrazón o desatino.

Luego de prestar una considerable atención a los debates de principios de siglo, el recorrido se hace más leve. Llamativamente, en una mirada que valora la profundidad analítica del ensayismo, el recorrido entre el positivismo de principios de siglo y la figura de Germani se resume a rápidos comentarios sobre las figuras de Roberto Arlt, Alfredo Poviña y Raúl Scalabrini Ortiz, deteniéndose solamente en Ezequiel Martínez Estrada. González destaca que éste, apoyándose en Simmel pero también en un vago funcionalismo, mantuvo un recorrido paralelo al de la academia, desde donde sería desconocido por Germani. Subraya González que la preocupación de Martínez Estrada por la relación entre cultura popular y cultura cosmopolita y la crítica a la cultura de aula hace posible un fructífero diálogo con la obra de Antonio Gramsci, al que lo une la común referencia a Rodolfo Mondolfo. La referencia a éste permite a González anticipar las transformaciones del gramscianismo en la década de 1980 y soñar con una Carrera de Sociología fundada por otro italiano, en la que figuras como Gramsci y problemas como el de la revolución ocuparán un lugar importante desde el comienzo.

Pero, casi lamenta González, la Carrera de Sociología fue fundada recién a fines de la década de 1950 por Gino Germani, quien adscribía a un proyecto que, por fuera y en oposición al “especulativismo” con que asociaba a la universidad peronista, reunía bajo el

concepto de modernización las tareas de construcción de conocimiento científico y de transformación de la sociedad argentina. En dicho proyecto, propone González, podía leerse la preocupación gramsciana por los asincronismos culturales volcada en la vasija de la *scienza nuova* sociológica que debía enfrentar la tarea de explicar porqué la historia vivida había desviado las predicciones realizadas con respecto de la sociedad argentina. Las definiciones de Germani, sintetiza González, rozaban la complejidad de las ideologías políticas de fusión pero, resistiéndose a buscar en ellas la cifra de las prácticas sociales históricas, apelaban al abstracto historicismo de la noción de transición para conjurar la proliferación de imágenes sociales.

González dedica lo mejor de su análisis a describir el haz de propuestas enfrentadas al diagnóstico germaniano, desde el “nacionalismo marxista” de Hernández Arregui a la crítica que en el mismo espacio de la carrera de sociología planteaban figuras como Miguel Murmis o Eliseo Verón. Será el mismo Verón quien, desde un pensamiento que combinaba criterios marxistas y estructuralistas, intentará reconstruir condiciones de producción del debate del período. Propondrá la paradoja de que el gobierno pro-imperialista de Onganía expulsa de la Universidad a los científicos aliados del imperialismo para reemplazarlos por los “anticientíficos de derecha” que en las Cátedras Nacionales adoptarán posiciones anti-imperialistas. González explica

la situación por el énfasis que el golpe de 1966 puso en la oposición entre liberales y nacionalistas, la expulsión de docentes asociados con la primera tendencia generó un vacío sobre el que “otros” profesores construyeron el espacio de las Cátedras Nacionales. Entre ellos sobresale la figura de Roberto Carri quien, desde una sociología “fanoniana” donde la violencia era una forma de conocimiento, delineaba un primitivismo político que rechazaba la fundación ilustrada de la sociología universitaria. Mientras desde las Cátedras Nacionales se impugnaban los límites de la sociología, desde el marxismo se cuestionaba el saber sociológico en nombre de una racionalidad científica capaz de abarcar la totalidad de la experiencia. De esta forma se volcaban en el interior del espacio académico para intentar dirimir con sus recursos ciertos debates políticos, como el referente a los orígenes del peronismo, que en círculos más amplios había sido planteado por figuras como la de Milcíades Peña.

La minuciosa descripción del escenario de debate de la década de 1960 no es seguida por una similar consideración por el de los primeros años de la década de 1970, a los que explícitamente se identifica con aquéllos. Aunque, como se plantea, unos y otros compartieran la tensión entre la politización autorreflexiva del sujeto y el garantismo sociológico, de todos modos sería necesaria una mayor reflexión acerca de las formas específicas adoptadas por dichos discursos así como la ausencia de una comparable

reflexión teórica y política. Con similar rapidez, y tal vez esto sea más comprensible, se pasa por sobre “la vida vegetativa” de la sociología durante el Proceso y sobre los avatares de la “disciplina” en la vuelta a la democracia, en la que ya no cuenta para nadie. La rápida descripción de los trabajos en curso pone en evidencia el carácter heteróclito y descentrado de la situación presente, en el que no existen ámbitos de debates comunes. González lamenta que la oportunidad abierta por la pérdida de su quilla, la cuestión de la cientificidad, no haya derivado en la liberación de todos sus lenguajes, desde el estadístico al novelístico. Podemos preguntarnos si tal como se manifiesta en los dos períodos “densos” del libro y del artículo, el del positivismo y el de la “sociología científica”, no fue justamente la pretensión de centralidad del discurso científico y las reacciones contra dicha pretensión lo que animó las idas y vueltas de la sociología.

La cantidad de trabajos que continúan y amplifican el de González hace imposible que nos refiramos específicamente a cada uno; por ello, seguiremos el recorrido que plantean por la historia de la sociología, deteniéndonos solamente para plantear algunas consideraciones específicas o para subrayar ciertos problemas. Dada la importancia que el artículo introductorio de González asigna a la Generación del '37, en particular sorprende que sólo el artículo de Gustavo Nahmías se ocupe del tema presentando al *Facundo* a la vez como “la primera obra sociológica

argentina” y la inauguración del mal en política. En una interpretación cercana a la de Martínez Estrada, encontramos los “invariantes históricos” que atrapan al hombre y a la nación, y lo condenan a repetir el acto de origen. De la misma forma, encontramos a la sociología argentina condenada a oscilar entre ciencia y ensayo, atrapada en los polos de la operación sarmientina que la hizo nacer.

A continuación encontramos varios textos que tratan el prolífico momento positivista de la sociología argentina. Se problematiza así la difícil relación entre descripción y explicación en Ramos Mexía y se siguen los esfuerzos de Quesada para postular una explicación de la crisis del '90 que supere la retícula moralista, así como sus disputas en torno de la definición del idioma nacional. Particularmente interesante es el artículo en que Lisandro Kahan cuestiona la fácil comodidad en que nos sitúa la designación, planteando un cuadro anticipatorio que limita nuestra posible lectura. Concentrándose en la obra de Ingenieros, muestra que aún su período más canónicamente positivista está cruzado por la autoasignación de las categorías empleadas para delimitar lo patológico: la simulación y el fumismo. Kahan toma en serio esta postulación, lo que lo lleva a sostener la posibilidad de leer la entera teoría de la simulación como siendo ella misma una simulación. Partiendo de una lectura fuertemente deudora de la crítica de Derrida a Foucault, Kahan niega la unidad de una episteme, de la obra de un autor, o de un texto en particular, e invita a releer la

totalidad de nuestra historia intelectual, a no interrumpir la lectura.

Esta apertura a una interpretación más compleja del momento positivista, que hace posible recuperar la desbordante imaginación con que esta corriente pensó los “bordes de lo social”, permite postular un vínculo con el posterior ensayo de interpretación. Bibiana Del Brutto señala la casi obsesiva preocupación por las raíces de la mentalidad nacional como un elemento compartido. Así, la explicación del caudillismo por la herencia hispánica, en Lucas Ayarragaray, y la caracterización negativa de la organización política por el sustrato criollo, en Carlos Octavio Bunge, son tópicos de una psicología esencialista que, invertidos, encontramos en la sociología de Jauretche. Este pensador reaparece en el artículo de Matías Manuele como el portador de una sabiduría del “estaño”, que es más acorde a la realidad social argentina que el dato estadístico que podría servir para el capitalismo avanzado. Reencontramos aquí el tópico del combate entre ensayo y ciencia y, aunque se sostiene que no son antagónicos, todo lo valioso es colocado en una sola posición, mientras la otra sigue siendo leída como ajena a la realidad local.

Este juicio sumario puede contraponerse al juicio de González, quien se niega a equiparar el ensayo con el amaneramiento literario o el ocultamiento de los datos. El ensayo más bien se vincularía con la vacilación interna, con la indeterminación radical, que trabaja textos que no sólo son

los que se definen como tales. Esta valoración abre la sección del libro dedicada a los “clásicos discrepantes”, entre los que destaca a Carlos Astrada y Ezequiel Martínez Estrada. Ezequiel Ipar presenta al primero como un filósofo desgarrado entre la búsqueda de autenticidad en el origen y la constitución de una dialéctica “telúrica” en la que el silencio rige la historicidad americana. En los artículos de Gabriela Antonowicz y Karina Casella encontramos a un Martínez Estrada que descubre la esencia bajo la superficie, lo eterno en el nivel de la tierra. El relato de la historia nacional en perpetuo cambio es el adoquín que cubre la tierra de la pampa, el invariante del origen, el trauma original que sigue operando y no permite que haya historia. Es frente a este fatalismo caracterológico que Enrique Berger delinea el proyecto de Hernández Arregui, una sociología que permitiría atender los procesos concretos de constitución de la conciencia nacional sin caer en la especulación metafísica de Martínez Estrada o Astrada. La contraposición científicista ensayo vuelve a ser puesta en cuestión por la figura de Hernández Arregui, un “ensayista” que con armas científicas, provenientes más del marxismo que de la sociología académica, se enfrenta al telurismo del ensayo nacional.

Al prologar la sección destinada a la “sociología científica”, González plantea importantes precisiones sobre la operación de Germani. Apoyándose en los aires de modernización, a los que se habían resistido los círculos

intelectuales predominantes durante el peronismo, Germani rechazó como intuicionista y carente de sustento empírico la sociología que había sobrevivido en Filosofía y Letras. Al hacerlo no desconocía el pensamiento social anterior sino que construía sobre la negación, que alcanzaba a importantes antecedentes, su propuesta teórica y metodológica. La operación a través de la cual Germani redefinió el significado de la sociología es analizada por Buccafusca, Serulnicoff y Solari. El italiano habría cambiado y fijado el sentido a través de la adjetivación: la sociología era sociología científica y nacía en ese momento, lo que implicó la devaluación de los pensadores anteriores, en particular de los antipositivistas que lo habían precedido. Los antecedentes no se buscaban aquí sino en las ciencias sociales americanas, que si bien no eran perfectas, tenían lo que aquí faltaba: rigor y método. Se adscribía también a una teoría de la modernización, de carácter teleológico, la que, aun reconociendo la presencia de diferentes ritmos en las distintas sociedades, lo que explicaba fenómenos desviados como el del populismo, postulaba que la historia marchaba en una dirección: la de la modernización. Esta confianza en la dirección del cambio que concluía en la democracia se vio minada después, cuando encontró en las mismas tendencias a la modernización y la individuación elementos que llevaban hacia la sujeción. Esto derivó en la adopción de un pesimismo lúcido que, para

González, lo acercaba a su gran rival, Martínez Estrada. En esta lectura, de una amplitud sólo aparente, lo rescataba de Germani parece sólo aparecer cuando abandona su proyecto inicial y la búsqueda de certeza científica. Una mirada más positiva sobre la figura de Germani la encontramos en el artículo de Lucarini, donde la distancia con el optimismo germaniano no es interpretada como lúcido desencanto, sino asociada con una sociedad sin mayores ilusiones. De esta forma se abre la vía para retomar, al menos, parte de la herencia de Germani para intentar repensar el lugar de la ciencia como constructora de un relato colectivo inclusivo.

Los puntos ciegos del proyecto de Germani pronto fueron denunciados tanto desde el marxismo, como del nacionalismo peronista y aun desde el propio espacio académico. Entre las críticas “internas” se destaca la de Verón, quien se propone sostener una práctica científica alejada del cientificismo. La ciencia se caracterizaría por su capacidad de tematizar sus condiciones ideológicas de producción, poniendo en evidencia el carácter subjetivo de la constitución del objeto de análisis, lo que no borraría el componente ideológico del discurso pero sí permitiría neutralizar el objeto ideológico. El problema, sostiene el artículo, es que la reconstrucción de la elección subjetiva sólo se lleva adelante desde el punto de vista que la realiza, por lo que es incapaz de objetivarla. Esta crítica al cientificismo contrasta fuertemente con la que le realiza Roberto Carri y que es

reconstruida por Valentina Salvi. Carri denuncia el vínculo entre sociología y sociedad: la objetivación que caracteriza a la primera sólo sería posible por el carácter fetichista de las relaciones sociales, por la disolución de las singularidades en la igualdad formal de la mercancía. Sólo tenemos objetos e individuos aislados y la ciencia se propone ligarlos exteriormente sobre la base de leyes universales. Pero, en la lectura de Salvi el planteo no concluye en la apelación, lukacsiana, a una nueva totalización sino que recuerda, anticipando motivos posestructuralistas, que lo que se borra es la particularidad, o mejor aún singularidad, que se opone al orden universal y tiende a disolverlo; lo que se borra es la política. Finalmente merece destacarse la reconstrucción de la posición de Milcíades Peña quien, invirtiendo los planteos tradicionales, define el planteo germaniano como ensayístico e ideológico. Éste se caracterizaría por construir una imprecisa interpretación de las transformaciones de la sociedad argentina en la que no se definirían los sujetos sociales, las modalidades del cambio ni las formaciones sociales emergentes de la nueva estructura. La acusación se sustentaba en una postura epistemológica, que colocaba al investigador dentro de la totalidad social a dilucidar, en contacto con sus tensiones, y en una interpretación de la historia nacional, a la argentina, como una sociedad cuyas clases dominantes se habían mostrado incapaces de constituir un proyecto de desarrollo nacional independiente.

Luego de una serie de entrevistas a figuras importantes de la historia de la disciplina y de un silencioso paso por la década de 1970, no sólo por la dictadura sino por el período de radicalización política que caracterizó a la primera mitad de esa década, el libro concluye con un artículo de Eduardo Rinesi que analiza la sociología posterior a 1983. La caracterización es claramente negativa: se ha perdido la carga de utopía que había hecho de la sociología un discurso capaz de intervenir en el mundo de la política y de la vida social. Y esta defeción de la sociología se da justamente en el momento en que el fin de las grandes certezas le da la oportunidad de tomar a su cargo las preguntas fundacionales acerca del sentido de la vida social. Esta oportunidad no fue aprovechada, ya que se abandonaron las viejas cuestiones e instrumentos, y aquí podemos volver a preguntarnos si lo que se festeja, el abandono de las grandes explicaciones, y lo que se añora, la presencia en el debate público y la interrogación acerca de los fundamentos del orden social, no se hallan estrechamente ligados. Rinesi considera que al adherir, desde el campo cultural, a la discontinuidad que el alfonsinismo intentaba establecer con una tradición y una cultura política que se calificaban como autoritarias, se intentó saltar por sobre los problemas del pasado, a los que se consideraba superados, reemplazándose el economicismo por un politicismo igualmente reduccionista. Así, de la teoría de la dependencia a la de la

transición a la democracia, construida sobre la base de oposiciones simplistas que recordaban demasiado la teoría de la modernización. El artículo, y el libro, culminan marcando el contraste entre la apagada sociología del presente, a la que tal vez se trata con la injusticia con la que ella trató a su antecesora de la década de 1970, y lo que la sociología fue, presentada en forma algo idealizada. El desafío, para Rinesi, pasa por recuperar la vocación de intervención pública presente en el pasado y que hoy falta.

Concluyendo, la *Historia crítica de la sociología argentina...* es un trabajo importante y ambicioso, asociado con un proyecto que intenta reactivar la tradición de la sociología para restablecer un diálogo con ella. Al llevarlo adelante no puede más que presentar una lectura selectiva, donde el restablecimiento de la tradición del ensayo deja poco espacio, a pesar de las declaraciones en contrario, para la sociología científica y figuras como la de Germani. Por otro lado, el diálogo con la tradición parece sostenerse en un gesto que más que en las

rupturas coloca el énfasis en la continuidad de la tensión que enfrenta al ensayo con el discurso científico, gesto continuista que permite incluso equiparar. El rechazo de la idea de episteme, rechazo que Kahan sostiene sobre la exhibición de las fracturas y excesos que la cruzan, tiende a resolverse no en una noción de continuidad histórica. La crítica a reducir el análisis al contexto proponiendo seguir la deriva del nombre sociología concluye en la fijación del nombre y así en una concepción tradicional de la historia de las ideas. El diálogo con la tradición se funda entonces en un gesto continuista que permite la clave del conflicto “eterno” entre ensayo y discurso científico. Estos rasgos: desatención del contexto de producción y gesto continuista que hacen posible la equiparación del debate entre Mitre y López con en el que enfrenta a Germani con Milcíades Peña.

Afortunadamente, como ya planteamos, el mismo libro brinda instrumentos con los que combatir sus limitaciones. La crítica al reduccionismo de las etiquetas que planteado con respecto al positivismo podría

extenderse para interpretar a pensadores como Germani, sin necesidad de establecer un corte abrupto entre el sociólogo científico y el trágico ensayista de los últimos años. La misma atención que permite tener en cuenta que la salvaje imaginación de un Ramos Mejía o un Ingenieros excede el marco de la defensa del orden existente, permitiría apreciar la sutileza de trabajos como los de Germani o la trágica situación de quienes en la década de 1980 intentaron refundar sus sueños en torno de la promesa democrática. Más que en la apelación retórica a una síntesis en la que, tal como está aquí definido, el discurso científico no tendría nada que aportar, deberíamos depositar nuestra esperanza en la desconstrucción de los polos en conflicto y en la promesa de una lectura que sepa encontrar, y apreciar, tanto las razones de la tradición ensayística como la desmesura y la capacidad de invención del proyecto científico.

*Ricardo H. Martínez
Mazzola
UBA / CONICET*

Carmen Mc Evoy (ed.)

Juan Espinosa, *Diccionario para el pueblo: republicano-democrático, moral, político y filosófico*, Pontificia Universidad Católica del Perú/University of the South-Sewanee, Lima, 2001, 611 páginas

Uno de los rasgos más llamativos del campo histórico latinoamericano es en la actualidad el creciente interés por la historia del pensamiento político de la región. Relegado durante muchas décadas a un espacio marginal y subsidiario por las corrientes hegemónicas en las distintas historiografías de la región, sería sólo a partir de la década de 1980 cuando un renovado interés por el pensamiento y los discursos elaborados en torno de lo político comenzaría a ocupar un lugar destacado en la práctica de esta disciplina en América Latina. Entre los aportes más novedosos a esta recuperación de la historia del pensamiento político latinoamericano se sitúa la obra de la historiadora peruana Carmen McEvoy. Autora de *La utopía republicana*¹ (un estudio de consulta imprescindible acerca de la construcción del Estado republicano en el Perú entre 1871 y 1919), de *Un proyecto nacional en el siglo XIX: Manuel Pardo y su visión del Perú*,² y de *Forjando la nación: ensayos de historia republicana*³ (por mencionar sólo sus dos obras más importantes), ahora ha realizado una invaluable tarea de arqueología intelectual al reeditar, acompañándolo de un enjundioso estudio preliminar, el *Diccionario para el pueblo* de Juan Espinosa.

Al contrario de lo que ocurre en el caso de otras

figuras –como Francisco Bilbao, Santiago Arcos, o Antônio Pedro de Figueiredo (o *Cousin fusco* de Pernambuco)– que forman parte de aquello que podría denominarse su “familia” ideológica, Espinosa es en gran medida un desconocido. Perteneciente a una generación anterior a la de los republicanos “radicales” o “populistas” antes mencionados, ausente del ciclo de luchas sociales que sacudieron a varios países de América latina en la estela del ’48, y marginal a la vida política de su patria adoptiva, han sido escasas las veces en que Espinosa y su obra se hayan convertido en objeto de análisis, siendo las más importantes un ensayo del patriota puertorriqueño Eugenio María de Hostos y un artículo del historiador peruano, Jorge Basadre. Esta presencia opaca y marginal de la obra de Espinosa en el *corpus* del pensamiento no sólo latinoamericano, sino peruano, podría en efecto contribuir a refrendar la sospecha de que si esta obra ha permanecido enterrada durante tanto tiempo, ha sido consecuencia de la verdadera importancia de la misma. Sin embargo, no es el menor de los méritos del estudio preliminar de Mc Evoy el haber sabido poner de manifiesto por qué semejante conclusión sería por demás apresurada, ya que allí se

demuestra con un impecable rigor argumentativo su importancia fundamental para una comprensión más profunda del republicanismo, del “catolicismo cívico” y de los discursos emanados de la élite letrada que interpelaban en clave democrática o populista al pueblo en el Perú decimonónico.

Mc Evoy declara que su propósito al interrogar el *Diccionario* será abordar “el estudio del discurso republicano y de su imaginario, partiendo de la teoría de la ‘política del lenguaje’”. Es por este motivo que su interpretación está organizada en torno de tres núcleos de análisis, referidos 1) al género al que pertenece ese texto, 2) a su filiación ideológica, y 3) a su valor para el estudio histórico no sólo del republicanismo sino también de la situación de los intelectuales en la América latina poscolonial. En tanto la obra ahora reeditada reviste la forma de un “diccionario” formado sobre la base de un vocabulario político, social e histórico, y cuyas definiciones son más bien normativas que descriptivas, Mc Evoy explora la intencionalidad del autor al

¹ Lima, PUCP, 1997.

² Lima, PUCP, 1994.

³ Lima, University of the South/Instituto Riva-Agüero, 1999.

elegir ese género como vehículo de su pensamiento. Por un lado, vincula el *Diccionario* con la tradición “Enciclopedista” y con la pedagogía ilustrada que desde el siglo XVIII en adelante habían buscado difundir los conocimientos modernos entre un público lector que se ensanchaba año tras año, mientras que por otro lado lo inscribe –con mayor precisión– en la serie decimonónica europea de diccionarios para el pueblo, es decir, de diccionarios que buscaban interpelar de un modo activo y pedagógico a ese nuevo actor no sólo social sino también *político* que la doble revolución de comienzos del largo siglo XIX había engendrado: las clases populares. Como dice Mc Evoy, “los diccionarios para el pueblo publicados en Europa durante el siglo XIX [...] tuvieron como meta principal mejorar el nivel de alfabetismo entre la clase trabajadora, a la vez que contribuir de una manera sencilla en su socialización política”. (E. P., p. 48). Es por ello que considera que la opción de Espinosa por el género lexicográfico estuvo guiada por su deseo de incidir sobre la formación política del pueblo. El diccionario, en su interpretación, podía operar como un “puente” entre la cultura letrada y la popular, y por ende como vehículo de un discurso que, aunque complejo, podía ser transmitido de un modo simple y atrayente a lectores que carecían de recursos culturales suficientes para acceder a obras más complejas o sistemáticas.

En una de las porciones más ricas y complejas de este

excelente estudio preliminar, Mc Evoy encara la tarea de establecer con gran precisión las diversas filiaciones ideológicas de esta obra. Por un lado, la vincula a la cultura católica peruana –que como en todos los países andinos mantuvo una presencia mucho más evidente que en la Buenos Aires decimonónica– y específicamente a una veta de esa cultura que ella denomina “catolicismo cívico”. Esta corriente ideológica habría estado claramente demarcada de otras más tradicionalistas o conservadoras, como aquella encarnada en la obra teocrática de Bartolomé Herrera, en tanto incorporaba tópicos republicanos y “populistas” (en el sentido del discurso que valoraba al “pueblo” como actor político legítimo, à la Lamennais) a su discurso. Una cuestión intrigante y que apenas aparece aludida en este trabajo tiene que ver con la relación –si es que la hubo– entre Espinosa y el mayor representante del republicanismo católico en América latina, Francisco Bilbao, ya que la publicación del *Diccionario* coincide con su etapa de residencia en Lima. De todos modos, si Mc Evoy no señala ninguna relación personal entre ellos, coloca la obra de ambos en una misma “familia” ideológica. Por otra parte, al mismo tiempo que se inscribiría en la línea del “catolicismo cívico”, ésta es una obra marcada, según Mc Evoy, por un discurso republicano clásico que enfatizaba la virtud cívica y que se plasmaba en un sistema de referencias permanentes a los ejemplos de la antigüedad clásica. Ese republicanismo clásico habría convivido en un

estado de tensión permanente con otra zona del pensamiento de Espinosa, aquélla definida por su adhesión al discurso liberal de mediados del siglo XIX y que se expresaba fundamentalmente en su defensa irrestricta del libre comercio, pese a que esa posición mal podía conciliarse con otro núcleo de su pensamiento, su ideal del artesanado como pilar de la ciudadanía republicana. Finalmente, Mc Evoy señala la presencia de una matriz ilustrada en el discurso de Espinosa, que habría subtendido tanto su voluntad pedagógica como su defensa de reformas disciplinadoras a las prácticas culturales del pueblo (como la prohibición de la riña de gallos, el combate al alcoholismo, etc.). La imagen de conjunto que emerge de este análisis de Espinosa es la de un reformista moderado, distante del discurso más radical de otros miembros de su familia ideológica, como Bilbao o los “Gólgotas” de Nueva Granada, cuyo propósito principal era transformar la cultura del pueblo como paso previo a su plena incorporación a la vida republicana.

Quizás sea la porción más rica y sugerente del trabajo de Mc Evoy su discusión del lugar del intelectual en las sociedades hispanoamericanas del siglo XIX. Partiendo de una observación de Ernst Gellner –desarrollada en su último libro, *Language and Solitude*–,⁴ ella identifica la condición

⁴ El título completo es: *Language and Solitude. Wittgenstein, Malinowski and the Habsburg Dilemma.*, Cambridge, CUP, 1998.

poscolonial de los intelectuales hispanoamericanos con una condición posabsolutista, semejante en sus implicaciones al “dilema Habsburgo” referido por el antropólogo austro-inglés. Ese dilema consistía en la necesidad de conciliar universos mentales, tradiciones culturales, sistemas de creencias, contrapuestos y en gran medida inconciliables, como la voluntad liberal –individualista– y el imperativo nacional –comunalista–, o –para decirlo en los términos ya clásicos de Tönnies– la *Gesellschaft* y la *Gemeinschaft*. Siguiendo esta clave, Mc Evoy se pregunta por las antinomias que marcaron el pensamiento político hispanoamericano luego de la independencia, así como por la dicotomía tan evidente entre la realidad política de las nuevas repúblicas y el universo de principios y valores sobre los cuales ellas decían estar construidas, para concluir que “la salida al ‘dilema borbónico’ fue [...] un nacionalismo con características peculiares”. Ese nacionalismo era el que se plasmaba en la figura y en el ideal de la república: “A diferencia de lo que se ha sostenido durante varias décadas, pareciera ser que la salida cultural ensayada por los intelectuales post-coloniales no fue ni un liberalismo químicamente puro ni un conservadurismo negador del progreso, sino una peculiar reconstrucción, en el seno de la república, de la unidad cultural

perdida”. En el *Diccionario* de Espinosa, Mc Evoy percibe, pues, la voluntad de superar el dilema desgarrador que la condición poscolonial habría impuesto a los intelectuales hispanoamericanos a través de una síntesis republicana.

Elegantemente argumentado, este trabajo histórico tan ampliamente satisfactorio despierta sin embargo algunas dudas e interrogantes. En primer término, y ello pese al esfuerzo de contextualización realizado por la autora, la figura de Espinosa permanece algo desdibujada. Al lector le queda el deseo incumplido de saber algo más acerca de sus vínculos intelectuales con la élite política peruana, del rol que su paso por los ejércitos de la independencia pudo haber jugado en la formación de su ideología republicana, o de las razones que motivaron su irrupción y desaparición tan repentinos en el escenario político e intelectual peruano. Por otra parte, la pregunta por el público de esta obra permanece abierta: ¿tuvo ella algún impacto sobre los sectores a los que se dirigía el discurso de Espinosa, existen referencias acerca de su lectura por fuera del círculo mágico de la élite? Finalmente, debemos señalar una leve discrepancia en cuanto a la filiación nacional que Mc Evoy hace de Espinosa, ya que somos de la opinión de que el gentilicio “uruguayo” aplicado a un hispanoamericano de ese

período es algo anacrónico en tanto la nacionalidad uruguayana –entendida en el pleno sentido de ese término– sólo llegó a cristalizar entre las décadas de 1850 y 1880. Sospechamos que los gentilicios “montevideano”, “oriental”, o “rioplatense” hubieran resultado más apropiados en el marco de ese período de nacionalidades poscoloniales aún muy ambivalentes.

Pero éstas son observaciones menores, que no restan méritos a esta intervención tan inteligente e iluminadora en el campo de la historia intelectual latinoamericana. El *Diccionario para el pueblo* de Juan Espinosa merece hallar un público amplio no sólo en el Perú, sino también en la Argentina y en otros países de América Latina, tanto por el divertido y fascinante contenido del propio *Diccionario* cuanto por el admirable estudio preliminar de Carmen Mc Evoy. Los problemas y las temáticas que ella aborda son comunes a todas nuestras experiencias históricas en el fragmentado espacio cultural hispanoamericano, siendo por ello que la lectura de este libro no puede hacer más que enriquecer el debate acerca de nuestra historia intelectual del siglo XIX y del rol que el republicanismo jugó en ella.

Jorge Myers
UNQ

Sergio Visacovsky,

El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina,

Buenos Aires, Alianza, 2002, 355 páginas

¿Cómo se construye y legitima una memoria institucional? ¿De qué manera y por qué se cruza esta memoria con la historia política reciente? *El Lanús* de Sergio Visacovsky intenta responder a estas preguntas desde dos niveles que se entrecruzan en la estructura del texto. Por un lado, Visacovsky nos cuenta la historia del casi mítico servicio de psicopatología del hospital Evita, antes llamado Gregorio Aráoz Alfaro (y antes aún Evita), más conocido como el “Lanús” (y mantengo las comillas porque como señala Visacovsky, referirse al servicio como “el Lanús” está muy lejos de ser inocente). Este servicio, dirigido por Mauricio Goldenberg desde 1956 hasta 1972 ha ocupado un lugar muy particular en la historia de la psiquiatría y en particular del psicoanálisis en la Argentina. Se trató, si no del primero, sí del más famoso de los servicios de psiquiatría instalados en hospitales generales luego de la caída de Perón y como consecuencia de las políticas modernizadoras que las autoridades de la llamada Revolución Libertadora aplicaron en el área de la salud mental. El establecimiento de este tipo de servicios, y en particular del “Lanús”, abrió un importante espacio para la difusión del psicoanálisis (o más bien, y en un sentido más amplio, de una cultura “psi”) a lo largo de la década de 1960.

Goldenberg era un médico psiquiatra de ideas progresistas y se le atribuye el mérito (no menor en un país como el nuestro) de haber introducido el psicoanálisis (o al menos una forma psicoanalítica de pensar el paciente) en el hospital general. Pero en realidad Goldenberg representa más que eso y su figura ha adquirido en lo que podríamos llamar la memoria oficial del servicio y en una cierta manera de pensar la historia del psicoanálisis la estatura de un verdadero “héroe civilizador”. Como veremos, Visacovsky reconstruye hábilmente los hilos de la creación de este mito. En este sentido este volumen es hasta donde yo sé la primera historia sobre este importante servicio publicada en forma de libro. Y esto no es poco.

Pero el mérito mayor del libro de Visacovsky no radica solamente (y uno podría decir que ni siquiera principalmente) en lo que nos dice de nuevo sobre la historia del psicoanálisis o de la psiquiatría en la Argentina, un campo que sólo bastante recientemente ha comenzado a ser explorado seriamente y sobre el que aún queda muchísimo por hacer. Más bien, creo que la importancia central de este libro reside paradójicamente en su contribución a un área que parece haberse puesto de moda últimamente y sobre la que ha habido una producción importante aunque desapareja en

los últimos tiempos: me refiero a la conformada por los estudios sobre las formas de constitución y usos de la memoria en la Argentina. Se podría decir (sin quitar por ello mérito al aspecto propiamente histórico del trabajo, basado, por otro lado, en una sólida investigación) que la historia del “Lanús” que nos cuenta Visacovsky se trataría en realidad casi de una excusa para penetrar en estos otros temas más amplios y analizar el proceso de construcción de la memoria, y en particular su cruce con la política.

La política ocupa un lugar central en la argumentación de *El Lanús*. Es que la memoria del servicio está inundada por la política. Como dice Visacovsky, “el *Lanús* ha narrado su pasado apelando a categorías de índole política”. La “hipótesis fuerte” del autor es que la historia política argentina después de 1955 (y se podría sin duda argumentar que antes también) ha sido una “fuerza activa proveedora de marcos interpretativos de los pasados de sectores sociales e instituciones no definidos como “políticos” (p. 23). El “Lanús” sería así una ventana a través de la cual el autor accede y nos permite acceder a un sofisticado análisis del complejo proceso de conformación de la memoria colectiva y sus contactos con la historia política reciente. Como señala el autor, el

“Lanús” constituye “un caso privilegiado para estudiar las formas de producción de imágenes públicas del pasado en la Argentina contemporánea”, imágenes públicas que, como sostenía Renan para aquellas que soportan a la nación, están conformadas por memorias selectivas y por olvidos selectivos. Y Visacovsky enfatiza adecuadamente ambas dimensiones. Es que, nos dice Visacovsky, “las imágenes del pasado del servicio del *Lanús* se sustentan en la apropiación selectiva del pasado político nacional, a través del cual los actores participantes en el campo psiquiátrico y psicoanalítico legitimaron determinadas perspectivas y estigmatizaron otras”. (p. 25)

El primero y último capítulo del trabajo –sin duda los más originales desde el punto de vista teórico y metodológico–, consisten en el resultado de un sofisticado “estudio de campo” (cabe recordar que Visacovsky es antropólogo) llevado a cabo por el autor durante unas jornadas realizadas en el año 1992 con el objeto de conmemorar los 35 años de vida del servicio del “Lanús” y al mismo tiempo celebrar los 76 años de vida de Goldenberg. Esta conmemoración, nos muestra Visacovsky, se constituyó en un espacio denso, cargado de sentido y a la vez conflictivo, lleno de contradicciones, ambigüedades, tensiones e intentos de formular memorias contrapuestas. Pero sobre todo Visacovsky se pregunta porqué estos conflictos a la vez profesionales, generacionales y, en algunos casos, simplemente personales, se articulaban a

partir de categorías políticas cuando de lo que se hablaba, supuestamente, era de una institución en principio no definida como “política”. Y es en el proceso político argentino, y en particular en el parteaguas que significó el llamado Proceso de Reorganización Nacional, donde el autor busca las razones “que expliquen por qué es el pasado político la matriz interpretativa de las narrativas del *Lanús*”. Es precisamente frente al Proceso y con referencia a él que se construyen las memorias del Lanús y que cada grupo construye su propia identidad y la del oponente.

Es que el “Lanús” representa en la memoria construida por el que podríamos llamar “grupo fundador” –Goldenberg y sus colaboradores más inmediatos–, mucho más que un servicio de psicopatología donde se podían aplicar ideas de avanzada. El “Lanús” es recordado además como un símbolo de los proyectos modernizadores que en el área de la salud mental, como en tantos otros, se intentaron implementar luego de la caída de Perón. El “Lanús” se constituyó en la memoria también como un espacio de pluralismo ilimitado tanto en lo político como en lo teórico, y al mismo tiempo como una alternativa moderna y progresista a la psiquiatría tradicional, percibida como represiva. En otras palabras, y aquí estaría el centro de la cuestión: el “Lanús” se instala en ciertos imaginarios como un símbolo de la democracia (y sus avatares) en la Argentina. Esta imagen se vio reforzada por el hecho de que el servicio

(como tantos otros) fue muy castigado durante la última dictadura, contándose miembros de su personal en la lista de desaparecidos. El problema es que en la construcción de esta memoria de pluralismo y democracia no hay lugar para todos y es precisamente en ese espacio constitutivo en el que se fundan exclusiones que se hicieron evidentes en la conmemoración, y que Visacovsky analiza con originalidad. Lo que muestra Visacovsky es que en realidad esta conmemoración de alguna manera puede ser vista como un punto de condensación de los muchos dilemas implícitos que han afectado la construcción de la memoria sobre el pasado político reciente e inconcluso de la Argentina, y esto es precisamente lo que la torna interesante. El autor se formula preguntas (que responde con solvencia) tales como ¿qué se conmemoraba?, ¿quiénes se sentían legitimados a participar en la ceremonia y quiénes eran los excluidos?, ¿en qué punto se generaban y se rompían los hilos simbólicos de continuidad?, ¿cómo se utilizaba el pasado para dirimir cuestiones sobre el presente? También ocupa un lugar central en el análisis el tema de las filiaciones. Tal como ha sido analizado para otros ámbitos, en particular para la literatura y para otros espacios de memoria, el Proceso destruyó cadenas de filiación, lo que lleva a Visacovsky a preguntarse en qué espacio se constituye el sujeto (el ego) a partir del cual se definen estas cadenas. En este sentido, el análisis que hace el autor de lo que podría caracterizarse como

la historia de la memoria del “Lanús”, cuyas contradicciones se pusieron de manifiesto en la conmemoración, constituye un modelo metodológico para el estudio de otros espacios de construcción de la memoria.

En el camino de contarnos cómo la memoria del “Lanús” fue construida y cargada de contenido político, Visacovsky la des-mitifica y nos muestra sus contradicciones internas. Así, el autor nos recuerda que en realidad el policlínico Evita fue en su momento considerado como una de las “realizaciones” del régimen peronista (en este sentido es importante destacar, como señala Visacovsky, que la elección del nombre con el cual referirse al hospital y al servicio en particular está cargado de contenido pasado y presente); que en sus años “pre-lanusinos” Goldenberg estaba inserto en el sistema psiquiátrico tradicional, que luego pasaría a ser definido como el antónimo de lo que representaba el servicio a su cargo; que el lugar que ocupaba Goldenberg dentro del campo de la psiquiatría fue el producto de procesos mucho más complejos que su mera existencia como “héroe modernizador” (y en este sentido es interesante comparar el “mito Goldenberg” con el “mito Freud”); que el mismo Goldenberg, quien luego perdería dos hijos durante la última dictadura, había colaborado en carácter de funcionario en gobiernos militares anteriores, sin duda menos sanguinarios que el último, pero no por ello menos ilegítimos; que el origen mismo del servicio estuvo muy fuertemente vinculado con un

gobierno (el de la Revolución Libertadora) de más que dudosa legitimidad democrática; y, finalmente, que Goldenberg mismo –quien debió exiliarse en Venezuela durante el Proceso– no abandonó el servicio de manera compulsiva, sino voluntaria, cuatro años antes del golpe de 1976, y para irse a un sanatorio privado: el Hospital Italiano. De paso, Visacovsky también nos recuerda que el “Lanús” no fue el primer servicio de psicopatología en ser creado en un hospital general. Pero el objetivo del autor no es, tal como él mismo lo señala, contraponer “mito” con “realidad empírica”, sino rastrear el proceso de construcción del mito y su lugar en la constitución de la memoria.

A esta altura debería ser obvio que el libro me pareció excelente. Sin embargo, no puedo evitar formular una crítica que tiene que ver con uno de los objetivos que se propone Visacovsky: la pretensión de poner en manifiesto cómo la historia política argentina reciente ha provisto marcos interpretativos a los pasados de sectores sociales e instituciones no definidos como “políticos”. Un problema surge inmediatamente al no hacer explícito el autor qué noción de lo “político” está utilizando. Se intuye que Visacovsky hace suya una definición restringida de lo político y que por lo tanto sólo entrarían dentro de esta categoría aquellos espacios de interacción social vinculados directamente con el poder y con los partidos políticos. Si esto es así, entonces su pregunta acerca de porqué la memoria de

espacios “no políticos” se carga de contenido político parece relevante. Sin embargo, las cosas (al menos en la Argentina) no son tan simples. Recordemos que una de las consecuencias del peronismo fue precisamente la politización de áreas de la vida cotidiana tradicionalmente consideradas como pertenecientes a la esfera privada. Las reglas de juego de numerosos espacios de interacción pasaron a ser definidas desde la política. Recordemos simplemente que el nombre oficial original (y actual) del hospital donde se instaló el servicio de Goldenberg era (y es) “Evita”. Por lo tanto, definir un hospital cuya identidad y orígenes estaban tan anudados con el gobierno de Perón, y un servicio que se ocupaba de la salud mental en un país y en una época en que buena parte de los debates sobre ésta en realidad escondían solo tenuemente debates sobre temas que indudablemente tenían que ver con la política¹ como un

¹ En la década de 1960, y aún antes, una parte importante de los debates dentro del campo psiquiátrico giraba alrededor de las tensiones entre reflexólogos, afiliados al partido comunista por lo general, y aquellos que proponían otro tipo de terapias. En muchos casos estas discusiones en realidad se fundamentaban en cuestiones vinculadas con ideologías políticas más que con cuestiones estrictamente teóricas. Al respecto, tengo que cometer la descortesía de citarme a mí mismo. Véase Mariano Plotkin, *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of a Psychoanalytic Culture in Argentina*, Stanford, Stanford University Press, 2001, especialmente cap. 5.

espacio “no político” es al menos problemático. Los límites entre las identidades “políticas” y las “no políticas” son, en realidad, más difusos de lo que Visacovsky parece creer. Por supuesto, el Proceso contribuyó de una manera diferente a confundir las fronteras entre lo público y lo privado, politizando las

relaciones familiares y otras áreas de interacción habitualmente consideradas como parte de la esfera privada. En cualquier caso este problema no quita méritos a un libro valiosísimo como *El Lamús*, que está destinado a convertirse en una obra de consulta obligatoria para todos aquellos interesados en temas vinculados

con la construcción de la memoria, pero que también será una referencia importantísima para los estudiosos de la historia de la psiquiatría y del psicoanálisis en la Argentina.

Mariano Plotkin
IDES / CONICET

Se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2002
en imprenta Nuevo Offset,
Viel 1444, Buenos Aires.